

NEGRA
ALFAGUARA

Maxime Chattam

La señal

Narrativa Internacional Traducción de José Antonio Soriano Marco



**El nuevo joven prodigio francés con siete millones de lectores en Francia,
traducido a veinte idiomas.**

«El heredero del King, primero en ventas y especialista en el *thriller* a la francesa.»

Bruno Corty, *Le Figaro*

El escritor Tom Spencer, su mujer Olivia, famosa presentadora de televisión, y sus tres hijos huyen del estrés de Nueva York para instalarse en Mahingan Falls, un pueblo de Nueva Inglaterra, refugio de paz. O eso creían.

Poco a poco se suceden extraños incidentes: Zoey, el bebé de la familia, no para de llorar; los animales parecen enloquecer; hay desapariciones y muertes inexplicables; una bandada de murciélagos cubre el cielo y luego muere en masa; las llamadas telefónicas se interrumpen por gritos, y algo aterrador se percibe en el bosque.

El joven policía Ethan Cobb debe enfrentarse a esta situación sin precedentes, y el propio Tom le acompañará en la búsqueda escalofriante y frenética de la verdad.

Una intriga monumental, en páginas y ambición, que ha conquistado a los lectores y a la crítica.

La crítica ha dicho:

«Absolutamente aterradora. [...] El escritor rinde homenaje a H. P. Lovecraft y también evoca la serie *Stranger Things* [...]. *La señal* da miedo, incluso mucho miedo. Sepa el lector que no saldrá indemne.»

Loïse Delacotte, *Cosmopolitan*

«El heredero del King, primero en ventas y especialista del *thriller* a la francesa.»

Bruno Corty, *Le Figaro*

«Abrir uno de sus libros es adentrarse en la parte más oscura y misteriosa del

ser humano. El autor da muestra de una endiablada eficacia para el *thriller* . Sus personajes caen en el abismo del horror y los propios lectores tampoco salimos ilesos..., por suerte.»

Emmanuelle Magne, *Télé-Loisirs*

«Chattam se ha convertido en un maestro del *thriller* contemporáneo, destilando angustia a medida que se desgranán los capítulos. [...] Sumerge al lector en universos propios de las pesadillas, en los que se liberan los instintos más despreciables para exultar el salvajismo en potencia.»

Paul Huet

«Las referencias a Stephen King y a H. P. Lovecraft perfilan el territorio explorado por Chattam: el del terror [...], con una intriga siempre anclada en el mundo actual.»

Le Parisien

«664 páginas que no podremos soltar.»

Ciné Télé Revue

«Chattam nos acompaña sin prisas hacia la angustia al más puro estilo de Stephen King y culmina con un twist digno de Tarantino. [...] Un talento narrativo innegable.»

J. M. R., *Générations*

Maxime Chattam

La señal

Traducción del francés de José Antonio Soriano Marco

NEGRA
ALFAGUARA


Título original: *Le signal*

2018, Éditions Albin Michel

2019, José Antonio Soriano Marco, por la traducción

2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Imagen de cubierta: Jesús Acevedo

Mientras escribía este libro, escuché decenas de discos. La música ayuda a tejer el capullo de la concentración y nos aísla del mundo real. Te sugiero que hagas lo mismo al leer esta historia. De ese viaje a Mahingan Falls, destacaré los siguientes discos:

- *Red Sparrow* , de James Newton Howard.
- *La autopsia de Jane Doe* , de Danny Bensi y Saunder Jurriaans.
- *Está detrás de ti* , de Disasterpeace.

Algunas historias, esta por ejemplo, se descubren mejor al anochecer, o en plena noche, cuando a tu alrededor ya no hay demasiada luz y todo está en calma. Podría ser que las palabras hicieran su trabajo, la magia actuara, y al cabo de unos instantes dejaras de estar ahí con el libro en las manos y aparecieras en Mahingan Falls.

Ten cuidado, no es un lugar seguro.

*Para Faustine y la tribu que hemos formado.
No hay luz más brillante
que vosotros frente a las tinieblas.*

Las cosas más importantes son las más difíciles de decir. Son cosas de las que te avergüenzas, porque las palabras las empequeñecen, hacen que lo que parecía ilimitado en el interior de tu cabeza se reduzca a su tamaño natural apenas sale de ella. Pero es más que eso. Las cosas realmente importantes se encuentran demasiado cerca del lugar en el que está enterrado tu corazón secreto, como señales en la senda hacia un tesoro que a tus enemigos les encantaría arrebatarte. Y puedes hacer revelaciones que te cuesten caro, para conseguir únicamente que la gente te mire de un modo extraño, sin comprender una sola palabra de lo que has dicho, o por qué te parecía tan importante que casi llorabas al decirlo. Eso es lo peor, creo yo. Que el secreto se quede dentro por falta, no de alguien que lo cuente, sino de un oído receptivo.

STEPHEN KING, *El cuerpo*

A mi modo de ver, en este mundo no hay nada más misericordioso que la incapacidad de la mente humana para relacionar todo lo que contiene. Vivimos en una plácida isla de ignorancia rodeada por los negros océanos del infinito, por los que no estaba previsto que viajáramos lejos. Hasta ahora las ciencias, que avanzan cada una en su propia dirección, no nos han hecho demasiado daño. Pero un día la suma de todos esos conocimientos inconexos nos ofrecerá un panorama tan aterrador de la realidad y del pavoroso lugar que ocupamos en ella que, si no enloquecemos ante esa revelación, huiremos de su luz letal hacia la paz y la seguridad de una nueva edad oscura.

H . P . LOVECRAFT, *La llamada de Cthulhu*, 1926

Plano de Mahingan Falls

- Los Tres Callejones
 1. Gettysburg End
 2. Shikó Place
 3. Chichonauya Lane



Archivo municipal de Mahingan Falls - Plano levantado por Olinar Saráfilpo a pedido de Maxima Chantun - 2018

Prólogo

La furgoneta circulaba rápidamente en mitad de la noche, como una nave diminuta perdida en la inmensidad del cosmos. Envuelta en la oscuridad, flotaba en la nada guiada por los faros blancos y como propulsada por los resplandores rojos de las luces traseras. El vehículo Ford empezó a girar para seguir la carretera que rodeaba la montaña. Estaba solo en muchos kilómetros a la redonda.

Dentro, Duane Morris se esforzaba para no perder de vista la estrecha cinta de asfalto que se abría ante él. Reducir la velocidad quedaba descartado. Debía mantenerla lo suficiente para permanecer el menor tiempo posible en aquella zona.

En la acogedora cabina reinaba el silencio, y eso le gustaba. Nada de distracciones como la música o la radio, tan solo él y sus pensamientos, totalmente concentrados en un único objetivo: no cometer ningún error. Desde luego, no podía decirse que Duane Morris fuera un aficionado. Incluso se enorgullecía de estar entre los mejores. Oficialmente, su placa indicaba que ejercía la profesión de detective privado, pero la mayoría de sus clientes sabían que eso no era del todo exacto. El boca oreja seguía siendo su mejor publicidad, eso y su obsesión por los detalles, que lo hacía tan eficaz que dos tercios de su clientela, siempre satisfechos, estaban formados por el mismo plantel de empresas fieles. Duane no necesitaba promocionarse. El dinero fluía a su puerta con la regularidad de una marea.

Sus ojos bajaron un instante hasta el cuentakilómetros. Ochenta por hora. Perfecto. No tardaría en regresar a la carretera principal, y en cuestión de minutos estaría en la autopista. Luego sería invisible: cuando llegara a Boston estaría saliendo el sol, y se perdería en el tráfigo y el anonimato del tráfico. En cualquier caso, Duane no dejaba nada al azar. Nunca. Incluso si una cámara

de vigilancia lo captaba en algún punto del recorrido, la furgoneta era imposible de rastrear. Las matrículas falsas, cogidas «prestadas» de un vehículo del mismo tipo, darían el pego en caso de un control rápido. Los adhesivos colocados en la carrocería el día anterior para maquillarla acabarían quemados en la estufa del garaje esa misma tarde, en cuanto desmontara los neumáticos para poner otros usados, pero con el dibujo de la banda de rodadura totalmente distinto. Después de eso, aunque se analizaran las eventuales huellas de las ruedas en la tierra, nadie podría probar que eran las suyas. En cuanto llegara al garaje se afeitaría la barba y se cortaría el pelo para cambiar de aspecto, si bien estaba convencido de que la gorra que llevaba bastaba para ocultar sus facciones, sobre todo a una cámara con poca definición.

Una vez más, lo había previsto todo. Era imposible llegar hasta él.

De todas formas, ¿se tomarían tantas molestias por lo que acababa de hacer? Ni siquiera estaba seguro de que fuera realmente ilegal. Bueno, pensándolo bien, tenía que serlo, aunque no tanto como para que corriera el riesgo de acabar en la cárcel. Además, esta vez sus empleadores —primera colaboración: habían conseguido su número a través de su nuevo jefe de seguridad, con el que Duane había trabajado en el pasado— le habían pagado espléndidamente, y nadie pagaba tanto por algo tan sencillo si era una actividad lícita. No, claro que no. De otro modo habrían mandado directamente a su propia gente a hacer el trabajo, y no a Duane Morris, en plena noche, con una sola consigna: «Nadie debe saberlo».

Duane había tenido que realizar una formación relámpago para comprender bien cómo operar. Era algo que no le había pasado nunca y le había divertido bastante, aunque lo que tenía que aprender era más bien aburrido. Había actuado como de costumbre, con escrupulosidad, para no arriesgarse a fallar el día J. Pero todo había ido como la seda. Era un juego de niños. Sus empleadores quedarían satisfechos. Duane Morris había ejecutado su tarea a la perfección, una vez más.

Para celebrarlo, decidió que en cuanto acabara con los trabajos de limpieza llamaría a Cameron. Se merecía pasar un buen rato. Sospechaba que Cameron no era su verdadero nombre, la mayoría de las veces las chicas de compañía usaban seudónimos, pero le daba igual. ¿No hacía él lo mismo? Lo único que importaba eran las horas que pasaba con ella, y valían hasta el último dólar que pagaba. Cameron no solo tenía la carita de un verdadero ángel; su cuerpo

estaba a la altura de esas estatuas griegas esculpidas para representar la idea de la perfección. Duane no pudo evitar acompañar esos pensamientos con una sonrisa de oreja a oreja. Cameron era su punto débil, lo sabía. Pero él era un hombre y no una máquina, al menos en su vida privada.

Una curva cerrada lo devolvió a la realidad: frenó con fuerza para no salirse de la carretera, pero, al acabar el viraje, volvió a pisar el acelerador. Maldita carretera serpenteante. Fuera no había más que oscuridad por todas partes. No se veía la menor señal de vida, ni siquiera las imponentes montañas que lo rodeaban. Ni la luz de la luna ni el brillo de una estrella atravesaban el manto de invisibles nubes. Era tan sorprendente como intranquilizador.

De pronto, algo captó su atención en el retrovisor interior. Pero al alzar los ojos hacia él no vio nada. ¿Qué había creído percibir? ¿Un movimiento detrás de la furgoneta? ¿Lo seguían? No, imposible, lo habría descubierto hacía rato. Además, circular a esa velocidad con los faros apagados por una carretera tan peligrosa era inimaginable. A menos que dispusieras de un aparato de visión nocturna.

Un hilillo de sudor frío le recorrió la espina dorsal.

Los únicos que usaban ese material para un seguimiento discreto eran los federales. ¿Tenía al FBI en los talones? ¿Por un trabajo tan insignificante? No, qué estupidez...

De repente tenía la boca seca. No es que aquella tontería le preocupara, pero en el pasado se había hecho cargo de asuntos mucho más importantes y delicados. De esos en los que los años de cárcel se cuentan por décadas, si te dejas coger.

Ahora ya no podía estarse quieto. Sus ojos iban del agrietado asfalto que tenía delante a los retrovisores para asegurarse de que no había ningún vehículo detrás de él. Nada. Solo el negro vacío en un ángulo de trescientos sesenta grados.

Duane pisó el freno para iluminar un poco más el tramo de carretera que acababa de dejar atrás. Nadie, esta vez estaba seguro.

Figuraciones suyas. Su corazón empezó a recuperar el ritmo normal.

Pero, instantes después, volvió a percibir un movimiento en el retrovisor central. Y comprendió. Todo su cuerpo se tensó en el asiento.

¡Era dentro! Había alguien en el asiento trasero o en el espacio que servía de maletero.

Empezó a pensar a toda velocidad. ¿Quién podía haberse escondido ahí? ¿Y

por qué? Abrió la boca para respirar mejor y, tras asegurarse de que la carretera continuaba en línea recta, se inclinó hacia la guantera para coger la Glock 9 mm.

Iba a levantarla para encender la luz del techo con el cañón y anunciarle a su pasajero clandestino que la broma se había acabado, pero se contuvo. El otro podía arrojarle sobre él y obligarle a dar un volantazo fatal. No, mala idea. Lo mejor era parar. Bajaría para abrir la puerta lateral y sería el dueño de la situación. Sí, era más inteligente.

Miraba adelante para ver dónde estacionar cuando captó otro movimiento en el retrovisor. Alzó los ojos rápidamente y la vio. Una mujer. Por lo menos, tenía el pelo largo y grasiento, en desorden, ocultándole parte de la cara. Y, en la penumbra de la cabina, parecía muy pálida. Estaba encogida al fondo del vehículo.

¿Qué demonios hacía allí?

Duane levantó el pie del acelerador y asió con fuerza la empuñadura de la pistola.

Nuevo movimiento. Miró por el retrovisor: ahora la mujer estaba sentada en el asiento trasero, justo detrás de él. ¿Cómo había podido moverse con tanta rapidez?

El corazón se le desbocó y ya no pudo contenerse más. Levantó la Glock para asegurarse de que ella la viera.

—¡Bueno, se acabó el paseo! ¡No vuelvas a moverte!

Duane estaba sin aliento, y su voz había sido menos amenazadora de lo que esperaba. Tenía el miedo metido en el cuerpo.

—Vamos a parar para que hablemos tú yo. Si te acercas, te meto una bala en la barriga, ¿entendido?

Duane miró por el retrovisor para comprobar que obedecía.

La mujer se apartó un largo y enredado mechón, y cuando Duane vio su boca torcida y sus dientes grises, el miedo lo inundó hasta la punta de los dedos.

La furgoneta se deslizaba en medio de la nada, y de repente dio un brusco bandazo que levantó una nube de polvo. Pero volvió a la carretera con un chirrido de frenos. Al principio redujo la velocidad, como si fuera a frenar, pero al cabo de unos instantes aceleró de nuevo haciendo rugir el motor.

Dio otro bandazo a la derecha, luego a la izquierda, y se oyó el ruido de un

disparo, que se perdió en la noche.

El viraje contra la escarpada pared de la montaña se produjo de improviso, y a la furgoneta no le dio tiempo de enderezar. Siguió en línea recta.

Al instante, la tierra se borró y los arbustos azotaron los costados del vehículo, que salió volando por los aires. Luego, varios segundos interminables de vacío hasta que el morro se inclinó hacia abajo y se estrelló violentamente contra un grupo de rocas puntiagudas. En medio del estrépito de chapa y cristales, la furgoneta rebotó y empezó a dar vueltas de campana, lanzando a su alrededor las ruedas, las puertas y el capó con cada impacto. Las chispas incendiaron los vapores de gasolina del depósito. Después el vehículo se inmovilizó en el fondo de un barranco, oculto en el denso monte bajo.

El fuego brotó en forma de bola incandescente mientras Duane Morris, con el rostro ensangrentado y todavía sujeto al asiento, perdía el conocimiento.

Durante un segundo, las llamas se agitaron como caras que aullaran silenciosamente en la noche. Luego olfatearon su presa y se arrojaron sobre ella para devorarla viva.

1.

Lise se inclinó hacia el espejo del cuarto de baño para asegurarse de que el bultito que había notado con el dedo en medio de la frente no era un punto negro. Solamente una miga, que hizo volar de un papirotazo. Miró su reflejo. Los cabellos azabache le caían a uno y otro lado del pálido rostro, como el velo de una viuda. Kohl para resaltar los ojos, hasta convertirlos casi en una máscara, pintalabios negro, laca de uñas a juego... Perfecto. Corsé de vinilo sobre una camiseta de rejilla, falda escocesa plisada y botas con cordones hasta la rodilla. Todo, cuidado al detalle. Era importante, porque su *look* la definía, era su auténtico carnet de identidad para la vida diaria, la huella viva que Lise dejaba en las retinas, a menudo sensibles, con las que se cruzaba. Pero, además, esa noche era más importante que nunca que estuviera irreprochable.

La gran noche.

Iba a filmarlo todo. Todo. Con todo detalle. En primer plano, para que se viera el acero perforando lentamente la piel, atravesando la carne, para que brillara la sangre, el rojo de la vida a la fría luz de aquella gran casa. Difundiría el vídeo por todo internet. Escandalizar a los burgueses. Golpear las buenas conciencias. Aterrorizar a todos aquellos borregos idiotizados por el sistema. La elección del lugar no era casual. Aquella inmensa casa sin alma era la encarnación de todo lo que detestaba. Embaldosado impecable, paredes blancas sin nada en ellas, y únicamente esos muebles de diseño que tanto odiaba. Lise ya había oído proclamar al dueño que la sobriedad era la auténtica libertad del ser humano, su liberación de cualquier atadura superflua, pero no se lo había creído ni por un segundo. A ella le parecía, por el contrario, la demostración de que era un individuo sin corazón, sin calor. Su mujer le resultaba más agradable, pero tampoco es que fuera muy afectuosa.

En ese momento, Lise pensó en su preciosa moqueta blanca, siempre impoluta, y una sonrisa malvada se dibujó en sus labios. Las manchas de sangre en el suelo immaculado serían algo terrible para ellos. Su precioso hogar, ensuciado. El orden y la limpieza de su nidito, puestos en entredicho. Hasta puede que fuera lo primero en que se fijaran, sin preocuparse de lo demás.

Lise asumiría las consecuencias. Llevaba meses preparándolo. ¿Bastaría para despertar a su madre de la modorra alcohólica que la abotagaba? No era nada seguro...

—¿Lise? Nos vamos a ir... —dijo una voz al otro lado de la puerta del baño.

—Ya voy, señora Royson.

Lise echó un rápido vistazo a las agujas que relucían en el lavabo, cerró la solapa de cuero del estuche y lo metió en el pequeño bolso de bandolera del que nunca se separaba. Todo estaba listo.

Pero primero, hacer el papel. No levantar sospechas. No fastidiarla.

Estaba un poco nerviosa. Era la noche en que todo iba a cambiar, para siempre. Se sentía capaz. La habían aconsejado bien. En internet. No había que flaquear. Tras meses dándole vueltas, por fin iba a pasar a la acción, ya lo había anunciado. Todos esperaban con impaciencia el resultado. El vídeo. El shock.

Lise salió al pasillo y vio a los padres poniéndose los abrigos. Él la saludó apenas y le dijo a su mujer que iba a sacar el coche del garaje.

—En el frigorífico tienes cosas para cenar —le recordó ella, alta, delgada, rubia, con clase—. Arny está acostado, ha tenido un día duro. Creo que te dejará tranquila. Ya sabes cómo funciona todo, tienes nuestros números de teléfono...

—Sí, señora Royson, no se preocupe, conozco la casa.

—Es verdad... Pero, sobre todo, cualquier cosa que pase, no lo dudes, me llamas.

—Ningún problema.

—¡Ah, el vigilabebés está en la mesa de la cocina!

Lise asintió: también lo sabía. Solo deseaba una cosa, quedarse sola con el mocosito dormido. Era bastante cuidadosa con los niños que dejaban a su cargo, por no decir que se implicaba de lleno con ellos emocionalmente. Arny era la excepción. A aquel crío, lo odiaba. Caprichoso, feo y encima delicado. Cuando le pellizcaba —lo que hacía cada vez que la exasperaba berreando

por nada—, se ponía a aullar y no paraba en diez minutos, como si lo hubieran mutilado. Un auténtico gallina. Un niño de papá, que en la adolescencia creería que podía permitírsele todo, uno de esos capullos para los que el dinero no es problema y que solo viven para ejercer el poder. Dominar. Avasallar. Someter. Disfrutar.

Lise continuó con la comedia, esbozando una sonrisa que buscaba tranquilizar a la madre, y esperó a que la puerta se cerrara para quitarse la máscara. Miró con cuidado por la ventana del salón para asegurarse de que el vehículo abandonaba la propiedad, y cuando las dos luces rojas del cuatro por cuatro no fueron más que dos diminutas y lejanas estrellas, apretó los puños en señal de victoria.

Pero no había que alegrarse tan pronto. No había que precipitarse. No tendría una segunda oportunidad.

«Lo primero, cenar, no pasar a la acción en ayunas, porque nunca se sabe. Si tengo que potar, más vale que lleve algo en el estómago.»

Se hizo un sándwich untando dos rebanadas de pan de molde con pasta de nube dulce y dejó la encimera de la cocina hecha un desastre. Ahora había que esperar. Al menos una hora, para estar segura de que el capullín dormía profundamente, y también por si había una anulación de última hora y los padres volvían antes de lo previsto. Tiempo que matar. La expresión la hizo sonreír.

«¡Joder, con la de tiempo que paso aburriéndome, la de horas que he debido de matar! Soy toda una asesina en serie...»

Dudó entre zapear en la tele las porquerías del sábado por la noche, navegar por la Red o bajar directamente al sótano a ver una película. La mejor opción era la última. Estaba demasiado excitada para prestar atención a las gilipolleces de la tele o leer en una pantalla, necesitaba evadirse, si no los minutos se le iban a hacer eternos. Y precipitarse estaba fuera de discusión. Aquello era demasiado serio para mandarlo todo a la mierda ahora, después de tantos preparativos, y con aquella motivación...

«No te estarás escaqueando, ¿eh?»

No. No eran excusas para retrasar el momento. Sabía que esa noche pasaría a la acción. Estaba decidido.

«Simplemente no quiero cagarla. Paciencia. Tener tiempo. Para llegar hasta el final. No voy a retroceder. Por supuesto que no.»

Cogió el vigilabebés, bajó al sótano, cruzó la sala de deporte de la rubia y

abrió la puerta del *home cinema*. ¡Jo, los Royson no se privaban de nada! Eso estaba claro. A aquel cabrón, al que oía refunfuñar a todas horas que lo freían a impuestos, le quedaba pasta para darse sus gustos... La sala, sin ventanas, estaba totalmente insonorizada y equipada con butacas de cine auténticas. Lise accionó la pantalla táctil del mando a distancia, pulsó la tecla «Ver una película» y todos los aparatos se encendieron a la vez. Se detuvo ante los estantes del fondo para elegir el DVD o el Blu-ray que tendría la dura tarea de distraerla hasta que se sintiera lo bastante tranquila para llevar a cabo su misión.

Optó por *Los amos de la noche*. La carátula era penosa, pero, para ser una película antigua, el argumento prometía.

Las luces disminuyeron hasta sumirla en la oscuridad, y Lise dejó el vigilabebés en el brazo del sillón.

A los veinte minutos se dio cuenta de que la película la había enganchado, a pesar de ser un poco cutre. Pero no podía dejar que eso le hiciera perder de vista su objetivo principal. Enderezó el cuerpo en el asiento e hizo crujir sus dedos. Tenía ganas de subir. ¿Por qué esperar? Estaba harta.

«¿Y si aparecen esos dos gilipollas? ¿Y si al final se ha anulado su plan? ¿Y si el mocosó aún no está bien dormido y se despierta demasiado pronto?»

Suspiró. No, había que seguir esperando. Por lo menos, otra media hora.

Decidió tomárselo con calma e intentó volver a sumergirse en la película.

Los pilotos del vigilabebés se iluminaron. Primero los verdes, luego los rojos.

«¡Mierda, se ha despertado!»

Si tenía que dejarlo sin conocimiento, lo haría. Esa noche estaba furiosa. Dispuesta a llegar hasta el final. Su mano se posó en el bolso. Dentro, el estuche de cuero con las agujas y la tinta china. Y el dibujo con el papel de calco. Un corazón con una lágrima. Era el tatuaje que había decidido hacerse ella misma. Era ella, era lo que ella sentía y lo que sentiría toda su vida. El hecho de que acabara de cumplir dieciséis años no impedía que lo comprendiera. No se hacía ilusiones. La vida no era más que sufrimiento. Con la familia, los chicos, el instituto, todo...

«¡Joder, Arny, déjame en paz! ¡Que pueda hacerme el tatuaje tranquila! Como me estropees la noche, te juro que...»

No se le ocurrió una amenaza lo bastante fuerte y a la vez lo bastante moderada para poder cumplirla realmente, y los testigos luminosos volvieron

a encenderse.

—Mierda.

Puso la película en pausa para oír si el niño lloraba o solo estaba balbuceando en sueños. No oía gran cosa, así que se acercó el aparato al oído.

La música del juguete móvil empezó a sonar, y Lise se sobresaltó.

«¡El muy...!»

Frunció el ceño. ¿Cómo había conseguido accionarlo? El móvil estaba colgado encima de la cuna, y un crío de ocho meses tan gordo y amorfo como él no podía levantarse, que ella supiera.

Otro ruido le hizo torcer el gesto. Una especie de soplo. Como...

«¡Como alguien chistándole a un niño!»

—¡Mierda, han vuelto los padres! —farfulló Lise, frustrada al ver que sus planes se iban al garete.

Se levantó, pero al llegar a la puerta del *home cinema* se paró en seco. ¿Cómo es que no había oído entrar el coche en el garaje, que estaba justo detrás de la sala?

De pronto, del vigilabebés brotó una voz:

—Liiiiise...

El corazón de la adolescente empezó a latir a toda velocidad. No lo había soñado. Acababan de decir su nombre. O más bien de susurrarlo lentamente, muy cerca del micrófono. ¿Era una voz de hombre o de mujer? No sabría decirlo. ¿Y por qué iban a jugar con ella los Royson a un juego tan idiota?

«¿Desde la habitación del crío? No...»

Un susurro interminable chisporroteó en el altavoz. Lise dio un respingo.

—Liiiiiiiiise...

¿Quién era? Los padres no podían ser. Jugar con ella no era su estilo. Y así, menos. ¿Por qué no la habían avisado los Royson de que pasaría alguien? No era propio de ellos. Había un problema. Lise lo sentía.

Apretó el vigilabebés en la palma de la mano, sin saber qué hacer. Se había dejado el teléfono móvil arriba, en la cocina. Respiraba ruidosamente, cada vez más angustiada.

Algo arañó el transmisor en la habitación del bebé, y una voz graznó de un modo extraño, pero la adolescente no pudo entender lo que decía.

«Piensa, piensa...»

Algo inteligente tenía que poder hacerse, pero en ese momento las ideas se atropellaban en su cabeza, y Lise no acababa de tomar una decisión. ¿Quién

podía ser? Una broma pesada. ¿Dylan? ¿Rob? No, los dos pasaban de ella... Entonces ¿quién? ¿Barb?

«Nadie sabe dónde estoy. Ni siquiera mamá. Solo he dicho que lo haría y subiría el vídeo, pero no saben dónde me...»

Esta vez se sorbieron la nariz en el altavoz. Fuerte.

—Liiiiise... —dijo una voz áspera y rota—. Te... siento...

Lise notó que le flaqueaban las piernas. Apenas la aguantaban de pie. Le entró el pánico.

«Mierda... Pero ¿qué es esta gilipollez?» Sacudió la cabeza. Era una alucinación. Un mal viaje.

«Pero si llevo tres días sin fumarme un canuto... ¡No es ningún flipe!»

De pronto, cayó en la cuenta de que no había oído llorar al niño. El desconocido estaba en su habitación y, con todo el ruido que hacía, Arny debería haberse despertado. Aquel silencio también era muy inquietante.

Otro resoplido.

—Puedo oírte —anunció la voz—. Voy a... encontrarte...

El vigilabebés se cortó. Lise estaba empapada en sudor, respirando por la boca por el pavor. Apenas se tenía en pie.

El aparato crepitó en su mano. Luego se oyó una sucesión de horribles crujidos, seguidos de unos chirridos agudos, como si alguien arañara una pizarra.

El chasquido del micro al cortarse le hizo dar un respingo y soltar un gemido de terror.

Tenía que huir. Enseguida. Lo sentía por Arny, pero lo primero era salvar su propio pellejo. Una vez fuera, correría a casa de los vecinos para llamar a la policía, ya se encargarían ellos de socorrerlo.

«¡El garaje!»

Era la única salida del sótano. Lise posó la mano en el pomo de la puerta del *home cinema*, pero se detuvo. No tenía el mando a distancia para abrir la puerta del garaje. ¡No podía salir por ahí!

Todo su cuerpo se puso a temblar. Estaba a punto de desmayarse de miedo.

«No, no, no... ¡Ahora no! ¡Tengo que pirarme!»

La puerta de entrada estaba al final del pasillo que arrancaba en lo alto de las escaleras. Corriendo, podía alcanzarla. Podía hacerlo, estaba convencida, aún tenía fuerzas para subir y esprintar como nunca en su vida. Sí, se sentía capaz.

Hizo girar el pomo y salió al pasillo del sótano.

La luz estaba apagada, aunque ella siempre la encendía cuando bajaba: el largo y blanco pasillo sin ventanas le daba un poco de miedo, así que nunca apagaba los fluorescentes mientras estaba allí, ni siquiera durante la película.

Con la mano libre, buscó a tientas el interruptor. Lo rozó con el índice. Lo pulsó.

Los fluorescentes crepitaron. Hubo un primer destello, mientras parpadeaban, como si la luz tratara de encontrar la respiración.

Y durante el breve instante en que el pasillo permaneció iluminado, Lise vio la silueta, enorme, justo delante de ella.

Sus ojos la miraban. Mal.

Lise soltó un alarido.

La luz volvió a jadear, y las tinieblas se tragaron a Lise mientras sus huesos triturados resonaban contra el alicatado. Se debatió brevemente en la oscuridad, estrangulada por los espasmos del dolor.

Los fluorescentes emitieron varios quejidos, pero siguieron apagados.

El silencio volvió a apoderarse del sótano.

2.

El piano oscilaba, en equilibrio sobre la caja del camión de mudanzas, cuando Thomas Spencer vio que la eslinga se partía de golpe y el monstruo de cuerdas, liberado, se desplomaba sobre el nervudo operario que esperaba debajo y lo aplastaba contra el asfalto de la calzada. Con un terrible chasquido líquido, la base del teclado le destruyó la caja craneal en medio de una explosión de sangre negra.

Thomas pestañeó para ahuyentar aquella horrible imagen.

Pese a sus temores, la maroma aguantaba perfectamente y el instrumento bajó del camión sin herir a nadie.

«¿Qué pasa conmigo que siempre imagino lo peor?»

Tom lo sabía: lo que habría debido escribir no eran obras de teatro, sino novelas de terror. Tenía un don para visualizar las situaciones más espantosas.

«A mi fantasía de pirado le ha faltado el estruendo de las cacofónicas notas del piano en el momento del impacto.»

Y dale. Hasta el último detalle. Como siempre. Meneó la cabeza, pesaroso, y cayó en la cuenta de que llevaba varios minutos allí plantado, viendo cómo trabajaban los demás, absorto en sus cavilaciones. En ese momento, la voz de su dinámica mujer resonó en la entrada de la casa. Como de costumbre, Olivia había tomado las riendas. Con la pequeña Zoey en brazos, guiaba a los transportistas de una habitación a otra, sin perder de vista a Chad y Owen, los dos adolescentes de la familia. Parecía que se hubiera tomado alguna droga: incapaz de parar, organizaba a todo el mundo, pasando de una cosa a la siguiente con la velocidad de una máquina, sin perder su elegancia natural en ningún momento. Tom se había enamorado de aquel puñado de energía dos décadas antes, al principio —debía confesarlo— porque tenía una figura de ensueño, aunque lo cierto era que ahora su fuerte personalidad le gustaba tanto

o más que el resto.

—Dame a Zoey, cariño —le dijo para aliviarla.

—Mejor encuentra a Smaug. Es un perro de interior, me da miedo que la libertad de un jardín se le suba a la cabeza y lo perdamos. Puedo enfrentarme a una mudanza, pero no a tener que anunciar a nuestros hijos que el perro ha desaparecido. ¡Así que búscalos tú!

Con los brazos en jarras, Tom miró a su alrededor. La Granja, como se llamaba su nueva casa, se alzaba a unos diez metros de la pequeña calle, perdida en mitad de una extensión de césped mal cuidado y rodeada de árboles hasta donde alcanzaba la vista. Eso era precisamente lo que les había seducido: una gran casa en una calle sin salida a las afueras del pueblo, acurrucada en su nido de vegetación bajo la mirada de las altas montañas. El polo opuesto de su vida neoyorquina. Un verdadero desafío para urbanitas consumados. Pero, en esos momentos, Tom intuía que aquella apertura al mundo también podía acarrear problemas. ¿Cómo averiguar dónde se había metido Smaug?

Silbó para llamar al dichoso perro y gritó su nombre varias veces. Alrededor de la propiedad no había ninguna cerca, y Tom empezaba a sentir una pizca de inquietud. Smaug se había criado en un piso de cien metros cuadrados del Upper East Side, acostumbrado a sus tres paseos diarios en un medio urbano, y aunque estuviera perfectamente adiestrado, la omnipresencia de la naturaleza debía de haberlo vuelto loco de curiosidad. Tom se culpó de inmediato. ¿Por qué no había pensado en ello antes?

—¿Algún problema? —dijo a su espalda una voz cascada.

Al volverse, Tom descubrió a un anciano con los rasgos tan cincelados por el tiempo como las montañas de Monument Valley. Un cráneo cubierto por una rala alfombrilla blanca y unos ojos de un azul penetrante. Era alto, iba un poco encorvado y sus extremidades parecían demasiado largas. Tom tuvo la sensación de estar ante un jugador profesional de baloncesto de setenta y tantos años.

El hombre le tendió una de las palas que le servían de manos.

—Soy su vecino. Roy McDermott.

—Thomas Spencer. ¡No sabía que tuviéramos vecinos!

—Con toda esta vegetación, es fácil creer que vives aislado en el campo, pero en el barrio de los Tres Callejones hay algunas viviendas. ¿Pensaban que iban a estar tranquilos? ¡Error! Los recién llegados no pasan inadvertidos, ni

siquiera aquí. Mi casa es la más cercana, a unos ciento cincuenta metros calle abajo, en la otra acera, el edificio blanco escondido entre los sauces. ¿Qué ocurre, han perdido a alguien?

Hablaba con el acento característico de la gente de aquella parte de Nueva Inglaterra, comiéndose la mayoría de las erres.

—Sí, al perro. El bosque ¿llega muy lejos por esta parte?

Roy enarcó las cejas en un gesto que expresaba por sí solo la vastedad de aquellos parajes.

—Partiendo de allí, se puede llegar hasta las montañas y más allá. Pero yo que usted no me lanzaría a semejante aventura sin un mínimo de preparación. Además, créame, los perros no son idiotas. Cuando el suyo tenga hambre de verdad, encontrará el camino de vuelta a casa.

—Es un puro producto de ciudad...

—¡Razón de más! No sabe cazar para comer. Volverá cuando le apriete el estómago.

Tom asintió, pese a no estar muy convencido.

—¿Hace mucho que vive en Mahingan Falls? —le preguntó al anciano.

—Nací y me crié aquí —respondió Roy con orgullo.

—Bueno, pues me alegro de tener un vecino de la zona, nos ayudará a integrarnos.

—¿No hay nada que los una a este sitio?

—No, salvo el flechazo por la casa, y una apuesta del todo disparatada...

—¿En qué sector profesional se mueve usted?

Tom hizo una mueca un poco sarcástica.

—Esa es precisamente la apuesta disparatada. Digamos... Necesidad de aire, de cambiar radicalmente de vida.

Roy esbozó una amplia sonrisa, que dejó al descubierto sus dientes, muy blancos y perfectamente alineados. Fundas, supuso Tom.

—Entonces han dado en el blanco. Mahingan Falls es un pueblo perdido, cierto, pero ya verá, vivir aquí es desacelerar, aquí todo va más lento. Incluso para los chicos —añadió el anciano señalando a Chad y a Owen, que corrían por el césped delante de la propiedad.

—Le ofrecería una cerveza, pero me temo que el frigorífico aún está vacío...

Roy le dio unas palmaditas en la espalda y, con su gran barbilla, señaló el camión de la mudanza.

—Tiene cosas más importantes que hacer. Les dejo que se instalen. Solo venía a darles la bienvenida.

Antes de irse, Roy McDermott echó un último vistazo a la familia Spencer y, al ver que los dos chavales dejaban el jardín y se internaban en el bosque, extendió el nudoso índice en su dirección.

—Por cierto, tal vez debería advertir a sus hijos de que no se alejen demasiado...

—¿Es peligroso el bosque? —le preguntó Tom, sorprendido.

Roy torció el gesto un instante, antes de responder:

—Digamos que es bastante salvaje por esa parte y ellos no tienen el olfato de un perro. Podrían perderse. Dígales que, si se tercia, los llevaré a dar una vuelta para enseñarles unos cuantos sitios.

Tom asintió y siguió con la mirada al anciano, que bajaba la calle a buen paso de vuelta a Shiloh Place y acabó desapareciendo tras la vegetación.

Luego observó a Chad y a Owen. Jugaban con unos palos y empezaban a adentrarse entre los árboles. Sobre ellos se alzaba la imponente silueta del Wendy, el alto y escarpado monte que dominaba toda la región. Reflejos metálicos brillaban cerca de su cima, donde una larga antena volvía sus parábolicas hacia el pueblo y los azulados cielos.

«Un bonito día de verano», se dijo Tom. Se habían lanzado a una nueva vida siguiendo un impulso casi irracional, pero ahora que contemplaba aquel paisaje bucólico, ya no sentía tanta aprensión. Olivia y él tenían razón. Irse de Nueva York era lo mejor que podían hacer.

Mahingan Falls sería su nuevo hogar.

Recordando las últimas palabras de Roy McDermott y el brillo levemente inquieto que había captado en su mirada, Tom silbó en dirección a los dos chicos para indicarles por señas que no se alejaran más.

La familia tenía tiempo de sobra para perderse. En grupo.

Chadwick inspeccionaba el lindero del bosque con ojos golosos. Ya se imaginaba mil formas de divertirse. Desde explorar hasta construir una cabaña, pasando por observar con prismáticos o cazar armado con su tirachinas. Aquella nueva vida empezaba a gustarle. Y Mahingan Falls también, por lo que había visto hasta entonces. Un local con máquinas de videojuegos en el centro del pueblo, una pista para monopatines a la orilla del

mar, justo al lado de una tienda de cómics, y aquella enorme área de juegos... Presentía que iban a ser felices allí.

—Chad, tu padre acaba de decir que no sigas —le recordó Owen.

—Creo que por allí hay un sendero, un poco más adelante, al pie de la montaña, ¿lo ves?

—No, hay demasiados árboles.

Owen era más bajo que él, pensó Chad.

—Debe de ser un camino de patrulla o algo por el estilo. Vamos a mirar.

—Ahora no, Tom no parece muy conforme.

A veces, Owen podía ser muy irritante, en especial por su sumisión a los padres. Chad lo apreciaba un montón, pero había muchas cosas que los diferenciaban. En primer lugar, el físico: en Chad, pese a sus escasos trece años, empezaba a vislumbrarse un asomo de corpulencia, con delgados músculos incipientes, mientras que Owen seguía siendo un poco niño. Pelo cortado al cepillo, el uno, y pelambreira desgredada, el otro. Y así con todo. Tom y Olivia no eran el padre y la madre de Owen, pero de todas formas hacía casi año y medio que vivía con ellos, y en opinión de Chad ya iba siendo hora de que mostrara un poco de carácter. Estaba a punto de insistir cuando le vinieron a la mente las palabras de su madre. Tratar bien a Owen. Cuidar de él. La tragedia que había sufrido lo hacía más frágil, eran su nueva familia y Chad debía comportarse como un hermano cariñoso, un hermano mayor protector, aunque tuvieran la misma edad.

—Vale, muy bien... —rezongó—. Pero volveremos, ¿de acuerdo?

Owen asintió con convicción. Se notaba que también a él le intrigaba aquel sitio, que se ofrecía a ellos como un territorio a conquistar.

Los chicos se disponían a retroceder sobre sus pasos cuando, a unos veinte metros en el interior del bosque, la maleza se agitó.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Owen.

Chad se puso de puntillas para intentar distinguir algo.

—Smaug, ¿eres tú? —gritó.

Los arbustos volvieron a moverse, esta vez más lentamente, y unos helechos se inclinaron hasta tocar el suelo en dirección a los dos chavales.

—¿A qué juega este perro? —preguntó Owen extrañado—. ¿Nos quiere sorprender o qué?

Las ramitas chasqueaban a medida que algo se acercaba a ellos. De pronto, el labrador de la familia surgió de la nada, se lanzó hacia ellos a toda

velocidad, como un galgo en plena persecución, y derribó a Chad a su paso. Corría con el rabo entre las piernas, con cara de pánico, en la medida en que Chad era capaz de interpretar las expresiones de su perro, y aunque el chico tenía la nariz pegada a la hierba, le dio la sensación de que Smaug apestaba a orina.

—¿Estás bien? —le preguntó Owen—. Se ha vuelto loco... ¿Qué le ha dado?

Chad se puso de rodillas.

Detrás de los dos muchachos, a menos de diez metros, los helechos seguían inclinándose a medida que algo se acercaba a ellos. Pero su atención ya estaba en otra cosa.

El aterrorizado Smaug se precipitó en la casa y chocó con uno de los trabajadores, que estuvo a punto de caer al suelo con la caja que transportaba. Un instante después, se oyó un estrépito de vajilla rota, y Olivia empezó a despotricar contra el perro, que siempre estaba haciendo de las suyas.

Owen dejó escapar un inicio de risa. La situación se ponía interesante, así que le indicó a Chad por señas que se levantara para ir corriendo a ver qué pasaba en la Granja.

Se alejaron del lindero del bosque en el preciso momento en que, detrás de ellos, los arbustos se estremecían por última vez.

Unas cuantas cajas de cartón desmontadas y amontonadas en un rincón eran el único vestigio de la mudanza en la cocina. Los electrodomésticos colocados y enchufados, la vajilla ordenada en los armarios e incluso la pizarra Velleda para el reparto de tareas, colgada en una de las paredes, daban fe de la energía desplegada por Olivia para que al menos una habitación estuviera lista para la noche. Toda la familia cenaba alrededor de la mesa central, por la que estaban repartidas las cajas de comida china que había ido a buscar Tom.

Como su padre no había conseguido dar con la sillita alta, la pequeña Zoey comía sentada en las rodillas de su madre, desde donde lanzaba miradas inquietas a Smaug, acurrucado en un rincón.

—¿Perro, susto? —preguntó con su hilillo de voz.

—Sí, hoy Smaug ha pasado un poco de miedo —confirmó Olivia—. No está acostumbrado al campo. Es un miedica.

Olivia le hablaba a su hija sin filtros, y como en su opinión se podía decir

todo, se lo explicaba todo, sin preguntarse si una criatura de dos años podía entender o no lo que le contaba. Comunicarse no hacía daño a nadie, le decía a todo el que quería escucharla.

—¿Cómo se las va a arreglar para hacer pis? —preguntó Chad preocupado—. Si ya no quiere salir...

Tom lo tranquilizó:

—Smaug ha debido de darse de narices con un hurón o un mapache, y se ha llevado un susto de muerte, pero se le pasará. Le pondré las galletas fuera, y verás qué pronto sale.

—Chicos —intervino Olivia—, mañana quiero que ordenéis vuestras habitaciones, ¿entendido? Abrís todas las cajas que llevan vuestro nombre y buscáis un sitio para cada cosa. Ahora disponemos del triple de espacio, así que lo tenéis fácil. Tom y yo iremos a comprar lo que necesitamos, y vosotros conoceréis a Gemma, la chica que va a cuidaros.

—¿Es de fiar? —le preguntó su marido.

—Me la recomendó la agente inmobiliaria, la señora Kaschinski. Creo que es su sobrina. Dijo que pondría su vida en manos de ella. De todas maneras, si mañana no se presenta, lo dejamos correr y nos repartimos las tareas de otra forma. Pero me vendría muy bien un poco de ayuda para comprarlo todo, la verdad.

Tom asintió y le rozó la mano con una caricia que significaba que podía contar con él.

Poco después, cuando los chicos ya estaban acostados y la pequeña Zoey dormía en la habitación del matrimonio, Olivia se quedó un buen rato bajo la ducha, antes de ponerse un camisón que parecía más bien una camisa de leñador de talla extragrande.

—¿Que hayamos dejado la vida de ciudad supone que tengas que cambiar la seda y el satén por la franela?

—Me adapto. Pero no te asustes, no me disfrazaré de vaquera todas las noches... —más que deslizarse bajo el edredón, Olivia se desplomó junto a Tom, que hojeaba una revista literaria, y, con la voz medio ahogada por el almohadón, añadió—: Ya sé que te mueres de ganas por estrenar nuestra nueva casa, pero esta noche no tengo fuerzas. Debes saber que sufro una gran frustración: he comprendido que no soy Superwoman.

Tom le acarició el pelo.

—No has parado un segundo. Me preguntaba en qué momento te

derrumbarías...

—Prometido: haremos el amor en todas las habitaciones. Dame solo dos o tres años para recuperarme de este día.

—Olvidas que tenemos hijos —respondió Tom inclinándose hacia su mujer—. Se acabaron los tiempos en que podíamos echar un polvo improvisado donde se terciara.

—Zoey, guardaría; los chicos, al cole... —murmuró Olivia en estilo telegráfico.

—Estamos a mediados de julio, en plenas vacaciones. Vamos a tener que esperar un poco...

Con un esfuerzo sobrehumano, Olivia sacó una mano de debajo del cuerpo, agarró a su marido del cuello del pijama y lo atrajo hacia ella.

—Me da igual, los abandonaré en la calle en nombre del fornicio. Soy una madre desnaturalizada. El sexo antes que los niños. Pero ahora, ¡buenas noches!

Olivia le tendió los labios para que la besara, se volvió y tardó menos de dos minutos en quedarse dormida.

Tom intentó concentrarse de nuevo en la lectura, pero los ojos le resbalaban por las palabras sin que la mente pudiera agarrarse a ellas. Dejó la revista y contempló la habitación, iluminada apenas por la lámpara de su mesilla de noche. Era enorme. El suelo estaba cubierto con una gruesa moqueta, y la pintura, impoluta, demostraba que la Granja había sido totalmente reformada hacía menos de dos años. Luego su mirada se paseó por las tres anchas ventanas, cuyas cortinas se había limitado a correr, sin cerrar los postigos exteriores. Puede que al amanecer lo lamentaran, cuando el sol empezara a dar de lleno sobre la fachada este, pero Tom contaba con que los árboles tamizaran las primeras luces.

Aquella casa era grande. Muy grande. Y muy silenciosa. Tardarían en acostumbrarse. Pensándolo bien, no era tan, tan silenciosa, pero habían pasado muchos años arrullados por el incesante rumor de la calle neoyorquina. Allí no se oía más que algún que otro crujido de la madera, la pizca de aire que pasaba por debajo de las puertas, el correteo de una ardilla por el tejado o el roce de las puntas de las ramas en los cristales de las ventanas. Cada vivienda tenía sus propios ritos sonoros, y habría que acostumbrarse a los de la Granja.

Una tabla del suelo chirrió en el pasillo, y Tom se preguntó si se habría levantado uno de los chicos.

«Seguramente es la casa, que respira. Como todas las casas viejas.»

Aguzó el oído, pero el ruido no se repitió, aunque al cabo de un rato le pareció oír algo en la planta baja.

«Es ese idiota de Smaug, nada más.»

Tom intentó desentenderse, pero se dio cuenta de que estaba en guardia.

Para cuando acabaran las vacaciones ya se habrían habituado, se dijo para tranquilizarse. Ahora era su casa. Su guarida. Solo necesitaban un poco de tiempo para calentar el nido y sentirse totalmente a gusto en él. No obstante, en esa solitaria hora, Tom fue presa de una terrible duda. Deseaba con toda el alma haber acertado. Ni Olivia ni él tenían un plan B.

Otro crujido le respondió en algún punto de la oscuridad.

No sabía si la casa pretendía tranquilizarlo o burlarse de él sin piedad.

3.

Gemma Duff conducía su viejo Datsun por Mapple Street, entre aceras jalonadas de robustos arces que arrojaban sobre ellas su refrescante sombra bajo el sol de julio. Iba despacio, como era habitual en ella, disfrutando del espectáculo de todas aquellas casas de madera perfectamente alineadas sobre el impecable césped, en lo que debía de ser el barrio más tranquilo de Mahingan Falls, pero también el más aburrido o, como habría dicho Barbara Ditletto, «un muermo como para comerse las uñas hasta hacerse sangre».

Aunque, últimamente, Barbara ya no estaba para muchas fiestas. Más bien, bajo estrecha vigilancia. Tanto de sus padres —que temían que también se fugara— como del departamento de policía de la localidad, que quería saber lo que le había confiado su mejor amiga antes de desaparecer de un día para otro. Había que admitir que Lise Roberts no había hecho las cosas a medias al pirárselas estando de canguro. Por excéntrica que fuera, nadie lo había visto venir; tanto es así que se rumoreaba que se había suicidado saltando desde lo alto de Mahingan Head, el espolón rocoso al borde del mar sobre el que se alzaba el faro.

Desde entonces, Barbara apenas salía, rara vez lo hacía sola y nunca hasta más tarde de las ocho, lo que, conociéndola, debía de ser un verdadero infierno para ella.

El bosque surgió frente a Gemma, que pisó el acelerador para hacer subir al Datsun la cuesta que señalaba la entrada de lo que se conocía como los Tres Callejones. La mayoría de los habitantes del pueblo opinaba que aquel sitio, demasiado apartado y salvaje, apenas un puñado de viejas construcciones aisladas, ni siquiera formaba parte del municipio. El desvío hacia las tres calles, que serpenteaban entre los árboles, apareció ante Gemma, que tomó la del medio, Shiloh Place. Siguió rodando por su agrietado asfalto, salpicado de

baches, y al entrever la fachada roja y blanca tras la vegetación redujo la velocidad. La Granja había sufrido una reforma radical hacía dos o tres años, sin que Gemma se hubiera acercado nunca a comprobarlo por sí misma. Allí no iba nadie que no tuviera un buen motivo para hacerlo; el nombre del barrio lo decía todo: tres callejas sin otra salida que la orilla del bosque.

Gemma subió por el camino de acceso que arrancaba de la calzada y fue a aparcar junto a la furgoneta del fontanero Rick Murphy. Al parecer, los Spencer tenían problemas con las cañerías nada más llegar. La casa, enorme y en forma de ele, tenía dos plantas y desván, con ventanas altas, varios miradores, y muros rojos en los que destacaban los marcos y las cornisas, pintados de blanco, que resplandecían a la luz de primera hora de la tarde. Debía de ser agradable vivir allí, a poco que te gustaran la soledad y la naturaleza.

Gemma se echó un rápido vistazo en el retrovisor interior para comprobar que estaba presentable. La rutilante melena pelirroja, domada por una goma y varias horquillas, y una pizca de maquillaje para darse un poco de aplomo, pero nada demasiado vulgar o extremado para su edad. Salió y se estiró la camiseta, un poco nerviosa. Su madre la había puesto bajo un montón de presión. «Son gente importante, Gem. Ella es la chica de la tele, ya verás, la reconocerás enseguida. Si les gustas, te darán trabajo todo el año, esos no miran el dinero, son gente famosa, rica.» Gemma odiaba que su madre fuera tan interesada, que la obsesionara tanto el éxito ajeno, pero tenía que reconocer que ese año era crucial: necesitaba ahorrar hasta el último dólar para preparar la gran partida. Al siguiente, Gemma dejaría Mahingan Falls para ir a la universidad, y cada día sería un complicado juego de equilibrios financieros para conseguir aguantar hasta el final de la carrera. Tenía que marcharse con la bolsa tan llena como pudiera. Así que necesitaba aquel trabajo.

Gemma llamó con los nudillos menos segura de lo que habría deseado y se lo reprochó al instante. Cuando aún estaba en este mundo, su padre le había dicho muchas veces que bastaba con ver cómo anunciaba alguien su presencia para saber de qué pie cojeaba. Los apocados, los bestias, los demasiado seguros de sí mismos, los impacientes, los depresivos... Todos llamaban a la puerta del mismo modo que pensaban.

«Genial. Ahora saben que estoy acobardada...»

Olivia Spencer apareció en el umbral, y Gemma la reconoció al instante. Sí,

era la chica de la tele, la que presentaba el programa de la mañana desde hacía años. Pero en persona sus facciones eran un poco distintas. Menos parejas. Y su tez, menos perfecta. Más natural, pensó Gemma. Unas cuantas arrugas alrededor de los ojos y la boca daban carácter al rostro. Debía de andar por los cuarenta y los llevaba bien, lo que no quería decir que pareciera más joven, sino que emanaba una mezcla de seguridad y frescura llenas de personalidad. Los ojos, sí, eran igual que en la pantalla: de un verde claro, traviosos y penetrantes.

—Tú debes de ser Gemma... —dijo, recibéndola con una sonrisa contenida y sin embargo franca que enseñaba lo justo de una dentadura perfecta.

Gemma, que sonreía con toda la boca a todas horas, siempre demasiado entusiasta, se quedó admirada.

—Gemma, ¿verdad? —repitió la mujer—. Soy Olivia Spencer.

—¡Oh, perdón! Es que... se me hace raro verla...

—A partir de ahora, piensa que no soy más que otra habitante del mismo pueblo que tú, nada más. Ven, entra, te presentaré a la familia.

Gemma no podía despegar los ojos de ella, como hipnotizada por la celebridad, y se sintió ridícula. Olivia tomó la delantera para guiarla por la casa. Era bastante alta, y por supuesto delgada. Siendo su cuerpo su herramienta de trabajo, debía de mimarlo y controlarlo. Gemma la encontraba sublime. Olivia cogió un lapicero sobre la marcha y lo utilizó para recogerse la rubia cabellera en la nuca sin perder la elegancia en ningún momento, antes de detenerse en la puerta de la cocina, desde donde señaló a un hombre agachado no muy lejos del fregadero.

—Mi marido, Tom. Tom, te presento a Gemma, que tiene la pesada tarea de domar a nuestros monstruos.

—Buenas tardes. Lamento que tengamos un problemilla de fontanería...

Tom Spencer era mucho menos impresionante que su mujer. Quizá atractivo, para ser un cuarentón, pero Gemma se fijó sobre todo en su incipiente calvicie, que le clareaba la parte posterior del cráneo, y en la leve protuberancia a la altura del estómago. Aunque también él tenía una mirada franca y una sonrisa cordial. Gemma le hizo un gesto con la cabeza, antes de descubrir las piernas de Rick Murphy, en mono gris, que asomaban fuera de un mueble.

Olivia se la llevó al pasillo y, mientras caminaba con paso vivo, le

preguntó:

—¿Llevas una sillita de niño en el coche? Tu tía me dijo que traerías una.

—Sí, por supuesto. Y he superado todas las pruebas necesarias del permiso junior, así que ahora estoy autorizada para conducir sola con menores a bordo.

—Muy bien. Y te lo ruego, no conduzcas demasiado deprisa, aunque no haya más que un trayecto de cinco minutos. Te confío lo que más quiero en este mundo.

—Mis amigos nunca quieren que los lleve —respondió Gemma en su tono más tranquilizador—. ¡Conduzco demasiado despacio para ellos!

—Eso me parece perfecto. Voy a presentarte a los niños, y sobre todo a explicarte los hábitos de la pequeña Zoey. Con los chicos será un momento, son mayores, bastará con que les eches un vistazo de vez en cuando para asegurarte de que no están desmontando la casa o esnifando droga.

—¿Se... drogan?

Olivia se echó a reír.

—¡Lo cierto es que no, claro que no! Gemma, si quieres sentirte cómoda entre nosotros, tendrás que ir haciéndote a la idea de que somos un poco los reyes de la ironía, ¿de acuerdo? —Gemma asintió enérgicamente—. Te los presento y, en cuanto acabe el fontanero, Tom y yo nos vamos. Haremos uno o dos viajes de ida y vuelta, pero tú no te preocupes por nosotros, y al final de la tarde te llevas a los niños al Paseo.

Gemma volvió a asentir. Empezaba a gustarle aquella familia, y esperaba de todo corazón que recurrieran a ella a menudo.

Zoey se apoderó del cuchillo y lo apoyó en el dedo para separarlo del resto de la mano.

Gemma hizo una mueca, y acto seguido cogió el trocito de plastilina, lo hizo rodar entre las palmas de las manos y volvió a aplastarlo sobre la mesa. Luego cogió el cuchillito de plástico con delicadeza de las manos de la niña, lo dejó lejos de su alcance y señaló la tira violeta.

—No hay que romper las cosas, Zoey... ¿No quieres que modelemos tu mano para papá y mamá?

—Zoy quiere pie.

—¿Hacemos tu pie con plastilina? —dijo Gemma riendo—. De acuerdo.

Para sus dos años, la niña tenía un vocabulario muy extenso, aunque no

siempre era fácil entenderla. Gemma recordó que el señor Spencer ejercía una profesión intelectual; no era novelista, pero sí algo por el estilo (no acordarse la irritó), así que tal vez fuera su influencia...

El chico del pelo corto bajó las escaleras como una exhalación y entró en el salón. «Corte a cepillo, deportista... ¡Este es Chad!»

—Chad, tu madre ha dicho que tenías que acabar de abrir tus cajas.

—Ya he acabado.

—¿Y lo has colocado todo?

—Sí, hasta he pegado los pósters en las paredes.

—¿De qué son? ¿Puedo verlos? —le preguntó Gemma como pretexto para comprobar, sin que lo pareciera, que había hecho bien la tarea.

Acababa de entrar en sus vidas. No quería ser entrometida ni autoritaria, pero tampoco demasiado blanda.

—Aviones de caza. F15, F16 e incluso viejos Tomcat. Cuando sea mayor, me gustaría pilotarlos.

—¡Genial! Creo que para ser piloto se te tienen que dar bien las mates... ¿Qué tal te va en el cole?

—¡Uf! Ese el problema. Hay cosas que no entiendo.

—Si quieres, este curso puedo ayudarte. Las asignaturas de ciencias no se me dan mal del todo.

—¡Ah, vale! Estaría bien —respondió el chico sin mucho entusiasmo.

—¿Tu hermano también ha acabado de ordenar?

—No, Owen se toma su tiempo —Chad echó una ojeada a la escalera para asegurarse de que estaban solos, antes de precisar en un tono de confidencia seria—: En realidad no es mi hermano, ¿sabes? El año pasado, mi tío y mi tía, la hermana de mi madre, tuvieron un accidente, y Owen se quedó sin padres. Ahora vive con nosotros.

Gemma se llevó la mano a la boca.

—Pobre...

—Sí. Al principio estaba siempre llorando. Ahora va mejor. Creo que empieza a acostumbrarse a nosotros.

—Entonces, ahora es como si fuera tu hermano. Oye, ¿no crees que deberíamos subir y ayudarle a colocar sus cosas? Con todos los recuerdos que tendrá que sacar de las cajas..., no es buen momento para dejar que se las apañe solo.

La cara de Chad se iluminó. Estaba claro que era una excelente idea.

Con las ventanillas bajadas para que corriera el aire, avanzaban lentamente por calles flanqueadas de grandes casas de madera y cuidadas extensiones de césped, mientras Zoey dormía en su sillita, arrullada por los Guns N' Roses, que interpretaban «Welcome to the Jungle» en la radio del Datsun.

—Esto es Green Lanes, el barrio residencial de clase media por excelencia —explicó Gemma, que había iniciado una visita guiada por el pueblo para que los dos chavales pudieran situarse cuanto antes—. Muchos de vuestros compañeros de clase serán de aquí. Y como el autobús escolar no sube hasta los Tres Callejones, tendréis que venir a cogerlo a este barrio.

—¿Qué es aquello de allá?, ¿esas casas tan chulas en lo alto de la montaña...? —preguntó Chad—. ¡Desde allí debe de verse hasta el océano!

—West Hill, el barrio de postín.

—¿Es ahí donde vives tú? —terció Owen.

Gemma soltó una risita seca.

—¡Gracias por pensar en mí cuando se habla de gente de postín! Pero no. Yo vivo en Oldchester: feo, con calles estrechas y sucias, casas de una sola planta, bastante viejas, y nada bonito que ver.

—¡A mí me encanta la muralla que oculta el pueblo! —exclamó Chad—. ¡Parece que estemos en el fondo de un valle secreto!

Mahingan Falls estaba rodeado de escarpados y boscosos montes que, según unos, protegían aquel rincón perdido y, según otros, acababan de aislarlo del todo.

—Se llama Cinturón —explicó Gemma—. Lo cruzan dos carreteras y tiene el océano al este. No hay más accesos. Sí, supongo que se puede considerar una muralla. Con un punto culminante que no os habrá pasado inadvertido: la enorme montaña que se alza detrás de vuestra casa...

—Erebor —dijo Owen.

—¿Cómo?

—Chad y yo la llamamos Erebor. Es la montaña donde están la ciudad de los enanos y el dragón Smaug.

—¡Guau! Nada menos...

—Sale en *El hobbit*.

—Bueno, pues en realidad es el monte Wendy. Y a falta de dragón, la gran antena que se alza en su cima es el Cordón. Se llama así, es decir, así es como

lo llamamos aquí. Nos une al mundo exterior. Si un día se viene abajo, adiós tele, adiós internet, adiós radio y adiós móviles. Porque el Cinturón, por bonito que sea, nos tiene totalmente encerrados en este agujero.

—Entonces, espero que quien vigila esa antena sea el ejército —dijo Chad, tan sinceramente preocupado que Gemma no pudo evitar sonreír.

—No, no creo. Pero es fuerte y aguanta los rayos bastante bien. Ya veréis, cuando hay tormenta es impresionante. Lo que no sé es si aguantaría el aliento de fuego de un dragón...

Los dos chicos saltaron en los asientos y, con los ojos brillantes, se volvieron para mirar el mástil de acero que dominaba el pueblo. Pero solo vieron un trazo plateado lejos, muy lejos, por encima de sus cabezas.

Gemma siguió con la visita guiada durante otro cuarto de hora, multiplicando los rodeos para enseñarles el máximo a los chavales sentados detrás. Luego entraron en Main Street, la calle comercial, por la que deambulaba bastante gente en medio del calor de julio. Dejaron el coche en el aparcamiento del supermercado Shaw's y Gemma instaló en el cochecito a Zoey, que se volvió a dormir enseguida.

«¡Esta niña es un auténtico lirón! Será que no duerme por la noche...», se dijo la chica.

El punto de encuentro estaba al final de la calle, en el paseo de madera que daba al océano, y Gemma no quería llegar demasiado tarde. Tenía la sensación de que había resuelto la papeleta y les había caído bien a los niños, y era importante que los padres la consideraran fiable, también en lo relativo a la puntualidad.

Zigzagueaban riendo entre la gente cuando Gemma alzó los ojos y lo vio. Estaba a unos veinte metros delante de ellos, en el cruce de Atlantic Drive. La sangre se le heló y los pies se le inmovilizaron.

Los dos chicos tardaron unos segundos en comprender que pasaba algo y seguir la mirada aterrada de su canguro.

—¿Algún problema? —preguntó Owen, preocupado.

—Es tu ex, ¿no? —le soltó sin más Chad, para quien el tema de las relaciones amorosas se había convertido en una cuestión de interés.

Gemma meneó la cabeza, incapaz de hablar.

Derek aún no la había visto, pero solo era cuestión de segundos que lo hiciera. Retomando el control de sus emociones, Gemma hizo girar a toda prisa el cochecito por la primera bocacalle, y los dos chicos no tuvieron más

remedio que seguirla, no sin antes echar un último vistazo al origen del problema.

—No te ha visto —le informó Chad—. ¿Es ese tipo alto que lleva una camisa sin mangas?, ¿el de los brazos llenos de tatuajes? Estaba hablando con dos colegas, ya puedes dejar de correr, estás a salvo.

Derek Cox, Jamie Jacobs y Tyler Buckinson. La santísima trinidad de los infiernos de Mahingan Falls. Estrellas del equipo de fútbol americano local, los Wolverines. Tyler no era más que un pedazo de animal, un inútil que pagaba su frustración con cualquiera que le llevara la contraria. Jamie era hijo de uno de los hombres de negocios más influyentes del pueblo, propietario de la mayoría de los arrastreros entre Rockport y Salem, lo que convertía a su vástago en casi intocable. Quedaba el peor: Derek. Todos los pueblos del mundo debían de contar con su imán de problemas particular, suponía Gemma. Derek era un superconductor de conflictos, a lo que había que añadir un carácter feroz, por no decir incontrolable. Y no soportaba el rechazo. En especial, de las chicas tras las que iba. Gemma había tenido la desgracia de convertirse en su presa la primavera anterior, desde la que vivía una auténtica pesadilla. La buscaba en el instituto para acorralarla en un rincón, se pegaba a ella creyéndose irresistible, sus manos se transformaban en tentáculos y sus labios intentaban arrancarle un beso que ella conseguía negarle intentando alejarlo sin que se cabreara. Sabía de lo que era capaz. Había visto a Patty Drotner y Tiara O'Maley. Todo el mundo las había visto. Con horror. Pero nadie había dicho nada. Nadie.

Afortunadamente, las amigas de Gemma le servían de barrera para que pudiera evitarlo, y las vacaciones de verano le habían permitido no cruzarse con él durante un tiempo, pero Gemma no sabía si por fin la había tomado con otra o si corría el riesgo de que la humillara delante de los niños. Se había pasado todo el mes de junio y el comienzo de julio preguntándose cómo se las arreglaría para terminar su último curso con él por los alrededores. Eso la reconcomía.

—Es un completo gilipollas al que hay que evitar a toda costa —dijo guiándolos hacia la entrada posterior de una farmacia que daba al paseo marítimo.

Chad y Owen intercambiaron una mueca de complicidad. Una canguro que decía «completo gilipollas» delante de ellos: les encantaba.

—Si quieres —propuso Chad, galvanizado por el aire marino, el sol y el

descaro propio de su edad—, Owen y yo podemos ir a hablar con él, a decirle que deje de molestarte. No me da miedo, aunque tenga diecisiete o dieciocho años —Owen le propinó un codazo en las costillas para hacerle saber que no estaba de acuerdo, pero Chad continuó—: Créeme, un buen bate de béisbol equilibra la diferencia de edad. Y entonces, por muy fuerte que sea, nos escuchará y...

Gemma se detuvo y lo miró boquiabierto, buscando las palabras antes de blandir un índice amenazador.

—Pase lo que pase, si volvéis a verlo, no le dirigiréis la palabra, no os acercaréis a él y lo evitaréis. ¿Lo habéis entendido? —su mirada ya no tenía nada de agradable o afectuoso. Mezclada con aquella súbita autoridad, había en ella incluso miedo—. ¿Lo habéis entendido? —repitió colérica—. No tenéis ni idea de lo que es capaz.

Esta vez, hasta Chad agachó la cabeza.

4.

Las buenas maneras estaban acabando con él.

Tom empezaba a comprender dónde se habían metido realmente al mudarse a aquel tranquilo pueblo de Nueva Inglaterra. Casi todo el mundo se conocía. En las tiendas, no pasaban cinco minutos sin que fulano parara a mengano para saludarlo. En todas partes les sonreían amistosamente; cada dos por tres, en cuanto resultaba evidente que no eran de allí, les ofrecían ayuda; y si Olivia explicaba que acababan de instalarse, les llovían frases de bienvenida, consejos y proposiciones de lo más diversas. Allí existían, constató Tom, no como en Nueva York, donde podías pasearte por un supermercado sin que una sola mirada se posara en ti. Pero la atención llevaba aparejada una exigencia de afabilidad, una actitud sociable, y eso a él, que estaba acostumbrado a una vida de hurón encerrado en su madriguera, se le hacía cuesta arriba. Por suerte, ya estaban en la cola de la caja, en la que iba a ser su última tienda de ese día.

—Al próximo que me salude como si fuéramos amigos del alma — refunfuñó en voz baja—, te juro que le paso por encima con el carrito hasta que las tripas se le enrollen en las ruedas.

—Pues vete acostumbrando —le dijo Olivia sin perder su sonrisa jovial—, porque esto va a ser el pan de cada día durante los próximos veinte años.

—¡Claro!, ya entiendo: estoy muerto. He sido un mal chico y me han castigado: he ido al infierno, ¿no es eso?

Su mujer estaba a punto de contestar algo, de naturaleza sexual, esperaba Tom, como merecía el mal chico que era, cuando una voz estentórea exclamó a su espalda:

—¡Olivia Burdock! ¡No, no estoy soñando, es usted!

Justo detrás de ellos, un cincuentón barrigudo con chaqueta, pantalón y

sombrero de vaquero beige a juego los miraba de hito en hito señalando a Olivia con el índice. Una barba de una semana, entre castaña y blanca, cubría sus gruesos mofletes, y la sombra del Stetson no bastaba para atenuar el brillo de sus ojos azules.

—Usted es la presentadora del «Breakfast America Daily Show», ¿verdad?
—insistió sin la menor discreción.

—Es el «Sunrise America Daily Show», pero supongo que da igual —lo corrigió Olivia en un tono de voz mucho más bajo, esperando que él disminuyera el suyo.

El hombre le tendió su gruesa y fofa mano.

—Logan Dean Morgan, pero llámenme LDM, como mis amigos. ¡Es un orgullo para nuestro pueblo tenerlos como vecinos!

—Qué deprisa se ha extendido la noticia... —respondió Olivia sorprendida, pero con la seguridad y la soltura de quien está acostumbrado a esas situaciones.

—¡Imagínese! ¡Una celebridad entre nosotros! Tessa Kaschinski ha hecho correr la voz. Todo el mundo está al tanto o lo estará de aquí al fin de semana.

Dichosa agente inmobiliaria, gruñó Tom para sus adentros. Desde el principio le había parecido demasiado zalamera, una de esas mujeres que no paran de cotillear e hinchar cualquier insignificancia hasta convertirla en rumor.

Comprendiendo que no iba a poder librarse de Morgan hasta que terminaran sus compras, Olivia dio un paso a un lado y señaló a Tom.

—LDM, le presento a mi marido, Thomas Spencer. Tal vez conozca sus obras de teatro.

—¡Uy, no! Nunca voy a Nueva York.

—También se representan en Boston, e incluso...

—No tengo tiempo ni para ir al cine, así que... ¡Ah! —exclamó de pronto, como fulminado por un rayo—. Tienen que venir a mi restaurante. Soy el dueño del Lobster Log, en el puerto deportivo, ¡les encantará! El mejor marisco de toda la costa. ¡Ya sé que todos los restauradores locales dicen lo mismo, pero en mi caso es verdad!

Olivia miró a Tom de reojo. Código rojo. Era su contraseña con los pelmazos demasiado amables para rechazarlos pero que se mostraban demasiado pegajosos para poder deshacerse de ellos fácilmente. Tom se acercó al cliente de delante y comprobó consternado que se tomaba todo el

tiempo del mundo para vaciar el carrito en el mostrador de la caja. Todavía tenían para cinco minutos largos, y mientras oía a Logan Dean Morgan parlotear sobre la calidad de sus productos y la originalidad de su restaurante, comprendió que no podrían librarse de una cena en el Lobster Log en un futuro cercano.

«Código rojo insuperable. No nos iremos sin su tarjeta y la promesa de pasarnos en las próximas dos semanas; un mes, echando mano de todos los pretextos posibles. Y a juzgar por el personaje, hasta puede que insista en que Olivia le dé el número del móvil, lo que será el acabose, porque llamará cada tres días para saber cuándo vamos.»

—Pero, díganme, ¿por qué Mahingan Falls? ¡Ah, ya lo sé! Es por usted —dijo señalando a Tom—. Para escribir uno de sus libros, ¿verdad?

—Yo... Yo no escribo novelas, sino obras...

—A usted lo que le van son las historias de crímenes, ¿no es así? Lo veo en sus ojos. ¡Las novelas policiacas! Eso sí que vende, a la gente le fascinan los crímenes. Es como si todo el mundo lo llevara en la sangre...

LDM terminó su monólogo con una risa estridente que le agitó la barriga y los mofletes.

—Lo que «le va» a Tom —terció Olivia— son más bien las obras dramáticas, descifrar los códigos sociales, las dificultades de las relaciones, cómo evoluciona nuestra sociedad...

—¡Pues debería hacer algo más sangriento! —insistió Logan—. ¡Además, aquí no le costaría inspirarse!

Olivia frunció el ceño.

—¿En Mahingan Falls hay una tasa de criminalidad elevada?

—Hoy ya no, por supuesto, pero en lo tocante a antecedentes siniestros, ¡estamos bien servidos! Seguro que Tessa Kaschinski no se lo dijo. ¡La gente no presume de esas cosas hasta que los recién llegados están ya entre nosotros, atados de pies y manos con su crédito hipotecario! —dijo Logan entre risas—. ¿Han oído hablar de las brujas de Salem? Todo el mundo las conoce. ¡Bueno, pues Salem no está más que a unos veinte kilómetros al sur! Y, en realidad, la mayoría de esas chicas eran de aquí. ¡Sí, señor! Lo que pasa es que no podían juzgarlas en el pueblo, que en la época era un villorrio de tres al cuarto, así que se las llevaron al pueblo grande más cercano: Salem. Y antes de eso tuvimos a los indios, la matanza de los..., ¿cuáles eran? ¡Los pennacooks! Una auténtica carnicería. Y durante la prohibición, Mahingan Falls era una guarida

de contrabandistas, con sus correspondientes arreglos de cuentas, como pueden imaginar. Y se me olvidaba: también tuvimos aquí a Roscoe Claremont, el asesino en serie de los acantilados, el siglo pasado. Bueno, se lo he soltado todo como me ha venido, desde luego, pero mi mujer se lo podría contar mucho mejor que yo: esas cosas le apasionan. Hubo una época en que quería incluso escribir un libro sobre el tema..., ¡le robaría el trabajo, Thomas! Por eso sé todas esas barbaridades. Se pasa la vida viendo el Crime & Investigation Network. Estoy seguro de que le encantaría conocerlo —Tom prefirió no alentarle y asintió con una sonrisa de circunstancias. No sabía a quién iba a matar primero, si al cliente que los precedía y seguía sin avanzar o a LDM, si no se callaba en menos de diez segundos—. Cuando conozcan a nuestro alcalde, sobre todo no le digan que les he contado todas esas cosas, ¿eh? —se apresuró a añadir Logan—. No es la postal más bonita de nuestra comunidad. Pero, como yo digo siempre, ¡no hay que renegar del pasado!

Cuando al fin salieron de la tienda, Tom casi echó a correr con el carrito en dirección al coche. Olivia lo miraba divertida.

—¡Ya tenemos nuestro ganador del mes! —exclamó riendo.

—Te lo advierto: como sean todos así, nos largamos antes de que termine el verano.

—Acabamos de firmar una hipoteca sobre la Granja, estás atrapado entre esta gente hasta dentro de al menos quince años —se burló Olivia.

—¡Me da igual! Quemo la casa, defraudo a la aseguradora, pero no pienso ir a cenar al restaurante de ese individuo jamás, ¿lo oyes?, ¡jamás!

Tom lo decía en broma, pero estaban empezando a entrarle dudas. ¿Era aquel un buen sitio para ellos? Se hacía preguntas sobre el futuro de ambos, y sabía que Olivia también. Se habían sentido saturados en el mismo momento, habían hecho las mismas reflexiones, habían tenido el mismo flechazo con la Granja y, en apenas unos meses, lo habían dejado todo. Todo.

Tom necesitaba tomar distancia. Respecto a sí mismo y respecto a su trabajo. El estrepitoso fracaso de su última obra le había hecho mucho más daño como autor de lo que habría podido imaginar. Los críticos lo habían vapuleado. El público le había dado la espalda. Hasta los agentes se mostraban más reacios a encontrarse con él, a hablarles de él a sus actores. A decir verdad, Tom era consciente de que el éxito había dejado de acudir a la cita. Su obra *La sinceridad de los muertos* había sido una revelación, seguida del triunfo absoluto de *Amarguras*, representada en todo el mundo. Pero luego

no se había renovado lo suficiente, y se había iniciado un largo declive. El fiasco de su última creación, un año antes, lo había arrastrado al fondo. Para Tom, alejarse del desquiciante barullo de la megalópolis neoyorquina, del guirigay de los periodistas y los demás dramaturgos, de los consejos de los agentes y los directores de teatro, se había convertido en una necesidad. Volver a lo esencial. A la sencillez. Lo sentía sin llegar a confesárselo, hasta que Olivia se lo hizo desembuchar como solo ella sabía hacerlo.

La propia Olivia se hallaba inmersa en una profunda reflexión sobre su trayectoria, una revisión colosal que cuestionaba hasta sus sueños de adolescente, pese a lo mucho que había luchado para conseguir hacer televisión. Una joven periodista de información local convertida en estrella de una cadena nacional, a la cabeza de su propio show matutino, emitido todos los días de la semana. En el umbral de los cuarenta, había emprendido una introspección particularmente dolorosa en una profesión ávida de juventud, en la que lo que cuenta por encima de todo es la apariencia, en la que cada nueva arruga es como un foco más que se apaga sobre tu rostro. Olivia se preguntaba qué sentido tenía lo que hacía. Ya no disfrutaba realizando su trabajo. Demasiada presión, demasiadas opiniones diferentes y la sensación de que la suya era la que menos importaba, a medida que las decisiones se tomaban dentro de comités cada vez más grandes e incompetentes. Ya no se divertía. Peor aún: todas las mañanas, en el momento de salir a antena, la invadía la sensación de que ya no era ella misma. Tenía pesadillas recurrentes en las que se le cruzaban los cables en mitad del directo y les cantaba las cuarenta a todos ante millones de espectadores. ¿Para eso había trabajado tanto desde la adolescencia? ¿Para acabar así? ¿Amargada, exhausta, y probablemente apartada de la noche a la mañana cuando un estudio demostrara que su sustituta durante las vacaciones, veinte años más joven, les gustaba más a las sacrosantas amas de casa? El asunto se había precipitado durante una de esas veladas de sociedad que tanto odiaba Tom, en casa de uno de los productores de su mujer. Allí conocieron a Bill Tanningham, abogado de famosos. Bill era un epicúreo trágico, en la medida en que usaba y abusaba de todos los placeres hasta destruirse poco a poco. Dado que uno de sus vicios era el juego, Tanningham se encontraba en una situación financiera muy delicada, que le obligaba a deshacerse de buena parte de lo superfluo. La Granja entraba en esa categoría. Una conversación entre tantas en medio del tintineo de las copas de champán, Bill proponiéndole a un conocido venderle la casa a un precio sin

competencia posible, Tom viendo aparecer la foto en el móvil del abogado e interviniendo en la conversación... Todo empezó ahí. Frases cazadas al vuelo, una imagen interesante captada con el rabillo del ojo, y la tranquila vida de los Spencer dio un giro.

Tom ignoraba por qué había deseado saber más sobre aquella granja totalmente reformada, pero había hecho preguntas e incluso atraído a la conversación a Olivia, que fue quien, el siguiente fin de semana, le propuso ir, solo para echar un vistazo, por diversión.

Ni en el avión a Boston ni en el coche que alquilaron a continuación se planteó Tom aquello como algo factible. No era más que una excusa para escapar de la rutina, en plan de pareja, para imaginarse otra vida, paralela a la suya y tanto más atractiva cuanto que era una fantasía, un imposible.

Sin embargo, se acordaba de todas las fotos que había visto en el móvil de Bill Tanningham, y la casa lo fascinaba. Se imaginaba en ella con los niños, felices, e incluso llegaba a verse sentado delante de una mesa en la primera planta, escribiendo en una habitación cálida y tranquila.

La tarde de ese mismo día de primavera, cuando volvió a salir de la casa, algo había cambiado dentro de él. La agente inmobiliaria comisionada por Tanningham debió de intuirlo, porque les propuso que se quedaran un rato mientras ella volvía a su despacho a buscar unos papeles. Fue Olivia quien le tiró de la lengua y le ayudó, a él, el hombre de letras, a expresar con palabras lo que no conseguía confesarse a sí mismo.

Le gustaba aquel sitio. Le gustaba la vida que podía ofrecerles la Granja. En ese período dramático en que, un año antes, Olivia había perdido a su hermana y Owen había tenido que injertarse en el nuevo tronco, provocando grandes cambios, su mujer no había hecho más que ir en su mismo sentido. También ella aspiraba a otra cosa, a replanteárselo todo, a una vida más auténtica.

—Voy a dejar la emisión diaria —le anunció sentada en las baldosas de barro de la escalera que daba a la terraza trasera de la Granja.

—¿Qué?

—Y tú te vas a alejar de las víboras y los tiburones. Puedes escribir perfectamente lejos de Nueva York.

—Pero, Olivia, es... ¡No puedes dejarlo todo! ¡Vamos! Veinte años luchando para conseguirlo y ahora que estás a punto de coger el Grial con las manos ¿das media vuelta?

—Ya he bebido de él, ya he vivido el sueño, ya he conseguido lo que

perseguía... Ahora puedo dedicarme a otra cosa en vez de intentar inútilmente retenerlo para mí sola el mayor tiempo posible. Tenemos suficiente dinero guardado para vivir de los intereses gastando con cuidado, pedir un crédito y marcharnos del piso.

—¿Y qué harías?

—No lo sé. Un blog, algo para divertirme, escribir un libro de desarrollo personal, o quizá volver a mi primer amor de juventud y buscar una pequeña emisora. Quiero disfrutar, dejar de fingir. Poco a poco me he encerrado en un papel para conservar lo que tenía, pero ya no puedo. Ya lo he aprovechado, ya he tenido lo que deseaba.

—¿Y adónde iremos? ¿Te das cuenta de todo lo que implica para nosotros y para los niños? Dejar la ciudad, empezar una nueva vida...

Olivia se echó a reír y apoyó la cabeza en el hombro de su marido.

—Tontorrón... Eres el único que no ve lo evidente. Ya hemos llegado. Esta es nuestra casa.

El faro se alzaba hacia el cielo como un dedo de ladrillo dirigido a los dioses para recordarles que allí, encerrados en aquel círculo de montañas boscosas, vivían hombres. Erigido en la punta de Mahingan Head, el espolón arcilloso que dominaba toda la bahía, y visible a más de veinticinco millas náuticas, señalaba la frontera norte del pueblo, proyectando su densa sombra sobre la dársena. Junto al Cordón, la enorme antena que coronaba el monte Wendy al otro lado del núcleo urbano y segundo punto de referencia visible desde cualquier barrio, formaba una especie de extraña rosa de los vientos local, de la que los habitantes estaban bastante orgullosos.

Toda la familia Spencer saboreaba un helado cómodamente instalada en un banco arrimado al escaparate de la tienda, que daba a Atlantic Drive, frente a los paseantes del final del día. Tom observaba el faro con curiosidad, imaginando la vista que debía de disfrutarse desde allá arriba de los tejados multicolores, los campanarios y los parques, hasta el fondo del pequeño valle. Tenía que ser bonita, así que se prometió que uno de esos días los llevaría a todos a pasear por allí, o de pícnic. El océano, de un azul grisáceo y opaco, lanzaba destellos plateados; grupos de gaviotas se disputaban los dónuts olvidados por niños con demasiada prisa, y el ambiente vacacional comenzaba a contagiarse a Tom, que necesitaba relajarse. Sin lugar a dudas, aquel sitio era

su preferido entre todos los que había recorrido desde su llegada. Suficientes visitantes de fuera para diluir a los lugareños y pasar inadvertido, mil tentaciones gustativas absolutamente devastadoras para la salud —una maravilla, vaya—, y la embriagadora sensación de estar lejos, aislado, apartado del mundo de verdad y sus obligaciones.

Le dio un mordisco a su helado de café y siguió la mirada pensativa de Owen, que contemplaba a los patinadores del otro lado de la calle, en el largo paseo de madera elevado sobre la playa.

—Bueno, ¿qué tal la canguro? —preguntó.

—Es maja —dijo Chad.

Tenía los ojos brillantes.

—La verdad es que es guapa... —reconoció Tom.

Olivia le dio un codazo en las costillas.

—¡Como no te tranquilices un poco con la pelirroja, contrato a una vieja arpía! —Chad y Owen dijeron «no» con la cabeza y Tom los imitó, pese al ceño fruncido de Olivia—. No creas que vas a acompañarla a su casa una sola noche... —añadió, sin que se supiera si estaba realmente celosa o se burlaba de ellos.

—¿Y si la agreden por salir tarde de nuestra casa? —preguntó Tom con fingida preocupación.

—¡Prefiero eso a que me birle el marido!

—¿Le parece caritativo, señora Spencer-Burdock? ¡En un pueblo tan peligroso! Masacres de indios, brujas, contrabandistas, un asesino en serie y no sé qué más.

Chad y Owen abrieron la boca de par en par, invadidos por una mezcla de curiosidad, excitación y miedo.

—¿De verdad? —preguntó Owen—. ¿Pasa todo eso aquí?

—¡Genial! —exclamó Chad.

Olivia reconvino a su marido con la mirada.

—Muy inteligente...

—¡Oye, que no lo digo yo, lo dice Logan Dean Morgan! —se defendió Tom en son de broma.

—¿Quién es ese? —quiso saber Chad.

—¡Si te lo encuentras, sobre todo huye! ¿Me habéis oído, chicos? ¡Huid de LDM si no queréis que os destroce los tímpanos!

Superada por las exageraciones de Tom, Olivia suspiró a modo de

capitulación y dejó que los «hombres» se excitaran con aquellas siniestras historias mientras limpiaba a la pequeña Zoey, que se había embadurnado la cara de helado de chocolate.

Ante las entusiásticas preguntas de los adolescentes, Tom explicó que en Mahingan Falls habían ocurrido cosas poco ejemplarizantes en otros tiempos, pero al ver que no podía ofrecerles muchos detalles, Chad y Owen acabaron por desinteresarse y empezaron a hablar entre ellos en voz baja. Tom no temía la curiosidad morbosa de los muchachos; formaba parte de la vida, del aprendizaje de la muerte, de la comprensión de la violencia. Sin embargo, no quería que les provocara pesadillas, no tenían más que trece años, por lo que se apresuró a completar su relato:

—Son historias antiguas. Hoy Mahingan Falls es un pueblo tranquilo, así que olvidaos de los monstruos y los fantasmas, aquí estáis seguros.

—¿Más que en Nueva York? —preguntó Chad.

—Nueva York es una jungla al lado de esto. Ahora vivís en el bucólico campo.

—Por el campo, a veces se pasean coyotes y serpientes... —observó Owen.

Tom iba a responder al comentario para tranquilizarlos, pero la imagen en blanco y negro de una adolescente lo distrajo. Tenía una mirada triste y llevaba demasiado maquillaje, y lo que parecía la indumentaria de una gótica o una «metalera», como llamaban los chavales a quienes oían música heavy, aunque Tom no sabía qué diferenciaba los dos estilos. Era un anuncio pegado en un poste a la salida del supermercado. Tom ya lo había visto en Main Street, pero no le había prestado atención. Lise, dieciséis años, desaparecida hacía un mes, decía el texto, impreso en letra grande. Teniendo en cuenta la edad y el perfil, se trataba con toda probabilidad de una fuga, pero el escritor que siempre imaginaba lo peor en primer lugar no podía evitar plantearse otra hipótesis mucho más siniestra.

«Los monstruos existen. No puedo decirles lo contrario a mis hijos. Son pocos, pero muy reales. No puedo mentirles.»

Tom prefirió callar.

Fue en ese momento cuando se fijó en una mujer menuda que se movía nerviosamente en la otra acera, frente a él. Todo fue muy rápido, demasiado para que Tom pudiera reaccionar. Vio la pequeña figura de pelo gris lanzándose a la calzada en el momento en que una camioneta se acercaba un

poco más rápido de la cuenta.

Al ruido blando de los órganos y los vasos sanguíneos reventando contra el radiador le siguió de inmediato el sonido, más sordo, de los huesos que se partían y el acero que se doblaba, y, por último, el estridente chirrido de los neumáticos bloqueados. La mujer voló por los aires como una muñeca de trapo, con las extremidades, desarticuladas por el brutal impacto, agitándose a su alrededor. Las piernas pasaron por encima de la cabeza, los pies golpearon el techo del vehículo y el cuerpo se estrelló contra el parabrisas y quedó incrustado en él, como una flor escarlata sobre el cristal astillado. Pese al brusco frenazo, se quedó así, en aquella postura inverosímil y grotesca que mostraba, sin ningún género de dudas, que la columna vertebral se había partido, formando casi un ángulo recto.

Tom lo había visto todo con detalle. Pero cuando sonaron los primeros gritos y empezó a acudir la gente fue incapaz de moverse.

Volvía a ver la mirada perdida de la mujer. Y tardó varios segundos en comprender lo que lo mantenía clavado al banco.

En el momento del impacto, ella no estaba asustada.

Parecía absolutamente aterrorizada antes. Por eso se había lanzado a la calzada.

Sin embargo, no había nada a su alrededor que pudiera justificar semejante reacción. Nadie que hubiera podido empujarla, nadie frente a ella que le hubiera metido el miedo en el cuerpo, nada anormal, se decía Tom volviendo a visualizar la película de aquella tragedia.

Observó atentamente hasta el último rostro, pero no descubrió nada de particular en semejantes circunstancias. Sabía que nunca olvidaría el de aquella pobre mujer, desencajado por la angustia. Ahora el cuerpo yacía cabeza abajo en el frontal de la camioneta, con las facciones aplastadas contra el parabrisas.

Justo detrás, una bandera roja y blanca —los colores del municipio— ondeaba al viento. Encima, en letras doradas, podía leerse: BIENVENIDOS A MAHINGAN FALLS.

5.

La radio chisporroteaba, y la voz del locutor de la WGIR se apagó y, al cabo de unos momentos, volvió a oírse. Rick Murphy se inclinó sobre el volante de la furgoneta para echar un vistazo maquinal al Cordón, en lo alto de la montaña bañada por el sol, que empezaba a ocultarse tras ella. Era una estupidez, no había ningún motivo para que la antena se cayera, pero Rick hacía lo mismo siempre que los aparatos —la radio o el móvil— funcionaban mal. No era el único en Mahingan Falls que tenía esa costumbre. Toqueteó el mando de la radio para conseguir una señal más clara y aprovechó para subir un poco el aire acondicionado. Se había pasado casi toda la mañana sudando, y le daba un poco de vergüenza presentarse ante los clientes en esas condiciones. Los días se sucedían y se confundían: largos, calurosos y aburridos. Necesitaba descansar.

¡Quién le mandaría cambiar las vacaciones con Roy Hughes! Siempre iba a Vermont a mediados de julio para reunirse con su cuñado en la cabaña familiar, a orillas del lago, pero esta vez no había sabido decir que no. Roy le había tocado la fibra sensible. Eran dos fontaneros para todo el pueblo, no podían dejar la faena en pleno verano, no era responsable, y se arriesgaban a abrirle las puertas a la competencia de Rockport o Manchester. Una muy mala idea, había insistido Roy. Tenían que organizarse, no como en años anteriores. Y Rick se había dejado convencer tontamente. Así que Roy y su mujer se iban en el mejor momento, a caballo entre julio y agosto, y le dejaban la última quincena de las vacaciones, cuando la gente estaría de regreso para preparar la vuelta al trabajo, o sea cuando la actividad se reactivaría. Mientras tanto, Rick tenía que chuparse las urgencias y los turistas con casa alquilada, siempre con prisas, rara vez amables. Y encima Nicole estaba de morros. Lo llamaba inútil, apocado, calzonazos y otras lindezas igual de humillantes. No

era de extrañar que luego él no tuviera ganas de hacerle el amor. También le echaba en cara eso. Que no lo hicieran más a menudo, que no le diera «un repaso en condiciones», como era su obligación de marido. En la cama, Rick nunca parecía estar a la altura, se sentía torpe, seguramente mal equipado, sobre todo si tenía que creer lo que había visto en las películas porno. Y claro, los insultos no hacían más que empeorar las cosas. Rick se preguntó cómo saldría de aquel mal paso mientras giraba hacia el camino de tierra de los McFarlane, sus últimos clientes del día. Luego podría volver a casa y tomarse una cerveza bien fría.

El viejo Bob McFarlane lo esperaba en la escalera del porche, con su enorme máscara de apicultor en la mano. Rick cerró de un golpe la puerta de la furgoneta y echó un vistazo aprensivo a los cajones de madera que zumbaban en el claro, a unos veinte metros de distancia.

—Siguen sin ser malas —rezongó McFarlane.

Rick barrió el aire con un gesto de la mano.

—No entiendo cómo alguien puede tener esos bichos en su casa, y menos aún que le gusten.

—Un día te llevaré a que abras una colmena y veas la magia de esas maravillosas criaturas...

—¡Cuando tú te metas conmigo debajo de tu maldita choza! ¿Qué, ha vuelto a reventar?

—Casi no hay presión, como la última vez.

—Ya te lo advertí: la electrolisis se come las cañerías de cobre. Tarde o temprano habrá que cambiarlo todo, si no cada vez será peor.

—Cuando me toque la lotería. Mientras tanto he cerrado la llave de paso para que puedas echar un vistazo sin tener que chapotear.

—Con este calor no me vendría mal un baño. Voy a coger la caja de herramientas, tú ve abriéndome la reja.

Entre la galería que rodeaba la casa y el suelo había una cámara sanitaria de menos de un metro de altura, cerrada con un enrejado de listones para impedir que los animales se metieran en ella. El viejo Bob mantenía abierta la roñosa reja que hacía las veces de puerta para que el fontanero pudiera deslizarse dentro a rastras. Rick encendió la linterna frontal, se la sujetó a la cabeza e inició la exploración.

Allí abajo no entraba el sol, así que se estaba más fresco. Sosteniendo la caja de herramientas con una mano, Rick empezó a reptar por la agrietada

tierra. Se escurrió entre el armazón de madera que sostenía el suelo de la galería, hasta llegar a los pilares de hormigón que soportaban el peso de la casa. La oscuridad reinaba como dueña y señora en aquel territorio de arañas, gusanos e insectos quitinosos, a los que Rick habría sido totalmente incapaz de dar nombre. Estaba acostumbrado a ese tipo de actividad; en su oficio, más valía no asustarse por unas cuantas sabandijas peludas. Prefería aquello al hedor de las fosas sépticas rebosantes o el acre tufo de las enormes calderas industriales.

Rick se detuvo un instante. Hablando de olores, le llegaba uno apestoso. A putrefacción.

—¡Bob! ¿Me oyes? —gritó—. ¡Aquí abajo tienes algún animal muerto!

La voz del viejo McFarlane le llegó muy débil, como si estuviera en la otra punta de un pasillo interminable.

—¡Ya me parecía a mí! Llevaba tiempo oyendo arañar. ¡Espero que no sean ratas!

—¡De todas formas, tal como huele, estarán muertas!

Sus palabras resonaban a su alrededor, como si rebotaran en los grises pilares. La débil pincelada de luz le mostraba el lugar con rápidos trazos casi monocromos.

«¡Y pensar que podría estar pescando truchas tan ricamente a la sombra de un abeto! Maldito Roy... —Rick se dijo que, en aquel asunto, el idiota era él, por haber aceptado tan fácilmente, y sintió una punzada en el corazón. Estaba harto de hacer siempre el primo—. ¡Eso me pasa por ser demasiado bueno!»

Ahora ya no cabía ninguna duda, por allí había un animal muerto: la podredumbre le llenaba las fosas nasales con su mezcla de densa acidez y olor a óxido, más agria que un cuenco de leche cortada en plena canícula. Rick gateó unos metros más para acercarse a una pared y, contorsionándose, giró hacia la izquierda. Casi había llegado al centro: ya no podía oír al viejo McFarlane y menos aún percibir la más mínima partícula de luz. Lo malo sería volver. Con lo estrecho que era aquello, no podría dar media vuelta; tendría que retroceder arrastrándose interminable y agotadoramente. ¡Hoy sí que se había ganado una ducha bien fría!

El suelo estaba húmedo: se acercaba al escape. En el sitio de siempre, la salida de la caldera. Distinguía varios tubos de cobre sujetos a una losa de cemento, sobre su cabeza. Ya casi estaba.

El olor a podrido se hizo insoportable, y Rick metió la mano bajo el mono,

tiró del cuello de la camiseta y se la colocó sobre la cara a modo de máscara, reteniéndola con la nariz. Estaba sudando a mares.

Sus dedos se sumergieron en un charco. Ya lo tenía.

Una especie de rumor líquido apenas perceptible le hizo detenerse.

La linterna iluminó sus manos, teñidas de rojo.

Sangre. Le empapaba las palmas.

«Pero ¿qué carajo...?»

Se irguió sobre los codos para aumentar el alcance del haz de la linterna y vio el amasijo de carne, vísceras y pelo nadando en un encharcamiento carmesí, justo delante de él.

Decenas de larvas se agitaban en medio de aquel festín, produciendo el extraño murmullo líquido que acababa de oír. El cadáver era demasiado grande para pertenecer a una rata. Debía de tratarse de un perro, o un coyote. Rick había visto un reportaje en el canal regional en el que se aseguraba que el estado de Massachusetts estaba ahora infestado de coyotes.

«No puede ser... Tenía que tocarme a mí.»

No veía modo de sortearlo; tendría que pasar justo por encima, haciendo ridículos y repugnantes equilibrios.

«¡Bob, el enrejado tiene un agujero! ¡Esto no tardará en convertirse en un nido de inmundicias! Tendrás que ocuparte de tu choza, porque yo ya no puedo más...»

Rick se enderezó como pudo entre los tabiques de hormigón, dispuesto a iniciar su maniobra de elusión, pero en ese instante percibió un movimiento detrás de él. Se detuvo y aguzó el oído.

Alguien se aproximaba por detrás.

—¿Bob? ¿Qué coño haces ahí? ¡Estás un poco mayorcito para estas gilipollecias! ¡Déjame trabajar, para eso me pagas!

Pero el viejo McFarlane no respondió.

Rick suspiró. Tenía calor, le dolía todo el cuerpo, estaba en una postura muy incómoda en un agujero más que estrecho para su gusto, en medio de un hedor insoportable... Solo le faltaba tener que evacuar a un anciano de su cámara de aislamiento a causa de un desmayo.

—¡Bob, sal de ahí de una vez!

McFarlane seguía mudo. Se limitaba a acercarse sin cesar.

«¡Está en forma el muy...!»

De pronto, Rick empezó a dudar. Fuera quien fuese, se movía deprisa. No

tardaría en llegar a la intersección, a poca distancia de sus pies. Sin que supiera por qué, el corazón se le aceleró y su respiración se hizo más entrecortada.

—¿Bob? ¿Eres tú?

Había algo extraño en el modo de reptar de quienquiera que se estuviese acercando. Una especie de... determinación, pensó Rick. Implacable, a la manera de esos depredadores que se abalanzan de golpe sobre su presa, como surgidos de la nada, con las fauces abiertas, para apoderarse de ella, arrancarla del suelo con una violencia inaudita y llevársela a su cubil...

«Estoy empezando a disparatar. No es más que...»

¿Quién? ¿Qué? Rick no tenía la menor idea. Le costaba mantener el equilibrio; le dolían los músculos. Miró hacia abajo, al montón de inmundos restos que se estremecían y emponzoñaban el aire.

El intruso estaba casi allí, podía oírlo arrastrarse a toda velocidad para alcanzarlo.

Y por primera vez en muchos años, Rick Murphy sintió algo que creía que nunca volvería a sentir, una emoción primitiva, escondida en las profundidades de su ser: un miedo infantil. Era estúpido, pensó para tranquilizarse, se había metido en centenares de cámaras sanitarias parecidas a aquella, incluso más angostas, se había deslizado entre cucarachas y arañas que le corrían por el cuerpo sin preocuparse de ellas, había visto muchos cadáveres de mamíferos, sobre todo cazando con su padre y su hermano, no había ningún motivo para tener miedo, y sin embargo eso era lo que empezaba a apoderarse de él: un miedo cervical.

Dobló el cuello para iluminar con la linterna su cuerpo, sus zapatos y lo que había más allá, en el túnel por el que había venido.

De la intersección, que estaba a menos de dos metros, brotó una bocanada de polvo, y una pequeña nube llenó el espacio.

La linterna de Rick empezó a chisporrotear y parpadeó.

«¡Ahora no, no es el momento!»

La luz se apagó al instante. Rick estaba en la oscuridad más absoluta, acosado por el hormigueo de los gusanos debajo de él, los rozamientos de una presencia que casi había llegado a la altura de sus pies y los frenéticos latidos de su corazón, que le resonaban en los oídos.

El intruso estaba allí, acababa de desembocar en el mismo tramo que él, podía notar su presencia.

—¿Bo... Bob? —preguntó con voz febril.

El ruido recommenzó. Aquello se arrastraba directo hacia él.

Rick sacudió la cabeza, era completamente absurdo. Se apresuró a pasar por encima del cadáver en descomposición, quería salir de allí, era lo único que importaba.

Algo se cerró sobre su tobillo, un puño de acero que lo inmovilizó de inmediato. El terror invadió a Rick. Lo que lo sujetaba tenía una fuerza prodigiosa, podía sentirlo. La presión aumentó hasta el punto de morderle la carne y amenazar con partirle los huesos. Rick soltó un grito de dolor e intentó tirar de la pierna.

Algo lo aspiró, su cara cayó sobre la carroña cubierta de larvas, y Rick se vio arrastrado sin poder hacer nada.

Otro pensamiento infantil le llenó la cabeza.

«¡No dejes que esa cosa te lleve a su madriguera! ¡No, no dejes que te lleve allí! ¡Te devorará!»

Rick ni siquiera se dio cuenta de que estaba chillando. Se debatió y se arrancó varias uñas tratando en vano de agarrarse a las paredes lisas. Succionado por no sabía quién o qué, se deslizaba por el suelo. Metros y más metros. Cada centímetro que cedía lo alejaba un poco más de la vida, y lo sabía.

Bob McFarlane se había sentado en la escalinata que subía al porche y esperaba. Había puesto té helado en el frigorífico, ya solo faltaba que Murphy saliera de allá abajo, de allí a un cuarto de hora si todo iba bien, y podrían ir a sentarse en el balancín y negociar el precio. McFarlane siempre lo negociaba, era cuestión de principios.

El anciano vio que tenía una hinchazón entre el pulgar y el índice. Otra picadura de abeja. Esa, ni siquiera la había notado. Se acercó la mano a los cansados ojos para asegurarse de que el aguijón no seguía dentro.

De pronto levantó la cabeza. Le había parecido oír gritar. Un grito lejano, ahogado.

Se levantó y se inclinó hacia el hueco de debajo del porche.

—¿Va todo bien ahí dentro? —preguntó lo bastante alto para que se le pudiera oír en el laberinto de pilares de hormigón—. ¿Rick? ¿Estás bien?

Otro sonido distante, como un chillido, llegó hasta él, sin que supiera cómo

interpretarlo. Sus oídos ya no eran los de antes, aunque se negara a equiparlos con uno de esos intrusivos aparatos que intentaban colarles a todos los mayores de setenta años, como él.

—Qué, Rick, ¿lo has encontrado?

No hubo respuesta. O mejor dicho, sí: una sucesión de curiosos gañidos, que McFarlane no comprendía. Rick debía de estar bajo el centro de la casa. McFarlane se apresuró a subir la escalera, recorrió el pasillo y entró en la cocina, donde se arrodilló con dificultad agarrándose a la encimera. Rick debía de estar justo debajo, o no muy lejos.

De las entrañas del edificio se alzó un grito, ahogado por la capa de hormigón. Tan estremecedor que hizo erizarse el vello y los cabellos del viejo Bob. Luego se repitió, una y otra vez.

Tras unos instantes de estupor, Bob McFarlane se puso a dar vueltas sobre sí mismo en busca de una idea, de un objeto, lo que fuera, con tal de poder utilizarlo para hacer algo. Pero no encontró nada.

En ese momento reparó en la rejilla de ventilación, justo encima del zócalo. Se acercó gateando, la agarró y tiró de ella con todas sus fuerzas. Allí los gritos eran más potentes. Subían de los cimientos de la casa, no muy lejos de donde estaba.

McFarlane se hizo una herida en el dedo con la rosca de un tornillo, y la sangre empezó a gotear sobre el entablado. Le traía sin cuidado, lo que quería era encontrar el modo de detener aquellos chillidos insoportables. Si seguían, se volvería loco.

Los chillidos de un bebé al que están mutilando.

Un ser humano que grita como un bebé mientras lo despedazan.

6.

El viejo 4x4 GMC se detuvo entre los otros dos vehículos policiales. Seguían con los faros giratorios encendidos y los delanteros enfocando la casa de los McFarlane. Las siluetas inmóviles de los agentes parecían petrificadas por la oscuridad.

El teniente Ethan Cobb cerró la puerta de golpe, se ajustó el grueso cinturón en la cintura y se puso la gorra con el escudo del Departamento de Policía de Mahingan Falls. Estaba preocupado. César Cedillo no era un hombre impresionable, pero cuando le había pedido que acudiera de inmediato le temblaba la voz. Ethan llevaba diez minutos aguantándose las ganas de encender un cigarrillo. El treintañero se pasó la mano por la barba de varios días e hizo una mueca. Malas costumbres. Estrés. Tenía que vigilar.

Max Edgar hablaba con Bob McFarlane, sentado aparte con él. Debía de estar tomándole declaración, supuso Ethan. Al menos hacía su trabajo. Esa había sido la primera preocupación de Ethan Cobb al llegar un año atrás a Mahingan Falls: que la cercanía de los agentes de policía con la población les impidiera comportarse con profesionalidad en cualquier circunstancia. No era el caso. Todo el mundo se conocía, la mayoría de los conflictos menores se resolvía de forma amistosa, y cuando la policía tenía que intervenir bastaban unas cuantas amenazas del jefe Warden para que la mayor parte de los problemas se solucionasen solos. Quedaban los asuntos más graves, y a ese respecto Ethan opinaba que no todo era perfecto. Había deficiencias en el cumplimiento de los protocolos. Pero tampoco era algo catastrófico; casi todos los polis, diez en total entre hombres y mujeres, actuaban guiados por un marcado sentido del deber y con el suficiente rigor. No eran tan serios como en el lugar de donde venía, pero Ethan se consideraba afortunado. Era un buen equipo. A excepción de uno o dos elementos. Pensaba en particular en el

sargento Lance Paulson, al que precisamente divisó frente a la casa. Estaba tieso como un poste, limpiando las gafas de cristales gruesos antes de acariciarse nerviosamente el pelado cráneo.

—¿La víctima es el fontanero? —preguntó Ethan.

Paulson dio un respingo y miró a su teniente con ojos fríos.

—¿Cómo lo sabe?

Ethan señaló la furgoneta de Rick Murphy, estacionada a un lado del camino, y Paulson asintió

—Como Cedillo es el más flaco, ha ido él a echar un vistazo debajo de la casa...

«Sobre todo porque tú eres su sargento, además de un cobarde, y Cedillo no es de los que escurren el bulto», rezongó Ethan para sus adentros

—Cuando ha vuelto a salir —añadió Paulson—, estaba... Pocas veces lo he visto así.

Pese a la antipatía que le inspiraba el sargento, Ethan le dio unas palmaditas amistosas en el hombro y se acercó a Cedillo, al que había visto sentado en la escalinata del porche, secándose la frente.

—¿Más tranquilo?

Cedillo soltó un profundo suspiro y enarcó las cejas. Ethan se sentó a su lado.

—¿Sigue ahí abajo?

Cedillo asintió.

—No sé ni cómo vamos a sacarlo... —murmuró al cabo de unos instantes.

—¿Alguna idea sobre lo que ha podido pasar?

—El viejo Bob dice que no lo entiende. Murphy estaba arreglándole un simple escape de agua cuando lo ha oído gritar como un condenado. Me he arrastrado debajo de la casa y lo he encontrado. Bueno, lo que queda de él. Un pedazo de la capa de hormigón se ha desprendido y le ha caído encima. Tiene la cabeza... Nunca había visto a un ser humano en ese estado, ni siquiera imaginaba que fuera posible algo así. Destrozada... Machacada. Un puzle de carne y huesos. De hecho, ni siquiera estoy seguro de qué es lo que he encontrado.

A Ethan no le apetecía oír todos los detalles, pero intuía que las palabras eran un lenitivo necesario para Cedillo. César quería volver a casa con el menor remanente posible de aquel horror en el cerebro, necesitaba extraer el máximo de él. Pero le faltaban palabras.

Ethan se quedó con él el tiempo necesario para escucharlo; luego, se reunió con Max Edgar en su coche para comprobar el estado de McFarlane. El anciano alzó hacia él los ojos enrojecidos; la ingrata luz interior subrayaba el cansancio de sus gastadas facciones mientras Ethan le preguntaba cómo se encontraba. McFarlane se limitó a agradecer a Dios que su mujer estuviera en casa de su hijo mayor, en Maine, y no hubiera oído la agonía del pobre Murphy, y Ethan percibió mucho más que el shock y la tristeza en la temblorosa voz del setentón. McFarlane estaba asustado. Se había llevado el susto de su vida.

Por el rabillo del ojo, Ethan vio que Edgar había cubierto la libreta de garabatos. Puede que hubiera hecho desembuchar al anciano, al que conocía desde niño y por tanto estaba en condiciones de hacer hablar en confianza, de modo que Ethan decidió que era preferible no insistir en ese momento.

El teniente volvió al 4x4 en busca de un par de guantes.

Mahingan Falls era un pueblo remoto, un sitio perdido en el fondo de un agujero, salvado apenas por la presencia del océano en su costado, había pensado Ethan Cobb al aterrizar allí. Le sentaría bien. Borrachos, chavales con las hormonas revolucionadas y turistas de paso por toda criminalidad, un verdadero cambio respecto a la jungla urbana de la que venía. Y durante más de un año, así había sido. Ethan no creía en el horóscopo, en la influencia de las estrellas, la luna o las mareas en el humor de la gente, pero tenía que reconocer que, ese día al menos, se había producido una mala conjunción astrológica, no había otra explicación. Primero el ganado de los Johnson, que había huido presa del pánico, sin que se supiera por qué, bloqueando Western Road, la principal arteria que comunicaba el pueblo con el resto del mundo por el oeste. Había hecho falta movilizar a casi todo el departamento para reunir a los animales y devolverlos a sus dueños. Después habían estallado dos fuegos simultáneos en sendos almacenes del puerto, antes de que Debbie Munch se lanzara contra una camioneta frente a todo el público del paseo marítimo y, a continuación, Rick Murphy quedara hecho migajas, como un donut en la mano de un niño. ¿Cuándo se había visto que una capa de hormigón se partiera de ese modo? Demasiadas cosas para un sitio tan tranquilo como Mahingan Falls.

Y hacía dos semanas, lo de Lise Roberts. Volatilizada.

«¡Desaparecida junto con su virginidad! —había gruñido el jefe Warden—. Huida, como su decencia. Abierta de piernas ante uno de esos motoristas que

oyen música infernal en algún garito de Boston. Ya veréis como vuelve a aparecer tan feliz el día que no le quede un centavo ni nada interesante que ofrecer a esos fulanos.»

Ethan no estaba totalmente de acuerdo con esa opinión, pero Warden estaba al mando, y nada indicaba que se equivocase. La chica se había esfumado mientras hacía de canguro, tenía un perfil un tanto marginal y soñaba con irse lejos. No obstante, Ethan había ido a ver a la madre y a dos de sus escasas amigas. Estas últimas no creían en la fuga. La noche de su desaparición, Lise pensaba tatuarse ella misma en vivo en internet. Ethan se dijo que Lise Roberts no sería la primera adolescente que mentía a sus conocidos, pero un resto de incertidumbre continuaba perturbándolo. No llevaba suficiente tiempo allí para contradecir al jefe Warden, aunque fuera su segundo; todavía tenía que ganarse su confianza y su respeto, de modo que obedecía y permanecía alerta.

Se puso los guantes y cogió la gran linterna. Los chicos del cuartel de bomberos no tardarían en llegar; encontrarían el modo de sacar el cuerpo, pero lo harían sin contemplaciones. Ethan quería respetar mínimamente los procedimientos, y Cedillo se había limitado a buscar a Murphy para confirmar que ya no había nada que hacer. Era necesario tomar algunas fotos y notas y redactar un informe, por sucinto que fuera, sobre el lugar y el cuerpo. Ethan tenía que entrar. No podía obligar a Cedillo a volver allí abajo. Paulson era un incompetente y los demás le reprocharían que los eligiera para meterse en aquel infierno. Como agente de más graduación, podía ordenar o asumir sus responsabilidades. Y Ethan no pensaba escurrir el bulto.

Se acercó a la casa, una gran masa de madera atrapada por los faros de los vehículos policiales, y vio el agujero negro que lo esperaba para que se arrastrara solo en dirección a un cadáver.

Estaba claro que aquel día no era uno de tantos.

Pero lo que más perturbaba a Ethan Cobb no era la acumulación de hechos, sino más bien la extraña sensación que con creciente fuerza lo había invadido desde la mañana. Del mismo modo que en las bochornosas tardes de verano, uno siente llegar la tormenta antes de verla, Ethan intuía que todo aquello no era nada en comparación con lo que les esperaba. Pero no podía racionalizar esa impresión, que crecía en él de forma inexorable.

Se avecinaba algo. Una tormenta singular.

Mahingan Falls no saldría indemne de ella.

Ethan debía prepararse.

7.

Tenía el pelo ardiendo.

El sol brillaba con tanta fuerza que daba la sensación de que Gemma Duff ardía. Mientras empujaba el cochecito de la pequeña Zoey en medio de la claridad de primera hora de la tarde, su refulgente melena roja atraía todas las miradas.

Chad y Owen caminaban dócilmente tras ellas en compañía de otro chico de su edad, aunque más alto, de ojos penetrantes, pelo tan rubio y tan corto que casi parecía calvo y cara cubierta de pecas: Corey Duff. Gemma les había presentado a su hermano para que tuvieran un primer amigo. Había preparado el encuentro durante días, insistiéndole a Corey en que fuera amable y procurara causarles buena impresión.

Pero una vez hechas las presentaciones los tres chavales no habían sabido qué decirse, y ahora caminaban en silencio.

El parque municipal de Mahingan Falls consistía en una gran extensión de árboles y césped salpicada de arbustos y parterres, recorrida por senderos marrones y sembrada de bancos de madera. Gemma los llevaba hacia el pequeño lago que ocupaba el centro, saludando de vez en cuando a algún conocido y lanzando miradas ansiosas a su hermano, como suplicándole que hiciera algo para estrechar lazos con sus dos nuevos amigos. Pero a Corey no se le ocurría nada interesante que decir, así que seguía callado.

Se sentaron no muy lejos de la orilla, y Gemma desplegó una manta a la sombra de un sauce para sentar en ella a Zoey con sus juguetes, mientras los chicos tomaban asiento al pie del árbol.

El silencio empezaba a resultar incómodo cuando un cuarto chico que no tendría más de catorce años, moreno, de andares seguros, con una camiseta negra de tirantes y la gorra calada del revés hasta las cejas, se acercó a ellos.

—¡Hola, Corey!

—¿Qué tal, Connor?

—¿Qué haces? Llevo tres días llamándote a casa..., ¿en tu familia no descolgáis el teléfono nunca? La verdad, deberías tener un móvil, así es imposible...

—Nuestra madre no quiere —intervino Gemma.

—Entonces comprad por lo menos un contestador, ¡estamos en el siglo XXI, chicos!

—Connor, estos son Chad y Owen —dijo Gemma cambiando de tema—. Acaban de mudarse, irán al colegio con vosotros cuando empieza el curso. No conocen a nadie, así que cuento contigo para que se sientan cómodos.

Connor enseñó los immaculados dientes en una parodia de sonrisa digna del anuncio de un dentífrico.

—Cuenta conmigo, señorita Duff, seré su ángel de la guarda —y poniéndose más serio, se arrodilló entre los chicos y se dirigió a los que pensaba que eran hermanos—. ¿Qué crimen habéis cometido?

—¿Crimen? —preguntó Chad sorprendido.

—¡Para acabar aquí! ¿Qué habéis hecho?

—No digas eso —terció Corey—, Mahingan Falls es guay.

—Ah, ¿sí? ¿Para qué? ¿Para morir de aburrimiento? No tiene fibra, no tiene centro comercial, no tiene...

—Hay un parque para patines —le hizo notar Chad—. Y una tienda de cómics.

—Y un cine —añadió Owen.

—Aquí nunca pasa nada.

—Hemos visto morir a una señora delante de nuestras narices —soltó Chad como si se tratara de una hazaña.

—¿A quién? —preguntó Connor con interés.

—Una vieja que se arrojó sobre un 4x4 —le explicó Chad, orgulloso de tener información pese a ser un recién llegado.

—¡Yo también lo he oído! —exclamó Corey entusiasmado—. ¿Estabais allí? ¡Es increíble!

—Aunque Olivia no nos dejó mirar —confesó Owen.

—¿No pudisteis ver el cadáver? —preguntó Corey.

—¡Corey! —se indignó Gemma—. Eso está feo, a nadie le gusta ver un cadáver...

El chico no parecía opinar igual, y Chad aprovechó para concluir:

—Bueno, todo esto era para decir que en Mahingan Falls sí que tenéis actividad...

—Sí, y a Gemma tetas grandes —añadió Connor muy bajo con una mueca excitada. Corey le dio un manotazo en la cabeza, pero Connor se limitó a ponerse bien la gorra y continuó—: Pero cuando te lo conoces es como si estuvieras aquí preso. Las alambradas son los montes de alrededor, y los padres, unos carceleros nada blandos. Vaya, no sé cómo serán los vuestros...

—Bueno, pero todos esos bosques de los alrededores —comentó Chad— son geniales para explorar, vivir aventuras y eso...

Una sonrisa maliciosa iluminó el rostro de Connor.

—¿Os gustan las aventuras?

Owen, menos entusiasta que su primo, se encogió de hombros. Connor lanzó una mirada cómplice a Corey.

—El viejo parque —dijo. Y se levantó de un salto para dirigirse a Gemma—. Oye, hermana mayor, mientras tú te entrenas para ser mamá, nosotros vamos a enseñarles un sitio a estos colegas.

—¿Qué sitio? —preguntó Gemma, recelosa.

—No te estreses, no iremos lejos, solo es para conocernos.

—Vale, pero no tardéis. Yo voy a darle de merendar a la niña y luego me la llevaré al paseo marítimo.

—Perfecto, nos vemos allí dentro de un rato.

Connor condujo a la pandilla alrededor del lago, como si fueran a salir del parque por el este, pero torció hacia el norte en cuanto estuvieron fuera de la vista de Gemma.

—¿Adónde vamos para que sea tan secreto? —preguntó Owen.

—Conozco a la hermana de Corey. Si nos ve subiendo por aquí se pondrá furiosa.

Connor señaló el círculo de columnas de piedra rematado por una gran cúpula que coronaba la frondosa ladera. Una espumeante cascada cubría lo alto de la pendiente de fina bruma, tras la que se desplegaban varios arcoíris.

—¿Es el Lothlórien de *El Señor de los Anillos* ! —bromeó Chad.

—¿Por qué? ¿Qué hay allí arriba? —insistió Owen.

—Eso es el Mirador. Aparte de la vista de las parejas que se morrean al

ponerse el sol, no hay nada, pero al otro lado de la montaña está el antiguo parque.

—¿En plan cosas en ruinas? —preguntó Chad.

—En plan laberinto salvaje, más bien —explicó Corey.

Owen se encogió de hombros. Parecía un sitio bastante agradable.

—¿Y por qué se iba a enfadar Gemma?

Corey y Connor intercambiaron otra de sus miradas cómplices.

—Por nada, cosas de chicas —resumió Connor.

Y, avivando el paso, inició el ascenso por el sinuoso sendero salpicado de escalones irregulares que llevaba al Mirador, mientras los dos primos comprobaban que la falda de la montaña no estaba tan cuidada como el resto del parque. Altos hierbajos, denso sotobosque, arbustos y matorrales mezclados con zarzas... La naturaleza recuperaba terreno.

No se detuvieron siquiera para echar un vistazo al enorme templete, guiados por los intrépidos pasos de Connor, que seguía adentrándose en las profundidades de aquel inmenso territorio en el que el parque y el bosque que descendía por las colinas del Cinturón se confundían, hasta no dejar más huella del ser humano que la presencia de estrechos senderos mal delimitados.

Al cabo de un rato torcieron hacia el oeste y empezaron a oír un tenue ruido de fondo, una especie de rumor sordo y constante.

—¿Qué es eso que se oye? —quiso saber Owen, que empezaba a encontrar divertida la expedición.

—Las cascadas. Hay un precipicio desde el que el río cae, antes de continuar hacia Mahingan Falls. Es el mismo río que forma el lago junto al que estabais hace un rato.

«¡Una catarata!», se dijo Chad, entusiasmado. Decididamente, aquel sitio estaba cada vez mejor.

Llegaron ante un curso de agua bastante rápido. La otra orilla distaba unos veinte metros. Connor miró a su alrededor, pero fue Corey quien le tiró de la manga y señaló un poco más arriba. Un grupo de rocas rodeadas de nerviosa espuma sobresalían de la superficie del agua. Ahora el ruido de la cascada parecía un rugido, a pesar de que seguían sin verla.

—¡Primera prueba! —gritó Connor—. ¡Cruzar el Aqueronte!

—¿No es un poco peligroso? —preguntó Owen sorprendido.

—Bueno, más vale que no te caigas, o el agua te arrastrará e irás dando tumbos y golpeándote contra las rocas hasta caer más de veinte metros en la

cascada del Mirador. O sea que sí, es un poco peligroso. ¡Por eso es una prueba! —gritó sobre el estruendo del agua, y saltó.

Connor avanzó paso a paso por las húmedas y resbaladizas piedras con los brazos apartados del cuerpo para equilibrarse, saltando con agilidad de una a otra sin detenerse ni mirar a los lados, hasta que llegó a la otra orilla, desde donde los saludó como habría hecho un artista sobre un escenario.

—Este Connor es todo un personaje... —masculló Chad saltando a su vez sobre la primera piedra.

Mostró casi tanta seguridad como Connor, aunque estuvo a punto de resbalar en el último peldaño improvisado y tuvo que hacer una pirueta espectacular.

—¡Prueba superada! —declaró Connor partiéndose de risa.

Owen y Corey se miraron, y el segundo le indicó por señas al primero que tomara la delantera. Owen no quería quedar como un cobarde, así que no se lo pensó dos veces. Los bloques de piedra afloraban apenas en algunos puntos, ocultos por el borboteo de la corriente, y Owen decidió tomarse su tiempo para averiguar en cuáles era menos arriesgado aterrizar. Resbalaba cada dos por tres, pero conseguía estabilizarse manoteando en el aire, bajo la mirada, súbitamente inquieta, de los otros tres chicos.

—¡Hazlo de un tirón! —le gritó Connor—. ¡El secreto es no pararse!

Pero Owen no lo veía igual. Prefería asegurarse antes de jugársela: tocaba la piedra que sobresalía ante él con la punta del pie y luego tomaba impulso. No estaba dispuesto a lanzarse fiándose únicamente de la suerte o de sus dotes de improvisación. Owen no tenía esa confianza ciega en sí mismo.

A medio camino, se irguió y miró los remolinos que lo rodeaban. A un lado, la poderosa corriente se lanzaba hacia él con la implacable decisión de una manada de toros furiosos. Abrió la boca para respirar mejor. Al otro, el agua se alejaba como una inmensa alfombra móvil que esperaba para arrastrarlo hacia las profundidades. Owen sacudió la cabeza. Sintió que las piernas se le aflojaban, como si el río ya se hubiera tragado sus músculos.

—¡No te pares, Owen! —le ordenó Chad—. ¡Ven! ¡Ven!

Owen miró a su primo, que lo animaba extendiendo los brazos hacia él, y luego vio la cara de preocupación de Connor, que apartó a Chad y se acercó a la orilla. Iba a ir a rescatarlo. Esa idea electrizó a Owen de inmediato. No quería que lo ayudaran. Y menos aún quedar como un flojo. Así que lanzó un pie hacia la piedra que tenía delante y luego buscó los siguientes apoyos

posibles y brincó de uno a otro a toda velocidad. Cuando quiso darse cuenta estaba en tierra firme, ante la mirada sorprendida de Chad.

—¡Bien hecho! —reconoció su primo.

Corey cruzó la corriente con cautela, y cuando llegó junto a ellos parecía contener la respiración. A él tampoco le había divertido el reto, comprendió Owen, y eso lo tranquilizó.

—¿De verdad se llama Aqueronte este río? —preguntó mientras acababa de reponerse del susto.

Connor sacudió la cabeza.

—No, pero su verdadero nombre no le pega mucho.

Owen observó a Connor con una pizca de admiración. Al principio le había parecido un echado para adelante un poco idiota, pero estaba claro que tenía cierta cultura, puesto que conocía el nombre del río de los infiernos de la mitología griega, y se dijo que el idiota era él por juzgar demasiado de prisa y por las apariencias.

El cuarteto de chavales siguió avanzando a toda marcha a través del bosque bajo la dirección de Connor, que parecía saber adónde los llevaba. Ahora el parque había desaparecido por completo, devorado por la frondosa vegetación de las colinas, y el sendero se había estrechado tanto que las ramas bajas de los árboles formaban un techo sobre él y obligaban a los chicos a agacharse para evitar las más gruesas. Cruzaron otra senda medio borrada, perpendicular a la suya, y unos doscientos metros más adelante llegaron a una bifurcación. Pero Connor no dudó sobre la dirección a seguir.

—¿Vienes aquí a menudo? —le preguntó Chad, intrigado.

—Ya no, pero antes sí, me gustaba mucho.

—¿Nunca te has perdido?

Connor se encogió de hombros.

—Para regresar al pueblo basta con volver a bajar la pendiente, en dirección sur.

—De todas formas, habiendo crecido en Mahingan Falls, supongo que todos vendréis a divertirnos aquí...

—No, qué va.

—¿En serio?

Siguieron andando otro minuto en silencio, hasta que la curiosidad de Chad pudo más que él.

—¿Por qué dices eso? Es un sitio genial para explorar, ¿no?

—¿Has oído hablar de Roscoe Claremont?

—No.

—Era un asesino en serie. Lo llamaban el asesino de los despeñaderos porque se deshacía de los cadáveres lanzándolos al vacío a lo largo de la ruta panorámica. Pero en realidad atacaba a sus víctimas aquí.

—¿Aquí? ¿En este bosque, quieres decir?

—Exacto. Gente que paseaba o hacía footing, a veces incluso niños. Bueno..., de hecho, sobre todo niños.

—¡Venga ya! Nos tomas el pelo... —dijo Chad riendo.

—Si no me crees, búscalo esta noche en internet, ya verás.

Chad echó un vistazo a los matorrales a ambos lados del camino con una mezcla de aprensión y curiosidad morbosa. Pensar que allí mismo había muerto gente asesinada le fascinaba. Puede que su sangre hubiera empapado la misma tierra que pisaba... Era increíble.

—Eso fue hace mucho tiempo —aclaró Corey—, nosotros ni siquiera habíamos nacido.

—Da igual —repuso Connor—. Desde entonces, a la gente no le gusta venir a pasear tan arriba, eso se acabó. Aunque yendo por aquí te ahorras un largo rodeo si quieres ir a Green Lanes y a lo alto de Beacon Hill. Pero todos los padres prohíben a sus hijos subir a esta zona. Se han vuelto paranoicos. Estos últimos años ha habido algunas agresiones, y hay quien dice que es porque los drogadictos vienen aquí a inyectarse sus porquerías, para estar tranquilos.

Esta vez Chad se estremeció.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí?

Connor se volvió y le lanzó una mirada traviesa.

—Estamos en la segunda y última prueba. Ahora veréis.

Connor trepó por una pendiente rodeada de una vegetación especialmente densa. El sendero acababa allí, en lo alto de lo que parecía un antiguo túmulo olvidado y cubierto de musgo y helechos. Connor señaló con el dedo hacia el otro lado del promontorio.

—Hermanitos, tendréis que bajar por ahí, atravesar esa jungla y, cuando encontréis una verja, volver a traer vuestros culos aquí.

—No somos hermanos —le corrigió Owen.

—Ah, ¿no? Entonces ¿qué sois?

Owen y Chad se miraron, y el segundo eludió el tema con un gesto de la mano.

—Medio hermanos —mintió—, que viene a ser lo mismo. Entonces, ¿tenemos que encontrar la verja y ya está?

—Sí, y volver.

—¿Y cómo sabréis que hemos llegado hasta allí si no venís con nosotros? —preguntó Owen.

—Porque Corey y yo os preguntaremos por lo que veáis. Para saberlo hay que haber estado allí.

—¿Cuál es el problema? —insistió Owen.

—Ya lo verás.

—¿Es peligroso?

—Venga, es ahora o nunca. ¿O preferís renunciar?

Owen se dio cuenta de que Corey no decía nada, como si en realidad no aprobara aquella especie de rito de iniciación; pero antes de que el joven huérfano pudiera hablar, Chad lo agarró de la muñeca y lo arrastró hacia la pendiente.

—Encontrar una verja no puede ser tan complicado...

Chad comprendió que había hablado demasiado pronto en cuanto comenzó el descenso. Desde lo alto del montículo no había visto el ejército de espinos que les cerraba el paso.

—La próxima vez nos traemos el hacha de papá... —masculló agachándose para coger un palo, con el que apartó las ramas más amenazadoras.

Owen lo seguía deslizándose entre las zarzas, haciendo equilibrios, contorsionándose para llegar a un pequeño claro rodeado de juncos agostados por el calor.

—¿Por qué tenemos que pasar por esto? —preguntó.

—Porque Connor parece un tío majo.

—Si va a estar lanzándonos desafíos estúpidos hasta que empiece el curso, no sé si me apetece mucho volver a verlo...

—¡Bah, no te hagas el duro! Te encantan las aventuras, y ahora por fin se nos ha presentado una de verdad. ¿Has visto cómo hemos cruzado ese río enfurecido? ¿Te lo puedes creer? Ha habido un momento en que he pensado que ibas a renunciar, y de pronto parecías Legolas, volando por encima de las rocas, ¡como un verdadero elfo! ¡Ha sido alucinante!

Ante el entusiasmo de su primo, Owen tuvo que admitir que, aunque al principio no se había sentido especialmente orgulloso, ahora estaba casi eufórico. Sobre todo si podía contar su hazaña... Lástima que no tuviera

amigos con quienes compartir lo que vivía. Aparte de Chad, estaba solo. De momento, Corey y Connor eran su única esperanza de formar una pandilla. Así que asintió y siguió a Chad, que había empezado a reptar bajo los matorrales.

Consiguieron dejar atrás la barrera de zarzas y siguieron avanzando sobre una alfombra de denso musgo, entre troncos retorcidos e inmensos helechos. No había ni rastro de la verja, pero su vista no alcanzaba más allá de unos cuantos metros.

Owen tenía la desagradable sensación de que los observaban, y de eso hacía más de cinco minutos. Acabó inclinándose hacia su primo para confesárselo.

—Yo también —reconoció Chad en un susurro—. Me parece que esos dos no andan lejos. Seguro que hay otro sendero y nos están espiando y partiéndose de risa. Así que vamos a llegar hasta el final, para demostrarles que no somos unos gallinas.

Procuraron avanzar con paso rápido para no dar la menor muestra de debilidad, pero de repente Chad resbaló entre dos grandes piedras y tuvo que agarrarse *in extremis* a un tocón, contra el que estuvo a punto de golpearse la cabeza.

—¡Por poco!

—Oh, Chad..., mira...

Chad percibió el miedo en la voz de su primo y alzó los ojos de inmediato. Aquello no era el tocón de un árbol. Al agarrarse, había arrancado un pedazo de musgo que ahora colgaba como un largo jirón de piel podrida, dejando al descubierto la piedra lisa, sobre la que había grabadas letras y fechas casi ilegibles.

—¡Es una tumba! —exclamó Owen.

Instintivamente, Chad retrocedió limpiándose las manos en el pantalón sucio.

Se volvieron hacia todos lados para examinar los alrededores y vieron varios objetos similares emergiendo del suelo entre la vegetación.

—Mierda... Están por todas partes —farfulló Chad, y tiró de la manga de Owen para obligarlo a seguirlo.

Sin decir una palabra más, continuaron andando, ahora lentamente para localizar las lápidas y poder sortearlas. La sensación de que los observaban aumentaba por momentos: era como si la naturaleza contuviera la respiración, como si los animales hubieran desaparecido y ellos tuvieran unos ojos

clavados en la nuca. Owen odiaba pensar que en ese mismo instante estaba caminando sobre cadáveres en descomposición; pero acabó comprendiendo que aquellas tumbas eran demasiado antiguas para que quedaran restos de carne pegados a los huesos. Allí ya no había más que un pequeño ejército de esqueletos, aunque no sabía si esa idea no era aún más aterradora.

De pronto, la espesura se abrió, y tuvieron que detenerse ante un agrietado muro bajo, del que emergía una verja de hierro completamente oxidada. Al otro lado se extendía una ciudad vieja y gris, envuelta en el silencio más absoluto y formada por pequeñas construcciones erosionadas por los siglos. Mausoleos resquebrajados, capillas familiares a punto de derrumbarse, panteones cuyas puertas colgaban inclinadas. Todo estaba cubierto por una tupida maraña de hiedra seca, irrigada en otros tiempos por la sangre en la que hundía sus raíces. Ahora las tumbas vacías ya no podían alimentarla, y cada año se pudría un poco más.

—Dios santo... —murmuró Chad.

Owen, sobrecogido, se había quedado un paso detrás de él. Allí aún se sentía más espiado, aunque seguía sin ver a nadie a su alrededor.

Un enorme y rollizo chotacabras graznó en su dirección desde la cruz que coronaba un panteón. Boquiabiertos, los dos chicos contemplaron el lúgubre espectáculo durante largos instantes, como hipnotizados.

—Venga, Chad, ya hemos visto bastante... Volvamos con ellos.

—Están por aquí cerca.

—Yo no lo tengo tan claro.

Sin embargo, también él habría jurado que no estaban solos. Pero cuanto más miraba hacia el bosque más fuerte era la sensación de que aquello venía de allí, de algún lugar entre la maleza. Una presencia maligna.

—No, no puedo saberlo —dijo en voz alta.

—¿Qué?

—Nada. ¡Venga, vámonos!

Dieron la espalda a aquel extraño paisaje de macabras ruinas y, en un instante, el bosque se los tragó.

Cuando los dos primos llegaron a la cima del promontorio, Corey y Connor estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas, jugando a las cartas.

—¡Hombre, nuestros dos exploradores! ¿Qué pasa?, ¿no os habéis atrevido a llegar hasta el final? No hay de qué avergonzarse, ¡eh!

—Un cementerio —masculló Chad—. Eso es lo que hay al otro lado de la

verja.

Connor se levantó para aplaudirles.

—¡Eso significa que podemos contar con vosotros! Sé de muchos que habrían dado media vuelta al ver las primeras tumbas entre los árboles.

—¿Qué es ese lugar? —preguntó Owen.

—Lo que habéis visto detrás de la verja es el cementerio de Mahingan Falls. La parte este, como la llaman los viejos, la más antigua, que se está derrumbando. El verdadero cementerio empezaba aún más lejos. Debido a la falta de mantenimiento, la naturaleza lo ha cubierto, y a saber por qué estúpido motivo religioso de antaño, cuando construyeron el muro, no les pareció que esos muertos merecieran formar parte de la comunidad. Da miedo, ¿eh?

Owen asintió sin vacilar.

Corey le tendió la mano.

—¿Sin rencor?

Owen se la estrechó mientras Connor añadía:

—Ahora ya sabemos que sois unos tíos legales. Podemos confiar los unos en los otros. Bienvenidos a la pandilla.

Owen esbozó una sonrisa de circunstancias, sin saber muy bien si tenía motivos para alegrarse. Connor parecía un chico un poco especial. Pero lo que más le inquietaba era haber comprobado que los dos amigos no se habían movido de allí en todo el rato.

Sin embargo, estaba seguro: hacía unos minutos, en el bosque, había notado que los seguían.

8.

La pólvora le irritaba la nariz.

Ethan Cobb se quitó el casco de protección auditiva y recogió los casquillos esparcidos por la hierba a su alrededor, decepcionado. Una mala sesión de tiro. No estaba lo bastante concentrado: tenía demasiadas cosas en la cabeza. Pero eso no era excusa. El día que se viera obligado a sacar el arma para usarla, puede que no tuviera una segunda oportunidad. Necesitaba mejorar.

«Lo ideal sería no tener que emplearla nunca, claro. Si me fui de Filadelfia fue precisamente para evitar esas situaciones...»

Su marcha no había tenido nada que ver con eso, lo sabía, y meneó la cabeza, irritado. Debía adelantarse a los acontecimientos. Ser profesional también era prepararse, solo por si acaso...

El ruido de un motor le hizo volverse, y vio el Chevrolet Malibu rojo de Ashley Foster que se detenía en la pista de tierra en medio de una nube de polvo. Aconsejado por uno de sus hombres, Ethan había buscado una zona apartada del bosque. Mientras la sargento bajaba del vehículo, recogió el improvisado blanco y la saludó con la mano. Foster iba de paisano, con vaqueros y camisa de cuadros, como una *cow-girl*. Tenía apenas treinta años, el dinamismo de una gran deportista y la determinación de una campeona, pero la mirada demasiado dulce para resultar creíble hasta el final, en opinión de Ethan. Era una buena chica llena de empatía, una policía competente para el día a día, pero se las daba de dura para hacerse respetar, pensando, tal vez con razón, que su físico de actriz la obligaba a cargar las tintas para que la tomaran en serio. A Ethan le caía bien.

—Teniente, ¿sabe que hay una galería de tiro en Salem? —le preguntó la joven acercándose—. Estamos autorizados a usarla...

—No tengo tiempo para ir tan lejos. Esto está bien.

—¿Falta de práctica?

—Falta de puntería —respondió Ethan con una mueca juguetona.

—Cedillo me ha dicho que quería verme... No andaba lejos de aquí, pero esta mañana no estoy de servicio, es el sargento Paulson quien...

—Lo sé, pero Paulson es un capullo.

Ashley echó la cabeza hacia atrás, como si acabara de abofetearla.

—No confío en él —se corrigió Ethan.

La mirada de la sargento le decía que estaba a punto de contestarle pero no se atrevía, encerrada como estaba en su estricto papel. Ethan se masajeó la barbilla mientras pensaba rápidamente. No había previsto abordar el tema ese día, pero la ocasión se prestaba a ello, así que se lanzó.

—¿Puedo ser directo con usted, Foster? Suelte lastre. Al menos conmigo, puede usted quitarse la máscara de dura. Sé de lo que es capaz, no tiene que demostrarme nada. Cuando necesite decirme algo, suéltelo, sin tapujos. A veces soy un cabeza dura, y no es mi único defecto, pero concédame eso.

Ashley enarcó las cejas, sorprendida. Sus grandes ojos de color avellana captaban toda la luz del mediodía, y durante un segundo Ethan la encontró realmente magnífica, con los mechones castaños que se habían escapado de su cola de caballo agitándose levemente con la brisa. Se recuperó de inmediato, desviando la mirada hacia el bosque circundante. Desde su primer encuentro, había quedado prendado de ella, como la mayoría de sus compañeros, pero enseguida había echado el freno. Siete años de vida en común con una poli de Filadelfia lo habían vacunado contra ese tipo de relaciones, tanto más en un pueblo como Mahingan Falls, donde estaban todos constantemente juntos. La alianza de plata de Ashley captó la luz del sol y relució como para provocarlo. «Compañera y casada, un cóctel explosivo. Prefiero tomarme un trago de nitroglicerina y bailar toda la noche...»

—Yo... De acuerdo, teniente —balbuceó Ashley antes de recuperar parte de su aplomo—. En fin..., sí, Paulson es un capullo, no voy a negarlo. Y también un chivato: se lo cuenta todo al jefe Warden, para ganar puntos. Y todo es todo, incluso lo que no tiene que ver con el servicio.

—Ya me parecía... Por eso hago todo lo posible para tenerla en mis turnos. ¿No lo había notado?

Ashley bajó la mirada, apurada.

—Pues... sí.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Desde que empecé. Seis años de servicio.

—Conoce a todo el mundo, ¿no?

—Más o menos.

—Si quisiera que examinaran un cuerpo sin tener que pasar por la oficina del forense de Salem o Boston, ¿a quién podría acudir en la zona?

—El procedimiento es enviarlo al anatómico forense de Boston.

—Y lo que yo le pregunto es si hay alguien competente cerca, de forma que el asunto no salga del condado, para tenerlo bajo control.

—Se necesitaría la aprobación del jefe Warden.

Ethan esbozó una sonrisa amarga.

—Eso es justo lo que querría evitar —admitió—. Como su segundo, en su ausencia puedo firmar autorizaciones, incluso excepcionales.

Ashley, nerviosa, se mordisqueó el labio inferior. Olía bien; a Ethan le llegaba su perfume, ligeramente alimonado. «Estás demasiado cerca. En cuanto puedas, da un paso atrás, con disimulo, para no ofenderla.»

—Ron Mordecai podría hacerlo.

—¿El de la funeraria? No, necesito a un profesional —Ethan arrugó la nariz, indeciso, antes de precisar—: Quiero una autopsia, no un examen general.

—Mordecai es médico de formación. Fue forense en Indiana cuando era joven, tiene toda la instalación necesaria en el sótano, donde prepara los cuerpos. Y...

La siguiente frase murió en sus labios.

—¿Y? —la animó Ethan.

—No le cae muy bien el jefe Warden. Un viejo asunto familiar.

Ethan agradeció la información. La agente había comprendido. Ethan había dudado mucho antes de tomar aquella decisión. Había acabado conociendo a Warden y sus posturas intransigentes; su autoritarismo militar no toleraba el menor desacuerdo, y menos aún la insubordinación. El teniente no le había hablado del asunto para no arriesgarse a que dijera que no. Cuando ya fuera demasiado tarde, alegraría que había actuado creyendo que hacía bien, se haría el tonto. Era peligroso, el jefe podía torpedearlo, incluso despedirlo.

—Gracias, Foster.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Catorce meses.

—Bueno, supongo que ya se habrá dado cuenta, pero ponerse al jefe en contra es una mala idea.

—Lo sé, sargento.

—¿Puedo serle franca?

—Es lo que le he pedido.

—O es usted un suicida o tiene un buen motivo para arriesgarse a contrariar a Warden.

Ethan echó un rápido vistazo a la bandada de estorninos que pasaban chillando sobre sus cabezas.

—Sé que corren rumores sobre mí —dijo—. No los escuche.

—Su vida no es asunto mío.

Cuando quiso darse cuenta, Ethan había posado una mano amistosa en el brazo de Ashley.

—Algún día, en un bar, si bebemos lo suficiente, se lo contaré. Pero puedo asegurarle algo: no soy un poli suicida ni un cabeza hueca. Eso sí, cuando lo creo necesario, llego hasta el final. Confíe en mí.

—Todos venimos o volvemos a Mahingan Falls por una buena razón.

—¡Pues ya me dirá cuál es la suya!

—Muy sencillo: nací aquí. Dígame, en cuanto a la autopsia, ¿puedo saber de qué se trata?

Ethan la miró fijamente, y su rostro se ensombreció.

—Es por Rick Murphy.

—He oído que estaba muy desfigurado. Le cayó encima una losa de hormigón, ¿no?

—Aparentemente.

—¿Por qué una autopsia? Si hay alguna duda, el propio jefe Warden la autorizará.

—Murió por aplastamiento. Creo que sobre eso todo el mundo está de acuerdo.

—¿Entonces? ¿Por qué someter el cuerpo del pobre Murphy a una carnicería, si no hay ninguna duda? Un simple análisis de sangre, una muestra de pelo y, en todo caso, un examen toxicológico pueden clarificar ciertos puntos, si es eso lo que le preocupa.

—Empieza usted a razonar como Warden.

Ashley pareció tomárselo a mal. Ethan se mordió el interior de la mejilla, no encontraba palabras para justificarse sin mentir.

—¿Cree en el instinto profesional? —preguntó al fin.

Ashley lo estudió unos segundos antes de responder.

—Precisamente el cuerpo de Murphy está en el depósito de Mordecai, la única instalación refrigerada del pueblo. Pero antes de nada, si piensa saltarse los procedimientos normales, debería hablar con Nicole, la mujer de Murphy: la lía en cuanto puede, así que más vale cubrirse las espaldas. Colocarse en el punto de mira del jefe, aún; pero no puede ponerse al pueblo en contra.

—Empiezo a comprender cómo funcionan las cosas por aquí. He ido a verla esta mañana. Está de acuerdo.

Ashley asintió con una media sonrisa.

—A veces Mordecai es un poco cerrado. Hay que saber manejarlo. Voy con usted.

Ethan iba a oponerse, pero como la joven se dirigía ya hacia su coche y las palabras no le venían a los labios espontáneamente, se limitó a suspirar.

Ron Mordecai parecía un personaje de película. Un malo, sin duda, con el largo pelo gris sujeto con una cinta de seda azul, las gafas de montura fina colocadas en la punta de la nariz, una delgadez que acentuaba aún más las numerosas arrugas de su rostro y una actitud de permanente desgana. Sin embargo, no tenía rival a la hora de adecentar un cuerpo. No solo conseguía devolver un poco de firmeza a la carne flácida, un color natural a la piel y casi un aspecto de vida al cadáver, sino que lo hacía respetando la apariencia del sujeto cuando estaba vivo. Cuántos tanatoprácticos, con la mejor intención, traicionaban el aspecto real del difunto... Mordecai seguía las curvas, alisaba la textura, recorría las cavidades con su talento y una foto del muerto colocada junto a él, hasta devolver a sus «huéspedes», como los llamaba él, la densidad de entre un diez y un quince por ciento que se había evaporado con el alma.

Su funeraria se encontraba en Beacon Hill, en una vieja casa neogótica cuya piedra se disgregaba y a la que le faltaban numerosas tejas, pero rodeada de cuidado césped y bonitos arriates de flores.

Recibió al teniente Cobb y a la sargento Foster en su despacho, donde abundaba el cuero y olía a cera, detrás del enorme salón en el que se exhibían los ataúdes, y los escuchó con atención, sobre todo cuando Ashley Foster precisó tímidamente que agradecerían su discreción, en particular en lo tocante al jefe Warden.

—¡Ah! —graznó al instante—. En otras palabras, ¿me están pidiendo que le gaste una jugarreta al maldito Lee J. Warden!

Temiendo perder el control de la situación, Ethan se apresuró a aclarar:

—Por supuesto, es algo totalmente legal. Yo firmaré los documentos autorizándole a realizar la autopsia y...

—¿Hay alguna posibilidad de que Warden se entere?

Ethan asintió con la cabeza, compungido.

—No puedo mentirle: acabará sabiéndolo.

—¡Entonces, cuenten conmigo! Solo de imaginarme la cara de tonto que se le quedará cuando sepa que fui yo quien hizo la autopsia a sus espaldas, me froté las manos por anticipado... —Ashley le lanzó a Ethan una mirada de complicidad—. ¿Cuándo quieren que empiece? —preguntó Mordecai.

—Cuanto antes, mejor. Supongo que los días de diario estará usted ocupado, pero tal vez el próximo fin de se...

—¿Qué tal esta noche?

Un enorme ascensor llevaba al sótano de la funeraria. En el pasillo central, las paredes estaban pintadas de un tono púrpura casi negro; las lámparas, colgadas del techo a intervalos regulares, se reflejaban en el desgastado linóleo, tan viejo probablemente como el propio Mordecai, y el aire acondicionado y las cámaras refrigeradas producían un zumbido constante. Aquello estaba fresco todo el año, como un sudario al contacto con la piel. Un frío mortuorio. En mitad del largo corredor, una puerta doble daba acceso a la sala principal, perfectamente iluminada por una lámpara cialítica instalada en el centro del techo, sobre una larga mesa de acero inoxidable provista de un canalillo central y un sumidero en un extremo. A un lado había un carrito con instrumentos de disección, pinzas y separadores quirúrgicos.

Ron Mordecai le tendió a Ethan un par de gruesos guantes azules.

—Tenga, va usted a ayudarme —le dijo señalando la funda blanca que envolvía el cadáver sobre una camilla rodante.

Mordecai tiró de la cremallera para dejar el cuerpo al descubierto y le indicó por señas que lo cogiera de las axilas para trasladarlo a la mesa de autopsias.

Rick Murphy, vestido todavía con el mono gris, apareció bajo la implacable luz, y los dos hombres lo depositaron entre resoplidos en la superficie de

acero. Los muertos parecían pesar el doble que los vivos, pensó Ethan Cobb. No era la primera vez que tenía esa sensación.

Ashley Foster entreabrió la boca, estupefacta.

No estaba segura de reconocer a Rick Murphy. Podía adivinar que era él por la ropa y el cabello, pero, en cuanto a lo demás, le resultaba imposible ser categórica.

El fontanero tenía la cara hundida en la caja craneal, convertida en una cavidad de carne, piel y sangre coagulada. La mandíbula inferior, desencajada, mostraba la reluciente dentadura. Aquello ya no era un ser humano, sino el grotesco resultado de un experimento aberrante. La pelvis formaba un ángulo absurdo y perturbador, las caderas estaban descoyuntadas hasta sobresalir bajo el ombligo; la columna vertebral, partida. La pierna izquierda colgaba floja, anormalmente larga respecto a la derecha; la tela del mono estaba hecha jirones en varios sitios, el zapato ausente, el pie reducido a un muñón sanguinolento.

Hasta Mordecai se ensombreció. Estaba habituado a trabajar con cuerpos muy deteriorados: viejos solitarios hallados en avanzado estado de descomposición e infestados de larvas varios días después de su muerte; maridos desesperados que se habían destrozado la cara con una escopeta de perdigones; o ahogados hinchados y medio devorados por los cangrejos. Pero en todos los casos se trataba de algo lógico, fruto de una acción letal fácilmente identificable. Lo perturbador de Rick Murphy era su estado general.

Un olor ferruginoso, mezclado con el de la putrefacción, ácido y agresivo, se desprendía del cadáver.

Ethan señaló la pelvis, que presentaba una desviación de noventa grados.

—¿La caída de la losa pudo causar esto?

Mordecai se inclinó sobre el cuerpo, y tras examinar las caderas se encogió de hombros.

—Al parecer, sí —dijo al fin, y cogió del carrito una pinza de acero, que utilizó para retirar cuidadosamente los jirones de tela alrededor de la pierna izquierda—. ¿No se les ocurrió recoger el pie?

—No lo encontramos.

Los ojos azules de Mordecai miraron fijamente a Ethan por encima de las gafas.

—¿Cómo que no lo encontraron?

—Aquello es muy estrecho y está lleno de escombros. No pudimos

despejarlo todo perfectamente, solo lo suficiente para sacar el cuerpo.

—No pueden dejarse un trozo, teniente, lo sabe, ¿no?

—Estuvimos allí más de seis horas —intentó justificarse Ethan—. Pero me aseguraré de que la familia reciba el cuerpo íntegro.

—Con este calor, sus hombres no tendrán más que guiarse por el olor —dijo Mordecai reanudando el examen. Ethan se acercó y se inclinó a su vez. El tanatopráctico observaba las numerosas laceraciones que presentaba la pantorrilla—. Esto, en cambio, no es obra del hormigón. Arañazos. Profundos.

Ethan se volvió hacia Ashley, que se aproximó, interesada.

—¿Ratas? —sugirió.

—No, a no ser que hayan comido hormonas de crecimiento durante varias generaciones. Los rasguños son demasiado anchos y profundos. Ni siquiera un gato tiene las garras tan grandes como para producir estas heridas.

—¿Entonces? —insistió la sargento.

Mordecai la miró de arriba abajo, irritado.

—No lo sé, soy médico, no zoólogo. ¿Un mapache gigante? ¿Un zorro descomunal? ¡Yo qué sé!

Ethan señaló el cuello del difunto.

—Cuando lo sacamos, vi rasguños similares a la altura de la garganta.

Mordecai los examinó y asintió. Luego señaló el borde del labio inferior. Estaba destrozado y le faltaba un trozo.

—Efectivamente, y de paso se le comieron un pedazo.

—Los animales salvajes de la zona no atacan al ser humano para alimentarse —dijo Ashley, desconcertada—, salvo cuando no es más que una carroña. Pero al pobre Murphy no le dio tiempo a descomponerse...

Mordecai meneó la cabeza en señal de desacuerdo.

—Miren la herida. Ha sangrado mucho, lo que significa que aún estaba vivo cuando ocurrió, el corazón seguía bombeando y la sangre manó con más abundancia que en una herida *post mortem*.

—¿Vivo? —murmuró Ashley, sobrecogida.

—Las marcas de la pierna izquierda son similares. Sí, no sé con qué se topó, pero al animalito no le gustó que lo molestaran.

Ashley se volvió hacia su superior.

—¿Encontraron alguna madriguera?

—Había restos de animales, roedores principalmente. No me imagino a un mapache haciendo esto.

—No se ofenda, teniente, pero usted es de ciudad. Yo he crecido aquí y he visto mapaches llevándose gallinas. Pero a un hombre no, nunca. Un coyote acorralado con sus crías, o si tiene la rabia, quizá podría hacer esos destrozos, pero tampoco. No es una buena noticia... Hay que avisar a las autoridades sanitarias, una epidemia de rabia puede tener consecuencias desastrosas si no la atajamos rápidamente.

Ethan parecía escéptico, pero no dijo nada. Señaló las manos de Rick Murphy.

—También muestra las mismas heridas en los dedos.

Mordecai levantó el índice izquierdo con las pinzas para inspeccionar la palma de la mano. Al igual que la derecha, estaba cubierta de sangre seca y surcada de cortes; le faltaban dos falanges, que dejaban asomar un trozo de hueso.

—El dedo corazón está mordisqueado en un par de puntos. El trozo que falta pudo ser devorado; no hay indicios de aplastamiento, sino bordes cortados limpiamente.

Las uñas estaban rotas, despegadas de la carne en algunos casos, y dos faltaban totalmente. Mordecai cogió una que había sido arrancada y estaba levantada como el capó de un coche. Tiró de ella y la mano se agitó debajo blandamente.

—Lamento comunicarles que es probable que no estuviera muerto cuando la losa le cayó encima. Se debatió para salir de debajo. Hasta arrancarse las uñas.

Ethan no dijo nada. Se limitó a enderezar el cuerpo y cruzar los brazos sobre el pecho con una expresión pensativa.

Mordecai arrojó las pinzas a una bandeja de acero inoxidable haciéndolas tintinear. Después se apoderó de un escalpelo cuyo filo relució a la cruda luz de la lámpara quirúrgica.

—Teniente, va usted a ayudarme a desnudarlo. Luego iniciaremos la disección.

Ashley inhaló el aire fresco a pleno pulmón mientras se alejaban de la funeraria hacia la claridad de las viejas farolas y de la luna, alta sobre el faro de Mahingan Head.

—Me ha pedido que sea franca con usted, teniente —dijo—, así que

permítame decirle que en mi opinión ha sido un error imponerle esto al pobre Rick Murphy, y de paso a nosotros. Un examen general, externo, nos habría proporcionado la misma información. Vaya preparando su defensa para cuando se entere el jefe Warden, porque puede que pase un mal rato... —Ethan siguió avanzando hacia su coche con paso vivo. Estaba absorto en sus pensamientos—. Si me dice cómo puedo serle útil —añadió Ashley—, le apoyaré.

Ethan se detuvo en medio de la silenciosa calle y se volvió hacia ella.

—Hay algo que no encaja —dijo—. ¿Un animal rabioso sorprendió a Murphy en la cámara de aislamiento? ¿Lo atacó, él se defendió, y eso provocó la caída de la losa?

—Estaba muy agrietada, lo dijo usted mismo.

—El problema no es ese. Murphy no se arrancó las uñas tratando de salir de debajo de los escombros. Murió de inmediato.

—Eso no es lo que parece haber dicho Morde...

—Bob McFarlane es categórico: no hubo más que un «¡bum!». La losa cedió de golpe. ¿Ha visto la cara y la pelvis de Murphy? No pudo sobrevivir a eso.

Ashley Foster intuía que Cobb no se lo estaba diciendo todo. Esperó a que se decidiera a hacerlo sin dejar de mirarlo.

—¿Para qué necesitaba la autopsia? —insistió—. ¿Qué vio?

Ethan se enfrentó a los grandes ojos de la sargento.

—Fue una impresión general —dijo al fin—. El estado del cuerpo y... En las paredes había marcas de más de un metro y medio de longitud, finas y paralelas. En una de ellas encontré una uña de Murphy. Lo arrastraron por la cámara, y él se resistió hasta destrozarse los dedos. ¿De veras cree que un coyote puede tener tanta fuerza?

Era evidente que él no, así que Ashley le preguntó:

—¿Acaso piensa usted que no estaba solo bajo la casa de los MacFarlane? Quiero decir, ¿que había alguien más?

Ethan la miró a su vez.

—En ese agujero ocurrió algo que se nos escapa.

—¿Y cómo lo averiguamos?

Ethan hizo un gesto con la cabeza que significaba que estaba claro.

—Volviendo allí.

9.

Fotos de familia enmarcadas salpicaban las paredes; los cuadros estaban colgados; las tulipas, enroscadas; toda la vajilla, perfectamente alineada en los aparadores; no había ninguna caja de cartón por el suelo, ni siquiera tras la puerta de un armario, a excepción de las que contenían las pertenencias de Owen y sus difuntos padres, guardadas en un trastero en la planta de arriba. Olivia se había esforzado para que la digestión de la mudanza fuera lo más rápida posible, de forma que todos se sintieran a gusto en la nueva casa cuanto antes y pudieran dedicar aquel primer verano a familiarizarse con ella, a apropiársela, y no a instalarse. Y parecía estar funcionando. Tom ya se había creado su ritual matutino: iba a comprar el periódico y lo leía tranquilamente sentado frente al océano en Bertie's, encadenando sus dos o tres *macchiatti*. Los chicos parecían haber hecho amigos por mediación de Gemma, y la propia Olivia tenía la sensación de estar a punto de encontrar su ritmo. Le gustaban los pequeños ritos tranquilizadores, saber que tal o cual tienda tenía justo lo que le hacía falta, que podía comprar su café en Main Street, que cuando en Main no había sitio podía aparcar detrás de la farmacia, que el ultramarinos ecológico de Oldchester disponía precisamente de sus marcas favoritas. Era una larga lista de nimiedades, justo lo que necesitaba para sentirse bien, para que algo parecido a una rutina tomara cuerpo. Olivia odiaba la monotonía, pero a la vez se amparaba en una serie de costumbres, en realidad triviales. Era su forma de cimentar la vida cotidiana, para poder lanzarse a nuevos encuentros, atreverse a realizar actividades distintas, sabiendo que su base permanecería estable.

Apenas llevaban diez días viviendo en la Granja y ya sentía que sus mentes empezaban a desintoxicarse de la presión neoyorquina. No echaba de menos en absoluto la energía, a veces caníbal, de la ciudad. Ese había sido su mayor

miedo. Tras más de dos décadas en una gran urbe cuya vitalidad la galvanizaba al tiempo que la vaciaba día tras día, le asustaba verse de pronto sin ningún carburante exterior. El campo significaba encontrarse frente a frente consigo misma. Allí el ritmo interior no lo marcaban los incesantes flujos de la calle, las tentaciones, la atracción del permanente trajín. Más bien había que creárselo. Buscarlo. Lo había vivido de niña, en los campos de Pensilvania, no lejos de las comunidades mormonas y su insólita sencillez; pero ahora que no estaba sola era muy distinto, tenía que hacer funcionar a toda su familia. Comprobar que cada cual iba encontrando su sitio allí la tranquilizaba y hacía que se sintiera bien. Era feliz.

Sentada en los peldaños del porche trasero con una taza de té caliente en la mano, contemplaba el jardín florecido con una sonrisa en los labios, mientras oía piar a los pájaros.

«Espera a pasar el primer invierno aquí para cantar victoria. Cuando la luz sea anémica y el frío deprimente, cuando haga un poco menos de sol cada mañana, las noches sean eternas, los paisajes desolados y ni siquiera tengas la ilusión de vivir que procuran las grandes ciudades, entonces sabrás si puedes aspirar a ser realmente feliz aquí.»

El primer invierno siempre era revelador.

Y estaba el terrible episodio de la anciana que se había suicidado prácticamente delante de ellos. Tom lo había visto todo. Gracias a Dios, ni los niños ni ella se habían percatado hasta que resonaron los primeros gritos. Tom había salido corriendo a ayudar, incluso había hablado con la policía después, mientras ella se obstinaba en llevarse a sus hijos sin que vieran el cadáver. Había sido horrible. Esa misma noche habían hablado de ello largo rato con la esperanza de dejar atrás la tragedia, de impedir que traumatizara a los niños. A Olivia le preocupaba sobre todo Owen, en vista de lo que había vivido. Sin embargo, nadie mostraba la menor perturbación. Los niños eran sorprendentes.

Smaug se acercó y se tumbó a su lado echando la mayor parte de su peso sobre ella.

—No me lo puedo creer, Smaug... ¡Pegarte a mí con la de hectáreas que tienes para ti solo!

Pese a todo, Olivia le acarició la cabeza cariñosamente, mientras se preguntaba cómo organizarse el día. Gemma no tardaría en llegar para encargarse de los niños, aunque Zoey estaba durmiendo (¡por fin!) y los chicos aún no habían salido de sus habitaciones. Olivia se notaba cansada: empezaba

a acusar la agitación de las últimas noches. Desde que habían llegado, Zoey, que siempre había dormido estupendamente, tenía pesadillas casi todas las noches, a veces varias seguidas, durante las cuales chillaba aterrorizada, como para despertar a toda la casa. Tom y Olivia se turnaban para calmarla, pero podían llegar a tardar más de una hora en conseguir que dejara de luchar para mantenerse despierta. Ellos lo achacaban a la novedad, tanto de las paredes, que no reconocía, como de los ruidos, tan distintos al constante rumor que la había arrullado en Nueva York durante más de dos años. Pero aquello empezaba a alargarse, y Olivia se preguntaba si debía llevarla a un pediatra, aunque a Tom le parecía una pérdida de tiempo y dinero: Zoey solo era un bebé descolocado por la mudanza, que además estaba justo en la edad de los dichosos «terrores nocturnos»; bastaba con tener un poco de paciencia hasta que se relajara y sustituyera «los tubos de escape y las sirenas por el ulular de las lechuzas y los aullidos del viento entre las ramas —aseguraba—, en una palabra, hasta que se despierte su cerebro de reptil, totalmente embotado por la pátina entontecedora de la civilización». Tom en estado puro. Excesivo en sus peroratas. Pero a Olivia también le gustaba eso de él.

Smaug apoyó el hocico en su pierna.

—¿Qué, gordinflón? ¿También tú te has acabado acostumbrando a la vida salvaje, lejos de tus aceras y de la polución que te llenaba la nariz?

Se acordó de los primeros días, después de que el perro seguramente se diera de morros con algún animal salvaje. Había tardado en atreverse a volver a salir, pese a los ánimos de toda la familia. Incluso ahora, nunca se alejaba mucho del largo rectángulo de hierba podada. El muy idiota ni siquiera iba a hacer sus necesidades al bosque circundante: dejaba su colección de asquerosos regalitos en el jardín.

—No eres muy espabilado..., pero sí un encanto.

Olivia oyó el ruido del coche de Gemma, que se acercaba por el callejón, y se levantó. Había que prepararse. Su mayor angustia tras presentar la dimisión en el canal de televisión no era dejar un trabajo bien remunerado, ni mucho menos renunciar a los focos y la fama, sino que los días pasaran sin tener nada que hacer. Olivia era una mujer activa, permanentemente alimentada por objetivos cotidianos que la empujaban hacia delante. Al venirse a vivir a Mahingan Falls, temía no volver a saber con qué llenar su lista de tareas, y necesitaba encontrar lo antes posible nuevos intereses. Empezar a tejer una red de relaciones era uno de ellos. Sentía el deseo de retornar a sus comienzos,

cuando era una joven locutora en las ondas de una emisora minúscula. Añoraba el periodismo. Desde luego, por allí no encontraría motivos para pasarse el día entero recorriendo las carreteras, cosa a la que, por otra parte, ya no aspiraba y que, al no ser de la zona, tampoco se esperaba de ella, por más que su fama pudiera ser un activo. No, más bien pensaba proponer a un periódico local una sección modesta, para empezar.

Alzó la vista hacia las copas de los árboles, al fondo del jardín, y vio la abrupta mole del monte Wendy, que dominaba la región. En la cima, la antena metálica erizada de parabólicas se erguía sobre la ciudad, imperiosa y reluciente al sol, como un crucifijo de los tiempos modernos.

Era la tercera vez desde el inicio de la cena que Chad se golpeaba la cabeza contra la lámpara, que colgaba un poco baja sobre la mesa, instalada en el mirador anexo a la cocina, y ahora se balanceaba sobre los platos y las fuentes.

—Chad, por favor, deja de levantarte como un bruto —le dijo Olivia—. Si quieres algo no tienes más que pedirlo.

—Perdón, mamá. De todas formas, aún es de día, podríamos apagar esa...

Tom alzó la mano con autoridad.

—No discutas, si tu madre te pide algo, obedeces.

—¿Y si me manda a vender droga al colegio? —dijo Chad por lo bajo, sin atreverse a replicar abiertamente, pero a la vez incapaz de callarse.

Sabiendo lo severo que era Tom en cuestión de modales, Olivia prefirió cortar cuanto antes la discusión que se anunciaba. Había pasado un día estupendo, y no pensaba dejar que se lo estropearan ahora que la pequeña Zoey estaba al fin acostada.

—Bueno, chicos, ¿qué habéis hecho hoy? ¿Gemma os sigue pareciendo maja?

—¿Podríamos invitarla a cenar con nosotros? —preguntó Chad.

—¿No tienes bastante con verla seis o siete horas al día?

Owen se encogió de hombros.

—Es guay —afirmó.

—¿Guay? —preguntó Tom, que para alivio de su mujer no volvió sobre el tema del respeto—. ¿Guay cómo? A ver, chicos, ¿no estaréis sucumbiendo a los encantos de vuestra niñera?

—¡No es nuestra niñera! —protestó Chad—. Es nuestra guía en Mahingan Falls. Nuestro ángel de la guarda.

—Mientras conduzca despacio y no os lleve a sitios raros —terció Olivia—, puede ser lo que queráis. Le propondré que se quede con nosotros una tarde.

—Ya trabaja suficientes horas... —le recordó Tom.

—Hoy me he encontrado en el pueblo con Martha Feldman, la chica del ayuntamiento. Conoce bien a Gemma y me ha dicho que necesita dinero para pagarse los estudios en la universidad el próximo curso. No dudará en aceptar todas las horas que podamos ofrecerle. Y ya procuraré que no tenga que hacer nada durante la cena. Digamos que será una especie de... patrocinio encubierto.

—¿Qué es un patrocinio encubierto? —quiso saber Chad.

Tom alzó los ojos al cielo.

—Una de esas expresiones raras que usa tu madre para hablar de algo sin tener que decirlo claramente. Oye, Owen, ¿y tú, ya te has acostumbrado a tu nueva habitación?

Owen se había adaptado lentamente a su familia adoptiva. Poco hablador, al principio había permanecido pensativo, como a distancia de la agitación de los Spencer. Pero con el paso de los meses poco a poco se había ido aclimatando a sus costumbres. Durante las comidas seguía hablando bastante poco, pero escuchaba, reía y a veces incluso se enfadaba, lo que Tom consideraba una prueba de integración.

—Sí, es genial.

—Si quieres hacer algún cambio, mover los muebles, pintar de otro color alguna pared o cualquier otra cosa, lo dices, ¿vale?

—Bueno..., me gustaría saber si las cajas de allá arriba pueden seguir cerradas todavía un tiempo...

Tom frunció los labios y miró a su mujer. Cuando el chico se mudó con ellos, quedó acordado que sería él quien decidiera qué hacer con todas las cosas que habían recogido en su antiguo hogar. Era lo que él quería. Cada objeto significaba algo, reavivaba un recuerdo, y Owen deseaba inspeccionarlos uno a uno cuando estuviera preparado. Olivia aceptó con la condición de poder hacerlo ella también a continuación, para examinarlos a su vez y recordar a su querida hermana, desaparecida de forma súbita en un accidente estúpido. Y desde hacía año y medio esperaba que Owen se

decidiera, para acompañarlo, sin presionarlo en ningún momento. Sería cuando y como él quisiera.

—Por supuesto —respondió Olivia.

Tom atrajo a Owen hacia él para demostrarle su cariño. Era superior a él, no pudo reprimirse.

—Pero ¡papá...! —exclamó Chad, indignado—. ¡Ya no es un crío! ¡Owen no necesita arrumacos!

—Perdona —murmuró Tom—, pero cuando me siento así tengo que mostrarlo de alguna manera...

Owen, un poco incómodo, sacudió los hombros y esbozó una sonrisa.

—No pasa nada —dijo.

Rieron suavemente, con buen humor, y mientras acababan de cenar, Tom le preguntó a su mujer:

—Al llegar me has dicho que tenías una buena noticia..., ¿vas a acabar de una vez con este insoportable suspense?

—Estaba esperando el momento adecuado para tener la atención de todos. Esta tarde he conocido a un tal Pat Demmel. Es el director de la radio local.

—No sabía que en Mahingan Falls hubiera una radio...

—Es una empresa muy pequeña, totalmente volcada en el pueblo, pero las instalaciones son buenas, renovadas hace poco.

—¿Has estado allí? —preguntó Tom con falsa suspicacia—. Un desconocido menciona un micrófono ¿y tú lo sigues sin más?

Olivia contuvo una sonrisa. Le encantaba que Tom se mostrara protector, incluso celoso, aunque fuera en broma.

—No hay nada decidido, pero cuando le he hablado de mis comienzos en la radio le ha parecido que estaría bien que lo retomara y que buscara un hueco en la programación para proponerle un espacio. Les faltan ideas y colaboradores competentes, me ha confesado.

Tom abrió las manos ante él, incrédulo.

—¿Cuándo llegamos, chicos? No hace ni dos semanas, ¿no? Y tú, cariño, ya conoces a la mitad del pueblo y te han hecho una oferta de trabajo...

—Con el ogro que tengo por marido, más vale que alguien se esfuerce un poco por mejorar la desastrosa imagen que va a dar nuestra familia —se burló Olivia—. De momento no he contestado nada, antes quería hablarlo con vosotros. No dejé la televisión para volver a ponerme bajo los focos nada más llegar. No quiero imponeros nada.

—Tú misma has dicho que es una empresa muy pequeña, así que no veo dónde está el problema: con radio o sin radio, no cambiarán las cosas. Con tu carrera en la tele, la gente ya se vuelve a mirarte por la calle.

—Eso digo yo, pero es una decisión familiar. Si me lanzo, me ocupará un poco de tiempo de forma regular. ¿Qué pensáis vosotros, chicos?

—¡Ningún problema! —respondió Chad, apenas interesado.

Owen indicó con un gesto que no sabía qué decir, que a él ni siquiera le parecía un tema de debate.

Tom le cogió la mano a su mujer por encima de la mesa.

—Has dicho muchas veces que echabas de menos la radio —le recordó—. Es una oportunidad para divertirte sin presión.

Owen se inclinó hacia ellos con una expresión traviesa.

—¿No vais a pedirle su opinión a Zoey? —preguntó en son de burla.

—No —respondió Tom—, pero voy a proponerle a Gemma instalarle una cama aquí para que se ocupe de ella, ahora que la madre de familia nos va a dejar abandonados...

—¡Thomas Spencer! —bramó Olivia, y le advirtió por señas que no le quitaría ojo.

Rieron de buena gana, y después de ver un rato la televisión en el salón subieron a acostarse. Todo el mundo acusaba el cansancio de la vida al aire libre. Olivia se desmaquilló en el cuarto de baño: nunca salía sin pintarse un poco para tener buen color y resaltar sus ojos. La «chica de la tele» no podía permitirse aparecer desarreglada; cuando la reconocían —varias veces al día—, se esperaba que al menos estuviera tan sonriente como en la pantalla y casi tan guapa, incluso sin maquillaje. De lo contrario, la gente empezaría a murmurar, incluso a mostrarse desagradable. Ejercía una profesión en la que lo principal era la imagen. «Ejercí. Eso se acabó. Ahora voy a ir fundiéndome poco a poco con el ajetreo anónimo de la vida. Requerirá tiempo. Seguiré siendo una cara conocida, los más sagaces me reconocerán de vez en cuando y me preguntarán por qué lo dejé, dando por sentado que me echaron... Luego envejeceré, me olvidarán, y mi vida será casi normal.»

Olivia se miró en el espejo. Alguna arruguilla aquí y allá, la parte inferior del rostro no tan firme como antes, los párpados un poco más caídos, pero «la mirada tan viva como siempre», se dijo para tranquilizarse. Su melena también era para estar orgullosa. Nunca había olvidado las palabras de su madre: «Una mujer con un pelo bonito y bien cuidado siempre parece más joven, sobre todo

por detrás.» Olivia no ahorraba esfuerzos para mimar el suyo. Cogió el tarro de crema de noche y se cubrió la cara con ella para borrar la más mínima duda que la asaltara.

Cuando estuvo lista para irse a la cama, encontró a Tom dando cabezadas sobre la novela que intentaba leer desde hacía una semana. Se la quitó de las manos antes de que se cayera y apagó la lámpara de su mesilla de noche. Desde luego, en aquella familia daba igual que hubieras acabado con los niños y contigo misma, porque siempre quedaba alguien de quien ocuparse...

Dándole vueltas al asunto de la radio, tardó en dormirse más de lo que esperaba. La oferta le hacía una ilusión enorme, las sensaciones que había disfrutado quince años atrás delante de un micrófono aún la estimulaban, pero ¿no lo había dejado todo para volver a una vida centrada en otras preocupaciones? ¿No era aquello la prueba de que una parte de ella lamentaba su decisión? «No, claro que no. Si me apetece, es precisamente porque se trata de una pequeña emisora local. Nada serio, solo por diversión. Recuperar la esencia de lo que me atrajo de este oficio, sin la presión.» Estaba irritada consigo misma por su incapacidad para desconectar. Se pasaba la vida inventándose formas de estar en guardia. Soñaba con la apacible pasividad de un día ocioso, pero seguía siendo incapaz de no programar mil proyectos.

Su mente acabó rindiéndose poco antes de las once, mientras la oscuridad se adensaba sobre el pueblo. Debió de tener una pesadilla, porque despertó con una profunda sensación de angustia. Respiraba con dificultad, y casi se alegró de no seguir dormida, antes de comprender que solo era la una de la madrugada y estaba muerta de sueño. Mientras se tapaba la cabeza con el edredón para volver a adormecerse, le pareció oír un llanto lejano.

Se incorporó en la cama. A su lado, Tom roncaba suavemente.

¿De verdad había oído algo? Todo parecía en calma. La tranquila habitación estaba llena de sombras que se alargaban sin fin. El resplandor del despertador digital arrojaba la claridad justa para que Olivia pudiera distinguir la mullida alfombra y, un poco más lejos, el sillón en el que Tom dejaba la ropa al acostarse. Nada ni nadie. Ninguno de los niños...

En el pasillo sonó un gemido ahogado.

«¡Zoey! Otra vez tiene una mala noche.»

Comprobó que Tom seguía sin oír nada. ¿Era la mala fe masculina, o es que realmente carecía de cualquier instinto paternal? ¿Casi nunca se enteraba! Apartó el edredón y, sin perder tiempo en ponerse las zapatillas, se acercó a la

puerta entreabierta y salió al pasillo. Zoey aún no lloraba, pero su presencia la tranquilizaría, y con un poco de suerte seguiría durmiendo hasta la mañana siguiente.

Olivia no se atrevió a encender la luz para no despertar a Tom o a los chicos (había advertido que Owen nunca cerraba la puerta por la noche), así que se guio deslizando las puntas de los dedos por la pared. La madera crujía, y en el desván, justo sobre su cabeza, la casa chirrió como si se desperezara. «¿Tú también te espabilas? Vuelve a dormirte, y cuida de nosotros, a ver si Zoey deja de tener pesadillas...»

Dobló la esquina del ala en que estaban las habitaciones de los niños. Al fondo, una ventana redonda dejaba entrar el claroscuro de una luna amenazadora, medio oculta tras las nubes. Olivia había colocado dos cortinas tupidas para enmarcarla, sin más función práctica que dar calidez al ambiente. Por un breve instante, le pareció que el cortinaje de la izquierda se movía.

Entrecerró los ojos en un intento de enfocar la mirada a pesar de la densa penumbra, y constató que no había ningún movimiento.

Pero de pronto se sintió observada.

Como si ya no estuviera sola.

Tragó saliva y soltó el aire para recobrar la calma. ¿Ahora le daba por imaginar cosas extrañas en mitad de la noche? «En este pasillo no hay nadie más que tú, ¡así que para ahora mismo!»

Pero era más fuerte que ella. ¿Y si se volvía en ese preciso instante? ¿Se daría de narices con el desconocido que la acechaba? «¿Eres tonta o qué?» ¿Por qué se imaginaba semejantes cosas? La culpa era de la maldita película que Tom les había hecho ver dos días antes, la historia de unos perversos que se colaban en una casa. ¡A quién se le ocurría alquilar semejante bodrio en el canal de pago!

Cerró los ojos para concentrarse y vaciar la mente, para ahuyentar cualquier pensamiento perturbador. Bajo sus pies, el entablado estaba frío y Olivia se estremeció. Aquello era una idiotez. Allí estaba, de pie en el pasillo en plena noche, inventándose cosas raras en vez de dormir...

Lo oyó con toda claridad.

Una respiración. Muy cerca.

Volvió a abrir los ojos e intentó penetrar la oscuridad a su alrededor. ¿Sería Tom, que por fin se había dignado acudir para averiguar por qué no estaba en la cama su mujer? ¿Habría despertado a alguno de los chicos?

«Imposible, no he hecho el menor ruido.»

Pero no vio a nadie, y cuando aguzó el oído la respiración había cesado.

Observó la ventana redonda al fondo del pasillo, frente a ella. A uno y otro lado, las cortinas temblaban. Se ondulaban intermitentemente, como si fueran la piel de la pared, muerta de miedo.

Aquello era demasiado. Olivia se acercó, atravesando las densas sombras y dejando atrás las puertas de Chad, del trastero y de Owen; alzó la mano y tiró con fuerza de la colgadura de la izquierda.

Papel pintado a rayas blancas y ocres, casi nuevo, colocado en la época en que Bill Tanningham había reformado la Granja. Nadie. Solo la suave corriente que se filtraba por la parte inferior de la ventana, apenas entreabierta.

«No sabía que se pudiera abrir. Ya lo ves, no había necesidad de imaginarse estupideces...» Uno de los chicos debía de haberla subido jugando. Olivia volvió a cerrarla y giró sobre sus talones para ir a ver a Zoey cuando una bocanada de aire glacial le dio en la nuca.

Esta vez se quedó petrificada. Aquello no era el viento, ni su imaginación, sino un auténtico soplo frío. Volvió la cabeza. Despacio. Muy despacio. Aterrorizada ante la idea de lo que iba a encontrar detrás de ella.

¿Quién había entrado en su casa? Un psicópata agazapado en la pared, con una sonrisa perversa y una mirada lúbrica, que iba a saltar sobre ella para taparle la boca antes de...

En cierta forma, lo que vio fue aún peor.

El vacío.

Solo el suelo, ninguna presencia. Iba a volverse loca.

Pero cuando Zoey empezó a gritar como si algo le estuviera haciendo daño, la madre de familia supo que no había perdido la cabeza del todo, y se transformó en una leona que se precipitó a la habitación de su hija dispuesta a defenderla con uñas y dientes.

Zoey estaba de pie en su cama y lloraba.

La pequeña señaló con el dedo la esquina detrás de la puerta, y Olivia se abalanzó hacia ella dispuesta a golpear, pero solo encontró una muñeca de plástico con el pelo revuelto, uno de los muchos juguetes de Zoey. Cogió en brazos a su hija y la cubrió de besos, estrechándola contra ella.

—¡Brillan! ¡Brillan! —repetía Zoey.

Olivia examinó la habitación girando sobre sí misma encima de la moqueta, pero no vio nada encendido.

Tenía el corazón a punto de estallar. También ella había pasado miedo.
Un miedo atroz.

10.

La carne crepitaba y la sangre empezaba a asomar a la superficie, mezclándose con la grasa, que chisporroteaba ruidosamente al arder.

—¡Otra pasada y listo! —anunció Roy McDermott agitando el largo tenedor de acero inoxidable—. El secreto de un buen chuletón a la parrilla es el número de vueltas y el tiempo entre ellas. ¡Eso, y una buena salsa casera!

—Tom le diría que eso es un sacrilegio —respondió Olivia—. Él solo les pone una pizca de sal gruesa.

El interesado asintió con viveza, antes de echar un vistazo a Chad y a Owen, que jugaban con un balón de fútbol americano un poco más lejos, en el césped del anciano. Por su parte, la pequeña Zoey, sentada en una manta al pie de la mesa de madera, no conseguía encajar una pieza azul cuadrada en un agujero redondo y empezaba a enfadarse. La invitación a comer del vecino les había venido de perlas, pensaba Tom. Después de la noche que acababan de pasar, necesitaban distraerse. Zoey se había negado a dormirse hasta que la acostaron entre ellos en la cama de matrimonio, y Olivia no estaba normal. Había tenido que insistirle, entre cuchicheos, para que se dignara explicarle que había «imaginado cosas». Una presencia, un frío repentino, una pesadilla casi tangible sobre la que Tom no supo qué pensar, hasta que cayeron rendidos, muertos de cansancio. Al despertar, Olivia era la de siempre y había desechado sus temores nocturnos de un plumazo. Era una persona pragmática, firmemente anclada en la realidad: las cosas se veían más claras a la luz del sol, bajo la que admitió que se había montado toda una película por culpa del cansancio y los gritos de Zoey. El asunto se había zanjado con la promesa de que Tom no volvería a alquilar películas de terror durante una temporada, o en todo caso las vería solo.

Olivia señaló la enorme y vieja casa de McDermott.

—¿Vive usted solo, Roy?

—¡No, qué va! Luego les presentaré a Margerie. No sale, no está bien de los huesos.

—¿Está aquí? ¿Dentro? ¡No podemos comer en su jardín sin al menos presentarnos! —exclamó Olivia.

—No se preocupe, está descansando. Iremos a saludarla a la hora del postre y le llevaré un plato. ¡Le encanta la carne! Aunque le cuesta un poco masticarla. Es duro hacerse viejo, créame. Renunciar poco a poco a los pequeños placeres de la vida... Por eso yo lucho por todo. ¿Ha oído hablar de ese proyecto de ley que pretenden aprobar en el estado? ¡Prohibir conducir a partir de determinada edad!

—Eso no ocurrirá jamás —aseguró Tom—. No es más que un político que quiere hacerse notar...

—Pues ¿sabe qué le digo? ¡Nadie me impedirá circular jamás! ¡De eso nada! Que se haga un reconocimiento médico para el permiso me parece bien, pero ¿una estúpida prohibición en función de la edad? Y lo siguiente ¿qué será?, ¿una fecha de caducidad obligatoria para todo el mundo? «¡Venga, señor, ahora tiene que irse y ceder el sitio a los jóvenes, se le ha acabado el tiempo, ya no hay bastante aire fresco ni comida para todos, sea bueno y muérase!»

Roy McDermott comprendió que se había exaltado y sacudió la cabeza antes de clavar los dos dientes del tenedor en la carne. Luego la depositó en una tabla de cortar y empezó a hacer tajadas finas, mientras Chad y Owen se sentaban a la mesa.

—Llévense esto para el perro —dijo golpeando el hueso con el tenedor—. No es justo que seamos los únicos en disfrutar del domingo.

El gigante de pelo blanco se sentó con sus invitados, y los Spencer se dispusieron a comer a la sombra de un majestuoso roble, respondiendo a las preguntas fascinadas de su anfitrión. McDermott no sabía nada sobre teatro o televisión, pero mostraba una curiosidad infinita por esos medios tan alejados del suyo. Olivia, que siempre se divertía haciendo un retrato despiadado del mundo de la tele, compartía su plato con Zoey, sentada a sus pies en la manta. Exfamosa, madre modélica, mujer resplandeciente, vecina simpática... Tom admiraba la sencillez y facilidad con que su esposa encadenaba los papeles. Al cabo de un rato se transformó en confidente e hizo hablar al anciano. Durante casi cincuenta años, McDermott había sido el dueño de la ferretería

del pueblo, en la que había empezado a los catorce años como simple mozo de almacén. Con el tiempo acabó comprándola, modernizándola y, por último, volviendo a venderla cuando se acercaba su septuagésimo cumpleaños. Una vida entera entre aquellos pasillos, que olían a cola, plástico y madera recién cortada.

—Entonces es usted realmente viejo... —le soltó Chad sin la menor consideración.

—¡Chadwick! —lo riñó su madre, indignada.

—¡Miejo! —gritó Zoey, regocijada.

—No, déjelo, tiene razón, formo parte de los monumentos de Mahingan Falls. Chicos, si algún día tenéis que hacer un trabajo para el colegio sobre la historia de nuestra bendita región, venid a verme, tengo muchas anécdotas que contar.

—Supongo que conocía usted a Bill Tanningham... —le dijo Tom.

—¿El anterior propietario de su casa? Sí, claro. Un tipo de Nueva York no demasiado abierto. Solo venía en vacaciones o fines de semana largos, y a veces ni eso. Sigo sin entender que hiciera tantas obras, que lo renovara todo para luego venir tan poco. Y es que hay gente a la que parece que le sobra el dinero... ¡Cuidado, no lo digo por ustedes, eh! Su caso es distinto, viven aquí. Al final van a ser ustedes quienes se beneficien de tanta reforma. Porque lo que es él...

—Tanningham tuvo problemas financieros poco después. Se vio obligado a desprenderse de la mayoría de sus segundas residencias.

—Sí, eso he oído... Tessa Kaschinski no pierde ocasión de contar todo lo que sabe. ¡Si tienen algún secreto, ni se les ocurra confiárselo!

—Ya me había dado cuenta —gruñó Tom con la boca llena.

—¿Cómo era la Granja antes? —preguntó Olivia.

Los ojos casi translúcidos de Roy se volvieron hacia la casa de los Spencer, oculta tras la vegetación.

—Igual, salvo por las manos de pintura —dijo el anciano cuando acabó de masticar la carne—. Creo que las obras importantes las hizo sobre todo en el interior. La instalación eléctrica no cumplía las normas. Lo levantó todo, o casi todo. Aislamiento, pintura, nuevos materiales por todas partes... Imagino que tiraría algunos tabiques; parecía uno de esos que siempre encuentran las habitaciones demasiado pequeñas y necesitan juntar varias. Pero no he estado dentro desde hace mucho.

—¿De veras? —preguntó Olivia sorprendida tras darle la última cucharada de puré a Zoey—. Pues espero que venga. Tom siempre tiene una cerveza fría para nuestros invitados. Será usted el primero. Martha Feldman me ha asegurado que vivimos en una de las casas más antiguas de Mahingan Falls. Entonces, ¿no me ha engañado?

—Seguramente no. Es un edificio con... fuerte personalidad, por decirlo así.

—¿O sea...? —preguntó Tom, intrigado.

—Una casa con historia, nada más. ¿Martha no les contó nada?

Olivia sacudió la cabeza e intercambió una mirada inquieta con su marido.

—¿Algo que debiéramos saber?

Visiblemente incómodo, Roy dejó los cubiertos en la mesa, se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió los labios con él.

—No se imaginen cosas raras —los tranquilizó—. Es una leyenda, eso es todo.

—¿Qué clase de leyenda? —insistió Tom.

—No estoy muy informado, pero cuando era niño se decía que era la casa de una de las brujas. Ya saben, las brujas a las que quemaron en Salem...

—Lo que nos faltaba... —masculló Olivia cruzándose de brazos.

—En fin, cuentos de críos... Por lo que yo sé, probablemente no es más que una invención para alejar a los curiosos. A los padres no les gusta que sus retoños vaguen por lugares abandonados.

—¿La Granja estaba en ruinas? —preguntó Owen con interés.

—No, en ruinas no, pero sí en mal estado. Diría que estuvo mucho tiempo deshabitada. Hasta finales de los años sesenta, cuando vino un tipo de California y la restauró. Se quedó casi diez años antes de revendérsela a una familia de Maine. Creo que buscaban un sitio soleado... Pero ya saben lo que es vivir en Nueva Inglaterra: para deshabituarte, tienes que hacer las cosas por etapas, y Mahingan era una de esas etapas en la ruta que los conducía poco a poco hacia Georgia o Florida.

—¿Se quedaron mucho tiempo? —preguntó Olivia.

—Cuatro o cinco años, me parece. Luego la Granja sufrió un incendio. Poco importante, pero suficiente para desanimar a los posibles compradores. Hasta la década de 2000, con el abogado de Nueva York al que se la compraron ustedes. Al principio la hizo arreglar, pero sin excederse; su mujer y él no venían a menudo. Después, creo que eran sus hijos los que se quejaban de la

falta de comodidades, así que se lanzó a reformarla a lo grande, para revenderla casi a continuación. Y ya está.

Roy irguió su enorme corpachón e indicó por señas a sus invitados que siguieran sentados.

—Voy a por el postre, pero ustedes quédense ahí. Salvo los niños: podéis ir a estirar las piernas si queréis. Sé lo que es ser un chaval de vuestra edad que solo piensa en pasarlo bien.

Mientras se alejaba hacia la casa con una pila de platos sucios en las manos y Chad y Owen cogían el balón para lanzarse pases un poco más lejos, Olivia se inclinó hacia Zoey y le limpió la cara. La pequeña se había puesto perdida de puré. Tom se inclinó hacia su mujer.

—Tessa Kaschinski será muy cotilla, pero se le olvidó contarnos todo esto...

—¿Qué hay de particular que hubiera podido desanimarte?

—No sé, saber que invertíamos en una casa que ha estado abandonada buena parte del siglo XX...

—Tanningham la rehízo entera, así que está como nueva.

Tom suspiró.

—Sí, tienes razón.

Sin embargo, no conseguía librarse de una sensación desagradable. ¿Era porque la información les llegaba después de una noche de pesadillas para su hija y su mujer? Olivia parecía tranquila, en absoluto afectada por aquella historia. Al final, el más desazonado era él. No dejaba de ver el rostro aterrorizado de la anciana antes de arrojarle contra la camioneta. Por la noche, al dormirse, podía oír el terrible ruido que habían producido su cuerpo y sus huesos al chocar con la chapa. Aún no había digerido aquella tragedia. Seguía perturbándolo. Pese a todo, quien le preocupaba en esos momentos no era aquella pobre mujer, sino los suyos. Olivia y él tenían por costumbre ser directos en lo referente a sus emociones; era un requisito indispensable para seguir siendo una pareja sólida y unida, incluso después de quince años de matrimonio. De modo que le preguntó sin ambages:

—¿No crees que nuestra casa podría estar encantada?

—¿Qué?

—Solo te pido tu opinión.

Olivia ahogó una risa, que se convirtió en un breve resoplido.

—¿Hablas en serio?

—No sé... Eres tú quien ha pasado miedo esta noche. Y Zoey, que no duerme. Así que...

Tom vio que su mujer consideraba su pregunta seriamente. La conocía lo bastante para interpretar su actitud. Al cabo de unos instantes, Olivia le apretó la mano.

—Cariño, he trabajado en la televisión, por tanto creo en los monstruos. He tratado con un montón, pero con fantasmas, no, nunca.

Tom asintió.

—Vale. Tú eres la cartesiana de la familia, yo soy el soñador. Solo quería poner la hipótesis sobre la mesa, nada más.

Olivia meneó la cabeza con dulzura y le dio un beso en la mejilla. A Tom le encantaba que lo hiciera tan lenta, tan amorosamente. Roy apareció al pie de la escalera de su casa con una gata blanca en los brazos.

—¡Queridos amigos —dijo alzando la voz—, les presento a Margerie!

11.

Sus rizos pelirrojos desafiaban cualquier intento de doma. La sacaban de quicio. Gemma leyó por última vez la etiqueta, arrojó la crema alisadora a la papelera del cuarto de baño y retrocedió para mirarse en el espejo.

No había ningún cambio. Una melena exuberante enmarcaba su atractivo rostro, salpicado de pecas.

«¡Ese potingue es un timo!»

Siguió mirándose unos instantes y se descompuso aún más. No tenía culo y le sobraban tetas. Vestida, conseguía disimularlo, pero en ropa interior era exagerado. Algunos chicos lo encontraban muy atractivo, pero ella no lo asumía. Por eso evitaba la ropa escotada. Una no realza lo que ya es evidente, si no, resulta vulgar, se repetía. Por su forma de vestir, Amanda Laughton la había tachado en ocasiones de puritana, incluso de estrecha, pero Gemma no estaba de acuerdo. Con su deslumbrante cabellera y sus chispeantes ojos, ya atraía bastantes miradas; luego, había que confiar en una misma y no basarlo todo en la provocación. Además, no: a diferencia de Amanda, no estaba dispuesta a exhibirse para que le pidieran el número del móvil. Gemma no había tenido muchos novios. El primero había sido demasiado lanzado y demasiado idiota para que la cosa durara más de un trimestre, y con el segundo, Josh, había estado a punto de dar el gran salto después de ocho meses de relación, cuando descubrió que tonteaba con otra en paralelo. Varios ligues sin importancia después, Gemma seguía desemparejada; era, como repetía cada dos por tres Barbara Ditletto con su proverbial estilo, un «territorio inexplorado». Y eso le pesaba. Tenía ganas de encontrar a un buen chico que supiera cuidarla, hacerla sentir cómoda, enamorarla, incendiar sus sentidos. Pero para eso necesitaba dar con el modo de librarse de Derek Cox. Nadie se atrevería a acercársele mientras Derek la tuviera en su punto de mira,

nadie sería tan suicida para meterse por medio. «Así que también eso es cosa mía.» Siempre igual... Tenía que hacerlo todo ella. Y por el momento no sabía cómo actuar sin arriesgarse a acabar con unos cuantos hematomas y puede que incluso la nariz rota y varios puntos en la ceja. Era lo que les había pasado a Patty y Tiara, las dos ex de Derek. «Con la diferencia de que yo no he cedido.» Así que probablemente sería peor.

Se enfundó un polo y un short, se volvió a poner desodorante y otra pizca de perfume y salió al pasillo. Al pasar por delante de la habitación de su hermano lo vio encorvado sobre el telescopio, que apuntaba hacia la casa del otro lado de la calle. Gemma sabía muy bien lo que le interesaba a Corey: la vecina que se desnudaba sin bajar los estores.

«¡Oh, Dios mío! No me digas que se está...»

Sintiéndose observado, Corey se irguió. Para alivio de su hermana, lo que tenía en la mano era una libreta.

—¿Estás espionando a la hija de los Hamilton, Corey?

El chico negó con la cabeza enérgicamente. En ese momento, Gemma oyó risas en la habitación y, al empujar la puerta con la punta del pie, descubrió a Owen y a Chad Spencer repantigados en el sofá que había bajo la litera.

—¡Hola, Gemma! —la saludó el más fuerte.

—¿Tenía que cuidaros hoy? —preguntó Gemma, desconcertada.

—No —dijo Owen—, solo hemos venido a ver a Corey.

—¡Ah, vale! Supongo que os habrá hablado de Lana Hamilton...

Corey se puso colorado. Chad se incorporó, muy interesado.

—¿Lana Hamilton? —preguntó con voz melosa y burlona—. ¡Vaya, Corey, qué callado te lo tenías!

Gemma meneó la cabeza, desesperada, y volvió a cerrar la puerta. Tenía que hacer la compra: su madre no volvería hasta última hora de la tarde y los armarios de la cocina estaban espantosamente vacíos. Era una de las numerosas tareas que la señora Duff dejaba en manos de la chica, y no podía rechazarla. Su madre trabajaba en la recepción del hospital de Salem durante el día y hacía horas por la tarde en la centralita de una empresa de seguridad de la zona, con la idea de ahorrar lo suficiente para pagar estudios superiores a sus dos hijos. En su ausencia, Gemma tenía que encargarse de las labores diarias, sobre todo durante las vacaciones de verano.

Salió de casa un poco más deprisa de la cuenta, y casi se dio de bruces con un policía de uniforme que estaba a punto de llamar al timbre.

—¡Uy, perdón! —se disculpó.

—No tiene importancia. Gemma Duff, ¿verdad? Venía a verla precisamente a usted.

El agente tenía unos treinta años. Mal afeitado pero bastante atractivo, llevaba una camisa beige de manga corta que resaltaba su físico, bastante atlético.

—¿Hay algún problema? —le preguntó Gemma, sin saber si eso la preocupaba o más bien la excitaba un poco.

—Soy el teniente Cobb. Creo que no nos conocíamos... ¿Podría concederme unos minutos?

—¿Ahora?

—No tardaré mucho, solo unas preguntas. Es a propósito de Lise Roberts, la chica que ha desapar...

—Sé quién es Lise Roberts. Debería usted hablar con Barbara Ditletto, es su mejor amiga.

—Ya lo he hecho. Barbara no tiene mucho que contar.

—Yo apenas trato a Lise. Nos vemos en el instituto o por el pueblo, pero no salimos juntas.

—Lo que necesito es precisamente un retrato más... externo, menos subjetivo...

Gemma arqueó las cejas, y a continuación se frotó las manos maquinalmente.

—Bueno, de acuerdo. Vamos, entre, le prepararé un café. Un agente de servicio puede tomar café, ¿verdad?

—¿Sus padres están en casa?

—Mi madre trabaja y mi padre... está lejos. Desde siempre.

—Lo siento. Si no hay ninguna persona mayor dentro, preferiría que nos quedáramos en la puerta, si no tiene inconveniente.

Gemma, sorprendida, tardó en entenderlo. A diferencia de las tres cuartas partes de los polis locales, a quienes todo el mundo conocía, Cobb no era de allí.

—Está usted en Mahingan Falls, ¿sabe? Aquí no somos desconfiados hasta ese punto. Hay tres adolescentes insoportables en casa, así que nadie le acusará de nada. Además, no pienso seguir hablando con usted a pleno sol.

Gemma estaba asombrada de su propio aplomo. Pero el teniente Cobb le inspiraba confianza. Le gustaba su forma de hablar y su mirada inteligente. Lo

acompañó adentro y le hizo café, mientras él esperaba delante de la ventana. «¡Para que se te vea bien si alguien mira desde fuera! A ti, cuando se te mete algo en la cabeza...»

—¿Podría describir a Lise Roberts? ¿Cómo diría que es?

—Excéntrica.

—Sí, no es la primera que me lo dice. ¿La había visto con extraños últimamente?

—Sé que salía con chicos de Salem. Pero ya se lo habrá dicho Barbara, iba con ella.

—Sí. Lo que me interesa es lo que pueda haberle llamado la atención a usted. Al no ser íntima suya, tal vez desde fuera...

—Por cierto, ¿quién le ha hablado de mí?

—Su nombre ha surgido varias veces en los testimonios. Al parecer, es usted una chica digna de confianza, «inteligente y observadora».

Gemma vertió el café en la taza y se alegró de estar de espaldas al teniente, porque debía de haberse puesto roja, lo cual era totalmente ridículo, a su modo de ver. No estaba acostumbrada a recibir cumplidos gratuitos, y menos aún de un poli tan atractivo.

—¿No tienen noticias de ella? —preguntó cuando estuvo segura de haberse repuesto—. Tenga. Cuidado, que quema.

—No, ninguna.

—Supongo que ahora el caso ha pasado al ámbito nacional y todos los cuerpos de policía del país habrán recibido el aviso de búsqueda, ¿no?

—Hacemos nuestro trabajo, pero la señorita Roberts sigue ilocalizable. De hecho, si es discreta, pasará tiempo antes de que la encontremos.

Lo había dicho en un tono distante, y Gemma comprendió que con aquel rollo solo intentaba tranquilizarla.

—¿No cree que se haya fugado?

—No descarto ninguna hipótesis.

—¿Ni siquiera... la del asesinato?

Cobb le dio un sorbo al café mirando a Gemma. Luego esbozó una sonrisa forzada.

—No conviene dramatizar, pero estoy obligado a considerar todas las posibilidades.

—Sin embargo, el jefe Warden afirmó que Lise se había fugado, ¿verdad?

Cobb cogió la taza con las dos manos. Parecía incómodo.

—Es lo más probable. ¿Usted lo encuentra creíble?

—Ya se lo he dicho, su verdadera amiga es Barbara. Es a ella a quien...

—Barbara no lo cree en absoluto. Pero ¿y usted?

Gemma, un poco confusa, suspiró.

—No lo sé... Supongo que sí. Lise es un poco especial, así que podría haberse largado de un día para otro. Quizá se enamoró...

—Según usted, ¿lo habría planeado?

—No lo sé.

—¿No es una chica impulsiva?

—Pues..., una vez más, no la conozco lo suficiente para responder a eso. En todo caso, concuerda con su carácter. Cuando supe que se había largado, no me sorprendió demasiado.

—¿Aunque fuera mientras hacía de canguro? ¿Dejaría solo al niño en su cuna? Varias personas me han asegurado que, aun siendo un poco rara, Lise tenía un gran sentido de la moral, y también del respeto. Especialmente cuando se trataba de niños. Usted, que no es amiga suya y no tiene ningún motivo para hacerme un retrato idílico de ella, ¿qué piensa al respecto?

Gemma se rascó nerviosamente el codo. No sabía qué contestar. Lise y ella solo se cruzaban ocasionalmente. En realidad, no tenían ningún punto en común aparte de... Gemma chasqueó la lengua.

—Son los padres quienes le han dado mi nombre —comprendió—. A veces, Lise y yo cuidábamos a los mismos niños.

—Entre otros, sí. Y si hablo con usted es precisamente porque se la considera una persona fiable. Lise Roberts, pese a su apariencia rebelde, cuenta con el aprecio de las familias para las que ha trabajado. Según parece, adora a los chiquillos.

—Es verdad —admitió Gemma—. Los cuida muy bien, eso puedo confirmarlo. Y... lo de largarse dejando al niño solo no cuadra con ella. Ahora que lo dice, estoy de acuerdo. Habría esperado a que volvieran los padres. ¡Oh, Dios mío! Eso significa que la han rap...

Cobb hizo chasquear la lengua contra el paladar.

—No nos pongamos en lo peor. No hay ningún indicio que apunte en esa dirección. No obstante, para entender mejor su estado psicológico necesitaba una opinión como la suya.

—¿Cree que le ha podido ocurrir algo malo?

—No —dijo Cobb con una gran sonrisa—. Puede que estuviera asustada,

que quisiera huir de alguien. Cuando se tranquilice, reaparecerá.

Ni él se lo creía, Gemma habría apostado cualquier cosa.

Cobb apuró el café con aire pensativo.

Intercambiaron unas cuantas trivialidades más, y el teniente se marchó, no sin antes dejarle su tarjeta, por si recordaba algo más. Gemma lo vio alejarse en el viejo 4x4 de la policía, y luego oyó crujir un peldaño en lo alto de la escalera.

—¡Corey! ¡Sé que estás ahí! Lo has oído todo, ¿verdad?

Tras unos segundos, la vocecilla apurada de su hermano sonó en el primer piso.

—¡Un poli en casa! Es genial...

—¡Ni una palabra de esto a mamá! No quiero que se imagine cosas ni que se estrese, ¿entendido? Si mantienes el pico cerrado, te invito al cine.

—No estoy solo...

—Vale, tres entradas —aceptó Gemma.

—¿Para ver una película de terror? ¿Nos acompañarás?

Gemma suspiró y se rindió.

—¡Súper! ¡No diré nada, lo juro!

El cuarto absorbía los sonidos y daba a las palabras una suavidad tranquilizadora. Olivia no tenía que forzar la voz para ahogar eventuales ruidos de fondo. Allí todo era silencioso y amortiguado. La falta de ventanas le permitía aislarse en su propia burbuja para encontrar el tono más adecuado. A Olivia siempre le habían gustado los estudios de grabación, y aquel, con sus paredes revestidas de materiales blandos y sus soportes de madera oscura para los paneles acústicos y las luces indirectas, le agradaba especialmente.

Al otro lado de la cristalera, sentado ante una enorme consola que parecía salida de una nave espacial, Mark Dodenberg, el técnico de sonido, terminaba de ajustar los controles. De pie junto a él, Pat Demmel levantó el pulgar para indicarle que todo estaba a punto y se inclinó sobre un pequeño micrófono. Su voz sonó al instante en los cascos de Olivia.

—Por nosotros, perfecto. ¡Parece que lo haya hecho toda la vida! —bromeó el director de la emisora.

Había sido Olivia la que había propuesto hacer una prueba antes de plantearse continuar. Y no porque dudara de su propia capacidad: en realidad,

era ella quien les hacía pasar un test. Quería asegurarse de que sabían lo que hacían; a veces, las mejores intenciones llevan al infierno de la incompetencia. Volver a hacer radio le apetecía muchísimo, siempre que fuera en condiciones decentes, con un mínimo de profesionalidad. Pat Demmel se conocía al dedillo la pequeña joya técnica con la que contaba y el perfil de sus oyentes, y Mark Dodenberg jugaba con la consola como si hubiera nacido con ella. Para una humilde radio local, era impresionante; de hecho, Olivia casi se sentía mal por haberse atrevido a considerarlos unos aficionados. Era el comportamiento de una diva arrogante y pretenciosa, y no había nada que ella odiara más. Se prometió que en adelante se vigilaría.

Demmel, separado de Olivia por el cristal insonorizado de la sala de control, cogió el micro para hacerse oír.

—Voy a serle sincero —anunció en los auriculares de la locutora—. Al lado de la audiencia que tenía usted en televisión, la nuestra le parecerá ridícula. ¡Espero que sea consciente de ello! Llegamos a todo Mahingan Falls, donde se nos escucha bastante bien, y el Cordón transmite la señal más allá, hasta Salem, Rockport e incluso Ipswich, pero en el fondo no nos siguen. ¡Puede que con su presencia eso cambie!

—¿El Cordón? —preguntó Olivia.

—Sí, es el apodo de la enorme antena del monte Wendy, justo encima de su casa. Es nuestro «cordón umbilical» con el exterior. Sin él, adiós a la radio, al teléfono y a parte de las señales de televisión. ¡Vaya, que para muchos, hoy en día, supone la supervivencia de la especie!

Olivia asintió.

—Ya sé, ese horrible mástil que se carga todo el paisaje.

—Mire, no voy a andarme con rodeos. Su presencia en antena sería una baza increíble para nuestra pequeña emisora. Pero no puedo permitirme pagarle lo que usted...

—No siga hablando, Pat. Me trae sin cuidado mi fama, y no hago esto por dinero. Al contrario. Necesito recuperar las buenas sensaciones, sin presión, solo para disfrutar. ¿Qué franja horaria podría ofrecerme?

El director se encogió de hombros detrás del grueso cristal, antes de que su voz volviera a sonar en los oídos de Olivia.

—Por usted, me adapto. Tengo algunos imperativos, especialmente el fin de semana, con los equipos deportivos del pueblo. También tenemos citas apreciadas por nuestros oyentes durante la semana, pero deberíamos encontrar

un hueco que le agrade.

—Preferiría el directo. He pensado en un programa en el que destacaríamos a alguien que estaría aquí conmigo, por su trabajo, por un acto valeroso, un acontecimiento importante y cosas así. No solo gente de aquí, sino de todo el condado, para ampliar un poco. También atendería llamadas al final de la emisión.

—Tendré que organizarme para preparar una minicentralita telefónica. Pero como no nos acribillarán a llamadas, creo que es factible. Y usted...

Un espantoso chisporroteo interrumpió la comunicación, dejando en los auriculares una interferencia que les hizo cambiar la cara a los tres. Olivia se preguntó si se habría apoyado sin querer en la pequeña consola que tenía delante, pero no era así. Mark Dodenberg comprobó su propia herramienta de trabajo, estupefacto. Olivia se percató entonces de que Pat le estaba hablando desde el otro lado del grueso cristal y ella no podía oír su voz, así que se lo hizo entender llevándose las manos a los auriculares.

Unas palabras le golpearon los tímpanos, martilleadas por una voz grave, y enseguida se elevaron, demasiado fuertes, sin que Olivia pudiera entender una sola, como si pertenecieran a otro idioma. Luego, otra decena de voces se pusieron a gritar tan violentamente que se quedó boquiabierta, hasta que acabaron transformándose en insoportables alaridos de dolor que la obligaron a arrancarse el aparato de la cabeza.

Enfrente, Pat y Mark estaban petrificados, lívidos, con los ojos desorbitados.

El silencio volvió. Se miraron estupefactos, después los dos hombres intercambiaron unas palabras y Pat atravesó la puerta doble para entrar en el estudio de grabación.

—¿Qué ha sido eso? —balbuceó Olivia, que seguía en estado de shock y con los oídos pitándole.

—Lo lamento de veras... No lo entiendo, Mark está comprobándolo...

Olivia se masajeó los tímpanos. Había sido muy breve, pero extraordinariamente violento. Primero aquel hombre, hablando con voz cavernosa, casi terrorífica, y luego la monstruosa coral que había ahogado sus palabras.

—¿Ha entendido lo que decía ese tipo al principio? —le preguntó a Demmel.

—No era inglés.

—¿Hay radioaficionados en la zona?

—No, e incluso si alguien decidiera improvisar un equipo, es imposible que interfiera nuestros canales. Yo..., confieso que estoy un poco desconcertado. Mark va a trabajar en ello para que no vuelva a suceder, se lo garantizo.

Olivia sacudió la cabeza, tanto para indicarle que no se preocupara como para librarse de los últimos ecos de los alaridos, que aún la perseguían. Le habían puesto la piel de gallina.

Parecían los gritos de gente cuyo sufrimiento iba más allá de lo que un ser humano normal puede soportar.

Olivia había aparcado a cierta distancia de la emisora para poder caminar unos minutos. Ahora volvía sobre sus pasos por Main Street con un café caliente en la mano, pensando en aquel ensayo, que había resultado concluyente desde todos los puntos de vista. Incluso podría darse el lujo de elegir el formato y el horario. «Pasármelo bien sin dejar de ser profesional. Si prácticamente me dan carta blanca, tendré que ser muy exigente conmigo misma para no acabar haciendo cualquier cosa.» Demmel parecía un buen tipo, un hombre serio que estudiaba todo lo que le caía en las manos para mejorar su pequeña emisora.

De pronto, los horribles gritos volvieron a resonar en su cabeza y Olivia hizo una mueca. Al principio había pensado que se trataba de un ataque pirata, lanzado en directo desde un lugar que se imaginaba de lo más sórdido, y que, sin saber por qué extraño procedimiento, se había colado en su longitud de onda. Pero cuanto más lo pensaba, menos verosímil le parecía. Aquello recordaba una película. Una escena de terror. O quizá la introducción de una de esas canciones diabólicas, como la que había oído la noche que sorprendió a Chad poniendo *death metal* en el ordenador. ¿Qué pretendía quien se ocultaba detrás de esa broma pesada? ¿Lo había hecho ex profeso? Resultaba un poco ridículo, sobre todo allí, en un pueblo. ¿Qué sentido tenía? Podía entenderse que la tomara con una emisora nacional, o incluso estatal: habría sido una especie de hazaña para un pirata en busca de notoriedad. ¿Pero allí, en Mahingan Falls? No entendía el porqué. Y menos aún el cómo.

Seguía dándole vueltas al asunto cuando vio a Gemma Duff en el otro extremo del pequeño aparcamiento, detrás de la farmacia y la tienda de comestibles. La joven estaba en plena discusión con un chico de su edad, alto,

moreno, con el pelo corto, una camiseta del equipo de fútbol de los New England Patriots y los brazos cubiertos de tatuajes. «Gemma no nos había dicho que tenía un noviete. Y no está nada mal...» Pero al mirarlo con más atención, Olivia se dio cuenta de que tenía unos rasgos muy poco agradables, deformados, además, por la ira. De repente, el chico arrojó a Gemma contra la puerta del coche de un empujón. La sorpresa dejó a Olivia petrificada.

—¿Pero quién te crees que eres? —gritó el chico, que le sacaba a Gemma más de dos cabezas—. ¿Sabes cuántas querrían estar en tu lugar? —y alzando la mano en el aire la cerró para mostrarle el puño, con el que a continuación se golpeó los pectorales para desahogar su rabia. Luego agitó el índice amenazadoramente ante la cara de Gemma, que estaba muerta de miedo—. ¡No te creas que esto va a quedar así! —ladró—. ¿En qué me convierte eso, eh? No, no... Tú a mí no me conoces. ¡No puedes mandarme a la mierda, así sin más! De modo que voy a decirte lo que vamos a hacer: el sábado por la noche pasaré a buscarte e iremos a dar una vuelta, tú y yo. Así empezarás a conocerme. Sí, eso es lo que vamos a hacer. Ya verás lo bien que lo pasamos... ¡Me lo debes!

Gemma era incapaz de replicar. Amilanada por la amenaza física de su interlocutor, tartamudeaba. Olivia adivinaba su miedo mientras la chica intentaba en vano manifestar que no estaba de acuerdo. Sintiendo que la sangre le hervía, la joven cuarentona recuperó todo su aplomo natural y, con paso vivo, se acercó a la pareja.

—Eso no va a poder ser —le espetó al chico con su voz más firme—. Lo siento mucho, pero el sábado Gemma trabaja para nosotros.

El interpelado se volvió hacia Olivia, y la frialdad de su mirada la sorprendió. De cerca, era aún más corpulento de lo que le había parecido.

—¿Y usted quién es, si puede saberse? —le preguntó sin hacer el menor esfuerzo por parecer amable.

—Olivia Spencer-Burdock, Gemma trabaja en mi casa ahora. Y como la necesito casi todo el tiempo, siento decirte que no va a estar disponible en una temporada.

El joven atravesó a Olivia con una mirada de frustración y luego se volvió hacia Gemma.

—¿Es eso cierto? —preguntó irritado.

Gemma asintió con viveza.

—Por... por eso lo nuestro no puede ser, Derek... No... no estoy libre

nunca.

Olivia comprendió que su intervención había descolocado a Derek y, decidida a no darle tiempo a recuperarse, señaló el viejo Datsun de Gemma.

—Vamos tarde, Gemma, tenemos que marcharnos —y sin perder la sangre fría, abrió la puerta del acompañante y le indicó a Gemma que la imitara. Mientras la chica encendía el motor, se volvió hacia el atónito Derek y añadió —: Gemma es muy importante para nosotros, así que no te molestes en intentar blandarme, no funcionará. Va a ayudarme durante todas las vacaciones y la mayor parte de su tiempo libre a la vuelta del verano. Tendrás que hacerte a la idea, Derek, Gemma está en lo cierto: no tenéis ningún futuro juntos.

Olivia observó al chico por el retrovisor mientras Gemma aceleraba para salir del aparcamiento. La fulminante intervención había sofocado su cólera momentáneamente, pero ahora que Olivia y Gemma se alejaban de su alcance era probable que volviese a crecer con la fuerza de una marea.

—Gracias —murmuró Gemma en cuanto enfilaron Main Street.

Olivia advirtió que la pobre chica estaba temblando. «También a mí me va el corazón a cien. Ese tipo es aterrador...»

—No sé qué hay entre vosotros —dijo—, pero, francamente, creo que haces bien alejándote de él.

—Lo siento mucho, señora Spencer, de verdad...

—Ya te he dicho que puedes llamarme Olivia. Todavía no nos conocemos bien, pero en mi trabajo rara vez tengo tiempo para conocer a la gente, así que he aprendido a intuirlos, a confiar en mi instinto para juzgarlos, y mi instinto me dice que eres una buena chica, Gemma. Mereces algo mejor que ese cafre.

Gemma sacudió la cabeza con energía.

—Nadie se merece a Derek Cox.

—Es violento, salta a la vista.

—Ya lo creo. Aquí todo el mundo lo sabe.

—¿Y nadie hace nada?

—Bienvenida a Mahingan Falls...

Olivia se volvió hacia ella.

—¿Te ha pegado?

—No, a mí no. Por desgracia, otras chicas no han tenido tanta suerte.

—¿Y la policía no interviene?

Gemma suspiró.

—Derek es amigo del hijo de uno de los hombres más poderosos del

pueblo. Eso lo protege en parte. Creo que el jefe Warden le ha sermoneado más de una vez, pero mientras no lo cojan in fraganti seguirá saliéndose con la suya. A las chicas les da miedo denunciarlo, y la gente prefiere mentir para ahorrarse problemas. Derek es de los que te pinchan las ruedas o envenenan a tu mascota si le llevas la contraria.

—Si me permites un consejo, Gemma, mantente alejada de él. Sé que a veces los chicos malos pueden resultar atractivos, pero te lo digo por experiencia: al final no sacas nada bueno de ellos.

—¡Le juro que he hecho todo lo posible por evitarlo, señora Spen..., Olivia! Es él quien quiere a toda costa que salgamos juntos, no yo. ¡Me amarga la vida! Yo no le he pedido nada. A veces no me atrevo a salir de casa por miedo a encontrármelo por casualidad, como hace un momento...

Olivia puso su mano en la de Gemma. Había llegado la hora de abrirle las puertas de la familia de par en par, decidió; la palabra «Urgente» parpadeaba en su cabeza.

—Siempre que lo necesites —le dijo en el tono más suave y natural posible—, utilízame para cubrirte. Si una noche quieres quedarte a dormir en casa para evitar cruzártelo, o si merodea cerca de la tuya, no lo dudes. Voy a preparar el cuarto de invitados, ¿de acuerdo?

—Es... es muy amable de su parte. Pero mi madre trabaja hasta tarde, y aunque mi hermano Corey puede arreglárselas para cenar, si está solo prefiero no dormir fuera.

—Corey puede acompañarte... ¡Será aún mejor, Chad y Owen estarán encantados! Te lo digo en serio, Gemma. Huye de ese Derek, aprovecha el verano para desaparecer de su campo de visión, y que se busque a otra.

Gemma frunció los labios. Comprendiendo que la inundaba una ola de emociones, Olivia le acarició el brazo para reconfortarla.

—Gracias —murmuró la chica, emocionada.

Al final de Main Street, desembocaron en Independence Square, con el ayuntamiento y su pórtico de columnas a un lado y la entrada principal del parque municipal al otro.

—Ya que estamos aquí, enséñame un poco el pueblo —propuso Olivia—. Luego volvemos al aparcamiento y me dejas en mi coche. Seguro que ese bestia ya se habrá ido. Déjame decirte algo: los idiotas no saben estarse quietos, no lo olvides nunca.

Gemma se echó a reír. Un poco después, tras torcer hacia el sur en

dirección a West Hill, se atrevió a preguntar:

—Hace un momento me ha dicho que confiara en su experiencia en lo tocante a chicos malos. El señor Spencer no da el tipo... ¿Significa eso que en otros tiempos le pasó algo con alguien del estilo de Derek?

Olivia encajó el «en otros tiempos» con una media sonrisa.

—Como no tenemos prisa, voy a contarte una historia que hasta Tom prefiere no oír. Pasó hace muchos años, en efecto, y el chico era tremendamente sexy, ¡eso debo confesarlo! Te lo contaré, pero a condición de que luego tú me cuentes más cosas de ti, ¿de acuerdo?

Una sonrisa iluminó la cara de Gemma, y Olivia sintió el calor que la inundaba siempre que hacía algo bueno por los demás. Aquella chica necesitaba urgentemente una madre, una amiga, una confidente. Olivia no podía serlo todo a la vez, pero al menos podía prestarle oídos durante un rato. Algo le decía que en los meses venideros iban a pasar muchas horas juntas.

Se dirigieron hacia Bellevue Terrace, y el Datsun inició el ascenso por la cinta de asfalto que zigzagueaba entre las magníficas casas y los árboles exóticos que dominaban la ciudad desde las laderas de West Hill. Al este, el océano destellaba bajo la incansable mirada del faro, encaramado en su espolón rocoso. Al oeste, el monte Wendy y su brazo de acero, alzado hacia el azul del cielo, alineaba su ejército de colinas boscosas alrededor de Mahingan Falls. Flanqueado por los dos obeliscos, todo parecía ir de maravilla en ese mundo idílico. Al menos por el momento.

Esa tarde, nadie relacionó la ausencia de peces en las proximidades de la bahía con el silencio de los bosques circundantes. Ni con los pájaros, prácticamente mudos, o el extraño comportamiento de la mayoría de los perros al atardecer.

Todo el mundo estaba muy ocupado viviendo su propia vida.

Mientras tanto, la sombra crecía incesantemente.

12.

Una suave brisa estival hacía bailar la cortina ante la mirada perpleja de Chad. Su madre lo había abierto todo «para que la casa respire». A Chad no le gustaba esa expresión. Implicaba que vivían en sus vísceras, y en consecuencia que la casa los digería poco a poco, conforme pasaban los días y las semanas. ¿Y al cabo de unos cuantos meses?, ¿qué pasaría?, ¿acabaría asimilándolos?, ¿quedarían atrapados entre sus muros por toda la eternidad? No, Chad odiaba la idea de una casa viva.

El chico abandonó el salón, evitó el comedor (que le parecía una habitación bastante inútil, puesto que apenas se utilizaba, ya que la familia prefería comer en la cocina; en ese sentido, era uno de esos órganos cuya función ignoraba, pero que le parecían superfluos, como el bazo o el páncreas) y se detuvo en el vestíbulo de entrada. El parquet desplegaba sus oscuros listones hacia el ala norte, en dirección al despacho de su padre, el taller de bricolaje y la sala vacía en la que guardarían la mesa de ping-pong durante el invierno. Nada apasionante. Por enésima vez después de la comida, Chad subió al primer piso y vagó por el pasillo en L, echando un vistazo aquí y allá. Pasó ante el despacho de su madre, que andaba perdida Dios sabe dónde, y, un poco más adelante, decidió ignorar la *suite* de sus padres y tomar la dirección opuesta, hacia el corazón del edificio. Con la punta del pie, empujó la puerta de la habitación de Owen. Su primo estaba leyendo un cómic tumbado en la cama.

—¿Quieres que hagamos algo? —le preguntó Chad.

—¿Como qué?

—No sé. ¿Y si vamos al bosque?

—Connor y Corey dijeron que esperaríamos para ir con ellos...

—Connor está de vacaciones en casa de su padre, ya no me acuerdo dónde, y Corey, pasándoselo en grande en el club de vela.

—¿Por qué no lo has acompañado? Te lo ha propuesto...

Chad arrugó la nariz.

—No me gusta mucho el agua.

Owen alzó la vista de las páginas del cómic. Chad no solía confesar sus debilidades.

—¿No sabes nadar?

—¡Por supuesto que sí! Solo que no me gusta el mar. Saber que debajo de mí hay bichos enormes que ni siquiera puedo ver... ¡Puaj!

Owen cerró el cómic y se incorporó en la cama.

—Bueno, puede que tenga una idea... —dijo—. ¿Estás dispuesto a tragar polvo?

El detector de líos de Chad percibió un dejo travieso en la voz de su primo.

—Si se trata de algo chulo, me lo trago a puñados —respondió con una sonrisa pícaro.

Owen se levantó y fue a abrir la puerta lateral, que daba a la gran pieza alargada que separaba su cuarto del de Chad. Dentro había más de trescientas cajas apiladas en hileras y rodeadas de muebles, la mayoría cubiertos con sábanas. Todo lo que había en casa de Owen y sus padres antes del accidente estaba allí.

La sonrisa excitada de Chad se borró.

—Si quieres organizar tus cosas, te ayudo —se ofreció amablemente.

Pero Owen no había abandonado su actitud juguetona.

—Claro que me vas a ayudar, pero a construir un superlaberinto. ¡Tan grande que, como se meta Zoey, no la encontrarán jamás! ¡Venga, vamos!

En el interior olía un poco a rancio: las pertenencias de los Montgomery-Burdock habían permanecido más de un año en el sótano de un almacén, hasta que la nueva familia de Owen se mudó a la Granja. Owen deambuló por los improvisados pasillos calculando el material de que disponían, seguido por Chad que, un poco intimidado, tenía la sensación de estar paseando por un cementerio de objetos que imponían respeto. No se sentía del todo cómodo allí, pero al ver la soltura de su primo fue ganando seguridad poco a poco. Owen no estaba en absoluto en pleno peregrinaje familiar; había entrado allí con la única intención de jugar, incluso en medio de los fantasmas de su vida anterior. Chad acabó diciéndose que, pese a todo, era posible que, de alguna manera, aquello le sentara bien. Tal vez percibía la presencia de sus padres a través de lo que habían poseído.

Owen empezó a organizar su plan y señaló a su cómplice algunos montones de cajas para que las desplazaran entre los dos. Durante un par de horas empujaron, apilaron y dieron la vuelta a aquellos recuerdos, hasta formar numerosos pasajes, en algunos casos sin salida, para que el laberinto cobrara vida en la enorme sala. Los muros de cartón se alzaban hasta la altura de sus hombros, y aunque empapado en sudor, Chad estaba orgulloso del trabajo realizado.

—¡No está acabado! —le advirtió Owen mientras tiraba de las sábanas que cubrían los muebles arrimados a las paredes—. Ayúdame a colocarlas. Tendieron los lienzos en lo alto de las pilas de cajas hasta tapar todo el dédalo con un techo tenso que dejó los pasillos envueltos en la oscuridad.

—¡Listo! —exclamó Owen en tono triunfal.

Una de las entradas se abría frente a ellos, en la prolongación de la puerta del dormitorio de Chad. El otro acceso estaba al otro lado de la sala, junto a la habitación de Owen. Pero para llegar a él había que recorrer a gatas aquel enrevesado y oscuro laberinto.

Chad se secó la frente con las manos sucias y se la llenó de tizne.

—Voy a buscar provisiones. Tenemos que establecer nuestra base en el centro —opinó, y salió pitando por su habitación.

Cuando quiso volver, cargado de paquetes de galletas y una botella de Mountain Dew, tuvo que arrodillarse para poder introducirse en la guarida. Pese a haber pasado parte de la tarde construyéndola, Chad se equivocó de camino y, soltando una maldición, dio media vuelta entre las burlas de su primo, que ya se había alejado hacia el interior. Sus ojos aún no se habían habituado a la oscuridad y le costaba orientarse, pero acabó encontrando a Owen en el centro de la estancia, sentado en lo que servía de escondite principal, un espacio de menos de cuatro metros cuadrados. Los chicos compartieron la bebida y se zamparon un paquete de galletas, eructando ruidosamente y partiéndose de risa.

—¡El careto que pondrán Connor y Corey cuando se lo enseñemos! —exclamó Owen.

Chad sacudió la cabeza.

—A Connor ya no le ilusionan estas cosas, prefiere la acción a lo imaginario.

—¡Es una cabaña! ¿A quién no le gustan las cabañas?

—Connor prefiere mirar a las chicas antes que construir cabañas.

—¿Tú crees?

—Seguro.

Esa idea pareció sumir a Owen en una profunda reflexión.

—Entonces igual que Corey, que espía a su vecina con un telescopio desde su habitación.

—Pero Corey aún no ha cambiado, ¿sabes? Espía a las chicas porque es divertido, pero no es que no piense en otra cosa. Aún le gusta jugar, como a nosotros.

—¿Y tú? ¿Miras a las chicas?

—Bueno... No sé.

Owen observaba a Chad a pesar de la oscuridad, apenas atenuada por la claridad que se filtraba débilmente a través del techo de tela.

—¿Qué te parece Gemma? —le preguntó.

—¿Gem? —exclamó Chad, mondándose—. ¡Es la hermana de Corey!

—¿Y qué?

—Pues..., no sé... ¡Tiene unas tetas enormes!

Los dos se troncharon de risa. Pero Owen insistió:

—¿Te gustaría verlas?

—¿Las tetas? Sí, anda, ¿y qué más? ¡No! ¡No quiero quedarme bizco!

Volvieron a reír como dos tontos. En el fondo de sí mismo, Chad no sabía qué pensar. Desde luego, todo aquel rollo de las chicas le interesaba mucho menos que ir a divertirse con sus colegas, pero no podía negar que sentía cierta curiosidad. Imaginarse a Gemma en bañador le provocaba un cosquilleo en el estómago, y nada desagradable.

—¿Sabes lo que sería genial? —le preguntó Owen después de unos instantes de silencio—. ¡Mi proyector de estrellas! Funciona con pilas. Tiene que estar en mi armario, voy a buscarlo.

Owen se alejó gateando, y al cabo de un momento Chad lo oyó correr por el pasillo para bajar a buscar pilas a la cocina. Se recostó en la pared de cajas, que pesaban más que suficiente para soportar su peso. El tema de las chicas le fastidiaba. Connor emanaba una confianza en sí mismo y un carisma que impresionaban, y en opinión de Chad era precisamente por eso. Porque había dejado atrás los problemas infantiles y ahora estaba en camino hacia la edad adulta. Sin embargo, Chad no se planteaba ni de lejos renunciar a sus juegos —pueriles o no— ni a sus aventuras con los amigos por las chicas, por muy imponentes y fascinantes que fueran sus pechos. No. Sencillamente, no estaba

dispuesto. Además, sabía que no había vuelta atrás. Una vez diera el salto, se acabarían para siempre las diversiones propias de su edad; era como lanzarse desde lo alto de un empinado tobogán: una vez que se tomaba impulso, no había manera de parar antes de llegar abajo del todo. Y abajo del todo, Chad —que tampoco en eso era un ingenuo— ya sabía lo que había.

El sexo.

Ese asunto asqueroso que los traía a todos de cabeza. Su padre lo había repetido tanto que no podía olvidarlo. El mundo estaba gobernado por el sexo y el dinero. Ambas cosas asustaban a Chad. El dinero significaba pasarse la vida trabajando, mientras que el sexo implicaba contactos húmedos de los que Chad prefería mantenerse alejado. Era como comer lengua de ternera, según él: a unos les encantaba, pero otros podían vomitar solo de imaginarlo. Él se limitaba a no querer probarla.

Una prenda de ropa rozó una caja cerca de la puerta de la habitación de Owen.

—¿Lo has encontrado? —gritó Chad.

La pregunta no obtuvo respuesta. En el cuarto no se oía más ruido que su respiración. Chad comprendió de inmediato. «Conque quieres jugar a eso... Vale.» Si creía que iba a sorprenderlo... Iba a gastarle una jugarreta como para estar partiéndose hasta la hora de la cena. Con infinito sigilo, se puso a cuatro patas y empezó a avanzar procurando mantenerse alejado de los tabiques y conteniendo el aliento para no descubrirse. Se arrastró lentamente, se acercó a la primera esquina y asomó la cabeza para comprobar que Owen no estaba en el siguiente tramo.

No vio nada, solo sombras y la sábana, que ondulaba sobre su cabeza. «Muy bien. ¿Jugando a los comandos? ¡Pues ahora vas a ver a cuál de los dos se le da mejor!»

Apoyado en los codos y las rodillas, Chad recorrió otros dos metros, luego contorsionó la cintura para doblar el siguiente recodo sin hacer ruido.

Una tabla del parquet crujió detrás de él.

«¡No!» ¡El muy canalla lo había engañado! ¡Venía por el otro lado! ¿Cómo se las había arreglado para atraerlo hasta allí mientras él se escabullía por la entrada opuesta? Esta vez Chad tuvo que reconocer que Owen se defendía a las mil maravillas. Pero él aún no había dicho la última palabra. Todavía podía rodearlo si tomaba la dirección adecuada. «¿Has ido hacia el norte o hacia el sur?» Chad apostó por el norte; si su memoria no lo engañaba, por ahí

el recorrido era más largo; en cambio Owen tomaría el desvío más corto. Con un ágil movimiento, se dobló sobre sí mismo para dar media vuelta, y haciendo algún esfuerzo suplementario llegó a una esquina. Ahora era cuando iba a decidirse todo. Si había elegido mal, Owen estaría en aquel pasillo y se daría de narices con él.

Chad agarró el borde de la caja con las puntas de las uñas y, muy despacio, se fue aproximando a la esquina. Dado lo reducido del espacio, esperaba distinguir en cualquier momento un mechón de pelo, una sonrisa implacable y unos ojos brillantes de tanto aguantar la risa. El túnel apareció poco a poco ante él, ladrillo de cartón tras ladrillo de cartón, interminable, casi anormalmente estirado por el poder del juego...

Y vació. Chad estaba un poco decepcionado: habría sido divertido chocar allí. El entusiasmo volvió a apoderarse de él al pensar que aún podía ganar la partida, y se lanzó hacia delante. Si se daba prisa, había una posibilidad de alcanzar a Owen un poco más lejos. En el peor de los casos, lo sorprendería en el centro del laberinto.

Nuevo recodo, más precauciones... Y otra vez nada.

De pronto, mientras continuaba acercándose a su objetivo, notó una presencia a su lado. No habría sido capaz de explicar por qué, pero supo de inmediato que no estaba solo y que el individuo se encontraba al otro lado de la pared de cajas en la que se había apoyado. Chad comprendió que eso significaba que estaba justo detrás de él. Estaba a punto de cerrar los ojos de pura rabia —se había dejado atrapar— cuando su instinto le dijo que no bajara la guardia. No oía ninguna respiración, ningún roce de la ropa contra el cartón; pero percibía la presencia con absoluta certeza.

El parquet dejó escapar un quejido. El cazador había reanudado la marcha.

«¡Viene hacia mí!»

Pero ¿por qué le había entrado pánico? Chad ya no entendía nada. Casi jadeaba. Su vejiga estaba a punto de liberarse contra su voluntad, y sudaba como en una sauna.

En ese momento se dio cuenta de que sus piernas no habían recorrido la U por completo, y por tanto «el otro» debía de estar viéndolas. Cuando se dispuso a encogerlas, un puño de hierro se cerró alrededor de su tobillo izquierdo. El chico no pudo contener un grito. Tiró con todas sus fuerzas agarrándose a lo que pudo, pero no consiguió soltarse.

Y lo que es peor, el otro lo arrastraba hacia atrás. Lo llevaba hacia él.

Chad pateó con la furia de quien está aterrorizado, sin medir los golpes.

Fue entonces cuando los dientes se hundieron en su carne en la parte baja de la pantorrilla y la mandíbula apretó. Cada vez más fuerte.

Esta vez, Chad lanzó un alarido y arrancó la sábana sobre sus cabezas.

13.

—Olivia, sabes perfectamente que no creo en la inspiración —repitió Tom—. La inspiración es al escritor lo que la religión a la humanidad. Y no necesito consolarme con mitos. Yo creo en el trabajo.

—Esa canción ya me la sé —respondió Olivia mientras dejaba la ensaladera en la mesa después de haberse servido—: rigor, concentración y sudor espiritual —recitó—. Solo decía que el cambio de aires podría proporcionarte... Vale, quizá no la inspiración como tal, pero sí el estímulo de una nueva perspectiva.

Tom comprendió que estaba a la defensiva y se reconvino. El fracaso de su última obra lo había vuelto muy susceptible; todo lo relacionado con la creación lo irritaba, como si la simple mención del tema pusiera en entredicho su capacidad y su talento.

—Perdona, tienes razón —reconoció poniendo una mano encima de la de su mujer—. También vinimos aquí por eso. De momento no he escrito una sola línea. Ordeno el escritorio, hago limpieza... y busco. Funciona como siempre; para los demás es muy abstracto, pero tú sabes bien que cuando doy vueltas, cuando observo el paisaje y a la gente, cuando no digo nada, en realidad estoy trabajando. Mis silencios son el testimonio de mi creatividad.

Olivia le enseñó los blancos dientes y luego le rozó la mejilla con la yema de los dedos.

—Yo confío en ti. Descubrirás el modo de renovarte. No importa el tiempo que tardes. Lo tuyo es escribir, el teatro es tu vida. Tu próxima obra será buena. Lo presiento.

—¡Bum! —exclamó Zoey dejando caer la cuchara desde su trona.

—¡Como vuelvas a tirarla, te comes el peluche! —la amenazó Olivia.

—¡Peúche no, peúche puaj!

Tom regaló a su mujer una mirada amorosa. Olivia siempre estaba ahí, en los momentos buenos y en los malos. No eran meras palabras dichas a la ligera el día de la boda. No, seguiría a su lado aunque él se hundiera, Tom lo sabía. Se sentía afortunado por tenerla.

Viendo que Zoey estaba en plan provocador, Tom se acercó para encargarse de darle la comida.

—Zoey, papá tiene mucha menos paciencia que mamá, así que te aconsejo que abras bien la boca y te dejes de tonterías.

—Bueno, chicos, ¿qué tal el día? —les preguntó Olivia a los dos primos—. ¿Os habéis aburrido sin Gemma para pasearos?

—No —murmuró Owen sin convicción.

Chad se limitó a hacer un gesto con la barbilla.

—¿Qué os pasa? —quiso saber Tom—. ¿Os habéis aburrido mucho? —Owen meneó la cabeza y Chad se puso aún más serio—. Os habéis enfadado, ¿no? —comprendió Tom, cayendo en la cuenta de que no habían rechistado en toda la cena.

Esta vez Chad explotó.

—¡Ha sido él! —gritó señalando a su primo—. ¡Me ha mordido!

—¡No es verdad!

—¡Claro que sí! ¡Tengo la marca!

—¡No, yo no he hecho nada!

—¡No modido! —exclamó Zoey, autoritaria.

Olivia extendió las manos por encima de la mesa para hacer callar a todo el mundo.

—Owen, ¿qué ha pasado? —preguntó al fin.

—No he sido yo —se apresuró a responder el chico, agobiado.

—¡Me has mordido hasta hacerme sangre! —repitió Chad con rencor.

Tom le indicó por señas que se lo enseñara, y Chad apoyó la pierna en el banco y se subió la pernera del pantalón para dejar al descubierto la pantorrilla izquierda, en la que se veía la ancha aureola en carne viva típica de una mordedura. A ambos lados del gemelo, los dientes se habían hundido en la piel hasta imprimir unas marcas moradas y rojas. Un poco más de presión y el tejido se habría desgarrado y habría dejado escapar la sangre.

Olivia, que no podía verlo desde la otra punta de la mesa, hizo un gesto interrogativo con la cabeza. Tom fulminó a Owen con la mirada.

—¿Qué os habéis dicho para llegar a esto? —quiso saber.

—¡Nada, estábamos jugando! —farfulló Chad—. ¡Y se ha lanzado sobre mí para morderme como una fiera!

Owen soltó los cubiertos, se hundió en su asiento y cruzó los brazos, herido en lo más hondo.

—Chicos, esto no me gusta nada —terció Olivia—. Ya sabéis lo que Tom y yo pensamos de la violencia. Sea física o verbal —insistió mirando fijamente tanto a Owen como a Chad, que parecía indignado ante la insinuación de que hubiera provocado la agresión—. Esta noche no habrá castigo, pero si no arregláis las cosas entre vosotros tomaremos medidas para que recapacitéis. Somos una familia. Un clan. Tenemos que apoyarnos, no atacarnos. Bastantes desgracias hay ahí fuera para que nosotros añadamos más. ¿Está claro?

En vista del silencio despechado de los dos chicos, Tom insistió:

—¿Lo habéis comprendido?

Pese a su cólera y su frustración, Chad asintió. Owen hizo otro tanto.

—Dejadlo estar esta noche, y mañana lo habláis —añadió Olivia—. En la próxima cena no quiero seguir viéndoos enfadados. Hablad, soltad lo que lleváis dentro, primero uno y luego otro, haced el esfuerzo de escucharos y luego daos la mano. Si mañana por la noche tengo la sensación de que no está solucionado, intervendré yo.

La cena continuó en silencio y nadie se entretuvo en los postres. Owen y Chad subieron a acostarse de inmediato, mientras Tom se encargaba de Zoey, que se caía de sueño. Más tarde, ya en la cama, Olivia y él hablaron del asunto. Ella temía que el trauma de Owen fuera más grave de lo que habían supuesto: el chico hablaba poco y apenas mencionaba el accidente o a sus difuntos padres. A Olivia le preocupaba que todo resurgiera de una forma u otra. El mordisco parecía una manifestación incontrolada de sentimientos que lo superaban.

—O una pelea entre dos chavales de trece años —replicó Tom cogiendo su libro.

Zoey llevaba dos noches sin llorar, y su padre confiaba en que eso significara que la pequeña se había acostumbrado al fin a la nueva casa y que los terrores nocturnos tocaban a su fin. Se sentía agotado; necesitaba unas cuantas noches en calma para recuperarse. Sin embargo, tardó un buen rato en desconectar, algo se agitaba dentro de él sin que consiguiera identificarlo. Por una vez, no era el rostro aterrorizado de aquella anciana antes de correr hacia la muerte en Atlantic Drive. Era otra cosa. Incluso tras hundir la cabeza en el

almohadón, le llevó más de una hora conciliar el sueño y se despertó en repetidas ocasiones antes de cogerlo del todo.

Hacia la una, volvió a abrir los ojos de golpe.

Sin los enmarañados restos de un sueño clavados en la mente. Estaba totalmente lúcido. Y solo veía una cosa en el techo, blancuzco en la penumbra. Una sucesión de manchas oscuras de forma redonda. Flotaban en el aire. Y eso lo perturbaba.

En ese momento supo por qué no podría dormir.

Y el corazón se le aceleró hasta casi dolerle.

14.

Dos viejos hangares se oxidaban sobre un largo bloque de hormigón, cerca de la embocadura del puerto deportivo, frente a sendos muelles de gastada madera. Eran las dársenas de los últimos arrastreros de Mahingan Falls, además de su mayor vergüenza. A falta de créditos suficientes, aún no se había hecho nada para derribarlos y sustituirlos por una construcción menos decrepita. Afeaban el acceso al puerto de recreo, pese a la sombra del espolón, que les caía encima durante parte del día, como si quisiera ocultarlos.

A última hora de esa mañana, cuando Ethan Cobb bajó de su vehículo, los hangares, habitualmente desiertos —salvo bastante antes del amanecer, cuando algunos pescadores se preparaban para zarpar—, congregaban a un grupo de unas diez personas. El teniente se puso la gorra de la policía local y evaluó la situación. Dale Morgan, muy tieso en su uniforme, hablaba con varios testigos y tomaba notas en su libreta con una meticulosidad no menos rígida. El jefe Lee J. Warden, también presente, escuchaba a un individuo. Cuando sus diminutos y vivos ojos descubrieron a Ethan, se despidió de su interlocutor con un saludo y, pese a su escasa estatura, apartó sin dificultad a los dos hombretones que le cerraban el paso involuntariamente para ir derecho hacia su teniente.

—Jefe... —lo saludó Ethan tocándose el borde de la gorra.

—Qué rapidez..., eso está bien. Su antecesor era de una lentitud desesperante.

—Eso he oído. ¿Qué ocurre?

—Un tipo que ha salido al mar esta mañana, han visto su barco a la deriva no muy lejos de aquí. No contesta a la radio.

—¿Lo saben los guardacostas de Newburyport?

Warden miró a Ethan con desdén, y su fino bigote gris, perfectamente recortado, tembló.

—¿Por qué demonios íbamos a recurrir a los vecinos si podemos arreglárnoslas solos? Cedillo ha ido a buscar nuestro barco, llegará en cualquier momento. Usted lo acompañará.

—Bien, jefe.

Estaba claro: Warden no se apuntaba a la excursión. En un año, Ethan lo había visto sobre el terreno muy pocas de las veces en que convenía que estuviera. Warden era un director de orquesta, le gustaba mandar desde el atril, tener una vista de conjunto, pero rara vez bajaba al foso.

—Después del pobre Murphy y de la vieja Debbie Munch, que se mató en pleno centro, delante de todo el mundo, ahora perdemos a uno de nuestros hombres... —dijo con voz áspera—. Esto pasa de castaño oscuro, se lo digo yo. Es la ley de la fatalidad: todo el año matando moscas de puro aburrimiento y ahora, de golpe, una catástrofe detrás de otra.

—Olvida la desaparición de Lise Roberts.

—¡La fuga, teniente, la fuga! —lo corrigió Warden, irritado—. Por cierto, me he enterado de lo de la autopsia de Rick Murphy... ¿Cómo se le ocurre? ¡Hacerlo abrir, y encima por el inútil de Mordecai!

—Tenía dudas, lo siento.

—¿Dudas sobre qué? ¿Sobre si estaba bien muerto? Leí el informe y, francamente, yo no tuve ninguna. Escúcheme bien, Cobb. Ya no está en Filadelfia, aquí no destripamos a nuestros conciudadanos sin un motivo suficiente. ¡La próxima vez que le entren dudas, me consulta! ¡Decidir algo así sin mi aprobación, jamás! —rugió entre dientes para no llamar la atención. Luego suspiró para calmarse, y en voz muy baja, con la frialdad de una serpiente, añadió—: Si esto se repite tendrá que vérselas conmigo, ¿entendido?

Ethan, que no esperaba salir tan bien librado, asintió. Warden no solía conformarse con un rápido sermón; debía de tener algún motivo para no insistir. «Las formas —se dijo al ver que los observaban—. El viejo zorro no mostrará en público ninguna debilidad, ninguna disensión entre sus tropas.»

Aguardaron a que llegara Cedillo, que maniobraba la estrecha embarcación de la policía para amarrarla en el muelle, frente a ellos.

—¿Cómo se llama el tipo que no responde a la radio? —preguntó Ethan.

—Cooper Valdez —dijo Warden—. Seguramente está durmiendo la mona,

pero si ha tenido un ataque al corazón, ya sabe qué hacer. Avísenos por radio si se necesita una ambulancia con urgencia o si ya está tieso como un bacalao.

Ethan saludó a Cedillo y subió a bordo. Mientras se alejaban del muelle, vio el vehículo de Ashley Foster aparcando detrás del suyo. Que él supiera, nadie la había llamado; en realidad, creía que estaba libre hasta la tarde.

—¿Está de servicio Foster? —le preguntó a Cedillo.

—No, no creo. ¡De todas formas, es Foster! —bromeó el agente—. No pierde ocasión de acudir al trabajo.

El menudo y moreno treintañero hizo una mueca llena de complicidad.

—¿Es decir...?

Cedillo le mostró su alianza.

—La felicidad del hogar...

—Ah, ese tipo de problemas... Yo también los tuve.

—¿Y qué poli no?

Ethan lo lamentó más allá de lo razonable. Apreciaba a Ashley Foster, e imaginarla sufriendo el martirio de una vida de pareja en plena crisis lo retrotraía a sus propias broncas con Janice en otra época. Pero dudaba que en esos momentos Ashley sintiera la misma simpatía hacia él. No solo la había implicado en la autopsia de Murphy, también la había obligado a reptar un buen rato por la cámara de aislamiento donde se había producido el accidente: dos horas de gateos y esfuerzos entre polvo y telarañas para apartar todos los escombros que pudieran en su búsqueda de indicios. No habían encontrado el pie que le faltaba al pobre fontanero, y la piedra más grande no se podía mover con las manos desnudas, así que su único hallazgo habían sido restos de animales en descomposición. Todo para confirmar la hipótesis de Ashley Foster: Murphy había sacado de su madriguera a un coyote o un animal parecido, con el que había luchado hasta provocar el derrumbe. A Ethan no le convencía, pero a falta de pruebas, no podía insistir. Desde entonces, Ashley se mostraba más distante con él. Había desperdiciado un cartucho. Si quería seguir siendo creíble a sus ojos, la próxima vez no podía fallar.

—Es aquel punto negro a lo lejos —anunció Cedillo señalando una mancha entre las olas—. Lo ha visto la hija de un pescador que estaba esperando a que volviera su padre. Se conoce todos los barcos. Esa cría es un hacha.

—Y el tal Cooper ¿salió solo?

—Sí, es un solitario. Vive un poco de la pesca y otro poco de hacer chapuzas. Dicen que es un buen mecánico. Según los demás pescadores, su

barco ya no estaba en el muelle cuando han zarpado, aunque ayer se encontraba allí.

—¿Qué hora era?

—Sobre las cuatro de la madrugada. Al parecer, no es propio de él. Si quiere mi opinión, no me extrañaría que se lo hubieran comido los cangrejos.

—¿Lo conoce?

—Creo que sé quién es. De verlo en el Banshee.

El Banshee era un conocido pub de los alrededores del puerto deportivo, un sitio animado del gusto de los lugareños, que evitaban los dos bares del centro del pueblo, más turísticos.

—¿Casado? ¿Hijos? —siguió preguntando Ethan, a quien le gustaba tener una visión de conjunto.

—No. Nadie. No es de aquí. Llegó hace cinco o seis años, diría yo. Viene de la parte de Derry, en Maine, creo. Bastante cerrado.

—¿Tiene problemas conocidos?

—¿Aparte de la botella? No tengo ni puñetera idea.

—¿Alcohólico?

—Cuando una palabra se queda corta, ¿cómo se le llama?

—Eufemismo.

—Pues eso es un eufemismo como una casa.

Ethan frunció el ceño. Warden no lo había prevenido, y el jefe conocía a sus vecinos como nadie: sabía que mandaba al teniente al probable escenario de un suicidio. Desde luego, todo apuntaba a eso. «Uno más.» Warden tenía razón: aquello pasaba de castaño oscuro.

Navegaron en silencio durante un cuarto de hora, hasta llegar a la altura de un barco blanco que no mediría más de diez metros de eslora, con un pequeño camarote bajo la cabina del piloto. La cubierta parecía desierta y el ancla estaba levada. Cedillo maniobró para dar una vuelta completa a su alrededor y redujo la velocidad para acercarse despacio a un costado. Ethan Cobb trepó a bordo y gritó el nombre de Valdez varias veces, pero solo le respondió el viento. Luego se inclinó para llamar a la escotilla que daba acceso al camarote, la abrió y bajó. Descubrió una estrecha mesa, una zona de cocina reducida al mínimo necesario y una litera bajo la cubierta de proa. Ni rastro de Cooper Valdez. Iba a dar media vuelta cuando se fijó en una bolsa de cuero caída bajo la mesa. Se arrodilló y encontró en su interior varias prendas de ropa hechas un rebusco, además de una foto familiar que debía de datar de los

años ochenta y mostraba a una pareja de cuarentones y un niño que exhibían con orgullo una trucha imponente. En el fondo de la bolsa había un cuchillo de caza que habría hecho las delicias de Rambo. Notando un bulto en un lado, Ethan metió la mano en el bolsillo lateral y sacó un fajo de billetes de cinco, diez y veinte. Al menos quinientos o mil dólares, calculó. En el camarote no había nada más. Volvió a subir, dubitativo.

Cedillo había acabado de fijar las amarras. Se reunió en cubierta con el teniente y comenzó la inspección técnica. Cobb no sabía mucho de barcos, así que le dejó hacer mientras el oleaje los mecía suavemente.

Ethan se secó el sudor de la frente. Hacía un calor agobiante. Echó un vistazo en torno, hacia la oscura superficie del mar, festoneada de espuma, y luego hacia la tierra. El espolón y el faro ardían bajo el sol de mediodía, con Mahingan Falls a sus pies, rodeado de colinas esmeralda. Al fondo destacaba el monte Wendy, coronado por su antena plateada. El resto de la costa no eran más que abruptos acantilados y árboles asomados al vacío. Al sur, lejos, divisó la masa oscura de Manchester-by-the-Sea, la ciudad más cercana, sin llegar a distinguir sus contornos precisos. Salem debía de estar aún más allá, perdida en la línea del horizonte.

—Los motores se han ahogado —dictaminó Cedillo—. La palanca del acelerador está en posición alta. Cuando ha ocurrido iba a toda velocidad.

—¿Queda combustible?

En popa, Cedillo se inclinó sobre dos grandes capós negros.

—Depósitos llenos. Yo... ¡Mierda! Teniente, venga a ver esto...

Ethan se acercó y miró en la dirección del índice extendido de su subordinado. Unas gotas de sangre manchaban la borda y se transformaban en rastro en el costado.

—¿Pudo caer al agua y enredarse en las hélices? —preguntó Ethan—. ¿Podría ser esa la causa de que el barco se parara?

—Quizá. No soy un experto.

Cedillo cogió una pértiga y empezó a sondear el agua alrededor de los motores. Tras varios intentos, sacudió la cabeza.

—No hay nada —informó—. Si se ha caído por la borda, la corriente ya lo habrá arrastrado lejos de aquí.

La radio empezó a chisporrotear, y los dos dieron un respingo. Warden debía de estar intentando contactar con ellos. Cedillo cogió el micrófono, pero el sonido aumentó de volumen y lo paralizó. Se oyeron ruidos parásitos, y de

pronto una voz ronca y profunda pronunció unas palabras incomprensibles. En otro idioma, supuso Ethan. Gritos de dolor, breves pero de una intensidad escalofriante, se superpusieron a la voz antes de que la comunicación se cortara sola.

—¿Qué has tocado?

—No he sido yo —aseguró Cedillo.

—Y esos gritos, ¿qué eran?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Cedillo estaba tenso, impresionado por lo que acababa de oír.

—¿Tienes idea de dónde pueden provenir?

Cedillo abarcó toda la costa con un gesto de la mano y luego sacudió la cabeza.

—De cualquier parte, incluso puede que de mar adentro.

Ethan frunció el ceño. Aquello no le gustaba. Esa gente lo estaba pasando mal. «Muy, muy mal.» ¿Cómo se las iba a arreglar para localizar la procedencia de la señal? Le parecía imposible, pero no era un experto en la materia. Decidió que, de momento, había otras prioridades.

—Resolveremos ese... ese incidente en tierra. Supongo que en una bañera como esta no hay caja negra, como en los aviones...

—No, pero quizá pueda recuperar algunos datos cuando volvamos, aunque no prometo nada. Si quiere mi opinión, teniente, Cooper Valdez se largaba de aquí, y no es probable que volvamos a verlo.

—En el camarote hay una bolsa con unas cuantas cosas.

—Esta mañana ha salido muy temprano, a todo gas, y no era para pescar.

—¿Cómo lo sabes?

Cedillo esbozó una sonrisa astuta, que contrastaba con su expresión preocupada de hacía solo unos segundos.

—No hay una sola red a bordo. Ha zarpado sin ningún material de pesca —Ethan irguió el pulgar para indicarle que acababa de marcarse un punto—. Los tipos que se piran de ese modo —añadió Cedillo— suelen tener algo poco limpio que reprocharse.

—Eso no explica la sangre a bordo. Salvo que se haya caído.

—A lo mejor no es suya.

—Los análisis nos lo dirán —respondió Ethan, que tenía pocas dudas.

—Marinero experimentado, buen mecánico... Cuesta creer que haya cometido semejante error. Si el barco iba a toda pastilla, ¿por qué iba a meter

las narices entre los dos motores? Sobre todo, teniendo en cuenta las sacudidas...

Ethan se volvió hacia el pueblo, acurrucado entre sus colinas. Parecía esperarlos.

Se imaginó a Cooper Valdez corriendo en plena noche con la bolsa en la mano para saltar a su embarcación y poner las máquinas a toda potencia, con el miedo en el cuerpo. Un miedo tan grande que lo impulsaba a huir sin demora. Ethan lo vio volviéndose para decir adiós a Mahingan Falls, y al oír un ruido sospechoso a su espalda, acercarse a la borda pese a la velocidad y los bandazos, inclinarse y...

—Volvamos —dijo—. Quiero ir a su casa.

Los chapoteos del océano resonaban como otras tantas burlas crueles.

15.

Con una solicitud que se esforzó en disimular, Tom Spencer acompañó a su mujer hasta el coche, aparcado en el sendero delante de la Granja, le dio un beso y le regaló su mejor sonrisa mientras ella daba marcha atrás para llevar a la pequeña Zoey al pediatra para una revisión rutinaria. Con Chad y Owen de correrías con sus nuevos amigos, Tom se iba a quedar por fin solo en casa.

Una perspectiva que aguardaba con una impaciencia difícil de soportar.

Su desvelo en mitad de la noche lo había dejado anonadado. Mientras las manchas oscuras bailaban en el techo, había sentido que su corazón se contraía y aceleraba, hasta que tuvo que ir al cuarto de baño y echarse abundante agua en la cara. Allí, bajo la cegadora luz, se miró en el espejo preguntándose si se estaba volviendo loco.

Sin embargo, sabía que no lo había soñado. No había podido dormir tranquilo porque su mente lo sabía, su subconsciente lo había comprendido, y necesitaba tiempo para que el resto lo aceptara, se atreviera a mirar la verdad de frente. Por perturbadora que fuera. Por eso no había advertido en realidad el horror de la situación durante su primera inspección de la pantorrilla de Chad, pese a ser evidente.

Tal vez para probarse a sí mismo que no estaba perdiendo la razón, al levantarse de la cama había ido discretamente a ver a su hijo para pedirle que se remangara el pijama, con la excusa de comprobar que la mordedura no se había infectado.

Saltaba a la vista, como una evidencia casi arrogante en este mundo cartesiano. Al observar la marca por segunda vez, Tom supo que había accedido a otra percepción de la realidad.

Las mandíbulas de Owen nunca podrían haber dejado una huella tan ancha. Ni siquiera las suyas eran lo bastante grandes. Quienquiera que hubiera

mordido a su hijo tenía una boca enorme. Era tan grotesco que ni el propio Chad, con sus trece años, se percataba, o bien se negaba a admitirlo.

Ante tan improbable constatación, muchos padres habrían llamado a la policía, convencidos de que un intruso se había introducido sin hacer ruido en la casa para participar en los juegos de sus hijos, hasta llegar a la agresión, en la oscuridad del laberinto. Un desconocido con una peculiaridad física lo bastante llamativa para poder identificarlo rápidamente. Pero para Tom no era posible. Era incluso ridículo. Aún más que la hipótesis que se le había ocurrido en plena noche, tumbado en la cama, con los ojos clavados en el techo y el corazón desbocado.

Era una idea disparatada. Peligrosa incluso para su salud mental. Pero Tom era incapaz de considerar ninguna otra.

Las repetidas pesadillas de Zoey, los miedos de Olivia y, ahora, el mordisco anormalmente grande de Chad convergían hacia esa hipótesis. Por no hablar de la estrambótica historia de la propia Granja, con sus supuestas brujas y sus sucesivos abandonos...

Tom debía verificarla.

«La casa está encantada.»

Al pensarlo le daban ganas de reír hasta que se le saltaran las lágrimas, hasta doblarse de risa, para burlarse de sí mismo y ahuyentar sus miedos con la irrisión; pero sabía que, si se dejaba llevar, aquello terminaría en alguna forma de histeria. Era un hombre sensato, inteligente, culto. Si había llegado a esa conclusión era porque pasaba algo, aunque todavía no supiera qué. Aquello merecía que le prestara la atención necesaria.

«Me estoy volviendo majara. Eso es lo que ocurre. Mi pequeña sufre terrores nocturnos, mi mujer siente una presencia glacial en el corredor, a nuestro hijo le muerde una boca gigantesca en la oscuridad... Y yo llego a la conclusión de que la culpa la tienen los fantasmas. Estupendo. Es. Tu. Pen. Do.»

La lógica exigía que buscara respuestas un poco más aceptables y se tranquilizara. Terrores nocturnos. Corrientes de aire y paranoia (después de todo, la propia Olivia ya había pasado a otra cosa). Un animal salvaje atrapado en la casa. Sin embargo, mientras la marca del mordisco flotaba ante sus ojos en el techo, Tom había sentido aquella convicción con la fuerza de quienes afirman recibir un mensaje divino. Por supuesto, por la noche las cosas adoptaban un aspecto muy diferente, pero al despertar seguía

experimentando aquella necesidad imperiosa de verificarlo. Así que, con el paso de los minutos, se había dejado convencer. «Después de todo, ¿qué pierdo, si sirve para que me calme?» Algo de tiempo y mucho de amor propio, nada más.

La nube de polvo levantada por el coche de Olivia aún no se había disipado del todo en Shiloh Place cuando Tom regresó a la entrada con los brazos en jarras. «¿Y ahora qué? ¿Por dónde empiezo? —en ese momento reparó en lo absurdo de la situación. ¿Cómo se verificaba la presencia de fantasmas en una casa?—. Soy patético.»

Pero eso no impedía que se sintiera empujado por una curiosidad desbordante, y comprendió que una parte de él se divertía con la situación.

Tom recorrió despacio el interior de la casa, atento a lo que sentía y al acecho del menor ruido. La pintura estaba impecable, el parquet perfectamente pulido y encerado, el enlucido del techo, irreprochable... La Granja había sufrido una renovación total que hacía difícil proyectar en ella la existencia de cualquier maldición antigua. Tom sabía, no obstante, que más allá de su apariencia los cimientos databan de varios siglos atrás, como le había asegurado el propio Bill Tanningham, que los había contemplado con sus propios ojos durante las obras.

«No me venderías tu chabola porque está maldita, ¿eh, canalla?»

Tom se imaginaba ya viviendo un *remake* de *Poltergeist* o *Amityville*, películas de su juventud, y ahuyentó esa idea de inmediato.

«En la realidad, las cosas no pasan así —¿y él qué sabía? ¿Acaso era un experto en exorcismos?—. Estoy cayendo en el tópico...»

Ahora que el sol entraba oblicuamente por los ventanales y atrapaba con sus rayos miles de partículas en suspensión, Tom se preguntó si sus certezas nocturnas tenían algún fundamento. ¿No habría ido un poco lejos debido al cansancio y las emociones? Creía haber superado el accidente de la anciana en Atlantic Drive, pero ¿era así? ¿No había en su búsqueda un intento de agarrarse a un poder superior que le ahorrara el esfuerzo de darle sentido a todo, incluida una tragedia que no tenía ninguno, salvo el aterrador de una absoluta y terminal pulsión de muerte?

«No, no y no. En esta casa pasa algo. Lo siento.»

Y por una vez no podía compartir su convicción con Olivia. En primer lugar porque se reiría en su cara, no lo tomaría en serio; y después porque se preocuparía y haría todo lo posible para devolverlo a la confortadora senda

de lo real, de lo probable, de lo concreto. Pero también porque, si conseguía convencerla, entraría en pánico. Olivia era demasiado realista para mantener la sangre fría ante un fenómeno inexplicable.

Tom se dio cuenta de que caminaba deslizando una mano por la pared. Se detuvo para reflexionar. La mayoría de los fenómenos se habían producido en la zona de los niños. Tras sondear su imaginación, acabó preguntándose si emanaría de ellos un magnetismo fascinante para los supuestos espíritus. ¿O el quid estaba en el lugar? Tom subió la escalera hasta la primera planta. Su dormitorio estaba en un extremo de un ala de la Granja en forma de L, y los cuartos de los chicos y Zoey, en el otro. ¿Había habido una extensión construida con posterioridad? Tendría que informarse en el ayuntamiento. O mejor aún, a través de la empresa que había realizado las obras, si la encontraba.

«Bill Tanningham podrá decírmelo. A no ser que ese sinvergüenza esconda algún odioso secreto...»

Tom abrió la puerta de la habitación alargada llena de cajas que separaba las leoneras de Chad y Owen. Unas sábanas cubrían casi toda su extensión a la altura de su cintura. Los chicos se habían hecho un patio de juegos de aúpa. Tom no se veía gateando por allí abajo, así que se dirigió al cuarto de Zoey. También allí el sol de verano penetraba por las ventanas que Olivia había dejado abiertas antes de irse, y la moqueta blanca, los cojines de tonos pastel y los juguetes de bebé eran de lo más apropiados para desechar cualquier sospecha. En el exterior, los pájaros cantaban alegremente en los árboles, lo que reforzaba la sensación de normalidad.

Pero Tom no quería dejarse engañar. Sabía que al caer la noche las sombras regresarían insidiosas, el aire se volvería más pesado y el tiempo se dilataría para agrandar la angustia. Pretendía llegar al fondo de sus pesquisas, así que empezó a palpar las paredes y a escuchar el sonido de las tablillas que crujían de forma particularmente ruidosa para comprobar si había alguna hueca; miró debajo de la escalera, inspeccionó el pequeño y moderno sótano, con sus placas de escayola pintada, y luego se asomó por las ventanas y examinó las fachadas, antes de salir para dar una vuelta alrededor del edificio. Daba golpecitos, arañaba, tiraba de algún elemento que encontraba un poco flojo, sin saber qué buscaba exactamente pero suponiendo que lo sabría cuando lo viera. Al final de la mañana, se sentó en el jardín a tomarse una cerveza sin alcohol, un poco defraudado. ¿Qué más podía hacer? ¿Una sesión de

espiritismo con un tablero de *ouija* ? ¿Llamar a un médium para que se pasara por allí con un péndulo en la mano? ¿Pedir a un cura de Mahingan Falls que bendijera la propiedad para comprobar, de paso, si detectaba alguna fuerza maligna?

Tom meneó la cabeza, irritado. Pero bueno, ¿qué esperaba? ¿Volverse y darse de bruces con un fantasma, surgido de debajo de la colcha de su hija?

Su mente vagabundeaba entre la frustración, la duda y un escepticismo que volvía a la carga cuando divisó las dos pequeñas claraboyas de la techumbre. Polvorientas, apenas reflejaban la luz. Se acordó entonces de Tessa Kaschinski, quien en su primera visita había mencionado un desván. La Granja era tan grande que no habían necesitado utilizarlo: una vez colocados los muebles en el espacio principal, aprovecharon dos habitaciones vacías para guardar las piezas que no encajaban en el nuevo decorado y que seguramente acabarían vendiendo. Tom hurgó en su memoria en busca de un acceso, hasta que cayó en la cuenta de que nunca lo había visto.

Dejó la botella medio llena y volvió a subir al primer piso, ensimismado. Esperaba encontrar el acceso al desván en el pasillo, o bien en una de las habitaciones, pero al cabo de cinco minutos tuvo que admitir que no había ninguna trampilla con escalera escamoteable. Era incomprensible. Tom conocía su casa, llevaba casi tres semanas viviendo en ella y había tenido muchas ocasiones de explorar sus recovecos; pero no sabía de qué manera acceder a ese último piso. Así que empezó a abrir todas las puertas, una detrás de otra, y al pasar por la sala que servía de trastero y de laberinto a los dos chicos, a punto ya de dar media vuelta, vio, en la pared de enfrente, un pomo que probablemente servía para abrir un armario empotrado. Asaltado por la duda, apartó algunas pilas de cajas y se abrió paso hasta allí para tirar de aquella puerta, pintada del mismo color que la pared, casi invisible. Parecía bloqueada, y Tom tuvo que forzarla hasta que cedió con un chirrido.

Una escalera de madera, muy estrecha, arrancaba abruptamente de la penumbra en dirección al desván. «¡Eureka!»

Tom se palpó los bolsillos solo para constatar que no llevaba el móvil y no podría alumbrarse, pero estaba demasiado excitado para ir en busca de una linterna y supuso que sus ojos acabarían habituándose, de modo que entró en el pasadizo. Una pizca de aprensión le hizo titubear; la desechó de inmediato, demasiado intrigado para renunciar. A cada paso, los peldaños chirriaban tan fuerte que Tom temía atravesarlos con los pies. El olor a cerrado le irritaba la

nariz, lo que le hizo estornudar varias veces.

El desván, lleno de vigas, rincones abuhardillados y telas de araña tan grandes como cortinas rasgadas, se extendía a lo largo de buena parte del ala norte de la casa. Una luz mortecina penetraba por cuatro claraboyas, opacas de puro sucias. Tom esperó a que sus sentidos se familiarizaran antes de avanzar con cautela sobre el ruidoso suelo. Se hallaba en la única parte de la Granja que Bill Tanningham no había tocado. «Está tal cual.»

De hecho, las vigas de madera no estaban bien pulidas y las décadas las habían deteriorado, aunque el armazón parecía sano; incluso el revestimiento interior, aunque polvoriento, mostraba una sorprendente resistencia al tiempo. Al menos la excursión no sería totalmente inútil, pensó Tom, antes de distinguir unas formas cúbicas amontonadas en un rincón oscuro. Se acercó y se agachó para pasar bajo el techo. Media docena de frágiles cajas servían de nido a un ejército de artrópodos diversos. «Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?»

Tom tiró de la primera para arrimarla a un tragaluz, pero desgarró un buen trozo antes de conseguir moverla. La abrió con cuidado, se limpió la nariz tras respirar partículas que le provocaron picores, y se llevó una enorme decepción al comprobar que solo contenía ropa vieja. Desplegó algunas prendas. Los colores y los cortes no dejaban lugar a dudas. «Años setenta. Un hombre. Más bien delgado.»

Tras un rápido examen de las demás cajas, Tom se rindió a la evidencia: no había nada digno de interés.

Resopló para limpiarse las fosas nasales. Aquel sitio necesitaba unas buenas ráfagas de aire fresco. Era muy frustrante haber llegado hasta allí y no haber hecho el menor hallazgo. «Tendré que volver para limpiar las claraboyas, averiguar cómo se abren y...»

Tom inclinó la cabeza, asaltado por una súbita duda.

Con el índice alzado ante él, dudó sobre qué dirección tomar antes de representarse el plano de la casa. Las habitaciones de Chad y Owen, justo debajo, la de Zoey enfrente... Se detuvo frente a una pared de madera. El desván acababa allí.

Sin embargo —ahora estaba seguro—, cuando había visto las dos claraboyas en el tejado, desde el jardín, estaba mirando el ala este...

«¡Dios mío, hay otro desván!»

Pero había recorrido la primera planta entera en busca de un acceso y no había ninguno más. ¿Lo habrían condenado?

Tom golpeó la pared de forma casi mecánica para subrayar tanto sus certezas como su desconcierto. El ruido le hizo dar un paso atrás de inmediato. Sonaba a hueco.

Apenas veía, así que empezó a palpar con atención, procurando no clavarse astillas en las palmas de las manos, en busca de bisagras, un cerrojo o cualquier otra cosa que indicara la presencia de una puerta en la oscuridad, sin éxito. Al cabo de cinco minutos, exasperado, bajó a la cocina para coger una linterna y volvió al desván decidido a acabar el trabajo. Pero nada: no había ninguna hoja o trampilla, disimuladas o no. Sin embargo, podía oír claramente que un tercio largo del tabique daba a un espacio vacío.

Esta vez Tom había llegado demasiado lejos para retroceder. Volvió a bajar, fue a su taller y se proveyó de herramientas adecuadas. Luego, tras tantear el tabique, introdujo el pie de cabra en una junta e hizo palanca. Las tablas se rompieron con un crujido seco, que resonó en toda la casa, en los huecos de las escaleras y a lo largo de los pasillos. Cada trozo de madera que arrancaba parecía una capa de piel de la que tiraba para poner al descubierto una parte del edificio que dormía en secreto desde hacía mucho tiempo. Desnudaba aquel cuerpo sepultado bajo capas de ropa vieja, y por un instante se quedó inmóvil con la impresión de que toda la casa temblaba. «Ha sido el viento — se tranquilizó. Solo el viento. La estructura de madera le respondió con un imponente gruñido, y a Tom se le puso la carne de gallina—. El viento», se repitió.

Cuando el agujero fue lo bastante ancho, pasó la cabeza y los hombros a través de él.

El otro lado del desván se parecía al primero, aunque él lo veía de través: la misma penumbra grisácea, la misma osamenta de madera, las mismas zonas abuhardilladas... Tenía la sensación de contemplar el reflejo borroso del otro lado, como si estuviera ante un espejo empañado por el tiempo. No obstante, el segundo desván ofrecía algunas particularidades.

En el centro había unas cajas de hierro y varias estanterías llenas de libros y papeles viejos.

El corazón de Tom empezó a latir fuerte y ruidosamente. Sentía que acababa de hacer un descubrimiento importante. Esta vez no podían ser antiguallas olvidadas o abandonadas por su escaso valor. Las habían tapiado. Escondido...

Tom franqueó el umbral y pasó al otro lado del espejo.

16.

Cooper Valdez tenía alquilado un antiguo garaje al sur de Oldchester, en un rechoncho edificio de dos plantas de ladrillos marrones. Había instalado todo un baratillo de aparatos eléctricos bastante viejos, desperdigados entre un roñoso Chevrolet Chevelle de primera generación y un Ford Mustang de 1974, cuyo capó abierto mostraba un V6 en proceso de restauración. En los bancos de trabajo, un sinfín de herramientas clasificadas conforme a un criterio muy riguroso relucían a la luz de las cuatro grandes lámparas que colgaban del alto techo. El lugar olía a grasa, aceite y ozono.

Ethan Cobb se quitó la gorra, se la enganchó al cinturón, detrás de la pistolera, y se secó la frente con la manga de la camisa. La primera sorpresa había sido no encontrar la puerta cerrada con llave.

—Cedillo, te dejo echar un vistazo.

—¿Y qué busco?

—Tú sabes de mecánica, así que mira, revuelve y hazte una idea de quién es Cooper Valdez basándote en su garaje. Nosotros haremos lo mismo ahí arriba —dijo Ethan señalando la escalera que llevaba a una entreplanta, a cinco metros de altura.

Ashley Foster lo siguió sin decir nada. Ethan le agradecía que no hubiera hecho ningún comentario sobre su «porquería de instinto» después del fiasco de la investigación sobre Rick Murphy. Había sido él quien la había llamado directamente para solicitar su asistencia.

—¿Por qué yo? —había preguntado ella.

—Quiero que me acompañe otro oficial, y ya sabe lo que pienso de Paulson.

—¿Vamos a respetar los procedimientos esta vez?

Breve titubeo.

—Sí.

Silencio.

—¿Foster? Se lo pido a usted porque es competente. No solo para evitar a Paulson. Confío en usted.

—De acuerdo, teniente. Ahora voy.

Eso había sido todo. Foster había llegado y saludado con un rápido movimiento de cabeza, nada más. Ethan notaba que estaba tensa, y los ojos rojos la delataban. El teniente se acordó de lo que le había contado Cedillo en el barco y le dieron ganas de ofrecerle sus brazos para reconfortarla, para mostrarle su apoyo. Había pasado por lo mismo y guardaba de ello un recuerdo doloroso, amargo. Confiaba en que su situación se arreglara pronto.

«¿De verdad? Pedazo de hipócrita... Si se separara de su marido, ¿qué harías? ¿Ignorarlo? ¿Tratarla como a un compañero más?»

No. Las relaciones con polis se habían terminado para él, estaba vacunado. Para siempre. Por eso prefirió concentrar su mente en el caso Cooper Valdez en lugar de perseguir una quimera que le hacía sentir incómodo.

En lo alto de la escalera, abrieron una puerta de cristal esmerilado y se introdujeron en la guarida del mecánico aficionado.

Constaba de tres habitaciones que aún apestaban a tabaco y estaban en penumbra, con todas las persianas bajadas. Ethan buscó a tientas hasta dar con el interruptor de la pieza principal, y tras unos cuantos parpadeos de las bombillas se iluminó un mobiliario consistente en un sofá, una mesita baja, una alfombra raída y un aparador, más una cocina americana al fondo.

—¿No se le conocía ninguna relación?

—No, según he oído salía con chicas ocasionalmente —respondió Ashley—, en especial con una de Boston, pero nada serio. De todas formas, no hay más que ver su casa para saber que vivía solo.

Recorrieron el salón en busca de indicios reveladores del sujeto. En concreto, Ethan esperaba encontrar algo que pudiera explicar su repentina huida en plena noche, con lo estrictamente necesario apelotonado en una bolsa. ¿Qué lo había puesto tan nervioso para obligarlo a marcharse a toda prisa de Mahingan Falls? Hasta hacerle perder el equilibrio en la popa de su barco...

Aún no tenían los resultados del laboratorio sobre la sangre encontrada cerca de los motores, pero a Ethan no le cabía duda: sería de Valdez. Todos sabían que no volvería. En el mejor de los casos, de allí a unos días el mar arrojaría a la playa su cuerpo, medio devorado por los cangrejos. Si lo

arrojaba al pie de los acantilados, era poco probable que alguien lo descubriera, y se pudriría hasta disolverse en el océano. Las posibilidades de volver a ver a Cooper Valdez, vivo o muerto, eran prácticamente nulas.

Ashley iba a abrir el frigorífico, pero Ethan la detuvo.

—Siento ser quisquilloso, pero ¿le importaría ponerse unos guantes? —le dijo en el tono más suave que pudo.

Ashley lo fusiló con la mirada, luego sacó un par de guantes de látex del bolsillo de cuero de su cinturón.

—¿Tiene intención de recoger huellas en toda la vivienda? Para eso habría que hacer venir a un equipo de Salem...

Ethan soltó una risita seca.

—El jefe Warden no lo autorizará —respondió—. Sobre todo tratándose de un alcohólico desaparecido en el mar. De todas formas..., procuremos no contaminar la escena. Ya sé que mi instinto deja mucho que desear, pero prefiero seguirlo.

—Lee ya ha empezado a decirle a todo el mundo que Valdez se suicidó —le informó Ashley mientras empezaba a examinar el interior del frigorífico con una mueca de asco—. Está claro que, aparte de alimentos líquidos, no compraba mucho...

Ethan entró en el pequeño pasillo que conducía al cuarto de baño y las otras dos habitaciones. La primera era un escueto dormitorio, con un colchón en el mismo suelo, un edredón sin funda y un revoltijo de ropa encima de una silla, delante del armario.

—¡Teniente! —exclamó Ashley en tono apremiante.

Ethan volvió sobre sus pasos a toda prisa y la vio señalando la encimera con el índice enguantado.

Un teléfono móvil hecho pedazos yacía junto a un martillo.

—¿El suyo? —preguntó Ethan sorprendido, sin esperar respuesta.

—Mientras ustedes estaban en el mar me dediqué a reunir la información básica sobre Cooper Valdez, incluida la relacionada con su teléfono. No será difícil comprobar si la tarjeta SIM es la suya —explicó Ashley retirando el pequeño chip y guardándolo en una bolsita de papel.

—¿Lo ve? Si la quiero a mi lado es por cosas así. Falta saber por qué destrozó su móvil antes de irse.

—Para asegurarse de que no lo encuentren.

—Es lo que piensa Cedillo, que Valdez hizo alguna estupidez.

Ethan no lo veía tan claro. Si Valdez hubiera querido huir, habría cogido el coche: era más discreto, más práctico y más fiable que el barco en plena noche. El hecho de que la puerta principal no estuviera cerrada con llave sugería igualmente una huida rápida, casi desenfrenada.

Esta vez el teniente llegó al final del pasillo, y lo que vio en la última habitación le hizo detenerse en el umbral.

—¡Foster! —llamó a su vez—. ¿Hay una antena en el tejado?

—¿Una especie de mástil para las transmisiones, quiere decir? Sí, ¿no lo ha visto al llegar? Es para...

La sargento se interrumpió al ver la larga mesa cubierta de transmisores, radiorreceptores, amplificadores caseros, osciladores y otros dispositivos cuya utilidad no era fácil de adivinar. Todos estaban destrozados, despanzurrados, la mayoría hechos trizas.

—¿Qué pretendía? —murmuró—. ¿Y si no fue él? ¿Y si volvió a casa y se encontró con todo esto?

—Los aparatos han corrido la misma suerte que el móvil. ¿Salió sin él? Hummm...

—Todos estos destrozos ¿los haría... Valdez? —insistió Ashley ante las dudas de su superior—. ¿Por qué iba a destruir las radios? No pueden grabar nada, ¿no? No constituyen pruebas contra él, hiciera lo que hiciese.

Ethan se encogió de hombros.

—¿Se sabía que se comunicara de esta manera?

—Me informaré.

Ethan examinó el resto de la habitación. Boca abajo en el suelo había un ordenador portátil, despedazado. Se habían ensañado con él. Cobb presentía que no solo habían querido inutilizar el equipo. Quien había hecho aquello estaba furioso. «¡Sí, rabioso! O aterrorizado.»

Ethan vio un mapa de la región clavado con chinchetas a la pared: localidades rodeadas con un círculo hecho con rotulador, con sobrenombres y frecuencias garabateadas al lado. Enfrente, un mapa de todo el país y de Canadá mostraba el mismo tipo de anotaciones.

—Parece que era su hobby...

Pero Ashley ya no lo escuchaba. Había entrado en el dormitorio para registrarlo. De pronto, una desagradable duda se apoderó de Ethan, que atravesó la vivienda para acercarse a la puerta de la entreplanta.

—¡Cedillo! ¿Apuntaste la frecuencia de la radio del barco de Valdez?

La voz nasal de su subordinado resonó justo debajo.

—No, pero podré comprobarla mañana por la mañana. ¿Es importante?

Ethan aspiró una larga bocanada de aire para reflexionar. ¿Era casualidad que esa misma mañana, a bordo, hubieran oído la extraña voz y los gritos?

—No lo sé —confesó en voz alta—. ¿Tenía historial médico? ¿Problemas psiquiátricos?

—No que yo sepa.

—En muy buena forma no estaba... —dijo a su espalda la voz de Ashley Foster, que agitó tres frascos de plástico amarillo translúcido llenos de pastillas y una caja de aspirinas casi vacía—. Vicodin, vitaminas y antidepresivos —detalló.

Ethan le quitó uno de los frascos y leyó la etiqueta que le había adherido la farmacia. Al instante supo dónde debía continuar investigando.

El adolescente tenía un buen hematoma, pero nada roto. Lo que intrigaba al doctor Layman era la causa. No creía en la explicación del choque accidental con los chicos del equipo de fútbol americano cuando volvían corriendo al vestuario. Algunos tenían mala fama, y Chris Layman, que ya había recibido en su consulta a víctimas de aquellos brutos, lo sabía. Cox y Buckinson, recordó el médico. Dos botarates. Probablemente, el pobre chico que se estaba vistiendo frente a él figuraba en la lista de sus cabezas de turco, pero temía demasiado las represalias para hablar.

Chris Layman dudó. Con un poco de paciencia y tacto tal vez consiguiera desatarle la lengua; luego podría mandarlo a ver a la policía para que sus agresores no quedaran impunes una vez más. Pero, tras observar un poco mejor al adolescente, el doctor Layman llegó a la conclusión de que quizá se sobrestimaba. Ahora que estaba tranquilo respecto a su estado, lo único que quería el chico era marcharse.

Layman le tendió la receta.

—Vuelve a pasar mañana a mediodía, solo para ver cómo evoluciona, ¿de acuerdo? —le pidió para tener otra oportunidad de intentar convencerlo.

Cuando la puerta se cerró, Chris Layman dejó las gafas en el escritorio con gesto fatigado y se masajeó las sienes largo rato. Estaba hecho migas, como le

decía constantemente su madre, panadera de profesión, no sin ironía. La semana había sido dura, y al día siguiente las consultas del sábado por la mañana le garantizaban una ristra de visitas «de urgencia», nimiedades que en su mayoría habrían podido esperar. Pero luego llegaría el fin de semana. Se acordó de que tenía que llevar al cine a Carol y a Dash, a ver uno de esos taquillazos estivales, se lo había prometido. Fuera de eso, no tenía nada previsto, aparte de trabajar un poco en el jardín y pasar unas horas relajándose al sol.

Sus ojos se posaron en la carpeta que había dejado a un lado del escritorio. Sus anotaciones sobre la «coincidencia». El camino que habían seguido sus ideas a partir del primer caso, diez días antes. Una mujer de unos treinta años. Chris Layman llevaba cinco ejerciendo en Mahingan Falls, tras dejar la clínica de Springfield para seguir a su mujer, que tenía allí a su padre enfermo. El aire del mar les sentaría bien, pensaron, y Layman no se arrepentía de su decisión. Pero a aquella paciente nunca la había visto en su consulta. Sufría dolores de cabeza y hemorragias nasales recurrentes, que por cierto se habían repetido en plena visita.

Dos días después, un chico de apenas veinte años se presentó a media tarde con el mismo problema. Luego, otro caso el lunes, un par más, y aquel último, ese día.

Layman se había ocupado de los primeros del modo habitual, hasta que las coincidencias empezaron a hacerle sospechar. Descartó la hipertensión, salvo en el caso de Douglas O'Connor, que la padecía, pero seguía su tratamiento escrupulosamente: su mujer se aseguraba de ello. ¿Un problema de coagulación recurrente? Era la hipótesis más verosímil. Aun así, la explicación no era sencilla. La primera posibilidad que consideró fue la aparición en Mahingan Falls de una droga cutre. Era una causa plausible. Pero los perfiles no encajaban. Conocía bastante bien a la mayoría de los pacientes, y aunque las apariencias podían ser engañosas, dudaba mucho que Melvin Jonesy o Parker Marston consumieran drogas. No, había que buscar otra cosa.

Así que había echado mano del arma moderna de cualquier buen médico rural: las redes sociales. A sus preguntas, sus colegas respondieron mayoritariamente que se trataba de alergias, cosa que no le convencía en absoluto. Había oído el testimonio de sus pacientes: ni siquiera las hemorragias de la primera eran una reacción alérgica. La ausencia de fiebre y de contagio de las personas cercanas le había dado un poco de optimismo. No

tendría que llamar a los CDC[1] con urgencia, lo que no era poco.

Pero nada de lo que se le ocurrió después era mucho más tranquilizador. ¿Cómo relacionar a seis personas con los mismos síntomas, cuando la mayoría no se conocen, o solo se conocen de vista?

Al final del día, el doctor Layman había tomado una decisión: si se presentaba otro caso, volvería a llamar a todo el mundo, solicitaría análisis más exhaustivos y los sometería a un cuestionario detallado.

La contaminación por un anticoagulante empezaba a cobrar fuerza. El más básico y habitual era el matarratas, presente en casi todas partes, sobre todo en un pequeño pueblo rodeado de campo como aquel. ¿Cabía la posibilidad de que uno de los restaurantes de Mahingan Falls hubiera almacenado sus suministros inadecuadamente y se hubiera producido una contaminación? ¿No lo bastante grave para provocar náuseas o reacciones muy fuertes, pero suficiente para causar hemorragias?

Layman se levantó y cogió la carpeta. De todas formas, al día siguiente por la tarde iría a ver a Billy Ponson al ayuntamiento, a su casa si era necesario. No quería correr ningún riesgo. Recogió su chaqueta, pero en ese momento llamaron a la puerta con energía. Ya no esperaba a ningún paciente, aunque las visitas por sorpresa en el último minuto estaban a la orden del día.

Le sorprendió ver ante él a un oficial de policía de uniforme, un poco más joven que él, con indudable carisma.

—¿Doctor Layman? Soy el teniente Cobb, de la policía de Mahingan Falls. Aún no había tenido el placer de saludarlo. ¿Podría concederme unos minutos?

Chris lo miró preguntándose si aquello no sería un signo de la providencia.

—No me diga que está investigando una intoxicación alimenticia...

El oficial parecía sorprendido.

—No. Vengo por uno de sus pacientes, Cooper Valdez. ¿Puedo entrar?

Layman se apartó para dejarlo pasar, pero no le ofreció asiento. El cansancio lo volvía menos educado, y solo pensaba en una cosa: llegar a casa, ponerse unos pantalones cortos, servirse una limonada fría y descansar al fin. Permanecieron de pie, uno frente al otro.

—¿Qué ocurre con el señor Valdez?, ¿algún problema?

—Ha desaparecido. Era paciente suyo, ¿verdad?

—Efectivamente —respondió Layman una vez encajada la noticia.

—Necesito saber si tenía problemas de tipo psiquiátrico.

El doctor Layman dudó. No tenía por costumbre comentar el historial

clínico de sus pacientes. Desde luego, quien le preguntaba era oficial de policía, y lo había visto por la calle suficientes veces para saber que era quien decía, pero como médico se debía al secreto profesional.

—Lo lamento, la deontología me impide responderle sin la conformidad del señor Valdez, a menos que me obligue la ley.

El teniente Cobb hizo una mueca.

—Me esperaba esa respuesta... Mire, no quiero su expediente clínico, solo saber si era paranoico, agresivo, o si estaba deprimido hasta el punto de quitarse la vida. Todo sugiere que no se le volverá a ver. Sé que bebía más de la cuenta y que tomaba antidepresivos, que le recetó usted. Pero ¿estaba... enfermo? —preguntó Ethan llevándose el índice a la sien y haciéndolo girar—. ¿Loco?

Chris Layman se concedió unos instantes para pensar mientras se mordía los labios.

—Está usted al tanto de su alcoholismo —dijo—, y sí, sufre una pequeña depresión crónica. Pero no tiene trastornos psiquiátricos graves ni tendencias suicidas. Nunca las ha manifestado en mi presencia, ni yo he detectado nada en ese sentido. Cansancio, falta de vitaminas y un hígado que empieza a pasarle factura: eso es todo lo que puedo confirmar.

—¿Manía persecutoria?

—No.

—¿No mencionó ningún problema serio en su vida diaria, o a alguna persona con la que hubiera tenido un encontronazo? Sé que no es usted su psicólogo, pero a veces la gente se confía a su médico...

—¡Uy, no lo sabe usted bien! No, nada de eso en el caso del señor Cooper. Dice usted que ha desaparecido... ¿Un suicidio? —preguntó el médico recalcando la palabra.

El teniente asintió mirándolo fijamente.

—O un accidente. Por ahora no hay nada establecido.

—¿Tienen el cuerpo? —inquirió Layman tras un breve conciliábulo consigo mismo—. ¿Han analizado la sangre?

—No, ¿por qué?

El médico se humedeció los labios varias veces mientras intentaba dar con la formulación adecuada: no quería lanzar a la policía sobre una pista equivocada ni minusvalorar su propia intuición.

—Comprueben si hay restos de anticoagulante, nunca se sabe. Tal vez sea un

poco más suspicaz de la cuenta, pero he advertido una proporción anormal de síntomas extraños en algunos de mis pacientes. Podríamos tener entre manos un cuadro de intoxicación masiva —Ethan Cobb lo miraba con las cejas enarcadas. Layman precisó—: Un restaurante del pueblo, o un producto de consumo vendido en uno de los supermercados, no lo sé. Puede que no sea nada, pero prefiero informarle.

El policía le dio las gracias, y Layman cogió sus cosas para marcharse con él.

—Sea como fuere, en lo que respecta al señor Valdez no advertí ningún comportamiento alarmante. No está..., perdón, no estaba trastornado, como sugería usted.

—¿Algún medicamento podría haber tenido efectos secundarios notables?

Layman volvió a dudar, pero acabó decidiendo que no revelaba nada que el poli no hubiera descubierto ya.

—Nunca se puede excluir por completo, pero hasta ahora soportaba bien el tratamiento.

La entrada del dispensario estaba sumida en la sombra del campanario de Saint-Finbar, la iglesia católica del norte de Green Lanes, un barrio tradicionalmente irlandés. Detrás, el sol del atardecer estaba a punto de ocultarse tras el monte Wendy y desde los bosques circundantes comenzaba a descender una pizca de frescor. Unos niños jugaban entre gritos en alguna parte, y al otro lado de la calle, el viejo muro de piedras, coronado por una verja herrumbrosa, protegía el cementerio y sus tumbas, ruinosas o envueltas en un curioso sudario de vegetación. El doctor Layman tendió la mano al teniente Cobb y lo invitó a llamarlo si los análisis de sangre de Cooper Valdez presentaban algo anormal. Agitó ante él la carpeta roja explicando que elaboraba un dossier. Seguramente no era nada, una casualidad, el exceso de celo de un matasanos, pero, por si acaso, convenía cerciorarse. Los dos hombres ya se despedían cuando una nube oscureció el sol a escasa altura y atrajo su atención.

Vieron una bandada de murciélagos que giraban bruscamente alrededor del campanario, volvían a reagruparse con movimientos asombrosamente coreografiados y se quedaban suspendidos un instante en el aire, recortados contra el cielo azul, antes de dejar de agitar las alas al unísono, plegarlas y caer en picado, como un telón arrancado de su barra.

Eran decenas.

Sus cuerpos explotaban contra el asfalto como pequeñas granadas de carne y sangre, produciendo un repugnante ¡plof! en el instante en que sus diminutos y finos huesos se rompían y sus cartilagosas alas azotaban el suelo con un restallido seco. Pronto la siniestra granizada cubrió de blanduzcos y calientes amasijos la plaza de la iglesia, por la que unos regueros rojizos se deslizaban lentamente hacia el desagüe. Cobb y el doctor Layman no se habían movido. Labios entreabiertos, miradas estupefactas.

La campana tocó el ángelus y el médico se estremeció. Para él, aquellos murciélagos acababan de darse muerte. La Encarnación, invertida.

Se habían inmolido.

La carne se había hecho verbo.

17.

La lengua rosácea y ensalivada se agitaba como una enorme babosa fuera de la boca, abierta de par en par, contorsionándose impúdicamente y produciendo una serie de gorgoteos poco agradables.

Chad, Owen y Corey se desternillaban y hacían muecas grotescas.

—¡Qué cochinado! ¡Es asqueroso! —exclamaban.

—Así es como se besa a una chica —sentenció Connor tras devolver la lengua a su sitio—. Lo que pasa es que hay que coordinarlo con las manos, y eso es más complicado, porque tienes que tocarle las tetas sin que se moleste. Asegurarte de que está de acuerdo y acariciárselas, pero no al mismo ritmo que le das el morreo. ¡No es nada fácil, no creáis!

—Pero ¿tú lo has hecho de verdad? —preguntó Corey, incrédulo, arrugando la pecosa nariz.

—¡Ya os lo he dicho! Con Kim, la sobrina del nuevo ligue de mi padre, en Toronto, la semana pasada.

—¿Y los pechos también? —preguntó Chad, entre admirativo y escéptico.

—Claro. Se dejó.

—¡Guau! —exclamaron los tres chavales, fascinados.

Connor dio una palmada.

—Bueno, y cambiando de tema, ¿cómo llevamos lo de las cantimploras y los víveres? —preguntó.

Owen levantó la mochila que tenía a sus pies.

—Está todo aquí.

—Entonces, ¿listos?

—Tan listos como Kim con sus tetas —bromeó Chad, lo que provocó otro estallido de risas.

—¡Pues venga, seguidme! —ordenó Connor—. Nos queda un buen trecho

hasta allí.

Los cuatro adolescentes dejaron atrás el ardiente sol de primera hora de la tarde y se adentraron en el bosque, al fondo del jardín de la Granja. Rodearon un enorme zarzal y se deslizaron entre los altos helechos hasta desembocar en un sendero poco definido que avanzaba en perpendicular a la propiedad.

—¿Es para los cazadores? —quiso saber Owen.

—Sí, y para los que quieren pasear o coger setas. Creo que por la noche pasan por aquí incluso animales grandes —explicó Connor, que parecía saber adónde iba—. Continúa hacia las colinas y luego asciende hasta el monte Wendy, pero nosotros lo dejaremos antes para tomar un atajo.

Se expresaba con una seguridad que fascinaba a Chad. Connor tenía un año más que él y repetía curso, cierto, pero parecía llevarle años luz de ventaja en todo lo que importaba «de verdad».

Los lejanos ladridos de un perro lo devolvieron a la realidad.

—¿Has encerrado bien a Smaug, verdad? —le preguntó a su primo.

La tensión entre los dos desde el asunto del mordisco se había relajado. Owen seguía en sus trece: él no había hecho nada. Y la cólera de Chad, pragmático hasta la médula, se disipaba con el paso de los días: más valía perdonar que tener que jugar solo.

—Sí, en la cocina. De todas formas, no sé si nos seguiría: no le gusta este bosque, creo que le da miedo. No corremos ningún peligro aquí, ¿verdad, chicos?

—¿Te asusta algo? —rezongó Connor.

—No sé... —murmuró Owen.

Corey le puso la mano en el hombro.

—No te preocupes, se acabaron las pruebas. Esto es solo para divertirnos.

El hermano de Gemma le hizo un guiño amistoso y Owen asintió.

Siguieron avanzando a buen paso sin cruzarse con nadie. Chad sospechaba que la gente del pueblo conocería senderos más señalizados y menos sinuosos, pero Connor debía de querer impresionarlos llevándolos por el más salvaje. El terreno del bosque se elevaba a medida que se alejaban de Mahingan Falls. La pendiente ascendía hacia cimas invisibles, y aquí y allá surgían peñascos cada vez más imponentes, formados por una piedra ocre, con los que rivalizaban los árboles, que en algún caso incluso crecían sobre ellos, hundiendo una multitud de raicillas en una alfombra de musgo esmeralda para sostenerlos. La fauna alada cotorreaba sobre las cabezas de los adolescentes

mientras el esfuerzo les cubría el cuerpo de una película húmeda. Pero los cuatro iban pendientes del camino. Había que evitar las trampas: hoyos traicioneros, ramas bajas, taimadas espinas e insectos malintencionados que acudían a revolotear a su alrededor. Pese a todo, los chicos se divertían. En los momentos de silencio disfrutaban de la excursión imaginando las muchas aventuras posibles; el resto del tiempo, el encadenamiento de bromas, comentarios chuscos y payasadas les hacían doblarse de risa, hasta tal punto que a veces tenían que agarrarse unos a otros para no caerse al suelo.

Cuando el sendero torció hacia el noroeste para iniciar el ascenso de una empinada ladera, Connor lo abandonó y continuó en línea recta por la falda de la montaña, guiándolos entre árboles, matorrales y hierbas altas.

—¡Conque un atajo, eh! —se quejó Chad tirando de la zarza que se le había enganchado en el pantalón.

—Ya os dije que os pusierais pantalones largos —gruñó Connor.

Detrás de él, Chad imitó sus expresiones cuando refunfuñaba, lo que hizo sonreír a Corey y a Owen.

—¿Adónde vamos? —acabó preguntando este último.

—A bañarnos.

—¿Bañar...? Pero si no hemos traído bañadores...

Connor giró sobre sus talones.

—¡Entonces, Owen, tendrás que bañarte en bolas! —le advirtió.

—O en calzoncillos —le susurró Corey—. Eso es lo que hago yo.

—¿Es que alguien tiene una piscina en este bosque? —preguntó Chad con un resto de ingenuidad infantil.

—Es un estanque —les explicó su guía—. Detrás de la granja de los Taylor. Pero hay que salir del valle, y eso a Mahingan Falls no le gusta. Hará todo lo posible por retenernos, así que ¡tendréis que luchar, chicos! —exclamó, e imitando a un comando en plena jungla empezó a abrirse paso con la ayuda de un machete imaginario.

Corey se dirigió de nuevo a los primos.

—Conocemos un desvío para no tener que subir las colinas —explicó.

—¡Exacto! —exclamó Connor en tono triunfal sin abandonar su euforia, esta vez fingiendo que montaba una metralleta—. ¡No nos dejaremos intimidar por el muro que ha levantado a su alrededor para contenernos! ¡Eso nunca! ¡Mantengámonos unidos, camaradas! ¡Juntos lo lograremos! ¡Ra-ta-ta-ta-ta-ta! ¡Toma ya, mala bestia!

Owen esbozó una sonrisa de satisfacción. Le gustaban sus nuevos amigos, y el punto de locura de Connor incluso le divertía.

—¡Eh, chicos! —anunció—. ¡Si queremos formar una banda, necesitamos un nombre!

—Un nombre ¿de qué tipo? —rezongó Corey.

—Pues un nombre de banda.

—¿Cómo cuál? —preguntó Chad.

—No sé, habría que pensarlo...

—¡Los Depredadores del Bosque! —propuso Connor muy convencido.

—Eso suena a película porno —se burló Chad.

—¡Sabrás tú lo que es una película porno!

—¡Claro que lo sé! —respondió Chad, rojo como un tomate.

—Entonces, ¡los Incansables de Mahingan Falls! —volvió a proponer Connor.

—¡Serie Z! —rechazó Corey meneando categóricamente la cabeza.

—¿Los Exploradores Audaces? —propuso Chad sin convicción.

—No, podría ser el nombre de unos *youtubers* fracasados —se opuso Owen.

—Bueno, ¿entonces qué?

—No lo sé, habrá que pensarlo. Pero no seremos una auténtica pandilla hasta que no tengamos un nombre que mole.

Connor gruñó por lo bajo que sus propuestas molaban, pero no insistió, y empezaron a bajar una cuesta en la que había que abrirse camino entre los árboles, los troncos caídos y los salientes rocosos, lo que les obligó a callar hasta llegar abajo.

El bosque se adensaba. A salvo de la acción humana, ganaba empaque e imponía respeto con su impresionante estatura y su amenazadora y susurrante frondosidad. Caminaban con la cabeza inclinada para ver dónde ponían los pies. Allí los pájaros parecían menos numerosos, pero su canto se elevaba en arabescos sonoros más complejos, como si supieran cosas que los muchachos ignoraban. Cosas importantes, suponía Owen.

Luego llegaron a una zona más sombría, una franja de unos cien metros de ancho que discurría entre dos paredes marrones cada vez más altas.

—¡Bienvenidos al barranco! —gritó Connor, y su voz provocó movimientos en las ramas que cubrían sus cabezas—. Por aquí llegaremos a los campos del otro lado del Cinturón.

Owen se sintió intimidado. Habría preferido que Connor no gritara, que pasaran inadvertidos, aunque fuera incapaz de explicar por qué. A la sombra del barranco se estaba más fresco. Un manto de grueso musgo cubría el suelo, y bordeaban un tímido riachuelo casi seco.

—Espero que no aparezca una manada de dinosaurios detrás de nosotros —comentó Chad—. ¡Estaríamos listos! ¡Tendríamos que correr como locos hasta el final del desfiladero para que no nos alcanzaran! ¿Es mucho más largo?

—Qué ideas tan raras se te ocurren a veces... —protestó Corey—. ¡Ves demasiadas películas!

—Un kilómetro largo, diría yo —calculó Connor.

Owen distinguió una forma extraña en lo alto de la pared sur, a su izquierda, y comprendió que era una vieja torre del tendido eléctrico cubierta de plantas. Sin embargo, entre sus oxidados brazos ya no pasaba ningún cable. Su presencia en medio de la naturaleza, tan lejos de cualquier zona habitada, resultaba sorprendente.

—Antes, la electricidad llegaba a Mahingan Falls por aquí —explicó Corey, que había seguido la dirección de su mirada—. Yo creo que no era práctico: en cuanto había tormenta, el pueblo se quedaba a oscuras. Así que acabaron enterrando los cables, y ahora esos chismes están abandonados. Allá arriba hay una especie de búnker al que llegan las líneas de alta tensión desde no sé dónde, una central nuclear, supongo. Es en ese búnker donde todo el follón de cables se vuelve subterráneo. No hay un solo árbol en veinte metros a la redonda. Impresiona bastante, así que nunca pasamos demasiado cerca.

—No me extraña, debe de ser peligroso.

—Unos chicos del colegio cuentan que se acercaron y que el pelo se les puso de punta en la cabeza...

—¡Sí, y en el culo también! —se mofó Connor—. Eso son chorradas. Yo he estado y no me pasó nada. Ahora, si no haces caso de los carteles de prohibido y entras, ¡seguro que se te derriten los ojos y se te carboniza la pilila!

—¡Bestial! —exclamó Chad con pueril entusiasmo.

A Owen le asombraba la pujanza con que la naturaleza había recuperado terreno: las demás torres, prácticamente invisibles, parecían esqueletos de acero, vestigios olvidados de una civilización de robots... La idea hizo nacer cientos de imágenes inquietantes en la mente del joven adolescente, que se sumergió en sus ensoñaciones.

El barranco ascendía cada vez más. La pandilla evitaba las rocas más grandes, los grupos de árboles impenetrables y los helechos más frondosos, acompañado en su avance por el cristalino borbotamiento del riachuelo, que formaba allí una sucesión de insignificantes cascadas. El sol reapareció, deslumbrante y abrasador, para hacerles sudar aún más, el bosque empezó a ralearse y los cuatro amigos alcanzaron jadeando la llanura del otro lado. Habían atravesado el Cinturón. Habían abandonado Mahingan Falls. Owen comprendió que Connor tenía razón: no lo dejabas atrás sin una voluntad decidida de conseguirlo.

El pueblo retenía a sus habitantes celosamente.

El maizal surgió frente a los muchachos de golpe, desplegando de norte a sur, hasta el infinito, hileras apretadas e impecablemente paralelas de tallos que les sacaban al menos una cabeza. Owen se inmovilizó. Nunca había entrado en un campo de maíz, y se preguntó si no se perdería. Aquel le parecía tan enorme como para morir de hambre y sed en él antes de encontrar la salida.

—¿Cómo vamos a orientarnos ahí dentro? —quiso saber.

Connor apuntó hacia delante con el índice recto.

—Sin hacernos preguntas. Mantienes el sol a tu derecha y avanzas por tu surco. La granja de los Taylor se localiza fácil: tiene una veleta en lo alto del tejado. El estanque está un poco más lejos.

Owen no las tenía todas consigo, pero era demasiado tarde para echarse atrás, así que siguió andando, aunque con recelo. Imitó a Corey, que se deslizaba entre dos tallos, y le sorprendió constatar que, como había dicho Connor, en el interior del campo le esperaba un surco de tierra, una especie de sendero totalmente recto. La infinidad de hojas impedía ver más allá de unos cuantos metros, pero eso bastó para tranquilizar a Owen, que no se sentía agobiado entre las plantas y podía respirar. Cada cual se colocó en su surco y comenzó a andar en dirección sur a la misma altura que los demás, al ritmo de los alegres silbidos de Connor. Owen veía la camiseta azul de Chad a su izquierda y la blanca de Corey a su derecha, y como los oía respirar, se quedó tranquilo: no se perderían. Al final aquello iba a ser una auténtica aventura. Respiró a pleno pulmón, orgulloso.

Sus pasos por aquel interminable corredor, unidos al calor, lo hipnotizaban

poco a poco, y se dejó atrapar por aquella agradable monotonía, hasta que desembocaron en un camino cubierto de hierba aplastada destinado a los tractores. El maizal continuaba al otro lado.

—¡Vaya porquería! —exclamó Chad.

Sin saber a qué se refería, Owen irguió la cabeza y vio, situado a unos quince metros, un espantapájaros crucificado en dos palos, al que habían vestido con un peto vaquero agujereado, una camisa vieja de un rojo descolorido y un sombrero de hirsuta paja. La calabaza que tenía por cabeza pendía de un modo extraño, como si el monigote estuviera agotado. En la boca abierta y tras los agujeros de los ojos se agitaban unas masas repugnantes.

—¡Está lleno de gusanos! —exclamó Corey con cara de asco.

El espantapájaros se erguía sobre un ribazo desde el que parecía vigilar su territorio. Las manos, dos rastrillos de jardinería oxidados y con varios dientes rotos o torcidos, se alzaban a ambos lados del largo cuerpo, haciendo planear una seria amenaza sobre el campo circundante.

—No parecen muy hospitalarios esos Taylor... —comentó Owen.

—El viejo, no: odia a todo el mundo —confirmó Connor—. Los otros, más o menos.

Chad se angustió un poco.

—¿Y no nos dispararán si nos descubren bañándonos en su estanque?

—Relájate, nunca se les ve.

—¿Qué pasa, solo salen de noche como los vampiros?

Connor enseñó los colmillos y abrió unos ojos como platos.

—¡Sí, vampiros del trabajo! —rezongó—. Tienen cosas mejores que hacer. ¡Venga, que casi estamos!

Todos se lanzaron hacia las hileras de plantas del otro lado del camino, menos Owen, que seguía indeciso. Ya no le apetecía demasiado volver a internarse en el maizal, sobre todo con aquel mamarracho inmundo crucificado en sus palos, que lo miraba desde el fondo de sus vacías y malévolas órbitas.

«¿Es que vas a mearte encima por culpa de un monigote? Si te rajas ahora, los demás nunca te lo perdonarán. Te darán la espalda, serás un paria, un desertor... ¡Un “meón”!»

Owen apartó la cortina de maíz y echó a andar por su pasillo vegetal. Llevaba diez metros largos de desventaja respecto a sus compañeros, pero, aun así, tras dar unos cuantos pasos se detuvo para apartar unas plantas y asegurarse de que el espantajo no estaba vomitando sus gusanos por todas

partes. Era lo que más le preocupaba. Odiaba a esos bichos.

El monigote seguía en su sitio, dominándolo todo.

De pronto, el corazón de Owen dio un salto en su pecho.

Habría jurado que ahora la cabeza del espantapájaros estaba orientada hacia ellos, como si la hubiera vuelto. «No, eso es imposible...»

Se equivocaba, se imaginaba cosas. Simplemente, antes no se había fijado bien.

Viendo que la pandilla no lo esperaba, reanudó la marcha. Tenía la boca cada vez más seca, y aunque llevaba dos cantimploras en la mochila, no le apetecía perder aún más tiempo en beber. Ya estaba lo bastante lejos de sus amigos.

Después de dar unas cuantas zancadas, la curiosidad y una pizca de miedo le hicieron volverse de nuevo, ponerse de puntillas, apartar las mazorcas y echar un último vistazo al pelele.

No se había movido.

Owen soltó el aire despacio y se secó la frente. Al instante, una de las monstruosas zarpas del monigote se inclinó y Owen dio un respingo.

—¡Aaaaah! —gritó.

Pero nadie se enteró. «Odio a esa cosa —por fantástico que fuera el estanque, no pensaba volver a pasar por allí. Buscarían otro camino—. ¿Y qué les digo? ¿Que el espantapájaros es espeluznante y que tengo la sensación de que nos observa?»

No podía estropearlo todo, ahora que empezaba a hacer amigos de verdad.

—¡Eh! ¡Esperadme! —gritó echando otra vez a andar.

Ya no veía a los otros tres. Había dejado que se distanciaran y con todas aquellas hojas era imposible saber lo lejos que estaban. Se aguantó las ganas de gritar y apretó el paso. «De todas formas, no puedo perderme, es todo recto...», se dijo en un esfuerzo por tranquilizarse.

En alguna parte, detrás de él, el maíz se agitó.

Owen se quedó quieto y tragó saliva con dificultad. «Dejaos de bromas tontas, chicos, que me va a dar algo...»

Se volvió, pero no distinguió nada. El maizal susurraba suavemente en la chicharrina de principios de agosto. «No es nada, un cuervo que ha alzado el vuelo.»

No había dado ni cinco pasos cuando a su espalda sonó un ruido seco, como un hueso que se parte. Owen volvió a inmovilizarse, con la sangre

golpeándole las sienes. Si era Chad, se iba a llevar un guantazo... ¡Estaba harto de él! «¡Por supuesto que es él! ¿Quién va a ser si no? O él o Connor...»

Una broma estúpida, eso es lo que era.

En ese momento le vino a la cabeza el asunto del mordisco. Él sabía que no había hecho nada, pero, más que sentirse ofendido por que lo acusaran injustamente, le preocupaba la explicación de lo ocurrido. Si no había sido él, ¿quién había mordido a Chad en el laberinto esa tarde? Esa pregunta lo había perseguido durante unos días, pero no tenía a nadie con quien compartirla, puesto que el primer interesado se negaba en redondo a hablar del tema... A no ser que el propio Chad se hubiera herido a propósito con un molde dental o algo por el estilo, para acusarlo... Pero eso no tenía sentido: siempre se lo habían pasado muy bien juntos.

Sí, en aquel pueblo ocurrían cosas muy raras, no podía negarlo.

«Pero esta vez no, solo es un animal, o uno de esos tres cretinos, que intenta...»

Los adolescentes rieron a lo lejos. Bastante lejos. Owen palideció. Expulsó el aire de los pulmones concentrándose en ello, solo para calmarse. Debía alcanzar a los demás: era todo lo que tenía que hacer.

Echó a andar de nuevo, lanzando rápidos vistazos a su espalda. Nada. Cientos de plantas de maíz.

Un crujido de hojas detrás de él.

Owen aceleró.

No se atrevía a mirar en dirección al espantapájaros. Le daba mucho miedo lo que podría ver.

«¡Déjate de tonterías de una vez!»

Por supuesto, el monigote seguiría en los palos, inerte. ¿Dónde si no?

Un araño metálico en el suelo, a menos de diez metros de su espalda, le hizo estremecerse.

«Suena igual que... un rastrillo raspando la tierra seca...»

Owen respiraba ruidosamente. Y sudaba a chorros.

Sus amigos estaban muy lejos, ajenos a su desaparición. Le dieron ganas de gritar para pedirles que lo esperaran, pero no lo hizo. Sentía que lo último que debía hacer en esos momentos era llamar la atención. Descubrir su posición.

«Es..., vete a saber qué... Uno de esos granjeros preparando la cosecha.» Pero mientras su cerebro trataba de imaginar una hipótesis lógica, su cuerpo se comportaba de un modo totalmente distinto. Estaba alerta. Tenso. Su córtex

reptiliano sentía una presencia mucho más angustiante.

Esta vez, se volvió del todo para mirar al espantapájaros en lo alto del ribazo y zanjar el asunto.

El dique de la razón cedió, y el terror invadió a Owen.

La cruz de palo estaba vacía.

No podía ser. Sacudió la cabeza con fuerza, negándose a admitir lo peor. Le estaban tomando el pelo. Lo que oía no era a sus amigos alejándose, sino quizá una grabación; mientras tanto, ellos habían dado la vuelta sigilosamente y descolgado el monigote. ¡Sí, eso era! Aparecerían con la calabaza en descomposición en las manos y se partirían de risa a su costa, y a él le alegraría mucho que así fuera.

La tierra crujió no muy lejos de donde se encontraba. Se estaban acercando. Lentamente.

«Como unos idiotas, quieren sorprenderme...»

O como un depredador que olfatea su presa.

El metal rozó una planta y tintineó ligeramente. Estaba muy cerca.

El corazón de Owen latía tan fuerte en sus oídos que parecía resonar en todo el campo.

De repente sintió que ya no estaba solo.

Los pájaros se habían callado. Ahora nada se movía.

El sol se ocultó al paso de una masa, y la sombra cayó sobre Owen, que no se atrevía a volverse para mirar.

Con un nudo en el estómago, empujado por un súbito instinto de supervivencia, el chico volvió la cabeza, casi a cámara lenta.

Los tallos se apartaban...

El hedor le inundó las fosas nasales: una nauseabunda tufarada a fruta podrida y orín de gato. Luego, algo aún más penetrante, una pestilencia antigua. Aterradora.

Una mazorca cayó al suelo, y eso fue el detonante. Owen se volvió del todo.

La calabaza podrida apareció ante él, con su abominable aspecto, y de su boca abierta cayó un puñado de rollizos gusanos, mientras las enormes zarpas de hierro se alzaban en el aire para golpear al muchacho. Nadie sostenía al espantapájaros, se movía solo, animado por una fuerza invisible. Era una visión espeluznante. Demencial.

Owen gritó con todas sus fuerzas.

Y contra todo pronóstico, consiguió escabullirse en el instante en que los

rastrillos se cerraban ruidosamente en medio de una nube de chispas y le cortaban varios mechones de pelo.

Owen corría para seguir vivo. Para no volverse loco. Corría para alcanzar a sus amigos y recobrar la esperanza. Pisándole los talones, el cuerpo desarticulado del espantapájaros lo perseguía, rasgando el aire con sus afiladas manos. Owen podía oír el monstruoso ronroneo que ascendía de sus inmundas entrañas, como el de un gato muerto, un borboteo cavernoso que daba fe de su malévolas excitación.

El espantapájaros estaba disfrutando.

Owen atravesó una hilera de plantas, y luego otra, insensible a los cortes que le producían las hojas en las piernas y los brazos desnudos. Zigzagueaba con toda la energía de su desesperación, tratando de dejar atrás a su perseguidor, sin saber adónde iba, ahogándose del esfuerzo y los gritos. Saltaba, cambiaba de dirección, agachaba la cabeza instintivamente y hacía trabajar hasta el último músculo de su cuerpo para correr tan rápido como podía.

El choque fue inesperado, inevitable y violento. Lanzó a Owen hacia un lado, le hizo caer al suelo y lo dejó sin aliento.

La sombra que lo cubría se irguió.

Inclinado sobre él, Connor lo miraba de hito en hito, preocupado.

—¡Eh, Owen! ¡Respira!

Al instante, el aire volvió a penetrar en sus pulmones, y Owen sintió que el pánico lo invadía. No sabía qué hacer o decir, era incapaz de dejar de gritar. Al fin, demasiado ocupado en respirar, acabó por callarse y empezó a hacer gestos incomprensibles.

Vio a Chad y a Corey, inclinados del mismo modo sobre él.

—¡Mierda, Owen! —exclamó su primo—, ¿qué te pasa?

Owen sacudía la cabeza. La intensidad del miedo en su mirada bastó para convencerlos de que algo no iba bien.

—El... el... el espantapájaros —consiguió balbucear mientras apuntaba con un dedo hacia donde creía que estaban los palos.

—El espantapájaros ¿qué? —gruñó Connor—. ¿Eso es lo que te ha dado semejante susto? —preguntó, antes de fijarse en la entrepierna de Owen—. ¡Dios! ¿Estás bien?

Owen se dio cuenta de que se había orinado en los pantalones. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y no pudo retenerlas. El rostro de Chad se

ensombreció.

—Me... me ha... —farfulló Owen—. Está en el maizal...

—¿Quién? ¿El espantapájaros? —rezongó Connor, sin saber si burlarse de él o tomárselo en serio.

Corey se había puesto de pie.

—El espantapájaros ya no está allí —dijo de pronto con voz inexpresiva.

Connor se encogió de hombros, como si le trajera sin cuidado.

Owen quería que se fueran de inmediato. Cada segundo ofrecía a aquel engendro una nueva oportunidad de encontrarlos.

Pero Connor le obligó a quedarse en el suelo hasta que se recuperara.

—Explícanos por qué gritabas de esa manera —le insistió.

Owen tartamudeó atropelladamente. Tenían que huir. A toda prisa. Ya.

La voz de Corey había perdido el tono calmado. Ahora casi temblaba.

—Escuchad..., puede que Owen no esté diciendo tonterías... Os juro que ya no está colgado allí, chicos. No lo veo por ninguna parte...

Chad le tendió la mano a su primo y asintió.

—Yo te creo. Venga, nos largamos de aquí.

Connor abrió los brazos, indignado.

—Pero ¿qué os pasa? Estábamos tan tran...

No lejos de donde se encontraban, el metal rasgó el aire con la saña de una guillotina. Los cuatro chicos oyeron caer los tallos y unos pasos extraños que se acercaban. Connor abrió la boca, pero Corey le ordenó que se callara con un gesto: meneó la cabeza, y la expresión de su rostro impuso silencio. La primera vaharada pestilente los envolvió de golpe, como un pesado manto que ahogaba sus sentidos, tan intenso que los aturdía, ácido y rancio hasta el punto de paralizarlos. La segunda, aún más violenta, la que aterrorizaba, no llegó a tiempo de alcanzarlos.

Owen tiró del brazo de Chad para obligarlo a seguirlo, y retrocedieron con cautela. Lentamente al principio, luego acelerando poco a poco. Menos de un minuto después, corrían como endemoniados, saltando de surco en surco igual que conejos un día de caza. Algo se precipitó tras ellos, en su busca. En varias ocasiones oyeron el restallar del acero abriéndose paso entre las plantas, no muy lejos, y cuando llegaron al lindero del bosque, ninguno de los cuatro expresó el deseo de reducir la marcha, pese a que estaban exhaustos. Zigzaguearon entre los árboles, despellejándose brazos y piernas y agarrándose unos a otros cuando estaban a punto de caer, sin dejar de sentir

una presencia cercana.

No pararon de correr hasta adentrarse en el barranco, donde se derrumbaron en el suelo, a la orilla del riachuelo, sin fuerzas.

Ahora ya no había nadie detrás de ellos, o al menos no lo oían. Agotados, rodaron por el musgo, sin resuello, con la visión nublada, las piernas doloridas y los brazos cubiertos de hilillos de sangre debido a los leves pero numerosos rasguños.

Apenas recuperó el aliento, Connor soltó una larga y estridente carcajada, que le salía de muy adentro, y alzó los brazos al cielo.

—Pero bueno, ¿qué locura es esta? —dijo medio ahogándose.

Chad, mucho más serio y con la cara todavía ardiendo, consiguió ponerse de rodillas.

—Lo sabes perfectamente.

—¿Qué? No me digas que tú también... —Connor vio las caras descompuestas de sus amigos y comprendió que se tomaban la situación mucho más a pecho que él—. ¡Venga ya! ¿De verdad creéis que era el...?

—Vamos, dilo —respondió Chad en tono desafiante.

Connor estaba estupefacto.

—¿Os lo habéis creído?

—¿Has visto a Owen?

Chad iba a referirse a la humillante mancha del pantalón de Owen, pero se interrumpió. Lo importante estaba dicho; los cuatro sabían que había cosas sobre las que era mejor no insistir. Y orinarse en los pantalones era una de las primeras en la lista de pactos tácitos entre amigos.

—No puedes negar que algo nos ha perseguido —dijo Corey, enfadado.

—Vale, pero seguramente era el viejo Taylor, que nos ha visto en sus tierras. ¡Venga, chicos! ¿Me estáis diciendo que quien nos ha atacado ha sido un...? ¿En serio?

Corey y Chad se miraron. Era evidente que ya no sabían qué pensar. Owen, en cambio, seguía temblando. Asintió varias veces.

—Lo he visto —murmuró—. Sé que no lo he soñado. No era un ser humano, era el espantapájaros. Estaba... estaba lleno de gusanos y... cuando se ha acercado a mí, he podido oler su interior. Un olor antiguo. A putrefacción. Olía a... a lo que es. La muerte.

Los otros tres chicos se miraron, incómodos y asustados.

En el barranco, los pájaros se desgañitaban y las plantas se hundían aún más

en el humus en busca de humedad, insensibles a aquella agitación, tan humana. En aquellos lugares ya habían ocurrido tragedias, y ocurrirían otras. Afectaban a los hombres, no a la naturaleza. La naturaleza permanecía indiferente.

18.

Olivia Spencer se sentía ligera.

Tan ligera como su vestido floreado, que bailaba alrededor de ella a cada paso que daba. Ligera como la tímida brisa estival, que los aliviaba del calor. Como aquellas nubes blancas a lo lejos, muy altas en el apacible azul del cielo.

Sencillamente, era feliz.

¿Qué más podía pedir? Al cabo de unas semanas, el estrés laboral se había desvanecido, su nueva casa empezaba a ser el nido con el que habían soñado, los chicos no parecían tener ningún problema para adaptarse a su nuevo entorno y, por si fuera poco, ¡Tom se había pasado los últimos cinco días encerrado en su despacho, secuestrado por las musas de la inspiración!

«¡Por el trabajo! ¡Por favor, Olivia, ya sabes lo que piensa Tom de la inspiración, ese mito para holgazanes...»

Sus labios dibujaron una sonrisa burlona. Quería a su marido, pese a sus pequeñas exageraciones y sus convicciones, a veces un poco caricaturescas. Lo único que importaba era que se lanzara otra vez a escribir. Después del fracaso de su última obra, lo había visto sumirse poco a poco en la duda y luego en una profunda y desmoralizada tristeza. Había sido un autor de éxito fugaz: dos obras unánimemente aplaudidas, a las que había sucedido primero la indiferencia, más tarde la causticidad y por último el absoluto desprecio. ¡Qué crueles podían ser aquellas profesiones a veces! Olivia odiaba a todos aquellos productores interesados, efímeros especuladores más que auténticos mentores de talentos. Ni siquiera eran parteros, esos tiempos habían pasado, ahora había que consumir deprisa, estar listo enseguida. Los había visto alejarse uno tras otro, indiferentes, dejando que su marido se hundiera solo en la incertidumbre. No tenían tiempo. En otra parte nacían nuevos autores, ellos

solitos, y no podían perderlos...

Ver encerrado a Tom de la mañana a la noche la alentaba. Había sucedido de repente, sin que él sintiera la necesidad de justificarse. Simplemente le preguntó, una noche, ya en la cama, si tenía alguna idea para una obra, y él murmuró: «Estoy trabajando en algo, pero aún no está claro, puede que sea una pérdida de tiempo, ya te diré». Pero la perseverancia que mostraba probaba, por el contrario, que estaba en el buen camino. No se sumergía en el trabajo con esa disposición más que cuando el tema lo apasionaba, y el resultado siempre era un texto interesante. En el peor de los casos, saldría un artículo para una revista, Tom aún contaba con una red de directores de publicaciones fieles, entre los que seguía cotizándose. «La impalpable aureola de mis éxitos pasados adorna mi nombre con un postrer brillo que atrae a los más curiosos, pero ¿hasta cuándo?», solía decir. Daba igual: Tom estaba escribiendo y, saliera lo que saliese, aquello era un regreso a la disciplina y la producción intelectual, justo lo que necesitaba para sentirse bien.

Todo iba sobre ruedas, pensaba Olivia.

Las pesadillas de Zoey comenzaban a espaciarse, por fin. Había que reconocer que Gemma sabía ingeniárselas para entretenerla y cansarla durante la jornada, con lo que la pequeña se caía literalmente de sueño a la hora de la cena. Y los dos chicos se pasaban el día fuera, con sus nuevos amigos. Olivia procuraba no agobiarlos con preguntas y les daba la mayor libertad posible, aunque le costaba. Después de todo, era una madre, un pelín loba a decir verdad; era normal que quisiera saber todo lo que hacían sus lobeznos. Suerte que Tom la ayudaba a controlarse. Estaban encima de ellos todo el año, así que en verano, y especialmente ahora que acababan de mudarse a un sitio nuevo, se merecían que les soltaran un poco las riendas. «Estamos en un pueblo, ¿qué temes que les pase? Si no los dejamos tranquilos aquí y ahora, no sé cuándo vamos a hacerlo...», había dicho Tom. Tenía razón. Gemma la había tranquilizado asegurándole que su hermano Corey era un chico responsable, y Mahingan Falls, un lugar pacífico. Eso era lo esencial, se repetía Olivia, consciente de lo contentos que se mostraban cada noche, durante la cena. Incluso Owen había abandonado parte de su introversión natural. Hacía tres días se había acercado a ella para darle un abrazo, uno de verdad, rodeándole el cuello con los brazos y apoyando la cabeza en su hombro. Olivia, con los ojos arrasados, creyó que se derretía. El chico necesitaba cariño. Había tardado año y medio, pero poco a poco dejaba su caparazón y se aventuraba

tímidamente a salir al exterior, dentro de aquella familia que se había convertido en la suya por la fuerza de las circunstancias.

«Por el brutal impacto de un tráiler que se desvió de su trayectoria y destrozó el coche de mi hermana y mi cuñado una noche de enero, a la vuelta de un simple fin de semana con amigos.»

Owen solo había escapado de la tragedia porque en el último momento se le había inflamado un oído y se había quedado con su «tata». Salvado por una otitis.

Se reconstruía paso a paso. A los trece años, aceptar que la lógica no existe es demasiado difícil. Ni culpabilidad, ni moraleja, ni siquiera un sacrificio cualquiera que realizar para honrar la memoria de sus padres; únicamente la absoluta desesperación del vacío, sin motivo. Un camionero a punto de acabar su ruta tras treinta y siete horas sin dormir, un despiste, apenas cinco segundos, y dos vidas segadas. Pero ningún sentido. Era difícil de asimilar. Tom y ella hablaban con él de vez en cuando, si lo veían perdido, pero Owen prefería dejar las cosas sin decir. De ese modo, en medio de la violenta algarabía del sufrimiento cotidiano, se sentía más aliviado.

Todo iría mejorando. Olivia era optimista. En especial allí, en aquella réplica del paraíso. Solo necesitaban tiempo.

Con la cara alzada, Olivia disfrutaba del sol, pensativa.

Cerró la puerta de la sede de la emisora. El programa tomaba forma poco a poco. Pat Demmel le había encontrado un segmento horario perfecto: de nueve a once de la noche, entre semana. Podría dejarlo todo preparado por la tarde, volver a casa para cenar en familia, acostar a los niños y salir disparada hacia East-Peabody para estar en antena puntual como un reloj. Una franja interesante, la última recta de la jornada para hacer los últimos descubrimientos, un momento de confidencias antes de hundirse en la noche: le encantaba. Los ensayos para encontrar el formato adecuado se encadenaban al fin, generalmente por la mañana. Pat Demmel había tenido que ausentarse una semana para llevar a su pareja a visitar California —una antigua promesa—, pero desde que había vuelto se mostraba más voluntarioso y creativo que nunca. Sintonías, interludios atinados y propuestas sobre el propio contenido de la emisión: no paraba.

Todo estaría listo para el inicio de la temporada. Olivia no cabía en sí de impaciencia.

Mientras caminaba por la acera con la idea de dar una vuelta y buscarle un

cuaderno bonito a Tom que lo animara en su trabajo, un hombre cruzó la calle a toda prisa para ir a su encuentro. Era alto y delgado, el pescuezo le bailaba en el cuello almidonado de la camisa y el traje gris le quedaba mal sobre los encorvados hombros.

—Disculpe, ¿trabaja usted en la radio?

Sorprendida, Olivia no supo qué contestar sin enredarse en explicaciones demasiado largas y se limitó a asentir. El hombre, con una película de pelo blanco sobre el cráneo, la cara chupada y la mirada un tanto apagada, sacó un tarjetero de piel y extrajo de él una tarjeta profesional con un logo oficial.

—Soy Philip Mortensen, de la Comisión Federal de Comunicaciones. Más concretamente, trabajo para la Oficina de Aplicación de Normas. No sé si conoce usted nuestra agencia...

—Bueno, sí... Conozco la Comisión, *grosso modo*...

En su medio, todo el mundo sabía lo que era esa agencia, encargada de regular las comunicaciones en el conjunto del país. Podía cerrar cualquier cadena de televisión o emisora de radio, llevaba las riendas de las telecomunicaciones en su totalidad y arbitraba en los conflictos, velando para que se respetaran las leyes vigentes en esos ámbitos. Pero Olivia no tenía la menor idea sobre las ramificaciones de sus diferentes servicios.

—¿Puedo preguntarle qué labor desempeña en la emisora? —dijo Mortensen en un tono fingidamente amable.

—Pues... acabo de llegar. Soy locutora.

Mortensen la observó con desconfianza. Fuera de la CFC o no, estaba claro que llevaba años sin ver la televisión nacional por las mañanas, o bien no tenía ninguna memoria para las caras. No la reconoció.

—¿Desea hablar con un directivo? —le preguntó Olivia, recobrando la serenidad.

—Sí, pero, ya que la tengo aquí, me gustaría hacerle algunas preguntas. Estamos investigando una serie de anomalías y una posible sustitución de señal. A ese respecto, ¿ha advertido usted, durante el verano...?

—Sí —se apresuró a interrumpirlo Olivia—. Tuvimos un incidente, en efecto. Fue la semana pasada. Le confieso que no entiendo de cuestiones técnicas, pero no fue algo normal, de eso estoy segura.

El hombre se puso tenso, interesado, y cambió el tarjetero por una libreta para tomar notas rápidas.

—¿Qué incidente?

—Voces. Extranjeras. Y gritos... Como esas canciones tan violentas de heavy metal que escucha la gente joven.

—¿Satánicas? —preguntó Mortensen sin pestañear.

—Bueno..., no sé. Era una grabación, puede que fuera la banda sonora de una película, qué sé yo...

—¿Hablaban una o varias personas?

—Diría que al principio una, antes de todas esas voces. Fue muy breve.

—¿Trató de comunicar algún mensaje?

—Como le digo, no se le entendía, así que...

El funcionario asintió con los labios fruncidos.

—¿Y?

—Pues... eso es todo.

Sus pupilas grises se clavaron en las de Oliva. La escrutó con una intensidad que acabó incomodando a la joven cuarentona. No le gustaba aquel cambio de actitud en él, como si hubiera estado haciendo teatro hasta ese momento, haciéndose pasar por un agentillo federal desbordado antes de que el sabueso reglamentario surgiera al fin.

—¿Alguna otra avería repentina o interferencia exterior en su frecuencia?

—Que yo sepa, no. Debería usted hablar con mi jefe, Pat Demmel. Está dentro.

Mortensen asintió, pero no la dejó.

—¿Y sus líneas telefónicas?

—¿Privadas, quiere decir? No, nada... ¿Piensa usted que esto... tiene alguna relación conmigo? —preguntó Olivia, alarmada.

—En absoluto, pero estamos delimitando la extensión del problema, tenemos que asegurarnos de que no se trata más que de las señales de radio.

—En su opinión, ¿es intencionado? ¿Un listillo que ha querido jugar con nosotros?

—Estamos investigándolo. Por ahora no puedo decirle nada más. Gracias, señora...

Olivia dudó en identificarse. Aquel hombre la hacía sentir incómoda.

—Spencer-Burdock —dijo al fin.

Sin entregarle siquiera una tarjeta, como solían hacer los agentes federales en las películas, Mortensen se despidió y se dirigió hacia la emisora. Olivia no podía explicar el motivo, pero no se sentía muy bien. Tenía la impresión de haberse dejado utilizar, lo cual era ridículo, pensándolo bien, porque se

habían limitado a intercambiar unas cuantas frases en la acera. Decidió que aquel Philip Mortensen no le gustaba y reanudó la marcha para volver al nido.

Se le habían pasado las ganas de ir de compras.

Alzó la vista antes de cruzar la calle y vio una furgoneta blanca aparcada enfrente, en el punto del que había surgido Mortensen.

En el asiento del acompañante había un hombre con mono gris, con una gorra caída sobre los ojos. Pese a la visera, Olivia supo que la observaba.

No le gustó.

¿Qué se creían que eran?, ¿inquisidores al servicio de la Santa Autoridad Federal?

No, no se arrepentía en absoluto. Había hecho bien al dejar aquel dichoso mundo y la gran ciudad. El sano letargo de Mahingan Falls conseguiría calmarla y hacerle olvidar todo en unas horas.

Ahora solo deseaba una cosa: volver a su santuario. A su fortaleza. Con su familia.

19.

Tom creía haber tropezado con el cuerno de la abundancia, pero empezaba a preguntarse si en realidad no había abierto una caja de Pandora. Cada hora invertida en su inspección exigía ineluctablemente otra y desencadenaba un torbellino de interrogantes en el interior de su cabeza.

Las cajas encontradas en el desván tapiado le provocaban la excitación de quien intuye que ha hecho un hallazgo. Los arqueólogos que se topaban con un fósil raro, pensaba Tom, debían de sentir lo mismo mientras procuraban no echarlo todo a perder, no precipitarse con los pinceles para sacarlo de la tierra, impacientes al mismo tiempo por tener una visión de conjunto para saber si se trataba de un descubrimiento extraordinario o de un lamentable fiasco.

Se había pasado toda la semana encerrado en su despacho, sacando de las cajas documentos, cuadernos y libros, que había ordenado cuidadosamente en las estanterías, todavía no muy llenas. Como olían a humedad y polvo, trabajaba con la ventana abierta al jardín, para ventilarlos, y tomaba notas, indiferente al jovial reclamo de la naturaleza.

El contenido de las ocho cajas se desplegaba a su alrededor, organizado y distribuido en algo parecido a un orden lógico. Primero, los libros. El más moderno databa de 1974, pero algunos se remontaban a finales del siglo XIX, con cubiertas de cuero y nervaduras doradas o rótulos plateados en el lomo. Aún no había leído ninguno, pero los había hojeado atentamente para colocarlos. La mayoría trataban materias relacionadas con el ocultismo. Espiritismo, magia, adivinación, telequinesia, astrología, historia del esoterismo, brujería, psicología y un poco de hipnosis. Esa había sido la primera bofetada. La primera confirmación.

Tom no estaba loco, ni tampoco era un completo idiota por buscar una

explicación sobrenatural a los fenómenos que afectaban a su familia. Aquellos libros lo demostraban. Y no solo eso: alguien había llegado a la misma conclusión antes que él. Alguien que había dejado su legado en la casa, tras tomar la precaución de ocultarlo a las miradas. Era una evidencia más, que animó a Tom a seguir en esa dirección tras pasarse tres horas sin saber qué hacer. En su desconcierto, se había planteado la posibilidad de que todas las cosas extrañas que habían vivido desde que estaban allí tuvieran un origen paranormal, y como para probarse a sí mismo que era una idea ridícula, había llevado sus verificaciones hasta el final. Salvo que en el fondo de su ser no creía realmente que fuera a encontrar nada. Al tomar cierta distancia, había acabado confesándose. Aquellas cajas y su singular contenido acababan de desbaratar su retorcido plan. Peor aún: lo devolvían a su primera y disparatada teoría. En aquel pueblo ocurría algo anormal. Tom se había pasado la semana oscilando entre la aceptación resignada y la desconfianza pragmática, y esta última se tambaleaba peligrosamente.

La segunda parte de su botín había llenado, después de un examen superficial, dos carpetas de cartón. Hojas sueltas. Dibujos de alineaciones de planetas o estrellas, mapas de distintas regiones del mundo con anotaciones, diagramas de las zonas del cerebro y la mente, varias decenas de láminas explicativas de los «poderes del alma» y un buen número de amarillentos artículos recortados, y a veces arrancados, de diversos periódicos. El autor de aquella recopilación había hecho un trabajo ingente, y pese a la evidente falta de rigor Tom comprendió que había procurado reunir los distintos eventos que se prestaban a una interpretación inusual. Cualquier cosa susceptible de evocar un fenómeno sobrenatural. Tom se pasó tres días enteros enfrascado en esa lectura. Acabó concluyendo que al principio, con los recortes más antiguos, el investigador había utilizado todo lo que caía en sus manos, con cierta preferencia por los periódicos de la Costa Oeste, entre ellos los desaparecidos *Los Angeles Herald Examiner* y *Oakland Tribune*, para acabar centrándose en Nueva Inglaterra y luego, sin ningún género de dudas, en la zona de Salem. Las fechas no siempre figuraban, pero la mayoría de las que Tom pudo identificar correspondían a un período que iba de 1962 a 1975.

La segunda auténtica bofetada la recibió la mañana del quinto día de búsqueda, al abrir las numerosas libretas negras sujetas con gomas, a veces rotas. La letra era fina, bastante torpe, y Tom, haciendo de grafólogo aficionado, decidió que reflejaba una personalidad nerviosa, quizá un poco

inmadura. Atendiendo a la extensión de los manuscritos —veintiocho libretas de unas cien páginas cada una—, Tom afinó el perfil psicológico añadiendo una buena dosis de tenacidad, si no obsesión. No había fechas visibles, pero una cifra en la primera página de cada libreta le permitió ordenarlas y comprobar que no faltaba ninguna. Ya era algo: no tendría que lanzarse a la búsqueda desesperada del manuscrito perdido que supuestamente contenía la verdad.

Las iniciales G. O. T. reaparecían a menudo, y a veces rubricaban el final de los capítulos, que se cerraban con un enérgico trazo horizontal. Recordando lo que les había contado Roy McDermott sobre la historia de la casa, y viendo que las fechas podían corresponder, Tom cogió el teléfono a última hora de la mañana para llamar a su vecino.

—Verá, Roy, me preguntaba si por casualidad se acordará del nombre del antiguo propietario de nuestra casa, el que la ocupaba en los años sesenta y setenta...

—Uf, eso sí que es remover viejas piedras... ¿Se ha propuesto escribir la historia de su propiedad?

—Digamos que siento interés... ¿Gregory, George, Glen...? ¿Podría ser? La respiración de McDermott se oía en el auricular.

—Gary —dijo al fin—. Se llamaba Gary, Gary Tully. ¿Prepara un libro?

—Quién sabe —respondió Tom, evasivo—. ¿Lo conoció?

—Vagamente. Sé que cuesta imaginarlo viéndome hoy, pero en aquella época yo era un veinteañero que, como puede suponer, tenía mejores cosas que hacer que tirarle de la lengua a un vecino taciturno.

—Sin embargo, se acuerda de su nombre...

Lo había dicho sin pensar, con la espontaneidad un tanto brusca de quien, impaciente por averiguar algo, va directo al grano, sin formalidades.

McDermott hizo una pausa, quizá incómodo, antes de responder en un tono ligero:

—A la fuerza: casi diez años en la misma calle, con tan pocos vecinos... Además, saber quién era quién formaba parte de mi trabajo: si tienes una ferretería en un pueblo como este, acabas conociendo todo de casi todos.

Una risa seca cerró la explicación del anciano, y Tom sintió de inmediato haber sospechado que no se lo contaba todo. No había ni una pizca de malicia en él. No dudaba, se acordaba, comprendió Tom.

—Escuche, ¿por qué no se acerca a tomar una cerveza a la sombra? —le

propuso McDermott—. No me vendría mal un poco de compañía, ¿sabe?

—Será un placer, Roy. Y le llevaré lo que queda de la tarta de manzana que hizo Olivia ayer.

—Traiga también a su perro, ¡a ver si le da un buen susto a la maldita comadreja que se ha instalado en mi trastero!

Tom colgó y tamborileó con los dedos en el tablero barnizado del escritorio.

Gary Tully. «Un tipo de California», había dicho Roy el día de la barbacoa, que había llegado a finales de los sesenta, vivido allí unos diez años y revendido la casa a una familia de Maine. Tom lo recordaba todo.

«¿Qué buscabas en nuestro nidito, eh, Gary?» ¿Había venido por la casa, o era una casualidad que se hubiera interesado por el ocultismo mientras vivía en ella? ¿Y si había ido trastornándose poco a poco, como le estaba pasando a él? Tonterías en un principio, fenómenos extraños, antes de ir en aumento, hasta la evidencia.

«Hasta la obsesión», se dijo Tom pensando en la amplitud de las indagaciones realizadas por Tully.

De pronto, chasqueó los dedos. Los recortes de prensa más antiguos databan de principios de los años sesenta y provenían principalmente de California. «Entonces, la cosa empezó antes.»

Tom alzó los ojos hacia el techo. ¿Qué albergaba su casa? ¿Qué arcaico e inquietante secreto dormía en sus misteriosos cimientos? Le costaba creer en una herencia histórica con una pátina de años, dado el espléndido y sólido aspecto de la Granja, pero sabía que eso era el resultado de las obras realizadas en fecha reciente por Bill Tanningham. Era casi demasiado fuerte para no resultar completamente risible. Debía de haber otra cosa, un elemento particular cuya naturaleza ignoraba.

«Una explicación geológica. Una especie de magnetismo que afecta a nuestros cerebros, nos hace creer cosas y...»

Nuevo contraataque del escepticismo. Casi consiguió tranquilizarlo.

Hizo girar la silla y contempló las veintisiete libretas, alineadas una junto a otra sobre los libros. La respuesta estaba probablemente allí. Tendría que estudiarlas a fondo. «La respuesta de Gary Tully, no necesariamente la verdad.»

Un estremecimiento de excitación lo recorrió. Pese a lo extraño de la situación, Tom experimentaba una fascinación intelectual. Eso le hacía sentir

bien. Estaba enzarzado en una dura lucha, dividido entre dos actitudes contrapuestas, pero una empezaba a imponerse de forma inexorable. Una parte de él creía cada vez más en la posibilidad de una actividad paranormal alrededor de su casa, mientras que la otra, más sensata, se dejaba arrastrar con cierto regocijo. En el fondo, ¿qué podía perder?

Llamaron a la puerta, y la cabeza de Olivia se asomó al interior del despacho.

—¿Comes conmigo? He comprado pollo y voy a hacer una ensalada...

—Enseguida voy —respondió Tom tapando la vigesimoctava libreta con la mano.

No le gustaba mentirle a su mujer. Tenía la sensación de que, además de traicionarla, perforaba la burbuja de complicidad que habían creado a lo largo de los años y dejaba entrar un poco del aire viciado del exterior, una polución invisible que podía perjudicarles y de la que el único responsable era él. Intentaba serenarse aduciendo que solo era una mentira a medias; al fin y al cabo, como le había dado a entender a Roy McDermott, ¿quién sabía qué podía salir de todo aquello? ¿Una nueva obra de teatro? ¿Una novela quizá? Nunca se había atrevido a escribir una. Era un especialista en carreras de obstáculos de media distancia, no un corredor de maratones; prefería las dificultades regulares y pautadas del diálogo, la tensión rítmica de los actos a la lenta materialización de una trama enrevesada y agotadora. Tal vez aquellas indagaciones le abrieran nuevas perspectivas... Y para no inquietar a Olivia, era mejor no decirle nada. Estaba tan concentrada en el proyecto de su programa de radio que no quería calentarle la cabeza precisamente ahora.

«Mentiroso. Te guardas tu tesoro para ti solo y nada más.» Por otro lado, no tenía la energía necesaria para hacerle entender sus sospechas. Por inquietantes que fueran. Mientras no tuviera algo concreto que ofrecerle, era absurdo.

El pollo frío, la ensalada, los tomates y el maíz esperaban en la mesa de la cocina, mientras Olivia terminaba la salsa de yogur en la encimera.

—¿Sigues igual de entusiasmado? —le preguntó dedicándole una sonrisa resplandeciente.

—Bastante interesado, sí —respondió Tom, evasivo—. ¿Y tú? Esto recuerda la buena camaradería y la emoción de los primeros días...

Olivia se sentó frente a él.

—Presiento que me voy a divertir. No estaba tan ilusionada con un proyecto

personal desde hacía lustros.

—Perfecto. Era lo que necesitabas. Volver a conectar contigo misma, con tus aspiraciones. No digo que todos estos años en la tele solo hayan sido sufrimiento, pero ya no estabas contenta, y desde hacía tiempo.

Olivia se encogió de hombros mientras se servía.

—Es lo que le pasa a la mayoría de la gente en su trabajo a medida que progresa, que hace concesiones, que acumula responsabilidades... En cualquier caso, estoy encantada con este programa. No veo el momento de empezar.

Tom asintió satisfecho.

—¿Gemma y Zoey no comen con nosotros? —dijo al percatarse de pronto.

—Gemma se los ha llevado todos a la playa, de pícnic.

—¡Vaya! Tengo la sensación de que últimamente ve más a mi hija que yo.

—Piensa que dentro de tres semanas se acabarán las vacaciones, Gemma tendrá que volver al instituto y nosotros, a hacer de padres a tiempo completo...

—Necesitamos una niñera —respondió Tom de inmediato con fingida consternación.

—Si Gemma no tuviera que estudiar, le habría propuesto que siguiera con nosotros todo el año. Es estupenda, los chicos la adoran.

—Corrómpela. Total, ¿qué son un título y la perspectiva de una larga y aburrida carrera para poder emanciparse frente a la promesa de trabajar como una esclava para esta familia por un sueldo de miseria?

—Me he planteado en serio, sin que tenga que renunciar a los estudios, por supuesto, proponerle que venga unas horas, cuando pueda, siempre que eso no afecte a su rendimiento académico. Le tengo cariño. Es inteligente, llegará lejos.

Acabaron de comer. y cuando se disponían a recoger la mesa, Olivia se decidió a hablar de lo que llevaba rato preocupándola.

—Esta mañana ha venido un fulano de la Comisión Federal de Comunicaciones a hacernos preguntas. Creo que un listillo intenta sabotear nuestros programas jugando con las frecuencias. No lo he entendido muy bien, pero de pronto la CFC investiga y... No me ha gustado nada ese tipo...

—¿Te ha hablado mal?

—No, pero... su forma de mirarme...

Tom dejó el vaso.

—¿Un perverso?

La televisión atraía a más pelmazos, sátiros y perturbados que mosquitos un fluorescente, y a Olivia ya le había tocado aguantar a unos cuantos pirados más o menos insistentes, que siempre habían inquietado mucho a Tom.

—No. No sé cómo explicártelo... Ha sido su actitud, ya sabes, como esa gente que parece ausente, sin personalidad, y de repente tiene un brillo en la mirada que te hace sospechar que en realidad finge, que se hace la tonta para conseguir lo que quiere.

—¿Te has encontrado con el inspector Colombo? —bromeó Tom, pero viendo que a Olivia no le hacía gracia cambió de tono de inmediato—. Te lo has tomado muy en serio... ¿Investiga algún asunto que pudiera ser grave?

—No lo sé, pero él no me ha gustado. Me ha dado la sensación de que me utilizaba.

—Escúdate en Demmel, parece que le caes bien, y es su función —Olivia asintió, pero Tom se daba cuenta de que estaba un poco contrariada por aquel asunto. Le cogió la mano—. De todas formas, no tienes por qué volver a ver a ese tipo —insistió.

—No, claro que no. Es absurdo, ponerse así por tan poca cosa, lo sé.

Recogieron la cocina hablando de cosas más agradables, y Tom se tranquilizó al comprobar que su mujer se olvidaba de sus preocupaciones, cogía un libro e iba a sentarse en una tumbona del jardín. Le anunció que iba a tomarse el postre a casa de Roy, silbó a Smaug para que lo siguiera, y juntos subieron la calle, que serpenteaba en medio del bosque. La casa de McDermott no apareció hasta el último momento, envuelta en la cabellera de los sauces que la rodeaban. El anciano se balanceaba en una mecedora, que crujía bajo el peso de su corpachón, a la sombra del porche.

—Una verdadera tarjeta postal... —murmuró Tom, diciéndose tranquilo que esa podría ser su vida en adelante.

Levantó el plato con los restos de la tarta de manzana y saludó a su vecino, que con un gesto lo invitó a sentarse en el balancín, colgado con cadenas de la marquesina que recorría toda la casa. Roy sacó una cerveza fría del cubo lleno de hielo que tenía a sus pies, y compartieron la tarta hablando de naderías y haciendo comentarios sobre la exuberante vegetación que tenían delante. Después Tom no pudo contener por más tiempo la curiosidad.

—Dígame, Roy, ese Gary Tully del que me ha hablado por teléfono hace un rato, ¿a qué se dedicaba exactamente?

Un leve brillo iluminó los ojos de Roy McDermott, como si esperara o temiera ese momento desde el principio.

—Era sociólogo, creo, pero confieso que nunca supe qué pintaba aquí. Mencionó un libro en varias ocasiones, pero no sé en qué quedó la cosa. ¿A qué viene tanto interés? ¿Le han hablado de él en el pueblo?

Tom dudó entre responder con otra pregunta o inventarse alguna excusa, hasta que miró a Roy. ¿Por qué se empeñaba en rodearse de tanto misterio y tantas mentiras?

—He encontrado cosas tuyas —confesó.

—¿En la Granja? Después de todas esas obras, es un milagro...

—A decir verdad, Bill Tanningham no tocó el desván. Y había una especie de separación, que debe de remontarse a la época de Tully. Ignoro el motivo, pero guardó sus documentos allí y nunca volvió a por ellos.

Con la cerveza en la mano, Roy se inclinó hacia Tom en actitud confidencial.

—Tully era un excéntrico, incluso para aquellos tiempos, lo cual es decir poco. Recuerdo que en el invierno de 1969 desapareció durante dos meses sin avisar. Cuando regresó, me dijo muy orgulloso que había ido a apoyar a sus «amigos indios» a Alcatraz. No creo que llevara una sola gota de sangre amerindia en sus venas, pero Tully era un personaje un poco raro. Un exaltado. Un año, colgó pancartas contra la guerra de Vietnam en su fachada, y allí se quedaron hasta volverse ilegibles. Por aquí nunca pasa nadie, ¡es una calle sin salida! Pero él estaba convencido de que era importante.

—¿Le habló de su interés por el esoterismo?

Roy se recostó en la mecedora e hizo una mueca mitad divertida, mitad resignada que parecía significar: «¡Acabáramos!».

—Era la materia de su libro. No sé de qué vivía, pero sí para qué. ¿Eso es lo que ha encontrado?

—Efectivamente. Toneladas de notas. Probablemente, diez o quince años de investigaciones. ¿Publicó el libro?

—Lo dudo.

—Un hombre así, consagrado a su obra... Me cuesta creer que cruzara todo el país para instalarse aquí por casualidad. ¿Le comentó qué era lo que buscaba?

—No. No hablaba de eso, al menos no con detalle. De vez en cuando recibía a gente que venía a pasar unos días en su casa. No eran de por aquí.

Podía verse luz hasta muy tarde, incluso toda la noche. Luego podía pasarse el día entero durmiendo; murmuraba explicaciones vagas para justificarlo, pero, verá usted, en los Tres Callejones no es que nos vigiláramos o hiciera falta justificarse por todo. Cada cual es libre. Además, eran otros tiempos... Entonces ciertos comportamientos no le chocaban a nadie. Suele decirse que la sociedad evoluciona, que progresa, pero en realidad es al revés. Nos anquilosamos en nuestros valores. Si hubiera vivido usted los sesenta y los setenta, lo comprendería.

Tom estaba intrigado y frustrado al mismo tiempo. Sentía que lo esencial se le escapaba. Gary Tully no había venido desde California solo para enfrentarse al duro invierno del noreste.

—Roy, en su opinión ¿hay algo en Mahingan Falls que pudo haberlo atraído?

Una mueca misteriosa hizo elevarse las comisuras de los labios del anciano.

—Es una tierra de mitos. Como el grueso de Nueva Inglaterra, es nuestra historia más antigua, la de los primeros colonos. Si la Costa Oeste debía ser nuestro Renacimiento, nosotros seríamos la prehistoria de esta nación.

—Comprendo. Pero ¿no hay algo concreto que él pudiera haber mencionado?

—Tully no era muy hablador, y menos aún en lo tocante a su libro. Solo se refirió a sus obsesiones tras muchos años de vecindad. Voy a decirle una cosa, Tom: aquí todo está sujeto a interpretación para cualquiera que vea el mundo bajo el prisma del ocultismo. El monte Wendy, sin ir más lejos —dijo Roy señalando la mole verde y marrón que se alzaba sobre sus cabezas—. En realidad, no se llama así. Wendy es una abreviación de «wendigo». ¿Ha oído hablar del wendigo?

—Es una especie de monstruo amerindio, ¿no?

—Nada de especie: ¡el monstruo! Una leyenda común a varios pueblos indios, una criatura aterradora, vinculada al canibalismo, que vive en lo más profundo del bosque y tiene un aspecto espeluznante. Cuando los colonos llegaron aquí, los indios evitaban esa montaña, y las tribus que vivían en la hondonada que hoy ocupamos nosotros no estaban muy bien vistas por las demás. Nuestra civilización se desarrolló, barrió a los anteriores habitantes de estas tierras y olvidó esos orígenes, pero el nombre del wendigo seguía ahí, para susurrárnoslo al oído. Supongo que eso pondría nervioso a más de uno, así que con los años acabaron acortándolo, y hoy en día, si les preguntara a los

niños qué significa el nombre del monte, lo mirarían con cara de bobos y se rascarían la cabeza.

—No lo sabía.

—No puedo culparlo. La herencia que nos legaron nuestros antepasados se fue esfumando con el paso del tiempo. Los topónimos, las edificaciones, las costumbres... A veces..., muy a menudo, los nombres se sustituyeron por otros más... civilizados. El monte Wendigo se convirtió en el Wendy, el cabo de los ahogados se transformó en el espolón y así sucesivamente. Mahingan Falls, por ejemplo, ¿sabe qué significa? Las «caídas del lobo». Viene del algonquino, creo, mezclado con nuestro maravilloso inglés. Antaño la región estaba infestada de lobos. Y así sucesivamente. De modo que sí, a todos los iluminados que tienen un poco de cultura, nuestro pequeño paraíso puede parecerles un libro abierto sobre el pasado, y no siempre el más glorioso.

Tom cayó en la cuenta de que, en toda la documentación que había acumulado Gary Tully, no había visto ningún libro ni leído ninguna anotación sobre los mitos indios, y se preguntó cómo era posible que alguien tan obsesivo hubiera pasado por alto ese detalle, sobre todo tras decidir sentar sus reales allí. No era casualidad. La explicación debía de estar en las libretas, esperaba.

—Cuando vendió la casa, ¿adónde se fue? —le preguntó a Roy.

El anciano se humedeció los labios lentamente con la mirada perdida en su propiedad, que se confundía con el bosque.

—Murió, Tom. No pierda el tiempo inútilmente. El otro día no quise hablar del asunto delante de su mujer y sus hijos, así que, para *simplificar*, dije que volvió a vender la casa. Pero no es verdad, es decir, no lo hizo él personalmente. Gary Tully se suicidó.

—¿En nuestra casa, quiere decir?

Roy asintió sombríamente.

—Habría preferido ahorrárselo, pero no para de hacer preguntas. Lo siento.

Tom se hundió en el balancín, y la cadenas empezaron a tintinear. No esperaba algo así. Tras un minuto de silencio, agarró a su vecino del brazo.

—Roy, quiero saberlo. No me apetece dar vueltas por mi casa imaginándome la escena en cada habitación. ¿Dónde lo hizo?

La pecosa mano del antiguo ferretero se deslizó por la parte inferior de su rostro como si intentara borrar una antigua marca.

—No creo que sea una buena idea, Tom.

—Soy yo quien vive en esa casa, tengo derecho a saberlo. Seguro que si llamo a Tessa Kaschinski, ahora que se ha embolsado la comisión, estará encantada de contármelo. Preferiría oírlo de usted.

Roy volvió a pasarse la lengua por los reseco labios y dejó escapar un profundo suspiro.

—En la primera planta, en lo que era su despacho. Se ahorcó.

—¿Sabe en qué habitación exactamente? —la penetrante mirada del anciano se posó en Tom, como desafiándolo a insistir—. Roy, es importante para mí.

McDermott tragó saliva, resignado.

—En esa época, al llegar a lo alto de la escalera había un recodo a la izquierda, en dirección a la otra ala. La tarima crujía, y una de las puertas del pasillo estaba abierta. La segunda a la izquierda. El sol salía por ella, como si la habitación estuviera en llamas. Dentro, Tully se balanceaba en el aire, aureolado por los rayos del ocaso.

El corazón de Tom dio un vuelco.

«El cuarto de Zoey.»

—Usted lo vio, ¿verdad? —comprendió de pronto.

—Fui yo quien lo encontró. Tras varios días sin noticias tuyas, con su coche aparcado fuera, tuve un presentimiento. Lo había visto hundirse en la depresión, ¿sabe? Lentamente. En esos tiempos no se hablaba del tema como ahora, no acababas de saber qué hacer o qué decir, parecían ataques de tristeza... Un lingotazo de whisky, una partida de cartas, y se le pasaba... —Roy meneó la mandíbula para estirar la piel de su rostro. Parecía cansado—. Lo que me guio fue el olor —dijo al fin—. Estaba cubierto de bichos, ya no era más que una enorme y rezumante colmena. Ahí tiene por qué me acuerdo de Gary Tully. Hágase un favor, Tom: no se lo cuente a Olivia. Todo el mundo ha olvidado a aquel excéntrico, a excepción de un servidor. Haga lo mismo.

Tom le dio las gracias con un gesto de la cabeza, pero su mente ya no estaba allí. Vagaba entre conjeturas y presagios. ¿Realmente pasaba algo sobrenatural en su casa? ¿No había sentido Olivia, de una forma u otra, la presencia espectral de Gary Tully? ¿Y no era ese mismo fenómeno lo que aterrorizaba a su hija durante la noche? No podía ser casualidad que el lugar exacto donde se producían manifestaciones extrañas fuera precisamente la habitación en la que el ocultista se había quitado la vida. Tom sentía vértigo. Jugar a creérselo para distraerse estaba muy bien, pero acumular pruebas cada vez más tangibles comenzaba a asustarlo. No todas sus barreras racionales habían cedido, pero

flaqueaban. Veía asomar una duda. Esta vez, real. No era posible. Y, sin embargo, empezaba a tomárselo en serio...

«Esta misma tarde cambio a Zoey de habitación —buscaría un pretexto—. Por supuesto, es una decisión sin fundamento, un ataque de paranoia, pero necesito hacerlo —solo para estar tranquilo. Del mismo modo que una persona que no cree en Dios prefiere no escupir en una iglesia, porque es mejor ser prudente—. Por si acaso».

Roy lo observaba con atención. Muy serio.

—Voy a darle un buen consejo, Tom: déjelo estar. Perderá el tiempo y se llenará la cabeza de ideas raras. Confíe en este viejo carcamal. Las obsesiones solo sirven para poner el foco en lo que no existe e inventarse fantasmas. Olvide todo ese asunto.

Tom no habría sabido explicar lo que veía en la mirada de su vecino, aparte de seguridad en sí mismo y firmeza en lo que decía. Asintió, más que nada por educación, mientras seguía preguntándose qué iba a hacer respecto a Zoey y qué mentira urdiría para no alarmar a Olivia.

Roy se levantó con dificultad y le palmeó la rodilla con su manaza.

—¡Venga, hay que despejar la mente! ¿Por qué no llama a su perro y le echamos un vistazo al trastero? Por las noches oigo corretear al bicho allí dentro... ¡Ah, y no olvide darle las gracias a su mujer por la tarta! ¡Estaba deliciosa!

20.

«Fort Knox.»

Era la contraseña. Su secreto debía estar tan bien guardado como las reservas de oro de Estados Unidos en la cámara acorazada de Fort Knox.

Se le había ocurrido a Corey cuando llevaban más de una hora discutiendo sobre lo que debían hacer. Owen había propuesto que se lo contaran a los adultos, aunque no le convencía mucho la idea porque temía que acabara tocándole hacerlo a él. El espantapájaros no lo había visto nadie más. Sus amigos lo creían (le daban ganas de abrazarlos, porque no habría podido soportar el peso de aquella horrible experiencia él solo), pero si había que describir los detalles tendría que hacerlo él. El arsenal de preguntas sería para él. Los otros habían dudado: ninguno lo sentía. Contarles a los padres ¿qué exactamente? ¿Y a qué padres, para empezar? ¿Qué adulto los escucharía sin tomárselo a risa y responder que dejaran de inventarse idioteces? Connor no estaba totalmente seguro de que un espantapájaros putrefacto los hubiera perseguido, aunque admitía que era posible. Como los demás, había sentido la urgencia de huir de una presencia que intentaba darles caza y confiaba en Corey cuando este afirmaba con convicción que la cruz de palos estaba vacía. Pero seguía siendo el más escéptico. Chad estaba casi tan conmocionado como Owen. Apoyaba la versión de su primo hasta el último detalle. Pero eso no era suficiente. No entendía lo que acababa de suceder, y eso hizo surgir numerosas preguntas.

—Estamos de acuerdo —dijo Connor—, seguramente ha sido un capullo disfrazado, y con el miedo has creído que era de verdad. Además, hacía mucho calor, la deshidratación te ha confundido...

Owen sacudió la cabeza. Sabía que no era así. Hasta el olor seguía persiguiéndolo. Una fetidez ancestral que había penetrado en sus mucosas

hasta despertar un miedo del córtex reptiliano: el de la muerte. En su forma más primitiva.

—¿Y si ha sido una alucinación? —sugirió Corey—. Alguien ha podido verter alguna droga en el depósito de agua de Little Rock River.

—¿Quién? —preguntó Chad, poco convencido.

—No sé, terroristas.

—¿Terroristas en Mahingan Falls? ¿Lo dices en serio? —replicó Connor, lleno de desdén—. No, qué tontería... Además, tendría alucinaciones todo el mundo, no solo Owen.

—Sé lo que he visto. Y era real.

A los tres les había impresionado su cara descompuesta y, seguramente, también la gran mancha de orina en su pantalón, aunque ninguno la había mencionado, por lo que les estaba muy agradecido. A los trece años, un chaval podía encajar un cara a cara con un espantapájaros vivo, pero no hacérselo encima. En eso estaban todos tácitamente de acuerdo.

—Entonces, mientras decidimos lo que vamos a contar, cerramos el pico —concluyó Connor.

Chad asintió.

—¿Es nuestro secreto?

—Lo enterramos en el fondo de nuestras cabezas y solo hablamos de ello entre nosotros, ¿de acuerdo?

—¡Más protegido que Fort Knox! —remachó Corey.

—Exacto. Esa será nuestra clave para referirnos al incidente. Fort Knox.

Y desde entonces, Owen soñaba con Fort Knox. Pesadillas terroríficas. Estaba en el maizal, que se extendía hasta el infinito, impenetrable, y corría en vano en busca de una salida, mientras algo muy antiguo lo perseguía riendo por lo bajo y derramando gusanos amarillos por la boca y las cuencas vacías de los ojos. Había mojado la cama dos veces. Humillado, se había resignado a levantarse en plena noche, cruzar la casa helada sin dar la luz del pasillo, bajar al cuarto de la lavadora, ponerla y volver a por la ropa antes de que amaneciera para que nadie se enterara. Vagar en la oscuridad le daba casi tanto miedo como las pesadillas. Tenía la sensación de que el espantapájaros aparecería de pronto en alguna esquina, sin hacer ruido, y su enorme cabeza podrida se inclinaría sobre él como para jugar, sus manos de acero asomando por el ángulo de la pared, dispuestas a atraparlo. Owen se esforzaba al máximo para ahuyentar esas horribles imágenes, sin éxito. El largo corredor

de la primera planta parecía no tener fin, y cada umbral a oscuras era un posible escondite para el monstruo. Pero no podía dejar mojadas las sábanas. La vergüenza que pasaría delante de Chad sería insoportable. Y sabía que Olivia, preocupada, lo atosigaría. Le hablaría de sus padres, intentaría tranquilizarlo, reconfortarlo, sugeriría que visitaran a un «especialista» para que lo ayudara... En resumen, perdería el sueño. Ahora ya la conocía. Y él no quería eso.

Una de esas espantosas noches, echó de menos a sus padres de manera especial. Su habitación junto a la de ellos. Sus costumbres. Sus puntos de referencia. La presencia de los dos. Lloró repetidas veces, cosa que no hacía desde el otoño anterior, y se abrazó a una foto suya para volver a dormirse, acurrucado bajo una colcha vieja, mientras esperaba a que, en el piso de abajo, la lavadora acabara de devolverle la dignidad.

Después del desayuno, Chad fue a buscarlo fuera y se lo encontró sentado en la hierba, acariciando a Smaug.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Pues parece reventado...

Owen se encogió de hombros.

—Tú también. Tienes ojeras.

—Mamá se nos va a echar encima como nos vea así.

Owen iba a responder que Olivia no era su «mamá», pero se había jurado que no reaccionaría así apenas unos meses después de haberse ido a vivir con los Spencer. Le gustara o no, ahora eran su familia, eso ya no podía cambiarlo. Viviría allí durante años. Olivia y Tom se comportaban como unos padres adoptivos, lo que en cierta forma le agradaba más. Los quería mucho, y ahora ya no dudaba de que un día acabaría considerándolos su segunda familia. Lo aceptaba. Pero era demasiado pronto para llamarlos papá y mamá.

—Tengo pesadillas —confesó Chad.

Owen estaba sorprendido, aunque en el fondo —y eso le hacía sentir un poco culpable— casi se alegraba. No estaba solo.

—Yo también. A todas horas.

—¿Fort Knox?

—Sí, Fort Knox. Pienso en eso todo el rato.

—Oye, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo Chad tras una breve vacilación—. Pero tienes que jurarme que me dirás la verdad. El mordisco..., ¿de

verdad no fuiste tú? —Owen lo miró fijamente y meneó la cabeza con suavidad—. Joder... —soltó Chad, que rara vez decía palabrotas si su madre estaba a menos de doscientos metros.

Los dos primos se tomaron su tiempo para digerir lo que eso significaba. Luego, Chad expresó lo que ambos pensaban confusamente.

—Aquí pasa algo raro.

—Prométeme que la próxima vez me creerás —le pidió Owen.

—Si me dices que los Vengadores han aterrizado en el salón, te creeré. No volveré a llamarte mentiroso.

Owen estaba satisfecho. En las circunstancias actuales, era importante sentirse respaldado.

—Tengo miedo —confesó.

Chad le dio un empujón amistoso.

—Si nos pasa algo, sea lo que sea, lo hablamos, ¿vale? Nada de secretos entre nosotros. Tenemos que apoyarnos pase lo que pase. Ahora tú y yo somos un equipo, luchamos juntos.

—De acuerdo.

Al cabo de unos instantes durante los cuales acariciaron a dos manos a Smaug, Owen volvió a la cuestión que más le preocupaba.

—¿No crees que de todas formas deberíamos hablar con Olivia y Tom?

—¿Estás loco? Mi madre se asustará y nos encerrará bajo siete llaves. Pensará que hemos tomado drogas, y entonces estaremos listos hasta que acaben las vacaciones, o llamará a todos los loqueros de Nueva York. Y en los dos casos podemos despedirnos de nuestras excursiones con los amigos. Yo cierro el pico.

—Está bien. Yo tampoco diré nada.

De pronto, Smaug levantó el hocico y detectó uno de esos olores que solo los perros son capaces de distinguir, porque acabó desperezándose y yendo a olfatear las flores al borde del jardín. Los muchachos lo observaron, divertidos, pero al cabo de un momento Chad se puso en pie de un salto y le tendió la mano a su primo para ayudarlo a levantarse.

—Venga, vamos a pedirle a mamá que nos deje en el paseo. Connor prometió que nos llevaría a ver el salón de videojuegos del centro.

Detrás de ellos, el perro seguía a lo suyo, enfrascado en una nueva investigación olfativa y deteniéndose de vez en cuando para inundar todo lo que no le gustaba con un chorro de orina. Dio una vuelta al jardín, se paró

frente al bosque e hizo varios movimientos de avance y retroceso, antes de darse por vencido y marcharse con el rabo entre las patas.

Esa noche, Owen se durmió en cuanto apoyó la cabeza en la almohada, por primera vez desde «Fort Knox». Había sido un día agotador, lleno de diversión en el salón de videojuegos y de carreras por el paseo de madera que dominaba el océano. Corey había llevado su monopatín para que lo probaran en la pista acondicionada con rampas de diferente altura. Connor les había hecho partirse de risa con sus bromas de colegial, a veces sexuales, y habían podido volver tarde a casa, donde Gemma los había dejado justo a tiempo para cenar. Divertirse, despejar la cabeza, cansarse física y mentalmente: justo lo que necesitaba Owen.

Se hundió en un profundo sueño reparador, pero cuando abrió los ojos con dificultad se dio cuenta de que aún era plena noche. Parpadeó varias veces, sin entender qué pasaba, y cuando estaba a punto de taparse otra vez con las sábanas, enredadas entre las piernas, con la intención de volver a dormirse cuanto antes, se preguntó qué lo habría despertado. Miró la habitación, dividida en zonas de intensa oscuridad y franjas azuladas por la luz de la luna, que se filtraba entre las lamas de la persiana, mal bajada. La puerta que daba al pasillo estaba cerrada, y la del trastero en el que habían construido el laberinto de cajas, también. Desde el episodio de la mordedura, y más aún desde el encuentro con el espantapájaros, Owen sentía aversión por aquella estancia. Sospechaba que alguna cosa merodeaba por ella. Una cosa con una boca enorme llena de dientes. «Y un hambre de lobo...»

Al fijarse mejor, Owen advirtió que esa puerta no estaba tan bien cerrada como parecía: el pestillo sobresalía del marco blanco como una lengüecilla que apuntaba en su dirección. Que le hacía burla.

«Oh, no...»

Owen no podía volver a dormirse sabiendo que la puerta no estaba perfectamente encajada. Si aquella cosa quería entrar, no tenía más que empujarla: se abriría del todo sin ni siquiera chirriar, y él estaría a su merced. Tenía que levantarse y cerrarla.

Solo que estaba oscuro, era plena noche y tendría que abandonar la seguridad de su cama, recorrer al descubierto toda la anchura de la habitación y acercarse a la guarida de aquella cosa hambrienta, con las fauces llenas de

colmillos, a la que nada impediría saltar sobre él en el momento en que extendiera la mano hacia el picaporte...

Owen tiró de las sábanas hasta cubrirse del todo, cara incluida, dejando una estrecha rendija para respirar y ver el dormitorio. Ahora estaba completamente despierto.

«¿Qué ha podido despertarme? ¿Y si ha sido precisamente esa maldita puerta al abrirse?»

Ya no veía otra cosa. Aquella endemoniada lengua de acero negro lo retaba a acercarse para devolverla a su ranura.

Si no lo hacía, no podría volver a dormir. Se apretó la ropa contra el cuerpo como si fuera una armadura y se incorporó. Se atrevió a sacar una pierna fuera de la cama y apoyar el pie en la alfombra. Nada. Ningún movimiento en las sombras, ningún ruido. Eso lo animó a desplegarse en la cama y a levantarse.

Solo cuatro metros.

Owen se ajustó la capa para que lo protegiera sin hacerle caer, pero se le resbaló un poco sobre la cabeza, dejándole al descubierto parte de la cara. No le hizo ninguna gracia: eso lo dejaba a la vista de las fuerzas del mal, que estaban al acecho. Porque no podía ser más que eso, las fuerzas del mal. Eran ellas las que habían soltado a uno de los suyos en el trastero, en medio de las cajas. El laberinto era su guarida. «¡Un minotauro! —comprendió Owen, acordándose de las leyendas griegas que le contaba su madre por las noches—. ¡Eso es! ¡Un minotauro!»

Solo tres metros.

No, no era un minotauro. Bien pensado, no cuadraba. De hecho, el minotauro casi resultaba tranquilizador. Lo que había mordido a Chad era peor que un minotauro. Y, sobre todo, más aterrador. No era humano, ni siquiera a medias. Era maligno. Totalmente monstruoso. «¡Y está hambriento!»

Solo dos metros.

En la oscuridad, el blanco de la puerta le parecía un poco fosforescente. La hoja no se movía. Aún no. ¿Y si la cosa estuviera justo al otro lado? Esperándolo, con la baba goteando por su enorme boca, al pensar en el banquete que se iba a dar... Frotándose las zarpas de gusto... Cuando lo tuviera más cerca, con la mano extendida para cerrar la puerta, se abalanzaría sobre él, lo agarraría con su puño helado y lo arrastraría a las tinieblas del laberinto para hundir los acerados colmillos en su jugosa carne. Le taparía la boca con una de sus viscosas manos para impedir que gritara, le chuparía la

sangre, lamería su carne y le arrancaría los huesos para partírselos uno a uno y sorber con avidez los tuétanos... Y él seguiría con vida hasta el final, retorciéndose de dolor.

«¡Basta!»

¡A quién se le ocurría imaginarse semejantes atrocidades!

Solo un metro.

Ya casi estaba. Sus pies se deslizaban sin ruido por el parquet, y de pronto se percató de que se le habían enredado las piernas en la sábana. Si tenía que echar a correr, acabaría en el suelo, enrollado en su propia camisa de fuerza. Entreabrió su armadura, y la luz de la luna iluminó su frágil cuerpo. Al fin, extendió la mano, exactamente como acababa de imaginárselo. Asió el frío picaporte. ¿Estaría la cosa agazapada en silencio al otro lado, arrastrando su puntiaguda lengua por el suelo, como una enorme y rolliza lombriz? ¿Estaría a punto de empujar la puerta con fuerza para arrojársele encima? ¿Sufriría él mucho rato?

Owen empujó la puerta, y el pestillo se hundió en la cerradura con un suave clic. «¡Uf!» Soltó un suspiro y se volvió hacia la cama.

No había dado ni tres pasos cuando se escuchó un sonido.

No provenía de detrás de él, como se temía, sino de un lado. De la ventana.

«Fuera.»

Un rasguído metálico en la hierba. Inconfundible: dientes de hierro doblándose al arañar la tierra y vibrando a continuación en el aire. Producían un silbido seco. Casi un tintineo.

«Como un rastrillo de jardinero.»

Un escalofrío lo sacudió de la cabeza a los pies.

«No, no puede ser.»

Owen se negaba a creerlo. Sin embargo, volvió a oírlo, y se echó a temblar.

Alguien rastrillaba el jardín en mitad de la noche. Owen supo al instante de quién se trataba. Era él quien lo había despertado. Aquel ruido tan peculiar: su subconsciente lo había reconocido y había hecho sonar la alarma, para que su conciencia pudiera tomar el control. Para que actuara. Para que le permitiera ocultarse. Lejos, muy lejos, en las profundidades de la casa, en el lugar más escondido y disimulado posible. Tenía que hacerlo. ¡Ya!

Owen sacudió la cabeza. Estaba a punto de orinarse encima cuando pensó en Chad. Tras la conversación de esa mañana, podía confiar en él. Sí, Chad sabría qué hacer. Tenía que ir a buscarlo. Juntos serían más fuertes. Se volvió

hacia la puerta del trastero.

No, ni pensarlo. No se arriesgaría a pasar por ahí. Ahora no. Retrocedió y abrió la otra puerta.

El largo pasillo estaba totalmente a oscuras. Enfrente, la puerta de Zoey abierta de par en par. Owen no había entendido muy bien el motivo, pero Tom había decidido cambiarla de habitación, y ahora la pequeña dormía en la otra ala, cerca de sus padres.

«Ya solo estamos nosotros. Chad y yo.» Se apresuró a llegar junto a su primo, apartándose todo lo que pudo de la puerta del trastero, que separaba las dos habitaciones, antes de introducirse en la de Chad, al que despertó con suavidad pero también con firmeza.

—¿Qué? —balbuceó Chad, atontado.

—¡Chiss! Chad, pasa algo, te necesito —su primo no tardó en comprender la urgencia de la situación y se incorporó en la cama, dispuesto a escucharlo—. Creo que... —Owen señaló la ventana—. Está ahí. Justo ahí fuera.

—¿Quién?

—El espantapájaros.

Chad abrió unos ojos como platos, y Owen percibió el miedo en ellos. No le gustó, pero lo prefería mil veces a la indiferencia o la burla. Chad saltó fuera de la cama y corrió en dirección a la ventana.

—¡Cuidado! —le susurró Owen—. ¡No debe vernos!

El instinto le aconsejaba permanecer oculto. Un sexto sentido primitivo le ordenaba no dejarse ver bajo ninguna circunstancia. Los restos de una herencia de cientos de miles de años viviendo con el miedo a los depredadores, intuyendo el peligro, olfateándolo para protegerse de él —un persistente atavismo, sepultado en lo más profundo del ser humano—, percibían la amenaza allí abajo, porque en cierto modo procedía del mismo mundo, un mundo donde lo que prevalecía era la lucha entre la vida y la muerte, como un vestigio ancestral de la bestialidad. Sobre todo, no había que dejarse ver. «¡O acabará contigo de inmediato!»

Los dos primos se agacharon para acercarse a la ventana, y con infinito cuidado, Chad apartó dos lamas para mirar afuera.

A sus pies, una figura burdamente humana vagaba por el césped.

Por un segundo, Owen se preguntó si no sería Tom, hasta que se fijó en el tamaño de su cabeza. No podía ser, a menos que Tom hubiera desarrollado un enorme tumor cerebral en cuestión de horas.

En ese momento la luna se reflejó en sus manos.

Dos rastrillos de jardinero.

Arrastrando los pies, el espantapájaros examinaba el suelo.

Owen temblaba de tal modo que le castañeteaban los dientes. Chad le puso la mano en el brazo para recordarle que estaba allí, pero también él temblaba.

El espantapájaros dio unos cuantos pasos en un sentido, y luego, como si siguiera otro rastro, cambió de dirección y se inclinó hacia el suelo. De su cara se desprendían decenas de migajas, y Owen no necesitó luz para saber que eran gruesos gusanos amarillos.

—Te lo dije... —farfulló con un hilillo de voz cuando fue capaz de tragarse los sollozos y los alaridos que amenazaban con ahogarlo—: No vi visiones, existe.

Chad asintió lentamente.

—Yo te creí. Parece... que está buscando algo.

—A alguien —le corrigió su primo—. A nosotros.

—¿Tú crees?

—Sigue nuestro rastro. ¿Qué pinta en nuestro jardín si no?

—¡Oh, mierda! ¿Y qué hacemos?

Owen se dijo que había ido a buscar a su primo para sentirse apoyado y al final resultaba que el más sereno era él. Aun así, la presencia de Chad lo tranquilizaba. Cualquier cosa menos estar solo.

No podían apartar los ojos de aquella visión de pesadilla.

De pronto, el espantapájaros se inmovilizó y volvió su repugnante cara, devorada por los gusanos, en dirección a la casa.

Sus ojos vacíos y su gran boca, abierta en una sonrisa cruel, se alzaron hacia la primera planta.

Chad tiró del cuello del pijama de Owen y los dos primos se agacharon bajo la persiana, pero con las prisas la hicieron oscilar y chocó contra el cristal.

—¿Nos ha visto? —preguntó Owen, muerto de miedo.

—No, creo que no —sin levantarse, Chad detuvo el movimiento de la persiana con una mano—. Vaya, eso espero.

—¿Despertamos a tus padres?

Chad negó tajantemente con la cabeza.

—No sé por qué, pero mejor no.

—¡Ellos sabrán qué hacer!

—Créeme, es una mala idea. No desconfiarán como nosotros. Bajarán, papá querrá ahuyentar al espantapájaros pensando que es un roedor y... Presiento que acabaría mal.

En ese último punto, Owen estaba de acuerdo. No había que acercarse al espantapájaros. Se merendaría en un santiamén incluso a un adulto, y lo último que quería Owen era oír el espantoso ruido que harían los huesos de Tom cuando se partieran entre las mandíbulas del monstruo.

Chad se enderezó un poco para volver a echar un vistazo por la ventana, y Owen estuvo a punto de sujetarlo, pero se contuvo. Después de todo, tenían que comprobar que aquel engendro no entraba en la casa.

La alta y escuálida silueta seguía olfateando la hierba.

De repente, Smaug empezó a ladrar en la planta baja, donde dormía normalmente, y el espantapájaros dio un respingo y alzó las largas garras, listo para golpear. Smaug ladraba con furia, sin parar.

—¡No! —exclamó Chad—. ¡Ese idiota va a despertar a mis padres!

Abajo, el espantapájaros dudó un instante antes de rasgar el aire con sus afilados dedos y dar un paso hacia la puerta trasera de la Granja. Luego se detuvo. Pareció olfatear algo, pero al cabo de un momento retrocedió, regresó al fondo del jardín sigilosamente y se adentró en el bosque, hasta desaparecer por completo.

Los dos chicos apoyaron la cabeza en el marco de la ventana, aliviados.

En el pasillo, Tom ordenó callar a Smaug y el perro obedeció.

Pero Chad y Owen sabían que no era para complacer a su dueño. Smaug sentía que el peligro se había alejado.

Por la mañana, iría a olisquear su territorio y orinaría en todos los lugares sobre los que se había inclinado el espantapájaros. Entonces, los chicos se dieron cuenta de que ya lo habían visto antes comportarse de ese modo, y comprendieron.

No era la primera vez que el espantapájaros venía a su casa.

21.

El Paseo consistía en una amplia y larga pasarela de madera paralela a la calle. Elevado más de cinco metros sobre el océano cuando la marea estaba alta y más de diez cuando se retiraba del fondo arenoso, había sido construido en los ochenta para dar de una vez por todas a la feria anual de Mahingan Falls el aspecto de una exposición digna de ese nombre. Ofrecía una vista inmejorable del espolón y su faro, a un lado, y del puerto deportivo y las playas que se extendían hacia el sur. Para quienes habían crecido en esos años, aquella había sido la época de esplendor de la localidad: Main Street abarrotada en verano; el auge inmobiliario provocado por numerosas familias de Boston que buscaban una segunda residencia no muy lejos, con el encanto de una villa balnearia, pero que no tenían suficientes medios para aspirar a las suntuosas casas de Martha's Vineyard; las multitudes que llegaban de Salem, Lawrence e incluso Portland, en el estado de Maine, e invadían el Paseo desde mediados de agosto hasta finales de septiembre para subirse al tióvivo, disparar escopetas de perdigones o comerse un perrito caliente por un dólar. Antes de que los años noventa sentenciaran la feria. Algunos culpaban a las campañas masivas de seguridad vial, dado que a Mahingan Falls solo se podía llegar por dos pequeñas carreteras estrechas y sinuosas, la del norte, que bordeaba los acantilados, y la principal, al oeste, que serpenteaba entre las empinadas colinas y se prolongaba a través de campos que a veces lindaban con barrancos, sin ninguna iluminación cuando las familias regresaban a casa, en ocasiones después de un día con exceso de copas. Había habido accidentes, muertes. Los periódicos acabaron llamando a la feria «la Ruleta Rusa: sabes cuándo llegas, pero no cuándo volverás». Mala prensa. Sin embargo, las verdaderas razones eran menos trágicas: la feria había envejecido, los caballitos se habían renovado tan poco como los banderines o los enormes

muñecos de peluche que premiaban la habilidad, y las atracciones habían pasado de moda hasta desaparecer definitivamente. No obstante, para muchos vecinos, el Paseo seguía asociado a las fiestas de antaño, a los gritos de alegría, la música pegadiza, el olor a algodón de azúcar, caramelos, cerveza floja y fritanga. Era el caso de Norman Jesper, orgulloso producto *vintage* de Mahingan Falls, *made in* 1961 y único ebanista del pueblo, que estaba convencido de que moriría allí mismo y nunca había ido más allá de Nueva York —ni falta que le hacía, dicho sea de paso.

Esa mañana estaba paseando con su perro por la playa cuando el maldito chuchó, que no le hacía caso a nadie, se lanzó como una flecha debajo del Paseo, un dédalo de postes de madera cubiertos de conchas. Con la marea baja, podías aventurarte a entrar allí, aunque el lugar no gozaba de buena reputación: estaba oscuro e infestado de cangrejos, y se rumoreaba que era el punto de encuentro favorito de «invertidos» en busca de fornicio rápido y anónimo, si bien esto último nunca lo había demostrado nadie y seguramente era una falsedad propalada por espíritus vengativos.

Norman llamó a su perro, pero acabó resignándose a ir en su busca, aunque no le hacía ninguna gracia que lo vieran meterse allí y se imaginaran «cosas» sobre él. Así que, para que nadie se equivocara, gritó bien alto el nombre de su compañero canino antes de penetrar en la oscuridad de debajo del malecón.

El olor lo asaltó de inmediato. No era el de las manzanas caramelizadas ni el de los buñuelos con el que tantas veces se le había hecho la boca agua allá arriba cuando era niño. Ni mucho menos. Norman no creía haber olido algo tan nauseabundo en su vida, salvó quizá la vez en que su amigo Brook le pidió ayuda para desatascar los retretes de su casa rural, obstruidos tras el paso de toda una recua de turistas franceses. Un tufo a «carne podrida que ha estado un buen rato a remojo en el agua del mar, el olor frío del hierro, agrio de los pedos y penetrante del yodo, metidos juntos en una caja y puestos a cocer a pleno sol», fueron sus palabras al describirlo más tarde. El perro estaba un poco más adelante, husmeando. Grandes cangrejos huían en la oscuridad al paso de Norman, que casi se dio de narices con el cuerpo, aunque para eso hubiera sido necesario que este último las tuviera. En su lugar había un inmundó amasijo, como si algo le hubiera devorado la cara y luego la hubiera vomitado. Pese a la escasa claridad que se filtraba hasta allí, Norman distinguió masas rezumantes y carnes hinchadas. Avisó a la policía sin moverse de donde estaba, y Pierson King, enviado con urgencia al lugar, lo

encontró allí, inmóvil como un perro pastor, cuidando de que ningún cangrejo profanara aún más el cadáver de aquel desventurado.

A diferencia de los escenarios del crimen de las grandes ciudades en los que Ethan Cobb había aprendido el oficio, aquel no solo no estaba delimitado para asegurar que hubiera un único acceso, sino que ni siquiera lo habían iluminado con focos portátiles, por lo que tuvo que hacer lo mismo que sus compañeros: utilizar la linterna que llevaba en el cinturón para poder acercarse sin resbalar en las rocas. En cuanto el haz de luz blanca descubrió los pálidos miembros, Ethan comprendió. Se trataba de un hombre y estaba casi desnudo: le habían arrancado la mayor parte de la ropa y el resto presentaba grandes desgarrones. El cadáver estaba exangüe, y la piel, casi translúcida tras permanecer en el agua del mar, exhibía estrías de carne hinchada de un rosa pálido, incluso en el cráneo, cuyo interior quedaba expuesto a través de una ancha grieta, como una fruta muy madura que hubiera reventado al caer del árbol. Al inclinarse, Ethan advirtió que el contenido de la cavidad craneal había desaparecido, totalmente devorado por la fauna local. No cabía la menor duda de que era Cooper Valdez. El mar lo había devuelto antes de lo previsto, y habían tenido suerte de que fuera allí y no al pie de los acantilados.

—Ya se lo dije —le recordó el jefe Warden en tono triunfal—. ¡Conozco este océano! En la zona en la que el barco iba a la deriva, la bahía es avariciosa: se queda lo que le llega y, por lo general, no vuelve a escupirlo a nuestras playas hasta que le ha sacado todo el jugo.

Ethan no respondió; se limitó a examinar al pobre desgraciado. Presentaba numerosas heridas. No hacía falta ser un experto en motores de barco ni un médico forense para constatar que, con toda probabilidad, las habían producido una o varias hélices. La hipótesis se confirmaba. Cooper Valdez, con la embarcación a toda máquina, se había dirigido a popa, se había inclinado sobre los motores y había caído directamente en aquel torbellino destructor, que lo había lacerado. En cuanto al motivo —capricho repentino, necesidad o un ruido en la parte de atrás—, nadie lo sabría jamás, por mucho que para el jefe Warden la culpa fuera a todas luces del alcohol. «Y con los malos hábitos de Valdez, es evidente que su sangre contendrá cierta cantidad. Un accidente estúpido.»

Fin de la investigación para el jefe Warden.

Para Ethan Cobb, las circunstancias no estaban claras. ¿Por qué huir de la

ciudad por mar en lugar de hacerlo por carretera? Y en un estado cercano al pánico... Cooper había destruido todo su material informático, su móvil y sus radios, ni siquiera se había parado a cerrar su casa con llave y había corrido hasta el barco con lo imprescindible en medio de la noche. A menos que sufriera un *delirium tremens* avanzado, tenía que haber una explicación.

Bajo el Paseo, el baile de linternas acribillaba la penumbra con sus finos haces plateados, en busca de «fragmentos» complementarios: faltaban varios dedos y numerosos pedazos del muerto, aunque era imposible saber si había que achacarlo a las hélices, al tiempo que había pasado en el océano o a la voracidad de los cangrejos, ya en tierra. Max Edgar, que tenía fama de llevar el uniforme siempre impecable, se las arreglaba como podía para pisar únicamente las rocas; no habría soportado mojarse o mancharse los pantalones, y sin duda la perspectiva de no poder lustrarse los zapatos en cuanto saliera de allí lo ponía enfermo. Al pasar junto a Ethan, se volvió hacia él.

—Teniente, creo que estaba usted presente cuando los murciélagos se suicidaron ante la iglesia católica de Green Lanes... El padre Mason dice que es una señal de la cólera de Dios.

Edgar, además de maniático, era un auténtico santurrón, recordó Ethan.

—Parecía más bien un fenómeno natural debido al magnetismo terrestre, o a una fuga de gas...

No le apetecía abrir un debate sobre el asunto, y menos con Edgar. Aunque no lo habría admitido por nada del mundo, el suceso le había causado una fuerte impresión. Aquella nube de murciélagos virando para coger aún más altura, deteniéndose de repente e iniciando una caída vertiginosa, sin un solo aleteo, como en un impulso colectivo hacia la muerte... Aún oía el espantoso sonido que habían producido al estrellarse contra el suelo frente al pórtico de Saint-Finbar. En realidad, no tenía la menor idea de lo que había ocurrido. Había organizado de inmediato un dispositivo de verificación, temiendo realmente un escape en una conducción de gas, pero tras hora y media de minuciosas comprobaciones el equipo había descartado esa hipótesis. Cobb tenía asuntos más urgentes que atender, así que no había insistido, y un operario del municipio lo había limpiado todo ante los horrorizados ojos de los vecinos.

—El padre Mason opina que este verano el libertinaje se ha apoderado del pueblo, que debemos expiar nuestras culpas y...

—Edgar —lo atajó Ethan—, concéntrese en el suelo y mire dónde pone los pies. Sería una pena que pisara un trozo del señor Valdez y se ensuciara los bajos del pantalón.

El agente se estremeció ante esa idea, y Ethan se libró de él. La tranquilidad duró poco, porque el jefe Warden se acercó a su vez.

—¿Qué es ese asunto de la intoxicación alimenticia que le ha encomendado a Cedillo?

—El doctor Layman teme que haya algo de eso: demasiados pacientes con los mismos síntomas.

Warden asintió. Su fino bigote gris se agitó en la penumbra, luego señaló el cadáver con la barbilla.

—En cuanto a él, quiero el informe cerrado antes del fin de semana.

—Sería conveniente que tuviéramos los resultados completos de los análisis antes de archivar el caso, ¿no le parece, jefe?

Warden farfulló para sus adentros y aceptó soltando un gruñido.

—Muy bien, pero siempre que sus conclusiones sean inapelables. No quiero tener al hurón de Marvin Chesterton encima de nosotros, ¿entendido?

Marvin Chesterton era el fiscal de distrito de Salem, responsable de toda la demarcación. Lee J. Warden lo odiaba más aún que Max Edgar al diablo. Chesterton era un demócrata impenitente, incondicional de las grandes teorías sobre la libertad, y Warden lo acusaba de ser demasiado blando y haber reclutado a su equipo de asistentes por sus convicciones políticas más que por sus aptitudes. Para Warden, simbolizaban la progresiva decadencia del país; eran su causa directa. Ethan consideraba a su superior capaz de disfrazar la verdad con tal de evitarse la intervención de la oficina de Chesterton, que tomaba el mando de una investigación en cuanto el caso adquiría importancia y requería la intervención de un juez.

—Cobb, como veo que la muerte del señor Valdez le apasiona, le dejo supervisar el levantamiento del cadáver. Nosotros nos vamos, este sitio es malsano —dijo Warden pegándole un puntapié al enorme cangrejo que tenía delante.

Ethan se quedó otras dos horas de plantón lejos del sol, en el aire saturado de humedad de debajo del muelle, hasta que se llevaron los restos de Cooper Valdez. Fue el último en marcharse, aunque al hacerlo vio que Norman Jesper seguía allí, sentado en un montículo de arena, con el perro dormido a sus pies y la mirada perdida en la marea alta. Aún estaba bajo el shock de su

horripilante descubrimiento.

—Debería irse a casa, señor Jesper.

Sin conseguir apartar los ojos del horizonte, el hombre respondió lentamente, y hasta su voz era lejana:

—Nunca podré olvidar lo que he visto ahí abajo...

—Lo lamento.

—He venido a este espigón de madera miles de veces, de crío, de joven y de mayor. Tengo mil recuerdos fantásticos. Pero el resto de mi vida, lo que veré cada vez que pase por aquí será la imagen de ese pobre diablo comido por los cangrejos.

Ethan le posó la mano en el hombro amistosamente. Le habría gustado decirle que el tiempo difuminaría el recuerdo, que su memoria lo atenuaría, pero no quería mentirle. De hecho, el horror tenía el poder de imponerse, manchaba el alma como el vino más oscuro mancha una camisa blanca. El horror era persistente. Con el paso de las semanas y, más tarde, de los meses y los años, la imagen de Cooper Valdez, destrozado y luego devorado, se debilitaría, pero cada vez que un elemento de la vida cotidiana retrotrajera a Norman Jesper a aquel terrible día, surgiría de nuevo, vívida e implacable, con sus olores y sus ruidos de fondo. La obra de la muerte dejaba una huella indeleble, como para demostrar que nadie podía escapar de ella.

—Dígase que le ha hecho un favor. Gracias a usted, no se pudrirá aquí solo. Tendrá una tumba. Le ha asegurado el descanso eterno.

Ethan no era un hombre religioso, pero sabía hablar en el idioma de quienes sí creían.

Norman Jester asintió y suspiró.

Ethan se despidió y se separaron así, como dos viejos amigos que saben que nunca volverán a verse. Luego caminó hasta el puerto deportivo y se dirigió al Banshee. Necesitaba rodearse de vida y echar un trago. Se sentó en la barra y pidió una pinta de Murphy's Irish Stout, cuya primera mitad se bebió casi de un tirón. Sonaba de fondo la canción de Toby Keith «I love this bar», y Ethan esbozó una sonrisa pensando que la letra hablaba de él, especialmente en ese momento. Entonces los vio, sentados en un reservado, terminando una comida tardía. Ashley Foster y su marido. Ella, tan guapa como siempre, con los rizos castaños bailándole sobre los hombros; y él, un tipo bastante atractivo, sin afeitarse, con un hoyuelo en la barbilla, fornido. A Ethan se le encogió el corazón. Rodeó la jarra con las manos. Se dejó invadir por una mezcla de

tristeza y celos, y se odió por ello. Le habría gustado estar en el lugar del marido, en aquella banqueta, aunque solo fuera para hablar de trivialidades y verse reflejado en los ojos de una mujer, acariciar su mano unos instantes, oírle contar el último chismorreó, saber que, al llegar la noche, se acostarían uno junto al otro y se buscarían con la punta de los pies antes de dormirse con el apacible sopor de quien sabe que no está solo. Por supuesto, en la vida de pareja no todo era compartir; también había esfuerzo, discusiones inevitables y obligaciones. Ethan había conocido todo eso con Janice, pero después de casi dos años de soltería añoraba hasta los enfrentamientos. Al menos tenían la virtud de hacer que se sintiera vivo.

El marido tecleaba en el móvil mientras Ashley jugueteaba distraída con los restos de ensalada de col de su plato. No se habían dirigido la palabra desde que los había visto. «Deja de mirarlos, pareces un perverso...»

Ethan le dio otro tiento a la cerveza y desvió la mirada hacia otro lado del bar, pero acabó volviendo a las andadas. La camarera les retiró los platos, lo cual no surtió el menor efecto en el silencio de la pareja. El marido se comió el postre sin levantar los ojos del móvil.

De pronto, Ethan se dio cuenta de que Ashley lo miraba y la saludó cortésmente con la cabeza, antes de volverse hacia su jarra, incómodo. En ese momento sonó su propio móvil, y Ethan agradeció a la providencia que le impusiera un poco de discreción.

—Teniente, soy Cedillo. He llamado al tipo de la radio del que le hablé. Está en la emisora. Puede pasar a verlo esta tarde, cuando le vaya bien.

—Gracias, César. ¿Alguna novedad sobre el problema del doctor Layman?

—He hablado con todos los pacientes que me ha indicado y no he encontrado pautas en común entre ellos. Incluso hay una mujer que solo hace la compra en Salem cuando sale del trabajo, así que ni restaurante común, ni supermercado... Francamente, no lo veo.

Cedillo era un buen poli, sobre todo cuando le dabas la iniciativa. Ethan insistió en esa dirección.

—Bien. Conoces este asunto mejor que nadie, así que tienes libertad para seguir indagando como te parezca. Aunque no surja nada nuevo, guárdalo todo en un rincón de tu cerebro, nunca se sabe. Buen trabajo, Cedillo.

Al colgar casi dio un respingo, porque Ashley estaba a su lado, mirándolo con una sonrisa forzada.

—¿Hay alguna urgencia, teniente?

—No, nada que...

—Sí, hay algo urgente —insistió ella en voz baja, y le lanzó una mirada de súplica. Ethan advirtió que el marido, a su espalda, lo observaba con desconfianza—. Por favor... —añadió Ashley en un susurro—. Sabré agradecerse.

La bombilla se encendió al fin en la cabeza de Ethan, que agitó el móvil en el aire y se levantó del taburete.

—La necesito, Foster —dijo lo bastante alto para que el marido lo oyera—. Siento fastidiarle la comida, pero es importante.

Menos de treinta segundos después, Ethan Cobb y Ashley Foster salían a la calle, abrasada por el sol de agosto, y subían al viejo 4x4 de la policía local.

—Gracias —se limitó a decir Ashley instalándose en el asiento del copiloto.

—¿Cuántos años llevan casados?

—Los suficientes para que haya dejado de contarlos.

—¿Se han peleado?

—¿Es usted policía?

Sonrisa apurada. Se lo tenía merecido.

—Perdón. Tiene razón, no es asunto mío.

Apenas unos minutos después llegaban a Oldchester. Ethan apagó el motor. La emisora se encontraba justo enfrente.

—Mike y yo ya no tenemos mucho que decirnos —confesó Ashley—. A veces siento nuestros silencios como gritos que me aturden, y no sé qué hacer para acallarlos. Cuando lo he visto en el bar, he sentido la necesidad de huir para acabar con ese agobiante silencio.

—Comprendo.

Ninguno de los dos sabía si continuar con aquella conversación que les hacía sentir incómodos, así que se quedaron callados. Cuando por fin Ashley asió el tirador de la puerta para salir, Ethan murmuró:

—¿Aún lo quiere?

Ashley tragó saliva mientras recorría la calle con la mirada en busca de una respuesta.

—Quisiera quererlo —dijo antes de apearse del vehículo.

El dueño de la emisora local de Mahingan Falls, Pat Demmel, se hallaba en

plena sesión de trabajo con una atractiva cuarentona cuyo carisma la hacía todavía más interesante. Recibió a Ethan y a Ashley en la misma salita de reuniones en la que conferenciaban y dejó ante ellos sendos cafés en vasitos de cartón.

—¿Es usted Olivia Spencer-Burdock? —preguntó Ashley en un tono que era más bien de afirmación sorprendida—. Mi madre la adora.

La aludida esbozó una mueca mitad resignada, mitad divertida.

—Me ha dado usted donde duele... ¿Es que solo les gusta a las personas mayores?

Ethan, que no tenía idea de qué hablaban, se volvió hacia Demmel.

—¿Conoce usted a Cooper Valdez?

—Tengo entendido que ha muerto... ¿Por eso quería verme?

—¿Se trataban ustedes?

—No, era un radioaficionado, así que lo he oído nombrar, pero eso es todo. Tenía un cuarto de chispas.

—¿Un qué?

—Un cuarto de chispas. El típico local de radio *amateur*.

—¿No vino a ver sus equipos alguna vez? Para pedir consejo y cosas por el estilo...

—No, la verdad es que no. Mire, hay radios y radios... Aquí nos esforzamos en configurar programas con profesionalidad, es una emisora que se escucha. Lo que hacía Valdez era búsqueda e intercambio... Se pasaba el tiempo recorriendo el dial para encontrar a gente como él con la que charlar. Es una pasión. Nos une lo básico: la emisión de nuestras voces a través de las ondas, aunque por supuesto nuestro material es más sofisticado y no utilizamos los mismos anchos de banda.

—Ignoro cómo funciona la radio... Ustedes utilizan frecuencias bien definidas, ¿no es eso? ¿Podría alguien como Valdez invadir la suya o intentar intervenir en sus ondas?

Demmel y Olivia intercambiaron una mirada inquieta.

—Si está muy bien equipado y es hábil, podría interferir en ciertas frecuencias —respondió Demmel—, pero nuestros oyentes nos lo habrían comunicado, y no es el caso. No obstante, hace poco tuvimos un «problemilla». Un listillo consiguió piratear nuestro estudio durante unos segundos.

—¡Ah, sí, qué impresión! —confirmó Olivia—. Aquella voz gutural..., y

los gritos...

Ethan frunció el ceño.

—¿A qué se refiere? ¿Qué oyeron exactamente?

—Pues... a un individuo que debería ir corriendo al médico para que le examinara la garganta... —respondió Olivia—. No entendimos una palabra, debía de ser extranjero. Y luego unos gritos... como extraídos de una película de terror, de música satánica o Dios sabe qué.

Esta vez Ethan estaba convencido: no era una casualidad.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—El 1 de agosto, creo —recordó Demmel.

—Ya hay una investigación en marcha —puntualizó Olivia—. La lleva un tal Philip Mortinson, o Mortensen, de la CFC.

¿Una agencia federal allí, en el pueblo? Ethan estaba asombrado, y sobre todo molesto por que no lo hubieran avisado. Como mínimo, deberían haber hecho acto de presencia. «Puede que lo hayan hecho y Warden no haya considerado necesario compartir la información...»

Pero lo esencial era aquel mensaje de radio, que también él había oído en el barco de Cooper Valdez. Ignoraba el significado, pero los gritos lo habían dejado helado. Le costaba creer que fueran fingidos, que se tratara de una película, como sugería Olivia Spencer. ¿Había descubierto Valdez un secreto terrible, hasta el punto de entrar en pánico e intentar huir? ¿Cuál era el origen de esas breves y escalofriantes emisiones? «Y ¿por qué destruir todo su material, incluidos el ordenador y el móvil?»

—Yo oí lo mismo en el barco de Valdez, frente a la costa de Mahingan Falls —confesó.

—¿En la banda de frecuencia marítima? —preguntó Demmel haciendo tamborilear los dedos sobre la mesa—. Así que el pirata se coló en nuestra frecuencia, a través de internet, según mi ingeniero, que no ve otra posibilidad, y también emitió en las reservadas a los barcos...

—¿Con qué propósito lo haría?

Demmel se encogió de hombros.

—¿Para hacerse notar? Por lo general, los radioaficionados son gente experta, a menudo con un gran bagaje técnico. Su objetivo es establecer canales de comunicación a más o menos larga distancia, para intercambiar experiencias. Algunos desean ser útiles, hablan de meteorología o astronomía; a otros les gusta mejorar sus aparatos y charlar sobre cuestiones técnicas. No

hay reglas bien definidas sobre quién y para qué. Puede ocurrir que en medio haya un listillo que no respete nada. La mayoría de las veces los piratas son jóvenes que se divierten sin comprender lo que hacen, pero teniendo en cuenta los medios empleados para llegar a nosotros, creo que se puede eliminar esa opción. Se trata de alguien muy hábil que sabe exactamente lo que tiene entre manos. Y que cuenta con material, y por tanto probablemente tiene un indicativo y una licencia. En la región, solo la tenía Cooper Valdez.

Y Valdez ya estaba muerto cuando Ethan había oído aquel extraño mensaje de radio en su barco. En consecuencia, no era el autor.

—¿No hay clandestinos en ese mundillo? —preguntó Ashley, que hasta el momento se había limitado a escuchar y a tomarse el café a sorbitos—. Aficionados que operen sin ninguna autorización...

—No es habitual. Tenga en cuenta que para empezar a emitir necesitas un equipo, y desenvolverte: eso no se improvisa. Así que hasta los piratas son, en origen, radioaficionados conocidos, y a la mayoría acaban descubriéndolos.

—¿Se puede rastrear una señal?

—Si emite regularmente y durante el tiempo suficiente, sí, con el material adecuado. Como el que utilizan los investigadores de la CFC, por cierto.

Cuantas más vueltas le daba Ethan, más frustrado se sentía. Había ido allí pensando que los aparatos hechos trizas de la casa de Cooper Valdez tal vez tuvieran alguna relación con su precipitada huida, y esperaba que en la radio local lo ayudaran a comprender. Pero en vez de obtener respuestas, iba a salir de allí todavía con más incógnitas. «La CFC puede ayudarme. Es su trabajo.»

—Esos federales ¿les dijeron dónde paraban, si se alojaban en el pueblo? —preguntó.

Demmel y Olivia sacudieron la cabeza al unísono.

«Vamos de mal en peor...»

¿Merecía la pena seguir perdiendo el tiempo detrás de aquella extraña pista? Ya se había encabezonado con la autopsia de Rick Murphy, y solo le había dado disgustos. ¿Iba a continuar así todo el verano, cabreando a Warden, pero también a Ashley? «¿Y si existe una relación entre ambas cosas? La muerte nada clara de Murphy en esa cámara de aislamiento llena de arañazos y la no menos extraña de Cooper Valdez...» No había la menor conexión entre las dos víctimas. Ni entre ellas y la suicida de Atlantic Drive, Debbie Munch, a quien todos consideraban tan excéntrica que en realidad su muerte apenas había sorprendido a nadie, aunque las circunstancias hubieran conmocionado

al pueblo. En pleno día, delante de todo el mundo, turistas, niños... Ninguna de aquellas muertes se parecía a las demás. Ethan trataba de tejer una red que no existía. Tres muertos en menos de tres semanas. Pura casualidad. «La ley de la fatalidad», como había dicho Warden.

Ashley lo miraba con sus grandes ojos de color avellana. Esperaba su señal para ahuecar el ala. También ella sabía que aquella conversación no daba para más. Ethan asintió, y al hacerlo tuvo la sensación de estar rindiéndose. Capitulando. La muerte de Cooper Valdez seguiría siendo un misterio y su alcoholismo llenaría las lagunas del informe final. Práctico. «Decepcionante.»

No le había dicho adiós a Filadelfia para dejar sin resolver el primer caso un poco atípico que se le presentaba. La muerte de Murphy ya le había dejado un regusto amargo; ahora se añadía el de Valdez.

«No le dijiste adiós a Filadelfia. Huiste de ella. A todo correr. Para protegerte. Para volver a hacerte un nombre.»

De pronto, le costó sostener la mirada de Ashley.

Los recuerdos del pasado lo perseguían.

Y nadie corre más deprisa que sus fantasmas.

22.

Gritaba. Con la mandíbula desencajada. Con los ojos tan abiertos que parecían a punto de escapar de sus órbitas. En ese momento, su gran belleza apenas se adivinaba, borrada, engullida por el terror. Detrás de la joven, nada, solo sombras, entre las que podían distinguirse siluetas inquietantes, que se acercaban.

En la vitrina, debajo de la marquesina del cine de Mahingan Falls, el cartel hacía temer un auténtico bodrio, pensaba Gemma.

—¿Seguro que queréis ver esta película? —les preguntó a los chavales.

—¡Sí! —gritaron a coro su hermano, Chad y Owen.

El que no rechistó fue Connor, que, un poco rezagado, contemplaba a dos adolescentes sentadas en un banco de enfrente.

—No hemos dicho nada sobre la visita del poli —le recordó Corey—. Prometiste que nos invitarías a ver la película que quisiéramos. Ahora, demuestra que tienes palabra.

—Vale, muy bien, venid...

Gemma conocía al chico de la taquilla: acababa de terminar el instituto y ella había cuidado a su hermano pequeño varias veces. Lo saludó por su nombre y le pidió cinco entradas para la película de terror. El chico hizo una mueca y echó una mirada a sus cuatro acompañantes. Frunció las comisuras de los labios en un gesto que significaba que a él no se la daban: los chavales no tenían los años exigidos y Gemma aún no era mayor de edad, así que el hecho de que los acompañara no bastaba para que los dejara entrar.

Gemma le dedicó su sonrisa más dulce, y el taquillero arqueó las cejas y le tendió las entradas.

Los muchachos estaban histéricos. Y no es que ver una película de terror fuera algo extraordinario para ellos: internet era una mina inagotable e

imposible de controlar. Pero verla en el cine era otra cosa. Saltarse la prohibición, la gran pantalla, el ambiente nocturno y la satisfacción de poder contárselo luego a los amigos...

Gemma les compró incluso tres cubos de palomitas, y se instalaron en un lateral, para evitar las miradas desaprobadoras de los adultos.

Los cuatro chicos se inclinaron hacia delante para iniciar un conciliábulo del que Gemma estaba excluida. Tenían caras serias. No era la primera vez. Gemma les había propuesto ir al cine precisamente para devolverles un poco la sonrisa. No sabía qué había ocurrido entre ellos, pero desde hacía unos días estaban desconocidos. Se reían menos, parecían inquietos y Gemma había advertido que incluso tenían ojeras. Les preocupaba algo.

—¿Qué, chicos, todo bien? —se atrevió a preguntar.

La miraron como a una extraña, pero Connor asintió.

—Genial —confirmó Corey.

—Gracias —añadió Owen.

Gemma se daba perfecta cuenta de que hacían como que no pasaba nada solo para tranquilizarla.

—Ya sabéis que si tenéis algún problema podéis hablarlo conmigo. Tal vez no sea vuestra colega, pero tampoco soy una adulta aún, así que... quizá pueda entenderos. Y ayudaros.

Ninguno respondió. La miraban, incómodos.

—¿Es un asunto de chicas? —insistió Gemma.

—¡No, no, no te preocupes! —se apresuró a responder Corey—. No conseguimos ponernos de acuerdo sobre dónde instalar nuestro CG, nada más.

—¿Vuestro CG? —preguntó Gemma con escepticismo.

—El cuartel general de la pandilla —precisó Chad. La tomaban por tonta, pero de ninguna manera la engañaban: mentían fatal. Tras pensarlo unos instantes, concluyó que no podía obligarlos a sincerarse.

—Como queráis...

Después de todo, bastante tenía ella con ocuparse de lo suyo. Dejó que siguieran con sus cuchicheos y sacó el móvil de su bolsito de bandolera. Sin cobertura.

—Vaya por Dios...

Orientó el aparato en todas direcciones con la esperanza de recuperar la señal. Lo único que quería era revisar sus mensajes de texto. Desde la intervención de Olivia, Derek Cox no había vuelto a atosigarla. En dos

ocasiones se había cruzado en la calle con aquel bestia, que se había limitado a mirarla, sin acercarse. ¿Habría captado el mensaje? Gemma lo sentía por su próxima víctima, pero tenía que reconocer que haberse librado de él le había quitado de encima un peso aplastante. Respiraba mejor. Se sentía... libre. Y como la vida está llena de sorpresas, dos días después, al salir de la heladería, casi se había dado de bruces con Adam Lear. Adam iba al instituto y Gemma lo encontraba absolutamente irresistible. Tenía una forma de sonreír muy especial, solo con la comisura de los labios, y una mirada de una dulzura muy seductora. Adam había tartamudeado una disculpa, y Gemma se había puesto roja. Luego, habían intercambiado unas cuantas frases torpes y encontrado una excusa tonta para darse los números de móvil, antes de separarse con el compromiso de ir a pasear juntos por la playa uno de esos días.

Desde entonces, Gemma esperaba que la llamara o le enviara un SMS, y comprobaba el móvil al menos tres veces por hora.

—No te molestes, en el cine no hay señal —dijo Connor a su lado.

—Antes había, no entien...

—Han puesto un inhibidor de frecuencias. Se ve que los viejos no paraban de quejarse de que sonaran los móviles durante la película. Me lo ha dicho Hannah Locci, sus amigas y ella ya no quieren venir al cine justo por eso. Como no pueden tuitear durante las sesiones, le hacen boicot.

Gemma soltó una risita. Era un fastidio, pero, desde luego, boicotear a un cine por no poder usar el teléfono móvil tenía guasa... Había gente a la que no le habría importado que la digitalizaran con tal de estar conectada permanentemente... y vivir para siempre en forma de programa informático. «Hasta que un desaprensivo pulse la tecla “borrar”. Unos cuantos microsegundos de chirridos digitales, y todo un ser humano comprimido, triturado y desintegrado en los recovecos electrónicos de un disco duro.»

La luz se atenuó y empezaron los anuncios. Gemma guardó el móvil. Luego, la sala se sumió en la oscuridad y comenzó la película.

Con las primeras notas de los títulos de crédito, alguien ocupó la butaca de al lado. ¡Las tres cuartas partes del cine vacías y tenía que sentarse precisamente allí!

El tipo le puso la mano en el muslo, y Gemma, aterrada, se quedó paralizada, incapaz de gritar.

El desconocido se inclinó hacia ella.

—Al menos aquí —le susurró al oído—, tu jefa no vendrá a aguarnos la fiesta.

Gemma reconoció la voz, y se le heló la sangre.

Derek Cox.

La lista de actores desfilaba por la pantalla. Metales rugientes y cuerdas chirriantes, en medio de la tempestad de la percusión. Chad apenas oía los instrumentos. Parpadeó y se dio cuenta de que casi no había prestado atención al final de la película. Sus amigos parecían estar igual que él: ningún entusiasmo, ningún comentario. Dos horas en la oscuridad oyendo los gritos de la heroína, perseguida por sus pesadillas, habían servido sobre todo para recordarles sus propios miedos. Y desde que Chad y Owen habían contado lo que habían visto los dos, el espantapájaros en el jardín de su casa, Corey y Connor se tomaban la situación mucho más en serio.

La luz volvió a encenderse gradualmente y Chad volvió la cabeza, atraído por un movimiento. Un hombre abandonaba la fila justo al lado de Gemma. Reconoció al tipo fornido de facciones duras que tanto había impresionado a su canguro durante su primer paseo por el pueblo. Chad iba a abrir la boca para preguntarle si al final se habían reconciliado cuando se dio cuenta de que estaba lívida y tenía los ojos rojos. En ese momento recordó que Gemma les había ordenado mantenerse alejados de aquel chico con tanta insistencia como si fuera el diablo en persona, y comprendió que el fulano no había venido a disculparse. Había pasado algo grave. Lo percibía. Pero a sus trece años le costaba evaluar la gravedad; no sabía qué escala utilizar. ¿Era un rifirrafe entre compañeros de instituto o algo mucho más serio? «¿Grave como cuando te enfadas durante unas horas o tan grave, tan grave, que acaban interviniendo los adultos?»

Connor le tiró del brazo.

—No he parado de pensar en toda la película —dijo—. Tenemos que hablar seriamente.

La cara del mayor de la pandilla hizo comprender a Chad que esta vez no se trataba de charlar por charlar. «Esto es grave, megasupergrave en la escala de gravedad.»

Connor le dijo que pasara el mensaje a los otros dos sin que se enterara Gemma, y con la indolencia de un preadolescente, Chad se olvidó de los

posibles problemas de la chica. Cuando salieron a la calle, con la excusa de echar un vistazo en la tienda de cómics, le pidieron que los esperara en el Paseo. Gemma parecía ausente, apenas respondió, y ellos supusieron que estaba de acuerdo. Tiraron por Atlantic Drive, se metieron en la librería, llena de vistosos pósters, e hicieron un corro entre dos hileras de cajones de tebeos antiguos y ediciones limitadas protegidas con fundas de plástico. Connor se puso la gorra de los Celtics con la visera hacia atrás y tomó la palabra.

—¿Os habéis fijado en la escena en la que la chica está acostada y las criaturas aparecen mientras duerme? —todos asintieron un poco impresionados, porque era el momento más aterrador de la película—. No se la cargan por un pelo... Bueno, pues eso me ha hecho pensar en nosotros.

—¿Por lo grandes que tenía las tetas? —soltó Corey.

Los demás ni se dignaron mirarlo. No estaban para bromas.

—Si el espantapájaros merodea por vuestro jardín es porque nos está buscando, chicos. Y tarde o temprano acabará entrando en la casa. Nosotros no estamos en una película, no os despertaréis como por casualidad en el último instante para ponerlos a gritar y esquivar el cuchillo. Si entra en una de nuestras habitaciones, cuando nos encuentren seremos, en el mejor de los casos, un montón de carne picada chorreando sangre, y en el peor, se nos llevará para torturarnos eternamente en una especie de dimensión paralela muy bestia.

—Puede que no se atreva a ir más lejos... —dijo Corey para tranquilizarse.

—¿Apostarías tu vida a ello?

—No...

—¿Y tú que propones? —le preguntó Chad a Connor—. ¿Turnos de guardia?

Owen asintió enérgicamente.

—Podríamos dormir todos juntos —propuso con entusiasmo.

—Nunca encontraremos suficientes excusas para pasar juntos todas las noches hasta el final de las vacaciones —respondió Connor—. Y si el espantapájaros no aparece de aquí a entonces, ¿qué? No, no podemos esperar.

Todos dedujeron que Connor tenía un plan más audaz, pero, por lo serio que estaba, también sospecharon que era un plan muy peligroso.

—Quieres que volvamos, ¿es eso? —supuso Owen.

Connor miró a sus amigos uno a uno.

—No hay más remedio. Si nos quedamos de brazos cruzados, nos

encontrará. Y acabará con nosotros. De hecho, no tenemos elección. Hay que ir allí y destruirlo.

Corey se puso tenso.

—¡Uau! ¿Matarlo? ¿En serio?

—¿Es que matar a un monstruo te da escrúpulos?

—Para empezar, ¿qué son los escrúpulos?

Owen se interpuso entre ellos.

—Connor tiene razón, hay que actuar antes que él. Antes de que nos encuentre.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó Chad—. ¡No es precisamente un ser normal! No hay libro de instrucciones...

Connor cerró aún más el corro, rodeando los hombros de Chad y Owen con los brazos, y Corey no tuvo más remedio que meter la cabeza en medio.

En el pequeño espacio que ocupaban, Connor enseñó los dientes con una expresión astuta.

—Tengo un plan —anunció.

23.

En el otro extremo de la bañera, la vela despedía un olor a pachuli que llenaba todo el cuarto de baño. Tendida bajo la siseante espuma, Kate McCarthy hacía remolinos en el agua caliente agitando distraídamente la mano bajo el chorro del grifo. Al fin podía relajarse, después de un día lleno de conflictos. Las chicas de la residencia de ancianos podían ser muy solidarias, pero también comportarse como auténticas brujas cuando les daba por ahí. Kate era la última que había llegado y una de las más jóvenes —aún no había cumplido los treinta—, lo que la ponía al final de la cola cuando se trataba de compartir chismes o, peor aún, cuando se hacía piña en contra de algún miembro del personal. Aún no confiaban en ella; las demás temían que se fuera de la lengua ante la dirección. Y Kate, que había esperado que el trabajo la ayudara a sentirse menos sola, lo vivía como una injusticia y una decepción. Y, por supuesto, no tenía a nadie con quien hablarlo.

Dan estaba volando.

«Para variar...»

Y es que últimamente no paraba... Para colmo, la despedida de soltero en Las Vegas de su mejor amigo lo había alejado del domicilio conyugal durante su última rotación, así que Kate tenía la sensación de que nunca veía a su marido. ¿Dónde estaba esta vez? Kate se estrujó el cerebro para recordar lo que le había dicho por teléfono esa misma mañana... «Hawái. El muy sinvergüenza podrá tumbarse al sol antes del viaje de vuelta.» Sí, pero de momento estaba a treinta mil pies de altitud, concentrado en sus pantallitas, a varios miles de kilómetros de allí. Se lo imaginó en la estrecha cabina, haciendo bromas sobre el culo de la azafata con el comandante. Al menos, esperaba que no le tirara los tejos. «Las escalas son terreno abonado para el sexo», le había dicho Sondra Yverney, una compañera de Dan. Adrede,

pensaba Kate. Por pura maldad, para ponerla celosa, para inquietarla. Sondra era una mala pécora, se notaba en su forma de mirar a la gente, por lo general cuando estaban de espaldas y no podían darse cuenta; una de esas mujeres que solo vivían para sus maquinaciones cotidianas... ¿Cómo las llamaban? «Perversas narcisistas.» Ahora las revistas femeninas estaban repletas de términos así. Como «carga mental». Kate lo encontraba un poco exagerado. Otra de esas expresiones del siglo XXI que servían para aliviar a la gente poniendo nombre a problemas que habían existido siempre. Su madre no había parado en su toda su vida: había criado a cinco hijos compaginando las tareas de la casa con el trabajo, y nunca había necesitado esconderse detrás de la «carga mental» para lloriquear.

«Murió a los cincuenta y nueve de un aneurisma.»

Kate recostó la cabeza en la toalla doblada sobre el borde de la bañera. «Está bien, puede ser. Carga mental y perversos narcisistas: los cocos del siglo XXI. De acuerdo.»

Al menos, con Dan se había evitado uno de esos problemas. Aunque no estuviera mucho en casa, su cariño y su generosidad estaban fuera de duda. En cuanto a lo demás... El trabajo le pesaba, sí, pero tampoco era un infierno; y como no tenían hijos, podía afirmar sin vacilación que el resto del tiempo era su propia dueña. «De momento...»

Aunque para eso hacía falta que Dan estuviera allí. No iba a tener un niño con el hombre invisible... Al casarse, había aceptado los inconvenientes del trabajo de piloto de línea; aun así, no veía el momento de que se pasara a los vuelos interiores, menos exigentes, y estuviera más en casa. «Primero tengo que presentarme a los exámenes, ascender a capitán, luego ya pediré...» Kate se sabía la cantinela. Aquello empezaba a afectarles como pareja.

El olor a pachuli era ya empalagoso, pero la sola idea de incorporarse y sacar medio cuerpo fuera del agua caliente para alcanzar la otra punta de la bañera la descorazonaba. «Ese tufo me va a dar dolor de cabeza, y es lo último que necesito esta noche...»

Con los dedos del pie, intentó salpicar agua en dirección a la vela con la esperanza de apagarla, pero sin éxito. Entonces dio una auténtica patada y proyectó una olita hacia el borde de la bañera: la vela se mojó, osciló y acabó cayendo sobre la alfombrilla. «¡Mierda!»

Kate se asomó fuera de la bañera y, al comprobar que la mecha se había apagado, se quedó tranquila. Pero había agua por todas partes. «Qué se le va a

hacer...»

Volvió a apoyarse en la bañera y cerró los ojos unos instantes. El agua le cubría el pecho. Cerró el grifo a tientas y disfrutó del silencio, apenas interrumpido por el intermitente ¡chop! de las últimas gotas que escapaban del grifo.

Diez minutos más, y a la cama. Un rato de Netflix y seguro que se dormía en mitad de un episodio de *The Good Wife* o de *Orange Is the New Black*, como siempre.

A través de los párpados percibió un cambio en la intensidad de la luz. Abrió los ojos. El cuarto de baño estaba sumido en la oscuridad.

Esta vez se incorporó y se quedó sentada en la bañera, con la espuma resbalándole por todo el cuerpo. La claridad de la calle se colaba por las rendijas de la persiana y bastaba para envolver el cuarto en una penumbra azulada.

Su primera reacción fue mirar hacia la puerta, junto a la que estaba el interruptor. Para su gran alivio, no había nadie. Su corazón no habría soportado ver que no estaba sola. Verse atrapada allí con un intruso le habría hecho morir de miedo, literalmente. No sería como en la tele, donde de pronto la heroína demostraba tener más recursos de lo que parecía y se defendía con mucho ingenio. No, Kate estaba segura de que ella se quedaría paralizada; probablemente ni siquiera sería capaz de gritar.

«¿Por qué te pones siempre en lo peor? ¡La que es una perversa narcisista es tu imaginación!»

¿Por qué no había pensado, por ejemplo, que era Dan, que volvía sin avisar para darle una sorpresa? En el pueblecito de Dakota en el que se había criado solía decirse que, al otear las nubes en el horizonte, la gente veía antes la tormenta que la lluvia que salvaría la cosecha. Era verdad. A ella también le ocurría. «A la primera nube, temes una tempestad.»

Con un esfuerzo resignado, Kate se puso de pie en la bañera para abrir la ventana y reparó en que en la calle sí había luz, al igual que en las ventanas de los vecinos.

«Solo es aquí. Han vuelto a saltar los plomos...» Se sumergió otra vez en el agua y volvió a cubrirse de espuma. Bajar al sótano ahora quedaba descartado. Se imaginó en bata, con los pies aún mojados, acercándose a la caja de los fusibles, y le dio un escalofrío. «¡En momentos así es cuando más se echa de menos un marido!» Pero ella, con aquel zascandil de piloto, tenía

todo los inconvenientes del matrimonio y solo algunas ventajas.

Bueno, pues seguiría bañándose a oscuras. Tampoco le apetecía inclinarse a recoger la vela y tener que hacer malabarismos para alcanzar el mechero, que estaba encima del lavabo. Sus ojos se habituaban ya a la oscuridad; la claridad de las farolas y la luna le permitía ver lo suficiente para arreglárselas. Reanudó la meditación.

Su mente vagaba mientras sus músculos se distendían en el agua caliente. Incluso empezaba a sentir un gran relax, el preludio del sueño.

En el cuarto de baño solo se oía su suave respiración. Hasta el goteo del grifo había cesado.

Kate no se dio ni cuenta. Se quedó traspuesta y, cuando despertó, no habría sabido decir cuánto rato había dormido.

El agua aún estaba tibia.

Tendría que ir haciéndose a la idea de salir. Buscó el jabón con la mirada y vio el paquete de maquinillas desechables en la pequeña repisa, sobre su cabeza. Un repaso rápido no le vendría mal, al menos en las piernas. Alzó la mano, pero, todavía medio dormida, hizo caer el paquete, y las maquinillas rosa desaparecieron bajo el agua.

—¡Mierda!

Cogió una a tuestas y sacó la pierna derecha del agua, dispuesta a dejarla más suave que la mejilla de un bebé.

La detuvo un siseo.

Procedía del lavabo, que estaba entre la bañera y la puerta. Kate habría jurado que alguien había jadeado. «Será cualquier cosa. Otra vez tu dichosa imaginación...»

Quiso seguir con su tarea, pero el siseo se repitió.

Una larga expiración procedente del desagüe del lavabo.

Kate sacudió la cabeza. No tenía sentido entregarse a delirios morbosos que le meterían el miedo en el cuerpo cuando seguramente no era más que un eco en las cañerías o un problema con la evacuación del agua.

«Dan, ¿por qué no estás aquí, maldita sea?»

La lejana expiración se alteró, fue modulándose hasta adquirir densidad. Y de pronto se oyó una palabra:

—Kate...

La joven apretó el puño sobre el mango de la maquinilla hasta que los nudillos se le pusieron blancos. «No puede ser, estoy soñando. Eso es: en

realidad no me he despertado, todavía estoy...»

—¡Kaaaaaaaate!

Alguien la llamaba con una voz lejana y cavernosa desde las profundidades del lavabo.

Sacudió la cabeza, negándose a creer lo que oía. Tenía que haber una explicación. ¿Dan, escondido en el sótano, hablando a través de una tubería para gastarle una broma?

La bañera vibró, como si algo acabara de golpearla por debajo, y el agua onduló bajo los restos de espuma.

Respirando agitadamente, Kate registró el cuarto de baño con la mirada, presa del pánico, en busca de algo a lo que aferrarse para comprender, para que todo aquello cobrara sentido y ella pudiera reírse.

Un objeto duro le rozó el muslo, Kate dio un respingo y soltó un chillido.

—¡Jodida maquinilla! —maldijo entre dientes viéndola emerger a la superficie.

Un espantoso chirrido ascendió por las cañerías, y Kate sintió deseos de gritar, de llorar, de acurrucarse en la bañera y al mismo tiempo estar lejos de allí, sin conseguir hacer ninguna de esas cosas.

Después notó el dolor en la cadera y se pegó a la pared opuesta de la bañera. Tenía una de las maquinillas clavada en la carne, con las hojas bien hundidas en ella. ¿Cómo había podido hacerse eso?

La sangre se expandía por el agua y le impedía ver la herida. El dolor la devolvió a la realidad de inmediato: una punzada que la recorrió desde la pelvis hasta el electrizado cerebro. Tuvo la sensación de que la maquinilla se agitaba, y creyó volverse loca. Que se agitaba no a causa de sus propios movimientos, sino más bien como si serpenteara, a la manera de un grueso renacuajo rosa.

—Dios mío... —balbuceó con los dientes apretados.

Ya no entendía nada. O se negaba a entenderlo, quién sabe. Se echó a temblar.

El mismo pinchazo agudo en la carne blanda de la planta del pie le hizo dar otro respingo.

Y hubo un tercero, en la corva.

Esta vez Kate gritó. Fuerte. Gritó de dolor, y porque estaba aterrorizada.

De repente, varias maquinillas que flotaban se sumergieron y le hirieron las nalgas, las piernas, el vientre...

No podía ser. La atacaban ellas solas. Movidas por una fuerza invisible.

Había perdido la razón. Pero ahí estaban, revolviéndose y cortándole la carne ante sus atónitos ojos. Y en esos instantes de dolor y locura, lo único que se le ocurrió fue que parecían enormes espermatozoides que culebreaban e intentaban penetrar en el enorme óvulo de su cuerpo. Era una idiotez. Era ridículo. Era un auténtico disparate, y sin embargo eso era exactamente lo que sentía, como si su cerebro rechazara lo que veía e intentara agarrarse a otra imagen. Ella era un gran óvulo asaltado por espermatozoides rosas cuyas cabezas hurgaban en su cuerpo, hasta no dejar fuera de él más que su extraña cola de plástico. La penetraban. En una lenta y dolorosa fecundación ejercida por el plástico y el cortante acero sobre delicados tendones y ligamentos. Pese a la sangre que teñía el agua, Kate podía distinguir sus frenéticas colas.

Lo que salió de su boca ya no parecía un lamento humano, sino el bramido de un animal.

Luego el sufrimiento físico pudo más que la incipiente locura, y Kate McCarthy tuvo un instante de lucidez y se agarró al borde de la bañera. Sin dejar de gritar, hizo un esfuerzo por levantarse con la intención de alcanzar el pasillo, aunque rodara escaleras abajo y acabara desnuda en la calle. Cualquier cosa con tal de escapar de aquella pesadilla. Algo atenazó sus tobillos y sus codos antes de que pudiera huir. La helada garra tiró violentamente de ella, y Kate cayó hacia atrás sin tiempo de cerrar la boca.

El agua la envolvió casi por completo, como una planta carnívora cerrándose sobre su diminuta presa.

Las maquinillas se le clavaron en los costados, en los pechos, en las axilas... Una de ellas consiguió deslizarse entre sus muslos e introducirse en su cuerpo, lo que hizo que se retorciera brevemente, mientras otra se adhería a su cuello hincando las dos cuchillas en la dermis, como el alpinista cuyos dedos se aferran a las cavidades rugosas que le impiden caer al vacío.

Kate se debatió, pero la bañera parecía escapársele de las manos. Resbalaba en silencio, incapaz de sacar la cabeza fuera del agua.

Y bruscamente, como obedeciendo a una señal, todas las maquinillas se lanzaron sobre la desventurada y empezaron a desollarla por todas partes. Kate gritó con todas sus fuerzas. Las oscuras burbujas que aprisionaban sus gritos ahogados explotaban en la superficie del agua.

El líquido salpicó las paredes y las dejó cubiertas de un rastro de espuma. Un rastro que, en la oscuridad, parecía negro.

Debajo, un caos de espuma, manos, pies y piel arrancada hacía bullir el agua, mientras el cercano lavabo dejaba escapar un estertor interminable.

Y de repente, el silencio.

Luego las luces volvieron a encenderse en la casa.

El agua de la bañera seguía oscilando.

Roja.

24.

La llamarada recorrió más de cinco metros: un chorro ígneo y recto que envolvió la muñeca, hizo retorcerse el cuerpo de plástico y derritió en pocos segundos el pelo sobre sus hombros, antes de que la cabeza cayera al suelo.

Connor volvió a activar la bomba de su vistoso lanzador de agua. Una llama diminuta seguía crepitando en la punta del cañón.

—Bueno, ¿qué? —preguntó sin inmutarse.

Impresionados, Chad, Owen y Corey miraban boquiabiertos el lanzallamas.

—¿Cómo lo has hecho? —consiguió decir Chad.

—He elegido el modelo más sólido, con un pistón de metal que lanza el chorro bien lejos y con bastante exactitud. Luego, un poco de bricolaje... He desmontado el cuello de un encendedor de cocina (compré uno con un tubo de diez centímetros de largo para que las llamas salieran lo más lejos posible del cañón de plástico, no se fuera a fundir con el calor), he montado el tubo al final del cañón del lanzador de agua, he fijado el mechero debajo con cinta adhesiva... y ya no hay más que llenar de gasolina el depósito.

La muñeca, o lo que quedaba de ella, un amasijo de brazos y piernas retorcidos, rodó por el tronco en el que descansaba.

—Es impresionante —admitió Corey.

—La pena es que el mechero se apaga con bastante facilidad, aunque basta con presionar para volver a encenderlo. Pero en caso de urgencia hay que conservar la sangre fría para acordarse.

—¿Y quieres que quememos el espantapájaros con eso? —preguntó Owen, escéptico.

—¡Vamos a achicharrarle el culo a ese montón de paja!

—¿Y si no prende? A lo mejor es invulnerable al fuego...

—Los trapos arderán, y el sombrero también. ¡Esto fundirá hasta esa

calabaza podrida que tiene por cabeza! —exclamó Connor admirando su improvisado lanzallamas.

Chad, por su parte, sonreía de oreja a oreja.

—¡Es genial!

Corey asintió.

—No sé, chicos... —insistió Owen—. Me parece una idea engañosa. Volver allí y meterse en la boca del lobo esperando cargárnoslo... Yo, la verdad, lo encuentro...

—¿Una gilipollez? —propuso Corey.

Owen asintió.

—Me he estado entrenando toda la mañana —replicó Connor—. ¡Doy en el blanco a seis metros! Y si hace falta puedo abrasar todo lo que se mueva sin necesidad de apuntar: ¡aquí dentro hay tres litros de gasolina! ¡Tres litros, joder! ¡Cuando acabe con él parecerá una cerilla en una barbacoa un domingo después del partido!

—Y si el lanzallamas se encasquilla, ¿qué hacemos? ¿Decimos: «Perdone, lo sentimos, ya volveremos otro día...»?

Chad exhibió la pequeña ballesta de fibra de carbono, y la punta de la flecha relució al sol. La había encontrado en el fondo de un armario en la casa: un recuerdo de la época en que su padre quiso impresionarlo llevándolo a practicar tiro al blanco. Lo habían hecho dos fines de semana seguidos, pero como había que salir de Nueva York y adentrarse en un bosque que estaba a más de una hora de camino, pronto perdieron interés; ninguno de los dos tenía ganas ni valor para cazar con ella, y la ballesta acabó en una caja bajo una pila de zapatos, para gran alivio de su madre.

—Voy a hacerle a ese monstruo un segundo ojete —dijo Chad.

Su seguridad hizo retorcerse de risa a Corey y a Connor.

Owen seguía siendo escéptico. No lo veía claro.

Su primo se acercó y le puso la mano en el hombro.

—Una de estas noches volverá. Y Connor tiene razón: no podremos estar siempre alerta. ¿Quieres despertarte con su asqueroso olor en las narices y ver tus tripas enrolladas en sus manos de hierro? No podemos esperar... De hecho, no tenemos elección.

En eso tenía razón, había que reconocerlo. Esperar era demasiado arriesgado. Ya no dormían, se pasaban el día atontados, y como las ojeras no disminuían rápidamente, Tom y Olivia acabarían entrometiéndose. Aun así,

a Owen no le convencía el método. No estaban lo bastante preparados. Le habría gustado saber a qué se enfrentaban, estudiar sus puntos débiles y equiparse en consecuencia. Solo que era imposible. A falta de algo mejor, Owen se encogió de hombros en señal de rendición y Connor alzó en el aire un puño triunfal.

—¡En marcha! ¡Vamos a cepillarnos al espantajo!

Los cuatro adolescentes habían recorrido el trecho de sendero y después atajado a través del bosque, abriéndose paso entre el denso monte bajo hasta llegar al barranco, que habían atravesado en silencio siguiendo el escuálido riachuelo. Ahora se deslizaban entre árboles y helechos en dirección al lindero del maizal de Taylor. Ya casi estaban.

Chad contemplaba los rayos de sol que caían como velos dorados del dosel vegetal. Al principio, la idea de vengarse le había producido auténtico entusiasmo. La noche que Owen había ido a despertarlo, el espantapájaros le había hecho pasar un miedo de mil demonios. Merecía arder. Luego, a medida que avanzaban, el esfuerzo y el calor habían moderado sus ganas de entrar en acción. Había cambiado hasta el modo en que llevaba la ballesta, primero delante de él, lista para repeler el peligro, luego apuntando al suelo, pendiente como estaba de no resbalar en el musgo que cubría las rocas, y al final, cuando se cansó de sostenerla, colgada a la espalda. Lleno de rabia y heroicidad, Chad se había imaginado el inminente combate una y mil veces, antes de que su mente empezara a divagar y acabara ocupándose de otras cuestiones.

Una de ellas era Gemma.

A Chad no le había gustado lo que había visto el día anterior al final de la película. La salida apresurada de aquel matón y la cara descompuesta de la chica. Incluso pasado un rato, Gemma parecía ausente; a Chad le había dado la impresión de que se encerraba en sí misma, tan adentro que si le hubiesen dicho que iban a buscar drogas no habría reaccionado. ¿Y si hablaba con ella? «¿Para qué?» Gemma tenía diecisiete años, ya era casi una adulta, no necesitaba a un crío como él...

Los arbustos empezaron a ralearse y las hileras de maíz ya estaban casi encima. En ese momento, Chad recordó al espantapájaros dando vueltas por el jardín y se estremeció. Volvió a ver sus extraños y bamboleantes andares, los largos dientes de acero que tenía por dedos, su cara absurda, grotesca, y sin

embargo aterradora... De pronto cayó en la cuenta del peligro que corrían estando allí y le entraron dudas. La determinación que lo animaba al ponerse en camino se había esfumado. ¿Qué hacían allí?

Un ruido de hojas movidas por una leve brisa le hizo contraerse. Recorrió la maleza con la mirada, inquieto. ¿Realmente era imprescindible meterse ahí? ¿En el territorio del espantapájaros?

Chad echó una ojeada a Owen, que parecía tan nervioso como él. Su primo tenía razón. Debería haberlo escuchado. Owen siempre era más prudente, y muchas veces con motivo. «En realidad, casi todas.»

Vale, muy bien. ¿Y ahora qué? No podía rajarse delante de todos. Owen lo seguiría, de eso estaba seguro. Pero Corey se pondría del lado de Connor. Su primo y él quedarían como unos gallinas. Unos perdedores. El curso empezaba en menos de tres semanas y Connor y Corey eran sus únicos amigos; no podían aterrizar en un colegio nuevo sin colegas y con fama de cobardes.

Además, eso no resolvería el problema del espantapájaros.

En ese momento le vinieron a la cabeza sus propias palabras: «¿Quieres despertarte con su asqueroso olor en las narices y ver tus tripas enrolladas en sus manos de hierro? No podemos esperar... De hecho, no tenemos elección».

Había que ir. Gracias a Dios, no era él quien llevaba el lanzallamas. No habría soportado esa responsabilidad: la responsabilidad de sus vidas y de la destrucción del monstruo. Con lo húmedas que tenía las manos, sabía que, si el espantapájaros se presentaba ante ellos, le temblarían de tal modo que sería incapaz de apuntar.

«¡Pero tú tienes la ballesta! ¡Si el lanzallamas falla, serás el último recurso!»

La idea lo aterró. Se descolgó la ballesta de la espalda y la sujetó con las dos manos. Las tenía empapadas. Había un seguro para evitar accidentes, y era necesario presionarlo con el pulgar para soltarlo antes de disparar. No estaba convencido de poder hacer siquiera eso.

Chad le tendió el arma a Corey.

—Toma, cógela.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Pues... no sé... He pensado que no es justo que la tenga yo. Además, no soy muy bueno disparando...

—¿Y lo dices ahora? ¡Yo no me he entrenado! Ni siquiera sé cómo se recar...

—¡Chad, quédatela! —ordenó Connor—. Es tuya. Ya no hay tiempo para eso. Venid, y abrid bien los ojos, no podemos cagarla...

Vieron desaparecer a Connor tras la cortina de tallos y hojas, y los tres se miraron. Chad tuvo la certeza de que en ese momento también Corey lamentaba su decisión. Tenían miedo.

Uno de esos miedos viscerales que hacen que te entren ganas de vomitar, te tiemblen las piernas y comprendas que no se trata de un miedo infundado. Porque el que siente el peligro es el cuerpo. El ser humano es un animal con un instinto de supervivencia hiperdesarrollado durante decenas de miles de años, y la carne y los atavismos ancestrales intentan influir por todos los medios en el cerebro para que obedezca. Por el contrario, las funciones cognitivas de los tres adolescentes llevaban la voz cantante, una voz militar, imperiosa, que conminaba a someterse, a dominar los sentidos, a acallar las emociones. A eso se añadían valores de una profundidad poco habitual en chavales de trece años: honor, solidaridad, valentía...

Ninguno se decidía a abandonar a los demás. Sin embargo, Chad tenía la sensación de que estaba a punto de ocurrir una tragedia, adivinaba el horror que se agazapaba detrás de todas aquellas hileras de maíz, era consciente de que habría que franquearlas una a una, y las veía como otras tantas capas superpuestas de una gigantesca cebolla que habría que pelar paciente y cautelosamente, con los ojos llenos de lágrimas, para llegar a su corazón. La cebolla del terror. Al pensarlo, casi le dio risa, una larga risa histérica, porque todo aquello era ridículo. Aquella imagen, aquel lugar, su presencia allí, la idea misma de un espantapájaros viviente, con las órbitas rebosantes de gusanos, que los esperaba para abrirlos en canal y esparcir sus vísceras por el suelo.

«Va a morir alguien.»

Fue un presagio repentino. Lo vio claro como el cristal. ¿Sería él? No lo sabía. Quizá... Si era para salvar a sus amigos, lo aceptaría. No quería, pero lo haría. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Corey suspiró y se lanzó en pos de Connor. Luego Owen y Chad se hicieron un gesto y siguieron su ejemplo.

Las altas y apretadas plantas, alineadas de forma casi perfecta, formaban una muralla. Las hojas se entrecruzaban sobre los surcos e impedían ver más allá de una decena de metros a la redonda.

Connor había desaparecido, solo quedaba el siseo del campo de maíz:

miles de gruesas hojas agostadas por el sol que murmuraban suavemente.

—¿Connor? —llamó Chad—. ¿Dónde estás?

Siguió avanzando y apartó la siguiente hilera, acompañado por sus dos amigos. La ballesta pesaba una tonelada en sus manos y el sudor le resbalaba por la espalda.

Desde un lado, una mano lo agarró entre la cortina de hojas y tiró de él.

—Si nos separamos, podemos darnos por muertos —gruñó Connor—. Dos por surco y avanzando todos a la vez, hablando a menudo para saber que la otra pareja sigue ahí. ¿Está claro?

Los demás asintieron, y Chad tomó la delantera mientras le decía a su primo que se pegara a sus talones. En cuanto emprendieron la marcha, oír los pasos de Connor y Corey a su derecha lo tranquilizó. Solo los separaba un fino tabique vegetal, pero el maizal parecía una inmensa trampa. Si el espantapájaros conseguía dispersarlos, acabaría con los cuatro.

«Empecemos por no perdernos —pensó Chad, concentrándose. Tenían que mantenerse en línea recta hacia el sur, en dirección al estanque. Así darían con el mástil del espantapájaros—. ¿Y si ya no está allí? Como al llegar no lo vea subido en los palos, creo que el corazón se me parará de golpe...».

Porque todos sabían lo que eso significaba. Que estaba de caza. En algún lugar a su alrededor. Puede que justo detrás de ellos, en el surco del medio, levantando sus enormes y afiladas manos de acero para...

Chad se volvió, nervioso.

Owen le hizo señas de que todo iba bien. En cualquier caso, en su surco no había nada, que él pudiera ver.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz muy baja.

Chad asintió enérgicamente. No quería decepcionar a su primo, ni inquietarlo. El miedo es contagioso, eso se sabe incluso con trece años. Además, Chad se sentía responsable de Owen. Tenían la misma edad, pero asumía que debía comportarse como un hermano mayor y protegerlo, debido a las circunstancias en que Owen había aterrizado en su familia, destrozado, perdido. Chad había tenido un papel fundamental en su integración, incluso para ayudarlo a pasar el duelo; era su apoyo, su confidente cuando las cosas no marchaban, aunque había que reconocer que Owen casi nunca hablaba de eso. Aun así, la simple presencia de Chad, día a día, había sido un consuelo. Un anclaje. A veces, un modelo que imitar, cuando Owen era incapaz de reaccionar por sí mismo, cuando ya no tenía fuerzas para reflexionar por

propia iniciativa. Hacía lo que hacía Chad. Luego, poco a poco se daba cuenta de lo diferentes que eran, y entonces su instinto y su carácter retomaban las riendas, y volvía a ser Owen, no el Owen anulado por la pena y la pérdida de referentes, sino un Owen con su carga de incertidumbre y tristeza, pero capaz de actuar y pensar.

—Si la cosa se pone fea, quédate detrás de mí, te protegeré —aseguró Chad blandiendo la ballesta.

Owen señaló el carcaj que su primo llevaba sujeto con una correa al muslo derecho, en el que había otras seis flechas en sus respectivos compartimentos, listas para ser colocadas en la guía y disparadas.

—¿No crees que deberíamos haber fundido piezas de plata para hacer puntas?

—¿Por qué?

—Por si acaso. Ya sabes, como con los hombres lobo. Lo único que puede herirlos es la plata.

Chad se encogió de hombros.

—Pero esto es un espantapájaros.

—Sí, pero nunca se sabe, puede que también sirva. He leído que muchos monstruos temen la plata, porque es un metal relacionado con la luna, el astro de la noche, su reino.

—¿Y dónde lo has leído?, ¿en un cómic? Una cosa son los tebeos y otra la realidad. ¡Los monstruos no existen!

—Ah, ¿no?

Chad abrió la boca, pero no se le ocurrió ninguna réplica convincente. Owen tenía razón. Puede que en lo que habían leído desde pequeños hubiera una parte de verdad, después de todo. Las sombras albergaban cosas poco recomendables, a veces espantosas. Los adultos mentían. Los monstruos habitaban este mundo. Ellos lo habían comprobado.

Examinó la punta de metal de la flecha e hizo una mueca. ¿Por qué no se les habría ocurrido antes?

—Silencio, estamos cerca —susurró Connor al otro lado de la hilera de plantas.

Chad intentó tragar saliva, pero tenía la garganta demasiado seca. De buena gana habría hecho un alto para beber de una de las cantimploras, pero eso implicaba quitarse las mochilas y dejar las armas, y, ahora que estaban en el territorio del espantapájaros no era prudente.

—¿Ves algo? —preguntó Owen a su espalda.

Chad se puso de puntillas y apartó las plantas para despejar su campo de visión.

—No, nada.

El sol que los abrasaba desde el límpido cielo era como un solitario proyector enfocado sobre aquella escena, que Chad no sabía si era dramática, terrorífica o heroica, y esa incertidumbre lo angustiaba terriblemente. A su derecha, Connor y Corey seguían caminando; oía los tallos moverse, a veces partirse, y sus cuchicheos.

Desde lo alto debían de ser tan visibles como moscas en un charco de leche, mientras lo agitaban todo a su paso. «Este plan es una porquería. No estamos listos. Vamos a meternos en la boca del lobo sin la menor...»

—¡Lo veo! —exclamó Corey de pronto procurando no alzar la voz—. ¡Está ahí, colgado de los palos!

Chad y Owen empezaron a apartar las plantas a toda prisa, hasta que la siniestra silueta apareció en su cruz, con los brazos caídos y los rastrillos que le servían de manos colgando flojos.

Visto así, parecía Cristo crucificado, pensó Chad. «¡El Anticristo, más bien! —era como si, abandonado por su Padre, Jesús hubiera estado pudriéndose allí mucho tiempo y su cabeza inflada, a punto de explotar, se hubiera vuelto naranja—. ¡Como levante su asqueroso cabezón, me meo encima!» Pese a la luz cegadora, Chad lo miraba sin parpadear, esperando que cobrara vida, se sacudiera y blandiera sus garras mientras vomitaba gruesos gusanos. Pero no pasaba nada. Chad se había hecho a la idea de que el monstruo estaría esperándolos, impaciente por vérselas con aquellos críos del demonio... Pero no iba a ser tan sencillo. En la vida, las cosas nunca ocurrían según lo previsto, siempre había un contratiempo, una decepción, un problema, era inevitable.

—Ahora o nunca —murmuró Connor armando su lanzallamas y encendiendo el mechero delante del tubo metálico que había añadido a su juguete con cola y cinta adhesiva.

Se deslizó entre los tallos procurando hacer el menor ruido posible. Corey se volvió hacia Chad agitando la mano para que siguiera a Connor con la ballesta, y este obedeció de mala gana.

Medían cada paso conteniendo la respiración, con la frente cubierta de sudor y el corazón latíéndoles cada vez más rápido a medida que se

acercaban. El sol les quemaba la piel. No había un solo pájaro, no se oía ningún sonido, por lejano que fuera, ni un coche, ni un avión... Nada más que ellos y el crujido de las hojas apergaminadas. Y unas interminables hileras de plantas de maíz más altas que un hombre, plantas y más plantas, hasta el infinito.

«La cebolla del terror... Ya hemos llegado. Al centro.»

Chad se acordó del seguro de la ballesta y lo quitó. Ahora estaba preparado. Tenía las manos empapadas, así que empuñó el arma con fuerza tratando de no poner el índice en el gatillo, sabía que con la tensión podía apretarlo sin querer, y solo les faltaba herirse entre ellos. Abrió la boca para tomar aliento. Hacía mucho calor, se estaba ahogando.

Connor estaba justo delante de él, un poco a su izquierda en ese momento, los otros dos les pisaban los talones.

Ya no podían ver los palos del espantapájaros, a menos que se pusieran de puntillas y apartaran los tallos, pero ahora eso era lo de menos: sabían que estaban cerca.

El peligro no se hallaba donde esperaban encontrarlo, sino detrás, donde de repente algo tapó el sol con su sombra y casi chocó con Corey, que tropezó y cayó de espaldas, con la cara desencajada por el terror.

Chad sintió la presencia en el momento en que Corey caía, y al instante se giró en redondo. Connor fue aún más rápido en volverse, y también en disparar. Un delgado chorro de fuego atravesó el maizal, abrasó las plantas a su paso y erró el blanco por menos de un metro.

—¡JODER! —gritó el intruso—. ¿ESTÁIS ZUMBADOS?

Un pelirrojo desgredado de menos de veinte años, con unos vaqueros cortos, una camiseta sucia y botas de goma, los miraba con los ojos desorbitados. Las hojas ardían entre Connor y él, soltando llamas y un humo acre. Fue en ese instante cuando vieron que el chico llevaba una escopeta de caza en las manos.

—¿Qué coño hacéis en nuestros campos? —ladró agitando el arma—. ¿Y qué demonios es eso? ¿Habéis venido a pegarle fuego a todo? ¿Es eso? ¿Os parece divertido? ¡No me habéis achicharrado la jeta de milagro, joder!

Connor, comprendiendo que había estado a punto de dejar a un ser humano carbonizado, se quedó blanco. Chad se aferraba a su ballesta, consciente de que, incluso si se hubiera tratado del espantapájaros, la sorpresa y el miedo le habrían impedido disparar.

—¿Qué, ya no te parece tan divertido? —preguntó el pelirrojo apuntando la escopeta hacia Connor.

Contra todo pronóstico, quien más sereno se mostró fue Owen.

—Lo sentimos mucho, no ha sido a propósito... —dijo.

El cañón se movió en su dirección.

—¿Venir a mis tierras con un puto lanzallamas? ¿No ha sido a propósito? ¿Me tomáis por idiota? —Corey, todavía en el suelo, gateó de espaldas para alejarse—. ¿Y tú adónde vas? ¿Creéis que podéis achicharrarme el trasero y largaros como si nada?

Hizo chasquear la lengua contra el paladar varias veces a modo de negación. Su cara, granujienta y poco agraciada, estaba roja de ira.

—Eres Dwayne Taylor, ¿verdad? —dijo Connor, reaccionando al fin—. Perdona, te juro que no quería...

Taylor levantó la escopeta, la amartilló y le apuntó.

—Me debes un tiro —dijo fríamente—. Me has disparado y has fallado. Ahora me toca a mí. Reza para que también falle.

25.

Olivia pinchó en la ensalada con el tenedor y se lo llevó a la boca, bajo la atenta mirada de Zoey, sentada en su trona.

—¿Poqué comes hieba, mamá?

Olivia estuvo a punto de atragantarse.

—Es lechuga, cariño. Está buena, ¿quieres probarla?

Zoey puso cara de indignación.

—¡Zoy no vaca!

—Tú te lo pierdes... ¡Sigue comiendo maíz, como las gallinitas!

La niña torció el morro, y su madre depositó un beso en su frente mientras retiraba el plato. Ya iba retrasada. No había parado desde que estaba en pie. ¡Quién le habría mandado organizar una gran «barbacoa de confraternización», como la llamaba ella! Se le había ocurrido de repente, para facilitar su integración y la de su familia y estrechar lazos con los vecinos más o menos cercanos. Era el género de cosas que se hacían en lugares como Mahingan Falls, pensaba Olivia. Habían llegado casi un mes atrás y quería aprovechar el buen tiempo, antes de que el torbellino de la vuelta de las vacaciones dispersara a todo el mundo. Tom la había animado, asegurándole que de todos modos, con los pocos habitantes que tenían los Tres Callejones, sobraría sitio aunque se presentara la mitad. Sin embargo, casi todo el mundo había respondido afirmativamente y buena parte de los conocidos que empezaban a tener en el pueblo se habían apuntado a la fiesta. Repasando la lista definitiva de las personas que habían confirmado su asistencia, Olivia se lo había refregado por las narices.

—No olvides, Tom, que la gente está deseando conocer a «la chica de la tele». La fama produce curiosidad y da mucho tema de conversación. ¿Cómo vas a arreglártelas con las hamburguesas? Nuestra parrilla es demasiado

pequeña... Buscaré un *catering* , será más caro pero más práctico...

—Deja que se encargue el hombre de la casa. Encenderé un gran fuego en mitad del jardín con unos cuantos ladrillos y la barbacoa de Roy. Con eso bastará y sobraré.

Olivia no había insistido. Conocía lo bastante a su marido para saber que en cuestiones de barbacoa no se bromeaba: habría sido tanto como poner en tela de juicio su virilidad. ¡Además, así saldría un poco de su despacho! Rara vez lo había visto tan inspirado al inicio de una obra; se pasaba el día entero encerrado allí dentro, y cuando salía para cenar parecía totalmente ausente y tardaba una hora larga en aterrizar entre ellos, por lo general en el momento en que los niños acababan de acostarse. Habitualmente solo se comportaba así una vez metido en faena, durante dos o tres meses, el tiempo que tardaba en parir el meollo de la obra; luego volvía a ser él mismo poco a poco. Ella respetaba ese período creativo; sabía que su marido lo necesitaba para concretar sobre el papel lo que tenía en la cabeza. Olivia se lo tomaba con paciencia, y entretanto se ocupaba sola de la casa (y de su propia vida, por supuesto, porque mientras el artista creaba, el mundo seguía girando). Era en cierto modo como la esposa de un militar en campaña, con la diferencia de que ella se reencontraba cada noche con el envoltorio carnal de Tom, pero no con su mente, que seguía en el frente de la escritura, en una región lejana. También tenía su lado bueno, por qué negarlo. Recuperar un poco de independencia, una pizca de apetecible soledad, y luego, cuando la obra terminaba, Tom estaba más disponible que la mayoría de los hombres, que se iban a trabajar todas las mañanas.

Pero en resumidas cuentas hoy le tocaba a ella hacerlo todo, encargarse de las compras, preparar las ensaladas y pelar la fruta. Por suerte, durante la mañana había conseguido avanzar con la casa. Cubiertos, decoración, vasos... Ya solo faltaban unos cuantos toques de última hora.

La pequeña Zoey soltó un grito de frustración con los diminutos dedos tendidos hacia el yogur de chocolate que esperaba en la mesa. Olivia se lo dio.

Y, para colmo de males, Gemma había elegido justo ese día para ponerse enferma. La chica no había faltado nunca, ni una hora, ni un retraso, nada, pero iba a fallarle el único día que difícilmente podía arreglárselas sin ella. Corey acababa de presentarse con el otro chico, el conversador, que parecía un poco mayor, para llevarse a Chad y a Owen al bosque, y a Olivia no le había

gustado su respuesta cuando se había interesado por la salud de su hermana. Rehuyendo su mirada y esquivando la pregunta, se había limitado a admitir que Gemma «lloraba lo suyo». Olivia no paraba de darle vueltas a la frase. ¿Qué enfermedad podía hacer llorar a una chica de diecisiete años?

«Mal de amores.»

Lo que le dolía a Olivia no era tanto que Gemma le mintiera sobre el motivo de su ausencia como que no le hubiera hablado de un hipotético novio. Desde el incidente con Derek Cox, el día que Olivia lo había mandado a hacer gárgaras tan tranquila y se había llevado a la chica a dar una vuelta en coche para intercambiar confidencias, las dos se habían entendido estupendamente. Ya no había incomodidad entre ellas. Entonces, ¿por qué no le había contado nada sobre ese incipiente romance? ¿Temía que su «jefa» la juzgara? Olivia estaba apenada y un poco enfadada.

Zoey derramó el yogur sobre las baldosas de la cocina.

—¡Uy, qué tontidía!

Olivia frunció los labios.

—Oh, Zoey, no es el momento... Si quieres comer tú sola, tendrás que tener más cuidado.

—Pedón, mamá.

Olivia cogió el rollo de papel de cocina para arreglar el desaguisado. La adaptación de la familia a su nueva vida iba mejor de lo que esperaba, salvo en el caso de Zoey. Tras las noches de pesadillas, Tom había decidido de un día para otro cambiarla de habitación. Al parecer, había encontrado excrementos de rata cerca de la cama. Olivia se llevó un disgusto. Había elegido la habitación cuidadosamente, por su situación en el ala de los niños, por su tamaño y por lo luminosa que era, y después había pasado mucho tiempo decorándola con mimo. Ver a su hija emigrar al cuarto que les servía de antecámara le hizo tan poca gracia como enterarse de que en su casa había roedores. «Solo serán unos días —le aseguró Tom—. Zoey estará de nuevo en su habitación antes del comienzo del curso.» Ese mismo día compró veneno para ratas y tres trampas, que repartió por la preciosa moqueta blanca y subía a comprobar cuatro veces al día. Ante la sugerencia de Olivia de que acudieran a un profesional, respondió categóricamente: «¡Son unos charlatanes! Dejan al menos una hembra adrede, para que haya que volver a llamarlos más tarde. Lo vi en un reportaje». Inapelable. Olivia se había rendido, pero no veía el momento de volver a llevar a Zoey a su habitación. La

niña dormía mejor, aunque no del todo. De cuando en cuando se ponía a llorar, o incluso a chillar, en mitad de la noche, y el hecho de que estuviera en el cuarto de al lado lo hacía menos penoso, había que reconocerlo. Pero Olivia estaba un poco harta. Tenía la sensación de que su intimidad como pareja se resentía. Una simple puerta corrediza les separaba de su hija, y no habían hecho el amor desde hacía más de dos semanas, pese a que todo iba bien, los dos tenían la moral muy alta y no estaban destrozados por tener que hacer esfuerzos físicos todo el santo día. Sin ser unos conejos, cuando había luz verde como en esos momentos solían desplegar un poco más de actividad sexual. Incluso después de quince años de matrimonio, seguían cuidando ese aspecto de su vida en pareja, conscientes de lo mucho que repercutía en la armonía de la relación. «¡Cuando la fontanería funciona, todo funciona! —le gustaba decir a Tom en un tono un poco bufo, imitando a un viejo sátiro—. ¡No olvidemos jamás que el acto mismo lleva el nombre exacto del sentimiento que va a la par! ¡El uno no es nada sin el otro, señora Spencer! Así que, ¡a la cama sin rechistar!»

Pero desde el cambio de habitación de Zoey no se habían tocado. La proximidad de la niña, el temor de que pudiera oírlos, debía de inhibir a Tom. Y luego estaba su trabajo... Mientras escribía siempre mostraba menos deseo y hacía el amor de forma más mecánica.

—¿Mamá ecoge?

—Sí, mamá recoge tus tonterías. ¡Y créeme, hoy no me importaría nada no tener que hacerlo!

Olivia pensó en la lista de la compra, kilométrica, y en los preparativos. Todo el mundo llegaría a las siete, pero ella había dado permiso a los chicos para salir hasta media tarde, sin caer en la cuenta de que habrían podido quedarse para ayudarla... «¡Y a saber cómo vuelven! Si es que soy tonta...»

Subida en lo alto de la sillita, Zoey se echaba ahora el vaso de agua encima y volvía sus grandes ojos castaños hacia su madre para comprobar si se había dado cuenta.

Olivia suspiró. Estaba harta. Tentada de anularlo todo. Extendió los brazos hacia su hija.

—Ven, te voy a cambiar...

De pronto, el timbre resonó en la planta baja y Olivia se sobresaltó. No esperaba a nadie, y le entró el pánico. Si algún invitado había decidido presentarse con seis horas de antelación, lo iba a recibir...

Gemma apareció en la puerta. Su enorme sonrisa no conseguía disimular sus ojos enrojecidos.

—Me he cruzado con mi tía y me ha dicho que ha invitado usted a medio pueblo esta tarde, así que he pensado que le vendría bien que la librara de esto —dijo la chica cogiendo a Zoey, que se debatía para saltar a sus brazos. Y sin esperar respuesta, dejó atrás a Olivia y se dirigió al salón—. Pero si estás empapada... ¿Has vuelto a volcarte un vaso encima?

—Zoé, tontidía.

—Sí, eso se te da estupendamente.

Olivia las observaba. «Nada de mal de amores. Es algo grave... Un disgusto importante.»

—Subo a ponerle otro babi —anunció Gemma procurando evitar la mirada de su jefa.

En ese instante, Olivia tuvo la certeza de que la cosa era mucho más grave de lo que suponía.

—Gemma...

—¿Sí?

—¿Qué te pasa?

La chica sacudió la cabeza.

—Nada, todo va bien, se lo aseguro. Solo era un dolor de cabeza. Un paracetamol y se me ha pasado.

Olivia se colocó delante de ella y adoptó una expresión afectuosa, tan indulgente como le fue posible.

—No, Gemma, lo veo perfectamente. Mira, mientras subo a Zoey para que duerma la siesta, haz té, que tú y yo vamos a...

La barbilla de la canguro tembló y su garganta se agitó. Las lágrimas asomaron a sus ojos, y antes de que pudiera reprimirlas, Olivia la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. Zoey notó que pasaba algo importante, se quedó callada y, con la cabeza apoyada en la sien de Gemma, miró la cara de su madre, a unos centímetros de la suya.

Cinco minutos después, Olivia bajaba de la primera planta tras dejar a la niña dormida. Apenas se había sentado frente a Gemma cuando la chica se echó a llorar. En medio de los sollozos, dos palabras brotaron con la violencia de un espasmo:

—Es Derek...

Olivia apretó los puños.

—¿Te ha hecho daño?

Gemma alzó unos ojos llenos de desesperación.

Y asintió.

26.

Dwayne Taylor, con el blanco de los ojos brillante, las comisuras de los labios llenas de pegajosa baba y la escopeta en las manos, lista para escupir muerte, parecía presa de una fiebre que lo emborrachaba.

—No, no lo hagas... —suplicó Connor—. Lo siento mu...

—¡Solo queríamos quemar el espantapájaros! —confesó Owen.

El rostro de Taylor se ensombreció.

—¿El espantapájaros? ¿Por qué?

—¿Lo... lo hizo tu padre? —le preguntó Connor.

Taylor no respondió. Sus diminutos ojos volaban de un chico a otro con una extraña curiosidad.

—No nos vas a creer —dijo Owen—, pero tu espantapájaros ha intentado matarnos. Es la verdad.

Connor, que se temía lo peor, levantó la mano libre en son de paz y farfulló unas cuantas frases para intentar solucionar las cosas. Taylor dejó de apuntarle y se apoyó la escopeta en el hombro.

—Entonces, ¿vosotros también lo habéis visto? —exclamó para gran sorpresa de los cuatro chicos.

De repente parecía sumido en el estupor. El estupor de un chico que aún no tenía veinte años, vivía en una granja, había presenciado algo que no podía contar sin que lo tomaran por loco y al fin encontraba unos oídos comprensivos. El peso que lo aplastaba se desprendió de él y su mirada se iluminó poco a poco con un destello de esperanza.

—¿Te persigue como a nosotros? —le preguntó Owen, asombrado.

—No. No me he acercado a él. Fue una noche. Me di cuenta de que no estaba en los palos. Y el lunes pasado, al amanecer, lo vi regresar a través del maizal. Creí que me había vuelto majareta... Estuve a punto de acercarme con

el móvil, para grabarlo, pero, no sé por qué, sentí que era mejor que no me viese. Esa cosa es...

—Mala —completó Owen.

Dwayne asintió.

—Lo hizo tu padre, ¿no? —insistió Connor.

—Sí.

—¿Tu viejo practica magia negra?

—¿Qué? ¡Menuda ocurrencia! ¡No, claro que no!

—Entonces ¿cómo explicas que el espantapájaros esté poseído por un espíritu maligno?

—¿Y cómo sabéis que es un espíritu? Puede que simplemente se haya... despertado.

—Sí, o se le ha metido un extraterrestre por el culo... —rezongó Corey, sin atreverse a reír.

—Mi padre hace unos cuantos todos los años, y nunca había pasado nada. Coloca tres o cuatro en distintos puntos de la granja y...

Taylor no acabó la frase. Un silbido metálico, seguido de un choque blando y húmedo, lo interrumpió.

El rastrillo acababa de surgir a través de la cortina de maíz, justo a su derecha, y su camiseta se abrió en jirones horizontales mientras una mancha oscura empezaba a extenderse por ella. Enseguida sus entrañas se derramaron ante él, como si su propio vientre vomitara todo lo que contenía, intestinos, órganos y ríos de sangre, que cayeron sobre sus piernas y en la tierra agrietada, a sus pies.

Nadie fue capaz de moverse.

El espantapájaros apareció delante de Taylor y azotó el aire con el brazo.

La mandíbula inferior del joven salió volando y su lengua se agitó en el aire como una gran babosa presa de convulsiones.

El olor rancio a carne podrida y orina de gato se extendió de golpe, envolviendo a los adolescentes, atrapándolos en su repugnante sudario, inmovilizando a cada uno de ellos todavía más.

El terror había dilatado las pupilas de Dwayne. Chad nunca había visto unos ojos parecidos. Ese fue el detonante, lo que despertó su instinto de supervivencia. No quería tener la mirada de Taylor. Nunca.

Volvió la ballesta hacia la cabeza del espantapájaros y apretó el gatillo. La cuerda soltó un chasquido y la flecha atravesó la calabaza de parte a parte.

—¡CORREEEEEEEED! —gritó.

Chad vio gusanos amarillos que salían retorciéndose del agujero que acababa de abrir y aterrizaron a los pies del monstruo. Tuvo la certeza de que se arrastrarían hasta él y, si conseguían introducirse entre su ropa, le perforarían la piel con sus rosáceas mandíbulas y devorarían su carne para penetrar en su interior, excavar un nido y seguir comiendo y comiendo hasta engordar, engordar, engordar... y hacer estallar lo que quedara de él.

Dwayne Taylor hizo un ruido seco y blando al caer en tierra, lo que arrancó a Chad de su pesadilla. El espantapájaros se había vuelto hacia él. El chico podía percibir su furia, salvaje y aviesa.

Un ejército de gusanos cayó de su torcida boca.

Esta vez, Chad reunió la energía necesaria y echó a correr con toda la fuerza de sus piernas. Huía a toda velocidad, sin ni siquiera ser consciente de que sus amigos hacían lo mismo.

Las hojas le azotaban las mejillas y le arañaban los brazos, pero a Chad, que oía el acero cortando el aire a su espalda, le daba igual. Galopaba, y si hubiera podido volar lo habría hecho, porque tenía la sensación de que sus pies apenas rozaban el suelo. Saltó al siguiente surco, y luego al otro, esperando haber tomado la dirección correcta para volver al bosque. No era una idea muy meditada, pero, en su pánico, fue incapaz de razonar de otro modo y siguió corriendo para regresar a casa, por lejos que estuviera.

Las hojas crujían a su alrededor, y en medio de aquel estrépito seco ya no sabía qué sonidos se debían a su paso o al de sus amigos, o si era el espantapájaros que los perseguía. Atravesaba cada muro de plantas con rabia y miedo, rebasándolas a tal velocidad que no le daba tiempo a protegerse con las manos. En aquel torbellino de sol, sombras, tallos, sudor y sangre, se percató de que seguía empuñando la ballesta. No había tenido tiempo de recargarla. ¿Para qué? ¡Le había dado al espantapájaros en toda la cabeza y ni se había inmutado! Owen tenía razón: se necesitaban puntas de plata. Estaban listos...

La abominable silueta surgió a su derecha, con sus cuchillas a guisa de dedos reluciendo al sol de agosto, impacientes por embadurnarse con sus fluidos. Corría en paralelo a él.

Su grotesca cara se iba acercando lentamente.

Siguieron atravesando las cortinas de maíz.

Las malignas cuencas del espantapájaros lo miraban, y en sus tinieblas

interiores Chad distinguió un resplandor apenas visible. Una luz negra. Una energía más que una fuente de luz. Un movimiento. Antiguo. Implacable. Era eso lo que animaba a la criatura. Un poder primitivo.

Cuando comprendió que, fascinado por lo que veía, había empezado a correr más despacio, era demasiado tarde.

El espantapájaros estaba encima de él.

Curiosamente, Chad no tuvo miedo de sus afilados dedos, que se alzaron para rebanarle el pescuezo, pero se estremeció ante la visión de los gusanos que asomaban por el borde de la boca abierta, a punto de saltar a la suya y a sus fosas nasales.

El sol desapareció.

El olor se hizo insoportable, y Chad eructó violentamente.

Un surtidor ígneo iluminó el aire entre el espantapájaros y el muchacho, y las llamas envolvieron uno de los brazos del monstruo, que retrocedió, mientras un grito horrible sacudía el maizal, un estridente alarido que ascendía de muy lejos, de las profundidades de la bestia. Chad creyó que se quedaría sordo para el resto de su vida.

Connor volvió a cargar el lanzallamas y escupió otro chorro de fuego.

Owen agarró a su primo del cuello de la camiseta y tiró tan fuerte de él que casi lo hizo caer. Chad reaccionó y echó a correr de nuevo.

Cuando quiso darse cuenta de lo que había ocurrido se abrió paso entre la maleza sin dejar de acelerar. Corey iba un poco más adelante, con las manos llenas de piedras, lanzándolas con todas sus fuerzas en dirección a la amenaza que chillaba detrás de ellos. Echando un rápido vistazo a su espalda, Chad se aseguró de que Connor, con el rostro congestionado, cerraba la marcha. Veinte metros más atrás, el espantapájaros seguía destrozando el maizal. No se rendía.

Chad no estaba seguro de poder mantener aquel ritmo mucho tiempo, y menos a través del bosque. Pero era demasiado tarde para cambiar de dirección, así que procuró respirar lo mejor que pudo, mientras corría al pie de una empinada colina.

El barranco era su única esperanza de llegar a casa, porque no habrían podido mantener esa velocidad por las escarpadas laderas del Cinturón. Corey se había dado cuenta y los guiaba, marcando con los brazos el agotador ritmo de la huida, con la boca deformada por el esfuerzo para tragar la mayor cantidad posible de oxígeno en cada inspiración.

El espantapájaros ya no gritaba, pero lo que brotaba de sus entrañas era aún más aterrador. Un gruñido cavernoso de dolor y furia. Sin duda Connor le había herido con el lanzallamas, pero en esos momentos Chad no estaba seguro de que eso fuera una buena noticia. El monstruo los perseguía con un empeño que parecía implacable. No pararía hasta obtener venganza.

Los primeros árboles del bosque se perfilaron por fin ante los ojos de los chicos, y eso les devolvió la esperanza. El espantapájaros no ganaba terreno, pero tampoco lo perdía.

Cuando se sumergieron en la sombra del follaje, Chad vio que Corey reducía la velocidad para recoger más piedras.

—¡No! ¡Eso no sirve de nada! ¡Corre!

El mayor de los chicos dudó antes de imitarlo, esquivando los helechos y las zarzas.

El aire empezaba a quemarles los pulmones, el sudor los cegaba y sentían cómo los músculos de las piernas se les agarrotaban cada vez más.

Chad visualizó el trecho que aún tenían que recorrer y supo que era imposible. Los adultos ni siquiera sabrían dónde buscarlos. Probablemente nunca encontrarían sus cuerpos.

El bosque se los tragó, el terreno empezó a descender y, a uno y otro lados, se alzaron las paredes de roca. Estaban en el barranco.

Todavía.

Aquella sería su tumba.

Owen tropezó, y Chad se detuvo para ayudarlo a levantarse. Al echar un vistazo para ver dónde estaban sus amigos, Corey resbaló en el musgo y cayó al suelo de espaldas.

Connor corrió hacia él con la mano tendida y la cabeza vuelta hacia el peligro que los perseguía.

—¡Deprisa, está ahí! —resolló.

Pero Corey no conseguía levantarse. Estaba exhausto. Al límite de sus fuerzas.

Chad se dio cuenta de que ya no tenía la ballesta. Debía de haberla soltado cuando el espantapájaros había estado a punto de cortarle el cuello. Su primer impulso fue coger una de las flechas del carcaj que llevaba sujeto al muslo y volverse para lanzarla. Era la absurda ocurrencia de un niño con el cerebro oscurecido por el esfuerzo y el raciocinio anulado por el miedo.

La saeta de carbono pasó lejos del espantapájaros, que también había

reducido la velocidad y estaba empezando a zigzaguear. Chad tardó en comprender lo que veía; de hecho, tenía la sensación de que el monstruo estaba... borracho.

—¿Qué... qué le pasa? —preguntó entre dos bocanadas de aire caliente.

Los estragos del fuego, que seguían crepitando en su hombro, no eran lo bastante importantes para que de pronto empezara a hacer eses, pensaba Chad. No, pasaba algo más.

El espantapájaros tenía problemas. Se tambaleaba de un modo extraño.

«Ha perdido el control...»

De pronto dio media vuelta y se agarró a una rama para no caerse. Metro a metro, se hizo evidente que recobraba la estabilidad a medida que se alejaba.

Connor echó a correr hacia él entre los gritos histéricos de sus amigos.

—Pero ¿qué haces?

—¡No!

—¡Déjate de bromas! ¡Se está recuperando!

Pero Connor no los escuchó. Siguió corriendo y, cuando estuvo a menos de cinco metros del espantapájaros, apretó el gatillo de su lanzallamas de plástico. Un chorro de líquido roció la espalda del monstruo, que se volvió. Bajo el cañón, el mechero se había apagado.

—¡Por el amor de Dios, Connor! ¡Vuelve! —gritó Chad.

El mayor de la pandilla trataba de encender el mechero mientras el espantapájaros se aproximaba con paso vacilante. Levantó una de sus zarpas.

La llamita brotó, y Connor bombeó para recargar su lanzallamas de plástico.

Esta vez el chorro incandescente alcanzó en pleno pecho al espantajo, que empezó a arder. Nuevo bombeo. Nuevo disparo. Acertó a la calabaza, que tenía la cavidad de la boca llena de gasolina.

El espantapájaros se retorció y se agarraba a los troncos para no caer. Estaba a menos de tres metros de Connor, que no retrocedió, decidido a vaciar el resto del depósito en lo que rápidamente se convirtió en una pira andante. La camisa de cuadros y el peto vaquero llameaban, sus miembros se encogían, la calabaza explotó por un lado y un gran pedazo se desprendió. Empezaba a parecerse a un malvavisco a la brasa. Los rastrillos, sin fuerza ya para golpear, se soltaron de las muñecas y chocaron contra el suelo envueltos en chispas.

El monstruo hizo un amago de fuga, pero se desplomó. Las llamitas

siguieron danzando y chisporroteando sobre su cuerpo unos instantes.

Cuando Connor se volvió hacia sus amigos, pudo leer la admiración en sus miradas.

—Esa basura estaba al límite de sus fuerzas —dijo con la voz todavía ronca por la carrera—. Había que aprovechar.

—Joder, Connor... —murmuró Corey—. ¡Te lo has cargado!

En el silencio atónito que siguió, aprovecharon para recuperar el aliento. El mundo daba vueltas a su alrededor, mientras empezaban a ser realmente conscientes de lo que acababan de vivir. El espectro de la muerte y el terror se difuminaban. Chad volvió a ver los ojos desorbitados de Dwayne Taylor, sus vísceras desparramándose por el suelo y su lengua agitándose en el aire. Sintió náuseas y apoyó las manos en las rodillas.

Owen lo sujetó por la manga, aunque él también seguía en estado de shock.

—Tenemos que decírselo a nuestros padres —murmuró Chad cuando fue capaz de hablar—. Hay un muerto en el maizal.

—¿Y qué les decimos? —replicó Connor—, ¿que lo ha matado un espantapájaros? ¿Sabes lo que pasará? En el mejor de los casos, nos meterán en el manicomio, y en el peor, nos acusarán del asesinato.

—¡No, claro que no! No teníamos armas y...

—Ah, ¿no? —respondió Connor levantando el lanzador de agua y señalando el carcaj en el muslo de Chad.

—No lo hemos matado con eso...

—Da igual. Nadie nos creerá.

Se miraron unos a otros. El rojo de sus mejillas contrastaba con la palidez del resto de su cara, y estaban empapados en sudor, muertos de sed, exhaustos y angustiados. Connor sacó el móvil del bolsillo y se encogió de hombros.

—Además, no hay cobertura.

—Entonces tenemos tiempo para tomar una decisión mientras volvemos —sugirió Corey.

—Y para pensar en lo que ha pasado —dijo Owen con una expresión reconcentrada.

Connor hizo una mueca.

—¿Qué quieres decir? Todos sabemos lo que ha...

—Este sitio tiene algo peculiar —respondió Owen con tanta seguridad que todos callaron, intrigados—. Ya habéis visto cómo ha reaccionado el espantapájaros.

—Como si estuviera trompa —dijo Chad.

—Como si tuviera miedo.

Connor no disimuló su escepticismo.

—Se había quedado sin fuerzas —dijo.

—Ya no se enfrentaba a nosotros, sino a algo en su interior. Creo que luchaba con alguna cosa, chicos —insistió Owen—. Una fuerza invisible, que se ha interpuesto entre él y nosotros —miró a sus amigos uno tras otro y añadió—: No estamos solos.

27.

Estar sentada entre la gente y no poder respirar, mientras un sarcófago de hielo te aprisiona el cuerpo y te congela los labios, hasta que lo único que puedes mover son los ojos. Ver que las luces se apagan y todos los testigos potenciales se vuelven hacia la gran pantalla en la que se proyecta la película y clavan los ojos en ella.

Luego la asfixiante presencia de Derek Cox, que se inclina hacia ti.

Su mano ascendiendo por el muslo. Lentamente.

La sensación de que una lengua helada y áspera le recorre la columna vertebral.

Los gruesos dedos de Derek jugando con la tela del short, buscando la cremallera, abriéndola...

Sentir el frío de esa mano insoportable que manosea las bragas y se desliza bajo ellas hasta provocarte un estremecimiento desesperado; toquetea el vello púbico, te separa los muslos, sellados por el terror, y te palpa groseramente el sexo, brutalmente, como si amasara pan.

Sin atreverte a hacer el menor movimiento. Sin un gemido, sin un grito.

Gemma no sabía qué le repugnaba más, si el comportamiento de Derek o su propia actitud. Fue Olivia quien se lo dijo bien claro:

—¡Estabas en estado de shock! Ese canalla te ha violado.

Había tenido que parlamentar largo rato con Gemma hasta conseguir que cediera y se subiera al coche para ir a la comisaría de Mahingan Falls. Le daba vergüenza. Temía las miradas cuando contara lo que había padecido, su falta de reacción. Todo el mundo la juzgaría. Se burlaría. Y si aquello salía de las dependencias policiales, no lo soportaría.

Con paciencia, Olivia había encontrado las palabras adecuadas para que se sintiera apoyada. Comprendida. Casi en estado de trance, pasiva, Gemma

había acabado rindiéndose y aceptando su propuesta.

Ahora esperaban en el pequeño vestíbulo de la comisaria, frente al mostrador de recepción, desde hacía casi una hora. Zoey jugaba con Gemma, que imaginaba que Olivia le dejaba hacerlo a propósito para que se distrajera y no pensara, para evitar que dudara. Llorar, ya no podía; había derramado todas las lágrimas que puede derramar un ser humano, y nunca habría imaginado que fueran tantas. Probablemente no le quedaba una gota, solo conductos vacíos. Se había quedado seca por dentro.

Olivia se levantó de la silla de plástico y volvió a dirigirse a la agente de guardia.

—Llevamos casi una hora esperando...

—Lo siento, señora. Ha dicho que quería hablar directamente con el jefe Warden, que está ocupado. Le repito que un oficial puede tomarles...

—No, quiero hablar con el responsable. ¿Tan difícil es ver al jefe de la policía en un pueblo? ¡Le he dicho que era una urgencia!

—Cálmese, señora.

Olivia golpeó el mostrador con el puño.

—¿Es que aquí hay que estar agonizando en un charco de sangre para que te hagan caso?

Sentada al otro lado del mostrador, la agente la miraba como si fuera el diablo en persona. Sus escandalizados ojos se deslizaron sobre la niña para hacerle comprender que sería imperdonable perder el control en presencia de su propia hija, tan pequeña, y Olivia crispó los dedos, a punto de estallar. Gemma nunca la había visto así: parecía capaz de echar fuego por la boca y carbonizar a la agente con un simple suspiro.

—¡Bueno, ya estoy aquí! —exclamó una voz aguda a un lado del mostrador—. Jefe Lee J. Warden, para servirle. Acompáñeme al despacho, señora Spencer-Burdock.

Gemma le tendió la mano a Zoey para seguirlos por el pasillo, pero el hombrecillo bigotudo alzó un índice autoritario.

—No, usted espere ahí. Prefiero hablar primero con su madre.

—Trabaja para mí —se apresuró a corregirlo Olivia—. Y es la víctima.

—Comprendo. De todas formas, vayamos por partes. Primero, usted, y luego la joven.

El policía no estaba dispuesto a que le dieran órdenes; se expresaba con una autoridad natural a la que era difícil oponerse, y tras una mirada de Olivia

para asegurarse de que estaba de acuerdo, Gemma asintió.

—Yo me encargo de Zoey. Entre, confío en usted, Olivia.

El jefe Warden se alisaba el fino bigote gris sin dejar traslucir la menor emoción. Estaba sentado en un gran sillón de cuero que crujía al menor movimiento, en su despacho del primer piso, decorado con fotos en las que aparecía acompañado por diversas personalidades, políticos de la región, supuso Olivia. Había escuchado su relato pormenorizado, desde su encuentro con Derek Cox hasta la confesión de Gemma en el salón de su casa, sin interrumpirla, pero también sin tomar una sola nota, lo que la había dejado preocupada.

—¿No debería grabar mi declaración para el informe?

Los vivos ojos de Warden se clavaron en los suyos.

—Señora Spencer-Burdock, acaba usted de llegar a Mahingan Falls, ¿verdad? ¿Está segura de querer que su nombre figure en un procedimiento policial? ¿Especialmente en un supuesto caso de abuso sexual?

—¿Supuesto? En lo que acabo de contarle no hay ninguna suposición.

—Es solo el relato de un relato. Usted no ha presenciado la agresión.

—Mis hijos estaban en el cine.

—¿Qué edad tienen?

—Trece años.

—¿Y les deja ir a ver una película de terror? Era lo único que ponían ayer, lo sé, formo parte de la comisión municipal que vota la programación. De hecho, me opuse a que se eligiera ese título, pero está claro que las costumbres se han relajado, porque fui el único.

—No sé lo que fueron a ver. Ya no son unos niños, y eso me trae sin cuidado. Lo que importa es lo que le ha pasado a Gemma.

Warden arqueó una de sus enmarañadas cejas.

—¿De verdad quiere hacer declarar a sus hijos?

—Mire, ni siquiera sé si notaron algo, son unos críos, probablemente ni siquiera se dieron cuenta, pero tal vez vieron a Derek Cox en la sala con Gemma.

—Lo cual no es delito. ¿Se ha sometido a un examen médico para confirmar... los tocamientos?

—No, no está preparada psicológicamente. Y ya se lo he explicado: no

hubo penetración por parte de Derek Cox, así que ni pelos púbicos ni esperma, si es en eso en lo que piensa. Que yo sepa, introducir los dedos a la fuerza en el sexo de una mujer ¡se llama violación!

Olivia hacía esfuerzos por dominarse, pero estaba rabiosa. Tenía la sensación de estar dándose cabezazos contra un muro: aquello tardaba una eternidad. El tal Warden parecía salido de una mala película; la caricatura de una figura paterna autoritaria y trasnochada, llena de prejuicios, encerrada en sus convicciones tradicionales.

El jefe de la policía se pasó la lengua por los resecos labios y se inclinó hacia Olivia.

—Señora Spencer-Burdock, lo que intento hacerle comprender es que se trata de una acusación grave, muy grave, diría yo, sin más base que las afirmaciones de una joven cuya reputación se desconoce. Las consecuencias para el hombre al que acusa podrían ser devastadoras.

—¿Consecuencias? Espero que...

—Déjeme acabar —la atajó Warden con un ademán—. Derek Cox no es ningún angelito, de acuerdo, pero es joven, puede cambiar. ¡Quién sabe si dentro de veinte años no descubrirá la cura del cáncer! Pero lo que es seguro es que si lo encierro por unos tocamientos...

—Una violación —insistió Olivia con firmeza, lo que no agradó a su interlocutor.

—... probablemente iré a la cárcel, donde cualquier posibilidad de convertirlo en un hombre de bien se esfumará para siempre. Ni estudios superiores ni electroshock, solo barrotos y el comienzo de una espiral descendente, cuya primera víctima será él, aunque de paso dañe a otros.

Olivia se había quedado boquiabierta y aterrada.

—¿Está diciéndome que es más importante mantener la esperanza en un hijo de perra que hacer justicia a una chica agredida sexualmente?

—Mire, seamos realistas: esto no llegará a ninguna parte. Es su palabra contra la de Derek.

—Yo la apoyaré. Testificaré sobre la personalidad de ese individuo. He visto cómo le habla, cómo la controla, cómo la maltrata psicológicamente...

—Derek Cox tiene amigos cuyos padres gozan de mucho predicamento en el pueblo...

—¿Y? La justicia protege a los ricos, ¿es eso?

—Por supuesto que no. Pero usted acaba de llegar. ¿Le gustaría que su

familia se viera mezclada en un asunto tan grave? ¿Que solo se basa en declaraciones? Serán ustedes la comidilla del pueblo. La gente de aquí tomará partido, ¿sabe?, y habrá dos bandos. Ni para usted ni para sus hijos será fácil hacer frente a quienes respalden la versión de Derek Cox.

—¿Es que tiene una versión? ¡Si ni siquiera lo ha interrogado!

—Lo negará todo, y puesto que no hay ningún testigo ni ninguna prueba material... Y aunque intervenga usted para confirmar que entre ellos había una relación, Derek alegará una pelea de enamorados. Sé lo que ocurre en estos casos, créame. Dirá que ella cambió de opinión de un día para otro, o que quiere vengarse por alguna estupidez...

Olivia no daba crédito. Le daban ganas de gritar, de agarrar a aquel viejo imbécil por los hombros y sacudirlo. Pero cuando creía que aquello no podía ser peor, Warden remachó el clavo.

—Entre usted y yo, aunque fuera verdad, no estoy del todo seguro de que se le pueda culpar. ¡Se ha vuelto tan difícil para un hombre hoy en día saber cómo actuar! Todas esas chicas se pasean con los pechos medio fuera, los muslos al aire, se echan encima de sus novios para besarlos y luego se hacen las vírgenes atemorizadas porque les han rozado el pecho..., ¿qué quiere que le diga? ¡Ya va siendo hora de poner un poco de orden en todo eso!

Aquel fulano vivía en la Edad Media. Olivia se hundió en el asiento. Después del fenómeno *#MeToo*, que se suponía había despertado a los hombres del mundo entero, aquella perorata sugería un fracaso tremendamente desmoralizador.

—Violó a Gemma Duff con los dedos —repitió Olivia.

—Sí, sí, ya lo he entendido, eso es lo que dice ella. Conozco un poco a los Duff. El padre muerto, la madre ausente...

—No veo la relación.

El jefe Warden entrecruzó las manos para formar una pirámide y agitó el bigote mientras buscaba el mejor modo de expresar lo que pensaba.

—Sé que me odia, porque se deja llevar por el calor del momento, pero confíe en el viejo zorro que tiene delante. Con el tiempo me dará las gracias por haberle ahorrado este embrollo.

Olivia sacudió la cabeza con firmeza.

—No, quiero poner una denuncia contra Derek Cox. No saldré de aquí hasta verla registrada.

Warden clavó sus ojos en ella. Emanaba una voluntad inflexible, y el aire

del despacho pareció cargarse de tensión. Cuando volvió a hablar, en su voz ya no había el menor rastro de amabilidad.

—Usted misma lo ha dicho: no es su madre. No tiene ninguna autoridad. Es una menor. Voy a hablar con ella, a solas, a título puramente informativo, para explicarle todas las consecuencias y asegurarme de lo que ella quiere hacer. Y si después la señorita Duff sigue siendo igual de tajante, llamaré a su madre. Usted no estaba allí cuando se produjo la presunta agresión y no tiene ningún parentesco con la chica, así que, en lo que a usted respecta, hemos terminado. Puede salir de mi despacho. Hasta la vista, señora Spencer.

28.

Once de veintiocho.

En tres días, Tom había leído casi una docena de libretas de Gary Tully. Y no añadían nada al retrato del aficionado al ocultismo que había vivido entre aquellas paredes una década, antes de suicidarse.

Olivia no había hecho demasiadas preguntas cuando él había decidido cambiar de habitación a Zoey de forma temporal. La excusa de las ratas había funcionado. Pero la situación no podía prolongarse indefinidamente, tanto más cuanto que él mismo comenzaba a preguntarse si no había ido demasiado lejos en su paranoia. La montaña rusa de la duda, sí. Tan pronto creía que lo peor podía acabar ocurriendo como lo descartaba por completo, diciéndose que era un idiota.

¿La casa estaba encantada? Era una idea absurda, lo admitía de buen grado. Sin el menor viso de credibilidad. Sin embargo, los fenómenos inquietantes se empeñaban en acumularse. Primero, los terrores nocturnos de su hija; luego, el mordisco anormalmente grande en la pantorrilla de Chad; después, el susto de Olivia al creer que percibía una presencia invisible en la habitación de Zoey, la misma en la que Tully se había quitado la vida tras ocultar sus trabajos esotéricos en el desván. Tom estaba harto de sobresaltarse cada vez que una corriente de aire cerraba de golpe alguna puerta. Tenía que coger el toro por los cuernos. No entendía lo que estaba pasando, pero intuía que se trataba de algo más que una simple serie de coincidencias desconcertantes. Para tranquilizarse, se repetía que al final la explicación sería de risa, a años luz de los fantasmas que asaltaban su mente sin poder remediarlo, aunque no se le ocurría cuál podía ser, aparte de un improbable juego de manos psicotraumático relacionado con la historia de la casa. Después de todo, el psicoanálisis incluía el concepto de «fantasma generacional» en el estudio de

la psicogenealogía, así que ¿por qué no pensar en una forma de atavismo emocional que permanecía atrapada entre aquellas cuatro paredes y ejercía una influencia sobre su familia? Tom se había convencido de que las respuestas estaban en gran parte allí, entre sus manos, en la obra construida por Gary Tully.

Pero de momento las libretas estaban siendo una decepción.

Sus páginas relataban cómo Gary había acabado apasionándose por las «ciencias ocultas», como él las llamaba. Todo había empezado con una sesión de espiritismo en su adolescencia, en un campamento de verano, con amigos y una chica de más edad, que encandilaba a Gary con sus blusas transparentes y afirmaba ser la médium de un espíritu deseoso de comunicarse con ellos. Había contado cosas sobre el abuelo de Tully, fallecido dos años antes, que solo él podía saber. Recuerdos de su infancia, de las vacaciones en Tennessee, en casa de aquel hombre solitario con quien su madre lo mandaba a pasar el mes de agosto desde que era pequeño; conversaciones que habían mantenido, las partidas de ajedrez durante las cuales le había enseñado a jugar. Y la chica acabó diciendo que el abuelo Sullivan pedía disculpas por las «diabluras de crío». En ese instante, Tully había sabido que era él, que eran sus propias palabras. Diabluras de crío. Cuando jugaban a hacerse cosquillas y las manos del abuelo bajaban hasta donde daba vergüenza tocarse. Las noches que iba a verlo, con ojos apagados, para imponerle sus diabluras de crío. Eso no podía ser una invención de la médium: ¿cómo iba a saberlo? Estaba claro que decía la verdad. Gary no había hablado con nadie de las diabluras de crío. Jamás. Sin duda los muertos conversaban con aquella muchacha. A partir de entonces, Gary decidió dedicar su vida a las ciencias ocultas. Sus estudios universitarios de Sociología le permitían ahondar en las creencias populares y los mitos regionales. Fue en esa época cuando descubrió la existencia de Mahingan Falls, estudiando el famoso juicio de las brujas de Salem. Varias mujeres procedían de aquella localidad de la costa de Massachusetts, y una de ellas atrajo especialmente su atención debido a la crueldad del castigo que le impusieron las autoridades.

La mayor frustración de Tom tenía que ver con ese pasaje de la segunda libreta. Tully no entraba en detalles, ni siquiera mencionaba el nombre de la desventurada, solo que había sido juzgada y ejecutada en Salem en 1692. Confiaba en que el texto retomara ese interesante punto.

Tully describía su búsqueda con pormenores, perdiéndose a menudo en

largas digresiones y luego sintetizando lo que había extraído de sus lecturas y pesquisas. Páginas y más páginas de confuso parloteo sin demasiado interés donde se analizaban cuestiones de parapsicología, astrología e historia de la humanidad en correlación con la del cosmos. La undécima libreta despertó la atención de Tom cuando Tully abordó la cultura amerindia. Tom no había olvidado las aclaraciones de Roy McDermott respecto a Mahingan Falls y la profunda huella en la región de sus primitivos habitantes. Ya no podía ver el monte Wendy desde su jardín sin evocar al aterrador monstruo de las leyendas, el wendigo. Sin embargo, volvió a llevarse una decepción, porque Tully se limitaba a sobrevolar el tema.

Ahora tenía puestas todas sus esperanzas en las diecisiete libretas negras restantes. Su numeración seguía el orden cronológico de redacción, y hasta donde Tom había leído, Tully aún no había llegado a Mahingan Falls.

Devolvió a su sitio el undécimo cuaderno, cogió el siguiente y se sentó en su querido sillón de cuero. Dudó si ir a hacerse un café para despejarse, pero se moría de ganas de seguir leyendo: intuía que Tully estaba a punto de mudarse allí...

El teléfono sonó, y al ver el nombre de su mujer lo descolgó.

—Tom, necesito que llames a todos los invitados para decirles que anulamos lo de esta tarde.

La voz de Olivia no sonaba serena.

—¿Cómo? ¿Qué pasa?

—Estoy con Gemma. Ese cerdo de Derek Cox la ha agredido. La policía no quiere saber nada del asunto, el jefe Warden es un botarate y un retrógrado. No sé qué hacer. Gemma no quiere que su madre se entere, así que no pondrá denuncia, y no puedo llevarla a su casa tal como está...

—Muy bien, venid. Gemma se quedará aquí, puede dormir en casa si quiere, no tienes más que decirle a su madre que necesitamos que nos haga de canguro hasta tarde y también mañana. Necesita estar en buena compañía, sentir que hacemos piña a su alrededor. Dile que no está sola. Encontraremos una solución. En cuanto a lo de esta tarde, no vamos a anular nada, sería contraproducente. Si su madre se entera, nos llamará, y puede que no tenga valor para mentirle sobre su hija...

—No sé, Tom.

—Habrá animación a su alrededor, puede que le siente bien... Gente para tenerla distraída, nuestro cariño para mantenerla a flote, y mañana, tiempo

para estudiar la situación.

—Ni siquiera he hecho la compra...

—Yo me encargo.

—¿No prefieres ponerle unos clavos bien grandes a tu viejo bate de béisbol e ir a partirle las rodillas a ese cabrón de Cox?

—Dudo que eso arreglara nada, y creo que el jefe de la policía no se pondría de mi parte. Venid, aquí estará segura.

Pero al ver la libreta de Gary Tully delante de él, Tom se preguntó si no habría hablado demasiado pronto: ignoraba si su casa era realmente el remanso de paz que habían imaginado.

Colgó y llamó a Chad y a Owen por los pasillos y el jardín, pero no los encontró. Le habrían venido bien otros dos pares de brazos para ir más deprisa. Con el tiempo que hacía, estarían pasándose en grande en la playa o el bosque. Qué se le iba a hacer.

Cogió las llaves del coche y la cartera con las tarjetas de crédito, se sentó al volante del todoterreno y empezó a repasar la lista y a calcular el tiempo de que disponía para comprarlo todo. Pasó por delante de la casa de Roy McDermott, que estaba construyendo un comedero para pájaros junto a su buzón, y el anciano lo saludó. Al ver que quería hablarle, Tom redujo la velocidad. Con prisa o sin ella, no podía hacer como que no se había dado cuenta.

—Entonces, vecino, le llevo la parrilla un poco antes, ¿le parece? Podría dejarlo todo preparado, si les viene bien.

—No le diré que no. Engorros de última hora: tengo que salir disparado a hacer la compra.

El anciano consultó su reloj.

—¿Ahora? —exclamó sorprendido. Y frunciendo el ceño, dejó el martillo en la diminuta caseta de madera y señaló el asiento del pasajero—. Le acompaño, conozco las tiendas mejor que usted —antes de que Tom pudiera protestar, el septuagenario se había abrochado el cinturón de seguridad—. ¡Adelante, Tom! Empiece por Fitz' Meat, haremos el pedido para que vayan preparándolo mientras nos acercamos al ultramarinos de enfrente—. El secreto para ahorrar tiempo es la optimización.

Tom no protestó, ni siquiera por cortesía; ya era demasiado tarde, y le gustaba la compañía del anciano. Con un poco de suerte, conseguirían todo lo necesario y estarían de vuelta antes de las seis.

El vehículo bajó por Shiloh Place hasta el cruce que marcaba la salida de los Tres Callejones, saliendo de la nube de verdor para entrar en la civilización a través de Green Lanes en dirección al centro. Acodado en la ventanilla, Roy McDermott dejaba que el viento le acariciara el brazo mientras contemplaba el paisaje en silencio, con la mente aparentemente en blanco, por lo que su pregunta cogió desprevenido a Tom.

—Sigue indagando sobre Gary Tully, ¿verdad?

—Pues verá..., yo..., digamos que estoy leyendo lo que dejó.

—¿Lo sabe Olivia?

—No. Prefiero no preocuparla con cosas tan siniestras. Pero... tengo que confesarle que he cambiado de habitación a nuestra hija. Saber que dormía donde Tully se quitó la vida me ponía nervioso.

—Comprendo. ¿Puedo preguntarle qué espera conseguir?

—¿Leyendo todas esas anotaciones? No lo sé. Quizá serenarme. ¿Por qué?

—Tom le lanzó una mirada. Roy se mordisqueaba el labio pensativamente con la vista puesta en la hilera de casas de colores—. ¿Hay alguna cosa que debería saber? —insistió Tom—. ¿Algo que se le olvidó contarme respecto a Tully o a nuestra casa?

Roy hizo una mueca y meneó ligeramente la cabeza.

—No, solo era curiosidad.

Por un momento, Tom tuvo la impresión de que su acompañante no se lo decía todo, de que se reservaba algún secreto para él, antes de rectificar: «Roy es un buen hombre, no tiene pelos en la lengua, no se anda con tapujos. Es solo un anciano».

Siguieron circulando en silencio, y de repente, al dejar atrás Independence Square, por primera vez desde que se conocían, Tom se sintió incómodo en compañía de Roy. No había motivo, salvo quizá una repentina señal de su inconsciente. Era una estupidez. Sin embargo, la sensación persistió largo rato, pese al azul del cielo, el bucólico canto de los pájaros y las sonrisas de los habitantes de Mahingan Falls. Peor aún, durante un breve instante, Tom llegó a pensar que todo aquello no era más que una mascarada. Una formidable comedia organizada para engañarlos, a él y a su familia. «¿Con qué fin? Es totalmente absurdo...»

Una mentira colectiva cuyas víctimas inocentes eran ellos cinco.

Sus propias contradicciones le dolían más que el trauma físico y mental que había sufrido. Al menos era lo que sentía mientras toda la familia Spencer se ocupaba de ella. Odiaba ser el centro de atención. No soportaba que estuvieran tan pendientes. Le molestaba incluso la mirada de la señora Spencer, llena de franqueza y bondad. Todo el mundo lo sabía. La juzgaban. Incluso podían imaginar la mano de Derek Cox deslizándose bajo el elástico de sus bragas para llegar hasta su sexo, y a ella callada. Cuando un simple grito habría servido para alertar a varias filas de butacas a su alrededor. Todo el mundo debía de estar pensando que se lo había buscado, que si no se había resistido era porque estaba conforme. Porque le gustaba eso: unos gruesos dedos sucios entre sus piernas.

«Olivia no. Ella lo sabe. Lo entiende.»

Había sido ella quien había traducido en palabras aquel odioso sentimiento de culpa: «terror», «parálisis», «estado de shock», «violación»... Tom Spencer era un intelectual, un hombre perspicaz; también él debía de saber lo que le había pasado por la cabeza cuando Derek Cox le había abierto la cremallera en la oscuridad del cine para manosearla. Sí, era de la misma pasta que su mujer, no debía temerle. No obstante, se sentía tremendamente incómoda con tantos mimos. Tantas atenciones, tanta amabilidad le recordaban una y otra vez su condición de víctima, y ahora se arrepentía de haberse confesado a Olivia. Debería habérselo guardado todo para ella, no haber contado nada.

Pero al mismo tiempo no podía negar que una parte de ella, pequeña y muy profunda, lo necesitaba. Al principio había hecho lo que hacía siempre que pasaba un mal trago: ocultar sus sentimientos y enterrarlos lo más hondo posible. Pensar en ellos era reavivarlos. ¿Afrontarlos? ¿Para qué? Aquello no era un combate de boxeo. Encontraba esa idea estúpida: los dramas no se combatían, se encajaban. Salías de ellos más fuerte o con una coraza extra, no con una medalla. Enfrentarse a una emoción dolorosa le parecía algo imposible, por mucho que a veces hubiera deseado poder aporrearla hasta hacerla desaparecer.

Olivia la había obligado a desembuchar. ¡Y no una vez! Con firmeza, y con enorme compasión, la había escuchado, y luego, tras la visita a la comisaría, había vuelto a la carga, para intentar entender por qué se negaba a poner una denuncia. Después no había insistido; había tenido la suficiente empatía para comprender que no era capaz: ante todo, Gemma quería proteger a su madre.

Olivia no le había soltado ningún sermón; se había limitado a asentir y a llamar a su marido. La acogida y el apoyo de ambos le producían tanta incomodidad como alivio. Olivia la había rodeado con sus brazos y le había prometido que la ayudarían, y aunque en un primer momento a ella le habría gustado saltar por la ventana y huir a toda velocidad, en cuanto se relajó un poco comprendió que el comportamiento de Olivia y Tom la obligaba a no minimizar. A aceptar la verdad con su consiguiente asco, sus lágrimas y las posibles secuelas. Gemma no era una ingenua; sabía lo que se decía de ese tipo de traumas. A la larga, negarlos dejaba cicatrices mayores que curarlos mediante la aceptación, aunque eso tampoco los borraría.

Se enfrentaba a la paradoja de sentirse entendida y protegida mientras una parte de ella luchaba para no correr a esconderse en un armario, y Olivia acabó comprendiendo que urgía actuar. Ante la rotunda negativa de Gemma a tomar alguna pastilla para irse directamente a dormir a la primera planta, Olivia optó por la solución opuesta: si no podía relajarla químicamente, la mantendría ocupada.

La agitación de los preparativos para la fiesta de esa tarde la obligó a centrarse en objetivos a corto plazo. Hacer una tarea y encadenarla con la siguiente, paso a paso, con la mente concentrada en una actividad concreta. Al cabo de un rato llegó un señor mayor muy alto y delgado para montar una especie de barbacoa con ladrillos y una gran parrilla, y poco después aparecieron los primeros invitados. Gemma estaba en todas partes, recibiendo a la gente, sirviendo cócteles y cervezas, recogiendo todo lo que estorbaba e incluso cogiendo en brazos a la pequeña Zoey de vez en cuando para dejar libre a su madre.

—Si quieres subir a descansar —le dijo Olivia al cruzársela en el pasillo—, no lo dudes ni por un momento, ¿entendido?

—No se preocupe por mí, estoy bien, me siento útil.

Pero la madre de familia se preocupaba, resultaba evidente. Le pasó la mano por el pelo con tanto cariño que Gemma se estremeció.

—Bueno, pero no te pases...

A Gemma le gustaba aquel ajeteo, aquel bullicio que mantenía a raya los pensamientos y las lágrimas. Se iría a la cama agotada, sin fuerzas para pensar, y mañana sería otro día y podría —o no— enfrentarse a sus angustias. La idea de despertar en aquella gran casa, con los Spencer a su alrededor, le agradaba. Lo prefería al silencio de la suya. Corey también se quedaría con

Chad y Owen. Gemma ya había avisado a su madre.

Se había cruzado con los tres chicos varias veces al comienzo de la tarde, pero no había prestado atención a sus caras serias hasta que volvió a verlos más tarde en un rincón del jardín, un poco apartados, junto al cobertizo de las herramientas. Ya hacía rato que se había puesto el sol, y la única luz provenía de la casa y de media docena de antorchas de hierro que despedían una esencia antimosquitos un poco mareante. Los chavales se habían sentado en torno a una de ellas, que hacía bailar sobre sus caras la luz y las sombras. Tumbado al pie, Smaug, el labrador de la familia, se dejaba acariciar.

—¿Os pasa algo? —preguntó Gemma dirigiéndose particularmente a su hermano.

Corey negó con la cabeza, pero la chica tuvo la sensación de que Chad dudaba.

—Estamos bien —dijo Owen—, solo que nos aburrimos un poco.

No era la primera vez que Gemma sospechaba que la pequeña banda le ocultaba algo, pero sabía que no había nada que hacer. Si no querían confiar en ella, no podía obligarlos a contarle sus secretos de chicos.

De pronto, Smaug levantó el hocico y se alzó sobre sus patas, intrigado.

—¿No te parece que ya te has zampado bastantes salchichas? —lo riñó cariñosamente Chad acariciándole la cabeza para que volviera a tumbarse—. Le ha mendigado a todo el mundo, parecía el Perro Pedigüeño, versión Shrek...

Pero Owen y Corey no se inmutaron, ni siquiera sonrieron. A Gemma no le hacía gracia que estuvieran tristes o preocupados. Tenía demasiados recuerdos de su propia preadolescencia, con las emociones a flor de piel. ¿Se habrían peleado?

Smaug buscaba el origen del olorcillo que había detectado, y se alejó del grupo para recorrer los arbustos que señalaban la frontera entre el jardín y el bosque. Al cabo de un momento empezó a dar vueltas sobre un mismo punto.

—¿Queréis algo de beber? —propuso Gemma, sin éxito—. Vale, pero si os apetece hablar un poco, ya sabéis dónde encontrarme, ¿de acuerdo?

Apenas le dijeron adiós, pero cuando Gemma se disponía a marcharse, Chad le preguntó:

—¿Al final sales con ese idiota?

Gemma se quedó petrificada.

—¿Qué?

—Ya sabes, el tío ese al que no querías ver ni en pintura... Ayer lo vi contigo en el cine. ¿Sois novios?

A Gemma se le heló la sangre. El corazón se le subió a la garganta y empezó a latirle ruidosamente en los oídos.

—¿Qué viste exactamente? —preguntó con voz opaca.

—Era él, ¿a que sí? Cuando se encendieron las luces lo vi saliendo de nuestra fila, estaba de espaldas pero creo que lo reconocí.

Chad no había presenciado... «La violación. Puedes decirlo. Debes decirlo.» No, no había visto nada.

—No es mi novio —replicó más enfadada de lo que le habría gustado, y se alejó hacia la casa a grandes zancadas.

Entró en la cocina, cogió la primera botella que encontró —ginebra—, se echó un buen chorro en un vaso, le añadió zumo de naranja y se lo bebió de un trago. Luego dejó el vaso con una mueca, arrepentida de su arrebato. El calor le inundó la garganta y luego el estómago, y no tardaría en hacer lo mismo con su personalidad. Gemma no bebía alcohol. Esperaba que no le sentara mal, pero ya se imaginaba borracha delante de todo el mundo y avergonzando a los Spencer. Corrió al cuarto de baño y se obligó a vomitar, con los ojos arrasados en lágrimas. Así, a quien avergonzaba era a sí misma.

Una media hora después, salió a tomar el aire y vio que habían reavivado el fuego en el círculo de piedras con un montón de leña. La mayoría de la gente se había congregado en el jardín y se calentaba alrededor de la hoguera, que enseguida empezó a crepitar. Sus llamas se alzaron hacia las estrellas como si quisieran devorar la noche. El círculo de invitados, iluminado por el fuego, recordaba a una secta, se dijo Gemma. Hablaban en voz baja, como susurrando una oscura letanía, o contemplaban la pira con una expresión arrobada, casi mística.

De pronto, en el bosque se oyó un aullido desgarrador, mitad de dolor animal, mitad de desesperación. Casi humano.

A continuación, las ramas se agitaron y una silueta cuadrúpeda surgió de los helechos y pasó como una exhalación entre las pocas personas que no se habían acercado a la alta hoguera improvisada.

A Gemma apenas le dio tiempo a reconocer a Smaug entre la gente, que se apartaba a su paso. Comprendió lo que iba a ocurrir unos pocos segundos antes de que sucediera y quiso extender la mano, como si tuviera el poder de impedirlo a distancia. Abrió la boca para dar la alarma, pero no consiguió

emitir ningún sonido. Ya era demasiado tarde. A posteriori, tuvo que reconocer que nadie habría podido hacer nada para evitarlo. Todo había sido muy rápido. Y Smaug corría con tanta decisión que habría sido imposible detenerlo.

Lo vio arrojarse a la hoguera.

No para saltarla, sino para caer en su mismo centro. Había tomado el impulso justo para aterrizar en medio, donde las llamas eran más densas.

Cayó entre ellas envuelto en una nube de chispas y enseguida empezó a gemir. Largos y estremecedores gañidos que taladraban los tímpanos y las almas. Nadie olvidaría jamás aquellos aullidos de dolor... y locura. En cierto modo, fueron casi tan traumáticos como el hecho en sí: la visión de aquel perro cuyo pelaje prendió de inmediato y cuya piel se cubrió de ampollas en la abrasadora jaula que lo rodeaba y hacía imposible cualquier intento de salvarlo. El animal suplicaba a la noche que pusiera fin a su insania.

Su piel se agrietó y su carne achicharrada reventó, antes de que callara para siempre.

Se hizo un silencio atónito.

Entonces vino lo peor.

El olor a carne asada. Parecida a la que acababan de comer. Casi apetitosa.

29.

Estaban aturcidos.

Como si hubieran recibido un rechazo en plena sien. La familia entera estaba grogui. Como si un monstruoso *jet lag* hubiera separado la conciencia de todo lo demás y la hubiera dejado flotando en el cuerpo con desgana indiferencia. El despertar fue difícil. Por suerte, tras acostar a los niños Tom se había quedado levantado hasta tarde para retirar los restos del cadáver calcinado de Smaug, y con la ayuda de Roy McDermott incluso había hecho desaparecer los vestigios de la hoguera. Solo subsistía una gran aureola negra en medio del césped. Tom lo había intentado todo para eliminarla, pero sin éxito. La siniestra marca estaba profundamente impresa en el terreno.

Olivia fue a buscar hamburguesas y batidos de los sabores preferidos de los chicos, que, todavía en estado de shock, apenas los tocaron. Chad no lloraba fácilmente, ni siquiera cuando se hacía daño. Verlo con la cara escondida en el codo toda la mañana, sacudido por los sollozos, acongojaba a su madre, que se estaba preguntando cómo afrontarían el día cuando Gemma apareció en la puerta de la cocina. Al instante se sintió culpable por no ser capaz de relativizar. Smaug era un perro; Gemma, un ser humano. Si había que dar prioridad a alguna tragedia, la de la chica era decididamente más grave. Pero las circunstancias de la muerte del labrador los atormentaban. Jamás habían oído una historia tan siniestra. Un perro que se suicidaba... Porque eso era exactamente lo que había hecho Smaug, no había duda posible. Había corrido entre la gente derecho al fuego, para arrojarse a él. No había intentado saltar la hoguera, y menos aún huir al chamuscarse el pelo. No, se había quedado entre las llamas voluntariamente. Aullándole a la muerte y dejándose abrasar.

¿Qué perro hacía algo semejante? «¡El muy idiota! Hacernos pasar por esto a todos...» Olivia se sintió culpable una vez más. El pobre animal había

sufrido un martirio. Tenía que haber una explicación. ¿Lo estaría devorando el cáncer sin que ellos lo supieran? Hasta el punto de querer acabar con todo de una vez... Los perros tienen la capacidad de aguantar sin quejarse, lo que a veces impide que sus dueños se den cuenta de lo que les pasa. Parecía poco probable. Sin embargo, Olivia trataba de entender. Los primeros días en la casa nueva, Smaug había pasado miedo: un auténtico perro de ciudad, aterrorizado por el primer mapache que veía. ¿Se habría llevado un susto de mil demonios mientras husmeaba en el bosque y al ver tanta gente había perdido el control? ¿Sabía siquiera lo que hacía? Olivia no tenía respuesta, pero su mente, ávida de explicaciones y especialmente cartesiana, no cesaba de elaborar hipótesis, que sabía de sobra que no podría verificar. Al final, puede que eso fuera lo más frustrante.

Su atención volvió a Gemma, que jugaba con la pequeña Zoey.

El terrible incidente de la víspera no debía hacerle olvidar el trance por el que estaba pasando la chica.

Comprobó que Tom no andaba lejos y podía echar un vistazo a los chicos y la niña, y le hizo un gesto a Gemma para que la siguiera.

—Lo he pensado mucho —le dijo en un tono que no admitía réplica—. Quiero que me des la dirección de Derek Cox.

—Olivia, no creo que eso sea...

—No solo me vas a dar la dirección; además, vendrás conmigo.

Connor se presentó a media tarde y encontró a sus amigos sentados en silencio delante de la casa, devastados. Corey se lo contó todo y Chad se aplastó una nueva lágrima en la comisura del ojo. Owen nunca había visto a su primo así. No hablaba y apenas respondía; lo único que hacía era llorar o mirar por la ventana con una expresión ausente.

—Venga, vamos a dar una vuelta —decidió Connor.

—No sé si tengo muchas ganas... —murmuró Owen.

—Es importante. Tenemos que hablar.

Owen se imaginaba por qué. La tragedia del perro solo había sido el epílogo de un día repleto de atrocidades. El espantapájaros, por supuesto, que esta vez habían visto los cuatro, pero sobre todo la muerte de Dwayne Taylor. La habían presenciado todos, y ninguno había dicho nada. Fort Knox. Hasta nueva orden. Y Connor creía que había llegado el momento. Con una muerte de

por medio, no podían esperar más.

—No tengo ganas de volver al bosque —confesó Owen.

—Nos quedaremos ahí, en el callejón, pero es mejor alejarse un poco de la casa. Venga, venid.

Chad se levantó de un salto, y su disposición animó a los demás. Los chicos lo siguieron.

Formaron una fila espontáneamente y, a paso lento, empezaron a subir la calle, flanqueada por un monte bajo relativamente denso. Connor fue el primero en hablar.

—¿No habéis dicho nada?

—No, a nadie —respondió Corey.

—Fort Knox —confirmó Owen.

—Bien. Sé que no es fácil... No he parado de pensar en él desde ayer. Esta noche casi no he pegado ojo.

—¿Él? —preguntó Owen—. ¿A quién te refieres, al espantapájaros o a Dwayne?

Connor se encogió de hombros.

—En realidad, a los dos. No dejo de ver la cabeza de Dwayne sin mandíbula, con la lengua y los ojos...

—¡Basta! —gritó Corey—. Ya lo hemos entendido. También estábamos allí.

—No podemos dejar su cuerpo abandonado en medio del maizal... —opinó Owen.

—¿Y qué quieres hacer? —replicó Connor, bastante irritado—. ¿Volver?

—No, pero podríamos avisar a algún adulto...

El tono subió de golpe.

—¡Eso ya lo hemos hablado! ¡No podemos! Nadie nos creerá, nos harán miles de preguntas y acabarán confundiéndonos, lo he visto en más de un reportaje. Al final estaremos tan agotados que contaremos cualquier cosa, nos acusaremos los unos a los otros y acabaremos encerrados en la cárcel para el resto de nuestras vidas. ¿Es eso es lo que quieres?

—Pero ¡si no hemos hecho nada! —dijo Owen, indignado.

Corey señaló a Connor.

—Tiene razón. Con los polis nunca se sabe. Si son buenos, todo irá bien, pero como nos toquen unos inútiles lo llevamos claro.

—¡Si ni siquiera sabemos lo que era! —gritó Connor irritado, mostrando una cierta fragilidad, que intentaba disimular—. Seguro que ese

espantapájaros era un maníaco disfrazado.

—¡Eso también lo hemos hablado ya! —le recordó Owen, crispado—. Sabes perfectamente que no era un disfraz. Es imposible. Lo hemos visto de cerca: en la calabaza no había nada. ¡Y vomitaba gusanos por todas partes! ¿Y el olor qué? ¡No, claro que no!

Al oír esas palabras, Chad levantó la cabeza.

—Yo sí he visto lo que había en la calabaza —dijo con la voz aún ronca por la emoción—. Una especie de luz. O más bien un movimiento, algo aún más negro que la oscuridad en la que flotaba, una espiral lenta, antigua y... maligna.

Todos lo escucharon en profundo silencio. Luego Connor, tan pragmático como siempre, respondió:

—Como los adultos escuchan eso, nos mandan directos al manicomio. Al final, puede que Corey tuviera razón, que fuera una droga en el agua o una especie de delirio colec...

—No fue una alucinación —insistió Owen—. No habríamos tenido todos la misma. Y suponiendo que lo fuera, ¿quién mató a Dwayne Taylor? ¿Nosotros?

—No...

—¡Entonces deja de decir tonterías!

Owen se estaba encolerizando, y su tono les hizo callar momentáneamente. Avanzaban a la sombra del dosel vegetal que cubría la calzada.

—Esto me asusta —acabó confesando Connor, menos agresivo.

—A mí también —respondió Owen.

—En el fondo, sé perfectamente que no fue ninguna droga. Solo lo decía para... Ha sido una estupidez, es verdad. Pero tiene que haber alguna explicación.

Corey, deseoso como siempre de poner paz, intentó resumir.

—A todos se nos pusieron por corbata. No podíamos ni respirar... —miró de reojo a Chad—. Y nos sentimos perdidos, pero no podemos acudir a la poli ni en sueños. Sobre todo porque llevábamos el lanzallamas y la ballesta. Con todo ese maíz quemado, nos acusarían de haber intentado achicharrar a Dwayne.

—Yo perdí la ballesta —murmuró Chad—. Si la encuentran, tendrá mis huellas.

—¿Y qué? —respondió Connor—. No tienes antecedentes, así que tus huellas no están en ningún fichero. ¡No van a recoger las de todos los chavales

del pueblo y la región! Olvídate de la ballesta.

Connor se agachó para coger unas cuantas piedras, que lanzó maquinalmente hacia los helechos. Rumiaba algo. Owen lo sabía, así que acabó por ir directo al grano.

—¿Por qué querías que habláramos?

Connor se mordió el interior de la mejilla. Le costaba hablar de lo que le rondaba por la cabeza. Dio unos cuantos pasos más y disparó el resto de su munición antes de atreverse.

—Ayer, cuando estábamos en el barranco, antes de que decidiéramos hacer Fort Knox con todo lo que había pasado, dijiste que no estábamos solos. ¿Lo crees de verdad?

Owen se balanceó, no muy seguro de sí.

—Es posible. De todas formas, ya lo visteis: cuando el espantapájaros quiso perseguirnos por el barranco, ya no era él mismo.

—¿Hacía eses como si estuviera borracho! —dijo Corey riendo.

—Esa cosa no pudo seguirnos —recordó Connor—. Ayer dijiste que luchaba contra algo en su interior, como una especie de enemigo. Entonces, vale, puede que no fuera un tipo disfrazado, ¿y si se trata de algún sistema teledirigido?

—¿Qué quieres decir? —intervino Corey.

—La idea de una lucha interior... Es como si el espantapájaros se hubiera alejado demasiado. Habría una especie de base, una batería o yo qué sé, y al sobrepasar el límite del chisme se desplomaría, como le ocurre a un dron si lo envías fuera del alcance del mando a distancia.

—¿Un robot? Nos habríamos dado cuenta cuando ardió... Por dentro no tenía hilos ni circuitos, solo paja.

Connor se encogió de hombros y tragó saliva ruidosamente.

—Ya lo sé, pero de todas maneras...

Era evidente que buscaba una mínima explicación racional a la que poder agarrarse, incluso torpemente, sin creérsela en realidad.

Chad se sorbió la nariz.

—No —dijo—. El espantapájaros vino a nuestra casa, que está mucho más lejos de sus palos que el barranco.

—Y no era la primera vez que nos seguía por el barranco —les recordó Owen—. El día que lo vi solamente yo, nos persiguió, pero se detuvo allí. Creo que el problema no es él, sino el barranco. Allí hay una fuerza que él no

resiste.

—¿Una especie de rayo invisible? —sugirió Corey.

—No lo sé. Pero si existe una energía negra capaz de mover a un espantapájaros para convertirlo en un asesino de niños, puede que también exista una energía blanca para luchar contra ella.

—¡Lees demasiados cómics!

Chad salió en defensa de su primo.

—¡No, no es ninguna tontería! En clase de Física nos han explicado que todo es equilibrio. Cada fuerza tiene su contraria. Eso es lo que sostiene al universo para que no se derrumbe.

—Eso son chorradas, el universo no necesita que lo sostengan: flota. Y en todo caso lo sostendría la mano de Dios, pero como nosotros no podemos verla, nos inventamos teorías de tres al cuarto.

—¿Y eso qué más da? —replicó Chad—. Sean fuerzas, energías o Dios y el diablo, el caso es que algo dio vida a ese espantapájaros, y eso no puedes negarlo. Así que suponer que en el barranco podría estar su contrario, a mí me parece lógico.

Se produjo un silencio que duró unos cuantos metros, interrumpido únicamente por el canto de un mirlo, hasta que Connor volvió a tomar la palabra.

—¿Y cómo explicas que esa... cosa esté ahí, en un sitio tan perdido como el barranco? No tiene sentido. El...

Owen lo interrumpió.

—¿Por qué iba un demonio a encarnarse en un espantapájaros plantado en medio de un maizal por el que nunca pasa nadie? Eso tampoco se entiende, pero todos lo hemos visto. Y Dwayne Taylor...

Nuevo silencio, esta vez incómodo.

Chad se detuvo, y cuando los demás se dieron cuenta hicieron lo mismo y se volvieron hacia él.

—No está muerto —anunció—. Connor quemó al espantapájaros, pero lo que lo movía no murió, sigue ahí, en alguna parte del bosque.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Connor.

—Porque anoche se vengó. En cuanto carbonizamos al espantapájaros, respondió.

—Smaug... —comprendió Owen.

Chad asintió.

—Lo viste tan bien como yo: anoche Smaug percibió una presencia y fue a investigar... Cuando volvió, había perdido la chaveta y se arrojó al fuego.

—¿Cómo se obliga a un perro a matarse? —preguntó Corey con una mueca de horror.

—No lo sé, quizá fueran las luces que había dentro del espantapájaros, pero es demasiado obvio para ser casualidad. Anoche el demonio, o quienquiera que utilice al espantapájaros, nos mandó un mensaje.

Owen se puso pálido.

—¿Volverá a por nosotros?

—No lo creo. Si hubiera podido, la habría tomado con nosotros directamente, no con Smaug. A lo mejor tienes razón, Owen, y hay una fuerza que nos protege desde el barranco.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Corey, alarmado. Connor se llevó la mano a la boca y abrió unos ojos como platos al acordarse de un detalle.

—¡Justo antes de morir, Dwayne dijo que su padre ponía varios espantapájaros en los campos todos los años! —exclamó

—Sí, ¡dijo que colocaba tres o cuatro! —confirmó Corey.

—Volveremos allí y nos los cargaremos a todos —les anunció Chad.

—Sí, ¿y qué más?

—¡Esa mierda ha matado a nuestro perro!

—¡Y cortó en trocitos a Dwayne Taylor antes de intentar hacer lo mismo con nosotros! —exclamó Corey en estado de pánico.

—Si hemos conseguido eliminar a uno, también podremos cargarnos a los demás. ¡Quiero vengar a Smaug!

—Conmigo no cuentas.

—¿Nos vas a abandonar?

—¡Es un suicidio!

Owen alzó las manos ante ellos para calmar los ánimos.

—Al parecer, no basta con romper el sobre para destruir lo que hay dentro. Lo que necesitamos es comprender qué pasa —dijo.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se hace eso? —gruñó Corey—. ¿Buscando el manual de instrucciones en el culo de los espantapájaros que quedan?

Owen asintió.

—Sí, más o menos. En Mahingan Falls hay una biblioteca, ¿no? Bueno, pues nos informaremos sobre la historia de ese bosque, y en especial la del barranco. No es una coincidencia que algo se esconda allí. Si descubrimos de

qué se trata, puede que consigamos convertirlo en nuestro aliado.

—¿Qué?! Pero ¿lo dices en serio?

—Owen tiene razón —terció Connor—. Si averiguamos lo que pasa en ese lado, sabremos quién es nuestro enemigo. Conoceremos sus puntos débiles.

En ese momento se dieron cuenta de que habían llegado al final de Shiloh Place. La calle formaba una pequeña rotonda en medio de los árboles y acababa en una verja de hierro forjado. Más allá se alzaba una magnífica casa enmarcada por columnas blancas, al estilo de las mansiones coloniales de Luisiana.

—Nunca había venido tan lejos —dijo Owen—. No sé si esa casa me parece maravillosa o me pone los pelos de punta.

—Es la finca de los Esperandieu —explicó Connor—, una de las familias más antiguas de Mahingan Falls. Ya no quedan más que los dos viejos. Creo que no tuvieron hijos. No salen mucho.

—Ayer no estaban en la fiesta de vuestros padres —añadió Corey—. Son de los que viven sin teléfono. Y tienen coche de milagro.

Sobre uno de los pilares de piedra que flanqueaban la verja había un chotacabras. Sus insondables pupilas observaban a los cuatro intrusos. Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer débilmente.

—Volvamos a casa —murmuró Owen—. No me gusta este sitio.

30.

El olor a cola, plástico y desinfectante inundaba la nave, donde Derek Cox estaba terminando su turno de trabajo. Durante el verano trabajaba como mozo de almacén en la tienda de bricolaje The Home Depot de Danvers East, donde Clive Cummings, ayudante del entrenador del equipo de los Wolverines de Mahingan Falls, ocupaba el puesto de jefe de personal. Cummings, que no era famoso por su finura durante los entrenamientos (que dirigía gratuitamente en su tiempo libre, como no se cansaba de recordar a todos), siempre se las apañaba para adaptar la agenda de Derek a las sesiones de pretemporada del equipo, de forma que, sin faltar a ninguna, el chico acumulara suficientes horas para embolsarse un mínimo de doscientos dólares semanales. Aunque Cummings era un abucheador de primera en la banda, además de muy retorcido cuando había que imaginar ejercicios para mejorar el cardio, a Derek le caía bien, en buena medida porque le garantizaba la mayor parte de su dinero para gastos. Dinero que se le iba sobre todo en el coche, un Toyota MR2 Turbo que le costaba un ojo de la cara en reparaciones pero al que tenía un cariño especial.

Saludó a la secretaria, sentada al otro lado del cristal —«una cerda gorda y asquerosa» en sus propias palabras, pero a la que no convenía enfadar porque era uña y carne con el jefe—, y se dirigió a la salida preguntándose si acercarse a Five Guys a comprar comida para llevar antes de marcharse a casa. Estaba hambriento, pero esa tarde tenía que ir a correr con Jamie y Tyler, y temía sentirse pesado. Se quitó la sudadera gris de los New England Patriots, a la que le había cortado las mangas con las tijeras, como Bill Belichick, su entrenador (más por enseñar los tatuajes de sus musculosos brazos que como auténtico homenaje), y comprobó con orgullo que se le marcaban los pectorales.

Absorto en sus pensamientos, no vio el obstáculo que se alzaba delante de él, y la mujer chasqueó los dedos delante de su cara para detenerlo antes de que se la llevara por delante.

Estaba de pie, cerrándole el paso en el umbral de la puerta, y lo miraba fijamente. Derek comprendió que no solo no iba a disculparse, sino que además debía de estar esperándolo. Lo había hecho aposta, la muy puta. La intensidad de su mirada le hizo entender que no bromeaba, y en ese momento la reconoció. Era esa tía para la que trabajaba Gemma, la *milf* que lo había cabreado hacía dos semanas diciéndole que su chica ya no estaba disponible para él. Bueno, Gemma no era exactamente su chica, todavía no, pero después de acorralarla en el cine y meterle los dedos en el chichi sabía que solo era cuestión de tiempo. Después de todo, ella ya no tenía elección. Si no cedía, le contaría a todo el mundo que había dejado que le tocara el sexo, y ella pasaría tanta vergüenza que volvería a su lado para no parecer una chica fácil. Siempre funcionaba.

Derek esperaba que la madurita no le hiciera perder el tiempo explicándole otra vez que Gemma no estaba disponible. Ya estaba cansado. Gemma era suya. Tendría que aclararse las ideas, con o sin trabajo de verano. ¡Él lo hacía!

—Acabo de comprar esto en su tienda —le dijo la cuarentona mostrándole una pistola de clavos neumática que había sacado de la caja y sujetaba por la empuñadura.

—Ya no estoy de servicio, y no soy de atención al cliente. Si tiene algún problema, vaya al mostrador de la entrada. Ah, por cierto, ¿sigue Gemma trabajando para usted?

La madurita sexy le agarró la sudadera por la cintura y se oyó una detonación presurizada. ¡Klank!

Derek quedó sujeto a una jamba de la puerta, con un clavo atravesándole la prenda.

«¡La muy zorra me ha disparado! ¡Me ha hecho un agujero en la sudadera!»

—Pues funciona estupendamente... Ya no necesito ir a atención al cliente.

¡KLANK!

Acababa de clavar la sudadera al marco por encima del hombro. Derek estaba demasiado estupefacto para resistirse.

—Y sí, Gemma sigue trabajando para mí.

¡KLANK!

Otro clavo debajo del brazo. Esta vez, Derek reaccionó e intentó dar un

paso hacia ella, pero el tejido hizo un ruido sospechoso, amenazando con rasgarse de arriba abajo. ¡Aquella furcia lo había clavado al marco de la puerta, literalmente! Era como si lo hubiera atado.

—¿Se ha vuelto loca? —le gritó.

—Sé lo que le hiciste en el cine.

—¿Qué? ¿Có...? ¿Gemma se lo ha contado?

Derek ya no sabía si sentirse orgulloso o incómodo. ¿Le iba a sermonear aquella vieja, o acaso la excitaba? ¿Quería que le diera un repaso a ella también? Las pocas luces que tenía Derek Cox le hicieron comprender que la actitud de Olivia no presagiaba una versión bricolaje y cutre de *Cincuenta sombras de Grey*.

El cañón de la clavadora se apoyó en sus testículos, y Derek soltó un cacareo de sorpresa.

—Dame una buena razón para no atravesártelos.

—¿Cooooo... mo?

Esta vez la mujer hablaba en serio, y Derek advirtió la amenaza.

—¡Déjese de bromas! ¿Está aquí... por Gemma?

—La violaste, pedazo de mierda.

La clavadora se hundió, y la dolorosa presión hizo retroceder ligeramente a Derek, que desgarró el hombro de su sudadera favorita.

—¡No! ¡No! ¡De verdad que no! Yo... Ella estaba de acuer...

¡KLANK!

El clavo pasó entre los muslos y rebotó en el hormigón detrás de él, dejando un pequeño agujero en el pantalón de chándal. Un sudor frío empezó a resbalarle por la espalda cuando el cañón se apoyó en su pene.

—La violaste, Derek. Meter la mano en las bragas de una chica por la fuerza es una violación. ¿Lo pillas?

Consciente de que ante todo no había que contrariarla, Derek asintió enérgicamente.

—¿Sabes que por ese delito suelen mandarte a la cárcel?

Derek asintió de nuevo. La cuestión ya no era si estaba de acuerdo con lo que decía aquella psicópata, sino saber cómo iba a escapar de sus garras.

—Dejaremos a la policía al margen de esto, ¿te parece? —continuó la mujer—. Haremos justicia entre nosotros.

Derek no veía adónde quería ir a parar, pero la idea de evitarse problemas con el jefe Warden y, sobre todo, de que aquella loca lo soltara lo convenció

totalmente, así que volvió a asentir.

—Y eso empieza por pedir disculpas.

—Vale. Le pido disculpas.

La herramienta le aplastó el miembro y Derek hizo una mueca.

—A mí no, a ella.

La mujer le hizo una seña a alguien que se encontraba a un lado, oculto detrás del muro, y al cabo de un instante apareció Gemma. Tenía las manos metidas en los bolsillos delanteros del mono y le costaba sostener la mirada de su agresor.

—¿Derek? No te oigo... —dijo la mujer.

—Te pido disculpas, Gemma.

¡KLANK!

Esta vez el clavo rozó el interior del muslo, arañó varios centímetros de piel y arrancó un grito muy poco viril a la estrella del equipo de fútbol americano de Mahingan Falls.

—¡Con sinceridad! —exigió la mujer.

—¡Sí, sí! Lo siento mucho, Gemma. Lo siento muchísimo, de verdad.

—¿Qué sientes? —preguntó la mujer.

—Haberte metido la mano en el panta...

Derek soltó un gemido al notar que la pistola de clavos le aplastaba un testículo.

—Violación, Derek, fue una violación.

—Siento mucho haberte violado... Lo siento enormemente, no debí hacerlo.

Sus ojos empezaban a mostrar terror. Por fin se hacía una idea de la gravedad de la situación, y temía no salir bien parado. Al imaginar que la mujer podía agujerearle los órganos sexuales y convertirlo en un eunuco, le entró pánico. Una vida sin erecciones le parecía insoportable. Se mataría.

—¡No volveré a hacerlo! —añadió espontáneamente—. ¡No volveré a tocarte! ¡Lo juro!

La mujer, todavía colérica, meneó la cabeza.

—Mucho me temo que eso no es suficiente. Si vamos a hacer justicia entre nosotros, vas a tener que mostrarte aún más cooperador.

—De acuerdo. Dígame qué quiere. ¿Pasta?

Nuevo grito. El cañón le estaba haciendo ver las estrellas. ¡Aquello tenía que acabar, le iba a reventar las pelotas!

—No vas a comprar ni la justicia ni el honor de Gemma, ¿lo entiendes?

—¡Sí! ¡Perdón!

—A partir de ahora, siempre que la veas cambiarás de acera para que no tenga que soportar tu asquerosa presencia. Y si te la encuentras en un pasillo, agachas la cabeza y das media vuelta.

—¡Ningún problema!

—Si le cuentas a alguien lo que le hiciste, te buscaré y te clavaré las pelotas a la boca, ¿entendido?

La mujer tenía una mirada glacial.

—Sí.

—Te quiero lejos del pueblo antes de dos años.

—¿Qué? Pero yo...

¡KLANK!

El clavo le pasó a menos de un centímetro de los testículos. Derek sintió el aire y un arañazo en la parte inferior de la nalga.

—¡Vale, vale! ¡Me iré en cuanto pueda!

—Mírala. ¡Mírala!

Derek obedeció. Gemma no parecía más estoica que él.

—Dile lo que opinas realmente de ti mismo y de lo que le hiciste.

—Soy... soy un bestia... No debí hacerlo. Estuvo mal, lo siento mucho, Gemma.

—Si quieres conservar las pelotas —le susurró la mujer al oído—, más te vale hacerlo un poco mejor.

—¡Discúlpame! Perdona por haberte... violado. No sé lo que me pasó... No pensé... Estaba..., creía que después de eso querías salir conmigo, que no tendrías más remedio. Eres una chica superguapa, no sabía cómo... No debí hacerlo. Lo siento de veras. Un gilipollas, eso es lo que soy, y un cobarde, y... y... ¡y un perverso! —una mirada de reojo a la mujer, para ver qué opinaba, y añadió—: Ahora sé cuánto daño te hice. No volverá a pasar nunca. ¡Te lo juro!

—¿Tienes hermanas?

Derek negó con la cabeza.

—Entonces, piensa en tu madre. ¿Te gustaría que un fulano le metiera la mano en las bragas a tu madre la próxima vez que vaya al cine?

—No...

—No olvides eso jamás. Ni todo lo que acabas de decir. No estás disculpado. Ni siquiera eres digno de volver a posar los ojos en Gemma una

sola vez. Si dejas de cumplir tus promesas en alguna ocasión, lo lamentarás el resto de tu vida, créeme. Si vas a contarle a la policía lo que acaba de pasar, me las arreglaré para que también tengas que explicar la violación, e irás a la cárcel.

La pistola de clavos se alejó de la entrepierna de Derek.

La mujer emanaba una rabia fría con la que era mejor no jugar. Derek asintió sin rechistar.

Luego, Gemma y ella se marcharon y desaparecieron por la esquina del edificio.

Las piernas apenas lo sostenían. Tardó un largo minuto en reunir la energía necesaria para quitarse la sudadera y soltarse. Estaba para tirarla a la basura.

Mientras caminaba por el aparcamiento le temblaba todo el cuerpo. El miedo ahogaba cualquier arranque de rabia o deseo de venganza. Diciéndose que se había librado por los pelos, se palpó los genitales para asegurarse de que seguían en su sitio.

Cuando llegó a la plaza en que había aparcado, se detuvo en seco.

Le habían pinchado las cuatro ruedas y pintado la misma palabra con grandes letras en la carrocería, incluidos los costados.

«Violador.»

31.

Ethan Cobb empezaba a rendirse.

La muerte de Cooper Valdez seguiría siendo un misterio. Los análisis del laboratorio no habían detectado ninguna sustancia sospechosa en su sangre, y lo que era más sorprendente: su tasa de alcohol resultaba inusualmente baja para alguien que lo consumía en exceso. Ethan sabía por experiencia que los alcohólicos que se suicidaban —o hacían todo lo posible por acabar mal— se embriagaban antes de consumir el acto. Valdez, sin embargo, no había necesitado aturdirse, lo que hacía que Ethan se inclinara casi definitivamente por la hipótesis del accidente, tanto más cuanto que el examen de la sangre hallada en la popa del barco, cerca de los motores, demostraba que era suya.

Nunca sabrían lo que había ocurrido.

Ethan se fue a la cama frustrado, después de haber reflexionado largo rato; la botella de Maker's Mark sobre la mesilla había ido disminuyendo de nivel a medida que asumía el fracaso de la investigación.

Ni siquiera había obtenido ayuda de los tipos de la CFC, la Comisión Federal de Comunicaciones, que habían mencionado en la emisora local. De hecho, no los había encontrado. Una visita relámpago, y habían vuelto a irse. Había estado a punto de llamar a la sede de la agencia para que transmitieran su mensaje a sus agentes de campo, pero renunció. Que no hubieran ido a verlo por propia iniciativa probaba que no habían encontrado nada. La pista de la radio no llevaba a ninguna parte; si unos especialistas en la materia no habían descubierto nada anormal, no iba a ser él, un simple poli local con escasos conocimientos sobre el tema, quien diera la sorpresa.

La muerte de Cooper Valdez no era más que un formidable intríngulis sin sentido aparente. A veces, las vidas, las decisiones y los actos de hombres y mujeres, especialmente en los momentos previos a su muerte, resultaban

incomprensibles desde un punto de vista externo; no parecían tener más lógica que la de sus respectivas e indescifrables trayectorias internas. Ethan lo había constatado durante sus años de investigación a pie de calle en Filadelfia. En ocasiones no se podían explicar, ni siquiera entender. Los itinerarios individuales, sobre todo los que acababan trágicamente, no siempre tenían sentido. Era lo que ocurría con Cooper Valdez, fuera lo que fuese lo que había pensado antes de destruir la mitad de sus posesiones, huir en plena noche y caer al agua entre los motores de su barco. Fin de la historia.

En el silencioso piso, con la línea del horizonte oscilando frente a sus ojos, Ethan se durmió en calzoncillos encima de las sábanas.

Viajó lejos, muy lejos por las profundidades del sueño, del que solo volvió, con gran dificultad, porque no había más remedio.

Con la garganta seca, tragó saliva a duras penas preguntándose qué hora sería; no había sonado el despertador ni se oía la agitación habitual de la calle al amanecer. Luego sintió el olor.

La base era el aroma del bosque un día de fuerte lluvia: humus y setas. Se superponía, mucho más acre, un efluvio de carne fría, un regusto a hierro y sangre, todo ello envuelto en un hedor de grasa macerada, de intensa, violenta putridez. De pronto el olor al completo volvió, y la capa rancia, la que penetraba en las fosas nasales e impregnaba las mucosas, se intensificó hasta volverse nauseabunda de puro ácido, hasta hacerle casi vomitar.

Ethan reconoció al instante la fetidez de la muerte.

Abrió los ojos y vio que la habitación seguía a oscuras. Aún era plena noche.

No entendía nada. Sin embargo, lo olía. Sacudió la cabeza. No podía haber un cadáver allí, junto a él.

A tientas, buscó el teléfono móvil sobre la mesilla de noche y lo presionó para encenderlo y verificar la hora.

El halo blanco iluminó el rostro hundido, atroz, de Rick Murphy justo a su lado, frente a él. La nariz y los ojos ya no eran más que una cavidad de carnes abiertas y reseca, y la mandíbula inferior colgaba de un modo horrible, sujeta por los tendones por un lado y un jirón de piel por el otro.

Ethan se aferró a la sábana e intentó retroceder, pero su cabeza golpeó la pared.

Rick Murphy, el fontanero aplastado bajo la cámara de aislamiento del viejo McFarlane, le siguió con su mirada ciega, y un grueso pedazo de carne

se despegó de su paladar: la agrietada lengua. De su pecho vacío ascendió un graznido, y un líquido negro y viscoso se escurrió por el agujero que era su boca.

—¿... por qué... —borbotearon sus entrañas—... por qué... me... abriiiste?

El inhumano rostro se alejó y una mano con los dedos incompletos y las yemas roídas se posó en los gruesos costurones negros que arrancaban de los hombros y se juntaban en el esternón. Las cicatrices de la autopsia.

Ethan apenas respiraba. El cadáver putrefacto de Rick Murphy le estaba preguntando por qué lo había diseccionado. Le faltaba el aire. Su corazón amenazaba con explotar.

Algo se deslizó sobre la cama, y un puño glacial se cerró sobre el brazo de Ethan, que creyó que le iba a dar un infarto. Murphy lo atrajo hacia sí con una fuerza irresistible e inclinó su deforme faz hacia él.

—... están llegando... —murmuró la voz entre una nauseabunda vaharada a putrefacción—. Hu... ye... mientras puedas... leeejos.

Con cada movimiento, sus deshidratados músculos emitían horribles sonidos blandos. Tenía el pelo salpicado de tierra. Rick Murphy salido de la tumba. De pronto aflojó el puño y retrocedió en la oscuridad hasta confundirse con ella.

—Huye, E... Ethan...

Al oírlo, el cerebro del policía cortocircuitó y su cabeza se derrumbó en la almohada.

Cuando despertó, dio un respingo y empezó a manotear como para defenderse.

El despertador de su móvil estaba sonando.

Las siete.

Todavía aterrorizado, Ethan se arrebujó en las sábanas tras recorrer la habitación con la mirada y cerciorarse de que estaba vacía y de que las primeras luces asomaban bajo las dobles cortinas. «Putá pesadilla... —la culpa era de Ashley. Había hecho que se sintiera mal por someter el cuerpo de Murphy a una autopsia inútil, y ahora le remordía la conciencia—. Pero ¡qué real parecía, Dios mío!»

Se masajeó las sienes y los párpados largos instantes y se incorporó lentamente. Necesitaba un café y una ducha.

Olfateó. Percibía un ligero olor desagradable. Un tufillo a podrido.

«No, no, no..., solo es mi imaginación. ¡A causa de esa pesadilla!»

Puso un pie en la moqueta, y lo que vio le hizo tensarse con un espasmo incontrolable.

Un gusano amarillento se retorció entre las fibras.

Ethan tardó un minuto en reaccionar, mientras su cerebro buscaba una explicación lógica. Estaba sacando las cosas de quicio, por supuesto. Ningún muerto le había hecho una visita durante la noche. Era imposible. Inimaginable. Seguramente el gusano ya estaba ahí la tarde anterior, debido a su dejadez, sin duda: un resto de comida olvidado en cualquier parte. Su inconsciente lo había localizado y usado para tejer sus sueños. Decidió que era una explicación verosímil y se dirigió al cuarto de baño.

Sí, eso era. De todos modos, ¿había otra opción?

Los muertos no visitaban a nadie, ni siquiera para advertirle de... ¿De qué, en concreto?

Ethan no tenía ganas de acordarse. Se le puso la carne de gallina y se metió a toda prisa bajo el chorro de agua caliente. Necesitaba limpiarse. Ahuyentar aquellas imágenes y aquellos sonidos siniestros.

Y arrancarse del cuerpo aquel repugnante olor.

El día fue como la mayoría de ese mes de agosto: largo y lleno de promesas, pero, a la postre, frustrante. Ethan tuvo que encargarse de atender las quejas de las que el jefe Warden se desentendía, de solucionar conflictos domésticos y poner paz entre dos vecinos dispuestos a matarse con sus respectivas tijeras de podar, así que cuando llegó a casa se preguntó por primera vez si había hecho bien dejando Filadelfia para irse allí.

«¿Qué te hace creer que tenías elección?», se respondió al instante.

El frigorífico estaba vacío y el incidente del gusano que había encontrado al levantarse le daba ganas de salir huyendo del piso o limpiarlo de arriba abajo, cosa para la que, a las nueve de la noche, no le quedaba energía.

Cuando sonó el teléfono y vio el nombre de Ashley en la pantalla, descolgó con la absurda esperanza de que hubiera ocurrido algo un poco excitante que lo mantuviera ocupado durante la noche.

—¿Le molesto, teniente?

—No, todo lo contrario.

—No está de servicio...

—Ya no. ¿Y usted?

—¿Está solo?

—Sí. ¿Se encuentra bien, Foster? Tiene la voz un poco rara... —Ethan oyó ruido de fondo: música baja—. ¿Está en un bar? —preguntó.

—Debería usted ser policía...

—¿Ha bebido? —le preguntó Ethan tras una breve vacilación.

—Un poco. Oiga..., ¿le... le apetece venir?

—¿Algún problema?

—Depende de lo que ponga usted en el casillero de los problemas...

—¿Quién me lo pide, la sargento Foster o Ashley?

La chica se tomó su tiempo antes de responder.

—Perdone, no debería haberle molestado. Olvídelo, hasta ma...

—Deme un momento para quitarme el dichoso uniforme, y voy para allá.

Ashley Foster estaba sentada en un taburete del Banshee, con los codos apoyados en la barra a ambos lados de una cerveza, para sostenerse.

—¿Cuántas se ha tomado antes de esa? —le preguntó Ethan instalándose a su lado.

—No las suficientes.

—¿Tan grave es la cosa?

Ashley frunció el ceño.

—¿Es por el señor Foster? —insistió Ethan diciéndose que había llegado el momento de dejarse de formalidades e ir directos al meollo del problema.

—No suelo echar la culpa a los demás. Fui yo quien se enamoró y se casó con él. Así que la responsabilidad también es mía.

Ethan pidió un bourbon y se volvió hacia la chica. Incluso bebida era atractiva, con su camisa de cuadros rojos y blancos y el pelo caído a un lado, como una cortina para protegerse del resto de los parroquianos.

—Mire, ya sé que es meterme donde no me llaman, pero hay soluciones para las parejas con dificultades...

—Ya hemos probado la terapia. No pienso volver a pagarle setenta dólares a un mediador solo para poder arrojarnos a la cara lo que no nos atrevemos a decirnos en el día a día. Y además, ¿sabe qué? En el fondo, aparte de las monsergas de siempre, no tengo nada que reprocharle. Mike es bueno, bastante atractivo, tiene trabajo y no es ni violento ni alcohólico —dijo Ashley

levantando la jarra con una mueca irónica.

—Pero ya no lo quiere...

Ashley se mordió los labios antes de beber un largo trago de cerveza.

—Mis padres dirían que el amor se va tejiendo poco a poco sobre el cañamazo de la pasión inicial —dijo al fin—, hilo a hilo, año tras año, mano a mano, y que lo que mantiene unida a una pareja es esa complicidad.

—¿No está de acuerdo?

—Siempre he odiado esos malditos bordados que se enmarcan, los encuentro cursis y espantosos. Yo no soy una costurera.

—Ya sé que no descubro nada nuevo, pero hay que reconocer que mantener una pasión a lo largo de los años es complicado... a no ser que se trate de una relación explosiva, entre dos personalidades fuertes. Pero puedo decirle por experiencia que también esas están condenadas al fracaso.

—¡Vaya! —exclamó Ashley—. Por fin: el misterioso pasado del teniente Ethan Cobb...

—No hay ningún misterio. Tengo treinta y cinco años y he vivido unas cuantas historias, a veces complicadas.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Cuál de ellas?

Mirada divertida y maliciosa de Ashley.

—La que realmente importó. Siempre hay una.

—Janice. Siete años. La última hasta la fecha. Poli.

—¡Uf, mal asunto!

—Y que lo diga...

—Y le rompió el corazón, ¿no?

Ethan se balanceó en el taburete, inseguro.

—Si no el corazón, al menos las ilusiones.

—¿Dejó Filadelfia por ella?

Esta vez Ethan inclinó la cabeza sobre el vaso.

—No.

La música llenó el silencio que se hizo entre ellos.

—Lo siento, no es asunto mío —murmuró Ashley.

—No, al contrario. Sé que se dicen cosas a mis espaldas.

—Eso no puedo negarlo. Un inspector joven recién desembarcado de la ciudad, sin ninguna vinculación especial con este pueblo... Sí, corren rumores sobre usted.

Ethan la miró con dulzura.

—He oído algunos. No soy ni un mal poli ni un fugitivo que ha abandonado a su familia para esconderse aquí. Todas esas sandeces son falsas. Necesitaba... un lugar donde mi apellido no significara nada para nadie, eso es todo.

—¿Su apellido?

—Hoy se producen tragedias casi cada semana, así que es difícil acordarse de todas... Probablemente no recuerde que hace dos años y medio un individuo entró en la comisaría del distrito 24 de Filadelfia, en Kensington, y abrió fuego contra los agentes. Él mismo era policía. Mató a once de sus colegas antes de que lo abatieran.

—Lo recuerdo muy bien. Un poli que mata a otros no es cualquier cosa.

—Era mi hermano. Jake Cobb.

Ashley se irguió en el taburete.

—Mierda...

—Eso digo yo. Éramos la tercera generación de una familia de policías. Entre los Cobb, más que de una tradición se trataba de un honor, un deber, una seña de identidad. El apellido, las fotos, y en ocasiones los actos de valentía de mi padre y mi abuelo, y no digamos de mis tíos, eran conocidos en toda la ciudad. En la policía de Filadelfia, los Cobb eran una leyenda. Que un oficial disparara de forma intencionada a sus compañeros ya habría sido suficiente conmoción. Imagínese el shock, tratándose de un Cobb.

Ashley había dejado la cerveza y miraba a Ethan atentamente.

—¿Por qué lo hizo?

Por su parte, Ethan se bebió el whisky de un trago, con los ojos perdidos en el vacío.

—Jake era frágil y estaba bajo constante presión. Nunca debió entrar a formar parte de las fuerzas del orden, no era lo suyo. Su mujer acababa de dejarlo de un día para otro. Tenía problemas de depresión. Graves. Pero en nuestra familia nos habían educado para ser orgullosos; confesar las propias debilidades estaba fuera de lugar. No había que mostrar los sentimientos ni aburrir a los demás con preocupaciones, éramos «hombres», tipos duros, chorradas de esas. Jake aprendió tan bien la lección que ocultó lo que le pasaba, sin poder evitar que se le fuera de las manos. Su mujer me lo advirtió, yo veía que Jake no estaba bien, pero...

Ethan respiró hondo. Ashley posó la mano en la suya.

—Lo siento.

—Cuando mató a todos aquellos polis, sentí que, en cierta forma, yo también era responsable.

—No, usted...

—Sí, ya lo sé, la culpabilidad y todo eso. Pero por mucho que lo sepas no puedes dejar de experimentarlo. Ya no soportaba las miradas de los compañeros. Me largué.

—Y como lleva el oficio en la sangre ha seguido haciéndolo lejos, en un lugar perdido donde nadie lo conoce —concluyó Ashley.

—Más o menos.

—¿Y Janice?, ¿cuál fue su papel en todo eso?

Ethan se encogió de hombros.

—Ninguno. No supimos cuidar nuestra relación, sin más. Dos caracteres fuertes, primero chispas y al final muchas llamas.

Ashley le acarició la mano y luego la retiró para coger la jarra. Guardaron silencio un buen rato en medio del guirigay de las conversaciones y la música que salía de los altavoces. Ashley lo observaba.

—Aunque haya cambiado sus planes, no ha renunciado a su carrera en la policía —dijo—. ¿Y al amor?

Ethan inclinó la cabeza y frunció el ceño.

—Veo que a usted el alcohol le hace perder todo el comedimiento...

—A las dos pintas me puede la curiosidad. ¿Y bien?

Ethan rio por lo bajo.

—Eso todavía no me lo planteo. ¿Y usted, sargento?

—Uf... —resopló Ashley levantando la jarra—. Yo estoy buscando respuestas en el alcohol porque ya no sé qué hacer.

Se quedaron callados de nuevo, un poco incómodos, conscientes de que acababan de adentrarse en un territorio íntimo del que luego les sería difícil salir, y pensando en el modo más hábil de hacerlo. Ethan optó por volver a lo que los unía.

—Por suerte, tenemos camiones llenos de bombonas de gas que vuelcan, vecinos agresivos, unos cuantos borrachos que alteran la tranquilidad de la vía pública y algún que otro asunto de drogas cuando nos topamos con un canuto a medio fumar en un callejón...

—Usted no estaba en el camión, hoy me ha tocado a mí dirigir las operaciones, y le aseguro que ha sido un buen marrón.

—Lo sé, me lo han contado al volver. Estaba en West Hill negociando un tratado de paz entre los O'Connor y los Jacob por una estúpida historia sobre los límites de sus propiedades.

—¿No estaba en la granja de los Taylor?

—¿Los Taylor? No. ¿Qué ha pasado allí?

—¿No se ha enterado? Dwayne, el hijo, ha desaparecido. Al menos eso es lo que dicen sus padres. La pasada noche no volvió a casa.

Ethan volvió a repasar la película de la jornada y comprendió que Lee J. Warden lo había alejado a propósito en ese momento. Le había sorprendido su forma de insistir en que fuera él, un teniente, quien subiera a West Hill para resolver con diplomacia una disputa entre vecinos, por muy «importantes» que fueran esas dos familias en la comunidad. Warden había aprovechado para enviar a la granja de los Taylor a Paulson, su protegido.

—¿Es serio? —quiso saber.

—Warden dice que no. Dwayne es un zopenco que habrá encontrado el escondite del licor de su padre y estará durmiendo la mona, según él. O como mucho, Warden piensa que se habrá ido a Salem o a Boston a hacer un poco el salvaje, y en menos de una semana volveremos a tenerlo aquí.

—Warden no se toma nada en serio. ¡Por amor de Dios, Ashley, hay una acumulación de hechos que debería alertarlo!

—Cree que, si se ha fugado, habrá ido a reunirse con Lise Roberts.

—¿Lise desapareció hace un mes! Si fuera una decisión voluntaria, se habrían marchado juntos. ¿Y a usted no le preocupa todo lo que está ocurriendo?

Ashley echó la cabeza atrás para reflexionar.

—Pues... Mahingan Falls ha estado tranquilo durante tanto tiempo... Puede que Warden tenga razón y sea la ley de la alternancia. En un verano te toca todo lo que no ha pasado en cinco años... En cualquier caso, quien manda es él.

Ethan torció el gesto.

—El jefe Warden es un viejo comodón al que lo único que le importa es que la situación no se desmadre por miedo a que el fiscal del distrito Marvin Chesterton intervenga, porque lo odia y no soporta que ninguna otra autoridad le diga lo que tiene que hacer en su casa. Si sigue así, esto acabará mal.

—No se ponga a malas con Warden.

—Eso ya me lo advirtió.

—Pues insisto. La policía de un pueblo como el nuestro no es una democracia, no lo olvide. El jefe Warden tiene plenos poderes. Y no le gusta mucho restringirlos. Sería una lástima para todos que se viera obligado a volver a hacer las maletas al poco de llegar.

Había hecho girar el taburete para estar cara a cara con Ethan, y tras poner una mano en su rodilla se inclinó hacia él. Lo miraba de un modo extraño.

—¿Ashley? ¿Se encuentra bien?

—Creo que ya lo sé.

—¿El qué?

—Lo que necesito. Se acercó de golpe y le estampó un beso en los labios, gimiendo suavemente.

Durante un segundo, Ethan sintió que el calor del deseo lo inundaba y el contacto de la cálida lengua de su compañera lo hacía estremecer. Tuvo unas ganas terribles de estrecharla contra sí, de notar sus pechos pegados a su torso y envolverla en un abrazo, la necesidad de sentir su piel junto a la de ella, de dormir oyendo su respiración sobre la almohada...

Consiguió sacar suficientes fuerzas de su sentido moral para retroceder, mientras una vocecilla en su interior lo maldecía por ser tan rematadamente recto.

—Está usted ebria.

Ashley permaneció en suspenso un breve instante, como si ni ella misma pudiera creer lo que acababa de hacer, luego se volvió de nuevo hacia la barra y cerró los ojos.

—Qué idiota soy...

—Vamos, la acompaño a casa.

—No, estoy bien.

—Le recuerdo que soy teniente de la policía. Puedo detenerla por conducir en estado de embriaguez. No discuta.

Cuando salieron del bar, Ethan le sostuvo la puerta para que pudiera pasar, y ella lo rozó con su pecho. Sus miradas se encontraron y Ashley se detuvo. Fuera llovía a cántaros. Ashley dudó. Él también. El tiempo parecía haberse detenido. Fuerzas interiores se enfrentaron en un choque doloroso.

Después la puerta chirrió mientras Ethan la soltaba, y echaron a correr bajo la lluvia, conscientes de la electricidad que crepitaba en el aire, mucho más allá de la tormenta que se acercaba. Durante el trayecto, Ethan no dejó de pensar en las dos insignias de la policía y la alianza que se interponían entre

ellos. Todo aquel metal rechinaba contra su voluntad. Lo mismo hacían los limpiaparabrisas sobre el cristal. Apenas veía; su visión se había reducido al mínimo en la carretera y en su corazón.

Queriendo despejar su mente a toda costa, intentó desviar la atención hacia un tema más concreto, de modo que pensó en lo que acababa de contarle Ashley. Otra desaparición.

Ethan no creía en las coincidencias.

Los acontecimientos se precipitaban. Una sombra planeaba sobre Mahingan Falls. Ethan no sabía cuál era su naturaleza exacta, solo que, semana tras semana, extendía sus ramificaciones y nadie hacía caso. Nadie quería verla.

¿Y luego? Cuando estuviera lista, ¿no sería demasiado tarde para impedir que cayera sobre todos ellos?

Ahora, su deseo se había esfumado.

32.

Se llamaba Jenifael Achak.

Era hija de un tratante en pieles y una india, probablemente de la tribu de los pennacooks, aunque nadie pudo establecer con certeza la fecha de su nacimiento, solo que había llegado a Mahingan Falls hacia 1685, rondando la treintena, tras vivir unos años en la lejana localidad de Dunwich, conocida por su aislamiento y la endogamia y dudosa moralidad de sus habitantes.

Jenifael Achak se instaló en el pueblo con sus dos hijas pero sin marido, lo que no jugaba precisamente a su favor, y menos aún cuando se supo que no frecuentaba ninguna de las tres iglesias que ya existían en el lugar. La mujer atrajo sobre sí toda la paranoia y la crueldad de lo que con el tiempo se convirtió en el caso de las «brujas de Salem». Todo empezó con rumores, delaciones y, en Salem Village, chicas que aseguraban haber sido hechizadas, lo que más tarde los historiadores interpretaron como otras tantas formas de ventilar rencillas entre familias y conflictos de intereses. Pero los testimonios se acumularon: visiones espantosas, maleficios y pactos contra natura, todo bajo el influjo de Satán. No tardó en reinar un clima de desconfianza general en el que cada cual señalaba a su vecino, al forastero o a la mujer que no se integraba en la comunidad. El contexto se prestaba a ello de manera particular: el glacial invierno de 1692 había dejado a la población exhausta y hambrienta, el territorio salvaje rodeado de belicosos indios exacerbaba la sensación de inseguridad y no había ningún gobierno legítimo para poner orden y encauzar la cólera. Los ánimos se calentaban, los rencores alimentaban las tensiones, solo faltaba la chispa de la religión para incendiar toda la zona. Eran otros tiempos. Más duros. Más crueles. La vida era difícil, cada cual tenía que luchar día tras día para satisfacer sus necesidades en un mundo violento y aislado entre inmensos, peligrosos e inquietantes bosques.

Las primeras denuncias se produjeron justo antes de la primavera, y en las semanas siguientes el ejemplo cundió en la mayoría de los pueblos de la región. Las víctimas se enfrentaban a hordas de acusadores que no les daban más opción que confesar la práctica de la brujería o morir ahorcadas. Se formaron clanes. Aquellos que prefirieron mantenerse al margen fueron también calumniados, y a menudo detenidos bajo la acusación de complicidad con el diablo.

Jenifael, diferente y acostumbrada a vivir de sus conocimientos sobre la naturaleza, heredados de sus antepasados, no se libró de la persecución. En Mahingan Falls hubo incluso quien aseguró haberla visto fornicando de noche con cerdos y con un macho cabrío. Le imputaron los terneros deformes y las muertes prematuras de los recién nacidos. Una auténtica oleada de odio se abatió sobre ella. Acusaron a sus hijas de no ser humanas, sino el fruto del comercio carnal de su madre con el demonio. Fue el blanco de un encarnizamiento tal que más tarde acabó achacándosele que había sido la amante de varios notables del pueblo. En las anotaciones relacionadas con su arresto, las audiencias y el «proceso», se encontraron numerosas alusiones a su belleza, de donde se concluyó que las esposas de los adúlteros habrían urdido en la sombra una venganza personal.

Jenifael fue encarcelada, lo mismo que sus hijas, a las que se tuvo buen cuidado de alejar de su madre, y tras días de largas «confesiones» que la dejaron incapacitada para andar durante semanas, confesó sus diabólicos crímenes. A cambio de describir con detalle los filtros y encantamientos que supuestamente utilizaba, se le prometió que sus hijas obtendrían la libertad e ingresarían en un orfanato de Boston. Pero el día de la ejecución, las niñas fueron conducidas a la plaza para presenciar el castigo impuesto a su madre, con el fin, se dijo, de curarlas de cualquier futura inclinación perversa. Sin embargo, la muchedumbre congregada allí ese día, enardecida en parte por varias alborotadoras llegadas expresamente de Mahingan Falls, se desmandó. Los archivos conservados hablan de gritos, voces que exigían la lapidación de las niñas y un clamor que pedía su escarmiento antes de que se transformaran en poderosas adoradoras del Maligno. La tensión creció, la rabia aumentó, la locura se apoderó del público, y lo que había empezado con unas cuantas bofetadas al paso de las pequeñas se convirtió en una lluvia de piedras y golpes, hasta que los guardias, superados y asustados, abandonaron a las prisioneras a su suerte. Cada cual agarró lo que pudo de las dos jóvenes

víctimas y todos tiraron de ellas en un frenesí colectivo de demencia sádica.

Desde su jaula de hierro, Jenifael Achak asistió impotente a la muerte de sus aterrorizadas hijas bajo un enloquecido alud de golpes.

A continuación, la bruja recibió diez bastonazos por el perjuicio causado al pueblo. Le partieron cada una de las extremidades en cinco trozos por haber mentido al principio, tras lo cual se enfrentó al suplicio del garrote hasta perder el conocimiento. Reanimada por un médico, la colgaron por las axilas de la horca, desde donde la iban bajando al centro de la hoguera para que ardiera viva entre las llamas sin morir asfixiada por el humo, como solía ocurrir en ese tipo de ejecuciones. La cuerda que le pasaba por debajo de los brazos fue alzada en seis ocasiones, según los documentos, para sacar del fuego a la condenada antes de que sucumbiera y proporcionarle aire fresco, y bajada de nuevo una y otra vez hasta las densas llamas. Murió cuando sus hombros cedieron y su cuerpo se soltó de la cuerda y cayó de una vez por todas sobre los llameantes haces de leña, entre los vítores de una muchedumbre histérica.

Gary Tully había recogido los hechos en su decimoctava libreta negra. La historia de Jenifael se le había impuesto súbitamente en el curso de sus lecturas, cuando decidió profundizar en el famoso mito de la brujería y en particular en aquel trágico episodio de Nueva Inglaterra. Su interés no tardó en convertirse en obsesión. Todo había comenzado con el descubrimiento en un grabado de la época del rostro de la joven india, que lo había fascinado. El propio Tully lo admitía: probablemente lo único que Jenifael Achak y sus compañeras tenían de brujas era la excentricidad de no estar cortadas por el mismo patrón puritano que los habitantes de la región, muy cohesionados y muy religiosos. No tenía poderes diabólicos ni ejercía influencias nefastas, aunque quizá había recurrido al expediente de la fornicación con uno o varios notables a cambio, era de suponer, de alimentos, algún animal o un puñado de monedas que le ayudaran a mantener a su familia. Pero, bruja o no, Tully empezó a sentir un enorme deseo de averiguar más cosas sobre ella. El asunto se precipitó en el otoño de 1966, cuando se decidió por fin a visitar Nueva Inglaterra, la tierra de Jenifael Achak, primero Dunwich, luego Danvers (el nuevo nombre de Salem Village) y finalmente Mahingan Falls.

Tully lo había resumido en un párrafo de letra apretada, que Tom leyó varias veces sentado ante el escritorio, mientras fuera un violento chubasco borraba el paisaje.

No creo en el destino, sino fundamentalmente que las energías psíquicas que constituyen a los seres vivos pueden entrelazarse hasta formar un complejo entramado al que llamamos «espiritismo». Puesto que la muerte solo es la ruptura de la membrana que contiene esa energía personal, cabe pensar que nos movemos dentro de un baño de fuerzas diversas, a la mayoría de las cuales somos impermeables, salvo que realicemos ejercicios regulares o poseamos facultades naturales para percibir esos entrelazamientos en cuyo seno vivimos. Los más obstinados y dotados de entre nosotros sabrán interactuar con esos vestigios de vidas anteriores, desperdigados y, muy a menudo, también ellos desamparados, incapaces de comprender y de actuar bajo esa forma totalmente desprovista de conexión con el mundo físico. De ese modo podrán establecer un vínculo, por débil que sea, entre el éter de las energías esparcidas y las energías contenidas que somos individualmente. En ese sentido, no creo en el destino, sino en el hecho de que ella me ha guiado hasta aquí. Desde el principio, es ella quien me inspira, haciendo que sus fluidos invisibles influyan en los míos. Ahora lo sé. La encontré y no puede ser mera casualidad. Ella lo quería. Voy a vivir aquí, en sus tierras.

La libreta acababa con esas palabras.

La siguiente, la decimonovena, aunque no estaba fechada con precisión, parecía iniciada varios meses más tarde, si no todo un año después, porque Tully mencionaba la primavera y varios asuntos que habían requerido tiempo, empezando por su instalación en Mahingan Falls, las largas obras para rehabilitar la casa que había comprado en los Tres Callejones y sus investigaciones sobre Jenifael Achak.

Al oír que los chicos entraban en casa, Tom interrumpió la lectura y decidió que ver cómo estaban era más importante que satisfacer su propia curiosidad. Sin embargo, le dio unos golpecitos a la gruesa tapa de cuero de la libreta, dubitativo. Por apasionante que estuviera resultando su lectura, más que contestar a sus preguntas, lo único que hacía era añadir más interrogantes.

Encontró a los dos adolescentes empapados por la lluvia, acabándose un refresco de limón en la cocina, y no pudo evitar pensar en el infierno que había vivido aquella pobre mujer. Si él hubiera tenido que asistir a la tortura de Chad y Owen, habría enloquecido hasta arrancarse las uñas contra los

barrotes de la jaula.

Gracias a Dios, los tenía allí, sanos y salvos. «Un poco traumatizados, eso sí...»

El «incidente» de Smaug los había conmocionado a todos. Durante dos días, los lazos familiares se habían estrechado, con Olivia intentando hacerles verbalizar lo que había pasado y las emociones reprimidas, lo cual no había acabado de funcionar con Owen y Chad pues seguían mostrándose muy taciturnos. Tom había sugerido la posibilidad de que Smaug estuviera enfermo y, en un momento de lucidez un poco extrema, hubiera decidido terminar sin más demora para deja de sufrir. Era la hipótesis por la que él se inclinaba personalmente. Pero, una vez más, apenas tuvo efecto en ninguno de los dos chicos.

Ese mismo día habían pedido que les dejaran ir al pueblo para pasar la mañana con sus amigos, lo que a Olivia le había parecido positivo. El duelo requeriría tiempo, lo sabían, y ella temía sobre todo el impacto traumático que pudiera tener el modo en que el perro se había inmolado delante de ellos. Nadie lo olvidaría, y menos unos adolescentes de trece años.

Tom charló con ellos antes de que subieran a sus habitaciones y luego decidió salir fuera a reflexionar un poco, en una de las tumbonas, bajo la cubierta de la galería. Pese al mal tiempo, aún hacía calor, y contemplar el diluvio sin mojarse era un buen entretenimiento. En esas estaba cuando una alta silueta familiar apareció a un lado de la casa.

Roy McDermott agitó la mano para saludarlo. Llevaba un sombrero de *cowboy* que chorreaba agua. Nada más verlo, Tom supo que no venía a hacerle una simple visita de cortesía.

—¿Cómo están los chicos? —le preguntó el anciano.

—Bastante callados.

Roy asintió, pensativo.

—¿Puedo hacer algo por usted? —le preguntó Tom.

El anciano expulsó el aire lentamente por la nariz y lo miró con los labios fruncidos. Permaneció en silencio unos instantes sin apartar la mirada de Tom, que empezaba a sentirse un poco incómodo.

—Sé que luego voy a lamentarlo... ¿Me acompaña a un sitio, Tom?

—¿Qué sitio? Sus aires de misterio no resultan nada tranquilizadores...

—Le va a interesar, confíe en mí.

Roy McDermott se volvió y, con un gesto de la mano, lo invitó a seguirlo.

Roy no dijo prácticamente una palabra más durante todo el trayecto a Oldchester, el barrio del otro extremo del pueblo. Entró en Prospect Street y aparcó al pie de un edificio marrón de dos plantas, frente a las agujereadas vallas de un enorme complejo de chalets ruinosos. Para muchos habitantes de Mahingan Falls, Oceanside Residences simbolizaba el exceso de ambición y recordaba a cada cual que a veces era mejor estarse quieto. Doug Gillespie había pagado un alto precio por no hacerlo. Gillespie no era más que un pequeño agente inmobiliario local deseoso de aprovechar el comienzo de la recuperación económica tras la recesión de principios de los ochenta, cuando olió un negocio potencialmente colosal al enterarse, en pleno revolcón extraconyugal, de que el ayuntamiento proyectaba calificar como urbanizables los eriales del sur del pueblo. Con su labia natural, obtuvo un préstamo considerable, hipotecó sus bienes y se rodeó de una docena de inversores importantes para comprar los terrenos antes de que su precio se disparara y construir en ellos lo que iba a convertirse en un nuevo sector residencial en las proximidades del océano y del centro escolar, dotado de las comodidades más modernas. Dos docenas de chalets emergieron del suelo y se asfaltaron varias calles, pero Gillespie, que ni siquiera era un buen agente inmobiliario, no tenía madera ni de emprendedor ni de promotor. Las ventas anticipadas fueron catastróficas, y el dinero se había dilapidado demasiado deprisa en el frenesí de la construcción. Sin dar tiempo siquiera a que se instalaran los primeros habitantes, Oceanside Residences fue declarado muerto antes de nacer, puesto que el único chalet ocupado era el de Doug Gillespie, su mujer y sus hijos. El aprendiz de magnate había crecido demasiado pronto, y queriendo tocar el sol con la punta de los dedos, acabó por carbonizarse los brazos.

Una noche de diciembre de 1985 se arrojó desde lo alto de Mahingan Head sobre las rocas del espolón, no sin antes evitarle la vergüenza y las deudas a su familia destrozándoles la cabeza a sus cuatro miembros con un atizador.

El proyecto inmobiliario abandonado nunca se había retomado, ni siquiera cuando la demanda de vivienda se aceleró meses después. Se había concebido mal y a bajo precio, y su mala reputación acabó por ahogar cualquier esperanza. La demolición prevista tampoco se produjo nunca, nadie quería gastar un solo dólar más en aquel barrio fantasma bordeado al sur por yermos terrenos pantanosos. Ahora era el paraíso de los niños que buscaban

emociones fuertes, porque, por supuesto, se decía que estaba habitado por los espíritus de los Gillespie, o servía a los no tan niños de refugio providencial, donde al caer la noche se intercambiaban besos tórridos, porros e incluso jeringuillas.

Tom puso los brazos en jarras y observó las fachadas desconchadas, los hierbajos que surgían de las grietas del húmedo asfalto y los musgosos tejados del otro lado de la calle. Una breve bonanza los preservaba de la lluvia infernal que azotaba la costa desde la víspera.

—Un paseo encantador, Roy.

—No vamos allí, sino aquí —respondió el anciano extendiendo el encorvado índice hacia una ventana del primer piso del edificio junto al que se encontraban.

Un neón verde en forma de mano brillaba delante de una cortina gris. Sobre el dintel podía leerse: MÉDIUM.

—Me toma el pelo, ¿verdad, Roy?

Por toda respuesta, su vecino empujó la puerta y entró en el inmueble, justo en el instante en que volvía a chispear. Tom meneó la cabeza.

—No puede ser... —dijo entre dientes sin saber realmente si aquella chifladura le parecía absurda o divertida.

Una vez arriba, entraron en un amplio piso que ocupaba toda la planta y en el que Roy parecía estar a sus anchas.

—Cierre y eche el cerrojo —le indicó a Tom—. Martha no querrá que nos molesten, y los habituales entran aquí como si fuera su casa.

—¿No es lo que acabamos de hacer nosotros? Ni siquiera hemos llamado...

—El pestillo no estaba echado, ¿verdad? Entonces, somos bienvenidos. Vamos, descálcese.

El salón, decorado con gusto, mezclando cierto exotismo tribal con mobiliario antiguo, tenía las paredes llenas de viejos carteles de espectáculos de magia de principios del siglo XX y terminaba en una cocina americana. Tom percibió un ligero olor a especias.

Se oyó el tintineo de una cortina de cuentas, y apareció una mujer de unos sesenta años con una impresionante mata de pelo blanco sujeta con dos largos palillos. Era bastante alta, con los hombros anchos y pechos generosos, realzados por un escote que mostraba numerosas manchas de sol, y llevaba un pantalón de lino beige que no disimulaba su gruesa cintura. Examinó a sus

visitantes por encima de unas gafas de media luna, y a Tom le impresionó la intensidad de sus ojos azules.

—Así que te has decidido... —le dijo a Roy, que se limitó a señalar a Tom.

—Martha, te presento a Tom Spencer. Tom, esta es Martha Callisper.

—¿Por qué tengo la desagradable sensación de ser el único que no sabe lo que se trama aquí? —preguntó Tom.

—¿No le has dicho nada? —se extrañó Martha.

Roy se encogió de hombros.

—He pensado que sería mejor que lo hicieras tú.

—¡Roy McDermott, tan cobarde como siempre! —refunfuñó la mujer—. Señor Spencer, si es tan amable de seguirme...

Tom se disponía a protestar, pero Martha volvió a atravesar la cortina de cuentas y Roy le indicó que la siguiera.

—Confíe en mí —insistió.

Tom vio un pasillo mal iluminado y se guio por la luz del fondo hasta desembocar en una habitación extrañamente sombría pese a las dos ventanas altas que se alzaban frente a él. Unos visillos grises tamizaban la claridad exterior, entre gruesas cortinas de terciopelo violeta que acababan reduciendo a la mitad el tamaño de los vanos. Tom reconoció el neón con forma de mano, colocado sobre el cristal, en cuya superficie la lluvia tamborileaba ruidosamente.

A su alrededor, las estanterías de wengé contenían con dificultad el amontonamiento de libros y revistas. Por todas partes se veían objetos: barajas antiguas, una colección de péndulos, tarros con raíces, flores u hojas secas etiquetadas como «hipérico», «artemisa», «beleño», «eléboro» o «mandrágora», un sombrero de copa raído, bolas de cristal de diferentes tamaños, unas esposas antiguas...

—Pertenecieron a Houdini —aclaró Martha pasando al otro lado de un gran escritorio cubierto con un cartapacio de cuero sobre el que ardían conos de embriagador incienso en una concha nacarada.

—¿El mago?

—Exactamente. Siéntese, señor Spencer.

Frente al escritorio había dos sillones. Martha encendió una lámpara Tiffany de pasta de vidrio multicolor, que dio un poco de vida a la habitación.

—Prefiero quedarme de pie —respondió Tom, que empezaba a sentirse atrapado. Roy, por su parte, tomó asiento—. ¿Qué hago aquí?

Tom se fijó en un pedestal de madera cubierto con un cristal que sostenía un libro enorme, no precisamente nuevo a juzgar por el desgaste de la cubierta y las amarillentas páginas. En el ajado lomo, grabado con letras doradas, consiguió leer: *De Vermis Mysteriis*.

—Como dramaturgo, creará usted en el poder de los libros, imagino... —dijo la voz ronca de Martha.

Tom se tomó el tiempo necesario para respirar hondo, antes de responder:

—Creo en el poder de las palabras en los libros, sí.

—Los libros, sean religiosos, legales, científicos o incluso literarios, dirigen el mundo. Sin ellos, se vendría abajo. El que tiene ante usted es un ejemplar raro, quizá incluso el último de su especie. ¿Cree usted en Dios, señor Spencer?

—A falta de evidencias, me mantengo prudente.

—Este libro defiende la existencia no de una, sino de varias divinidades. A cual más abominable. Y al parecer su lectura acaba con buena parte de la salud mental de quien se arriesga a emprenderla.

Teniendo en cuenta la decoración y el oficio de Martha Callisper, Tom supuso que debía de haberlo leído y haberse dejado en él una parte de sí misma, pero prefirió guardarse esa observación tan poco cortés y volver a centrar la conversación en lo esencial.

—¿Me han hecho venir para invitarme a participar en un club de lecturas impías? —dijo con ironía, y lanzó una mirada a Roy.

Martha se recostó en su butaca de cuero, que crujió. Sus manos, entrelazadas bajo la barbilla, formaban una especie de jaula de carne y hueso.

—¿Está usted familiarizado con la historia de las brujas de Salem? —le preguntó tras observarlo unos instantes.

Tom se puso tenso.

—¿Es una broma?

—Nunca bromeo con ese tema.

Martha se quitó las gafas para subrayar su seriedad y clavó sus iris azul cobalto en los de Tom, que se volvió hacia su vecino.

—¿Me está espiando, Roy? Usted ha leído las libretas, ¿no es así?

El interpelado sacudió la cabeza.

—¡No, claro que no! —exclamó ofendido.

—Entonces ¿cómo saben lo que estoy leyendo justo ahora?

Martha acudió al rescate del anciano.

—Porque al interesarse por el trabajo de Gary Tully solo era cuestión de tiempo que descubriera lo que le obsesionaba.

—¿Conoció usted a Tully?

Martha esbozó una sonrisa forzada que no expresaba la menor satisfacción.

—Desde luego.

—Así que estoy aquí por eso...

—En cuanto empezó a hacerle preguntas, Roy vino a verme para pedirme consejo. Le dije que era mejor que usted se mantuviera apartado de todo ese asunto y que, en última instancia, le correspondía a él decidir qué hacer.

Roy se inclinó hacia su vecino.

—Es usted muy tozudo, Tom. Comprendí que no desistiría, a pesar de mis consejos. Así que, en lugar de esperar a que metiera las narices donde no debía, decidí ayudarlo para hacer las cosas entre nosotros, de la forma más discreta posible.

—Me están poniendo de los nervios... ¿Qué pasa? ¿Es que he molestado a alguna vieja secta?

Roy y la médium intercambiaron una breve mirada cómplice.

—¿Puedo preguntarle qué contienen los papeles que encontró? —dijo la mujer volviendo a juntar las manos bajo el mentón.

—Estoy en plena lectura, aún no puedo decirles mucho.

—Gary Tully estaba fascinado por las brujas de Salem.

—Efectivamente.

—El nombre de Jenifael Achak ha salido ya, supongo...

Tom palideció.

—Sí.

—Entonces, ¿sabe lo que le ocurrió?

—Acabo de leerlo. Pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

Martha Callisper se humedeció los carnosos labios sin dejar de mirarlo.

—¿Sabe lo de su casa?

El corazón de Tom se detuvo. Lo presentía desde la última lectura, sin querer confesárselo: estaba tan claro...

—¿Gary Tully vino a la Granja y la restauró precisamente porque había sido la vivienda de Jenifael Achak? —preguntó con voz hueca—. ¿Mi familia y yo estamos viviendo en casa de una bruja? —Roy echó el aire por la nariz y Martha asintió con la cabeza—. Dios mío... —murmuró Tom.

—Señor Spencer —se apresuró a decir Martha—, ignoro cuál es su interés

real en los documentos que encontró, pero sepa que me encantaría consultarlos. Como habrá comprendido mirando a su alrededor, comparto con Gary Tully una cierta pasión por las ciencias ocultas.

—Y Martha es de toda confianza —añadió Roy.

Tom, angustiado y hecho un mar de dudas, no respondió. Al principio se había interesado por aquel asunto movido por la curiosidad y dividido entre el escepticismo y algo parecido a la resignación. Pero no imaginaba que llegaría tan lejos. Cuanto más ahondaba, más plausible le parecía la hipótesis sobrenatural como explicación de todos los sucesos recientes. Era posible que su casa estuviera realmente encantada.

—¿Señor Spencer? —insistió Martha.

Tom se percató de que estaba dando vueltas por el despacho atestado y cargado por el humo del incienso. Se detuvo y alzó las palmas de las manos en señal de rendición.

—Explíquemelo —dijo—. ¿Descubrió Tully algo más en mi casa? Bill Tanningham me la vendió poco después de reformarla..., ¿hay alguna relación? Quiero saberlo.

Roy apretó los puños y Martha agachó la cabeza. Sabían más, comprendió Tom. No le habían hecho ir allí solo para anunciarle que vivía en la casa de Jenifael Achak, la bruja martirizada, ni para pedirle permiso para leer los escritos de Gary Tully. Había algo más, estaba seguro.

—Voy a jugar limpio con usted —dijo Martha—. Nada de feos secretos. Y si la verdad no le gusta, qué le vamos a hacer. Pero, a cambio, quisiera saber por qué le interesan tanto los papeles de Tully. ¿Por qué está tan metido en su lectura?

—Por curiosidad —respondió Tom.

Seguía sin decidirse a soltarlo todo, por miedo a que lo tomaran por un pobre loco. «Estoy en la tenebrosa consulta de una médium, rodeado de cachivaches esotéricos... Si no se lo cuento a ellos, ¿a quién se lo voy a contar?»

—Me hago preguntas —añadió— sobre la posibilidad de que en nuestra casa sucedan... cosas.

—¿Qué cosas?

Tom se pasó la mano por las mejillas y dio unos pasos, sin saber cómo expresar sus ideas. Sus ojos se posaron en una caja de cristal colocada en un estante. Contenía una bolsita de tela de la que asomaban fragmentos de papel

antiguos con palabras en latín. La bolsa y su contenido debían de datar de hacía varios siglos atrás. La tapa de la caja tenía pegada una etiqueta: «Bolsa de alumbramiento». Al verlo, Tom acabó de convencerse de que estaba en el lugar adecuado para librarse de sus interrogantes, por grotescos que fueran.

—Fenómenos extraños —confesó—. Sensación de frío, presencias, pesadillas de los niños, un mordisco inexplicable... y mi perro que se arrojó al fuego —verbalizarlo delante de aquellas personas le hizo tomar conciencia de que la muerte de Smaug probablemente estaba relacionada con todo lo que ya habían sufrido. No era una coincidencia. No era la consecuencia de una enfermedad o un ataque de locura de su perro. No. «Saltó a la hoguera para arder en ella, como Jenifael Achak...»—. Tengo miedo de que mi casa esté poseída por Jenifael —admitió, sin saber si sentía alivio por haberlo dicho al fin en voz alta o si la vergüenza acabaría obligándolo a salir corriendo—. Lo sé, es imposible, pero es lo que siento. La Granja está encantada.

Martha y Roy se miraron.

—Eso mismo creo yo —dijo la mujer con la mayor seriedad del mundo.

Fuera, la lluvia arreció, y las gotas empezaron a golpear los cristales, como dedos transparentes que suplicaban que les abrieran.

33.

Sus pulmones se vaciaron lentamente, y pasaron largos segundos antes de que su instinto de supervivencia volviera a llenarlos.

—¿Perdón? —balbuceó.

Se esperaba cualquier cosa, menos que le confirmaran con tanta calma y seguridad que vivía dentro de una historia de terror.

—¿Lo dice en serio?

Martha señaló el sillón libre al lado de Roy.

—Debería sentarse.

Tom obedeció. No le temblaban las piernas, pero no se sentía del todo bien. Si aquella mujer hubiera aparecido de pronto diciendo que la Granja estaba encantada, se habría reído en sus narices y se habría largado dando un portazo. Pero sus afirmaciones llegaban después de manifestaciones cada vez más claras de que allí pasaba algo y de varios días de indagaciones, durante los cuales todo cuanto había encontrado apuntaba en la misma increíble dirección.

—Yo no... yo no creo en fantasmas —dijo Tom sin ninguna convicción.

—Yo tampoco —respondió Martha—. Igual que no creo en Dios o en el diablo, si quiere que le diga la verdad.

—Entonces, ¿qué puede ser?

Martha volvió a pasarse la lengua por los labios.

—¿Sabía usted que durante la primera mitad de la era cristiana el diablo apenas tuvo presencia en la religión? Hasta la Edad Media, para ser precisos. Era una figura entre muchas otras, con un papel muy secundario en realidad. Todo cambió por decisión del Papa. La Iglesia medieval, profundamente debilitada por un clero constituido por nobles y corruptos, desacreditada, ajena al pueblo, estaba en plena deriva, perdiendo toda su influencia y, a la larga, en grave peligro. Conflictos internos, económicos y políticos, y la

amenaza de cismas sacudían sus estructuras. Lejos de señalar el fin del mundo, como la Iglesia anunciaba, el año 1000 parecía anunciar más bien el declive de la propia institución. Necesitaba un enemigo a su altura, una palanca colosal para enderezar la situación, para volver a ser indispensable. Así que rebuscó entre sus mitos y se sacó de la manga al señor de los Infiernos, que amenazaba con corromper a la humanidad si esta no se apresuraba a refugiarse de nuevo en el regazo de la Iglesia.

—¿Qué tiene eso que ver con mi casa? —preguntó Tom.

—Enseguida lo verá. En el Concilio de Letrán de 1215, el papa Inocencio III forjó literalmente la aterradora imagen del diablo tal como lo conoceríamos durante siglos. Lucifer dejó de ser únicamente la vieja figura de la rebelión para convertirse en la sombra que, en el campo y en las ciudades, susurraba al oído de los débiles, de quienes no caminaban a la luz de la Iglesia. El diablo ya no era un episodio casi olvidado de las Sagradas Escrituras, se convertía prácticamente en el igual de Dios, una fuerza superior a los pobres mortales sometidos a la tentación, de la que resultaba vital protegerse aceptando los preceptos religiosos sin el menor titubeo.

Martha señaló un letrero apenas visible en la penumbra, a su espalda. «El diablo y los otros demonios fueron creados por Dios buenos por naturaleza, pero se volvieron malos por sí solos. El hombre, en cambio, pecó por incitación del diablo. IV Concilio de Letrán, canon primero.»

Y a continuación retomó su perorata:

—No volver a cuestionar la autoridad religiosa como única respuesta posible a la delicuescencia del mundo y a la salvación de las almas inmortales: esa fue, en resumen, la receta del Papa. En definitiva, tomar de nuevo el control de una situación que evolucionaba de forma cada vez más peligrosa para el futuro del cristianismo, utilizando el miedo y la represión legitimada. A todo esto, la peste negra diezmó entre el treinta y el cincuenta por ciento de la población, estalló la Guerra de los Cien Años, interrumpida por varias hambrunas, y se culpabilizó al diablo, con la ayuda terrenal de todas y todos los que habían cedido a su atracción. Así nació la caza de brujas.

—De modo que Jenifael Achak fue torturada y quemada después de varios siglos de culto al miedo... —resumió Tom, que quería ir directo al grano.

—Lo que quiero hacerle comprender —insistió Martha inclinándose hacia él por encima del escritorio, con el rostro desdibujado por el humo del

incienso— es que el ser humano fabrica sus miedos, forja sus mitos, incluso a sus monstruos.

—No la sigo. Mis... «fantasmas», ¿son fruto de mi imaginación? No. En nuestra casa se producen... fenómenos. Y ni mi mujer ni yo somos responsables.

Martha meneó la cabeza.

—No estaba sugiriendo eso. Véalo mejor así: la humanidad crea sus propios campos de fuerza, sus corrientes de pensamiento, sus creencias, según conviene a quienes los originan, rara vez por motivos espirituales, y menos aún a consecuencia de iluminaciones divinas, sino más bien en función de las necesidades políticas de esas esferas de poder. La masa obedece, cegada por el miedo y sometida por la autoridad y su propia ignorancia.

Tom entró en el juego.

—De acuerdo. La civilización ha permitido el acceso a la educación a un número cada vez mayor de personas, y la fe ha descendido en la misma proporción. Pero no me negará que en los últimos tiempos, en nuestro mundo «educado», la actualidad nos demuestra que la espiritualidad, pervertida o no, está resurgiendo con fuerza.

Martha le mostró las palmas de las manos para subrayar la oportunidad de su ejemplo.

—En un mundo cada vez más deshumanizado, la búsqueda de sentido reclama más espiritualidad. Desgraciadamente, lo que empuja a algunos a refugiarse en la religión es el miedo, la incultura o la desesperación, y un puñado de oportunistas manipulan a los más crédulos: es terrorismo. Pero lo esencial no está ahí, Tom: está en la idea de que la humanidad es una fuerza colosal. Miles de millones de cerebros, de energías sumadas unas a otras, siglo tras siglo..., y cuando esa suma converge en la misma dirección, engendra una corriente inmensa, una potencia fenomenal, que puede bastar para producir un efecto sobre el mundo.

—¿Los fantasmas existen porque creemos en ellos? ¿Es ahí adonde quiere ir a parar?

—Digamos que, en todo caso, es cierto en lo que respecta al entorno folclórico de esos «fantasmas», como usted los llama. Si somos lo bastante numerosos para creer en algo durante el tiempo suficiente, ese algo acaba existiendo.

Tom pensó en las últimas palabras de Gary Tully en la decimoctava libreta.

«Solo somos paquetes de energía —había escrito—. La muerte consiste en la ruptura de la membrana que protege nuestra energía individual y la diseminación de esa energía en el éter, entre todas las demás».

—Déjeme decirlo con mis propias palabras —le pidió Tom—. Un siniestro papa de la Edad Media decidió manipular a toda la humanidad solo porque no quería perder su trabajo, y en consecuencia se sacó de la chistera el concepto del demonio para controlar mejor a las masas. Hasta ahí, la sigo. Usted afirma que al cabo de, ¿cuánto, ochocientos años?, y debido a que varios miles de millones de seres humanos creyeron en esa figura diabólica, ese ser aterrador acabó cobrando vida realmente. ¿Lo he entendido bien?

Martha no le quitaba ojo.

—Tanta gente no puede creer durante tanto tiempo en una misma entidad sin que eso tenga una repercusión en nuestro entorno —confirmó Roy—. Es lo que dice Martha.

—¿Y qué tenemos que ver con eso mi familia y yo? —insistió Tom—. Quien está en nuestra casa es el diablo.

—Usted ha pedido una explicación. Yo se la doy. Existen energías que están más allá de nosotros, y no todas son necesariamente buenas. Chocan entre sí, y algunas se corrompen.

—¿Las corrompe el diablo?

—La idea que nos hemos hecho de lo que podría ser el Mal.

—¿Eso es lo que hay en mi casa? ¿Una idea maléfica? —Tom empezaba a impacientarse.

—Más o menos.

—He leído la historia de Jenifael Achak —les informó Tom—, y la impresión que me ha dado es más bien la de una pobre chica que enfadó a las personas equivocadas. Dudo que fuera una bruja, al menos tal y como se las suele imaginar, rezándole a Satán y embadurnando las paredes con la sangre de una virgen.

Martha volvió sus ojos azul cobalto hacia Roy, que se incorporó en el asiento haciendo crujir los huesos del torso.

—Hay cosas que desconoce —dijo el anciano a regañadientes—. Siento en el alma haberle mentido por omisión.

—¿A qué se refiere? —preguntó Tom dejándose invadir por algo parecido al miedo.

—La familia que se instaló en su casa después de Gary Tully, la que venía

de Maine... Verá, no se mudaron al sur, aunque su intención era esa. A los tres años de su llegada, su única hija, que aún no había cumplido los catorce, se suicidó cortándose las venas. El padre no pudo soportarlo y se pegó un tiro al año siguiente. La madre dejó la casa.

—Y luego hubo un incendio —recordó Tom, atónito. Al oírlo, Roy agachó la cabeza—. Fue usted, ¿verdad? —intuyó Tom—. Fue usted quien le prendió fuego, ¿me equivoco, Roy?

—La idea fue mía —dijo Martha con voz firme.

—¿Y Bill Tanningham? —se apresuró a preguntar Tom—. ¿Qué le pasó a él?, ¿por qué vendió tan rápidamente después de las obras?

—No lo sé —respondió Roy—. Cuando llegó, Martha y yo estuvimos pendientes de lo que ocurría en la casa, y debo decir que no hubo nada que nos alarmara. Puede que realmente se arruinara...

Tom se sujetó la cabeza con las manos.

—Estoy en una mala película de terror. La familia feliz que se muda a un caserón maldito. Ahora en serio, ¿de verdad creen todo eso?

Los rostros de sus dos interlocutores le confirmaron que no tenían la menor duda.

—Lo siento —murmuró Roy.

—Es ridículo...

—Lo ha dicho usted hace un instante —le recordó Martha—. Su casa podría estar «encantada». Es la palabra que ha utilizado.

—En los momentos de desconcierto suelo tener la mala costumbre de dejar volar la imaginación. Pero seamos serios por un instante... No-es-po-si-ble —dijo recalcando las sílabas para reforzar la idea.

Martha y Roy observaban cómo forcejeaba con sus propias contradicciones.

—Tomemos los hechos y nada más que los hechos —prosiguió, agitando el índice en el aire—. Una pobre desgraciada vivió en estas tierras hace más de trescientos años, fue acusada de brujería y ejecutada sin más pruebas que una confesión obtenida mediante torturas. Más tarde, un excéntrico decidió restaurar unas ruinas para convertirlas en el centro neurálgico de sus investigaciones sobre ocultismo y acabó ahorcándose allí. Llega una familia; la adolescente, que probablemente se sentía infeliz, se quita la vida; el padre no lo soporta y hace otro tanto. Luego, yo le compro la Granja a un abogado que tiene prisa por venderla porque está en bancarrota. Si nos atenemos a este relato de lo sucedido, tal vez se trate simplemente de una sucesión de

desgracias sin ninguna relación entre sí.

—Están sus dudas —le recordó Roy—. Lo que ha descrito hace un rato.

—Una acumulación fortuita. Como encontré esos misteriosos documentos, veo una relación que no existe.

—O bien, y debe abrir la mente a esa hipótesis —le advirtió Martha—, una fuerza maléfica vive con usted.

—Yo no creo en fantasmas ni en demonios, ya se lo he dicho.

—Y yo le he explicado por qué existen. No son la creación de una divinidad superior, sino todo lo contrario: se parecen a nosotros, se alimentan de nuestros miedos y nuestros mitos, porque proceden de ellos, porque les hemos dado vida mediante esas creencias.

Tom volvió a sacudir la cabeza, negándose —ahora que aquellos dos excéntricos lo animaban a hacerlo— a admitir de una vez por todas que creía en lo paranormal.

—No estoy preparado —reconoció—. Les entregaré todo lo que he encontrado en el desván. Utilícenlo como mejor les parezca. Por mi parte, voy a dejarme de secretos con mi mujer y a centrarme en lo que de verdad importa: mi familia.

—Mantenga a Olivia al margen de todo esto —le aconsejó Roy—. No la preocupe inútilmente. Puede que, en efecto, estemos... exagerando.

Tom se levantó. En el exterior el tiempo empeoraba por momentos, aumentando la penumbra del despacho. Martha lo observaba con la misma mirada concentrada, resuelta.

—Usted lo cree, ¿verdad? —le preguntó Tom.

—Váyase a casa. Quería respuestas y se las he dado. Con un poco de suerte el tiempo disipará sus temores, y demostrará que no somos más que unos iluminados paranoicos que ven la presencia de lo oculto en todas partes.

—¿Pero? —preguntó Tom intuyendo que esa reconfortante reflexión tenía una contrapartida.

Martha inspiró profundamente antes de responder.

—Pero si llegara usted a dudar de verdad y quisiera ir más lejos, hay alguien a quien debería conocer.

—¿A quién? ¿Al diablo? —bromeó Tom fríamente.

—A la mujer que vivió en la Granja después de Gary Tully. La única superviviente de esa familia rota.

—¿Sigue en el pueblo?

Martha entrelazó las manos.

—Nunca lo dejó. Ha pasado todos estos años internada en el hospital psiquiátrico de Arkham.

34.

Nunca había visto a un hombre con tantas pelotas. Y aún menos a una mujer. La vulgaridad de la imagen, impropia de Gemma, era proporcional a su asombro.

No se lo podía creer, ni siquiera tres días después.

Cuando Olivia había vuelto a ponerse al volante tras amedrentar a Derek Cox con la ayuda de una pistola de clavos neumática, habían recorrido dos kilómetros sin abrir la boca, hasta detenerse en la cuneta. Olivia temblaba. De la cabeza a los pies. Eso había impresionado a Gemma tanto como su demostración de fuerza unos minutos antes. Ver cómo la señora de la casa, tan segura de sí misma, tan decidida en todo lo que hacía —«¡Incluido apuntar con un arma a la entrepierna de Derek Cox, madre de Dios!»—, de pronto se ponía a temblar, era suficiente para que cundiera el pánico. Gemma había vivido aquel mal trago de principio a fin: mientras le daba a Olivia la dirección de Derek y la del lugar donde trabajaba; mientras iban en coche a su casa y comprobaban que no estaba; mientras recorrían las secciones de The Home Depot para que Olivia comprara la clavadora; y, por último, durante la confrontación. Solo de pensarlo se le ponía la carne de gallina. ¿Cómo iba a imaginar que una mujer tan amable, tan elegante, tan refinada, pudiera transformarse en una despiadada guerrera? Gemma había creído entrever las primeras muestras de su temperamento combativo cuando las expulsaron de la comisaría, pero no sospechaba hasta dónde podía llegar. Ver temblar a Olivia en el coche, y oírla hiperventilar mientras apretaba el volante hasta enrojecerse las palmas de las manos, la había tranquilizado una vez superada la angustia inicial. Olivia era capaz de meterse en el papel de mala si la obligaban a hacerlo, pero con un esfuerzo espantoso, incluso para ella misma. La sarta de juramentos que vino a continuación sorprendió a Gemma, aunque

acabó por hacerla reír.

Con la cabeza echada hacia atrás en el asiento, Olivia exhaló un prolongado suspiro y miró a su pasajera.

—¿Te encuentras bien?

Gemma asintió.

—Estoy loca —afirmó Olivia—. Completamente loca. Lo sé.

En la carretera, los vehículos pasaban junto a ellas, haciendo vibrar el suyo.

—¿Podemos ir a la cárcel por lo que acabamos de hacer? —preguntó Gemma.

—Para empezar, tú no has hecho nada. Si Derek pone una denuncia, me declararé la única responsable. Contrataré al mejor abogado de Massachusetts para demostrar que si la policía hubiera intervenido, tal como pedimos cuando era justo y necesario, no habríamos tenido que llegar tan lejos. El incompetente de Warden pensará en lo que le ocurrirá a su reputación si el asunto trasciende y comprenderá que es preferible quitarse de encima a Cox. Pero Derek no dirá nada. Que lo que le ha pasado se hiciera público heriría demasiado su orgullo.

—Yo preferiría que no se enterara nadie...

Olivia miró el paisaje unos instantes antes de responder.

—Gemma, es importante que ese cerdo sepa que no puede salirse con la suya, sobre todo cuando los polis no se inmutan. Y... para ti, lo es el hecho de que te pida disculpas, aunque eso no cambie lo que te hizo.

—No estoy segura de que haya comprendido realmente lo que le ha dicho.

—Puede, pero lo recordará.

Olivia le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Un gesto cariñoso que su madre ya no tenía nunca con ella, o raras veces. La reconfortó y acabó de confirmarle la enorme bondad de su jefa.

—Gracias, Olivia.

La mujer le respondió con una sonrisa, y soltó lentamente el aire una vez más.

—¡Es lo más emocionante y terrorífico que he hecho en muchos años! —confesó—. No... no me reconocía, estaba como poseída por la rabia contra ese cerdo. ¡He perdido la chaveta! Madre de Dios...

Y en ese instante de incertidumbre, cuando ninguna de ellas sabía si debía tener miedo o alegrarse, se echaron a reír, sin poder parar.

Las últimas palabras de Olivia, frente a la casa de Gemma, fueron para

hacerle una petición.

—Gemma, prométeme que no les contarás nada de esto a los chicos, ni tampoco a Tom, ¿de acuerdo?

—Cuente conmigo —respondió Gemma. Y entonces, justo antes de cerrar la portezuela del coche, murmuró—: Creía que el señor Spencer y usted se lo contaban todo... Por lo menos, lo importante.

—Sí, pero hay que elegir el momento. Lo sabrá cuando ya no haya motivos para preocuparse.

—Entonces, ¿los hay?

Olivia la miró afectuosamente.

—No, creo que Cox ha aprendido la lección.

Pero Gemma adivinó que mentía. No podían saberlo. Derek Cox era imprevisible, aunque no cabía duda de que se había llevado un susto de muerte.

Tres días después, la vida parecía haber retomado su curso normal. Ningún policía se había presentado ni en casa de los Spencer ni en la de Gemma. Derek Cox no había dado señales de vida y Olivia se comportaba como la mujer alegre y afectuosa que siempre había sido. Gemma se sentía sucia —eso tampoco había variado— y se estremecía cada vez que pensaba en aquella mano sudada y brutal que se abría paso bajo el elástico de sus bragas como una repugnante araña. Pero algo había cambiado. El telón de fondo de su mente. La herida la hacía sufrir, pero había una pizca de calor. La esperanza. Y las ganas. Se curaría. La cicatriz en el corazón le quedaría para siempre. Pero Derek había tenido que enfrentarse a sus actos, y aunque no hubieran podido hacerle entender que era culpable, ella había leído en sus ojos que aquello ya no le parecía una insignificancia, y sabía que había pasado miedo. Mucho miedo. Al menos tanto como ella. Extraña ley del talión, que extendía un bálsamo vengador sobre su llaga para sanarla. Gemma se sentía capaz de salir adelante. No le daría a aquel bestia el gusto de destruir lo que quedaba de su adolescencia. Bastante daño le había infligido ya.

La chica estaba de pie en medio del salón de los Spencer. Con toda la familia ausente, repartida por los cuatro rincones del pueblo por diversos motivos, a excepción de la pequeña Zoey, que dormía la siesta en el piso de arriba.

Pese a la fuerte lluvia y la tierra empapada, la aureola gris en la hierba seguía señalando el lugar de la terrible inmolación. Se negaba a desaparecer.

El recuerdo obligó a Gemma a tragar saliva y a retroceder para sentarse en el sofá. Pobre animal. Al día siguiente los chicos parecían fantasmas, pero, curiosamente, no tardaron en recuperar cierta energía, y ahora se pasaban el tiempo fuera en compañía de Connor y de Corey. Para su hermano también había sido una prueba horrible. Aunque el perro no era suyo, verlo suicidarse de un modo tan espantoso no podía por menos que traumatizarlo. Ella se había encerrado en sus problemas, y ahora se sentía mal por no haber estado más solícita y pendiente de él. Se juró que lo remediaría esa misma noche, aunque no sabía cómo. ¿Preparándole su cena favorita, maíz tostado y tiras de carne seca con salsa teriyaki Jack Link's, que luego le provocaba eructos durante horas? O simplemente intentando hablar con él...

Gemma empezó a hojear distraídamente una revista femenina olvidada en la mesita baja.

El chillido de Zoey la sobresaltó tanto que casi se cayó del sofá. Con el corazón en un puño, corrió escaleras arriba y avanzó por el pasillo, sin dejar de oír a la pequeña, que chillaba como si se la estuvieran comiendo viva. Pero al llegar a la esquina comprendió su error.

Estaba tan absorta en sus problemas que había olvidado las consignas de Olivia. Sumergida en sus cavilaciones, había actuado de manera mecánica, sin pensar. Y había acostado a Zoey en su antigua habitación. Olivia le había repetido varias veces que Tom había llevado una cama plegable para bebés a la antecámara del dormitorio matrimonial, pero ella lo había olvidado. Un problema con... «¡Las ratas! Eso es lo que ha dicho, que en la habitación de Zoey había ratas... ¡Oh, Dios mío!»

Aterrada, Gemma empujó la puerta entreabierta y vio a Zoey apretujada contra el cabecero, con la cara cubierta de lágrimas y congestionada por el miedo, agitando un dedito en dirección al pie de la cama.

—¡Brillan! ¡Brillan! —exclamó en cuanto vio a su niñera.

Gemma la cogió en brazos y la estrechó contra su pecho.

—Lo siento, cariño, lo siento... He olvidado que ya no duermes la siesta aquí. Perdona. Cálmate...

—¡Brillan, brillan, Ema!

Gemma se volvió hacia el punto que señalaba la pequeña y vio que la manta con la que la había tapado cuando se había dormido estaba apelotonada sobre la moqueta. Cuando se agachó para recogerla, la niña se tensó en sus brazos.

—No pasa nada, estoy aquí, ¿de acuerdo?

—Brillan...

La habitación no estaba demasiado oscura. Gemma había corrido las cortinas sin cerrarlas del todo, y la mortecina luz de primera hora de la tarde se filtraba en el cuarto, junto con el monótono repiqueteo de la lluvia. ¿Qué podía haber brillado y asustado a la pequeña de ese modo? Gemma buscó un juguete con la mirada, pero no vio ninguno eléctrico o que se iluminara. «Una pesadilla, seguro...»

Al ir a dejar la manta en la cama se dio cuenta del estropicio. Estaba desgarrada por el borde como si le hubieran asestado dentelladas del tamaño de una pelota de golf. «Parecen...»

Gemma se irguió, intranquila.

Eran mordiscos.

«¡Si hay ratas de esas dimensiones en la casa, dimito esta misma noche!»

Zoey se había calmado, apenas hipaba de vez en cuando, pero sus manitas se aferraban a Gemma como si le fuera la vida en ello.

—Brillan —dijo más tranquila, mirando la manta.

Gemma creyó comprender entonces.

—¿Chillan? ¿Es eso?

La niña asintió enérgicamente.

«Oh, Dios mío... ¡Las ha oído!»

Giró sobre sí misma en busca de los odiosos roedores, temiendo que un grueso cuerpo peludo se deslizara entre sus tobillos chillando con furia. Nada. Solo juguetes por todas partes.

Seguía sosteniendo el borde mordisqueado de la manta. ¿Podía una rata hacer algo así? ¿En serio? Parecía más bien la boca de un niño... Esos bichos debían de haberse atiborrado de maíz tratado con hormonas de crecimiento. Los Taylor lo cultivaban, todo el mundo lo sabía. Estaban en guerra con los Johnson, que los acusaban de haber contaminado sus campos con transgénicos y otras porquerías. De ahí a suponer que unas ratas de campo crecieran hasta ese punto... Gemma no se lo podía creer.

Olivia la iba a matar. Habría podido ocurrir una desgracia. La niña podría haber perdido un dedo. Gemma se imaginó yendo a buscarla una hora más tarde y encontrando unas ratas enormes que le devoraban los ojos y le roían los huesos de las manos y los pies, mientras, dentro de su tierno vientre, uno de aquellos monstruos se daba un atracón con vísceras de bebé. Solo de pensarlo se le revolvió el estómago. Tenía demasiada imaginación.

Dejó la manta en el suelo y retrocedió.

—No le diremos nada a mamá, ¿de acuerdo? He hecho una tontería, no debería haberme equivocado de cama, pero no volverá a ocurrir, te lo prometo. Por esta vez haremos como si no hubiera pasado nada, ¿vale?

—Vale —respondió la niña sin acabar de comprender.

Gemma salió al pasillo con Zoey en brazos y cerró la puerta tras de sí.

A su espalda, el rostro de una muñeca se hundió de pronto, antes de que una fuerza invisible le arrancara los brazos y las piernas, como si un niño enrabietado la hubiera emprendido con ella.

Un niño malo.

35.

Las peores inundaciones que había conocido Mahingan Falls se remontaban a la primavera de 1966, en la época de las grandes obras de recubrimiento que debían permitir que el pueblo se extendiera y desarrollara. El anterior alcalde, Geoff Calendish, había dedicado buena parte de su vida a ese proyecto, consciente de que tarde o temprano habría que encontrar el modo de estructurar lo que se había ido construyendo a lo largo de los siglos según las necesidades del momento. El cinturón de montañas que rodeaba Mahingan Falls le impedía extenderse más allá de cierto límite, así que había que aprovechar cada palmo de tierra. El *baby boom* y la prosperidad económica que acompañaron los sucesivos mandatos de Geoff Calendish durante los años cincuenta y los sesenta lo animaron a elaborar una estrategia ambiciosa: dotar a sus conciudadanos de un complejo escolar autónomo y global, que abarcara todos los cursos desde preescolar hasta secundaria, para que no tuvieran que enviar a sus hijos a Rockport o a Manchester, si no más lejos. Para muchos, tener que salir del Cinturón era una colosal pérdida de tiempo y demostraba que Mahingan Falls seguía siendo un villorrio dependiente de sus vecinos. Había que atraer a nuevas familias, convencerlas de lo maravillosa que sería su vida si se instalaban allí en lugar de hacerlo en otro sitio. El centro escolar sería el escaparate.

En esa época, un lago y sus ciénagas vagamente colonizados por tres calles que albergaban viejas casuchas destartadas constituían el barrio más antiguo de Mahingan Falls, justo en su centro, entre Westhill y Oldchester. El río Weskeag caía desde su alta catarata al oeste de la villa y atravesaba Peabody en línea recta hasta el lago, mientras las aguas mezcladas del Little Rock y el Black Creek se deslizaban mansamente desde el norte, dominando el parque municipal antes de irrigar la ciénaga. Mahingan Falls se había organizado en

torno a las márgenes de aquellas dos serpientes plateadas, que delimitaban los principales sectores del pueblo. La inaudita idea de Geoff Calendish consistía en recubrir esos cursos de agua para recuperar superficie edificable y ampliar la zona habitable, y a continuación secar el lago y su húmedo entorno, derribar lo que había allí y construir el complejo escolar. Calendish se dejó la piel durante casi veinte años para hacer realidad ese proyecto. Al principio se reían en su cara. El gasto era considerable, a pesar de todas las ayudas externas que no se cansaba de prometer que conseguiría. Pero a fuerza de insistencia, acabó por convencer a sus electores, uno por uno, década tras década, de que el proyecto no solo era viable sino la única salvación de Mahingan Falls si no querían que terminara despoblándose. Se dice que la maqueta que exhibió en el vestíbulo del ayuntamiento fue un factor decisivo para atraer a su causa a los últimos escépticos, en especial a través de los niños, que hacían cola para admirarla y luego repetían machaconamente a sus padres lo bonita que era. El proyecto fue financiado y aprobado en 1964, aunque el inicio de las obras se retrasó una y otra vez por cuestiones políticas, pero también por la complejidad del tinglado financiero montado por el alcalde y sus socios. Geoff Calendish se derrumbó en mitad de Main Street tres meses antes de que las excavadoras iniciaran los trabajos, fulminado por un ataque cardíaco.

Su sucesor asumió la pesada herencia vigilando de cerca las largas obras de recubrimiento, que sumieron ambos ríos en la oscuridad tras haber desviado su último tramo para que evacuaran en las marismas del sur de la localidad. Así fue como el Weskeag desapareció bajo el asfalto de Peabody, mientras que el Little Rock se perdía bajo Beacon Hill para luego fundirse con el primero en algún lugar entre los cimientos del flamante Emily Dickinson School Complex. Un puñado de ancianos intentó hacer tambalearse el proyecto hasta el último momento, aduciendo que enterrar ríos no era bueno, con el incomprensible argumento del «respeto a las fuerzas vivas de la naturaleza», pero ni sus razonamientos estaban claros ni su movimiento organizado. A la postre, el único enemigo vehemente que se alzó de verdad contra las obras y amenazó su buen desarrollo fue la propia naturaleza, pero de una forma distinta a los ríos. Las primeras lluvias intensas cayeron a mediados de marzo, añadiéndose al deshielo que empapaba ya las colinas y vertía ininterrumpidos torrentes de agua en los desagües desde hacía diez días. Llovió sin parar durante tres semanas. A cántaros. Hasta formar peligrosas olas en las cunetas,

inundar las canalizaciones y anegar las casas. Los obreros que intentaban verter el hormigón en el encofrado del que sería uno de los canales subterráneos tuvieron que parar después de que la corriente estuviera a punto de llevarse a un trabajador al ceder un dique. La obra se interrumpió durante más de un mes. Los voluntarios se relevaban para levantar barreras con sacos de arena en los puntos sensibles. Murieron animales, gatos, perros arrastrados por un brazo de agua surgido del fondo de los jardines; aparecieron cadáveres de mapaches y ratas por todas partes, pudriéndose en las calles, e incluso un hombre desapareció una noche, sin que se supiera jamás si la responsable había sido el agua o su mujer, que tenía fama de auténtica arpía.

Fue en esos días de enorme desbarajuste y miedo cuando los cielos empezaron a lanzar sobre Mahingan Falls carretadas de agua de la mañana a la noche, sin dar un respiro en dos días. Gruesos y pesados goterones caían de un techo gris oscuro cuyo vientre había embarrancado en las cimas de las colinas circundantes. La cumbre del monte Wendy había desaparecido, y con ella el Cordón, que oculto en el negruzco celaje hacía temer a los más «conectados» que tarde o temprano se perdiera todo contacto con el exterior.

Ya no se hablaba de otra cosa. Las inundaciones. ¿Rivalizarían con las de 1966? Y si esta vez los dos ríos se desbordaban en sus túneles, ¿no se corría el riesgo de que levantaran las calles y los edificios? ¿Se convertiría el sueño de Geoff Calendish en una pesadilla para los demás?

Connor, Corey, Chad y su primo asistieron impotentes al diluvio durante dos días, encerrados en casa de uno o de otro, consultando internet en busca de información sobre el barranco del bosque. Como no eran periodistas, no sabían cómo hacerlo, aparte de variando las palabras clave de sus búsquedas en Google, para obtener páginas y más páginas de contenidos. Había mucha información, así que se turnaban delante de la pantalla y leían en voz alta cuando un pasaje parecía más o menos interesante, antes de desecharlo casi por unanimidad. Era una tarea frustrante: mucho esfuerzo, toneladas de comprobaciones y ningún resultado concluyente. El barranco de Mahingan Falls no se mencionaba en ninguna parte. Si allí se cobijaba una fuerza benéfica, esta se comportaba con mucha discreción, al menos en internet.

Y, claro, los ánimos no acompañaban. El nombre de Dwayne Taylor surgía constantemente en sus conversaciones. ¿Cómo olvidar a aquel chico que había

muerto ante sus ojos? En el pueblo no hablaban de él, por lo que dedujeron que aún no habían hallado el cuerpo. Eso provocó otro debate. ¿Debían o no debían alertar a las autoridades? Owen propuso un telefonazo anónimo, pero Connor se negó en redondo asegurando que con la tecnología moderna se podía rastrear cualquier llamada —lo había visto en la tele—, y la poli acabaría llegando hasta ellos. Les daba miedo que los acusaran del asesinato de Dwayne. ¿Quién iba a creer que el autor había sido un espantapájaros? Ningún adulto, seguro.

La tercera mañana la lluvia seguía sin aflojar, y Corey los llamó a todos para decirles que había que ir a la biblioteca. Owen tenía razón: si internet no podía ayudarlos, quizá la memoria escrita de su pueblo consiguiera hacerlo.

La biblioteca era un lugar curioso que fascinaba a los chicos tanto como los inquietaba. Se alzaba a cierta distancia del ayuntamiento, en Independence Square, al fondo de un jardín mal cuidado, con sauces desgremados y arbustos que invadían los senderos de gravilla. Era una antigua iglesia. En el ardor religioso que había caracterizado a los primeros colonos, cada credo había realizado una demostración de fuerza construyendo su lugar de culto. A veces, dentro de un mismo pueblo, varias iglesias consagradas a un dogma rigurosamente idéntico se erigían por una simple cuestión de influencia, poder o rivalidad. Pero con el paso del tiempo y la disminución de los fieles, algunas quedaron abandonadas y en estado ruinoso, o cambiaron de dueño, como aquella de piedra ennegrecida que se alzaba orgullosa en el centro de Mahingan Falls, desmesurada para una localidad tan pequeña, que tenía más que suficiente con Saint Finbar. Esta, la iglesia histórica de Green Lanes y de la comunidad irlandesa católica, tenía la ventaja de llenarse sola y de no ser ni excesiva ni difícil de mantener. Su hermana mayor del centro, cedida por la diócesis, fue transformada en una vasta biblioteca que impresionaba a los más jóvenes.

El coche de Tom Spencer dejó a Owen y Chad delante del ayuntamiento al comienzo de la mañana.

—¿Habéis cogido los veinte dólares?

—Sí, papá, no te estreses —respondió Chad a través de la cortina de lluvia.

—Si cambiáis de opinión y preferís volver a casa para comer, me llamáis con el móvil de Connor, ¿de acuerdo?

—No cambiaremos de opinión —aseguró Owen—. Te avisamos esta tarde para que vengas a buscarnos. Gracias, Tom.

Los dos primos corrieron a ponerse a cubierto bajo las arcadas del edificio mientras el coche se alejaba, y poco después vieron venir hacia ellos a Corey y a Connor, que llevaba con orgullo una gorra con el logo de Batman goteando agua. Un poco más lejos, en la explanada del ayuntamiento, el aro metálico que sujetaba la cuerda de la bandera golpeaba frenéticamente el mástil. En ese momento retumbó un trueno, y los cuatro chicos, sobresaltados, miraron al cielo.

—Mi padre decía que las tormentas de verano son las peores —murmuró Owen.

—Es una señal —dijo Corey.

—¿Una señal de qué? —rezongó Connor.

—No lo sé. De una potencia superior. Puede que Dios, u otra cosa. Nos está diciendo: «Cuidado con lo que hacéis».

Connor hizo una mueca y soltó un sonoro pedo.

—¡Mira, ahí tienes una señal de una potencia superior a ti: el agujero de mi culo!

Connor y Chad se echaron a reír mientras Corey señalaba la verja de hierro forjado que rodeaba el exuberante jardín de la vieja iglesia, cuyo oscuro campanario emergía entre las copas de los árboles.

—Vamos a tener que correr si no queremos mojarnos hasta los calzoncillos. Hemos hecho bien en ponernos pantalones cortos.

—¡El último que llegue le pide al bibliotecario que nos ayude! —anunció Connor echando a correr bajo la lluvia, seguido de cerca por Chad. Derraparon por las aceras encharcadas y luego se lanzaron al esprint por la gravilla. Owen nunca había visto una biblioteca en un lugar así. Tenía la sensación de estar en un cuento para niños. Pero no en uno edulcorado por Disney, sino en versión original, como los que le contaba su abuelo cuando era pequeño, antes de morir de un cáncer de garganta. Owen se había preguntado durante mucho tiempo si no habría sido por culpa de las historias terroríficas que contaba a todas horas. Aquellos cuentos estaban llenos de paisajes angustiosos y personajes inquietantes, y no siempre terminaban bien.

Cuando llegó —el último— al vestíbulo, no pudo disimular su asombro; se quedó con la boca abierta mientras sus amigos se sacudían el agua entre risas. La iglesia había sido totalmente remodelada, pero había conservado su estructura original: las vidrieras de colores a modo de ventanas; el techo, muy alto a pesar de la entreplanta en forma de altillo que iba de una punta a otra de

la nave; y las columnas de piedra, rodeadas por anaqueles hechos a medida.

El mostrador de recepción estaba en el antiguo atrio. Un ordenador, que no era precisamente nuevo, ronroneaba y arrojaba la luz de su pantalla sobre el rostro de un hombre barbudo de mediana edad que estaba leyendo una revista. Amonestó a los cuatro chavales con una simple mirada por encima de sus gafas redondas y posó el delgado índice en el cartelito que tenía delante: POR RESPETO A LOS LECTORES, GUARDEN SILENCIO.

De un codazo, Connor envió a Owen en su dirección.

—Has perdido, te toca preguntar —le susurró.

Un poco cortado, Owen se acercó y se aclaró la garganta antes de atreverse a hablar.

—Disculpe, señor. Mis amigos y yo queríamos investigar sobre la historia del pueblo.

El barbudo dejó la revista y observó a sus nuevos invitados con un poco más de atención.

—¿Tenéis carnet de la biblioteca?

—Pues... no. Mi primo y yo acabamos de mudarnos... ¿Hay que pagar algo?

El hombre se inclinó hacia él.

—¿Te parece que el acceso a la cultura es algo bueno?

—Sí..., claro.

—¿Y sabes de algo bueno que sea gratuito?

—Pues...

—¡Por supuesto que hay que pagar! De algún modo habrá que financiar todo esto —dijo señalando la biblioteca a su espalda—. ¿O crees que se hace con tus impuestos? Reembolsar la deuda, pagar la defensa, la justicia, la diplomacia y todo lo demás... Pero ¿la cultura? No. Solo recibe migajas.

—Es que... yo no pago impuestos.

—Voy a daros los impresos. Los rellenaís en casa y la próxima vez os registraremos. Hoy no podréis llevaros libros, pero la consulta es pública.

El hombre se acodó en el mostrador para inclinarse aún más hacia Owen y poder susurrarle con aires de conspirador:

—Para poseer la cultura hay que pagar, pero poseerla ahí dentro aún es gratis, así que aprovechad —dijo dándose unos golpecitos en la sien.

Parecía muy orgulloso de su perorata, y Owen, azorado, se volvió hacia sus

amigos, que lo animaron a seguir.

—Señor, ¿tienen ustedes libros sobre Mahingan Falls?

—¿Qué queréis saber?

—Conocer su historia, nada más.

—Vamos a ver... Están McMurdo y Allistair, que escribieron un libro excelente sobre la región, y también tenemos a nuestro historiador local, Thomas Briar. Como el colegio no ha empezado, supongo que es por curiosidad...

—Para saber cosas del lugar en que vivimos ahora —se inventó Owen—. Bueno, gracias.

—En ese caso, bastará una visión general, así que esas obras son perfectas. Esa sed de conocimientos está muy bien, os felicito.

—¡Chiss! —oyó Owen a su espalda.

Al volverse hacia Connor, leyó la palabra «barranco» en sus labios.

—¿Tienen algún problema tus amigos? —le preguntó el hombre.

—No, solo son tímidos. ¿Y si busco cosas concretas, sucesos ocurridos en los alrededores, por ejemplo?

—¿Sucesos?

—Sí. Cosas... que se salen de lo habitual.

El hombre soltó un leve gruñido de desaprobación.

—Ya veo. Los archivos del *The Observer*. El antiguo periódico local. Cerró hace varios años, pero conservamos un ejemplar de todos sus números. Aún no los hemos digitalizado, pero los microfilmes se pueden consultar fácilmente en los reproductores, en el coro, al fondo del todo.

Owen se volvió hacia los demás y les hizo un gesto con la cabeza para que lo siguieran. Avanzaron por la nave entre las imponentes estanterías, en religioso silencio y sintiéndose muy pequeños. Grandes lámparas colgaban de las finas barras metálicas que cuadriculaban el espacio a media altura. Había escaleras corredizas para acceder a los estantes más altos, otra de caracol para subir a la entreplanta, y mesas de lectura distribuidas en el poco espacio libre que quedaba.

Un relámpago iluminó la iglesia a través de las vidrieras, seguido de cerca por un trueno que resonó entre los muros e hizo temblar a los cuatro chicos.

—Qué impresión... —dijo Corey en voz muy baja.

—Lo que da impresión es que estemos solos —hizo notar Connor.

Llegaron al coro, donde varios escritorios formaban una U. Cuatro

ordenadores y dos lectores de microfilmes alternaban con zonas de trabajo iluminadas por lámparas con tulipa verde. Reinaba un ambiente de estudio y misterio, herencia del lugar.

Tras revolver un poco, encontraron las cajas con los microfilmes del *Observer* en una serie de cajones. Connor se encargó de preparar los lectores y colocar bien los rollos, y luego Owen y Corey se sentaron ante las pantallas de lectura.

La lluvia azotaba las vidrieras sin interrupción, pero los adolescentes, enfrascados en su búsqueda o medio dormidos en la silla, como Chad, no tardaron en olvidarse de ella. Las páginas desfilaban. Los números del periódico se sucedían. El bibliotecario les había llevado cuatro libros sobre la historia de Mahingan Falls y la región, que Connor hojeaba distraídamente.

—Ayúdame —dijo dándole un puntapié a la silla de Chad, que se despertó con un respingo—. Hay tantos datos que ya no sé dónde mirar.

Chad suspiró y cogió uno de los gruesos libros para estudiarlo.

Durante dos horas y media leyeron en silencio. Tras dos días rebuscando en internet, tenían la sensación de que nunca encontrarían nada apasionante.

El hombre volvió a acercarse, pero apareció a su lado tan silenciosamente que los sobresaltó.

—Perdonad si os he asustado... ¿No coméis?

Los chicos se miraron, cogidos por sorpresa.

—Tenemos algo de dinero para comprarnos un sándwich —le explico Owen.

—Pero ahora estamos en plena investigación —añadió Connor.

—¡Ah! Es que a esta hora normalmente cierro. Pero parecéis muy estudiosos, así que... Mirad, con la que está cayendo, quedaos aquí. Voy a buscar mi comida para calentarla en el despacho. Confío en que os portéis bien mientras tanto, ¿de acuerdo? —los chicos asintieron—. Me apellido Carver, pero llamadme Henry. Nada de tonterías, ¿eh? Y en cuanto a los sándwiches, está prohibido comer en la biblioteca.

Henry Carver se alejó, pero tras dar unos pasos se volvió de nuevo.

—Aunque supongo que con este tiempo estaría feo haceros salir. Así que, si queréis traer la comida aquí, me parece bien, siempre que comáis en una mesa aparte y que luego lo dejéis todo limpio.

Le dieron las gracias y volvieron a enfrascarse en la lectura. Al cabo de unos instantes, la puerta de entrada se cerró a lo lejos y el ruido retumbó en

toda la iglesia.

—Tenemos compañía —dijo Corey.

—¿Y? —respondió Connor—. ¿Tienes miedo de los fantasmas de los libros muertos?

—No, es solo que...

Se encogió de hombros y volvió a concentrarse en la pantalla.

De vez en cuando, un rayo proyectaba su espectral resplandor a través de las vidrieras, mientras la lluvia las golpeaba sin descanso. Los truenos resonaban como si estuvieran atrapados en la hondonada que formaban las colinas del Cinturón.

Un lejano chirrido les hizo levantar la cabeza de sus textos. Carver debía de haber vuelto. Chad se despezó e hizo girar la silla para intentar ver el mostrador de recepción entre las estanterías. No había nadie.

En ese momento la corriente eléctrica se interrumpió un instante y las lámparas parpadearon, pero volvieron a encenderse enseguida. Chad se acercó a Corey.

—¿Qué decías el otro día sobre las líneas de alta tensión que abastecen al pueblo? Que fallan en cuanto hay tormenta, ¿no?

—Si me hubieras escuchado, sabrías que precisamente ya no pasa, porque están enterradas. No te mees en los pantalones, no nos vamos a quedar a oscuras.

—Si piensas que eso me da miedo...

Connor le lanzó una bolita de papel a la cara, riendo.

—¡Cagueta!

La atención disminuía. Necesitaban una pausa. Connor se levantó para estirar las piernas y Chad lo imitó, mientras observaba los detalles arquitectónicos del techo.

—¿Tenéis algo? —preguntó Owen.

—Hambre —rezongó Connor—. ¿Y vosotros?

—¡Bah! Por ahora, ni una palabra sobre el barranco.

—Estamos perdiendo el tiempo —opinó Chad—. Si ese barranco tuviera algo de especial, ya lo habríamos descubierto.

—¿Crees que basta con quererlo? No, hay que ganárselo.

Corey pensaba igual.

—Si fuera tan sencillo, todo el mundo lo habría descubierto ya.

—¿Y si nos equivocamos? —sugirió Chad—. ¿Y si el barranco no tiene

ningún poder?

Owen no estaba de acuerdo.

—Ya viste la reacción del espantapájaros. Le tenía miedo. No conseguía entrar. Y la primera vez que nos persiguió, le pasó lo mismo. No, ese barranco esconde un secreto, seguro.

—Bueno, pues yo no encuentro nada en todo esto —se rindió Chad, empujando los libros sobre la mesa.

Owen se volvió hacia Connor.

—¿Nada en la historia de Mahingan Falls que nos pueda interesar?

El interpelado se encogió de hombros.

—No. Cosas siniestras que pasaran en el bosque sí las hay, pero sin relación con el barranco.

—¿Qué tipo de cosas?

—Ya te puedes imaginar..., asuntos poco claros con los indios. Cambalaches, mentiras, ataques...

—¿Se dice dónde pasó exactamente?

Connor volvió junto al libro que había estado hojeando y empezó a pasar páginas.

—Sí, pero son nombres antiguos, luego lo cambiaron todo...

—¿Y si el barranco hubiera tenido un nombre en esa época? —sugirió Corey.

—No soy idiota, ya lo tengo en cuenta cuando describen los lugares, pero ninguno se corresponde. ¡Ah, aquí está! —dijo Connor al dar con el pasaje que buscaba—. La mayor masacre se produjo en la época de los primeros colonos. Debía de haber un intercambio importante entre los indios pennacooks y los habitantes del pueblo, que aún no era más que una aldea; pieles de animales y cosas así. Pero en vez de cumplir el trato, los colonos abrieron fuego, acabaron con todos los indios y remataron a los heridos en el barro.

—¿Qué antepasados más majos! —exclamó Chad.

—¿Dónde ocurrió? —quiso saber Owen.

—Nada que ver con el barranco. Donde se juntaban los ríos, en el centro histórico de Mahingan Falls.

—¿Dónde está eso?

—Ya no existe —explicó Corey—. Lo destruyeron todo hace mucho tiempo para construir el centro escolar.

—¿Y por dónde pasan los ríos ahora? —preguntó Chad, sorprendido.

—Por debajo, por subterráneos hechos a propósito.

Owen señaló los libros.

—¿Hay algún mapa?

Connor pasó las primeras hojas del libro que sostenía, desplegó una doble página que representaba Mahingan Falls a principios del siglo XXI y siguió buscando hasta dar con un plano mucho más antiguo, en el que no se veían más que tres calles en las proximidades de un lago, alimentado por dos ríos.

—Nada que ver —confirmó—. Es casi lo opuesto al barranco.

—Una fuerza maligna dio vida a ese espantapájaros —dijo Owen examinando los mapas—. Todo lo que pudiera explicarlo nos interesa. Desde ese punto de vista, no estoy seguro de que la masacre de..., ¿cuántos eran?

—Unos treinta, creo —respondió Connor.

—La matanza de treinta personas no es ninguna tontería. Puede que ese sea el origen.

—Entonces, ¿por qué no ha pasado nada hasta ahora? —replicó Corey—. Si hubiera habido muertes continuamente desde entonces, se sabría. Y no es así. Yo lo que puedo decir es que he ido a bañarme al estanque un montón de veces, y los espantapájaros, los he visto colgados ahí durante años, ¿o no, Connor? Y nunca se han movido. Nunca.

Owen admitió que no podía opinar sobre eso.

—Corey tiene razón —dijo Chad—. No ha ocurrido este verano por casualidad. Tiene que haber una razón.

—¿Que no soporta vuestros caretos? —bromeó Connor, sin provocar las risas esperadas.

—¿Menciona algún otro suceso violento? —le preguntó Owen.

—De todas formas, hay que comprenderlo: la vida en una región tan salvaje no era nada fácil...

—¿Qué hay que comprender, que vuestros antepasados eran unos bestias y unos asesinos? —replicó Chad.

—¿Crees que los tuyos tienen las manos limpias? Los que sobrevivían en esos tiempos eran los fuertes, los depredadores. Los demás la palmaban.

—¿Hay más sucesos? —insistió Owen.

—Poca cosa. He leído que después hubo una serie de ahorcamientos. Y luego está el tema de las brujas de Salem, no muy lejos de aquí; parece que algunas chicas eran de Mahingan Falls. Pero necesito avanzar, aún no he llegado a la mitad...

Owen se paseaba por el coro, pensativo.

Tres relámpagos seguidos, casi furibundos, hicieron pestañear a la pandilla antes de que los truenos estallaran prácticamente sobre el campanario.

—¡Guau! —exclamó Chad—. ¡Estos sí que han caído cerca!

Las lámparas parpadearon de nuevo, se apagaron un instante y volvieron a encenderse.

—¿Ha regresado el bibliotecario? —preguntó Corey.

—Lo he oído hace un rato, pero no veo a nadie —dijo Chad echando un vistazo a la recepción.

—¿Seguro que era él?

—¿Y quién quieres que fuera?

Se miraron, dubitativos, empezando a sentir una pizca de inquietud.

—¿Señor Carver? —Chad alzó la voz—. ¡Señor Carver!

—No está —dijo Owen—. Da igual, no lo necesitamos. Connor, si en el resto del libro hay más muertes, nos avisas... Nunca se sabe.

—Antes me gustaría comer, ¡me crujen las tripas!

—A mí también —admitió Corey—. Si sigo mirando la pantalla sin hacer una pausa de verdad, se me van a derretir los ojos...

En algún lugar de la iglesia una puerta chirrió lentamente, y los cuatro se callaron. Owen se estremeció. No sabía si por el fresco que hacía en aquel sitio o por algún otro motivo desagradable.

—Vale —dijo—, compramos algo de comer y volvemos volando.

Recorrieron toda la nave hasta la puerta de entrada, que se negó a abrirse. Estaba cerrada con llave.

—¡Mierda! ¿Nos ha encerrado? —exclamó Corey, sorprendido.

Chad frunció el ceño.

—Espero que no sea un perverso...

De repente se apagaron las luces, todas, y quedaron sumidos en una semioscuridad apenas atenuada por la grisura que tamizaban las gruesas vidrieras de colores.

—¡Oh, no! —murmuró Owen.

—Tranquilo —le dijo Chad poniéndole la mano en el hombro—, solo es un apagón.

En ese momento notaron una corriente de aire frío que pasaba entre sus tobillos desnudos.

Luego, una vibración procedente de las profundidades del edificio les hizo

dar un respingo. Algo rugió lejos, bajo sus pies.

Chad volvió a tirar de la puerta insistentemente, sin resultado. La hoja era maciza, imposible de forzar.

El suelo volvió a temblar. Más cerca, le pareció a Owen, que retrocedió de manera instintiva.

Luego se oyó un chasquido mecánico, el de una maneta que se movía, seguido del rechinar de una puerta.

Un relámpago proyectó sus sombras.

En ese instante, Owen tuvo la certeza de que alguien o «algo» acababa de entrar.

36.

Los truenos retumbaban en la vieja iglesia, sumida en la anémica claridad que penetraba por las altas vidrieras.

El suelo de losas vibraba de forma intermitente, y un lejano traqueteo, casi mecánico, llegó a sus oídos. Una puerta se cerró en algún lugar de la biblioteca, y el sonido cesó.

Luego las bombillas chisporrotearon y volvió la luz.

—Yo me largo —advirtió Corey, y se fue derecho hacia una puerta en la que podía leerse: RESERVADO PARA EL PERSONAL.

Entre las estanterías pasó una sombra.

—¿Es que no sabes leer? —se oyó decir—. Sería el colmo, en un sitio como este —Henry Carver apareció detrás de una columna—. He tenido que rearmar el diferencial en el cuadro eléctrico. Espero que no os hayáis asustado... Es un viejo circuito que hace temblar las paredes.

Los chicos balbucearon sendos «noes» muy poco creíbles. Connor fue el primero en recuperarse.

—Solo queríamos salir para comer algo —explicó.

—¡Ah, sí, claro! Perdón por encerraros, no podía dejar abierto sin nadie vigilando. Adelante, y no lo olvidéis: podéis traer la comida siempre que no haya libros en la mesa y luego limpiéis.

El diluvio que les esperaba fuera les hizo dudar en el pórtico. Después del miedo que acababan de pasar, se sentían un poco idiotas. Estaban paranoicos, sentenció Connor. No era de extrañar, teniendo en cuenta lo que habían sufrido con el espantapájaros.

Se les había quitado el apetito, pero corrieron hasta el delicatesen del otro lado de la plaza, en la esquina con Main Street, y se instalaron en unos taburetes junto a la ventana para comerse los sándwiches de salami. Fuera, el

mundo estaba borroso y chorreante. También ellos goteaban agua sobre el embaldosado blanco y negro. Connor escurrió la gorra, se la encasquetó de nuevo y probó a hacer unas cuantas bromas, que consiguieron relajar un poco a los demás, pero cuando Owen les propuso retomar la faena, los vio muy poco motivados.

—Es importante. La fuerza que animaba al espantapájaros no ha muerto, todos lo sabemos —les recordó, y se volvió hacia Chad—. La prueba es Smaug.

Su primo asintió.

—Es verdad. Smaug se merece que sigamos.

—Y Dwayne Taylor también —murmuró Corey.

—No dejo de pensar en él —confesó Chad—. Con la de agua que está cayendo, me lo imagino pudriéndose en el barro... Y nosotros, sin hacer nada.

—Ya hemos tenido esta conversación mil veces —gruñó Connor—. Yo también lo siento por él, pero no se me ocurre ninguna solución. La poli lo encontrará antes o después.

—¿Y si lo encuentran sus padres? —replicó Chad—. Ver a tu hijo en ese estado no debe de ser nada agradable. Mejor que sea la poli.

Connor se encogió de hombros.

—El bibliotecario es un poco raro, ¿no os parece? —preguntó Corey dejando la mitad del sándwich delante de él.

—¡A mí me da mal rollo todo el sitio! —reconoció Connor.

Owen arrojó sus desperdicios al cubo de la basura.

—Bueno, pero hay que volver.

Los demás lo siguieron, un poco a regañadientes.

El señor Carver los recibió con una gran sonrisa de satisfacción, contento de ver regresar a sus únicos pupilos del día. Se instalaron en los mismos sitios, no sin antes echar un vistazo a cada ángulo de la biblioteca para asegurarse de que no había nada raro, y retomaron sus lecturas. Las hojas fueron pasando, con más o menos rapidez, y los microfilmes se sucedieron casi sin pausa: Corey y Owen deslizaban la mirada por la páginas de titular en titular, deteniéndose a leer solo lo que parecía interesante. Al cabo de tres horas, Connor se desperezó.

—Voy a por una Coca-Cola a la máquina del ayuntamiento —anunció—, ¿queréis algo?

—Una Xbox One con dos mandos —pidió Chad.

—¿Y qué tal un par de tetas, ya puestos? ¿Corey?

—Nada, gracias.

—¿Owen? ¡Eh, Owen!

El aludido estaba demasiado pegado a la pantalla.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Corey.

Owen estaba acabando de leer un largo artículo y tardó en responder. Por fin tragó saliva, apartó los ojos de la pantalla y miró a sus amigos. Tenían una expresión siniestra. Luego, hizo girar la pantalla del lector y señaló el título de un artículo.

—«Asesino maniaco en Mahingan Falls» —leyó Corey—. «Ya son dos los cadáveres de niños hallados en su propiedad. La policía se teme lo peor.»

—Fue en la granja de los Taylor —explicó Owen.

—¡Oh, mierda!

—¿Estás seguro? —preguntó Connor.

—Describen el lugar con exactitud. Y supongo que no hay dos iguales saliendo del pueblo por el oeste, a la orilla de un estanque alimentado por el Weskeag...

—No hay ninguna duda —confirmó Corey.

—En la granja vivía un asesino. Fue en 1951. Se supone que mató a su sobrino y a un amigo de este. Tenían trece y catorce años. Por lo que he leído, era sospechoso de la desaparición de varios chicos.

—Se llamaba Eddy Hardy —leyó Corey.

—¿Eddy Hardy? —repitió Connor—. Más que el nombre de un asesino, parece el de un cómico...

—Destripó a su sobrino después de sodomizarlo, ¿eso te parece cómico? Y al otro chico lo tuvo secuestrado varios días antes de cargárselo. A mí no me hace ninguna gracia... —Corey se apartó de la pantalla con cara de asco.

—¿Podría ser pariente de los Taylor? —preguntó Chad.

—Podría —respondió Connor—. No sé si la granja ha sido siempre suya. Puede que la compraran. El abuelo, tal vez. Desde 1951 ha pasado mucho tiempo...

Owen hizo rodar la silla para colocarse en el centro del grupo.

—Voy a buscar en otros números para averiguar más sobre los asesinatos, pero a lo mejor no mató a esos dos chicos solo porque era un degenerado. ¿Y si hubiera otra razón? ¿Y si Eddy Hardy hubiera realizado una especie de rito satánico?

—¿Crees que lo del espantapájaros es cosa suya? —preguntó Chad.

—El espíritu maligno que nos persiguió la tomó con nosotros. No con adultos sino con chicos de la misma edad que las primeras víctimas. Para mí, no es casualidad. Está relacionado. Puede que incluso sea él.

—¿Pero por qué no se había manifestado hasta ahora? —insistió Chad—. Creo que Corey tiene razón: nos falta el detonante.

Owen se mordió el labio. Tenían razón. ¿Por qué esperar tantos años para volver a la vida?

—¿Algo que Taylor padre utilizara para hacer los espantapájaros? —sugirió Connor—. Una caja vieja o algún objeto que habría despertado el alma de Eddy Hardy...

Los demás se mostraban escépticos.

—Es una posibilidad —admitió Owen—. ¿No habéis descubierto nada más sobre la historia de Mahingan Falls? —les preguntó a Connor y a Chad.

Ellos sacudieron la cabeza.

—Cero patatero.

—Y eso no explicaría por qué nos protege el barranco... —murmuró Owen.

—Deberíamos construir un refugio allí —propuso Chad—. Sería nuestro cuartel general, y así sabríamos adónde ir si alguna vez necesitamos un lugar seguro para escondernos.

Todos estuvieron de acuerdo. Era una buena idea. Un sitio tranquilo y protegido les vendría bien, al menos para la moral.

Pero Owen aún no estaba satisfecho. Sabía que la clave era comprender, y de momento lo veía tan claro como si estuviera en un sótano en el que acabara de explotar la bombilla.

Después de tantas horas encerrados leyendo frases sin hallar la menor respuesta, sus amigos estaban cansados. Había llegado el momento de pasar a otra cosa.

—Vale, en cuanto pare de llover iremos al barranco para construir nuestro cuartel general —confirmó Owen.

Sin embargo, estaba convencido de que se les escapaba lo esencial.

Y una vez más, un relámpago iluminó las vidrieras con cegadora intensidad.

37.

El viento mecía el maíz bajo una bóveda de nubes que se deshilachaban en una lluvia intermitente. Las mazorcas bailaban en grupos, como una muchedumbre en un concierto, siguiendo el ritmo de la estruendosa y sibilante tormenta.

De pie bajo el tejadillo del porche de los Taylor, con las manos en los costados del uniforme beige, Ethan Cobb miraba los campos que se extendían frente a él hasta fundirse con el horizonte de color pizarra. A su alrededor, el agua caía en un sinfín de minúsculas cascadas, regueros y goteos a cual más ruidoso.

—¿No se llevó nada? —preguntó sin volverse.

Detrás de él se oyó la voz flemosa de Angus Taylor, que apestaba a tabaco a una legua.

—Nada de nada. El móvil sí, no lo soltaba nunca, siempre lo tenía metido en el bolsillo. Pero la tarjeta de crédito está aquí, y su ropa preferida, lo mismo. Además, si se hubiera ido voluntariamente, como ha sugerido su compañero, jamás se habría dejado la gorra de los Red Sox con la dedicatoria de Johnny Pesky, era su trofeo, la niña de sus ojos. La quería más que a su vida. Está en su habitación. La compró en Danvers en una subasta. Ahorró todo el dinero para gastos que le dábamos por trabajar en la granja para pagarla. ¿Quiere verla?

—No será necesario.

—No se ha ido —dijo con firmeza Clarisse, la mujer de Angus—. Lo sé. Una madre sabe esas cosas.

—Imagino que habrán recorrido los campos... —supuso Ethan.

—Sí, no paro de hacerlo con Mo, mi viejo. Como puede ver, hay mucha superficie, y con este tiempo no es fácil: hasta nosotros nos perdemos. Pero

nada. Espero que no esté ahí, inconsciente en cualquier parte. Nunca me perdonaría que...

—Su perro, el que tiene atado a la entrada, ¿los ha acompañado en sus batidas?

—¿Lex? Últimamente no sé qué le pasa... No para de llorar en todo el día, y por la noche, como no lo meta en casa ladra hasta quedarse afónico. Ya no entra en los maizales. Se niega a alejarse de la casa.

—¿Lo había hecho antes?

—No. Debí escoger uno sin pedigrí, son más duros. ¡Estos chuchos de raza no valen para nada! Le habrá mordido un coyote en los campos, y se ha acobardado. ¡Como siga así de zángano, me voy a ahorrar una boca que alimentar!

—¡Angus! —lo interrumpió Clarisse, indignada—. ¡Lex no es ningún zángano, no tienes por qué ser tan duro con él!

A Ethan no le gustaba aquello. Tampoco él creía en la tesis de la fuga defendida por el incompetente de Paulson. Estaba claro que el jefe Warden había mandado allí a su perro fiel para calmar los ánimos y asegurarse de que Cobb, el elemento perturbador, el paranoico que veía problemas en todo, se mantuviera al margen. «Gracias por el soplo, Ashley.»

Si Warden se enteraba de que había ido hasta allí, no le haría ni pizca de gracia.

«Que le den.»

—¿Hay cobertura aquí? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Angus acercándose y extendiendo el brazo, cubierto de vello blanco, para señalar la masa de nubes, bruma y chubascos acumulados en el norte—. Con esta negrura no es posible verlo, pero el monte Wendy está justo ahí, al otro lado del bosque, con su maldita antena que estropea el paisaje los días despejados. De modo que sí, señal tenemos.

Ethan se animó un poco. Por fin una buena noticia. No era probable que el móvil del chico siguiera funcionando después de cuatro días sin recargarlo, pero no costaba nada intentar localizarlo. Se ocuparía en cuanto volviera. Allí no tenía ningún contacto con los operadores telefónicos, y dudaba que pudiera conseguir algo sin el apoyo del fiscal del distrito, Marvin Chesterton. Pero meterlo en el asunto equivalía a declararle la guerra al jefe Warden y decirle adiós a su puesto, así que decidió que recurriría a sus antiguos compañeros de Filadelfia. Algunos le debían más de un favor.

—Necesito su número, el nombre de la compañía telefónica y todos los datos que pueda darme.

Al menos eso, Paulson debería de habérselo pedido ya. Era un inútil completo, en el trabajo y en todo lo demás.

—¿Lo encontrará? —preguntó Clarisse con un deje de esperanza en la voz.

Ethan se volvió hacia ella. Era una mujer gruesa, con la larga melena rubia salpicada de mechones grises.

—No puedo prometerle nada, pero haré todo lo que esté en mi mano. A partir de ahora, si tienen cualquier pregunta o alguna información que comunicarnos, diríjense directamente a mí —les pidió, tendiéndoles su tarjeta con el logotipo de la policía de Mahingan Falls.

El móvil empezó a sonar, y Cobb contestó.

—Ethan, tienes que venir enseguida —le dijo Ashley bajando la voz para que no la oyeran.

—¿Estás en casa?

—No, no es por mí. Otro cadáver.

Al oírlo, Ethan se alejó de los Taylor y bajó del porche a pesar de la lluvia.

—¿Varón? ¿Identificable?

Estaba pensando en Dwayne Taylor.

—No.

—¿No qué?

—Ninguna de las dos cosas. Tienes que venir. North Fitzgerald Street, 87. Date mucha prisa, por favor. Y ten cuidado, está Warden.

Grasa derretida. Hierro. Comida en mal estado. Fuerte concentración de ácido rancio. Y un poco de mierda también. Todo ello multiplicado hasta lo insoportable, hasta dejar casi de ser un olor para volverse palpable, como un viscoso y nauseabundo aceite que se pegara a las mucosas e impregnara la ropa. Así era el hedor que salía del primer piso y bajaba por las escaleras.

Ethan supo que la visión iba a ser dantesca. Delante del chalet, Max Edgar vomitaba hasta la primera papilla sobre el césped y César Cedillo estaba tan blanco como un fantasma. En la planta baja, Pierson King y Lane Paulson, que hacían lo que podían para consolar al marido, derrumbado en un sillón del cuarto de estar, también parecían tocados, ausentes, estremecidos aún por el horror que habían contemplado.

Ashley Foster estaba en el rellano, tapándose la nariz con un pañuelo. Esperándolo, comprendió Ethan.

La actividad se había concentrado en un pequeño aseo encajonado entre dos habitaciones. Las emanaciones de la muerte procedían de allí sin la menor duda y eran tan intensas que costaba respirar. Con el estómago en la garganta, Ethan hizo un gesto con la cabeza para saludar a su compañera, que le señaló el cuarto de baño con la barbilla. Luego se asomó por el hueco de la puerta. Vio las paredes cubiertas de rastros rosáceos de sangre diluida y la bañera llena de un aguachirle rojo y parduzco del que emergía, aquí y allá, un informe y hormigueante amasijo: carne putrefacta e infestada de gusanos, sin piel.

En el interior, unas voces hablaban en un susurro. Ethan reconoció la de Warden y, para su sorpresa, también la de Ron Mordecai, el dueño de la funeraria.

Dio un paso atrás para volver junto a Ashley.

—¿Qué pinta aquí Mordecai? —le susurró para que no los oyeran.

—Lo ha llamado Warden.

—¿Warden? Creía que lo odiaba...

—Para que veas lo perdido que está...

—¿Quién es la víctima?

—Kate McCarthy. La ha encontrado su marido al volver de viaje. Llevaba tiempo muerta.

—Eso me ha parecido. ¿Se sabe la causa?

—Le han... arrancado la piel. De todo el cuerpo.

—¿Toda la piel?

Ashley asintió.

—No queda casi nada. A su alrededor había decenas de maquinillas de afeitar. Algunos jirones han atascado el desagüe. Ha... perdido la sangre y todo lo demás.

Ashley no necesitó explicarle más: Ethan había comprendido lo principal. Kate McCarthy se había macerado en su propio jugo.

—¿Se ha confirmado su identidad? —preguntó.

—Dado su estado es imposible, pero Kate McCarthy no aparece, y su descripción se corresponde con el cuerpo de la bañera. Caben pocas dudas.

Atraída por los murmullos, la menuda silueta tocada con el sombrero de costumbre apareció en el umbral. El jefe Warden encogió las estrechas hendiduras que le hacían las veces de ojos.

—Cobb, ¿por qué está usted aquí?

—He oído que había agitación en la calle y me he acercado a ver qué pasaba —mintió—. ¿Quiere que acordone el escenario mientras llega el equipo forense?

—No hace falta, no los he llamado.

A Cobb le costó ocultar su sorpresa, incluso en la penumbra del rellano.

—Jefe, los científicos son nece...

—Lo he decidido y se acabó. Usted no ha entrado, así que no sabe nada.

—¡La han desollado viva! De los pies a la cabeza. Nadie se hace eso.

Warden clavó sus descontentas pupilas en Ashley Foster, comprendiendo que era la fuente de la filtración.

—Para ser un policía con experiencia, es usted bastante ingenuo —masculló—. Los perturbados son capaces de cualquier cosa.

—¿Tiene antecedentes psiquiátricos? ¿Ya lo sabe todo sobre la víctima? ¿Tan pronto? Jefe, no podemos excluir que sea un homicidio. No cuesta nada llamar a un equipo técnico que...

Warden se le echó encima con la agilidad de un ave rapaz.

—¡Cobb! Vuelva a llevarme la contraria y lo pongo en la calle en el acto con un expediente que le cerrará las puertas de todos los departamentos de policía del país, ¿entendido? —un brillo salvaje relucía en el fondo de sus ojos. ¿Era la duda? ¿El miedo?—. ¡No va a montar un circo en mi pueblo! —insistió—. ¡Ni usted, ni Chesterton con su panda de pingüinos liberales! ¡Y sí, hacer venir a expertos cuesta dinero! No pienso malgastar nuestro presupuesto en vano. Menos aún para abrir nuestras puertas a extraños.

«Ha perdido el control. Esto es incompetencia.»

Pero Ethan retrocedió y guardó silencio. Warden, que lo interpretó como un signo de debilidad, aprovechó para lanzar una orden terminante.

—Vuelva a la oficina, Cobb, no quiero a mis dos tenientes estorbando aquí cuando puede surgir alguna urgencia en el pueblo. Será más útil allí.

Era absolutamente falso, y los tres lo sabían.

Ethan lo miró fijamente unos instantes —era evidente que con algo más que una actitud desafiante: con antipatía, con inquina— y luego se batió en retirada hacia la planta baja, seguido de cerca por Ashley, a la que, ya puesto, Warden también había echado. Los dos agentes se dirigieron hacia el coche del teniente.

—¡Es una falta grave! —bramó Ethan de pronto—. ¡Está tapando lo que

probablemente es un asesinato!

Ashley se apresuró a alzar las manos para que bajara la voz.

—¡Aquí no! Te van a oír, sube —dijo empujándolo al interior del viejo 4x4 de la policía—. Está a medio paso de echarte, Ethan.

—No, no lo hará. Sabe que desde dentro puede ejercer presión sobre mí, mientras que si me echa no tendrá ningún control.

—Es el jefe de policía de un pueblo de Nueva Inglaterra. Él manda. Te guste o no, así son las cosas por aquí.

—¿Tanto miedo le da ver aparecer a Chesterton, la policía estatal y los periodistas que está dispuesto a echar tierra a un asesinato? ¿En serio?

—Warden es muy suyo, sí, pero no va a hacer como si no hubiera pasado nada. Por eso estaba ahí Ron Mordecai. Va a investigar. A su manera, a su ritmo, con sus medios. Confía en mí, lo conozco.

Ethan estaba a punto de pegar un puñetazo en el salpicadero para desahogar su rabia, pero consiguió dominarse y se limitó a aferrar el volante.

—Hace lo que le da la gana. Y no me digas que tú tampoco ves que aquí está pasando algo. Lise Roberts y Dwayne Taylor desaparecen de la noche a la mañana. Rick Murphy muere en extrañas circunstancias. Cooper Valdez huye en plena noche y se mata. Y ahora esa chica desollada en su propia bañera. No me vengas con la ley de la fatalidad, tú no. ¿No oyes el tictac encima de nuestras cabezas?

Ashley volvió la vista hacia la calle. Los goterones caían en el parabrisas y deformaban las fachadas como en un cuadro de Dalí en el que las casas resbalaran hasta el asfalto entre relojes gigantes. Su encuentro en el bar los había acercado. En lugar de hacerles sentir incómodos, había abierto una puerta. Estaban empezando a conocerse. El barniz del oficial de policía se agrietaba para dejar ver al hombre que había debajo. En cuanto a las fisuras de Ashley, se parecían demasiado a las suyas para que no se sintiera identificado y quisiera acompañarla. Ambos sabían que jugaban a un juego peligroso. Habían empezado a tocarse. Hacían bromas sobre sus compañeros a sus espaldas. Se barruntaba el patinazo.

—Y según tú, ¿qué pasa? —preguntó Ashley—. ¿Existe un vínculo?

—No lo sé. Pero se acabó la resignación. Voy a investigar un poco más. A espaldas de Warden si es necesario.

Ashley asintió.

—Muy bien. Te ayudaré. ¿Por dónde quieres empezar?

—Vamos a retomarlo todo dando por sentado que hay varias víctimas. Busquemos posibles conexiones entre ellas. Un punto de partida. O semejanzas. Cualquier cosa que pueda dar sentido a todo este embrollo.

—Yo conozco a la gente de aquí. Volveré a hablar con las personas cercanas —propuso la joven.

—Preferiría que primero buscaras a los tipos de la Comisión de Comunicaciones que vinieron al pueblo. Cooper Valdez destruyó todo su material antes de huir, y yo oí voces extrañas en su barco, igual que la gente de la emisora. Los de la CFC se presentaron en aquel preciso momento, y yo no creo en las casualidades. Aquí hay gato encerrado. Quiero hablar con ellos.

En la calle, las casas parecían haber perdido sus colores durante el temporal. Mahingan Falls entraba en otra dimensión. Gris e inquietante.

38.

El debate sobre lo que convenía hacer con los restos calcinados de Smaug los había mantenido ocupados toda una velada: Olivia consideraba importante que los niños tuvieran un lugar donde recordar a su compañero muerto, mientras que Tom temía que una tumba les trajera a la mente una y otra vez aquella noche de horror. Lo habían hablado con calma, exponiendo sus respectivos argumentos, y al final, como tantas otras veces, Tom se había sumado a la opinión de su mujer, aunque con la condición de enterrar los despojos en un rincón apartado, al fondo del jardín. Confiaba en el criterio de Olivia, pese a aquel desagradable nudo en la boca del estómago. Al día siguiente, aprovechando la ausencia de los chicos, había cavado un agujero en la tierra húmeda para depositar en él la bolsa de basura que contenía lo que habían podido recuperar del fuego, lo había vuelto a cubrir y, bajo una lluvia cada vez más densa, había apisonado la tierra, antes de clavar una tabla en la que previamente había grabado el nombre del perro y las fechas de su nacimiento y su muerte. Tom creía que nadie se acercaría nunca a la tumba, por miedo a revivir aquel suceso demencial. Pero esa mañana, menos de una semana después de la tragedia, vio por la ventana a Chad y a Owen de pie ante la tabla mientras se tomaba un café en la cocina.

Los intensos aguaceros que habían caído sobre Mahingan Falls durante tres días hasta encharcar los bosques y las aceras y amenazar con inundar el alcantarillado habían cesado durante la noche. Solo quedaba una capa de nubes bajas y una fina llovizna intermitente.

Los chicos podrían salir y disfrutar del aire libre. Tom no sabía qué hacían exactamente, cosas de adolescentes, oír música, charlar sobre deporte, hablar de chicas, lo mismo que él a su edad. Como Olivia, opinaba que era importante respetar su independencia y su intimidad. De vez en cuando, un

toque de atención para recordarles que no hicieran tonterías, que se confiaran a ellos cuando lo necesitaran, para que no olvidaran que los padres siempre estaban ahí, pasara lo que pasase. El resto era de su incumbencia, especialmente en verano. Tom se alegraba de que hubieran hecho amigos tan pronto. Corey y..., ¿cómo se llamaba el otro? ¡Ah, sí, Connor! Buenos chavales, se veía enseguida, aunque el tal Connor ya tenía «mirada de hombre», como la llamaba Tom. Esa mirada que delata la atracción por las chicas. El chaval no engañaba a nadie: admiraba los pechos de Gemma, e incluso el culo de Olivia cuando llevaba pantalones ajustados, con más insistencia de la cuenta. Tom sentía incluso cierto orgullo. Sí, su mujer atraía las miradas, hasta las de un mocoso de trece o catorce años.

Tom volvió a su despacho. Olivia se había reunido con las madres de la asociación de padres de alumnos para hablar del nuevo curso, que empezaría en poco más de dos semanas. Y no volvería hasta media tarde. Tom tenía tiempo por delante.

Los papeles de Gary Tully lo retaban desde la estantería, y también desde el cartapacio de cuero del escritorio. La conversación de dos días antes con Martha Callisper lo había agitado bastante. Más de lo que había creído entonces. Había aceptado entregárselo todo a la médium a principios de septiembre, cuando hubiera acabado de ordenarlo, le había dicho. Pero la ordenación estaba hecha, lo sabía perfectamente. ¿Por qué se había concedido esa prórroga si ya había tomado la decisión de dejarlo correr? Demasiadas dudas. Desasosiego. Y la inmensa losa de la paranoia que lo aplastaba. Tom ya no sabía qué hacer, y menos aún qué creer. Su primer impulso de mandarlo todo a paseo y dedicarse plenamente a su familia se había esfumado en cuanto había llegado a la casa.

A la Granja.

La antigua morada de Jenifael Achak.

La misma en la que se había ahorcado Gary Tully. El escenario del suicidio de una adolescente y, poco después, del de su padre. Como un fogonazo, la visión del extraño mordisco en la pantorrilla de Chad reapareció en su mente. Oyó los gritos de miedo de Zoey en mitad de la noche, y luego el desconcertante testimonio de Olivia, que creía haber soñado despierta con una presencia en la habitación de su pequeña.

Eran muchas cosas. Demasiadas para correr un tupido velo y fingir que no ocurría absolutamente nada. Su instinto de padre protector se había

despertado, al mismo tiempo que su curiosidad de artista. Desde entonces no paraba de dar vueltas en círculo, de buscar excusas para dejarlo o pretextos para seguir, al menos temporalmente.

La indecisión lo ponía enfermo, la odiaba.

Se sentó ante la libreta decimonovena, que ya había leído en parte.

«La acabo y lo dejo. Lo guardo todo y se lo entrego a esa excéntrica a través de Roy.»

No podía evitar estar un poco enfadado con su vecino, que lo había mareado desde el principio. Pero sabía que no lo había hecho con mala intención: se había limitado a callarse cosas y salirse por la tangente, con el único fin de protegerlos. «¿A quién le apetece oír que la casa a la que acaba de mudarse ha sido el escenario de una sucesión de muertes?» Tom sabía que ni siquiera podía reprocharle sus silencios. Al contrario. El anciano tan solo se había mostrado prudente y protector. Y él no era rencoroso, se le pasaría. «Unas cervezas en su porche...»

Abrió la libreta negra y retomó la lectura donde la había dejado.

Antes de mediodía se había ventilado otras dos.

Gary Tully se había mudado a Mahingan Falls e instalado en la misma vivienda que había ocupado Jenifael Achak, un caserón destartado que rehabilitó de arriba abajo para vivir en él. Describía sus investigaciones sobre la posibilidad de crear un puente entre el espíritu de la difunta y el mundo real, utilizando el que había sido el último lugar en el mundo donde Jenifael había pasado buenos momentos antes de su arresto. Gary multiplicaba las sesiones de espiritismo, solo o acompañado por poderosos médiums, a los que a veces hacía venir de muy lejos. Cuando, al volver una página, se topó con el nombre de Martha Callisper, a Tom no le extrañó. Gary no parecía apreciarla mucho, y ella no había obtenido mejores resultados que sus predecesores.

Tully también se interesaba por los mitos de los indios fundacionales en una región como aquella, fueran leyendas, tradiciones espirituales o historia local. El nombre del wendigo hizo encogerse a Tom en el asiento. Criatura monstruosa y aterradora que había que rehuir a toda costa, era el equivalente de un demonio o un diablo y fascinaba al ocultista, que había viajado a varias reservas indias, incluso de Canadá, para entrevistar a los ancianos y a los chamanes, esos brujos depositarios de los ritos ancestrales de su pueblo. El wendigo, devorador de carne humana, adoptaba numerosas formas, unas veces humanas y otras tan gigantescas que su aliento bastaba para sacudir los abetos

en las colinas. Tully recogía las declaraciones de varios testigos que afirmaban haber visto a algunos fanáticos comiendo carne de un muerto para atraerse los favores del wendigo. Porque, aunque maligno y temido, era una de las criaturas más poderosas del panteón indio. La conclusión de Tully al respecto hizo que Tom se estremeciera al recordar las palabras empleadas por Martha Callisper. Para Gary, el mito del wendigo era uno de los más extendidos, uno de los pocos que había impregnado la cultura amerindia casi en su totalidad y desde tiempo inmemorial. En ese sentido, una creencia tan compartida y antigua no podía por menos que producir efectos. Todas esas almas convencidas de su existencia tenían forzosamente que haberle dado cuerpo, de una forma u otra. El wendigo existía, encerrado en un espacio-tiempo paralelo al nuestro. Los seres humanos le insuflaban vida con su devoción, y el simple hecho de evocarlo bastaba para hacerlo perdurar.

¿Había sido Tully quien había convencido a Martha y a Roy de que las creencias de muchos tenían consecuencias?

Tom sintió un escalofrío, pero siguió leyendo.

La obsesión de Tully se acrecentaba conforme se sucedían los cuadernos, hasta transformarse casi en locura, pensaba Tom. El ocultista estaba absolutamente seguro de que era posible abrir una brecha entre los vivos y los muertos, y sentía que, al instalarse allí, había establecido un vínculo especial con Jenifael Achak. Decía conocerla mejor que nadie, y la ausencia de todo progreso lo estaba destruyendo.

Un lento e insidioso desmoronamiento se tejía de capítulo en capítulo, apreciable en un comentario, en una frase un poco dura, en una conclusión. Tully se estaba hundiendo en la depresión, de eso no había duda.

Las siguientes libretas no hicieron más que confirmarlo. Los años pasaban, y Tully espaciaba cada vez más sus notas, sus confesiones, y estas, tras repetirse a menudo, se reducían al mínimo, a una síntesis de los encuentros despachada a toda prisa, las últimas indagaciones y la falta de cualquier resultado concluyente.

Tom leyó las líneas finales mientras el sol se ponía y la oscuridad iba apoderándose del despacho, inclinado sobre la página para descifrar la nerviosa letra. Se había olvidado de comer y ni siquiera se había enterado del regreso de Olivia y los chicos, que al parecer habían decidido dejarlo trabajar hasta que se dignara salir de su guarida.

Tully parecía confuso con respecto a las revelaciones que ponían fin a la

última libreta. A ratos, resultaba incomprensible. Se estaba sumiendo en la locura.

Ya no hay nada. Estoy vacío. Todo. Lo he dado todo. Lo he intentado todo. Solo resta una evidencia. Dada mi incapacidad para descubrir los mecanismos necesarios para dar lugar a un contacto, solo queda la alternativa extrema de la verdad. El irremediable y odiado viaje hacia el conocimiento de quien penetra en la tierra prometida que tantas veces lo ha eludido sabiendo que es un intruso, puesto que no comprende plenamente su historia y su influencia. Mi camino en este lado ha sido un fracaso. En consecuencia, me resigno a echar mano de mi último recurso y acelerar lo irremediable optando por la verdad inmediata. Ya no soy un investigador. Renuncio a serlo. Me convierto en un explorador más entre tantos. Pensándolo bien, más que explorador debería considerarme un simple paseante. Por mi cobardía, por mi indolencia, por mi abandono. Acabo mi obra sin haber podido darle un sentido, y eludo mis deberes con plena conciencia, sin haber demostrado nada. Hago trampa. Habré fracasado en cuanto a la resolución del problema, pero el deseo de conocer la respuesta es demasiado grande para esperar más tiempo. Sello esta puerta para siempre y abro otra, hacia lo desconocido.

Tras lo cual, Gary Tully había subido al desván para dejar aquella última libreta con las demás, había vuelto a cerrar cuidadosamente y había regresado a su despacho con una cuerda en la mano, de la que unos minutos después colgaría con el cuello roto.

Tom apoyó la cabeza en el respaldo del sillón.

Se sentía triste. El declive de aquel hombre se transparentaba en sus diarios. Había dedicado su vida a la pasión que lo devoraba, y su preciada soledad le había arrebatado cualquier posibilidad de que acudieran en su ayuda, de que le abrieran los ojos sobre su estado mental antes de que fuera demasiado tarde.

Tom encendió el ordenador portátil e hizo lo que debería haber hecho desde un principio, si se hubiera tomado aquella lectura más en serio: buscar en Google el nombre de Gary Tully. Con unos cuantos clics y un poco de paciencia, lo localizó en una web sobre esoterismo un poco anticuada. Gary Osborne Tully. G. O. T. cuando firmaba las libretas. Figuraba como un

estudioso más que había frecuentado a numerosos especialistas en los años setenta, sin mayores precisiones. No había nada más. Como había presentido él mismo antes de quitarse la vida, Tully no había dejado ninguna huella, ni siquiera en su propia disciplina.

En cierto modo, y pese a la sensación de tristeza, ahora que había absorbido el contenido completo de los documentos, Tom se había apaciguado. Gary Tully no había descubierto nada. En su casa no se había producido ningún fenómeno paranormal.

Así que todas aquellas cosas no guardaban ninguna relación.

«Siguen existiendo esas coincidencias, lo que he averiguado...»

Nada explicaba o daba sentido a la lista de Tom. Solo era una serie de cosas extrañas. Casualidades. Singularidades. Si no, ¿cómo explicar que su familia y él las padecieran, mientras que Tully no había visto nada en diez años, pese a haberlo intentado por todos los medios?

«La familia que vino después sufrió...»

Sí, pero él mismo se lo había dicho a Martha Callisper y a Roy: por desgracia, que una adolescente infeliz se suicidara no era algo anormal. Y que su padre no consiguiese superarlo, tampoco.

«¡Además, nosotros no hicimos nada al llegar! Nada que hubiera podido..., ¿cómo decirlo?, “activar” la aparición de fenómenos sobrenaturales. Si bastara con mudarse a una casa encantada para que despertara, Tully no se habría matado...»

Pero Bill Tanningham se había dado mucha prisa en revenderla...

«¡Eso no tiene nada que ver, estaba en la ruina!»

No, cuanto más lo pensaba más convencido estaba de que todo habían sido imaginaciones suyas. No podían haber atraído a los fantasmas por el simple hecho de mudarse.

«A no ser que los trajéramos con nosotros... —la desagradable idea había surgido de la nada, casi como una burla de su subconsciente—. ¿Y por qué ahora? ¿Por qué aquí? —porque el terreno estaba abonado... un lugar cargado de antiguas e intensas emociones—. No, somos personas equilibradas, en Nueva York nunca nos pasó nada por el estilo.»

En ese momento oyó a los chicos subiendo la escalera con sus pasos de elefante, y el rostro de Owen brotó en su mente. Solo llevaba año y medio viviendo con ellos. ¿Era posible que hubiera traído consigo sus propios fantasmas? El drama que había vivido ¿podía haber reanimado una energía

profunda, enterrada en su interior, que se activaba poco a poco ahora que estaba allí, con ellos? De chaval, Tom había leído más de una novela en la que aparecían chicos dotados de poderes similares, telequinesia, *poltergeists*, esos espíritus alborotadores espoleados por la presencia de un adolescente inestable...

«No, qué idiotez, no tiene que ver con Owen. Pensar eso del pobre chico, después de todo lo que ha sufrido...»

Tom estaba avergonzado. Aquel asunto le había hecho perder el seso. Había llegado el momento de pasar página.

Se levantó y alineó las libretas una detrás de otra; los últimos vestigios de la mente de un hombre que había malgastado su vida escribiéndolas.

En la penumbra del despacho resonó la voz ronca de Martha Callisper: «Ha pasado todos estos años internada en el hospital psiquiátrico de Arkham».

—¡No! —exclamó Tom en voz alta, para su propia sorpresa.

Ir en esa dirección quedaba totalmente descartado. ¿Por qué iba a hacerlo? Ahora estaba tranquilo. En su casa ya no había espectros. Detestaba que sus neuronas sobrecalentadas le gastaran esas jugarretas. De ir al manicomio, nada. Sería una pérdida de tiempo.

«Lo dejo aquí. Tengo las respuestas que buscaba. Me he montado toda una película, esas casualidades nunca me habrían llamado la atención si no hubiera descubierto los papeles de Tully. Pero ahora ya sé que él tampoco encontró nada, salvo la locura. Me he entretenido un rato. Una parte de mí quería creer, pero se acabó el recreo. Tengo una familia que me espera y una obra de teatro que escribir en los próximos meses.»

Cerró la tapa del ordenador y se dirigió a la puerta.

No le apetecía nada visitar un hospital psiquiátrico, eso desde luego.

Pero al salir del despacho comprendió que también tenía miedo de lo que aquella mujer pudiera decirle si iba a verla. A él, el nuevo ocupante de la casa que le había arrebatado a su hija y a su marido.

39.

Eran los últimos días de vacaciones, que traían consigo un leve sentimiento de melancolía y la ineludible necesidad de pasar página. Los colegios abrirían de nuevo sus puertas y retomarían la rutina cotidiana, las últimas semanas de calor pasarían volando y el viento frío llegaría del norte para oscurecer las hojas de los árboles. En las playas de Mahingan Falls cada vez se veían menos turistas, y tanto en el Paseo como en Main Street las caras nuevas empezaban a escasear. Las familias ya no se limitaban a dejar correr los días; habían comenzado a preparar el nuevo curso, el material escolar, la vuelta al trabajo. Las siguientes vacaciones parecían estar en la otra punta del calendario, y todas las mañanas había que pensar en organizarse, conectarse con el mundo, mostrar dinamismo.

Mahingan Falls volvería a encerrarse en sí mismo. Se acabaría la apertura a los forasteros, que serían pocos: allí nadie llegaba «por casualidad». Ninguna carretera atravesaba el pueblo, adonde había que ir ex profeso, dejando la autopista 128 —popularmente conocida como Yankee Division Highway— para continuar por Western Road a través de varios kilómetros de monótonos campos, y, tras las primeras curvas en las colinas, pasar al fin ante la alta cascada del río Weskeag. Llegar allí costaba. Solo un fuerte deseo de exotismo o una excursión a una localidad balnearia aún no muy saturada podían justificar el viaje. Con el otoño ya no era así. El pueblo, prisionero de sus bosques y sus despeñaderos, se disponía a afrontar su forzosa tranquilidad, casi insular dado su aislamiento, y la necesidad de prepararse para una cierta autarquía material y mental en previsión de los meses más duros. En muchos aspectos, Mahingan Falls se asemejaba a un animal salvaje. Extrovertido y tan vivo en verano, y concentrado en sí mismo y en los preparativos para el invierno en cuanto llegaba septiembre, antes de la lenta hibernación.

Olivia vio salir del despacho a su marido con una pizca de irritación, que desapareció casi enseguida. «Puede que no fuera una buena idea», había dicho Tom, sin entrar en más detalles sobre su búsqueda infructuosa. Al final no se lanzaría a escribir todavía. Necesitaba pensar en una nueva trama. Sorprendentemente, no estaba agobiado en absoluto, al contrario: parecía animado por una alegría nueva, una especie de despreocupación que fue buena para todos. Al día siguiente se llevó a la familia de pícnic a lo alto de Rockport, y durante los posteriores, pasó tiempo con su hija, tomando el sol en el jardín, jugando en el salón o paseando por la playa. En las dos semanas que transcurrieron de ese modo, Olivia y Tom hicieron juntos la compra a menudo y compartieron la mayoría de los almuerzos como dos enamorados. Sin embargo, aunque todo iba sobre ruedas, Olivia no podía evitar echar a perder parte de esos momentos a causa del estrés. Tanta felicidad, tanta paz, tenían que ocultar por fuerza una montaña de futuras dificultades. Las cosas no podían ser tan fáciles, tan sencillas, ni la vida tan apacible; en realidad, la vida odiaba la rutina feliz, eso por descontado. Tarde o temprano surgirían problemas, solo para equilibrar el karma de la familia, porque en este mundo nadie, por bueno que fuera, merecía ser feliz indefinidamente. Siempre había sido así, y Olivia prefería prepararse para lo peor a recibir el golpe por sorpresa. Le molestaba esa manía suya, esa incapacidad para disfrutar plenamente del presente, pero era superior a sus fuerzas.

Sin embargo, ese final de agosto no pasó nada horrible. Mejor aún: su gran debut en la radio local no podía tener mejores auspicios. Los periódicos de la región hablaban del programa, en la prensa nacional habían aparecido varios breves y, según le habían contado, hasta las televisiones comentaban el «regreso de Olivia Spencer-Burdock». Por suerte, la oiría muy poca gente, y además la emisora no había invertido en la creación de una página web, menos aún en la difusión de eventuales *podcasts*, lo cual le parecía perfecto. Olivia no quería verse sometida al juicio, al escrutinio y a la presión de los grandes medios. Solo divertirse saliendo en antena. Atraer una audiencia reducida pero predispuesta, que disfrutara con lo que le ofrecía, nada más.

Por su parte, Chadwick y Owen se pasaban el día fuera, como de costumbre, aprovechando el regreso del sol para escaparse al barranco con Connor y Corey. La primera vez, volver allí les dio un poco de miedo y los angustió. Se acordaban del espantapájaros y del cadáver de Wayne Taylor, que debía de estar pudriéndose en algún lugar, lejos de los maizales, después de

que los cuervos y las urracas le hubieran arrancado los globos oculares y las partes más blandas. Ir al barranco era encaminarse hacia ese muerto cuyo trágico fin solo ellos conocían, era acercarse un poco a él, y eso los perturbaba. Pero el temor a ir a la cárcel era más fuerte, así que callaron. A los trece años, ciertas convicciones, incluso incipientes, cuando están mezcladas con el miedo pueden más que los valores más nobles.

Los cuatro adolescentes tardaron tres días en decidir el emplazamiento de su cabaña. Debía estar protegida de las inclemencias del tiempo, alejada del riachuelo que corría por el centro del barranco en previsión de una crecida repentina, y bien camuflada, por si alguien se daba un paseo hasta allí, pero sin dejar de ofrecer al mismo tiempo una vista general de la zona. Se pusieron de acuerdo acerca del fortín que formaban un roble y un olmo en torno a una roca plana, pues sus troncos —sobre todo el del roble, que se dividía en dos desde la base— creaban un muro natural, reforzado por los arbustos que los rodeaban. En casa de un vecino camionero, Connor se agenció unos cuantos palés, que transportaron lentamente a costa de esfuerzos y agujetas para usarlos como suelo de su cabaña. Con unas tablas rotas, clavos y más sudor lograron superponer un entarimado digno de ese nombre. Un gran toldo verde haría las veces de techo impermeable; caía por un lado para formar una de las paredes, mientras que en el otro construyeron un marco de madera sobre el que clavaron unos paneles para revestir paredes que habían encontrado en el sótano de los Duff. Connor aportó el mejor accesorio: una gran red de camuflaje militar que su padre solía usar para ocultar su campamento cuando iba a cazar, y no se llevó de casa tras el divorcio. Era lo bastante grande para cubrir todo el cuartel general, que de ese modo se fundía con el paisaje y resultaba casi invisible.

Owen suponía que no tardarían más de dos días en construir la cabaña y que sería divertido, pero emplearon diez y toda su energía, y acabaron llenos de ampollas, arañazos y moretones. No obstante, el orgullo que sintieron superó todas sus previsiones. Al final, lo más difícil había sido tranquilizar a sus padres sobre su estado general: todo iba bien, lo único que hacían era divertirse. Olivia les aconsejó que se lo tomaran con calma si no querían empezar el curso agotados, y pudieron proseguir sus aventuras sin mayor vigilancia. Después de todo, era el final de las vacaciones, tenían derecho a aprovecharlo...

Llenaron dos viejas neveras portátiles con un cargamento de latas de

refrescos, bolsas de patatas y paquetes de galletas; cuatro neumáticos usados se convirtieron en asientos; y un clavo que sobresalía sirvió para colgar unos prismáticos con los que mantener vigilado el hilillo de agua que serpenteaba por el centro del barranco e indicaba el camino a los escasísimos senderistas.

Un día especialmente caluroso, mientras hacían una pausa antes de darle los últimos toques a su escondite, Connor se levantó y decidió ir a ver lo que quedaba del espantapájaros que habían destruido.

—¿Qué? ¡Ni se te ocurra! —le advirtió Corey—. Es justo el tipo de idiotez que hacen los protagonistas de las películas de terror, y siempre acaban fatal.

—Yo no soy el prota de ninguna peli, solo quiero ver si sigue allí. No he parado de preguntármelo en dos semanas.

Chad lo siguió. Era una tentación demasiado fuerte para poder resistirse. Owen y Corey se miraron, y el primero, decidiendo que no podía dejar solo a su primo, también se marchó.

—Está visto que sois tres idiotas —sentenció Corey y mientras paseaba la mirada por el bosque circundante, no muy tranquilo—. Y conmigo, cuatro —añadió saliendo tras ellos para no quedarse solo.

El peto vaquero medio carbonizado yacía en medio de un zarzal. La calabaza había desaparecido, devorada sin duda por las llamas y los bichos, al igual que la paja que rellenaba la ropa del espantapájaros. Los dos rastrillos de jardinero que le servían de manos aún se vislumbraban entre la vegetación.

—¿De verdad pensáis que ahí dentro estaba Eddy Hardy? —preguntó Chad en un susurro.

—Desde luego, algo tuvo que ver —aseguró Owen—. Su alma o la criatura a la que invocó en su época.

Eso no respondía a la pregunta que los atormentaba sin cesar: ¿por qué ellos y, sobre todo, por qué ahora?

—Estoy acojonado —confesó Corey.

Owen reconoció que él también.

Allí, en su arranque, el barranco aún no estaba totalmente encajonado en el Cinturón; las paredes norte y sur no superaban los tres metros de altura. Los muchachos se hallaban en el límite de la zona que habían declarado «segura». Ver a Connor abandonar aquel santuario y aproximarse lentamente a los restos del espantapájaros dejó paralizados a sus tres amigos.

—Pero ¿adónde vas? —exclamó Owen.

El mayor de la pandilla no respondió. Le dio la vuelta a su gorra Vans para que la visera apuntara hacia atrás y se acercó de puntillas al revoltijo de ropa quemada.

—Está zumbado —murmuró Corey.

Connor rodeó el «cuerpo» y cogió un palo, con el que apartó las zarzas que rodeaban los restos. Corey insistió, cada vez más asombrado:

—Pero ¿qué hace, maldita sea?

—Comprueba que esté bien muerto —dijo Chad sin quitarle ojo a Connor—. El tío... los tiene bien puestos...

—¡Lo que tiene es delito!

La punta del palo levantó una de las ennegrecidas garras de acero y le dio la vuelta. A continuación, se introdujo en el peto y hurgó en su interior.

—Ya no hay nada —informó Connor con una voz tranquila que dejó admirado a Owen.

En ese momento, una bandada de estorninos abandonó las copas de los árboles en las que descansaban. Un revuelo de alas que se alejó a toda velocidad, para ponerse a salvo.

—¡Connor! —gritó Owen—. ¡Vuelve!

Todos la distinguieron al mismo tiempo: una sombra que se cernía sobre el ramaje, al oeste, como empujada por el viento desde los maizales.

—¡Ya! —urgió Corey.

Connor echó un vistazo hacia lo alto de la pendiente y advirtió que algo se movía entre los matorrales, acercándose. Soltó el palo y saltó por encima de los helechos y los tallos, procurando dar largas zancadas para no tropezar. Detrás de él, la naturaleza parecía haberse callado; amedrentada, se encogía sobre sus raíces al paso de la sombra que descendía en dirección a los adolescentes. Cada vez más deprisa.

—¡Nos largamos! —ordenó Owen.

Como un solo hombre, salieron disparados hacia el refugio dando brincos y sorteando árboles y rocas, con los cinco sentidos puestos en no caer, hasta que lograron ponerse a cubierto entre las imponentes paredes de piedra.

Chad fue el primero en detenerse para escudriñar a su espalda.

No había nada ni nadie. Solo algunas ramas agitadas por el viento en el lugar donde el riachuelo penetraba en el barranco.

—¡Chicos! —dijo—. Ya está...

Mientras jadeaban con las manos apoyadas en las rodillas, Connor se pasó

el dorso de la mano por la nariz y vio que le sangraba.

—¡Mierda!

Cuando miró a sus amigos, se quedó blanco.

Un hilillo de sangre se deslizaba por el labio superior de cada uno de ellos.

—¿Qué nos pasa? —preguntó Chad asustado.

Corey se llevó los dedos a las fosas nasales y comprobó que le ocurría lo mismo.

—¿Será algo que hemos respirado? —sugirió.

Entretanto, Owen vigilaba la entrada del barranco, en la distancia.

—Por lo menos sabemos que funciona: sea lo que sea, no viene hasta aquí. Una fuerza nos protege.

—Puede que nos hayamos precipitado un poco —dijo Connor esbozando una sonrisa que intentaba parecer tranquilizadora—. Seguramente no era más que un jabalí.

Owen sacudió la cabeza con convicción. No estaba de acuerdo.

—¿Y cómo lo sabes? —exclamó el de la gorra.

Owen señaló las copas de los abetos, que seguían inclinándose hacia ellos.

—Porque el viento sopla en la otra dirección. Detrás de esos árboles hay algo, y yo diría que está cabreado.

—Dios mío... —murmuró Chad.

Fue el último día que pasaron en el barranco antes del comienzo del curso.

40.

Volver a los pasillos del instituto era como ir a visitar a un abuelo al que conocías bien pero al que no habías visto en mucho tiempo, porque vivía lejos. Un lugar familiar, un olor característico, costumbres que parecían olvidadas pero volvían con un simple gesto...

A Gemma Duff aún le quedaba un año entero. Luego partiría hacia una nueva vida. Independencia y reinención: una cara desconocida, sobre la que nadie sabría nada, sin buena ni mala fama, sin pasado. No veía el momento. Allí solo era una chica más, de la que se sabía todo o casi todo desde su primer año de preescolar. Mahingan Falls no era más que un pueblo.

Tomó posesión de su taquilla, guardó sus cosas dentro, vio a su hermano, que jugaba al guía profesional con Owen y Chad, y decidió dejarlos a su aire. Llegaría el día en que se sentirían orgullosos de que una chica mayor se dirigiera a ellos en público, pero ese momento aún estaba lejos. Además, tenía otras preocupaciones más importantes.

No cruzarse con Derek Cox.

Ignoraba cómo reaccionaría. No había tenido noticias de él, ni siquiera indirectas, y eso que la discreción no era una de sus virtudes.

Recogió el bolso, y a punto estuvo de chocar con un chico que tenía justo al lado.

Adam Lear la observaba con curiosidad. Sus mechones entre rubios y castaños, revueltos a propósito, sus mejillas sonrosadas e imberbes, su boca, capaz de las sonrisas más bonitas..., todo en él rebosaba seducción natural. Desde su encuentro en la heladería a principios de agosto no habían vuelto a hablar, pese a haberse intercambiado los números de teléfono.

—¡Oh! ¡Hola, Adam! Perdona, no te he visto... —balbuceó Gemma.

—No, ha sido culpa mía, por estar aquí parado sin saludar.

Se quedaron allí, indecisos, incómodos, mirándose como tontos.

—Lo siento, debería haberte mandado un SMS... —dijo al fin Gemma.

Adam alzó un hombro, confuso.

—Sí, yo también. No quería molestarte, seguro que tenías mejores cosas que hacer...

«Tuve que librarme de Derek Cox después de que me agrediera sexualmente, así que imagínate cuánto me habría gustado que dieras señales de vida...»

Gemma comprendió que no estaba siendo del todo justa con él. Después de lo del cine, su cabeza había estado en otra cosa. Durante algún tiempo no había deseado ese tipo de compañía; había pasado la mayor parte de las semanas siguientes ocupándose de Zoey para concentrarse en algo que no fuera ella misma. Verlo allí, ahora, con su cara de ángel y esa dulzura que fluía de su mirada como un río de miel, despertó el deseo que dormía desde entonces.

—¿Qué tal el verano? —le preguntó.

—Bueno, no ha estado mal. Un poco largo. Casi me alegro de volver a clase.

—¿En serio? ¡Yo no! Bueno..., sí, un poco. No por los profes, claro. Solo por..., no sé, por cambiar de ambiente.

—Ya he visto que no vamos a la misma clase...

—Ah, ¿no?

Él ya lo había comprobado. ¡Lo primero que había hecho Adam Lear al volver al instituto había sido mirar si estaba con ella! Gemma no se lo podía creer. Se sintió llena de euforia.

—Qué pena... —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—¿Sigues teniendo mi número?

—Claro.

—Entonces..., si uno de estos días te apetece dar una vuelta, no lo dudes.

Gemma asintió con un poco más de energía de la cuenta, en su opinión, y tras hacerle un gesto ridículo con la mano, Adam se alejó y se perdió entre la multitud de estudiantes del pasillo principal.

Por primera vez en mucho tiempo, Gemma se sintió ligera y feliz.

La muerte hizo acto de presencia a través de una conversación al mediodía siguiente, cuando Gemma descubrió a Barbara Ditletto llorando en un rincón

del patio donde solían comer cuando hacía buen tiempo. Ver así a aquella deslenguada a la que nada impresionaba la desconcertó. Dos amigas la consolaban, y Gemma estuvo a punto de acercarse para hacer lo mismo, pero reconoció a Amanda Laughton, la chismosa del instituto. Si alguna chica podía saber lo que le había hecho Derek Cox, era ella. Estaba tan bien informada como si dispusiera de una red de espías adiestrados para eso, para averiguarlo todo de todo el mundo antes que nadie. Gemma prefirió evitarla.

Pero media hora más tarde la propia Amanda fue en su busca y se sentó frente a ella para comer en la mesa de piedra.

—¿Has visto a Barb esta mañana?

—Me ha parecido que no se encontraba bien... —respondió Gemma, en guardia.

—Es lo menos que se puede decir. ¿No lo sabes?

Amanda no había mencionado a Derek: era una buena señal. Puede que ignorara lo que había ocurrido entre ellos.

—¿Saber qué?

—¡Lo de Lise Roberts!

—Sí, que desapareció en julio...

—¡No, la han encontrado! ¡Al pie del precipicio al sur de Westhill, cerca de los eriales y del barrio abandonado!

Gemma se tapó la boca con la mano. Conocía el lugar. Paredes rocosas de varias decenas de metros de altura, un paraje peligroso que había provocado numerosos debates en el pueblo y el ayuntamiento, porque la gente de Westhill temía que sus hijos fueran a jugar a los bosques que bordeaban el abismo y se despeñaran. Si Lise Roberts se había caído allí, no había duda posible sobre su estado.

—Tenía todos los huesos rotos —explicó Amanda—, como lo oyes. Igual que una carcasa de pollo triturada por una prensa hidráulica. Increíble. La encontró Jasper Bushell. Se supone que mientras paseaba a su perro por Oceanside Residences... ¡Ya! Todo el mundo sabe que se estaría fumando un porro.

—¿Un suicidio?

—¿Qué si no? En casa de los Royson, donde hacía de canguro, no había señales de que alguien hubiera forzado la puerta, y está a menos de trescientos metros de los despeñaderos.

No parecía propio de Lise Roberts dejar colgada a una familia y abandonar

a un niño de esa manera.

—¿Por qué lo hizo? ¿Había alguna nota?

—¡Qué va! Al fin y al cabo, Lise no era de las que dejan notas. Yo, si tuviera que mandarlo todo a la mierda, inundaría Instagram, Twitter y hasta Facebook de mensajes para que se supiera por qué. Y que los culpables se enteraran.

Gemma conocía perfectamente a Amanda Laughton y su egocentrismo.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Maryam, la amiga de Barb, es sobrina del sargento Paulson, de la policía. Se lo contó a su hermana, y Maryam lo oyó todo. Tétrico, muy tétrico.

Gemma volvió de clase a media tarde, y cuando su hermano llegó a casa le señaló el coche.

—Es más pronto que de costumbre —dijo Corey, extrañado.

—Quiero darles una sorpresa a los Spencer.

Todos los días de la semana, Gemma se presentaba en la Granja antes de las seis para ocuparse de la pequeña Zoey mientras Olivia estaba en la radio y Tom vagaba por algún punto entre su despacho y la orilla del océano, por donde a veces paseaba largo rato en busca de una buena idea para su próxima obra. La acompañaba Corey, que hacía los deberes con Chad y Owen. Era una buena forma de tener vigilados a aquellos tres y recordarles que se habían acabado las vacaciones. Gemma tenía la responsabilidad de hacer cenar a toda la cuadrilla, lo que habitualmente no era difícil, porque Olivia procuraba dejarlo todo preparado antes de irse. Por lo general, Tom la relevaba hacia las ocho, aunque a veces se quedaban charlando un rato. Los Spencer pagaban bien, muy bien, de hecho, y Gemma pensaba que debían de quererla mucho para ser tan generosos. Aquel trabajo era un chollo, incluso si exigía ciertos sacrificios y una buena organización. Sería más complicado cuando hubiera toneladas de deberes que entregar en clase: tendría que dedicarles las noches.

Gemma y Corey dieron un rodeo por Oldchester, donde ella desapareció en el patio trasero de una casa de ladrillos rojos bajo la mirada perpleja de su hermano. Volvió a los diez minutos, con un cachorro blanco precioso en los brazos.

—¡Ya va siendo hora de que la familia tenga un nuevo miembro! —declaró.

Gemma había dudado mucho tras oír hablar de aquella futura camada. ¿No sería demasiado pronto? Temía que a Chad y a Owen no les hubiera dado tiempo a asimilar la muerte de Smaug. Por otra parte, era la mejor manera de

ayudarles a hacerlo, suponía Gemma. Si esperaban, quizá nunca se decidieran, y la ocasión no podía ser mejor.

Cuando llegaron los Duff, Olivia corría por toda la casa: en busca de su bolso que no encontraba, de los táperes que acababa de llenar para la cena, de su hija, a la que quería dar un beso antes de marcharse... Pero cuando vio el cachorro se detuvo en seco, soltó un gritito de sorpresa y se llevó la mano a la boca, con los ojos arrasados en lágrimas. Gemma se lo entregó, y la bola de pelo se acurrucó contra el pecho de Olivia agitando la cola con excitación.

—A los niños les va a encantar —murmuró su nueva dueña acariciándolo.

Cuando lo vio, Owen empezó a dar brincos. Chad se mostró más circunspecto, hasta que el encanto del animal le hizo efecto. Luego ya no lo soltó.

—¿Es chica o chico? —preguntó.

—Un hombrecito.

—Podríamos llamarlo Phoenix —propuso Owen.

Olivia hizo una mueca.

—No sé, cariño... Me parece un poco inapropiado.

Owen no veía dónde estaba el problema.

—¿Mithrandir? —preguntó Chad.

—Muy complicado —opinó Olivia—. ¿Qué os parece, ya que es un regalo de Gemma, que elija ella?

A Gemma le costó Dios y ayuda encontrar un nombre adecuado: era una gran responsabilidad. Al cabo de un rato se acordó de una película que le encantaba de pequeña, protagonizada por un perro y un gato: *Otis y Milo*, o algo parecido. Como no recordaba quién era quién en la película, se decidió por el nombre que más le gustaba.

—¿Qué tal Milo?

Todos lo aprobaron con mayor o menor entusiasmo, y Milo fue adoptado esa misma tarde.

—Tom se ha perdido por ahí —le dijo Olivia antes de irse—. Ya conoces la rutina. Zoey se acuesta nada más cenar, y esta noche nada de tele para los chicos —e inclinándose hacia ella le susurró al oído—: Últimamente les he oído tener pesadillas. Me gustaría que se desengancharan un poco de esas porquerías de terror que les gustan.

El coche de Olivia retrocedió por el camino de acceso, mientras los tres adolescentes jugaban con Milo al otro lado del jardín. Gemma le dio un beso

en la sien a Zoey, que se agarraba a ella.

—A ver cómo se porta la señorita...

Se dirigía a la cocina a poner la mesa cuando entró Chad para lavarse las manos.

—¡Milo se me ha meado encima!

Gemma se echó a reír.

—Es un cachorro, volverá a hacerlo.

—Qué asco...

Mientras se lavaba, Chad se acordó de algo.

—Hace un momento, antes de que llegara, el tío ese raro estaba aparcado delante de la casa. Ya sabes, el que...

—¿Derek?

—Sí, creo que era él.

Gemma sintió que las piernas le flaqueaban y tuvo que apoyarse en la mesa para no caerse. Por suerte, acababa de dejar a Zoey en el suelo.

—¿Qué quería? —consiguió preguntar, intentando disimular su angustia.

—No lo sé. Estaba ahí delante, mirando hacia la casa, nada más, creo.

—¿Lo ha visto Olivia?

—¿Mamá? No, me parece que no. ¿Por qué, algún problema?

—¡No, no! —mintió Gemma—. Ninguno. Se habrá perdido.

La joven no quería atraer la atención de Chad sobre Derek Cox. Sobre todo, que no se viera mezclado.

—No parecía perdido, más bien... un poco cabreado, ¿comprendes?

Gemma lo comprendía de sobra.

Si Derek había ido hasta allí, no era por simple curiosidad. A Gemma le costaba respirar. ¿Debía avisar a Olivia? «No, está en directo en la radio, no puede hacer nada, y la voy a preocupar.»

Terminó lo que estaba haciendo, y después de que los chicos entraran en casa fue a revisar todas las puertas para asegurarse de que estaban bien cerradas.

Debería haberlo sospechado. Qué ingenua había sido al pensar que el prolongado silencio de Derek Cox era una buena señal...

Cox nunca se quedaba de brazos cruzados. No era rencoroso, no, era mucho peor. «Vengativo» también se quedaba corto. Era sañudo. Violento.

Destructivo.

En un día bueno, había sido capaz de meterle la mano en las bragas y

violarla, así que prefería no imaginar lo que podía hacer si montaba en cólera. Sobre todo si esa cólera era fría. Largamente madurada.

Fuera, el ruido de un motor acercándose la hizo estremecer.

41.

Los altavoces del tranquilo estudio de radio dejaban escapar los melancólicos acordes de «I'll Stand by You» de los Pretenders.

En cuanto sonó el estribillo, los recuerdos de juventud transportaron a Olivia veinticinco años atrás, a la época en que todas las emisoras del país, y seguramente del mundo, emitían la canción. Su adolescencia, llena de sueños, de ambiciones, de sed de reconocimiento... ¿Era posible que una chica luchara como lo había hecho ella para conseguir un puesto tan codiciado en una profesión con tan pocos elegidos sin que existiera, en el origen de esa ansia, una profunda herida narcisista? «Todos los que aspiran a exhibirse ante un público son gente falta de amor —le había dicho Dick Montgomery, su mentor, en sus inicios—. Así que déjate de historias, arregla cuentas con tus padres, si tienes la suerte de que aún estén vivos, y luego, si sigues con las mismas ganas, vienes otra vez y ya veremos lo que se puede hacer.» Así era Dick... Olivia no había seguido sus consejos; le había mentado, sus padres y ella nunca habían sido capaces de entenderse, de expresar sus emociones o sincerarse, y eso ya no iba a cambiar. Pero consiguió el trabajo y su carrera despegó a toda velocidad. Sí, era posible que el deseo de que la quisiera cuanta más gente mejor procediera de su infancia. Pero lo que había construido por sí misma desde entonces, su familia, había cubierto ese déficit con creces.

La canción tocaba a su fin y, al otro lado del cristal, Mark Dodenberg, el técnico de sonido, le indicó por señas que estuviera lista. De un rápido vistazo, Olivia se aseguró de que tenía delante la continuación del guion. Iban a iniciar la segunda parte del programa, y tras la entrevista de su invitado en el estudio (esa tarde, un socorrista les había hablado de su trabajo de temporada con las correspondientes anécdotas), era el turno de las llamadas. Olivia

disponía de un margen amplio antes de la siguiente pausa. Estupendo. Podía relajarse un poco. Solo necesitaba un testimonio interesante. Dados los escasos medios de la emisora, no había más que una persona para filtrar las llamadas, y aunque la primera semana la centralita se había colapsado debido a la cantidad de oyentes que querían hablar con Olivia Spencer-Burdock, ahora la cosa estaba mucho más tranquila. Aun así, a Michelle no le daba tiempo a cribar y seleccionar a los candidatos más radiofónicos. Cada noche era una lotería y Olivia debía llenar los silencios o poner freno a confidencias que carecían de sentido o bien se salían del marco que se habían fijado.

Pat Demmel, que actuaba como realizador del programa, entró en el estudio discretamente para dejarle delante una hoja con una frase garabateada a toda prisa: «Anita Rose(n?)berg (¿insomne?, ¿depresiva?) quiere hablar contigo esta noche».

Olivia apenas había acabado de leerla cuando le dieron paso. Se ajustó los cascos en los oídos, abrió el micrófono pulsando el botón rojo y, bien acomodada en su asiento, intentó encontrar la voz adecuada para entrar en antena: cálida, ligeramente grave, para que resultara relajante, y con la pizca de dinamismo necesaria para enganchar a los oyentes.

—Están escuchando ustedes la WMFB, les habla Olivia Spencer-Burdock y vamos a seguir compartiendo la velada en la segunda parte de nuestro programa. Y para empezar, vamos a hablar con Anita. ¿Anita? ¿Está usted con nosotros?

—Buenas noches, aquí estoy, gracias —dijo una voz apenas femenina en un tono y con una dicción que no tenían nada que envidiar a los de Walter Cronkite.

—¿Vive usted en Mahingan Falls, Anita?

—Sí, en Beacon Hill. Crecí al lado de la iglesia presbiteriana de la Gracia, y aquí sigo setenta y nueve años después.

—La memoria de todo un barrio, entonces... Formidable. Gracias por llamarnos. ¿De qué quería hablar esta noche?

Silencio.

Olivia levantó la mirada hacia la cabina buscando a Pat y a Mark, sentados en la penumbra ante la enorme mesa de control. Los silencios eran el peor enemigo de las ondas. Bien colocados, podían transmitir emociones fuertes a los oyentes, pero solo en ocasiones excepcionales. El resto del tiempo hacían perder el ritmo y acababan produciendo incomodidad.

—No estoy sola —dijo al fin la anciana, justo cuando Olivia iba a retomar la palabra.

—Muy bien. Díganos, ¿quién está con usted? Por cierto, no se lo he preguntado... ¿Está usted casada, Anita? ¿Tiene hijos?

Nuevo titubeo. Olivia hizo una mueca. Iba a tener que tomar las riendas de la entrevista, que se presagiaba difícil. Le tocaría hacer un ping-pong verbal para dar un poco de vida a la conversación.

—Mi marido murió en 1999. Tenía diabetes y colesterol, y cuando nos dejó le habían diagnosticado un principio de Parkinson. Nicole y Patrick, mis hijos, viven en la Costa Oeste. Los dos se casaron con californianos, ¿curioso, no? No los veo mucho. Tienen su vida hecha y ya no me necesitan, ya sabe...

La mujer recitaba su historia sin verdadera emoción, como distanciada de sus propias palabras, espectadora de lo que contaba.

—Siento lo de su marido. ¿Estuvieron casados muchos años?

A Olivia le gustaba hacer hablar a la gente. Tenía instinto para eso: la capacidad de escuchar, de estimular la conversación, de adivinar las brechas y saber si convenía aprovecharlas o mostrarse discreta.

—Cuarenta y dos años.

—No debería decirlo en la radio, una señora no cuenta nunca estas cosas en público, pero como estamos solas, voy a hacerle una confidencia, Anita: esa es la edad que tengo. Estuvieron ustedes casados los mismos años que he vivido yo hasta hoy. Estoy admirada —presintiendo otro largo silencio (decididamente, la tal Anita no era una «buena cliente»), Olivia continuó—: Ya que no puede ver a sus hijos, ¿habla usted con ellos a menudo? La tecnología ha empequeñecido el mundo, ahora con Skype o FaceTime es posible verse a distancia...

—Trabajan mucho, no tienen tiempo.

Era evidente que no quería hablar del tema. «Menuda charlatana, Anita... No me lo va a poner fácil...»

—Ha dicho que esta noche no estaba sola... ¿Quién la acompaña?

Un suspiro en el auricular se transformó en chisporroteo en los altavoces.

—Mi visitante nocturno.

—¡Vaya! Nos está intrigando... Va a tener que contárnoslo. ¿Quién es ese visitante? ¿Un... amigo?

—No.

La buena mujer pronunció el monosílabo con tanta rapidez y tanta fuerza que

Olivia se tensó en el sillón. Le picaba la curiosidad, pero al mismo tiempo sentía aprensión.

—Me tiene usted en ascuas, Anita.

—He dicho «visitante», pero, desde luego, no es bienvenido. Me impone su presencia. No me deja opción.

—No estoy segura de entender...

Su interlocutora respondió en un tono resignado, casi dolorido.

—Está ahí, al final del pasillo, a veces en la oscuridad del cobertizo, detrás de la cocina. Pero siempre que está, lo siento.

Alzando las manos, Olivia hizo un gesto de incompreensión a sus compañeros del control. Pat Demmel se limitó a encogerse de hombros. «¡Gracias, chicos, me siento muy apoyada!»

—¿Qué quiere usted decir? Necesitamos entenderlo. ¿Se refiere a un conocido? ¿A un vecino?

—No.

La misma respuesta tajante. «Casi colérica.»

—Viene cuando se ha puesto el sol, nunca antes. Una noche, incluso estaba en mi dormitorio, cerca de mi cama. No podía verlo en la oscuridad, pero sabía que estaba ahí, podía oírlo...

—¿Nos está usted diciendo que hay un... intruso en su casa, Anita?

—Hablo en masculino, pero supongo que sería más exacto decir «ella».

—¿Sabe quién es esa mujer?

—No es una mujer. No como usted o como yo, al menos.

—¿Ha avisado a alguien? A la policía, a su médico, ¿a sus vecinos quizá?

—No es ese tipo de... persona. No se la puede echar. Ni siquiera puedo huir de ella. Vaya donde vaya, estará allí. Lo sé.

Olivia se acercó al micrófono hasta notar que el borde de la mesa le presionaba el estómago. Tuvo una intuición y decidió hacerle caso.

—Esa... presencia no es real, ¿verdad? —preguntó—. Palpable, quiero decir...

Solo era la segunda semana y ya había un testimonio esotérico. Empezaba bien... De todas formas, prefería con mucho eso a lo que se había temido: una agresión en directo.

—No es como usted y yo, pero puedo asegurarle que es muy real. La oigo. Me habla. No para de susurrar.

—¡Ah! ¿Y qué le dice?

—Cosas horribles.

Olivia alzó la cabeza. No le gustaba aquel tono.

—¿Qué entiende usted por eso, Anita?

Otro silencio. Una vacilación. La respiración en el auricular.

—No lo comprendo todo. En realidad, no comprendo las palabras, pero adivino la intención. Sé lo que quiere. Me lo repite una y otra vez. Me vuelve loca. Para que la escuche.

Olivia interrogó con la mirada al realizador, que estaba hablando con Mark, seguramente sobre lo que había que hacer. Cogió una hoja y la pluma, escribió: «¿Embuste? ¿Policía? ¿Ayuda?», y la sostuvo delante de ella para que pudieran leerla. Por suerte, las emisiones de la pequeña radio no se filmaban. Pat le indicó por señas que no tenía la menor idea.

—Y esa presencia, ¿de qué le habla? —insistió Olivia—. Perdona, pero me estoy asustando un poco, Anita, y seguro que no soy la única. ¿Cuánto tiempo hace que oye esa voz?

—Ya no lo sé. Puede que un mes.

—Entonces es bastante reciente... ¿Puedo hacerle una pregunta muy personal? ¿Ha vivido alguna situación difícil este verano, quizá?

—Creo que sé quién es. Nunca la imaginé así. Tan... espantosa.

—¿Quién?

—La Parca. Es ella.

«¡No es cólera, es miedo!»

Un miedo aceptado. Definitivo. Terminal.

—¿No tiene usted amigas? —le preguntó Olivia intentando de llevarla de vuelta a la vida real.

Pat hizo girar los índices en el aire para indicarle que siguiera por ese camino. Era evidente que no estaba tan inquieto como ella.

De repente la anciana se puso a hablar más deprisa, casi en un tono agresivo.

—Ya no soporto su presencia. Todas las noches temo que aparezca, miro por todos lados, todo el rato, y en cuanto la veo o la oigo siento que la sangre se me hiela y las venas se me endurecen hasta hacerme daño.

—Ani...

—Por eso quería que me oyeran todos ustedes, para que fueran testigos ante Dios. ¡No era mi intención, me empuja ella!

—¿Anita? Yo...

De pronto, de algún lugar próximo a la anciana brotó una voz gutural, que bramó con una rabia aterradora:

— *Hearken, gammer! You ...*

Las interferencias ensordecieron a Olivia, y un coro de alaridos, decenas y decenas de seres humanos que sufrían al mismo tiempo, inundó las ondas y cubrió las imperiosas órdenes, que se ahogaron entre los gritos.

Olivia se había echado el casco hacia atrás de inmediato y buscaba con la mirada la ayuda de Pat y Mark, tan desconcertados como ella.

En ese momento se oyó un estallido seco, y Olivia comprendió. Su boca se abrió pero no emitió ningún sonido.

«¡Un disparo!»

Procedía de la casa de Anita.

Los gritos y la voz cavernosa cesaron, y se produjo un silencio terrible. El silencio de la muerte, pensó Olivia.

42.

La untuosa crema rebosaba entre las capas de hojaldre mientras la cobertura de chocolate se fundía con el calor y empapaba toda la tarta. El azúcar, pegajoso y crujiente, la hacía brillar.

Owen veía la imagen una y otra vez. No entendía cómo le había dado por comerse un trozo en el desayuno. Un antojo matutino extraño en él. Recordaba que, durante una visita al psiquiatra tras la muerte de sus padres, había oído a una señora decirle a su hijo obeso en la sala de espera que a veces uno comía para «llenarse de algo distinto a la comida». Desde entonces había pensado en ello muchas veces. ¿De qué podías llenarte cuando te comías dos perritos calientes, un helado y unas galletas, más que de un montón de productos químicos más o menos perjudiciales? (De eso estaba al corriente, porque Olivia no paraba de refunfuñar sobre el asunto.) Después, esa primavera, todavía en Manhattan, los Spencer lo habían apuntado a una escuela de kárate con el argumento de que tenía que cansarse y «desahogarse», y allí había conocido a Ben Mulligan. Ben estaba gordo. No tanto como el chico de la consulta, que tenía tetas, pero lo bastante para preguntarse cómo se las arreglaría para aguantar una hora completa de movimientos ágiles y rápidos. Pero Ben le ponía unas ganas y un brío sorprendentes. Al acabar, se acercó a Owen para presentarse (los dos eran nuevos y habían aparecido al final de la temporada) y no tardó en confesarle que hacía kárate para perder peso. «Como para compensar, ¿sabes? —le explicó con su acento un poco afectado de Long Island—. No me siento lo bastante querido, así que, a falta de amor, me atiborro de azúcar —añadió—. ¿Quieres que seamos amigos?» ¿Cómo iba a negarse? Owen no quería tener un suicidio alimenticio en su conciencia, de modo que aceptó, aunque dejó el kárate después de cinco lecciones, es decir, tres antes que Ben Mulligan, al que no volvió a ver. Pero aquello le enseñó

una cosa: a veces, en la vida, cuando deseabas algo inalcanzable, te llenabas de otra cosa para sustituirlo.

Y eso era lo que había hecho él esa mañana al comerse un pedazo enorme de aquella tarta demasiado rica en calorías. Tom la había traído la tarde anterior a la vuelta de su paseo por la playa con la intención de dar una sorpresa a los niños, que como habían cenado una hora antes apenas la tocaron. Tom hacía eso a menudo, actuar por impulso, obedeciendo a sus ideas, a veces absurdas, sin preguntarse realmente si eran apropiadas.

Pero entonces, ¿qué trataba de compensar él engullendo todo ese azúcar? ¿El amor, como Ben? Tom, y sobre todo Olivia, no le regateaban atenciones ni mimos, y Owen sentía que eran sinceros, así que no se trataba de eso. Aun así, echaba muchísimo de menos a sus padres, sus verdaderos padres, sabía que su duelo no terminaría del todo jamás, lo que en su opinión era normal. Pero no tenía la sensación de que ese fuera el motivo de su bulimia. Él estaba delgado, casi en exceso; aquello no podía hacerle daño si no lo repetía demasiado a menudo. Pero se daba perfecta cuenta de que era un extraño síntoma que había que estudiar.

Mientras pensaba en todo eso, en la sofocante aula la señorita Horlflow daba su clase de matemáticas con un tono monocorde.

Owen no estaba relajado, como suele suceder en verano cuando todo o casi todo va bien, incluso tras la vuelta al cole. Esta, siempre desagradable, se hacía más llevadera por la curiosidad de conocer el nuevo centro y la tranquilidad que suponía para él y para Chad contar con el respaldo de Corey y de Connor. Pero Owen no estaba ni eufórico ni entusiasmado, como cabía esperar de alguien de su edad, y no tardó en identificar el motivo de su malestar.

«Basta de engañarse. Este verano no ha sido normal. Para ninguno de nosotros.»

Su mirada vagó hacia la ventana y la carretera flanqueada de álamos que bordeaba el estadio. Más allá de las altas graderías, detrás del campo de fútbol, se veían grupos de árboles achaparrados, densos arbustos y, al fondo, los campos de béisbol.

«Dwayne Taylor nunca más volverá a jugar ni al fútbol ni al béisbol.»

Como en un fogonazo, Owen volvió a presenciar el brutal asesinato de Dwayne: sus tripas, relucientes de sangre, cayéndole sobre las piernas; su mandíbula inferior, arrancada de cuajo por la zarpa de acero, y, después, la

espantosa fetidez del espantapájaros. Aquel repugnante hedor a putrefacción y a pis de gato.

Eso era lo que le angustiaba, hasta el punto de necesitar compensarlo . Había comido para no pensar, para sentirse bien, para sentirse vivo, a diferencia de Dwayne Taylor.

Le entraron náuseas y se agarró al pupitre esperando que se le pasaran, mientras el aula giraba a su alrededor.

Levantó la mano para ir al lavabo, y al ver que estaba pálido, la señorita Horlflow no puso inconveniente. Chad, preocupado, le propuso acompañarlo, pero Owen rechazó el ofrecimiento. No le apetecía que lo oyeran echar las tripas en el retrete.

Por fortuna, se acordaba de dónde estaban los lavabos más cercanos, así que echó a andar a grandes zancadas por el pasillo desierto. De las otras clases le llegaban murmullos amortiguados, mientras avanzaba por el gastado linóleo a la luz de los fluorescentes, preguntándose cuál sería la de Gemma. La quería mucho. No como Connor, que siempre estaba hablando de sus «melones», sino con un cariño... sincero, desprovisto de cualquier atracción física. «Como a una hermana mayor», se dijo. Aunque últimamente estaba un poco rara. La noche anterior, incluso le había pedido a Tom que la acompañara hasta su coche, y eso que lo tenía aparcado justo delante de la casa.

Empujó la puerta del aseo de los chicos y corrió a vomitar, pero no le salió nada. Andar lo había aliviado un poco. Tenía que dejar de pensar en aquella tarta empalagosa y, sobre todo, en la sangrienta muerte de Dwayne Taylor.

Esperó un poco para estar seguro, pero acabó por incorporarse y fue a lavarse las manos. Mientras caía el agua, le pareció oír una voz sibilante, bastante lejana, que lo llamaba. Cerró el grifo y aguzó el oído.

Le llegó el débil zumbido de un extractor de aire, poco más.

Se acercó al secador de manos.

—Owen...

El chico dio un respingo y miró a su alrededor para asegurarse de que estaba completamente solo. «¡En una de las cabinas!» Todas las puertas estaban cerradas; el peso o el equilibrio, no lo sabía, las mantenían así. Y todas tenían el indicador del pestillo en verde, así que nadie lo había echado. «Quién será el imbécil que se divierte haciendo esto...» Owen, que apenas conocía a nadie en el colegio, pensó en Connor. Era típico de él.

—Connor, eres un capullo —dijo empujando la primera puerta.

Nadie.

Hizo lo mismo con la segunda, con idéntico resultado. Quedaban cuatro.

—¡Owen!

El adolescente se volvió hacia la derecha y luego hacia la izquierda. La voz, siseante y lejana, parecía llegar hasta él después de haber recorrido un largo y estrecho pasadizo.

«No, no sale de las cabinas, viene de más lejos...»

Pero no se le ocurría de dónde podía proceder. Nada se correspondía físicamente con lo que sus sentidos deducían. Había otra puerta, pero tenía un letrero que decía: SIN SALIDA - PROHIBIDO, y era evidente que se trataba de un acceso de servicio, o quizá de un simple armario.

Owen se fijó en un plano de evacuación colgado de la pared. De un rápido vistazo, comprobó que la puerta daba a una escalera. No estaba seguro de entenderlo, pero supuso que llevaba al sótano del colegio. «Nada que ver.»

Se volvió hacia la hilera de lavabos. La llamada había resonado un poco, como amplificadas por un eco metálico. ¿Y si...? Se acercó lentamente. «Es imposible...»

Se acercó a un lavabo y se inclinó para examinar el desagüe. Un tubo gris y negro que se hundía en la oscuridad.

—Owen...

El chico lanzó un grito de sorpresa.

No había duda. La voz venía de ahí, del fondo de la tubería. Una llamada débil, casi un murmullo cantarín. Pero Owen estaba convencido: el individuo que sabía su nombre se encontraba en algún lugar debajo de él, al nivel del conducto de evacuación.

En ese momento percibió un ruido, un chasquido lejano acompañado de un roce que provenía del otro lado de la puerta de servicio. Chac. Chac. Chac.

Un sonido regular y pesado.

«¡Alguien subiendo unos peldaños!»

Allí detrás había una escalera, Owen lo había visto en el plano, y el ruido hacía pensar en unas gruesas suelas reforzadas que crujían y se arrastraban en cada escalón.

Chac. Chac.

Se acercaba.

La voz que lo llamaba no era en absoluto amenazadora, pero Owen sentía que no debía quedarse allí. Su instinto le decía que se largara. Quien lo estaba buscando no era normal.

No era el espantapájaros, pero tenía su misma naturaleza.

Chac. Chac. Chac.

Los pasos en la escalera se estaban acercando a la puerta.

Un resoplido, una especie de larga expiración ascendió por el conducto del lavabo.

Chac. Chac.

Owen estaba petrificado por el miedo. Sabía, en lo más profundo de su ser, que no debía perder más tiempo, que le urgía huir, que era cuestión de vida o muerte, pero el cuerpo se negaba a obedecerle. La maneta de la puerta tembló y empezó a descender lentamente.

Fue el detonante. Ver materializarse el peligro le provocó una descarga de adrenalina que lo hizo reaccionar y echar a correr hacia la salida.

Chac.

El último paso. La cosa había llegado a lo alto de la escalera. La maneta seguía bajando. Si la puerta se abría antes de que Owen hubiera salido, sería demasiado tarde. Se abalanzó sobre el batiente y cayó de bruces en el suelo del ancho pasillo que llevaba a las aulas. En el cuarto de baño, los resoplidos en las cañerías aumentaron. Luego, la puerta de servicio se abrió y los fluorescentes crepitaron y explotaron uno tras otro. Pero Owen ya estaba de pie, corriendo tan rápido como podía.

Todas las puertas de las cabinas traquetearon violentamente, presas de un frenesí rabioso, y esta vez Owen supo que su perseguidor había salido al pasillo, detrás de él.

Los fluorescentes parpadearon en el techo.

Owen veía su aula al fondo. No sabía si le serviría como protección, pero quería llegar hasta allí y buscar refugio entre sus compañeros, donde tendría alguna posibilidad de que aquella cosa no lo atrapara, porque no se atrevería a mostrarse a plena luz delante de todo el mundo, no, no estaba preparada.

Al menos, Owen se aferraba a esa esperanza.

Ahora, detrás de él todo el pasillo estaba sumido en la oscuridad, que avanzaba rápidamente, a punto de darle alcance.

Con la mano extendida hacia la puerta del aula, Owen hizo un último esfuerzo. Ya casi estaba.

Un zumbido formidable le pisaba los talones, haciendo vibrar las taquillas a su paso.

Owen sintió que podía conseguirlo. Sus músculos tiraban de él. Alargó los dedos en dirección a la puerta.

La presencia lo alcanzó en ese preciso instante.

A Owen apenas le dio tiempo de forcejear con el pomo y abalanzarse en el aula, donde cayó de bruces ante los pupitres cuan largo era, resbalando casi hasta los pies de la señorita Horllow, que se interrumpió, atónita.

Tras un breve instante de silencio. Luego, todos los alumnos se echaron a reír.

Todos menos Chad, que vio el terror pintado en la cara de su primo.

43.

Un estallido seco, tan violento que había sobrecargado la línea. Olivia, febril, pensaba en el disparo que había oído la noche anterior.

Unos instantes de vacilación, la parálisis del horror absoluto, y luego Pat Demmel pone un disco mientras Olivia pregunta una y otra vez: «¿Anita? ¿Anita? ¿Está usted ahí? ¿Me oye? ¡Anita!». Y un jadeo. Apenas audible. Pero Olivia estaba convencida: al otro lado del auricular se oía una respiración, pesada y un poco sibilante. Casi... artificial, se había dicho. No la de alguien que respira de forma natural, sino más bien una imitación. Alguien fingiendo respirar. Eso la había aterrado.

Todo el equipo se había activado: Pat llamaba a la policía; Mark ponía un disco tras otro para ocupar la emisión; y ella intentaba en vano restablecer el contacto con la oyente.

La espera, horrible, había durado más de treinta minutos. Fue Pat quien entró en el locutorio, blanco como un sudario, para anunciarle que la policía lo había confirmado: Anita se había quitado la vida de un disparo de revólver en su casa, mientras estaba en antena.

La pesadilla total.

Poco después apareció Tom, seguramente alertado por los vecinos, y se llevó a su mujer. Habían transcurrido dos horas. En el salón de su casa los esperaba el viejo Roy McDermott, que se había quedado por si acaso, para cuidar a los niños.

Olivia no pegó ojo hasta que cedió a la tentación de tomarse un Orfidal y se hundió en un sopor medicamentoso.

Se despertó a media mañana con la típica resaca química y la necesidad apremiante de darse una larga ducha y tomar un café tan cargado como fuera posible. Tom estaba cuidando de Zoey, que jugaba con Milo en el jardín. Aún

no les había dicho nada a los chicos, que estaban en clase. En cuanto volvieran, Olivia los convocaría para explicárselo. No quería que se enterase en el colegio, por algún compañero metepatas, si es que ya no lo sabían. Pero ir a buscarlos a toda prisa no parecía una solución mejor. No podía reprocharle a su marido que no les hubiera dicho nada esa mañana, mientras ella dormía. Tom había decidido que era una conversación lo bastante importante para tenerla todos juntos.

Olivia besó a su hija con más cariño que nunca y se refugió en los brazos de su marido un largo instante, con el deseo secreto de no abandonarlos jamás. Por fin, se sentó en la hierba al lado de la niña y se quedó mirándola, pensativa.

—¿No ha venido la policía? —le preguntó a Tom.

—No. Ha llamado Pat. Los agentes se han llevado una grabación del programa. En principio, no hay ningún motivo para que te citen, pero, si lo hacen, Pat me ha recomendado un abogado que...

—¿Un abogado?

—Le he dicho que, a este respecto, ya tenemos todo lo que necesitamos. Entre tú y yo, dudo de que haga falta. No tienes nada que reprocharte. Absolutamente nada. Sobre todo, no te sientas mal, tu no pod...

—Lo sé, Tom, no me culpo, es solo que... No lo vi venir.

—Te conozco, sé que tarde o temprano te culparás por sabe Dios qué.

—Es humano, ¿no? Tanto como culpar a esa mujer por lo que hizo. Es horrible, pero es verdad. La culpo. ¿Cuántas personas estarían oyéndonos en esos momentos? ¿Cuántas estarán traumatizadas por lo que escucharon? Una muerte en directo... No llamó para pedirnos ayuda, y tampoco nos dio la menor oportunidad de anticipar lo que iba a ocurrir, de intentar disuadirla. No, solo quería... justificarse. Antes de hacer lo irreparable. Eso fue lo que hizo: secuestrar nuestra emisión.

Tom dejó que se desahogara. Al fin, Olivia bajó el tono para no transmitir su angustia a la niña.

No comió, no tenía apetito, y después se pasó más de una hora al teléfono con Pat Demmel. Decidieron suspender la emisión hasta nueva orden. Necesitaban digerir lo ocurrido, meditarlo, sopesar su repercusión. Olivia estaba aterrada. Sabía que el suceso saltaría a los titulares de los medios nacionales antes del fin de semana. La antigua estrella de la tele, que lo ha dejado todo para huir de la presión, asiste a un suicidio en directo en su

pequeño espacio en una emisora local. Tendría que lidiar con los centenares de solicitudes de entrevista que lloverían sobre ella. Cynthia Oxlade, su agente de prensa en Nueva York, haría el trabajo, y Tom se ocuparía de los más temerarios si llegaban a presentarse allí. Olivia no creía que la cosa fuera más allá. No habría un ejército de furgonetas con antenas parabólicas en el techo delante de la casa, ni un enjambre de micrófonos abalanzándose sobre ellos cada vez que abrieran la puerta. Ella ya no merecía tanta atención, Mahingan Falls estaba en el quinto pino y Cynthia y los abogados dejarían claro que no iba a hacer ningún comentario y que, por tanto, el viaje sería una pérdida de tiempo. Además, la crónica mundana y de sucesos ya estaba lo bastante animada, no necesitaban llenar huecos.

Saldría del apuro.

Pero en el terreno personal no estaba tan segura. Necesitaría un poco de tiempo para asimilarlo. ¿Seguiría en la WMFB? ¿Cómo reaccionaría la próxima vez que una persona inestable diera su testimonio en directo? Era muy pronto para eso. Demasiado pronto.

«De ahí a que vuelva a ver al tipo de la CFC...» No le había gustado. ¿Podían prohibirle salir en antena? No. Por supuesto que no. Después de todo, no tenía nada que reprocharse, y Pat Demmel y su equipo, tampoco.

¡BUM!

El disparo la sobresaltó.

Solo era el eco de su recuerdo, pero se le pusieron los pelos de punta.

Y esas voces... Puede que fueran lo que más huella le había dejado. Había hablado mucho de ello con Pat. Se parecían curiosamente a las que habían oído a principios de agosto, durante la prueba. ¿Quién jugaba a aquel siniestro juego? ¿Era una casualidad? ¿Los había pirateado en el mismo momento en que Anita decidía poner fin a su vida? Mark Dodenberg, el técnico de sonido, no lo veía claro. En su opinión las voces no eran una capa superpuesta, paralela a su frecuencia, sino que procedían de la casa de Anita Rosenberg. No había interferencias. Y eso era lo que inquietaba a Olivia, porque también había creído que se trataba de alguien que se encontraba cerca de la oyente. Al fin y al cabo, aunque su testimonio fuera incomprensible, la mujer había aludido a la presencia de un «visitante nocturno». La policía parecía categórica: según Pat, nada más llegar a la casa habían hablado de suicidio. Lo cual no convencía a Olivia.

Tras muchas dudas, cogió el teléfono y pidió hablar con alguien de la

policía de Mahingan Falls que no fuera el jefe Warden, del que tenía bastante mal recuerdo.

Le respondió una mujer que, tras una breve conversación, le propuso ir a verla.

Menos de quince minutos después, el coche aparcaba frente a la Granja y una treintañera bastante atractiva bajaba de él. Olivia reconoció a la joven que, semanas antes, había ido a verlos a la emisora en compañía de un superior.

—Sargento Foster —se presentó por guardar las formas.

Olivia la invitó a pasar, y después de las cortesías de rigor fue directa al grano.

—¿Se reafirman ustedes en la tesis del suicidio?

Ashley Foster le lanzó una mirada incisiva.

—¿Eso es lo que le dijeron anoche?

—Creí entender que la puerta estaba cerrada por dentro y habían hallado el arma en la mano de Anita Rosenberg, circunstancias que sugieren un suicidio. Y al parecer los vecinos acudieron de inmediato al oír el disparo, y todos aseguran que nadie salió de la casa antes de que llegara la policía.

—Está bien informada... Efectivamente, los primeros indicios apuntan en esa dirección. Al menos, esa es la opinión de mis colegas.

El tono de la joven sugería escepticismo.

—¿Y la suya?

—La investigación apenas ha comenzado. Estamos estudiando todas las posibilidades, pero, como comprenderá, por ahora no puedo decirle nada más.

—¿Han escuchado la emisión?

—Sí.

—¿Y la voz? ¿La han identificado? La voz amenazante que interviene justo antes del... del...

—Estamos en ello, señora Spencer.

—Admita que es inquietante. La señora Rosenberg no estaba sola, y fuera quien fuese ese individuo, su actitud hacia ella no era amistosa. Cuanto más lo pienso menos me convence lo del suicidio...

Ashley Foster abrió la boca para responder, pero se mordió el labio y no dijo nada, cosa que Olivia, demasiado absorta en sus recuerdos, no advirtió.

—Además, están los gritos —añadió—, toda esa gente chillando... Yo estaba... Se acuerda de que no es la primera vez, ¿verdad?

—Por supuesto, ya nos habló del asunto al teniente Cobb y a mí.

Esta vez, algo en la forma en que la sargento la escrutaba atrajo la atención de Olivia, que tuvo la sensación de que la agente no se lo estaba diciendo todo.

—¿Concluyeron esa investigación? —le preguntó—. ¿Descubrieron quién se dedicaba a ese juego enfermizo?

—Seguimos trabajando en ello. Por cierto, la gente de la CFC que habló con usted ¿ha vuelto a presentarse?

—No, aunque supongo que después de la tragedia de ayer podrían aparecer de nuevo.

La sargento Foster cruzó los brazos sobre el pecho y respiró hondo. Dudaba.

—Señora Spencer, debo ponerla sobre aviso. Esos hombres no son de la Comisión Federal de Comunicaciones.

—¿Perdone?

—He hecho algunas indagaciones, incluida su sede. La CFC no envió ningún agente a Mahingan Falls.

—Pero entonces... ¿con quién hablé?

Olivia recordaba a la perfección al tipo alto y delgado que la había abordado, así como la sensación de malestar que había experimentado después.

—De momento lo ignoramos. De todas formas, si vuelve a verlos, le agradeceré que me lo comunique de inmediato. En caso de urgencia, mi móvil está anotado al dorso.

Ashley Foster le tendió una tarjeta.

—No... no entiendo por qué iban a hacerse pasar por agentes de la CFC. No consiguieron nada, ni material, ni dinero...

—Para serle sincera, yo tampoco. Pero este asunto del pirateo de emisiones con la presencia simultánea en el pueblo de esa gente no me gusta. Al teniente Cobb y a mí nos encantaría hablar con ellos, no sé si me entiende. En lo que a usted concierne, no se preocupe, no veo qué podríamos reprocharle. Las cintas de audio son claras a ese respecto: usted lo hizo lo mejor que pudo. Era imprevisible.

Olivia asintió, ausente. No salía de su asombro ante aquella suplantación de la CFC. Estaban en medio de un complot, y no era nada excitante, al contrario.

—¿Cree usted que mi familia y yo podríamos tener problemas con esos

farsantes? —preguntó de pronto.

—No, el asunto no tiene nada que ver con usted. Y si eso la tranquiliza, le diré que llevo una semana recorriendo la región en su busca. Está claro que se han esfumado.

La sargento Foster le aseguró que estaban haciendo todo lo posible para aclarar aquellos misterios, pero Olivia tuvo la sensación de que recitaba un texto aprendido de memoria, sin la menor convicción. Poco después de despedirse, Olivia, que seguía confusa, vio el vehículo policial retroceder por el camino de acceso y alejarse entre los árboles. Tom dormía la siesta arriba, con Zoey, y seguramente también con el cachorro. Demasiado alterada para unirse a ellos, Olivia buscó una actividad que la mantuviese ocupada física y mentalmente. Tom había fregado todos los cacharros y recogido los juguetes de la niña. No sabía qué hacer.

Cuando Tom bajó al cabo de un rato, la vio sentada ante su ordenador portátil. Olivia corrió a su encuentro para contarle lo que acababa de saber, y Tom arqueó las cejas, perplejo. Lo discutieron, pero cuando acabaron seguían sin saber lo que convenía hacer, aparte de seguir con su vida normal y dejar trabajar a la policía. Más tarde, Tom señaló el portátil y le preguntó qué la tenía tan interesada.

—He redactado un borrador del comunicado de prensa que Cynthia remitirá a los periodistas. ¿Puedes darme tu opinión?

Estaba nerviosa, Tom se percató enseguida.

—Claro, pero luego te quiero para mí, arreglamos a Zoey y nos vamos a dar una vuelta por la zona, para tomar el aire, lo necesitas. No es negociable.

—No quiero dejar a los chicos solos, por lo menos hasta que les haya explicado lo que pasó anoche.

—Pasamos a recogerlos antes de irnos. Cenaremos todos juntos en Salem.

Corrigieron alguna frase aquí y allá y luego prepararon una bolsa con una muda para Zoey y algo para que merendara.

Un hombre se acercaba a la casa con paso un tanto vacilante. Pese al calor, llevaba una chaqueta de algodón sobre la camisa, un pantalón de loneta beige y zapatos de piel. No parecía tener muchos más años que los Spencer, unos cuarenta y cinco quizá, aunque Olivia se fijó en sus sienes plateadas y en las gafas que asomaban fuera del bolsillo delantero de la americana.

—Buenos días. Soy Joseph Harper, vivo un poco más abajo, al comienzo de Gettysbourg End. Nuestras casas son vecinas en línea recta por el bosque...

No quería molestarlos, pero me he armado de valor y...

Tom se presentó e hizo lo mismo con su mujer.

—Es que estábamos a punto de irnos, señor Harper. Quizá podríamos vernos en otro...

—Sí, claro, lo entiendo. No quiero importunarlos.

Asumiendo su papel de relaciones públicas del matrimonio, Olivia posó la mano en el brazo de Tom y terció en la conversación.

—Recibí su respuesta a nuestra invitación. No era necesario que se disculpara por no poder asistir, fue muy considerado de su parte.

—Mi mujer y yo estábamos fuera, lo siento. Mire, imagino que no es el momento, pero anoche oí el programa, soy un asiduo de la emisora y he de confesarles que ese es el motivo de mi visita...

Olivia sintió que el brazo de Tom se tensaba bajo su mano, y con una leve presión le indicó que se callara. Zoey, encaramada a su otro brazo, empezaba a pesarle, pero estaba tranquila y atenta al inesperado visitante.

—Es muy amable, gracias —dijo Olivia—. Si usted y su mujer están libres este fin de semana, quizá podríamos organizar un encuentro entre vecinos...

Joseph Harper asintió, sin abandonar su actitud un poco preocupada.

—Será un placer. Perdonen que insista, pero están en contacto con la policía, ¿verdad? Por la tragedia de anoche, quiero decir...

—Sí, ¿por qué? —preguntó Olivia, extrañada ante la seriedad de Harper.

—Pues verán... Sin duda, será más apropiado si parte de ustedes, que después de todo ya están en contacto con ellos, mientras que yo soy ajeno a lo ocurrido, de modo que, si voy a verlos, lo primero que se preguntarán es qué pinto yo en esto...

—¿Adónde quiere ir a parar? —lo atajó Tom.

Consciente de que se iba por las ramas, Harper asintió.

—Soy profesor en la Universidad de Miskatonic, que está en Arkham, no muy lejos de aquí. Enseño Literatura Comparada, aunque eso no tiene nada que ver con el asunto del que quiero hablarles. De hecho, mi primer interés académico fue la evolución de la lengua, en particular los inicios del inglés moderno, digamos que entre los siglos XVI y XVIII, *grosso modo*. También tengo nociones de inglés antiguo, por supuesto...

—Eso está muy bien, pero... —empezó a decir Tom, que se interrumpió al ver que Olivia animaba a Harper a continuar con una sonrisa.

—¿Cómo decirlo? Anoche, oyendo su programa, me quedé... anonadado por lo que ocurrió, por supuesto, pero a la vez muy sorprendido con las extrañas palabras pronunciadas por ese hombre de voz cavernosa. Confieso que no entendí muy bien lo que pasaba, si ese hombre estaba con ustedes en el estudio, si era una intromisión o... si se trataba del curioso personaje al que aludía la pobre señora...

—En cuanto a eso, estoy igual que usted —reconoció Olivia acomodándose a Zoey en la cadera.

A su lado, Tom empezaba a impacientarse.

—Es que... las primeras palabras de ese hombre tan extraño, justo antes de los gritos..., ¡qué cosa tan escalofriante, Dios mío!..., sus primeras palabras..., bueno, son bastante atípicas, la verdad.

—Ya, pero... ¿entendió algo de esa jerigonza?

—De hecho, dos palabras, sí. *Hearken, gammer*. Es inglés arcaico. Hoy ya nadie habla así.

—¿Sabe lo que significan?

Zoey se agitaba. Olivia la dejó en el suelo para que correteara por la hierba cerca de ellos y así poder desentumecerse el brazo.

—Sí, podrían traducirse como «escucha, vieja».

Olivia no supo qué pensar. Aquello confirmaba que la inquietante presencia masculina se dirigía a Anita Rosenberg, pero el motivo por el que utilizaba palabras antiguas... seguía siendo un absoluto misterio. Para su sorpresa, Tom cambió de tono, mostrando un repentino interés.

—Dice usted que esa lengua ya no se utiliza. Pero ¿era habitual en la región en otros tiempos?

—Sí, por supuesto.

—¿En qué época?

—Ya le he dicho, entre los siglos XVI y XVIII aproximadamente, aunque no puedo pronunciarme sobre esos términos concretos sin verificarlo antes cuidadosamente.

—¿En la época de los colonos de Mahingan Falls quizá?

Harper asintió de inmediato.

—Sin ninguna duda. Hay que tener en cuenta que los dialectos evolucionaron de forma más o menos independiente en función de los orígenes de cada uno, por ejemplo: pronunciación específica, derivados de palabras que...

—Gracias, señor Harper —dijo Tom tendiéndole la mano.

El profesor se la estrechó, un poco sorprendido.

—En cualquier caso, eso podría ayudar a la policía. He pensado que viniendo de ustedes tendrá más peso. Desde luego, no doy nada por sentado, puede que sea mera casualidad, pero aun así esas palabras, esa entonación imperiosa... Realmente parecía que estuviera ordenándole a la pobre mujer que se callara y lo escuchara. No tengo noticias de familias en la zona que sigan utilizando alguna variante del inglés antiguo. Dicho esto, la policía juzgará si les es de utilidad o no, supongo.

Joseph Harper insistió en volver a darles su número de teléfono y se fue por donde había venido, saludando con la mano repetidas veces.

Olivia encontraba divertido al personaje, con un fuerte potencial «cincuenta-cincuenta», como lo llamaban ellos. Cincuenta por ciento de probabilidades de que fuera apasionante, y el otro cincuenta, de que aburriera hasta a las ovejas. Una lotería.

Echó a andar hacia el coche, pero advirtió que su marido ya no tenía la misma expresión relajada que antes de salir.

—Solo quería ayudar, cariño. Un poco charlatán, de acuerdo, pero con buena intención.

Tom asintió, pensativo.

—¿Estás bien? —insistió Olivia.

Los ojos de Tom se volvieron hacia ella. Ya no era el marido jovial que se esforzaba en sacar a flote a su mujer en un momento difícil. Era como si de pronto le hubiera caído una losa encima. Dudó unos instantes y señaló la casa.

—Hay algo que quiero enseñarte. No debería haber esperado tanto. Ven, entremos.

44.

—¿No tienes ni idea de lo que era? —insistió Connor volviendo a encasquetarse la gorra de los Red Sox.

—¡Es que no lo he visto! —repitió Owen—. Pero, fuera lo que fuese, no me perseguía para hacerme caricias, ¡eso os lo puedo garantizar!

Los cuatro chicos estaban sentados en un banco, entre las hayas y los arces del parquecillo del enorme complejo escolar. A su alrededor, decenas de adolescentes de distintas edades se dispersaban en todas direcciones, una vez acabadas las clases.

—Vale, pero el caso es que no sabes quién era.

—O lo que era —les recordó Corey—. Eso sí, el baño de los tíos está cerrado. Tienes suerte de que nadie te haya visto salir, si no el colegio te culparía de los daños y te iba a costar lo tuyo explicarlos.

—Yo te creo —dijo Chad levantándose para colocarse frente a ellos—. Te he visto el careto cuando te has tirado al suelo en plancha, y sé que no cuentas chorradas.

—Nadie ha dicho que lo haga —puntualizó Connor un pelín irritado—. Solo que no sabemos qué era... esa cosa.

—¿Uno de los espantapájaros de los Taylor? —sugirió Chad.

Owen sacudió la cabeza.

—No, no lo creo.

—Pero te ha llamado por tu nombre, ¿no?

—A través de las cañerías, sí. Tenía una voz un poco rara, como..., no sé..., un poco siseante.

—¡Si yo tuviera la boca metida en un sitio tan estrecho, también sisearía! —ironizó Connor.

—¿Como un extranjero con acento? —se le ocurrió a Chad—. ¿Podría ser

eso?

Connor le dio una fuerte palmada en la espalda.

—No empieces otra vez con tu absurda teoría del terrorismo, te estás volviendo un poco racista.

—Puede, no lo sé —respondió Owen—. Pero desde luego venía de debajo del colegio. Esa cosa ha subido por la escalera de servicio, de eso estoy seguro.

—¿Qué relación puede haber entre Eddy Hardy y el colegio? —se preguntó Chad.

—¿Y si estuviéramos equivocados? —dijo Connor—. Puede que Eddy Hardy no tenga nada que ver con el espantapájaros.

—Es demasiado fuerte para ser casualidad —respondió Owen—. Estoy seguro de que Hardy es el espantapájaros o tiene algo que ver con él.

—¿Una de sus víctimas que vaga por el cole? ¿Un alumno, como nosotros? —sugirió Chad.

—¡Al final resultará que hay algún muerto enterrado debajo del colegio! —clamó Corey—. ¡Y que la ha tomado con nosotros, chicos!

—Con nosotros no, a quien quería pillar era a Owen —le recordó Connor. Chad se sorbió la nariz y agitó el índice en el aire.

—Esta vez le ha tocado a Owen, pero quién sabe si la próxima no irá a por ti.

Connor bajó la mirada.

Cuanto más pensaba Owen en lo que había vivido, más fácil le resultaba descomponerlo. Cada detalle se recortaba con claridad, y él lo colocaba casi metódicamente en su correspondiente casilla dentro de su pragmática mente. Un elemento en particular empezaba a perfilarse con especial nitidez. Un sentimiento visceral, casi instintivo. Una parte de él, animal, que había almacenado ese punto concreto. Owen se había sentido amenazado por una fuerza igual de instintiva, una entidad olvidada que lo devolvía a sus miedos más primarios. El miedo a la oscuridad. El miedo de la presa perseguida. Una presencia...

—¡Antigua! —exclamó—. Era una presencia antigua.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Corey, sorprendido, acariciándose maquinalmente las pecas de la mejilla.

—Sencillamente lo siento. Es una fuerza antigua.

—¿Antigua como un abuelo o antigua como un dinosaurio? —quiso saber

Chad.

—No lo sé, simplemente es... vieja. Como un olor, no acabas de entender por qué ni cómo, pero sabes que es el olor de algo que apesta a viejo.

—¿Había tambores o cánticos raros? —preguntó Connor con la mayor seriedad.

—No, ¿por qué?

—¿Os acordáis del libro que leí en la biblioteca?, ¿la historia esa de la masacre de indios? Se supone que fue aquí, justo bajo nuestros pies.

Los chicos se miraron en silencio. Chad, de pie frente a los otros tres, podía ver el enorme edificio, que hundía sus cimientos en aquel suelo regado con sangre inocente. Sus numerosas ventanas se tragaban la luz, como si fueran ojos negros; parecía gigantesca araña de piedra con las patas clavadas en la tierra, que esperaba a la siguiente presa.

—Tenemos que hablar con un adulto —dijo Owen.

Para su gran sorpresa, nadie se indignó.

—¿Con quién? —preguntó al fin Corey—. ¿Quién nos tomará en serio en vez de mandarnos a la cárcel por el asesinato de Dwayne Taylor?

—¡No fuimos nosotros! —replicó Chad, irritado.

—¡Ya lo sé, listo! Yo también estaba allí, ¿recuerdas?

Owen alzó las manos para hacerlos callar.

—Gemma —dijo—. Ella nos creerá.

—¡No! ¿Mi hermana? ¿Estás chalado? ¿Quieres que no me dejen volver a hablar con vosotros jamás?

—Gemma no es de la pandilla, no funcionará —refunfuñó Connor.

Owen gesticulaba para hacerse oír.

—Es buena tía, nos escuchará —insistió.

Corey meneó la cabeza, poco convencido.

—¿Y luego? —gruñó Connor—. ¿Qué le diremos? ¿Que hay un asesino de niños reencarnado en espantapájaros que nos la tiene jurada? ¿Y unos indios enterrados debajo del colegio, conchabados con él?

Chad indicó por señas que Connor se había marcado un punto.

—Yo tampoco veo la relación entre Eddy Hardy y la matanza de indios.

—¿Una especie de venganza de sus espíritus? —sugirió Corey—. Puede que, como nosotros descendemos de los colonos malos que se los cargaron, piensen que también merecemos pagar por ello...

—¡Qué idiotez! —opinó Chad—. ¿Por qué ahora? ¿Y por qué somos

nosotros más responsables que nuestros padres, nuestros abuelos y los que los precedieron? Además, Owen y yo acabamos de llegar, no tenemos nada que ver con vuestros antepasados.

—Por eso necesitamos la opinión de otra persona, de alguien inteligente — insistió Owen—. Alguien con una nueva visión y en quien podamos confiar. Tu hermana, Corey. No se me ocurre nadie más.

El aludido hizo una mueca.

—Como se le crucen los cables, me mata.

—Si seguimos callados, ¡nos matarán a todos! —declaró Chad, tan enérgico como siempre.

—Vale. Y aparte de eso ¿qué hacemos? Gemma no nos va a sacar de este marrón ella sola...

Chad observaba la impresionante fachada del colegio.

—Habrá que actuar —dijo muy serio.

—¿En qué estás pensando? —se interesó Connor, que prefería la acción a la espera.

—Nos pasamos la vida en el colegio. No podemos arriesgarnos a que esa cosa, sea lo que sea, nos atrape cuando estemos solos, con la guardia baja.

Corey levantó la cabeza y abrió unos ojos como platos.

—¡No, no, no! —exclamó indignado—. ¡Si crees que voy a hacer eso, estás listo, colega!

—¡Es nuestra única salida!

—¡Estás zumbado! Si bajamos ahí, no habrá salida que valga.

Connor se levantó a su vez.

—Chad tiene razón. ¿Quemamos al espantapájaros y no vamos a poder con un indio muerto?

Owen agitó el índice ante ellos.

—Yo no he dicho que fuera un indio. Había alguien o algo subiendo las escaleras, pero también otra cosa... Una especie de aura o una sombra densa que me perseguía...

—De todas formas, ya tenemos una pista para empezar —dijo Connor—. La escalera de servicio.

—He oído decir que ahí abajo hay un laberinto de pasillos —explicó Corey—. Vamos a perdernos, que es exactamente lo que quieren los indios muertos.

—Eso no lo sabes.

Owen iba de un lado para otro, meditando. Poco a poco, todo iba

organizándose en su cerebro. Cuando estuvo listo, los reunió a todos con un silbido autoritario que incluso le sorprendió a él mismo.

—Esto es lo que vamos a hacer. Para empezar, necesitamos más información. Los comandos no van al terreno de operaciones a la buena de Dios. Volveremos a la biblioteca.

Coro de protestas. No les había gustado ni el lugar ni el bibliotecario.

—¡No tenemos elección! —bramó Owen para hacerles callar—. Cuando sepamos quién, dónde y cómo, entonces bajaremos a ajustarle las cuentas a esa cosa, sea lo que sea.

—¿Y Gemma? —preguntó Chad.

—En cuanto estemos listos, la ponemos al día. Una chica puede sernos de mucha ayuda.

—¿Para qué? —preguntó Corey, incrédulo.

—Las chicas saben y comprenden cosas que a nosotros se nos escapan. ¿Por qué crees que son ellas las que traen niños al mundo? Saben crear vida. Es justo lo que necesitamos para enfrentarnos a la muerte.

Los otros tres lo miraban muy poco convencidos. Pero ninguno rechistó. Todos tenían dudas sobre aquel plan, pero sabían que para ellos era vital actuar. Tenían que sorprender a su enemigo, quienquiera que fuese.

Antes de que él los atrapara.

45.

Olivia estaba entrando en contacto con Gary Tully y sus memorias. Sentada ante el escritorio en el sillón de su marido, hojeaba las numerosas libretas negras escuchando el largo resumen que le hacía Tom, mientras Zoey se entretenía con sus juguetes en el suelo de madera.

La parte sobre Jenifael Achak le interesó especialmente, sobre todo cuando su marido le explicó que había vivido entre aquellas cuatro paredes. Tom no le ocultó nada, ni el suicidio de Tully en la que ahora era la habitación de su hija, ni los posteriores de la familia Blaine.

—Nunca viste ratas, ¿no es así? —le preguntó Olivia un poco enfadada.

—No. Fue para proteger a Zoey. Solo por si acaso... Cariño, compréndeme, todo ocurrió al mismo tiempo, sus gritos noche tras noche, el extraño mordisco de Chad, el descubrimiento de esos libros esotéricos y del testimonio de Gary Tully... Y también la presencia glacial que percibiste tú.

—Fue a mí a quien me ocurrió, y lo olvidé enseguida.

—Tú eres pragmática. Además no tenías todas esas cosas delante de las narices. Perdóname, debería habértelo contado mucho antes, pero no quería que te angustiaras.

Olivia asintió.

—Lo sé, lo sé. Querías protegerme. Pero, Tom, cuando se trata de nuestra familia, no juegues con eso, es demasiado importante.

Tom frunció el ceño.

—¿Tú te lo crees? ¿Piensas que todo eso puede ser verdad?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Tú mismo, que estás metido en el asunto hasta el cuello, pareces bastante perdido, ¿me equivoco?

Tom abrió las manos en un gesto de impotencia.

—Es que es tan...

—¿Inquietante? Sí. No sé qué decirte. Los fantasmas, los espíritus de los muertos, todas esas cuestiones ocultistas me interesaban cuando era más joven, pero de ahí a aceptar que nuestra casa pueda estar... encantada, francamente, me cuesta.

Olivia recostó la cabeza en el sillón y observó a su marido, sentado en el borde del escritorio. Un repentino cansancio parecía haberse apoderado de él.

—No me gusta que me mientas —le dijo con tristeza—, sobre todo, después de tanto tiempo.

—Lo siento mucho.

Olivia abrió los brazos, y se estrecharon el uno contra el otro.

—¿Quién más está al corriente? —preguntó con la cabeza apoyada en el hombro de Tom.

—La médium de la que te he hablado y Roy.

—¿El bueno de Roy? Sabe esconder sus cartas...

—En realidad, es el mejor informado. Vive enfrente de nuestra casa desde hace décadas. Y parece ajeno al mundo, pero no pierde detalle de lo que pasa a su alrededor —Tom se apartó y señaló la montaña de documentos que tenían delante—. Lo había metido todo en cajas para entregárselo a Martha Callisper, la médium. Pero, no sé por qué, llevó diez días posponiéndolo.

—Porque algo en ti no está listo. Escucha a tu subconsciente, Tom —dijo Olivia.

Sin buscar nada en concreto, su marido empezó a remover el arsenal de libretas, libros y carpetas llenas de notas y viejos recortes de periódico.

—He examinado a fondo el legado de Gary Tully. Sinceramente, creo que no me he dejado nada. ¿Y para qué?

Se miraron, pensando lo mismo pero sin atreverse a expresarlo. Olivia, más valiente, se decidió a hablar:

—Porque hay un problema: que esto nos afecta puesto que vivimos en esta casa con una historia tan trágica. Por eso.

Tom respiró hondo.

—Entonces, lo crees.

—Soy madre, Tom, una loba. Cuando se trata de proteger a los míos, no cierro ninguna puerta, no corro ningún riesgo. ¿Por qué has cambiado de opinión hace un rato, mientras hablábamos con el bueno de Harper?

—Por el inglés antiguo, por supuesto. Esa mujer que se ha suicidado después de recibir una extraña orden en la misma lengua que hablaban Jenifael

Achak y sus contemporáneos..., eso, perdona, no puede ser una coincidencia, ¿no te parece?

Olivia apoyó la barbilla en la palma de la mano para reflexionar. Vio a Zoey jugando, perdida en su mundo imaginario, ajena a los problemas de los adultos.

—Putos fantasmas... —dijo entre dientes.

—Lo sé. Es imposible.

Olivia abrió los brazos.

—No soy una entendida, pero puede que no sean fantasmas tal como solemos imaginarlos, sino más bien... una especie de fuerte reminiscencia encerrada en un bucle temporal, que choca una y otra vez contra este lugar. Puede que nuestra familia, nuestra felicidad, haya desencadenado ese mecanismo y le haya permitido pasar de una dimensión paralela a esta. Hay tantas cosas que ignoramos, que la ciencia aún no comprende..., seguro que el fenómeno tiene explicación, aunque no según los parámetros actuales.

Tom se masajeó las mejillas nerviosamente.

—Da igual las veces que me diga que es imposible —confesó—. Siempre se añade un hecho, como si toda esta locura quisiera restregármelo por la cara hasta que abra los ojos. No consigo quitármelo de la cabeza.

Olivia señaló a su hija.

—Ese es el motivo por el que no vamos a correr ningún riesgo. Tiraremos del hilo hasta el final. No pienso dormir con la duda, y menos aún con mis hijos, mi tribu, bajo este techo.

—Tú verás si quieres leer todo eso. Yo lo he hecho y no sé qué conclusión sacar.

Olivia sacudió la cabeza.

—Tú mismo lo has dicho —respondió al cabo de un momento—. Soy pragmática y necesito lógica. Que nuestra casa sea la prisión de un remanente histórico que nos supera, vale, puedo aceptarlo haciendo un gran esfuerzo. Pero la muerte de Anita Rosenberg tiene que estar relacionada con todo esto, porque si no, las palabras en inglés antiguo no tendrían ningún sentido. Así que vamos a seguir esa pista.

—Eso es cosa de la policía, cariño.

Olivia le dio unas palmaditas en la mano.

—No, ellos buscan pruebas tangibles. Nosotros vamos a hurgar en el pasado de los Rosenberg. Vamos a investigar lo que la policía nunca se

planteará: la posibilidad de una relación entre la víctima y una supuesta bruja de hace más de trescientos años.

—¡Buja! —repitió, muy orgullosa, Zoey, que ahora estaba de pie al otro lado del escritorio, mostrándoles una de las libretas de Gary Tully.

En un ataque supersticioso, Tom se la arrebató y volvió a colocarla en lo alto del montón. La niña se echó a reír.

Con una risa cristalina. De pura inocencia.

46.

El océano hacía rodar sus olas incansablemente y dejaba en la tibia playa su ofrenda de espuma y algas. Había gente paseando y unos pocos valientes bañándose en las frías aguas o tomando el sol en bañador sobre una toalla. Gemma caminaba con los zapatos en la mano y el viento arrojándole el pelo a un lado de la cara. A su lado iba Adam Lear, con su mochila a la espalda y la de Gemma —que había insistido en llevar hasta que ella había cedido— colgada del hombro.

La chica volvió a consultar el reloj.

—¿Tienes prisa? —le preguntó Adam.

—Debería estar en casa de los Spencer dentro de cuarenta minutos.

Adam parecía decepcionado.

—¡Ah, sí, lo había olvidado! Creía que después de lo que ha pasado en la radio no te necesitarían durante un tiempo.

—Al contrario, tienen montones de cosas que solucionar. Yo me ocupo de la niña, y eso les da un par de horas de respiro. De todas formas, aún faltan treinta y cinco minutos... —le recordó Gemma con una sonrisa que esperaba no fuera demasiado tonta.

—Es verdad. ¡Ven, vamos a sentarnos en las rocas! Me gusta la vista que hay desde allí: el acantilado con el faro, el horizonte de olas...

«El horizonte de olas... Encima habla como un poeta.» Gemma comprendió que se estaba poniendo demasiado sensiblera, casi cursi. Para compensar, procuró anteponer la razón a sus emociones, y al hacerlo, sus auténticos problemas volvieron a la superficie. Echó un vistazo a su espalda y luego en dirección al largo paseo asfaltado paralelo a la playa.

—Puedes relajarte, ya lo he comprobado, no está —dijo Adam con tono protector.

Gemma se lo había contado todo. Bueno, casi todo. Lo que Derek Cox le había hecho en el cine, no. Sobre eso había sido vaga: se había limitado a decir que la había molestado. «¡Al señor Armstead le encantaría oír un ejemplo tan claro de eufemismo en la clase de lengua!» Gemma aún no estaba preparada para asumir el papel de víctima de una agresión sexual. La mera expresión le desagradaba. No quería que hablaran de ella en esos términos, y menos Adam. Eso nunca. No obstante, le había explicado la situación en que se encontraría si intentaba verse con ella en público. Derek Cox podía enterarse, y a saber cómo reaccionaría. Después de que Chad lo hubiera sorprendido delante de su casa, Gemma no paraba de hacerse preguntas al respecto. ¿Estaba allí por ella o para vengarse de Olivia por la humillación que le había hecho sufrir? Gemma no se atrevía a comentar el asunto con su jefa; apenas se había repuesto de lo que Olivia le había hecho a Derek a la salida del trabajo —aunque en el fondo le había gustado—, y temía una nueva reacción espectacular. «¡Puede que eso lo calmara de una vez por todas!»

Pero con un espécimen como él, cualquiera sabía.

Gemma se había enterado de lo del suicidio en directo en el programa de Olivia la misma noche en que había ocurrido. Por eso no había querido hablar con ella, pero no podía seguir callando. Si Derek pensaba vengarse, Olivia tenía que estar sobre aviso.

«No la atacará a ella directamente, la emprenderá con su coche o con la fachada de la casa. Es un animal, pero también un cobarde —eso no cambiaba nada. Gemma se juró que esa misma tarde, en cuanto llegara, lo soltaría todo—. De todas maneras, lo más probable es que vaya a por mí.»

Lo había visto esa misma mañana en un pasillo del instituto. La miraba fríamente, como si no quedara una pizca de vida dentro de él. Eso le había provocado escalofríos. A la hora de la comida, había corrido a buscar a Adam para llevárselo hasta una mesa apartada, y todo había salido en un torrente inagotable.

Llegaron junto a un grupo de rocas pulidas por siglos de mareas, justo al pie de la estructura de madera que sostenía el Paseo, a diez metros por encima de sus cabezas. Adam dejó las mochilas en el suelo y se sentó en una de las más grandes, frente al mar. Gemma lo imitó tras lanzar una mirada recelosa a la oscuridad que reinaba en aquel laberinto de vigas y puntales. «La oscuridad de las películas de terror. La oscuridad en la que se ocultan los monstruos.» De pronto se imaginó a un payaso de sonrisa malévolamente y ojos de loco, que salía de

ella sosteniendo un manojo de globos llenos de sangre de niños muertos. Luego, a una silueta oscura cubierta con una horrible máscara blanca que empuñaba un afilado y reluciente cuchillo. Y por último, unas alas enormes que se desplegaban lenta y silenciosamente mientras una masa informe se dirigía hacia ellos, iluminando las tinieblas con sus pupilas de fuego, como un demonio hambriento.

Gemma tenía la carne de gallina. Aquel asunto de Derek Cox la estaba volviendo loca. ¡Ahora tenía pesadillas incluso despierta!

—No sé qué hacer —le dijo a Adam—. Esto de Derek no puede seguir así.

—Ignóralo, es lo mejor.

—No me apetece tener que esconderme o mirar atrás constantemente cuando salgo. Me está dando dolor de estómago.

—Yo podría ir a verlo y...

—¡Ni se te ocurra! Sabes muy bien cómo acabaría eso.

—No lo digo para agobiarte, pero salir contigo ya me ha puesto en su punto de mira. Y si no es él, Tyler Buckinson o Jamie Jacobs acabarán echándose encima en su nombre.

De pronto, un sentimiento de culpa invadió a Gemma, y en su pecho se formó un gran sollozo. La chica apretó los dientes y consiguió ahogarlo en el último momento, pero no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas. Adam se dio cuenta enseguida.

—¡No, por favor! No lo decía para entristecerte... Lo siento mucho...

Con un gesto instintivo, la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí. Gemma se acurrucó contra él y apoyó la cabeza en su hombro.

—Perdona —murmuró enjugándose la mejilla.

Con la otra mano, Adam le cogió por la barbilla para que lo mirara. Sus caras casi se rozaban.

—Conozco a esos tres bestias desde que era un crío. Este mediodía, cuando me lo has contado todo, he comprendido lo que significaba continuar con nuestra relación. Pero me da igual. Quiero que estemos juntos, ¿sabes? Y ni Derek, ni Tyler ni Jamie podrán impedírmelo.

Relación. Juntos. Las palabras de Adam resonaban en la mente de Gemma y absorbían como esponjas toda su frustración, su cólera y su pena. Adam Lear la estrechaba en sus brazos, eso sí que era real. Vio sus carnosos y suaves labios muy cerca de los suyos. Pese al aire salino, casi podía percibir su olor. Sus sienes palpitaban. Sus ojos la miraban. Era un instante terrible y mágico a

la vez. Lleno de deseo y de pudor, de incertidumbre y de posibilidades. Una fragilidad adolescente teñía tanto su relación física como sus emociones, mucho antes de que el paso del tiempo y las rutinas de la edad adulta hicieran perder su autenticidad a un beso, ese acto que ahora era emocionante, que exigía valentía, causaba turbación, desencadenaba tempestades hormonales y era el preámbulo de eventualidades tan inquietantes como embriagadoras. Gemma conquistó el espacio que los separaba con un pequeño impulso de apenas unos cuantos músculos de la nuca, que sin embargo requirió librar muchas batallas interiores, y cuando los labios de Adam entraron en contacto con los suyos, el mundo entero desapareció, y con él hasta el último de sus temores.

Una voluptuosa tibieza la embriagó y la transportó hasta el umbral de su propio cuerpo, hasta el punto de fusión entre ella y él. Incluso el tiempo se diluyó hasta fundirse con el rumor de los flujos y reflujos del océano, los lejanos gritos de los niños y los chillidos de las gaviotas, que se borraron bajo el fragor de ese beso. Y sin embargo, más tarde Gemma recordaría cada detalle, cada sonido, cada sensación de su piel, desde la brisa y los escalofríos hasta y los latidos de su corazón. Una instantánea de la felicidad.

Cuando se apartaron el uno del otro, Gemma tenía las mejillas encendidas, el corazón derramado por la playa y las piernas tan flojas como si fueran de gelatina. Casi temblaba.

Adam apoyó los codos en las rodillas y, con la cara entre las manos, la contempló con los ojos brillantes.

—Si me regalas más besos como este —murmuró—, estoy dispuesto a enfrentarme a todos los tiranos del planeta.

La imagen de Derek Cox y sus dos acólitos devolvió a Gemma a la realidad. Imaginó lo que podrían hacerle a Adam, y toda su euforia se esfumó.

—Hay que encontrar una solución —dijo fríamente—. Antes de que esto acabe mal.

Adam le acarició la mano e intentó mostrarse lo más tranquilizador que pudo, pero Gemma adivinó que también él dudaba.

Cuando se separaron, en el aparcamiento de detrás de la farmacia de Main Street, se dieron un último beso al que les costó poner fin. Luego Gemma subió a su viejo Datsun para poner rumbo a los Tres Callejones.

Olivia y Tom no estaban en casa. Se habían llevado a Zoey y le habían dejado una nota pidiéndole que vigilara a Owen y a Chad.

Apenas puso el pie en la terraza posterior, de donde le llegaban las voces de los adolescentes, tuvo la impresión de que los papeles se habían invertido. La esperaban. Más que mirarla, la escrutaban. Y Chad y Owen no estaban solos; los acompañaba Corey y, lo que era más sorprendente, también Connor, el coleccionista de gorras, que esta vez había elegido una roja.

—Tenemos que hablar —dijo Chad con un semblante muy serio.

Connor le acercó a Gemma una de las sillas de plástico.

—Siéntate.

—¿Qué pasa? —preguntó ella alarmada.

Todos se volvieron hacia Corey, que se balanceaba de un pie al otro.

—Muy bien, me toca, así que... —comenzó en voz muy baja, y se aclaró la garganta—. Vale... Gem, esto es superimportante.

—Y serio —añadió Chad.

—¡Cállate! —le ordenó Connor—. Hemos quedado en que se lo diría Corey.

—¿Que me diría qué? Me estáis asustando. Ha habido... ¿Es mamá? ¿Es eso? ¡Oh, Dios mío!

—No, no tiene nada que ver con eso —respondió Corey—. Es... Tienes que prometernos que nos escucharás hasta el final, que no dirás que estamos locos ni gritarás o llorarás. No es broma. ¡Ya me gustaría! Pero no, es muy grave.

—Gravísimo —no pudo evitar comentar Chad entre dientes.

Connor insistió en que se sentara, y Gemma acabó obedeciendo.

Como habían convenido entre los cuatro, Corey le relató al completo sus aventuras desde la primera aparición del espantapájaros hasta las últimas conclusiones a las que habían llegado, y cada uno acabó añadiendo sus precisiones, de manera que al cabo de media hora estaban todos hablando al mismo tiempo y a toda velocidad.

Cuando ya no hubo nada que añadir, se quedaron mirando a Gemma a la espera de la sentencia. Estaban preparados para varias reacciones posibles, y para cada una de ellas tenían listos los correspondientes argumentos, uno de los cuales consistía en arrastrarla a través del bosque hasta los restos del espantapájaros. Pero no se esperaban lo que sucedió a continuación.

—Llevadme hasta el cuerpo de Dwayne Taylor.

Los chicos intercambiaron miradas de pánico.

—No, no puede ser —aseguró Owen.

—¡Demasiado peligroso! —alegó Corey.

—Si siguiera habiendo peligro en los campos, a la familia Taylor ya le habría pasado algo —argumentó la chica.

—¡Por eso estamos seguros de que es Eddy Hardy! ¡Solo ataca a los niños! Eran sus víctimas favoritas. No los adultos.

—Entonces, puedo ir.

—Bueno..., tú no eres del todo adulta —objetó Chad.

—¿Quieres comprobarlo? —contestó Gemma sacando pecho.

Chad se puso rojo como un tomate y se encogió en la silla.

—No, Gem —insistió su hermano—. Lo de ahí arriba no mola, créeme.

—Además, tendríamos que acordarnos de dónde fue exactamente —añadió Owen—, y en el maizal es complicado. No es buena idea quedarse mucho rato. Todo lo que te hemos contado es verdad, tienes que confiar en nosotros.

—Chicos, ¿os dais cuenta de que me pedís que me trague una historia de monstruos, fantasmas y no sé qué más, sin la menor prueba?

—Eddy Hardy existió realmente y vivía en la granja de los Taylor —repuso Owen—. Eso puedes comprobarlo.

—¡El cuerpo del espantapájaros sí lo puedes ver! —exclamó Chad.

—¿Un viejo peto quemado? ¡Menuda prueba!

—¡Todo es verdad, demonios! —gruñó Connor, que empezaba a enfadarse—. ¿Lo veis, chicos? Ya os había avisado: esto no funciona, no está de nuestro lado.

Gemma se dio cuenta de que no bromeaban, al contrario, no recordaba haberlos visto tan serios nunca, salvo el día siguiente de la muerte de Smaug. Y, tratándose de un tema tan fantástico, le chocaba en adolescentes de su edad.

—¿Por qué yo?

Los chicos volvieron a mirarse.

—Porque confiamos en ti —respondió al fin Chad.

—Y porque tenemos un plan —añadió Connor.

—¿Vuestra idea de bajar al subsuelo del pueblo? Es peligroso.

—Menos que esperar a que esa basura venga a arrancarnos los brazos mientras dormimos.

—¡Os perderéis!

—¡Qué va! ¡Si hasta hemos conseguido una copia de los planos en el ayuntamiento! —exclamó Owen con orgullo.

—Por favor, Gem —le suplicó Corey.

En los ojos de su hermano había algo más que desamparo: había miedo.

Gemma no recordaba haberlo visto nunca en ese estado. Todos parecían igual de febriles. No le tomaban el pelo, estaba claro.

—¿Cómo puedo ayudaros con vuestro absurdo plan?

Connor le dio un golpe en la espalda a Chad con aire triunfal.

—Aclárate —se burló Chad por lo bajo—. Hace un momento opinabas que no funcionaría con ella.

—¡No he dicho que estuviera de acuerdo! —se apresuró a precisar Gemma. Corey se le arrojó al cuello.

—¡Sabía que podíamos contar contigo!

—¡Eh!, acabo de decir...

—Necesitamos tiempo —dijo Chad—. No podemos hacerlo un día de clase, así que iremos el sábado, cuando supuestamente estamos contigo.

Gemma sacudió la cabeza, tajante.

—¡Ni lo soñéis! Yo no encubro una estupidez así.

—¡Pero, Gem, acabas de decir que nos ayudarías!

—No, estoy abierta a participar.

—Si me sacan las tripas mientras duermo, ¿crees que te lo perdonarás?

—Corey, nadie va a...

—¡Tenemos que actuar! —gritó Connor enfadándose de verdad—. ¡Si no nos adelantamos a esa cosa, nos encontrará ella primero!

Los otros tres adolescentes volvieron a la carga, y un diluvio de súplicas y protestas llovió sobre la chica, que tuvo que agitar las manos con vehemencia para hacerlos callar.

—¡Vale, vale, de acuerdo! ¡Parad! ¡Os ayudaré! Pero no bajaréis a esos túneles sin mí. Si de verdad queréis hacerlo, será conmigo o de ninguna manera.

—¿Y Zoey? El sábado también tienes que cuidarla a ella... —le recordó Chad—. ¿O es que vamos a llevarla con nosotros?

—Ya encontraré una solución.

—Entonces, ¿de acuerdo? —preguntó Owen—. ¿Nos crees?

—Yo no he dicho eso. Pero... de acuerdo con lo del sábado.

Un grito de victoria unió a los cuatro chicos, que se felicitaban por su éxito, hasta que comprendieron lo que implicaba y recuperaron la seriedad.

Mientras tanto, Gemma estaba abstraída.

Absorta en su propio plan.

47.

En el salón de Ethan Cobb, la difusa frontera entre la vida privada y la vida profesional de un policía se había borrado totalmente. Decenas de folios clavados con chinchetas cubrían las paredes, en las que también se veían fotos de Lise Roberts, Dwayne Taylor, Rick Murphy y Kate McCarthy. Ethan no había podido conseguir ninguna de Cooper Valdez, pero la había sustituido por su nombre acompañado de un signo de interrogación. En la mesita baja, junto al ordenador portátil y el cuaderno de notas del teniente, había un buen montón de fotocopias de expedientes.

Ashley y él lo habían revisado todo, habían elaborado decenas de listas y barajado diversas conexiones entre los casos, sin encontrar ninguna que se sostuviera. Murphy tenía cierto parentesco, lejano, con los Roberts, pero eso era prácticamente todo.

Ethan tenía que sobrellevar su frustración. Le faltaban datos, esenciales en su opinión, pero no podía pedir un informe de autopsia de cada víctima, ni siquiera un examen toxicológico, sin pasar por el jefe Warden. Aquella investigación paralela debía realizarse a toda costa por debajo de los radares oficiales. Se jugaba su carrera, pero también la de Ashley, lo cual quizá era aún más importante para él.

Ethan había puesto muchas esperanzas en los teléfonos y había conseguido que sus antiguos compañeros de Filadelfia echaran un vistazo a los números que les había proporcionado. Sin mucho éxito. Los móviles de las víctimas habían emitido señales por última vez en los lugares donde habían sido hallados; incluso el de Dwayne Taylor, el joven granjero, se había cortado el día de su muerte en la zona correspondiente de la propiedad familiar. Esto último era en sí mismo una información. Dwayne en persona, un cómplice o su agresor habían apagado el aparato deliberadamente. A menos que hubiera

acabado destruido durante una huida o un ataque.

Ahora Ethan estaba convencido: aunque era incapaz de identificarlo, existía un vínculo entre todas esas muertes y desapariciones. ¿Había que deducir que en Mahingan Falls actuaba un asesino en serie? Era más que dudoso... Los *modus operandi* no coincidían en nada, salvo en la singularidad de las muertes. Murphy había sufrido un accidente, aunque existieran indicios de que no había estado solo allí abajo; no podía descartarse la pista del animal. Del mismo modo, Cooper Valdez podía haber caído tontamente entre los motores de su embarcación mientras huía, pero eso no explicaba por qué abandonaba el pueblo en plena noche, en barco y después de destruir todo su material tecnológico. Quedaba la pobre Kate McCarthy. No tenía ningún antecedente psiquiátrico, pese a las suposiciones del jefe Warden. Era impensable que se hubiera causado semejantes lesiones ella misma. Imposible. Le habían arrancado casi toda la piel del cuerpo, casi minuciosamente. Aparte del dolor, se había desangrado: no habría podido terminar sola su terrible tarea, y el marido estaba libre de sospecha, tenía una coartada sólida. Ni rastro de intrusos, el domicilio cerrado con llave por dentro, ningún testigo.

«Un examen toxicológico permitiría despejar las últimas dudas, confirmar que no había consumido drogas o medicamentos especialmente fuertes.»

Una vez más, Warden lo había descartado. «¡Es evidente! ¡Esa loca se ha mutilado!», clamaba, y otras estupideces inaguantables.

En cuanto a Lise Roberts, su caso también era distinto. El hallazgo de su cuerpo hacía cinco días había reactivado el asunto y parecía dar la razón al jefe de policía. Se había quitado la vida el mismo día de su desaparición. El fondo del precipicio donde la habían encontrado era un lugar de difícil acceso, por el que nunca pasaba nadie; había hecho falta una ayudita del destino para que un joven vagara por allí paseando a su perro. ¿Realmente se había suicidado? Ahora todo apuntaba a eso. Salvo el instinto de Ethan. Los testimonios sobre su personalidad dejaban algo claro: con los niños que cuidaba, Lise era de una rectitud y una seriedad irreprochables. Nunca había habido la menor queja, ni siquiera una duda sobre ella. Costaba imaginarla abandonando al pequeño que tenía a su cargo esa noche. Ethan sabía que, cuando ya no podían más, muchos candidatos al suicidio se olvidaban por completo de los demás o de su propia ética, pero no le parecía que fuera el caso de Lise Roberts. Había revisado sus páginas en las redes sociales: ninguna alerta, ninguna señal; al contrario, había anunciado a bombo y platillo

que se tatuaría en directo esa misma noche. ¿Era una añagaza? ¿Había planeado matarse en directo y luego había renunciado? Poco probable. Mostraba demasiado entusiasmo, y se había informado mucho, con detalle, sobre los pasos a seguir para tatuarse ella misma; no podía tratarse de un pretexto. Una vez más, la foto de conjunto no le gustaba. Demasiado borrosa. Demasiadas sombras. El sujeto no estaba claro.

Ethan se acercó a la pared y clavó otra foto.

Anita Rosenberg.

Cuando empezaba a vacilar, a preguntarse si no estaría desbarrando, cayendo en una especie de alarmante paranoia, Anita Rosenberg había acabado convenciéndolo de que tenía razón.

Se había matado tras oír la misma voz gutural del barco de Cooper Valdez y la emisora de Mahingan Falls en agosto, con aquellos insoportables gritos de dolor de fondo. Luego, Ashley había descubierto que la CFC no había enviado a nadie al pueblo, y Ethan supo que todo estaba relacionado. No sabía cómo, pero estaba seguro. Era una evidencia, más allá de su olfato de poli. Demasiadas muertes, demasiadas cosas raras.

Señaló las fotos con el dedo y se volvió hacia Ashley, sentada en el taburete de la barra de la cocina americana.

—¿Podrías preguntarles a la viuda de Rick Murphy y al señor McCarthy si sus parejas se sintieron atraídas en alguna época por la radioafición?

—Si fuera así, supongo que Pat Demmel nos lo habría dicho.

—Salvo que se hubieran dedicado a ello en otro lugar. Yo haré lo mismo con los Taylor y en el entorno de Lise Roberts.

—¿Crees que podría ser eso lo que los relacionara?

Ethan apoyó el índice en el signo de interrogación que acompañaba el nombre de Cooper Valdez, y a continuación en la foto de Anita Rosenberg.

—A Valdez le apasionaba la radioafición, pero antes de largarse hizo trizas todos sus cachivaches. Y la señora Rosenberg murió después de oír la misma frecuencia pirata que oí yo en el barco de Valdez, o al menos la misma voz siniestra. Y además tenemos a unos tipos que se fingen agentes de la Comisión de Comunicaciones y hacen preguntas sobre el asunto al personal de la WMFB. ¿Tú crees en Papá Noel? Ahí está nuestro punto de partida.

Un fulgor hizo brillar los ojos de Ashley.

—¿Crees posible que una señal de radio vuelva a la gente tan majara como para pegarse un tiro?

—No, no veo de qué manera.

—Además, ¿quién iba a hacerlo? Si existiera ese tipo de tecnología, el ejército o el Gobierno la tendrían a buen recaudo.

—Francamente, aunque sea tentador para nuestra investigación, no me parece verosímil. Demasiado fantástico para mi gusto. No. Pero estoy convencido de que es algo relacionado con la radio, o al menos con quien emite las señales piratas.

Ashley asintió y miró su reloj.

—Más vale que me vaya. Si mi marido se entera de que he salido de trabajar a media tarde, se preguntará dónde ando. Mañana me ocuparé de McCarthy y de Nicole Murphy.

—De acuerdo.

Sus manos se rozaron cuando pasó junto a él y sus cuerpos se electrizaron. Ante la puerta de entrada, Ashley buscó torpemente las palabras.

—Bueno... Hasta mañana, supongo...

Ethan le dijo adiós con un movimiento de cabeza.

—Si alguna vez tienes problemas en casa, puedes... Puedo pasarme por el bar.

Ashley frunció los labios, esbozó una sonrisa apurada y desapareció.

Ethan suspiró. Sabía que estaban jugando con fuego. ¿Por qué se obstinaban? «¡Maldito deseo! ¡Te lleva por la calle de la amargura y hace que te comportes como un capullo!»

Abrió el frigorífico para tomarse una cerveza fría y empezó a vagar por el piso, incapaz de estarse quieto. Le daban ganas de coger el coche y perderse por las curvas de la carretera norte, la que subía hasta los acantilados y llevaba a Rockport.

Cuando sonó el móvil, no pudo evitar sonreír. Sabía quién era. No había tardado mucho.

Lo cogió repitiéndose que lo mejor era no contestar, no lanzarse por esa pendiente resbaladiza, pero fue incapaz de resistirse.

La voz lo sorprendió. No era la de Ashley. Miró la pantalla y vio que el número tampoco coincidía.

El resto lo dejó aún más desconcertado.

Estupefacto.

48.

Aunque no el más viejo desde el punto de vista histórico, Beacon Hill era el barrio donde se conservaban los edificios más antiguos, «Mahingan Falls en estado puro», como solía decir Tessa Kaschinski a los posibles compradores durante las visitas. Casas neogóticas y vetustas viviendas de piedra gris construidas en serie, flanqueadas por estrechas torres o protuberantes ventanas en voladizo; sólidas construcciones que no sobrepasaban las dos plantas, algunas tan apretujadas entre sí que apenas respiraban mediante estrechos y oscuros callejones que daban a patios traseros no menos oscuros; otras eran auténticas mansiones asentadas en parcelas de gastado césped que ocupaban por sí solas toda una manzana, la mayoría con el interior compartimentado en pisos; y unas cuantas, intactas desde hacía casi dos siglos y todavía en manos de las familias más antiguas del pueblo.

Beacon Hill ascendía en suave pendiente hacia el campanario de la iglesia presbiteriana de la Gracia. Más adelante, el bosque y las colinas del Cinturón volvían a cerrar el paréntesis urbano, aunque algunos vecinos consideraban el espolón de Mahingan Falls y el faro de su punta parte del barrio.

Olivia y Tom se habían pasado la tarde recorriéndolo, tras emplear la mañana en rebuscar en el archivo parroquial. Dado que Anita Rosenberg había dicho de sí misma con orgullo que había crecido a la sombra de esa iglesia, los dos detectives aficionados habían querido comprobar si existían otros Rosenberg en los registros del templo. El día anterior habían buscado en internet información sobre la genealogía de Anita utilizando varios portales especializados, pero sin demasiado éxito: solo habían localizado a un tal Timothy Rosenberg, que había nacido en Mahingan Falls en 1955 y al parecer había acabado en Australia, pero no habían logrado establecer de forma clara su parentesco con Anita, que por su parte no aparecía en ningún sitio, al menos

virtual. Los registros parroquiales estaban ordenados por años y, a continuación, por acontecimientos relevantes. Nacimiento, bautismo, muerte. Era una montaña de comprobaciones que los desanimó rápidamente cuando comprendieron que necesitarían días y más días para dar con los apellidos acertados, si figuraban, y eso solo sería el comienzo; luego deberían tratar de cotejarlos vía internet, provistos de los nombres completos. Establecer toda la filiación de Anita Rosenberg estaba resultando mucho más difícil de lo que habían supuesto. Remontarse hasta 1692 y Jenifael Achak parecía imposible. «Estoy harta de tragar polvo —había dicho Olivia cerrando de golpe uno de los gruesos registros—. Salgamos. Con un poco de suerte, el puerta a puerta de toda la vida dará más resultados.»

Empezaron con los vecinos de Anita Rosenberg. Helen Bowes los recibió sacando su mejor juego de té en cuanto reconoció a la famosa Olivia Spencer-Burdock de la tele. Ya había respondido a las preguntas de la policía, pero esta vez lo haría «solo por gusto». La vieja comadre, que había colocado su sillón favorito ante la ventana para no perder detalle de las idas y venidas de sus convecinos, se sentía tan honrada con aquella visita que costaba interrumpirla. Los detalles más embarazosos de la vida de los Rosenberg salieron a relucir entre exclamaciones horrorizadas por lo ocurrido en las ondas. «Lo oí todo. Aún tengo pesadillas», repitió al menos seis veces para que al fin la compadecieran un poco. Desgraciadamente, Olivia y Tom se marcharon con un buen dolor de cabeza y la sensación de no contar con más material que antes para vincular a los Rosenberg con Jenifael Achak. Helen Bowes ni siquiera les había preguntado por qué querían saber tantas cosas; en cambio les había recitado la lista de todos los conocidos de la familia Rosenberg cuando esta estaba al completo, y la pareja se pateó las calles de Beacon Hill para hablar con tantas de esas personas como pudieran, sin sacar nada en limpio.

—¿A quién le toca ahora? —preguntó Olivia.

—Barry Flanagan, de profesión herrero, amigo de infancia del marido de Anita.

En el barrio todo el mundo se conocía, y no era difícil dar con alguien con un mínimo de datos. Barry Flanagan vivía encima de los muelles, a menos de seiscientos metros, así que la pareja decidió acercarse allí andando.

—¿No crees que deberíamos contactar con la policía? —preguntó Tom mientras pasaban ante una fachada que tenía más de iglesia gótica que de la

vivienda que realmente era—. Al menos podríamos explicarles lo del inglés antiguo, tal vez eso les ayudara...

—Cuando vayamos a la policía, si es que vamos, les contaremos todo lo que sepamos. Ellos serán quienes decidan lo que les sirve y lo que no. Pero es mejor esperar. Créeme, el jefe es un machista del año de la polca con el que no te va a gustar tratar. Y ya me imagino lo que va a decir: «En el mundo de la farándula no hay más que drogotas», y gilipollecés por el estilo.

Olivia no se mordía la lengua, pero tampoco solía expresarse de forma vulgar, salvo cuando había bebido, hablaba con precipitación o el tema en cuestión la irritaba particularmente, como era el caso de la policía local.

—Además, esto es un pueblo —le recordó—. Lo que les digamos se acabará sabiendo, y pronto todo el mundo nos verá como la familia de neoyorquinos que se asustan por la mínima corriente de aire en su gran casa. Prefiero que nos lo evitemos.

—Como mande su señoría.

—Me preocupan más Owen y Chadwick.

Tom arqueó las cejas.

—Tienen una imaginación muy viva. Si les soltamos que la casa podría estar «encantada», o como quiera que se diga, estamos listos.

—Yo pienso en su seguridad. Si están al tanto, además de andarse con ojo, podrán contarnos cualquier cosa extraña que ocurra, ¿no te parece?

—No, mala idea. Si al final resulta que no pasa nada y que no somos más que dos neoyorquinos que se asustan por la mínima corriente de aire en su gran casa, habremos sembrado el pánico en nuestra familia sin necesidad. Siempre habrá tiempo para prevenirlos si...

—Si hay un maldito fantasma en nuestra casa, nos largaremos, ¡eso es lo que haremos! ¡Ese mismo día, te lo garantizo! —dijo Tom, y se echó a reír.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó Olivia, desconcertada.

Tom le cogió la mano.

—¿Tú nos oyes? —Olivia alzó los ojos al cielo. Su marido se inclinó hacia ella—. Confiesa que, en el fondo, aunque no creas en ello, te excita un poco...

—Por supuesto, cariño, siempre he soñado con hacer un trío con un espíritu.

Tom se rio aún más fuerte sin soltarle la mano. Caminaban por la calle como dos adolescentes enamorados.

—Tú ya me entiendes, una excitación de otro tipo, ahí dentro, en tu cabeza. Ese cosquilleo, esa curiosidad, esa sensación casi infantil de estar buscando

un tesoro...

—No, eso te pasa a ti. Yo solo protejo a los míos —Olivia dio unos pasos más, levantó sus manos entrelazadas y añadió—: ¡Y he encontrado una excusa para pasar un rato con mi marido, sin niños!

Y le guiñó el ojo de un modo que confirmó a Tom que tampoco ella se tomaba aquello completamente en serio. Se implicaba, pero, al igual que él, no se resignaba a abandonar del todo sus creencias racionales.

Barry Flanagan evocó sus recuerdos de infancia con Stew Rosenberg y habló de los padres de su amigo, de cuyos nombres no consiguió acordarse. En definitiva, fue una conversación agradable, pero en absoluto provechosa. Olivia comenzaba a perder la esperanza.

—Estamos atascados —admitió Tom sentándose en el borde de una jardinera llena de flores frente al puerto deportivo, donde media docena de modestos veleros y unas diez embarcaciones de recreo se mecían suavemente.

Olivia señaló la terraza de un bar que daba al puerto, y se sentaron al sol para tomar algo fresco.

Tom se bebió su vaso de un trago y luego escudriñó el paisaje con mirada perpleja. A lo lejos, en lo alto de su dardo de piedra, el faro de Mahingan Falls se alzaba orgulloso e imperturbable, como si siempre hubiera estado allí, velando por los seres humanos.

—Lo que necesitamos es un guía histórico.

—¿No venden guías en la librería?

—Quiero decir una persona, alguien a quien podamos preguntar, un pozo de sabiduría.

Olivia se quedó callada a su vez, hasta que se fijó en la fachada de un restaurante.

—¿Te acuerdas del tipo de la marisquería? La tenemos justo ahí, al otro lado del muelle.

—¿Logan Dean Morgan? Puede que yo sea un hurón, pero tengo buena memoria para los nombres. LDM. Insoportable.

—Nos vendió a su mujer como una experta en la historia del pueblo...

—¿No, su pasión eran los crímenes! Los sucesos violentos.

—¿Y por qué no? Puede que en la historia criminal de Mahingan Falls haya algún Rosenberg, o que esa mujer conozca detalles sobre Jenifael Achak que nosotros ignoramos.

—¿Y que Gary Tully no descubrió en diez años de obsesión?

—¿Qué nos cuesta probar?

—Aguantar a LDM. No sé si soy capaz.

Pero Olivia ya estaba de pie.

Logan Dean Morgan era un martirio. Una tortura para los oídos. Un infierno de egocentrismo, estupidez e incultura.

Pero al lado de Lena Morgan se quedaba en purgatorio, comprendió Tom. Creían que habían pasado lo peor en el Lobster Log después de preguntarle a LDM si era posible hablar con su mujer y batallar para conseguirlo sin tener que cenar con ellos, alegando que la información que buscaba Tom le corría prisa. Pero lo que había seguido era digno de figurar en una de sus obras, en la categoría de «escena a eliminar con urgencia».

Lena Morgan los recibió en la casa de estuco del matrimonio al pie de Westhill. Las iniciales «L&L-M» estaban grabadas en el bronce de la puerta. A los Morgan les iba bien y les gustaba que se supiera. Westhill no era solamente una colina opulenta, era un podio para las fortunas recientes. Arriba, los ricos. Abajo, los aspirantes. Y los Morgan aspiraban. A mucho y a todas horas.

—LDM hizo traer el césped de Florida —les explicó Lena a su llegada—. Yo le dije que era tirar el dinero, que no aguantaría los inviernos de Nueva Inglaterra, y además venderemos la casa en cuanto podamos, porque ya no soporto esos setos. Quiero tener vistas, una o dos calles más arriba, por lo menos divisar un poco de océano. Es normal, ¿no? Vivir en la costa y no ver el mar desde tu casa es ridículo, ¿no les parece?

A Lena, advertida de la visita hacía diez minutos por una llamada de su marido, se le había ido un poco la mano con el perfume francés. Su blusa, mal abotonada, sugería la prisa con que se había cambiado.

—Nosotros vivimos en los Tres Callejones —se dio el gusto de responder Tom.

—Pobres... ¡Yo si viviera enterrada en medio del bosque me ahogaría! Pero si encima es en un agujero con nombres de batallas, creo que no le daría las señas ni a Amazon. ¿En cuál de los tres?

—Shiloh Place.

—¡Bueno, al menos es una victoria! Sus vecinos de Chickamauga Lane no tienen tanta suerte... Salvo que sean sudistas, claro.

—Yo no consigo alegrarme pensando que hubo más de veinte mil muertos. Olivia le dio un codazo a su marido.

Lena los guio a través del salón, decorado con un único cuadro de colores chillones que representaba a los Morgan corriendo desnudos por la playa. El artista no había sido muy consecuente con su propósito y había cubierto las partes íntimas con pinceladas falsamente estilizadas. Tom miró a su mujer con unos ojos como platos. Olivia se llevó un índice admonitorio a los labios.

Se instalaron en el jardín, donde Lena les sirvió sendas copas de rosado frío.

—LDM me ha dicho que quería hacerme algunas preguntas para una de sus novelas policíacas. ¡Me halaga que haya pensado en mí! Dicho esto, nadie en la región sabe tanto como yo sobre crímenes, modestia aparte. ¡No me pierdo un programa! Tengo todos los canales especializados, y LDM me instaló un disco duro para grabar los episodios que no puedo ver. Soy muy fan, ya les digo. ¡Soy un «gozo» de sabiduría! —Tom estuvo tentado de corregirla, pero desistió—. ¿De qué tratará el libro?

—Bueno, no es exactamente un libro, sino una obra de...

—¡Me encantan las novelas policíacas! Es mi género favorito. Seguro que se lo imaginaban, ¿verdad? ¡Con todas las cosas que hago, no tengo tiempo de leer! Pero me encantan los libros. Le dan estilo a una casa, ¿no les parece?

Tom se masajeó la barbilla. Le daba la impresión de que la charla iba a ser difícil.

—Jenifael Achak. ¿La conoce usted? —preguntó Olivia sin más preámbulos.

Tom se quedó sorprendido, pero no dijo nada.

—No. ¿Quién es?

—Una mujer que vivió aquí, en Mahingan Falls. Murió ejecutada en 1692. Una historia siniestra. Creía que le interesaría.

Lena barrió el aire con la mano.

—¡Eso es viejísimo! Yo prefiero los casos en los que intervienen los expertos de la policía con todos esos cachivaches tecnológicos —Tom le lanzó a su mujer una mirada de desesperación—. En realidad, digo eso pero no es verdad, conozco montones de historias aún más antiguas que esa, pero siempre relacionadas con la criminalística. ¿Sabían que el primer criminalista fue un chino, allá por...?, bueno, ya no lo recuerdo exactamente, pero hace mil años o más...

—No —gruñó Tom, exasperado.

—Era juez, o médico, no estoy segura, el caso es que estaba en un pueblo cuando se cometió un crimen. Enseguida reunió a todos los hombres en la plaza, se paró delante de uno y le preguntó por qué había matado al otro tipo. Y entonces el acusado se vino abajo ¡y lo confesó todo! Cuando le preguntaron al juez, o al médico, lo que fuera, cómo lo había sabido, respondió: «Porque las moscas volaban alrededor de su azada, atraídas por lo que debía de ser sangre seca». Increíble, ¿no? Bueno, entre ustedes y yo, también pudo haber sido el primer error judicial: siempre he pensado que a lo mejor solo era mierda.

Tom hundió la cabeza entre las manos.

—Entonces, ¿Jenifael Achak no le suena de nada? —insistió Olivia.

—No. ¿El libro que está escribiendo trata de ella?

Tom, que ya no tenía fuerzas para fingir, no consiguió responder ni siquiera por educación, lo cual no incomodó a Lena, que siguió parlotando con la misma incontinencia.

—Lo siento, pero como comprenderán no puedo conocer toda la historia criminal de Mahingan Falls, es sencillamente imposible.

—¿Tan extensa es? —preguntó Olivia perpleja—. ¿Tiene el pueblo una tasa de criminalidad especialmente alta?

—LDM opina que sí, pero en realidad se equivoca. Lo que pasa es que un siglo da para mucho, y a lo largo de los años en todas partes ocurren cosas. Además, no hay que olvidar que esto era un poco salvaje. Entre los pioneros, que tenían que hacerse sitio, las rivalidades entre colonos, los indios, los bandidos, las guerras y la prohibición, aquí no había quien parara. Pero si se fijan en cualquier pueblo con un poco de historia, verán que pasa lo mismo. Si hubiera que hacer una lista de los crímenes cometidos desde que se pusieron las primeras piedras hasta hoy, se llenarían unas cuantas páginas en todas partes.

—¿Algún asunto relacionado con un Rosenberg?

Lena abandonó su efervescencia natural y se quedó mirando a Olivia.

—¡Ah! ¿Lo de la radio, la otra noche? ¡Usted lo sabe mejor que nadie!

—Otro Rosenberg, quiero decir.

—No que yo sepa. Un suicidio en directo en la radio tampoco está nada mal... —dijo la anfitriona con una risita.

A su vez, Olivia buscó refugio en su copa. El día estaba siendo un desastre.

—Si quiere una buena historia, debería escribir sobre los hermanos Driscoll, ¡eso sí que es espectacular! Toda una familia de contrabandistas que producían toneladas de alcohol en los años veinte. Parece que abastecían incluso a Nueva York y Atlantic City. Su éxito causó envidia, claro, así que unos gánsteres intentaron asesinarlos, pero los Driscoll no se amilanaron. Una mañana, siete fulanos que no eran del pueblo aparecieron ahorcados en sendos árboles a la entrada de Green Lanes. ¡Les juro que es verdad! Todo el mundo sabía que habían sido los Driscoll, pero nadie dijo nada. ¡Ni siquiera fueron a la cárcel! Jamás. Creo que el mayor murió de la gripe y el segundo se pegó un tiro accidentalmente. El único que sobrevivió hasta la guerra fue el pequeño.

—Tomo nota —dijo Tom mirando a su mujer para hacerle entender que ya habían oído bastante.

Olivia consiguió hábilmente que Lena los acompañara al vestíbulo, donde volvió a señalar la franja de césped delante de la casa.

—El próximo verano ahí haremos una piscina. Tipo pasillo, doce metros.

—Creía que quería un trozo de océano... —no pudo evitar decir Tom, sarcástico.

—Si no hemos vendido para entonces —respondió Lena, insensible a cualquier tipo de ironía—, ese proyecto me ayudará a tener paciencia. Si no puedes ir hasta el mar, tráelo junto a ti —añadió guiñándole el ojo con exageración.

—Gracias, Lena —dijo Olivia para agilizar la despedida.

—Ha sido un placer. Siento no haberle podido ayudar con sus dos personajes. La próxima vez escriba sobre los lugares, podré darle infinidad de ideas.

—Los lugares. Comprendido —respondió Tom empezando a alejarse.

—Sí, los lugares y los criminales famosos. De los de aquí, mi favorito es Roscoe Claremont —continuó Lena por su cuenta, para desesperación de Tom, que ya no podía más—. El asesino en serie del condado de Essex. Aunque deberíamos decir de Mahingan Falls, porque en realidad solo mató aquí. Sus víctimas aparecieron al pie de los acantilados, en la costa, es cierto, pero la mayoría de las veces las capturaba y las mataba aquí, que era donde vivía. Sueño con organizar una ruta en autobús que siga toda su trayectoria, los escenarios de los crímenes, los lugares donde vivían él y sus víctimas..., ¡sería fantástico! En Londres hay algo por el estilo sobre Jack el Destripador, y creo que es genial. Quiero que LDM me lleve. Y hablando de sitios, les

habrían encantado Willem DeBerg el Carnicero y su hostel. Sí, ya lo sé, dicho así suena raro: un carnicero en un hostel... —Tom tiró de la mano de su mujer, que, demasiado educada como era, no se veía capaz de dejar a Lena con la palabra en la boca—, ¡pues anda que no cortaba carne el bueno de Willem! —continuó Lena—. Se sospecha que asesinó a varios de sus clientes: los que acudían solos, no tenían familia o acababan de llegar de Europa para hacer fortuna. ¡Y el único que la hacía era DeBerg, que les robaba todo!

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Olivia para asombro de Tom, que no entendía por qué seguía dándole carrete.

—Ya no lo recuerdo muy bien, hacia 1700, una cosa así. Se lo digo porque si lo que les interesara fueran los lugares en vez de las personas, ahí tendrían una buena historia. Sí, porque aunque el hostel desapareció con el tiempo, la fachada ocupa precisamente el centro del edificio donde vivía Anita Rosenberg, ya sabe, su suicida.

Tom se tensó y Olivia le lanzó una mirada.

—¿Cómo? —murmuró.

Lena se quedó inmóvil, y una enorme sonrisa de satisfacción dejó al descubierto su impecable dentadura.

—¡Vaya! Parece que ahora sí he captado su atención... —dijo muy orgullosa.

49.

Con la precisión del relojero que monta pacientemente los diminutos engranajes de un reloj, Owen, Chad, Corey y Connor habían elaborado su plan de batalla durante dos días, antes de contárselo todo a Gemma. Luego pudieron pulirlo hasta la tarde del sábado. Lo habían estudiado todo. Empezando por una nueva visita a la biblioteca ese miércoles para profundizar en el asunto de la masacre de indios por parte de los primeros colonos de Mahingan Falls, y en consecuencia poder establecer con exactitud el lugar en que había ocurrido (en la confluencia de los dos ríos, situada actualmente bajo el centro escolar, como sospechaban). En el ayuntamiento, poniendo como excusa un trabajo para el colegio —para asombro de Sarah Pomelo, la recepcionista: «¿Acabáis de empezar y ya tenéis trabajos?»—, obtuvieron el historial de las obras de soterramiento de los ríos, además de los planos, de los que hicieron fotocopias y fotos con el móvil de Connor. Para mayor tranquilidad, pidieron que les proporcionaran también los del sistema de evacuación de aguas y el alcantarillado, con el fin de compararlo todo escrupulosamente. Para su sorpresa, estos últimos no constituían un único sistema, sino dos redes bien diferenciadas: la primera, menos profunda, recogía la mayor parte de las aguas residuales y las vertía a los ríos, mientras que las cloacas principales, en un nivel inferior, desaguaban su repugnante caudal en la planta de tratamiento de residuos situada al sur, en la linde de los eriales. Eso significaba que en caso de fuertes lluvias el nivel de los dos ríos ascendería rápidamente dentro de los túneles. Cruzarían los dedos para que el tiempo los acompañara.

Los cuatro adolescentes eligieron el punto de entrada más conveniente y discreto, teniendo en cuenta que levantar la tapa de una alcantarilla en plena calle llamaría demasiado la atención.

Chad y Connor se encargaron de hacer la lista del material necesario y consiguieron reunir lo fundamental, que repartieron, básicamente, entre sus dos mochilas.

Tal como estaba previsto, el sábado a mediodía Gemma y Corey llegaron a casa de los Spencer y comieron con ellos. Oficialmente, se llevaría a los chicos al cine, único pretexto que había encontrado para que Olivia y Tom se quedaran con Zoey, lo cual no supuso ningún problema. Dos días antes, la familia Spencer había tenido una larga conversación a la hora de la cena para explicar a los niños lo que había sucedido en directo en la radio, temiendo que el rumor ya hubiera alcanzado el colegio. Chad y Owen habían rodeado a Olivia con los brazos para consolarla. Para ellos, tan obsesionados como estaban con su propio plan, aquello solo era un drama de adultos. Por su parte los padres, monopolizados por sus propios problemas, seguían concediéndoles a los chavales un poco de la independencia que habían tenido durante el verano, y eso estaba muy bien.

A la una y media, el Datsun que transportaba al grueso de la pandilla recogió a Connor en la esquina de West Spring con South Cooper Street y subió por Beacon Hill para aparcar cerca de la vieja torre, último vestigio del antiguo fuerte militar, transformado ahora en depósito de agua. Apenas apagado el motor, los cuatro chavales saltaron fuera del coche y se abalanzaron sobre el maletero, que habían llenado lo más discretamente posible durante la hora de la comida. Apartados en aquel callejón poco transitado, cambiaron los pantalones cortos y las deportivas por vaqueros y zapatos o botas de senderismo.

—¿No tenías otra cosa? —le preguntó Connor a Gemma señalado sus zapatillas.

—No voy a andar por el agua.

—Vamos al subterráneo de un río, ¡claro que habrá agua!

—Pues ya tendré cuidado.

Connor soltó una risita burlona, y cuando todos estuvieron listos, cogió los dos lanzadores de agua con depósito extragrande que habían comprado con sus ahorros —y en los que el propio Connor había hecho las mismas modificaciones que en el que había achicharrado al espantapájaros—, se quedó uno y le tendió el otro a Chad, que se había presentado voluntario.

—Acuérdate —le dijo—: el mechero de debajo del cañón tiene que estar encendido antes de lanzar la gasolina, o no quemarás nada.

—No soy idiota.

—Se apaga constantemente. De eso es de lo que tienes que acordarte cuando estemos en plena acción.

Chad blandió el puño en el aire con una seriedad casi ridícula.

—Cuenta conmigo.

Entraron en un jardín medio abandonado (herencia del fuerte, era la antigua explanada de los cañones que dominaba la entrada del puerto) que bordeaba la tapia del parque municipal. En el extremo sur, un muro bajo se asomaba al canal excavado para encauzar las aguas confluyentes del Little Rock y el Black Creek antes de que desaparecieran bajo el pueblo. Ignorando el sucio letrero que prohibía el acceso, los cinco exploradores rodearon la puerta de hierro y bajaron los estrechos peldaños que conducían a un angosto camino de piedra. Este se alzaba a algo más de un metro de la bulliciosa corriente y la acompañaba a lo largo de todo su recorrido subterráneo.

Chad se detuvo a la entrada del túnel, un semicírculo de unos seis metros de diámetro que penetraba bajo los edificios de Beacon Hill en dirección al puerto deportivo. Del redondeado techo pendían telas de araña enmarañadas y cubiertas de polvo, y la boca de la galería desprendía un tufo a cerrado y a humedad. Tras los primeros pasos, estaba tan oscura como el vientre de una ballena.

—Si alguien tiene miedo, es el momento de rajarse —advirtió Chad.

—¡Como si tuviéramos elección! —rezongó Corey.

Connor se enfundó unos guantes militares que hacían juego con su gorra verde con la leyenda ARMY y exhibió una potente linterna Maglite.

—¡Inspección de material, soldados!

Chad había optado por una linterna frontal perteneciente al equipo de camping de sus padres, tan poco usado que servía de nido a los ácaros desde su nacimiento. No había riesgo de que la echaran en falta.

Estaban listos para entrar, a excepción de Gemma, que no paraba de mirar a su alrededor, como si temiera que alguien los viera o estuviese buscando algo. Incómoda, parecía a punto de dejarlos plantados cuando del interior del túnel brotó una voz.

—¿Adónde creéis que vais?

Faltó poco para que los chicos tropezaran y cayeran al agua. Connor enfocó la linterna hacia un rostro, que se protegió con la mano. El hombre llevaba una

gorra azul marino que no figuraba en la colección de Connor, bordada con el escudo de la policía de Mahingan Falls.

—Mierda... —murmuró Chad al verlo, mientras el agente salía de la oscuridad.

Era un individuo de unos treinta años, pero como no llevaba uniforme no reconocieron al teniente Ethan Cobb, con el que varios ya se habían cruzado, por ejemplo el año anterior en el colegio, donde dio una charla sobre prevención (esencialmente contra las drogas) en la clase de Connor.

—Es una muy mala idea —dijo el policía acercándose lentamente—. Este sitio es peligroso. Menos mal que vuestra amiga tiene más sentido común que vosotros.

Los chavales, incrédulos, se volvieron hacia Gemma.

—¿Tú? —balbuceó Corey.

—Traidora —masculló Chad.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? Hablabais de cazar fantasmas y matar monstruos..., ¿qué esperabais?

Las caras de los chicos expresaban una mezcla de estupor y cólera.

Ethan se plantó ante ellos.

—Pero hay algo mucho más grave —dijo—. Según la señorita Duff, presenciasteis el asesinato de Dwayne Taylor.

Miradas de pánico entre los acusados.

—Eeh... ¡No, no, no es cierto! —empezó a farfullar Connor—. ¡Eso se lo ha inventado ella!

—¡Me lo dijisteis vosotros! —exclamó Gemma, indignada—. ¡Y no parecía cuento!

Ethan Cobb alzó las manos para apaciguar los ánimos.

—Vuestra hermana mayor tuvo la sensatez de llamarme... —empezó a decir.

—¡No es mi hermana! —lo interrumpió Connor, furioso.

—Y ha dejado de ser la mía —añadió Corey.

—... de llamarme a mí personalmente y no a la policía —dijo Ethan.

—Pero usted es policía —repuso Chad.

Todos empezaron a hablar a la vez, dejándose llevar por el pánico.

—¡Eh, calma, escuchadme! —les ordenó Ethan levantando la voz—. Tenéis dos opciones, ni una más. O confiáis en mí y me encargo del asunto, o inicio un procedimiento oficial en la jefatura, y vuestros padres tendrán que ir a

buscaros. ¿Qué preferís, la vía fácil o las complicaciones?

Corey se dejó caer en los peldaños que subían al viejo jardín.

—Estamos muertos...

—No estoy de servicio —dijo Ethan tirando de su camisa vaquera para subrayarlo—. Y he venido sin decírselo a nadie para daros la oportunidad de hablar. Podéis agradecerse a la señorita Duff, que ha sido muy convincente. Confíad en mí y quizá todo esto pueda quedar entre nosotros. ¿Qué le pasó a Dwayne?

Chad y Owen se miraron. Con la barbilla, Connor esbozó un imperceptible «no», pero nadie lo advirtió.

Owen dio un paso adelante.

—Señor, si no entramos en ese túnel, puede que ninguno de nosotros llegue al día de Acción de Gracias.

—¡Puede que ni a final de mes! —confirmó Chad.

—Gemma me dijo algo sobre los fantasmas de unos indios —explicó Ethan—, y debo reconocer que estuve a punto de colgarle. Bueno... —murmuró hincando una rodilla en el suelo para ponerse a su altura—. Es evidente que ha pasado algo, ¿verdad? Así que os propongo lo siguiente: me lo contáis todo sin mentir y yo me comprometo a sacaros del atolladero. De la forma que sea. No me burlaré ni os reprocharé nada —aseguró quitándose la gorra—. Se acabó el poli.

Connor, que seguía sin fiarse, chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Tengo una propuesta mejor —dijo—: acompañenos al túnel. Luego, cuando lo haya visto, confiaremos en usted.

La expresión de Ethan se endureció al instante.

—Así que crees que estás en condiciones de negociar... ¿Qué es lo que esperáis encontrar ahí dentro?

—La fuente de todos nuestros problemas —respondió Corey.

—¿Y la vais a exterminar con unos chorros de agua? —se burló Ethan señalando las escopetas de colores que colgaban de los hombros de Connor y de Chad.

No se había fijado en el mechero acoplado al cañón.

—No lanzan ag... —empezó a decir Chad.

—Connor tiene razón —terció Owen para impedir que acabara la frase—. Venga con nosotros y no necesitaremos convencerlo de nada. Entonces

podremos contárselo todo, y nos creerá.

—No insistáis en que os deje entrar. ¿Qué es lo que no ha quedado claro cuando os he dicho que era peligroso? Os perderéis. Y si alguno resbala y cae al agua, puede ahogarse, hay corriente. No es ningún juego.

—¿Un juego? ¡Claro que no! —replicó Owen con tanta firmeza que hizo dudar a Ethan—. Si hubiéramos podido ahorrarnos todo esto, le aseguro que lo habríamos hecho.

Connor abrió la riñonera caqui que llevaba en la cintura y sacó varios folios plegados.

—Tenemos los planos. No es complicado, siempre que nos mantengamos en el túnel del río. Basta con seguirlo. No queremos llegar hasta el final, solo a la confluencia con el Weskeag, debajo del colegio.

—Lo único que vais a encontrar es oscuridad y ratas. No hay más que hablar.

—Entonces, vaya usted —le propuso Owen.

—¡No! —se opuso Chad lanzando a su primo una mirada de pánico—. ¡No sabe a qué se enfrenta, lo matarán!

Ethan se levantó, volvió a ponerse la gorra y soltó un silbido para hacerlos callar. Se había cansado de ser comprensivo.

—¡Se acabó! Os he dado una oportunidad. Lo siento por vosotros, pero tendréis que acompañarme.

—¡No, se lo ruego! —exclamó Owen agitándose como un poseso.

—Entonces decidme qué le ocurrió a Dwayne Taylor y dónde está.

Una inesperada calma se apoderó del pequeño grupo. Dejaba traslucir una seriedad inquietante, una resolución que impresionaba y una fragilidad soterrada que era el vestigio de miedos o angustias mal digeridos. Ethan comprendió que creían en lo que decían. No eran invenciones o pretextos para divertirse; no, había una convicción colectiva que acabó eliminando su recelo: sabían lo que le había pasado a Dwayne Taylor porque lo habían presenciado.

Fue Owen quien rompió el silencio.

—Murió.

Ethan se inclinó hacia él.

—Eso ya lo suponía. Pero ¿cómo? ¿Fue un accidente? ¿Dónde está?

A escondidas, Connor le hizo señas a Owen para que no contara nada más, pero el chico no obedeció.

—Lo mataron.

—Y vosotros estabais allí, ¿es eso?

Owen asintió débilmente.

—¿Sabéis quién lo hizo? —insistió el teniente.

Nuevo asentimiento.

—¿Y sabéis su nombre, o podríais reconocerlo?

Owen señaló el túnel.

—Si quiere encontrarlo, tiene que ir por ahí. Se esconde ahí dentro. Donde le hemos dicho.

Ethan suspiró procurando dominar su irritación y dio unos cuantos pasos entre ellos para definir su estrategia.

—Vuestro amigo se está pudriendo en alguna parte, lo sabéis, ¿no? Ayudadme a encontrarlo y a darle un entierro digno. Su familia está desesperada. Necesitan saber, y tienen derecho a recuperar sus restos —al ver que no despejaban los labios, Ethan añadió—: He aceptado esperar hasta hoy para arreglar esto sin que intervengan vuestros padres, y os aseguro que me ha costado, pero ahora quiero una respuesta. ¿Gemma?

La chica, que se retorció las manos avergonzada, atrapada entre dos fuegos, sacudió la cabeza.

—Ya le he contado todo lo que creí entender. Dicen que Dwayne Taylor está en los campos.

—¿Allá arriba hay cien hectáreas! ¿Dónde? ¿Al lado de qué?

—Si no hablamos —terció Connor—, no podrá tenernos en la cárcel para siempre, como mucho saldremos en unos meses. Mientras que si se lo contamos todo y usted no nos cree, nos endosará su muerte y nos encerrarán para siempre.

—Pero ¿qué tonterías son esas? ¡Eso es un disparate, no iréis a la cárcel! Ya se me ha acabado la paciencia, quiero la verdad, toda la verdad; si no, ya sabéis cómo acabará esto. ¡Tenéis mucho más que temer de vuestros padres que de la cárcel!

Se sacó el móvil del bolsillo y se lo enseñó.

Los cuatro adolescentes no se inmutaron. La carta del miedo no funcionaba. Ethan apretó los dientes.

La profesionalidad y el sentido común le decían que se los llevara a todos a la jefatura de policía para aclarar la situación oficialmente e implicara a los padres en el asunto para añadir una capa de presión suplementaria. Pero el teniente percibía en aquellos chavales una angustia y una tenacidad que no

estaba seguro de haber visto antes. Habían vivido realmente una experiencia traumática que los mantenía estrechamente unidos frente a la adversidad. No cederían.

Había demasiadas cosas extrañas en lo que Gemma Duff le había contado por teléfono y en lo que él mismo experimentaba en esos momentos en Mahingan Falls.

Obedeciendo a un impulso instintivo, le quitó a Connor de las manos la linterna y se sorprendió a sí mismo diciendo:

—Espero que seáis buenos chicos, porque he hecho todo lo posible para evitaros complicaciones —buscó en un bolsillo de los vaqueros y sacó un billete de diez dólares, que tendió a Gemma—. Id a tomar un refresco al puerto deportivo, a Topper's —les ordenó—. Nos vemos allí dentro de dos horas. No se os ocurra faltar a la cita, sé quiénes sois y no vacilaré en presentarme en vuestras casas con la sirena puesta si es necesario.

Ethan no podía creerse lo que estaba haciendo. Suspiró y señaló la escalera.

—Venga, marchaos, yo voy a echar un vistazo en vuestro túnel. Luego, más vale que no me ocultéis nada, u os prometo que lo lamentaréis.

Cuando la pandilla, estupefacta, desapareció en lo alto de la escalera, Ethan esperó un minuto más para asegurarse de que le habían obedecido y luego sopesó la linterna. Era tan pesada como una buena porra. Había salido vestido de paisano y sin su arma, que no esperaba necesitar frente a cinco adolescentes.

La boca del subterráneo lo esperaba.

No creía en los fantasmas.

Pero en los asesinos sí.

50.

El ser humano no tenía cabida allí.

Era lo que parecía clamar la naturaleza alrededor de la carretera por la que circulaban Olivia y Tom. Bordeaban estrechas y profundas gargantas en las que la luz del sol llegaba a duras penas hasta los cursos de agua que serpenteaban por su fondo, los bosques se volvían asfixiantes, los árboles crispaban sus raíces sobre rocas o montículos rodeados de zarzas como si fueran viejas garras, y las montañas que las dominaban aparecían intermitentemente a través de los escasos claros, irguiendo sus calvas y escarpadas cimas sobre abruptas pendientes. No obstante, aquí y allá, como para demostrar que antaño un puñado de inconscientes había frecuentado aquellos parajes, en las grisáceas laderas se alzaban antiguos dólmenes o túmulos olvidados que, vistos desde abajo, se transformaban en vagos puntos negros. Pero la historia no había conservado recuerdo alguno de esos hombres y sus motivaciones. Porque ningún camino atravesaba aquellos territorios primitivos, aparte de la estrecha y peligrosa carretera, con sus traicioneras curvas, que esquivaban en el último momento frondosos despeñaderos cuyo fondo permanecía invisible.

Varias veces Olivia apoyó la mano en el salpicadero mientras Tom frenaba *in extremis*. Aun así, se dejaron adelantar por una ruidosa camioneta que exhibía en el parabrisas posterior una pegatina con la leyenda «Nacido en Arkham, inmune al miedo».

—Esa gente está enferma —gruñó Olivia—. De todas formas, hay que estarlo para vivir en un agujero como este.

—Has sido tú la que te has empeñado en que viniéramos.

En el asiento trasero, Roy McDermott, su anciano vecino, se inclinó hacia la madre de familia para tranquilizarla con unas palmaditas en el hombro.

La revelación de Lena Morgan respecto a la casa en que vivía Anita Rosenberg había originado en Olivia una necesidad imperiosa de confirmación. No había hecho falta buscar mucho para descubrir el rastro de Willem DeBerg, de profesión hostelero, apodado (más tarde, en realidad) el Carnicero y condenado a la horca entre 1698 y 1704 por el asesinato de al menos tres personas, cuyos vestidos y joyas habían sido hallados entre sus pertenencias. En realidad, se le habían atribuido una veintena de desapariciones, pero no se había encontrado ningún otro cuerpo, lo cual hizo correr los rumores más disparatados sobre la probable receta de su famoso «estofado casero». Y como había afirmado Lena Morgan con su irritante frivolidad, su hostel se había erigido exactamente donde vivía Anita Rosenberg. La coincidencia no solo era sospechosa; a la luz del resto de elementos reunidos por Tom, resultaba casi alarmante. Una voz de hombre que hablaba el inglés en uso en esa época había ordenado a Anita Rosenberg que lo escuchara poco antes de que la mujer se pegara un tiro en la cabeza.

Olivia quería desentrañar el misterio de su propia casa. Si unos fantasmas capaces de desencadenar pulsiones de muerte se estaban despertando en Mahingan Falls, no podía permitir que sus hijos y su marido siguieran durmiendo bajo el techo de un edificio maldito, o lo que quiera que la Granja hubiera acabado siendo con el paso del tiempo. Tom había mencionado a la superviviente de la última tragedia ocurrida en su casa, y Olivia había insistido en ir a verla. Había bastado con telefonar a Roy McDermott para que el anciano se ofreciera a organizarlo todo. Como de costumbre, su vecino no se había mostrado sorprendido; más bien parecía llevar tiempo esperando esa llamada.

Habían dejado a Zoey con los Dodenberg, el técnico de sonido de la emisora y su mujer, a la que le encantaban los bebés. Jane se había arrojado sobre la niña con el ansia de una alcohólica tras días de abstinencia.

Arkham surgió detrás de un pico gris con los flancos esmaltados de temerarios arbustos, después de más de una hora de viaje. Rodeada por todas partes de inhóspitas montañas, se agazapaba junto al río Miskatonic, que había dado su nombre a la universidad, principal atractivo de la ciudad y única explicación de su supervivencia pese al aislamiento. Roy los guio por calles jalonadas de casas antiguas e iglesias con campanarios puntiagudos, por las que se orientaba con facilidad, aunque no les dio ninguna explicación sobre su familiaridad con ellas. No se veía el menor rasgo de modernidad. Arkham se

había detenido a principios del siglo XX y parecía incapaz de seguir evolucionando, prisionera de una época.

—Y de su mentalidad —añadió Roy torciendo el gesto—. Ahora a la derecha. Cogemos Peabody Avenue y enseguida estamos.

El psiquiátrico había sido relegado a los márgenes de la civilización. Al norte de la ciudad, una imponente verja, incrustada en un sólido muro, dejaba las cosas claras: allí no se podía entrar ni salir sin la debida autorización. La gran mole de ladrillo rojo que destacaba al fondo del pequeño parque, con sus ventanas provistas de barrotes y sus puertas reforzadas, tampoco daba la bienvenida a los visitantes. No obstante, Tom pudo aparcar en el recinto del hospital, tras lo cual se presentaron en la recepción que tampoco parecía haber cambiado en al menos cien años. La pintura de los pasillos alicatados se desconchaba, y al ver que hasta los fluorescentes estaban protegidos por rejillas, a Tom se le encogió el corazón. En el aire flotaba un olor a detergente y a medicamentos.

Roy dijo ser un familiar de Miranda Blaine, dejó su documento de identidad y firmó en un libro de registro. Parecía acostumbrado a hacerlo. Luego, los guiaron a través del siniestro dédalo y les hicieron cruzar dos pesadas rejas de seguridad con cerraduras dignas de una cárcel, cuya apertura iba acompañada de atemorizadores timbrazos.

—¿Realmente son necesarias tantas medidas de seguridad? —preguntó Tom, sorprendido.

La enfermera le lanzó una mirada desdeñosa.

—¿Conoce a Hannibal Lecter, el personaje de la novela? Bueno, pues el individuo que lo inspiró, el auténtico Hannibal, vive aquí. Así que yo diría que son necesarias, a no ser que le apetezca darse de narices con él y acabar en su estómago. Alojamos a media docena de sujetos de ese estilo. Por suerte, la señora Blaine es tranquila, para variar. Por eso a ella se la puede visitar y a los otros no.

De repente, un grito rabioso sonó a lo lejos. Otro agudo, enloquecido, le respondió. Su potencia y su absoluta falta de pudor los hacían aún más terribles. Berridos de adulto que sugerían la pérdida de facultades mentales con el mero sonido de las voces, rabiosas, espeluznantes, casi bestiales.

Olivia se agarró a la mano de su marido.

Pasaron ante una ancha escalera que se hundía en las profundidades del manicomio entre paredes marrones iluminadas por luces amarillentas, y Tom

se estremeció. No sabía por qué, pero no le gustaba aquella escalera, al pie de la cual creyó distinguir fugazmente sombras que se agitaban. Pero se tranquilizó al comprender que no bajarían, puesto que la enfermera se detuvo ante una puerta y, tras echar un vistazo al otro lado por la mirilla practicada a media altura, sacó un manojito de llaves, abrió y los invitó a pasar.

En el comedor había dos hileras paralelas de mesas, con las sillas atornilladas al suelo, y absolutamente nada más. El olor a cocina industrial impregnaba toda la sala.

Una mujer vestida con una bata y unos pantalones verde agua los esperaba sentada ante una mesa con los brazos caídos. El cabello blanco, el rostro apergaminado por el tiempo y la desgracia, la mirada perdida.

—Como puede ver, no ha evolucionado desde la última vez, señor McDermott. ¿Quiere que llame a un médico para que le informe?

—Si no ha habido cambios, no los moleste. Gracias.

—Les dejo. Volveré dentro de media hora.

Tom observaba a Roy. No se esperaba que entre Miranda Blaine y él hubiera tanta familiaridad.

La enfermera cerró la puerta de golpe y el ruido de la llave en la cerradura les recordó que no tenían libertad de movimiento entre aquellas cuatro paredes.

—Vengo una o dos veces al año —confesó Roy—. Al parecer, soy el único que lo hace. Pueden llamarlo compasión; para mí, es humanidad. Si estuviera en su lugar, me gustaría que alguien hiciera lo mismo.

Roy les había ocultado muchas cosas desde que habían llegado al pueblo, pero su intención nunca había sido engañar, sino proteger. Tom ya no estaba molesto con el anciano, sabía por qué se había comportado así, era evidente, e incluso le daba pena imaginarlo cargando con todos esos secretos desde hacía tantos años, acudiendo allí cada seis meses solo para dar un poco de calor a aquella mujer a la que apenas había tratado durante cinco o seis años, antes de asistir a su lento derrumbe tras la muerte de su hija y, luego, de su marido... Tom se preguntó de pronto si no habría sido Roy quien la había internado. ¿Existía un ingreso automático en instituciones especializadas para personas en su situación? Por supuesto. La sociedad no podía dejarlas en la cuneta para que murieran abandonadas... Pero con el camino que llevaba el país, Tom ya no estaba seguro de nada.

Olivia iba a acercarse a Miranda Blaine, pero Roy la retuvo sujetándola por

el brazo.

—Ya se lo he advertido —dijo en voz muy baja—. No habla, pero vaya poco a poco con ella. La vida la ha golpeado con dureza. Parece que ya no esté en este mundo, pero sé que en el fondo una parte de ella escucha. Si no, nos habría dejado hace mucho tiempo.

El anciano manifestaba un instinto protector hacia ella casi enternecedor.

Olivia se acercó a la mesa, pero no se sentó frente a la mujer, sino a su lado.

—Buenos días, señora Blaine. Me llamo Olivia Spencer. ¿Me permite que la llame Miranda?

Los largos y cepillados cabellos blancos de la anciana le caían a ambos lados de la cara. Olivia se inclinó hacia ella para ver mejor sus facciones. Miraba fijamente un punto indeterminado al otro lado de la mesa, con los agrietados labios apenas entreabiertos.

—¿La cuidan bien aquí? —le preguntó Olivia—. Veo que la han peinado... —le cogió con delicadeza la mano que descansaba en la silla y la estrechó en la suya. Tenía la palma áspera—. Me ha parecido entender que ya no puede arreglarse usted misma... Si me lo permite, voy a ayudarla un poco. Tiene las manos secas —Olivia sacó de su bolso un tubo de crema hidratante, le puso una pizca en los dedos a la anciana y se la extendió masajeándole la mano con suavidad—. Roy nos ha hablado de usted. Me apena que solo venga a verla él. Nosotros somos sus vecinos. Vivimos en la misma casa en la que vivió usted —estudiaba atentamente las reacciones de Miranda Blaine, pero no percibió ningún cambio—. Mi marido y yo tuvimos un auténtico flechazo con la Granja. Supongo que a usted le pasaría lo mismo cuando se instaló en ella... No recuerdo cuándo fue..., ¿a principios de los ochenta?

Nada. Ni un parpadeo. Ni un temblor.

Olivia empezó a hablarle de su familia, miembro a miembro, y de cómo se aclimataban a la región. Luego cambió de lado para ponerle crema en la otra mano, no sin antes apartarle algunos mechones y sujetárselos detrás de la oreja. Así podía verla bien. Sus largas y profundas arrugas, el óvalo del rostro, deformado por el paso de los años, la plasticidad de la piel, destruida por la vejez...

Tom asistía al monólogo de su mujer un poco apartado, junto a Roy. Sabía que había pocas esperanzas, pese a la insistencia de Olivia en venir. «Una madre que siente que otra está en peligro puede acabar reaccionando», había

repetido varias veces, como para convencerse a sí misma.

—Miranda —dijo Olivia con dulzura—, necesito su ayuda. Mi familia y yo nos debatimos en un mar de dudas horribles. No sabemos qué pasa, si estamos perdiendo el juicio y estropeándolo todo con nuestra casa o si realmente esconde algo. Sabe a qué me refiero, ¿verdad? —Olivia no advirtió nada. Ni la menor reacción—. Es importante, Miranda. Mis tres hijos viven bajo ese techo con nosotros. No quiero que les pase nada malo. ¿Me comprende? —Olivia le acariciaba la mano—. Sé la tragedia que vivió usted. Como madre, solo puedo imaginar el abismo que se abrió bajo sus pies. Lo siento mucho, Miranda. Me gustaría ser capaz de ayudarla, pero no puedo cambiar nada de lo ocurrido. Ningún padre debería perder a un hijo, ninguno. Y después, su marido... Imagino que debió de hundirse en el fondo de sí misma, donde sigue aún en estos momentos, refugiada, rechazando ese horror, como última protección para mantenerse con vida. Me lo imagino y lo comprendo. Pero la necesito, Miranda. Apelo a la madre que es usted —Olivia se inclinó hacia ella un poco más. Ahora sus caras casi se rozaban—. ¿Sintió usted una presencia en la casa cuando vivía en ella? —le preguntó en un susurro—. ¿Puede ser que..., de alguna manera..., usted sospechara algo distinto a lo que se dijo? Pienso en su hija y en su marido, y me pregunto..., ¿sospechaba usted otra cosa, Miranda?, ¿que una fuerza, fuera la que fuese, podía haberlos..., ya sabe..., empujado a hacer lo que hicieron? Una presencia ajena a su familia, pero que habitaba entre esas paredes —Miranda no se movió—. Soy una madre preocupada. Necesito su ayuda —insistió Olivia—. Por eso he venido. Vivimos en la misma casa y... han pasado cosas que nos hacen dudar. Ya no sé qué hacer. ¿Debo proteger a los míos? ¿Estoy loca?

Tom se preguntaba si merecía la pena reavivar todas aquellas atrocidades en la mente de la pobre mujer. Pero ¿qué más podían hacer? Si aquello no la hacía reaccionar, nada lo conseguiría jamás.

Se oyó la llave girando en la cerradura, y en la puerta apareció un individuo barbudo con unas gafas rectangulares.

—Soy el doctor Abbott —dijo presentándose a Tom antes de saludar a Roy—. Me he enterado de que habían venido a ver a la señora Blaine. Es muy amable de su parte. Está muy sola.

Obligado por las mentiras de Roy, Tom tuvo que inventarse otra.

—No somos familia directa, pero lo hacemos encantados.

—Es un caso difícil —dijo Abbott como si la paciente no estuviera delante

—. Ninguna respuesta a ninguno de los estímulos posibles. No tenemos esperanzas de que la situación cambie en el futuro. Lleva más de treinta años así. El hecho de que aún viva es un milagro en sí mismo.

—Su historia es terrible —admitió Tom—. Ha sufrido mucho.

—Familia disfuncional, abuso paterno, suicidios encadenados... Todas las causas están a la vista, pero por desgracia las respuestas pertenecen en parte a la señora Blaine, y dejó de querer buscarlas hace mucho tiempo.

Tom se volvió de espaldas a la anciana y su mujer y bajó la voz.

—¿Abuso paterno? ¿Eso es lo que empujó a la niña a matarse?

—¿No lo sabía? No desvelo ningún secreto. En su día, incluso la prensa local lo sugirió de forma algo menos que velada. Sí, violaba a su hija. Ignoro si la señora Blaine estaba al corriente. Como ve, nunca he podido conseguir la menor reacción de su parte, como tampoco lo consiguieron mis predecesores.

Tom tuvo un sentimiento extraño y contradictorio. Le asqueaba imaginar la relación incestuosa del padre con la hija, y al mismo tiempo esa explicación, totalmente racional y suficiente para justificar los suicidios de ambos y el desmoronamiento mental de la madre, le producía alivio. Así pues, Jenifael Achak y sus fantasmas no tenían nada que ver con aquello. «Salvo que se trate de algo aún más siniestro... ¿Y si el espíritu de la bruja hubiera corrompido el alma del padre de familia hasta meterle en la cabeza ideas horribles?»

Tom nunca había sentido la menor influencia externa en sus pensamientos, ni la más mínima inclinación anormal que pudiera haberlo asustado. Aquella hipótesis no se tenía en pie.

Miró a su mujer, que seguía insistiendo, y suspiró. ¿Habían ido hasta allí para nada?

Por su parte, Olivia había repetido cada frase varias veces, en un intento de alcanzar lo que quedaba de sensibilidad en las profundidades de aquel envoltorio carnal carente de emociones. En vano.

Acabó desistiendo, y le dio las gracias a Miranda Blaine, que miraba el vacío frente a ella.

De pronto, los ojos de la enferma se deslizaron en sus órbitas. Sin que ninguna otra parte de su cuerpo se moviera, se volvieron lentamente en dirección a Olivia hasta clavarse en ella, inmóviles en el ángulo izquierdo de sus párpados.

Olivia se quedó boquiabierta.

Dos cuentas negras brillaban ante ella, parcialmente ocultas por el perfil del

rostro.

—¿Miranda? —murmuró.

Pero la mujer no dijo nada ni hizo el menor movimiento, y al cabo de unos instantes sus pupilas volvieron a su posición inicial.

Olivia dudó sobre si alertar al personal médico, pero algo en la intensidad del acto de la anciana la contuvo. Era un secreto entre ellas. Entre dos madres.

Miranda Blaine era incapaz de hablar. Nunca volvería a subir a la superficie, se había hundido demasiado hondo en sus propios abismos para poder hacerlo. La muerte de su cuerpo sería su única salida.

Pero algo en el ámbito de los reflejos había reaccionado. Esa parte instintiva del cerebro era la que le había respondido, comprendió Olivia. Y para que se activara de aquel modo había hecho falta algo importante. Una información terrible. Vital.

Lo que quedaba de Miranda Blaine en este mundo no podía haber sido más claro con Olivia.

La ponía en guardia.

51.

El cristalino murmullo del río resonaba en la oscuridad, repercutido por las paredes que lo obligaban a dirigirse a las entrañas del pueblo. El repertorio casi completo de los artrópodos anidaba en ellas, entre hongos blanquecinos y cortinas de telarañas grises, que colgaban de lo alto hechas jirones.

La luz de la linterna lanzaba su intenso haz delante de Ethan Cobb, y el resto de su entorno era la nada, como si caminara por una estrecha pasarela de losas que flotara en el vacío más absoluto. Cada metro recorrido se borraba de inmediato, y Ethan no veía a más de unos cuantos pasos de distancia.

Al poco de arrancar, el túnel había trazado un codo para alejarse del puerto deportivo y ahora avanzaba en línea recta hacia el sur. De vez en cuando, una canalización desembocaba en la pared. Algunas eran del tamaño de una pelota de béisbol; otras, lo bastante anchas para que un hombre pudiera deslizarse a gatas por ellas. Todas estaban secas, y Ethan supuso que drenaban las aguas pluviales a lo largo de los arroyos o de las calles y los jardines. Si penetraba en ellas, encontraría un laberinto mucho más complejo en el que sería fácil perderse, con sus trampas: rejas y pozos que darían a otro dédalo, a un nivel más bajo, el de las alcantarillas propiamente dichas. Los desagües que iba encontrando solo se llenaban en caso de fuertes crecidas, para expulsar lo que la red principal no podía absorber, con el fin de evitar desbordamientos en las calles y las casas.

«Menos mal que los chavales no se han metido aquí dentro. A saber qué podría haberles pasado... —aunque tenía que reconocer que se habían preparado, y no poco—. Y ya lo ha dicho el mayor: quedándose en el túnel del río, esto es la mar de fácil...»

Ethan se tranquilizaba como podía. No era una persona miedosa, no tanto como para no atreverse a bajar a un sótano mal iluminado, y menos aún cuando

su trabajo lo exigía. Pero meterse bajo tierra sin el equipo adecuado, sin haber avisado a nadie y sin tener una idea exacta de adónde iba no le hacía ninguna gracia. Pensó en las sucesivas capas de roca, en los conductos de gas y agua potable y el asfalto y los edificios sobre su cabeza, que lo dejaban sin escapatoria posible si de pronto necesitaba respirar aire puro, y una leve sensación de claustrofobia se apoderó de él.

«Relájate. Incluso aquí, de vez en cuando hay bocas de alcantarilla.»

Ya había dejado atrás dos. Peldaños de hierro sellados al hormigón que subían por un pozo vertical hasta la superficie. Tampoco ahí convenía agobiarse por la falta de espacio si querías llegar a lo alto. De hecho, Ethan se preguntaba si cabría sin encoger los hombros.

«Hay muy pocas... En caso de una inundación repentina, se necesita tiempo para correr hasta una y subir antes de que se te lleve la corriente...»

Ethan gruñó en voz alta. Se estaba montando películas. El río se deslizaba tranquilamente un metro más abajo. Fuera no estaba lloviendo, y que él supiera, no había ninguna presa aguas arriba que pudiera descargar una tromba súbitamente. Además, estaba el lago del parque municipal, construido especialmente para eso, para hacer de esponja en caso de fuertes crecidas y evitar que el sistema subterráneo se saturara. Ciertamente, estaba rodeado por un complejo entramado de galerías, canalizaciones y pozos, pero no por ello debía perder la sangre fría. No era un niño de diez años.

El túnel casi nunca era recto. Cuando levantaba la linterna, descubría una curva más o menos pronunciada, donde había esperado encontrar una larga perspectiva lineal de varios centenares de metros. El corsé que el hombre había impuesto a las aguas no era en realidad más que un envoltorio para enterrarlas, pero estas habían seguido su trazado natural, por errático que fuera.

Ethan se imaginó la multitud de trincheras, pasadizos enterrados y agujeros sobre los que se construían las ciudades, su alimentación invisible de agua, gas y electricidad, y toda la red de saneamiento. Esos corredores interminables de los que nadie se acordaba nunca, verdadero sistema paralelo y absolutamente vital para la sociedad, eran como una presencia fantasmagórica flotando sobre la civilización.

Ethan se estremeció, sin saber si era debido a esas ideas o porque había bajado la temperatura.

Un extraño eco, una especie de lejano carraspeo, lo sacó de sus

divagaciones, y escuchó con atención, pero no oyó nada más.

Debía de llevar más de un cuarto de hora andando, así que supuso que ya no podía estar muy lejos de lo que los adolescentes consideraban el epicentro de sus preocupaciones. En alguna parte, a su derecha, debía de alzarse Independence Square, el corazón de Mahingan Falls, y algo más adelante en línea recta el complejo escolar, bajo el que confluían los dos ríos soterrados.

«Otros cinco minutos largos.»

Esta vez lo que oyó le hizo pensar en que había caído algo sobre el suelo de losas. El golpe resonó en toda la galería, pero Ethan no pudo identificar el ruido ni de dónde provenía. Intrigado, se detuvo unos diez segundos, y se fijó en un hilillo de tierra pulverulenta que caía de lo alto justo delante de él y en el manto casi omnipresente de telarañas cubiertas de polvo y humedad, antes de reanudar la marcha. Al parecer, allí abajo había vida, pero ¿qué tenía eso de sorprendente? Roedores de todo tipo debían de refugiarse allí por la tranquilidad. Sin olvidar que el río arrastraría alimento potencial y desechos útiles para nidificar.

A Ethan le exasperaba el reducido campo de visión que le ofrecía el haz de la Maglite. El camino no era difícil de seguir, pero no ser capaz de vislumbrar ni un momento lo que había en la periferia lo frustraba. Regularmente, retiraba los jirones plateados que se le enganchaban en la gorra, se sacudía los hombros y pisaba materias blandas, que suponía eran excrementos de animal. Al menos no había jeringuillas usadas. En el pueblo no abundaban los yonquis, al contrario que en Filadelfia, y en particular en Kensington, su antigua área de patrullaje, donde eran una de las muchas especialidades. Tenía demasiados recuerdos lúgubres, en particular de ruinosos edificios ocupados y llenos de grafitis que apestaban a orina, sudor, sexo sórdido y droga adulterada. En Mahingan Falls, los escasos toxicómanos y los fugitivos en busca de un escondrijo no necesitaban bajar allí, teniendo a su disposición todas las casas abandonadas de Oceanside Residences.

Un poco más adelante, el murmullo del agua aumentaba y reverberaba en las paredes del túnel. Ya casi estaba.

Solo que esta vez identificó claramente un bisbiseo humano. Se detuvo en seco.

«Viene de detrás.»

Se quedó escuchando, y entonces empezó a buscar un escondite, pero al no encontrarlo volvió sobre sus pasos unos cuantos metros, hasta un conducto de

aguas residuales que se abría en la pared, en el que se introdujo encogido. Apenas cabía con las rodillas dobladas. Apagó la linterna, y la inmediata pérdida de puntos de referencia lo inquietó un poco.

«¿Miedo a la oscuridad?, ¿en serio? ¿Un hombre hecho y derecho como tú?»

Un minuto de silencio, aparte del tenue silbido de una corriente de aire y el ruido de fondo del río. El hilillo de viento soplaba a su espalda, lo que le hizo suponer que el conducto comunicaba con el exterior. La idea de no poder darse la vuelta —no había espacio— para asegurarse de que estaba solo en aquel tubo empezó a intranquilizarlo.

«No seas idiota. ¡Claro que no hay nadie detrás de ti!»

¿Quién iba a meterse allí? Sin embargo, la imaginación se le disparó y se acordó de la película *Alien*, en particular de la escena en la que uno de los personajes —¿Dallas?— exploraba los conductos de ventilación y el monstruo aparecía justo detrás de él. Era una idea absurda que se reprochó al instante.

«¡Bueno, ya está bien! Uno: apenas quepo en este agujero, así que no puedo volverme, conque problema resuelto. Y dos: en estos subterráneos no hay psicópatas, y menos aún criaturas ávidas de sangre.»

En esas estaba cuando oyó un ruido muy cerca, el chasquido de una suela, seguido de respiraciones y roces de tela. «Ropa... Son varios, y se acercan.»

Ethan apretó el puño. Ya estaba furioso cuando sus sospechas se confirmaron. Dejó que pasaran de largo y saltó fuera del conducto como un diablo de su caja.

—¡Esta vez os habéis pasado de la raya! —exclamó colérico.

Los cinco adolescentes gritaron como un solo hombre y lo encañonaron con sus enormes lanzadores de agua. En ese momento, Ethan vio uno de los mecheros encendidos bajo el cañón.

—Pero ¿qué...? No me digáis que habéis fabricado un lanzallamas... ¡Muy bien, vosotros lo habéis querido, todo el mundo fuera, esta vez os llevo a jefatura!

—Lo iban a matar, agente... —alegó Owen.

—Es verdad, no podíamos abandonarlo cuando somos nosotros quienes lo hemos metido en esto —añadió Connor.

—He intentado detenerlos —aseguró Gemma, apurada—, pero no escuchan.

—¿Y tú? —replicó Connor—. ¡Si no callas!

Ethan explotó.

—¿Os dais cuenta del riesgo que he corrido esperando hasta hoy, cuando habría podido ir a interrogaros delante de vuestros padres en cuanto recibí la llamada de Gemma? Ahí fuera os he dado otra oportunidad, ¿y cómo me lo agradecéis?

Ethan le arrancó a Connor el lanzador de agua de las manos, apagó la llama del mechero de un soplido, olisqueó el grueso depósito y sacudió la cabeza, exasperado.

—Sois un peligro para vosotros mismos —gruñó.

—Por favor, agente, solo unos metros más... —le rogó Owen—. Si no hay nada, lo seguiremos sin rechistar.

Ethan señaló el camino por el que acababan de llegar.

—Habéis tenido vuestra oportunidad y os habéis reído de mí, así que todo el mundo fuera.

Chad, que examinaba su mechero apagado, insistió a su vez:

—¡Cinco minutos más, es todo lo que pedimos!

—He sido un idiota y demasiado amable. Me he equivocado. Se acabó.

De las profundidades del túnel surgió un sonido extraño, una especie de larga espiración sibilante, y todos se volvieron en esa dirección.

—Están ahí —murmuró Owen con voz temblorosa.

—¿De quién hablas, muchacho?

—De los indios muertos —respondió Chad.

Ethan le devolvió el lanzador a Connor y enfocó la linterna hacia el interior del túnel. Ya no se oía nada. Hasta que sonó un chasquido metálico: Connor había vuelto a encender el mechero.

—Apaga eso ahora mismo —le ordenó Ethan.

—Y si se nos echan encima, ¿cómo piensa pararlos?

—Nadie se nos va a echar encima. Dejadlo de una vez.

Un murmullo lejano resonó en las paredes. Varias voces indistintas, entremezcladas. Esta vez hasta Ethan se estremeció.

—¿Lo ha oído? —susurró Chad—. Están ahí. ¡Ya se lo habíamos dicho!

Ethan señaló la salida con el dedo.

—Vosotros os marcháis inmediatamente. Yo voy a echar un vistazo. ¡Sin vosotros!

—¿Y si vienen por el otro lado? ¡Estaremos perdidos!

—Tiene razón —intervino Corey—. En las películas, los personajes que se separan siempre acaban mal.

—¡Aquí quien da las órdenes soy yo! —dijo Ethan sin levantar mucho la voz para no alertar a quienes acababa de oír—. ¡Salid ahora mismo!

—Si nos eliminan a todos, pesará sobre su conciencia —gruñó Connor.

Gemma también metió baza.

—Oficial, no me siento muy tranquila volviendo sola con estos cuatro idiotas. ¿No podríamos quedarnos detrás de usted?

Ethan estaba que echaba chispas. Aquellos mocosos lo iban a volver loco. ¿Cómo iba a obligarlos a volver por donde habían venido, como no fuera sacándolos a la fuerza? Y por tanto abandonando la pista del túnel y de aquellas voces que acababa de oír... Sopesó los pros y los contras. Podía volver más tarde, pero ¿seguirían allí?

No debían de faltar más de cincuenta metros para llegar a la confluencia de los dos ríos.

Ethan resopló resignado.

—Os lo advierto: al primero que se pase de listo o desobedezca mis órdenes, lo enchirone por desacato, ¿está claro? —todos asintieron a la vez—. Y os quedáis cinco metros detrás de mí —añadió antes de ponerse en marcha.

Ethan avanzaba con el triángulo de luz delante de él y los cinco sentidos alerta. Tenía las ideas demasiado confusas, de modo que su imaginación bullía intentando tomar el control para explicar lo que su cerebro no entendía. Él trataba de encauzarla. Nada tenía sentido. Ni que allí abajo hubiera gente, ni que esa gente hubiera asesinado a Dwayne Taylor por algún extraño motivo, ni que él mismo estuviera vagando por aquel túnel con cinco adolescentes, en vez de acompañarlos a casa para tener una buena conversación con sus padres.

Demasiado amable. Demasiado ingenuo. Demasiado curioso.

«Y perdido.»

No podía negarlo. Lo que sucedía en Mahingan Falls lo superaba. Y su intuición le decía que lo que estaba persiguiendo en ese momento estaba relacionado, de una forma u otra, con todos esos sucesos.

De pronto, encima de sus cabezas sonó una larga exhalación, y Chad, aterrorizado, dio un respingo y roció el techo de gasolina. Todos se apartaron para que las gotas no les cayeran encima.

—¡Mierda! —masculló—. Habría jurado que alguien me soplaba encima...

Ethan tenía la misma sensación, pero solo vio un estrecho pozo que ascendía hacia una boca de alcantarilla. No eran figuraciones; todos lo habían oído con la suficiente claridad para estar asustados. «Tal vez sea la presión

del aire cuando un vehículo pasa sobre la tapa...»

—¡Guarda ahora mismo el maldito chisme! —bramó—. Acabarás poniéndonos perdidos de gasolina a todos. ¿Sabes lo que pasará si salta una chispa?

Pero a Chad no le dio tiempo a obedecer. Los murmullos se repitieron, más bajos, más lejos e igual de ininteligibles. Al menos cinco o seis personas, calculó el teniente avanzando con precaución.

¿No habría llegado el momento de pedir refuerzos?

«¿Con qué excusa? ¿Y qué le explico después a Warden?»

Ethan sacó el móvil y comprobó que acababa de perder la última rayita de cobertura que tenía hacía unos instantes. Problema resuelto. Si quería llamar a Cedillo y a Foster, ahora no le quedaba más remedio que desandar el camino y salir del túnel, al que no regresarían antes de una hora, por mucha prisa que se dieran. «No, ya casi estoy.» Tenía que echar un vistazo, descubrir a los eventuales bromistas. Y si al acercarse no lo veía claro, siempre podía volver atrás.

El haz de la linterna iluminaba una infinidad de temblorosas telarañas, y cada una le parecía una silueta agazapada en la sombra.

«Esto no es más que una broma de una panda de idiotas, otros adolescentes que quieren asustar a los más jóvenes... ¡Les voy a echar la bronca de su vida!»

Poco después el túnel se ensanchaba, y el rumor del río creció hasta convertirse en fragor. «La confluencia.»

Estaban bajo el complejo escolar.

Ethan detuvo a su tropa con un gesto de la mano.

—Vosotros quedaos aquí. Todos juntos. Que nadie me siga. ¡Lo digo muy en serio! Gemma, los dejo a tu cargo.

La chica quiso protestar, pero la firmeza del teniente de la policía la hizo callar.

Ethan se deslizó silencioso por lo que parecía una enorme cámara subterránea, sorprendido al no ver ninguna fuente de luz. ¿Les habían oído acercarse? Podía ser...

El pasillo se agrandaba hasta formar un área de una decena de metros de anchura, y Ethan captó con su haz blanco lo que parecían columnas de hormigón que ascendían hasta perderse en la oscuridad. A ambos lados del río, una escalera de hierro oxidado conducía hasta una plataforma triangular

sobre las borbotantes aguas. Manivelas y volantes se recortaban sobre un tablero como sombras chinescas; probablemente accionaban las compuertas, montadas sobre raíles para controlar el caudal. El otro río, el Weskeag, se adivinaba en la prolongación. Ambos se juntaban en un gran estanque que llegaba un lejano fragor, y continuaban como una única corriente que desaparecía en su propio túnel. El conjunto de la sala parecía el andén de una estación.

«Abandonada... y esperando un tren fantasma lleno de ratas.»

¿Qué hacía él allí, por Dios?

Mientras seguía explorando, percibió una débil claridad, apenas un halo, en la parte más alta del techo. Supuso que se trataba de un tubo de ventilación que comunicaba en algún lugar con una reja de la superficie. Estaba demasiado lejos y mal orientado para que la luz llegara abajo, pero permitía entrever las viguetas y los remaches del techo, diez metros por encima de su cabeza. No muy lejos, distinguió una estructura metálica: una escalera de caracol que partía de una puerta de servicio, en lo más alto. El enorme candado que la cerraba relució a la temblorosa luz de la linterna. «Lástima de atajo...»

De pronto, un ruido de pisadas retumbó en la cámara, y todo un grupo de siluetas la atravesó corriendo hacia Ethan, que tuvo el buen sentido de no alarmarse.

Los cinco adolescentes se arremolinaron a su alrededor señalando en dirección al túnel del que venían y gritando todos a la vez.

—¡Hay alguien!

—¡Se oyen unos ruidos horripilantes!

—¡Sí, sí, es verdad!

—¡Le juro que no mienten, yo también lo he oído!

A Ethan no le dio tiempo a tranquilizarlos. Surgidas de la nada, decenas de voces empezaron a susurrar a su alrededor en un idioma que no era el inglés. Salían de todas partes y farfullaban sus extrañas frases en un tono cortante, casi agresivo.

—Pero ¿qué...? ¿Quién anda ahí? —preguntó Ethan intentando conservar la sangre fría.

Pero no había nadie. Enfocara donde enfocase, solo veía losas vacías y rincones polvorientos.

Luego, el cántico subió de tono y aceleró su ritmo. Algunas voces empezaron a insistir en una palabra, pronunciándola más fuerte, gritándola y

sobresaltando a Owen, a Gemma y a Chad, que eran quienes se encontraban más cerca de donde había sonado.

En el mismo momento, una corriente de aire glacial pasó a través del grupo, y sus bocas entreabiertas exhalaban vaho.

—Están ahí... —balbuceó Owen con voz trémula.

Ahora los cantos giraban a su alrededor como un bisbiseo, un runrún de bajos agobiantes.

Ethan parpadeó. No estaba seguro de lo que acababa de ver ni tampoco de querer confirmarlo. Pero en la periferia de la zona iluminada por la linterna podía sentir presencias, como brazos o manos extendidas hacia ellos en la oscuridad. No entendía lo que le mostraban sus sentidos, su mente era incapaz de darle una explicación lógica, mientras la espiral de voces seguía acelerándose, hasta hacerse ensordecedora.

Fueran lo que fuesen o quienes fuesen, Ethan notaba una especie de cólera en su frenesí. Peor aún: por momentos, tenía la sensación de que, literalmente, unas mandíbulas rabiosas se cerraban de golpe justo al lado de su oído después de haber lanzado un grito en aquella lengua desconocida.

De pronto, uno de los chicos dio un respingo y soltó un alarido, y Gemma hizo otro tanto cuando tiraron de ella hacia atrás. Ethan la sujetó en el último segundo y la atrajo de nuevo hacia el pequeño grupo. La fuerza que la sujetaba había cesado instantáneamente, pero otra la apresó de inmediato, y esta vez Ethan tuvo que echar todo el cuerpo atrás para resistirse a ella y recuperar a Gemma, que lo miraba despavorida. Ethan la estrechó contra sí.

—¿Qué está pasando? —farfulló la chica—. ¿Qué es esto?

Ethan enfocaba en una dirección y luego en otra, pero el haz de luz nunca encontraba nada, y sin embargo las tinieblas bullían, lo sabía, los sentía justo allí, le habría bastado con extender el brazo para que se abalanzaran sobre él y se lo llevaran.

Y el torbellino crecía en intensidad. Debía de haber veinte o treinta personas, si no más, salmodiando aquel encantamiento, vociferando en aquel frenético pandemónium. Ahora, lo que había empezado como un murmullo era un clamor furioso, un guirigay atronador. Estaban ahí, pero algo en su celeridad y en la debilidad misma de su consistencia desmentía su presencia. Siluetas translúcidas animadas por un rencor y una ira crecientes. Ethan ya no sabía qué hacer, era incapaz de razonar, de encontrarle algún sentido a aquella aberración, y en consecuencia de reaccionar ante la misma. Estaba hipnotizado

por lo imposible, y un reflejo de protección mental cortocircuitó su cerebro, cortó el contacto de su conciencia para que no se hundiera en la locura. Ethan entró en una especie de catatonía que lo incapacitó para actuar. Oía y veía, o creía ver, pero ya nada importaba. Su cuerpo estaba allí, bajo tierra, pero su mente volaba lejos, lo más lejos posible.

Las garras se extendían en la oscuridad, hacían presa en la ropa, rasgándola limpiamente, incluso hirieron a Chad y a Corey, que recibieron zarpazos en las piernas y los hombros..., mientras sujetaban a Owen por la cintura y tiraban brutalmente de él. El chico tendió las manos a su primo, que consiguió alcanzarlas en el último instante y evitar que desapareciera en aquella vorágine de gritos y sombras.

Alrededor de ellos, mandíbulas invisibles pero hambrientas lanzaban dentelladas al aire.

—¡No me sueltes! —gritó Owen. Pero esta vez la tracción era demasiado fuerte. Chad vio que el cuerpo de su primo se alzaba del suelo y notó que sus manos empezaban a resbalar de entre las suyas—. ¡NO! ¡NO! —suplicó Owen.

Con la cara desfigurada por un terror absoluto, podía sentir las decenas de ávidos y fríos dedos que se cerraban sobre sus piernas para tirar de él, y sabía que si se soltaba, los colmillos de aquellas fauces que chillaban a su espalda lo devorarían en un abrir y cerrar de ojos.

A Chad ya no le quedaban suficientes fuerzas para seguir reteniéndolo. El nudo de sus manos se deshacía. Empezó a gemir, a retorcerse y echar el cuerpo atrás, intentándolo todo, cegado por las lágrimas de agotamiento, miedo y desesperación.

Los dedos entrelazados se soltaban.

El sudor les hacía resbalar poco a poco.

Y el insaciable remolino succionaba a Owen, sobre cuyos tobillos se amontonaban las garras, arrastrándolo hacia la masa de seres feroces y voraces que adivinaba apelotonados tras él, como un enjambre de abejas sobre una gota de almíbar.

Bajo las ráfagas de la linterna, el rostro de Chad reflejó su impotencia y su terror cuando supo lo que iba a ocurrir.

Pese a todos sus esfuerzos, las manos de su primo se soltaron de las suyas.

—¡NOOOOOOOOOO! —gritó Owen, que se alzó en el aire y desapareció en la oscuridad.

52.

Owen subió a más de dos metros de altura. En un segundo, una nada más negra que el alquitrán se tragó su cuerpo, e iba a hacer lo mismo con su desencajado rostro cuando un chorro de fuego iluminó la oscuridad y todas las voces lanzaron un rugido bestial. Boquiabierto, Owen se quedó inmóvil en el aire y consiguió extender una mano hacia sus amigos. Connor bombeó gasolina al lanzador y disparó una segunda llamarada, que hizo redoblar los furibundos bramidos.

El círculo infernal acababa de romperse.

Owen, liberado, cayó al suelo.

Las maldiciones habían dado paso a unos gemidos de dolor, y el muro que rodeaba a las pequeñas presas humanas se derrumbó por fin.

El fuego volvió a conectar a Ethan con su cuerpo, su razón y sus reflejos. Todo lo que había hecho de él un policía desde la infancia, imbuido de sus valores familiares, su pasión, se reavivó en un abrir y cerrar de ojos, y el instinto profesional retomó las riendas, también del hombre. El joven policía saltó sobre Owen, lo levantó casi con brutalidad y empujó a los adolescentes hacia el arranque del túnel.

—¡SALID! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡CORRED!

Tan rápidos en despegar como una bandada de estorninos, los cinco chicos echaron a correr por la sala en dirección al túnel.

Ethan sintió sobre la piel el aire frío, que se alejaba al mismo tiempo que la quejumbrosa melopea. Barría la sala con la luz de la linterna en busca de sus atacantes, cuya naturaleza no podía concebir, pero no veía nada.

—¡Venid! —gritó Connor—. ¡No os quedéis ahí, regresarán!

Como para confirmarlo, Ethan sintió que el frío volvía a caer sobre él como la tapa de un sarcófago, mientras los lejanos murmullos aumentaban

rápidamente. El tono agresivo de las extrañas frases había sustituido los acentos de sorpresa y dolor.

Ethan iba a echar a correr para alcanzar a los adolescentes cuando alguien trató de retenerlo. Sintió que lo agarraban con fuerza por los costados y, pese a la camisa, notó un contacto frío como el hielo. El impulso lo arrancó de entre aquellos dedos que aún no se habían cerrado sobre los vaqueros, pero varias garras rasgaron el aire con furia detrás de él y desgarraron la prenda. Eran muchos, y el guirigay se reanudó con renovadas fuerzas.

Connor lanzó un chorro de fuego por encima de Ethan, que corría hacia ellos, y los iracundos bramidos se batieron en retirada momentáneamente.

Ethan seguía sin comprender, o se negaba a comprender la naturaleza exacta de sus adversarios, que estaban en todas partes y a la vez en ninguna, invisibles en la luz y omnipresentes en la oscuridad, glaciales y sin embargo animados por una pasión destructora que aumentaba con cada ataque.

En cuanto llegaron al comienzo del túnel, para sorpresa de todos, un silencio absoluto se apoderó de la gran sala subterránea. Ethan incluso se detuvo para volverse.

Ni un solo ruido, ni una sola presencia. Escudriñaba cada rincón con el haz de luz, pero no veía nada. No había ninguna mano, ningún pie asomando detrás de una columna o en el interior de una cavidad. Peor aún: la calma que reinaba evidenciaba el vacío, un vacío inequívoco, sin un jadeo, sin el roce de una tela contra otra, sin un gruñido o un suspiro. Solo el permanente rumor del río.

—Nos largamos —dijo Ethan.

No quería correr ningún riesgo.

Connor encabezaba la marcha a paso ligero, armado con su improvisado lanzallamas, y Ethan tuvo que reconocer que era lo único que había detenido a sus agresores. Cada llamarada había provocado su ira y su inmediata huida, por breve que fuera. Se apoderó del que empuñaba Chad, que no había encendido el mechero, y el chico no rechistó.

Ethan hizo surgir la llamita bajo el cañón.

«No me puedo creer lo que estoy haciendo. Esto es surrealista. Tiene que haber una explicación racional.»

Después de todo, no estaba nada seguro de lo que había visto...

«¡Los había a decenas! ¡Nos tenían rodeados! ¡He sentido sus dedos y he oído entrecrochar sus mandíbulas!»

Giraban tan deprisa... Le había parecido estar atrapado en el ojo de un

huracán demoníaco.

«No, no, no era eso exactamente. Era...»

Pero no se le ocurría con qué compararlo.

La tropa avanzaba a buen paso cuando a sus espaldas sonó un bramido feroz.

—¡Más deprisa! —suplicó Gemma.

Pero antes de que pudieran recorrer diez metros, un soplo frío descendió de lo alto, acompañado por los murmullos de aquella muchedumbre invisible que entonaba una extraña salmodia. Ethan creyó distinguir varios brazos anormalmente largos, que se extendían desde la penumbra del techo para intentar agarrar del pelo a los adolescentes. Los dedos, prolongados por uñas curvas y puntiagudas, se estiraban a su vez, horripilantes.

—¡Corred! ¡Corred! —gritó.

Ethan presintió que uno de aquellos abominables tentáculos de sombra iba a aferrar a Gemma y enfocó la linterna hacia las alturas, pero no vio nada. Se lanzó hacia delante y golpeó el vacío para repeler aquello que creía haber vislumbrado. Enseguida supo que estaban encima de él, y en ese instante unas manos más frías que la muerte lo sujetaron y se hundieron en su carne como tenazas de acero. El dolor le arrancó un gemido antes de que pudiera ver lo que tenía encima.

Justo sobre su cabeza se abría uno de los estrechos pozos que ascendían hasta una boca de alcantarilla en la superficie.

Dentro se desplegaba una masa informe, un amasijo oscuro, indiscernible pese al haz de la linterna, que Ethan agitaba en todas direcciones mientras forcejeaba con aquellas garras. El joven policía comprendió que aquello se iba a abalanzar sobre él y a cubrirlo totalmente, y a triturarlo con la facilidad con que una maza aplasta un huevo.

Y en ese instante, la cosa se dejó caer a toda velocidad sobre Ethan, que apretó el gatillo de plástico del lanzallamas.

El fuego inundó la entrada del pozo y ascendió rápidamente por el conducto.

Una furia inhumana se apoderó de la criatura, que empezó a lanzar estridentes chillidos.

La presión de las manos que lo retenían se relajó, y Ethan cargó el lanzallamas y arrojó un nuevo chorro de fuego hacia el interior del conducto, lo cual no hizo más que aumentar los insoportables alaridos. Los tímpanos le dolían de tal modo que por un instante creyó que iba a desmayarse, pero

cuando se dio cuenta de que lo habían liberado echó a correr con renovado ímpetu tras los adolescentes, que huían río arriba, resbalando de vez en cuando, sujetándose unos a otros para no caer al agua o partirse la crisma contra las losas. Jadeaban, lloraban y se daban ánimos, con Connor a la cabeza del pequeño grupo, que, en medio de todo aquel pánico, ni siquiera había advertido la ausencia de Ethan. El joven policía alcanzó a Owen y le dio un leve empujón para alentarle a correr aún más deprisa.

Habían recorrido alrededor de un tercio del camino que los conduciría hacia el aire libre cuando volvieron los murmullos, esta vez delante de ellos.

—¡Connor, abrása a esa basura! —gritó Ethan—. ¡Apunta al techo, vienen de arriba!

El policía no podía pararse a reflexionar, ni siquiera a analizar mínimamente la situación. Si lo hacía, se arriesgaba a hundirse en una locura peligrosamente cercana. Ya no podía permitirse ser él mismo, solo debía actuar, dejarse llevar por su instinto de supervivencia.

Connor obedeció, y el lanzallamas provocó la misma reacción agónica: un guirigay de gritos que les martirizó los oídos y les arrancó lágrimas de dolor.

Pero consiguieron pasar bajo la abertura, y Ethan comprobó que era otro pozo de inspección del alcantarillado.

Aquellas cosas, fueran lo que fuesen, ¿trataban de impedirles volver al exterior? ¿Cabía esperar un ataque a la desesperada en el momento en que se acercaran a la salida? «Es muy probable. Pero ¿qué otra esperanza tenemos?» Desde luego, no querían que salieran por las bocas de las alcantarillas. Dar media vuelta para alcanzar la puerta que había visto al final de la escalera de caracol no era una solución viable. La sola idea de volver a la gran cámara le resultaba intolerable. Además, estaba cerrada con candado...

Ethan aceleró y empezó a saltar por el borde del pasillo, a riesgo de caer a las oscuras aguas del río, para adelantar al grupo y encabezar la marcha. Bajo el cañón de su lanzallamas, el mechero no paraba de apagarse, y Ethan volvía a encenderlo una y otra vez, presa del pánico cuando tardaba más de dos o tres segundos en conseguirlo.

Adivinó cuál era el siguiente escondrijo de las criaturas en cuanto los barrotes de la escalerilla brillaron a la luz de la linterna, y escupió un chorro de fuego de inmediato. Una vez más, las voces rugieron en las tinieblas, y a través de la fugaz cortina de llamas creyó ver un amasijo de miembros alargados que se retorcían como el plástico bajo un soplete.

Ninguno de los cinco chicos sabía ya quién era, ni qué estaba haciendo, aparte de correr para salvar la vida. Tenían los pulmones ardiendo, la garganta en carne viva, miedo, frío y calor al mismo tiempo, y la vista nublada por las lágrimas. Pero corrían.

Cuando, a la vuelta de un recodo, la luz del sol apareció en la boca del túnel como una promesa del retorno a las certezas racionales del día y la civilización, el deseo de vivir se apoderó de los cinco y se abrieron paso empujando a Ethan.

—¡No, no, esperad!

Pero ninguno lo escuchaba ya. Pasaron de largo junto a él, que buscaba en vano un argumento, una amenaza o una evidencia que pudiera detenerlos. Corrían directos hacia la salida, que era justo donde las cosas que los perseguían querían que fueran.

Sin embargo, Ethan ya no tenía las ideas claras ni fuerzas para luchar, ni siquiera la energía de sus convicciones. Intentó parar al más débil de los cinco, a Owen, pero este, demasiado asustado para obedecer, se soltó sacudiendo el hombro. Ethan ya no estaba seguro de nada. En el fondo, ni siquiera sabía si tenía ganas de continuar, y esa idea lo aterró. Había pasado tanto miedo... ¿Hasta el punto de querer abandonarse al descanso eterno y liberador de la muerte? No. Por supuesto que no. Estaba perdiendo la cabeza. ¡Vivir! ¡Eso era lo que quería! ¡Vivir y olvidar!

El sol brillaba justo delante de ellos.

Bastaba con correr, con salir a la luz.

Se lanzaron hacia el resplandor con toda su alma.

53.

Tumbados en los hierbajos, entre los acebos y los fresnos del pequeño jardín abandonado, los cinco adolescentes intentaban recobrar el aliento, bajo la mirada incrédula de Ethan Cobb, apoyado a su vez en una vieja farola para recuperarse.

A sus espaldas, el muro bajo que los separaba del río parecía insuficiente para contener el alud de furiosas imágenes que remontaban el túnel.

Lo que oía Ethan en esos momentos no era el suave murmullo del agua, sino el insidioso rumor de todos los horrores que se agazapaban a lo largo de su imperturbable corriente.

En esos instantes, había tantos ecos insoportables chocando contra su razón que ya no sabía si lo que pugnaba por respirar eran sus pulmones o su mente.

Para su gran sorpresa, al llegar al final del túnel ninguna trampa se había cerrado sobre ellos. No había nada ni nadie esperándolos para echárseles encima como la serpiente que aguarda pacientemente ante la madriguera de un roedor para inyectarle su veneno, tragárselo y digerirlo lentamente. Ethan había interpretado mal la situación, pero ¿cómo no hacerlo en semejantes circunstancias?

Las primeras palabras que le vinieron a la cabeza lo pusieron enfermo, hasta el punto de hacerle vomitar una bilis ácida en los últimos peldaños de la escalera que subía al jardín.

«Todo eso no es real.»

¡Por supuesto que lo era! Owen temblaba de la cabeza a los pies, Gemma lloraba en silencio y los demás estaban cubiertos de rasguños, lo cual demostraba que las afiladas garras que habían intentado despedazarlos existían. Aquella última tentativa de la razón de salvar los restos de su lucidez resultaba patética. Grotesca.

«¡Es la mar de real, maldita sea!»

Los murmullos salmodiados y los gritos de dolor, el frío glacial, el torbellino de seres invisibles, los miembros huesudos y acabados en garras hechos de sombras, los chorros de fuego con que los habían rechazado... Ethan había grabado hasta la última imagen, incluso cuando, al borde del abismo, a punto de precipitarse en la locura, su cerebro había desconectado brevemente.

Todo estaba ahí, en su memoria, pero también en su piel, erizada y con el vello de punta desde que habían salido. Nada se desdibujaba. «Y nada desaparecerá. Podrás inventarte todas las explicaciones del mundo, pero este terror frío te invadirá una y otra vez, hasta que el agotamiento haga que te derrumbes... o el alcohol te aturda.»

Ethan miró a los adolescentes, que se habían acurrucado los unos junto a los otros y se tranquilizaban mutuamente en voz baja. Corey abrazaba a su hermana y le acariciaba el pelo.

Ellos tampoco olvidarían nada.

«Lo sabían. Antes de que entráramos, sabían lo que encontraríamos — habían intentado hacérselo comprender, pero ¿cómo se convence a un adulto de que los monstruos existen, salvo mandándolo a enfrentarse a ellos?—. Lo sabían, y a pesar de ello han entrado.»

Eso era quizá lo que más le costaba entender. No sabía si los admiraba o le parecían unos auténticos chalados. Él no habría vuelto a meterse allí por nada del mundo. Jamás.

Habían hablado del peligro que planeaba sobre sus vidas si no actuaban los primeros.

«No han tenido elección.»

Ethan expulsó el aire lentamente para intentar recuperar un ritmo cardíaco normal. Tenía el esófago ardiendo y el regusto de la bilis en la boca.

¿Cómo iban a poder vivir aquellos cinco chicos? Aunque no hubiera sido más que esa tarde, ¿era humanamente posible volver junto a sus padres y fingir que aquel era un sábado como cualquier otro? Él, en su lugar, habría derribado la mesa gritando hasta romperse las cuerdas vocales. Y lo que era aún peor: notar que la calma se adueñaba de la casa al caer la noche y el silencio la envolvía, con la cabeza en la almohada, en la oscuridad, sabiendo lo que merodeaba por las cloacas del pueblo, y sentirse tan vulnerable, tan solo, tan incomprendido... Tendrían que golpearse la cabeza contra las paredes hasta

perder el conocimiento, no les quedaba otra alternativa.

Su deber era ayudarlos. Aún no sabía cómo, pero no podía abandonar a aquellos pobres chavales a su suerte después de lo que acababan de pasar todos juntos.

«Cuando les cuente lo que he visto, a los padres les faltará tiempo para llamar al jefe Warden...»

Nadie le creería.

Pero ¿podía culparlos? Él tampoco se habría tomado en serio ni una sola frase de una historia tan absurda.

En ese momento, Ethan advirtió que tenía una herida en la cadera. Un corte de unos quince centímetros, que le había cubierto el costado de sangre pegajosa. Aquellas cosas habían intentado agarrarlo. El simple recuerdo volvió a provocarle náuseas, pero consiguió reprimirlas.

Vaciar su mente. Si no podía comprender, al menos tenía que pensar en lo que podía hacer.

Había mucho sobre lo que reflexionar. Debía organizar sus ideas y recuperar un poco de serenidad.

«No tengo ni puñetera idea de por dónde empezar...»

Lo averiguaría. Tenía que confiar en sí mismo. Cada cosa a su tiempo.

Ahora tenía que centrarse en lo esencial.

Se aproximó a los cinco adolescentes y se puso en cuclillas muy cerca de ellos. Sabía perfectamente que su expresión no era en absoluto la del hombre firme y seguro de sí mismo de hacía tres cuartos de hora, sino más bien la de alguien perdido, pero se esforzó en teñirla con una pizca de complicidad.

Abrió los brazos para reunirlos a todos. Los chicos le obedecieron, azorados.

Ethan se inclinó.

—Voy a ayudarlos, os lo prometo. No os dejaré en la estacada, ¿me oís?

El único que asintió fue Connor. Los demás aún estaban demasiado conmocionados para reaccionar.

Ethan se tomó su tiempo para mirarlos a los ojos uno por uno y hacerles comprender que no hablaba por hablar. Su desamparo hacía rebrotar al policía que había en él, le daba la fuerza necesaria para superar su propia confusión.

—Pero antes necesito que me lo contéis todo. Absolutamente todo lo que sabéis.

54.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Vender la casa? ¿Dormir en un hotel desde esta misma noche? —preguntó Tom un poco irritado.

—Cariño, Miranda Blaine me ha mirado —replicó Olivia—. Puede que para los demás esté muda, pero yo sé lo que he visto. Me ha transmitido un mensaje.

Llevaban más de media hora en el coche, de regreso a Mahingan Falls, y la madre de familia no conseguía calmarse.

—No digo que lo hayas soñado —respondió Tom sin apartar los ojos de la serpenteante carretera—, pero reconoce que replantearte totalmente nuestra nueva vida por un simple movimiento de ojos es un poco... exagerado.

—Me embarcas en este asunto ¿y ahora no me crees?

—La verdad es que nunca lo he tenido claro... Mira, seamos realistas por un instante. Tú temías que la gente se burlara de nosotros, que nos tomara por unos neoyorquinos de caricatura que se mudan al campo y se asustan por una puerta que chirría. Pero ¿no es justo eso lo que estamos haciendo?

—El mordisco de Chad... ¿fue en realidad una corriente de aire? ¿Y los terrores nocturnos de Zoey? ¿Y las libretas de Gary Tully? ¿Y el...?

—No me leas la lista, me la sé de memoria. Lo que trato de hacerte entender es que no deberíamos sacar las cosas de quicio. Mantener la mente abierta, vale, pero...

—¡Tom! —exclamó Olivia, enfadada—. ¿Y si nuestros hijos estuvieran en peligro? Sé lo que he sentido junto a Miranda Blaine, y te digo que quería prevenirnos.

—El psiquiatra ha dicho que eran una familia complicada. El padre violaba a su hija. Partiendo de ahí, suponer que la chica se quitó la vida por ese motivo y que el padre, torturado por el sentimiento de culpa, hizo lo propio no

tiene nada de extraño. Si Miranda Blaine lo sabía, pero no intervino, su estado también es... comprensible.

Olivia sacudía la cabeza, colérica.

—¿Roy? —exclamó—. ¿No está usted de acuerdo conmigo?

En el asiento trasero, el anciano dejó escapar un suspiro y torció el gesto.

—Lo siento, no sé qué decirle. Desde que vivo frente a su casa, he sido testigo de tantos sucesos extraños y tantos dramas que no estoy seguro de poder ser objetivo.

—¿Viviría en ella si tuviera la posibilidad de hacerlo?

Roy esbozó una mueca inquieta.

—No, creo que no.

Olivia se volvió hacia Tom y señaló a su pasajero.

—Ya lo ves. El sentido común nos dice que hagamos algo, Tom.

—Muy bien, pero ¿qué? Vuelvo a preguntártelo: ¿quieres dormir en un hotel desde esta misma noche?

—El Peacock Arms está cerrado por reformas —informó Roy—. Y dadas las fechas, el de Atlantic Drive seguirá completo. Si quieren tranquilidad, conozco al menos a dos personas que tienen habitaciones para alquilar, pero huelga decir que mi casa está a su disposición.

—Supongo que, con lo que pasa en el pueblo, si tenemos que dejar la Granja —insistió Tom— querrás irte de Mahingan Falls, ¿no? ¿Y qué les decimos a los niños? Además, a partir del lunes habrá que hacer viajes de ida y vuelta al colegio, vender la casa...

—Para —dijo Olivia, molesta—. No me apoyas.

—Intento mostrarme razonable.

Un silencio plúmbeo se adueñó del habitáculo mientras seguían zigzagueando por los boscosos despeñaderos que separaban Arkham de Mahingan Falls.

—De acuerdo, no nos quedaremos de brazos cruzados —dijo Tom en un tono más conciliador cuando consideró que los ánimos se habían apaciguado—. Para empezar, veamos los aspectos positivos: ni los niños ni tú habéis corrido peligro.

—Zoey tiene miedo en su habitación y a Chad le han mordido —replicó Olivia fríamente.

—Sí, pero aun así puede que una cosa no tenga relación con la otra... De todas formas, hace semanas que no pasa nada raro. Lo único que digo es que

no hay por qué precipitarse.

—¿Y qué propones?

—Que hagamos venir a gente especializada para que examine la casa.

—¿La hay? No charlatanes, sino profesionales realmente competentes en la materia... ¿Y cómo los encuentras? —preguntó Olivia volviéndose hacia Roy.

—Gary Tully trajo a muchos, de todo el país, creo —respondió el anciano.

—Y eso no cambió nada —rezongó Olivia.

Tom buscó los ojos de su vecino en el retrovisor central.

—Podríamos empezar por presentarle a Martha Callisper a Olivia. ¿Qué le parece, Roy?

—Puedo organizarlo, sí.

—¿Es la médium de la que me hablaste? ¿Y qué va a hacer ella? ¿Un exorcismo en casa?, ¿es eso posible?

El anciano se encogió de hombros.

—Habrá que preguntárselo.

—Muy bien. Quiero verla esta misma tarde.

—Cariño, nosotros...

—No espero más, Tom. No sé si podré pegar ojo en toda la noche, a menos que consiga tranquilizar mi conciencia sabiendo que estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano.

—La llamaré en cuanto lleguemos —dijo Roy—. Tengo su número en mi libreta, pero, como comprenderán, no me paseo con ella.

—Debería modernizarse, Roy —respondió Olivia agitando su móvil en el aire.

Siguieron circulando con prudencia hasta llegar a la Yankee Division Highway, en la que Tom pudo acelerar por fin en dirección a Mahingan Falls y a la casa de los Dodenberg, en Green Lanes, donde recogieron a Zoey, que no quería dejar a su niñera de ese día. Cinco minutos después entraban en los Tres Callejones. Acababan de dejar a Roy delante de su casa para que recogiera la famosa libreta cuando vieron el viejo todoterreno de la policía aparcado frente a la Granja. Antes de que Tom acabara de maniobrar para aparcar al lado, Olivia saltó fuera del coche y echó a correr hacia la puerta.

Ethan Cobb apareció en una esquina de la casa.

—Todo va bien, señora Spencer —dijo alzando las manos en el aire para tranquilizarla.

—¿Y los niños?

—Los he traído yo, están atrás, en el jardín.

—¿Qué ha pasado?

—No han hecho nada malo, solo se han llevado un buen susto. Los he encontrado en el bosque. Se han topado con un jabalí grande, que les ha dado un revolcón. Unos cuantos rasguños, cardenales, desgarrones en la ropa... Nada grave, lo he comprobado. Pero están un poco asustados. Creo que necesitan que los rodeen de afecto para volver a sentirse... seguros, por así decirlo.

Cobb esbozó una sonrisa un tanto forzada, y Olivia tuvo la sensación de que no se lo contaba todo, pero decidió no buscarle tres pies al gato: la visita al psiquiátrico la había vuelto paranoica.

Corrió al jardín, donde encontró a Chad y a Owen haciéndole cosquillas a Milo. Enseguida vio en sus miradas que el teniente Cobb tenía razón: se habían llevado un buen susto. Chad se arrojó sobre ella, que a su vez atrajo a Owen hacia sí para abrazarlos a ambos.

—Un jabalí, ¿eh? Supongo que es la versión local de los autobuses de Manhattan...

Seis meses antes, un autobús escolar que circulaba por Lexington Avenue había estado a punto de atropellar a los dos chavales, enfrascados en su conversación. Luego, se habían pasado la velada en el sofá, hablando sin parar del miedo que habían pasado, comprendiendo quizá por primera vez en su vida que habrían podido morir. Olivia, que aquel día estaba en casa, había tardado más de una semana en reponerse.

Tom llevaba en brazos a Zoey e intercambió unas frases con Ethan Cobb. Luego el policía se marchó y todos entraron en casa. Tom sacó limonada del frigorífico y propuso hacer hamburguesas y mazorcas asadas para cenar. Los dos adolescentes aceptaron, todo sonrisas. Pero estaban un poco raros. Como el teniente Cobb, se esforzaban demasiado en parecer relajados; Olivia lo atribuyó a la edad: no querían parecer frágiles, y menos por un jabalí.

Roy tardó un poco más de lo que esperaban en aparecer. Estaba muy serio.

—¿Tiene el número? —le preguntó Olivia tendiéndole una cerveza.

El anciano la cogió del brazo y se la llevó aparte.

La miraba indeciso. Estaba extraño. Parecía muy cansado, mucho más que hacía un rato.

—Acaban de llamarme del hospital —dijo al fin—. Después de nuestra visita, Miranda Blaine ha vuelto a su habitación. Como no causa problemas, la

dejan sola. Además, las habitaciones disponen de medidas de seguridad. Al parecer...

Roy buscaba las palabras. Se aclaró la garganta.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Olivia, que empezaba a presentirlo.

—Ha hecho tiras muy finas con la ropa que llevaba, utilizando los dientes seguramente, y luego se las ha metido en la garganta una tras otra, hasta ahogarse. Cuando el personal se ha dado cuenta era demasiado tarde.

El salón empezó a dar vueltas alrededor de Olivia.

Volvía a ver las cuentas negras de sus ojos deslizándose despacio hacia su rostro en aquel siniestro comedor.

Miranda Blaine había emergido demasiado cerca de la superficie para entregarle su mensaje.

Y no lo había soportado.

55.

La noche había caído de golpe, como un telón que cede, se desploma sobre el escenario sin avisar y oculta todo el decorado. Tom estaba ante la cristalera, y fuera el jardín desaparecía detrás de su propio reflejo, a pesar de la lluvia, que resbalaba por el cristal desde hacía una hora. Su cansado rostro traslucía preocupación. Había intentado contactar con Bill Tanningham, el anterior propietario, durante el final de la tarde y parte de la noche, sin éxito. El abogado lo evitaba, estaba claro. Concluida la venta, no quería saber nada más de los Spencer. ¿Para ahorrarse preguntas incómodas sobre lo que ocurría en la Granja, o simplemente porque tenía cosas mejores que hacer? Tom sospechaba que se las iba a ver y desear para hablar con él y que, si lo conseguía, Tanningham eludiría el tema. ¿Qué abogado iba a reconocer que había vendido una casa con un vicio oculto? Un vicio oculto... Estaba perdiendo el tiempo.

En la cocina, a su espalda, seguían reunidos Roy McDermott, sentado en una silla con una cerveza caliente en la mano, y Olivia, que rondaba la botella de vino sin decidirse a beber. «Necesitaba» alcohol para relajar un poco su atribulada mente, y al mismo tiempo su instinto de madre le prohibía mermar sus facultades físicas e intelectuales. Nunca se sabía lo que podía pasar. No podían descartar nuevas sorpresas, y quería poder reaccionar en todo momento. Sus dedos jugaban con la copa vacía que tenía delante.

En el umbral, Martha Callisper posaba en ellos el azulado terciopelo de sus hipnóticos ojos. La espesa melena plateada le caía en cascada sobre los hombros, sujeta en su extremo con una cinta casi inútil, y la blusa floreada roja y blanca que llevaba puesta contrastaba con la seriedad de su rostro. Los labios fruncidos y los brazos en jarras de la médium reflejaban su preocupación.

—Han hecho bien en llamarme —le dijo a Olivia.

—Una mujer acaba de suicidarse por nuestra causa —repitió Olivia—. Creo que ha llegado el momento de actuar.

—¿Qué esperan de mí?

Olivia abrió los brazos, confusa.

—No lo sé, ignoro qué se puede hacer en una situación así. ¿Puede usted examinar nuestra casa? Y si hay algo, ¿es posible expulsarlo?

Olivia estaba al borde del ataque de nervios, a punto de venirse abajo: eran demasiadas emociones y mucha apertura de mente al mismo tiempo. Le habría gustado rechazarlo todo de plano, refugiarse en la negación, pero seguía aguantando, guiada por un instinto casi animal. «Soy una loba que protege a sus crías.» Curiosamente, por lo general era ella la más pragmática y racional de la pareja, mientras que Tom hacía piruetas entre la incredulidad y la duda. Pero ahora no estaba dispuesta a correr el menor riesgo. Chad, Owen y Zoey dormían en la planta de arriba. Ninguna madre jugaría con la seguridad de sus hijos; prefería ponerse en lo peor, aunque tuviera que aceptar que había una bruja atrapada en su casa, por disparatada que fuera esa idea.

Miranda Blaine no podía haberse matado porque sí. La visita en sí misma no había sido el detonante, después de más de treinta años de estancamiento. Lo que había sacudido a la pobre mujer era lo que había oído, lo que Olivia le había confiado. La idea de que lo que poseía su casa y probablemente había empujado al suicidio a su hija y a su marido había despertado y podía volver a hacerle daño a otra familia.

—¿Sabe lo que es un fantasma? —le preguntó Martha Callisper con absoluta calma—. No me refiero a los ectoplasmas de las películas ni a las sábanas agujereadas de los viejos tebeos, sino a los verdaderos fantasmas, los vestigios de vidas pasadas que permanecen en nuestro mundo. ¿Sabe lo que realmente son?

Olivia sacudió la cabeza.

—Para ser sincera, ni siquiera creía que pudieran ser un tema serio de conversación.

Martha se acercó para volver a servirse vino.

—Imagínese nuestro cuerpo como una bolsa de energías —dijo la médium haciendo girar el líquido rojo en la copa—. Esas energías son complejas y cambian a lo largo de nuestra vida, en función de nuestras experiencias, nuestros valores, nuestros sentimientos, nuestras alegrías, penas y recuerdos,

hasta adquirir una tonalidad absolutamente singular y única. No hay dos mezclas de energías idénticas. Cada individuo tiene la suya.

—¿Una especie de ADN psíquico? —preguntó Tom, interesado.

Martha se acercó a él aspirando el buqué del vino.

—Exactamente —confirmó mientras abría la cristalera deslizando el panel corredizo—. Y más allá de nuestros músculos y nuestras neuronas, esas energías constituyen nuestra personalidad, la esencia misma de lo que cada uno de nosotros es. Nuestro cuerpo es la envoltura que contiene esa mezcla y garantiza nuestra individualidad.

El frescor de la noche penetró en la cocina junto con la humedad. La lluvia caía en abundancia sobre el jardín y el bosque cercano, y Martha contempló el paisaje, casi invisible en la penumbra. Luego miró a sus pies y vio el agua que vertía el canalón de al lado. El chorro borboteaba y desaparecía a través de una rejilla del alcantarillado.

—Cuando morimos, nuestro envoltorio carnal se rompe y libera nuestras energías, que se disuelven en las energías puras del universo —siguió diciendo, al tiempo que arrojaba la copa contra la rejilla. El cristal se hizo añicos, y el vino se diluyó al instante en el agua de lluvia—. Vacíe el contenido de una botella de soda en el océano y obtendrá el mismo resultado —dijo—. Habrá existido, y en cierta manera seguirá existiendo, pero será imposible recuperarlo tal como era, ni buscando en todos los mares del mundo. Cuando morimos, dejamos de ser ese concentrado concreto, y nuestros componentes se funden con el resto; ya no somos individuos, sino un todo. Nada se pierde, pero nuestros pensamientos, nuestra conciencia, dejan de estar unidos para formar un ser humano y se disuelven en el infinito. La personalidad única desaparece: es la muerte del alma, pero, mediante las energías que libera, contribuye a alimentar el mundo.

—Entonces, la gente que afirma haber sentido la presencia de un ser querido ya muerto en un lugar concreto ¿dice sandeces? —preguntó Tom.

—No necesariamente. Al morir, nos desintegramos, pero puede ocurrir, aunque supongo que es poco frecuente, que una ínfima parte de esa energía se deposite, de alguna manera, en un punto determinado, y eso es lo que es posible percibir en circunstancias especiales. Del mismo modo, la sensación de *déjà-vu* no sería más que la percepción momentánea de un efluvio residual por parte de nuestro córtex reptiliano.

—Dicho vulgarmente: nuestras antenas primitivas captan un fragmento que

todavía no se ha descompuesto por completo del recuerdo de otra persona — dijo Roy con la mirada perdida.

—¿Y cómo encajan los fantasmas en todo eso? —preguntó Olivia.

Martha tiró de la cristalera para volver a cerrarla.

—Son seres cuya membrana no se desgarró cuando murieron. El envoltorio físico se rompió, pero su energía no se esparció por el universo. Flota, errante, perdida, sin puntos de referencia, en una especie de éter imperceptible para nuestros sentidos de mortales.

—¿Por qué les pasa eso? ¿Hay algún motivo para que ocurra?

—Pensamos que tiene que ver fundamentalmente con una emoción coercitiva muy fuerte, como el miedo, el sufrimiento o la rabia. Esas emociones crearían un campo de fuerza tan potente, tanta presión en torno al individuo, que mantendrían la energía concentrada alrededor de su núcleo e impedirían su disolución. En cualquier caso, eso explicaría que la mayoría de esos «fantasmas» sean agresivos, o al menos posean una pesada carga emocional más bien negativa. Están aprisionados en un plano que es paralelo al nuestro, pero al que nuestros sentidos son impermeables en la mayoría de los casos, un poco como si unos y otros estuviéramos a ambos lados de un espejo de dos caras: nosotros solo vemos lo que nos rodea, mientras que ellos, en la otra parte, en la oscuridad, nos ven igualmente, pero separados por un grueso cristal. A esas anomalías las llamamos Eco: energías coercitivas.

Tom chasqueó la lengua.

—¿Quiere decir que en este preciso instante podría haber fantasmas aquí, en la cocina, con nosotros, sin que lo sepamos?

—En esta habitación hay millones de átomos, fotones, ácaros, bacterias, ondas sonoras y de otros tipos, además de campos magnéticos y feromonas, pero nosotros no los vemos. Todos son invisibles, y sin embargo, ¿puede negar que existen?

—No, pero...

—Nuestros sentidos son limitados, igual que nuestros conocimientos científicos o espirituales, llámelos como quiera; pero no piense que lo que aún no se ha descubierto oficialmente, lo que no podemos medir o comprender, no existe por el simple hecho de que no seamos capaces de percibirlo.

Tom se limitó a arquear las cejas.

—¿No hay alguna manera de abrirse paso a través de ese cristal? —se apresuró a preguntar Olivia, demasiado preocupada para dejar que el silencio

se prolongara.

Martha posó en ella sus espléndidos ojos azules.

—Sí, en ocasiones puede haber un pasaje, probablemente ligado a un lugar, a su historia, que lo impregnó de una energía especial, o a seres cuya efervescencia energética era atípica, hasta el punto de salpicar su entorno. Es excepcional, pero es posible.

—Y nuestra casa sería uno de esos lugares, ¿verdad?

Martha se frotó las manos y asintió lentamente.

—Quizá. Y por lo que me ha contado, puede que no solo sea un lugar de transición entre nuestros dos planos, sino también un espacio que ha capturado o atraído a una de esas Eco.

—Jenifael Achak —dijo Olivia en voz muy baja.

Tom abrió unos ojos como platos. Le costaba asimilar toda aquella información, aquellas hipótesis, y lo admitió.

—No entiendo qué relación hay entre esos paquetes de energía y las cosas que me dijo la primera vez que nos vimos.

—Permítame resumirle lo esencial a su mujer —respondió Martha—. La idea es sencilla: si una gran cantidad de personas cree con mucha fuerza en algo durante mucho tiempo, ese algo acaba existiendo.

—Entonces, si todos creemos en Jenifael Achak, ¿la hacemos venir? —preguntó Tom, asombrado.

—No —respondió Martha con firmeza—. Haría falta mucha más gente y mucho más tiempo para poder canalizar la suficiente fuerza, y no es en absoluto el caso. Sin embargo, podemos considerar que a lo largo de los siglos nuestra fe ha tejido una gigantesca red en la que las Eco quedan atrapadas. Esa es la relación. Porque también creían o porque estaban impregnadas de esa cultura.

—La red ¿es la religión?

—La mayoría de las veces. Y todas las fuerzas relacionadas con ella. Incluido el diablo.

—¡Aguarde un momento! —exclamó Tom súbitamente agitado—. ¿Ahora resulta que lo que está entre nosotros es el diablo?

—Yo no he dicho eso. Pero cuando Jenifael Achak murió, la fe a su alrededor era opresiva, y es posible que su Eco buscara refugio en convicciones que a nosotros pueden parecernos maléficas. Su Eco no se dispersó en el cosmos debido a su sufrimiento y su rabia; pero, además, puede

que luego buscara consuelo en una especie de rol, el que se esperaba de ella, una pátina maligna que daría una especie de sentido a lo que ella es desde entonces. Eso explica, por ejemplo, que los exorcismos católicos sean eficaces en ciertos casos. La Eco se refugia en un esquema de pensamiento que construyeron nuestras creencias, y puede ser expulsada del mismo, a veces hasta romper su membrana y disolverla, utilizando esa misma fe. Hay que verlo caso por caso, saber lo que tenemos delante para definir la estrategia.

Tom suspiró.

—¿Cómo sabe usted todo eso? ¿Hay libros sobre el tema?

—En el mundo, somos varias las personas que investigamos en ese terreno, señor Spencer. Nuestra profesión atrae seguramente a un noventa y cinco por ciento de aficionados, timadores y curiosos sin talento, pero hay un puñado de médiums que son honestos y meticulosos, y a veces trabajan coordinados. Es usted muy libre de no creer en nuestra tarea.

—Yo la creo —dijo casi a su pesar Olivia, que se levantó y empezó a ir y venir entre la mesa y la encimera dándose golpecitos nerviosos en los labios, pensativa—. Temo por mi familia. ¿Y si de pronto esa bruja montara en cólera y empezara a acosarnos hasta volvernos locos?

—Atravesar el espejo de dos caras requiere reunir una gran fuerza, y eso la agota. No puede surgir a su capricho ni hacer todo lo que le apetezca.

—¿Como si necesitara descansar después de cada aparición?

—Sí, esa es un poco la idea.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Cómo resolver el problema definitivamente?

Martha frunció los labios y los miró con atención a todos, uno a uno.

—No puedo responder a eso —confesó—. Tendría que conocer la situación. Jenifael Achak no está aquí porque sí, y temo que esto vaya mucho más allá de...

—No hay ningún misterio —la interrumpió Tom—, usted misma lo ha recordado. En su día, Jenifael Achak fue martirizada y aniquilada junto con sus hijas por la comunidad de Mahingan Falls, y eso es lo que la retiene. Vaga por el lugar en que vivió con sus seres queridos antes de que la torturaran y la mataran... Y si su teoría sobre el poder de nuestras creencias es acertada, entonces su fantas..., perdón, su Eco ha encontrado su razón de ser asumiendo una actitud demoníaca, y no solo se venga de nosotros, sino que lo hace con inquina y crueldad.

Olivia se quedó sorprendida ante las palabras de su marido y más tranquila

al comprobar que se abría al fin a la posibilidad, por disparata que fuera, de que en su casa hubiera una presencia sobrenatural.

Martha sacudió la cabeza.

—Lo que no dejo de preguntarme es por qué ahora. Durante cerca de una década, Gary Tully lo intentó todo para conseguir una manifestación concluyente, en vano. Y ya saben cómo acabó. También yo sentía que este lugar no era como los otros, y temía que un día la situación degenerara. Cuando la familia Blaine saltó en mil pedazos pensé lo peor, pero sin poder demostrarlo. Por eso le pedí a Roy que le prendiera fuego a la casa. Y luego, nada durante décadas.

—Miranda Blaine se ha quitado la vida hoy mismo —le recordó Olivia con voz inexpresiva.

—Efectivamente, y perdón por mostrarme tan insensible, pero eso puede haber sido una consecuencia directa de su visita, que le ha hecho revivir recuerdos insoportables para ella. No obstante, ignoramos si la naturaleza de esos recuerdos era o no sobrenatural. Que yo sepa, Jenifael Achak nunca dio pruebas de seguir existiendo bajo este techo. A juzgar por lo que ustedes dicen, eso acaba de cambiar: la Eco que está encerrada entre estas paredes, y cuya presencia intuía yo, ha sido liberada recientemente, y esta vez parece algo indiscutible. Pero ¿por qué ahora?

—¿Podrían las reformas de los Tanningham ser la causa? —sugirió Tom.

—No veo por qué habrían podido tener un impacto, como no lo tuvo el incendio precedente...

—Vendieron a toda prisa en cuanto acabaron las obras —le explicó Olivia—, quizá porque se llevaron el susto de su vida. A lo mejor fueron ellos quienes provocaron su aparición.

—Bill estaba arruinado —le recordó Tom—. Una vez más, hay una explicación racional, si uno se esfuerza en buscarla. Y además Bill nunca se anduvo con misterios, le gustaba la casa, eso se notaba. Nos invitó a venir tantas veces como quisiéramos antes de firmar el contrato. Si hubiera querido deshacerse de ella ocultando un vil secreto, no habría estado tan relajado.

—En cualquier caso, la intensidad paranormal se ha multiplicado por diez desde el verano —aseguró Martha—. Y si no descubrimos el motivo, yo no estaré en condiciones de ayudarles.

Olivia hundió la cabeza entre las manos. Tom se acercó y empezó a acariciarle el pelo.

—Voy a hablar con los trabajadores que hicieron las obras —anunció—. Y si hace falta, desarmaré esta choza desde el sótano hasta el desván.

Roy levantó la mano.

—Tengo una buena maza, si quiere.

—No creo que sea necesario —dijo Martha recostándose en el fregadero—. A decir verdad, dudo de que el problema sea su casa.

—¿Por qué? —preguntó Olivia, intuyendo que la médium les ocultaba algo.

Martha se humedeció los labios y contuvo un suspiro.

—Llevo semanas haciéndome preguntas. Percibo cosas. Los péndulos se vuelven locos, las cartas dan tiradas absurdas y mis intentos de comunicación con el plano paralelo son más efectivos que nunca. Lo que pasó en su emisora la otra noche no es normal. Puede que yo sea una vieja un tanto original, pero escucho, miro, y hay desapariciones y muertes que no se explican. Creo que no pasa solo en su casa, señor y señora Spencer; todos los espíritus que había en Mahingan Falls están despertando.

Esta vez, hasta Tom se estremeció.

Fuera, la lluvia arreció.

56.

Las gotas resbalaban por su impasible rostro, mientras sentía el desagradable contacto de la ropa empapada, fría y pegajosa sobre su piel.

Pero el fuego que ardía en su interior compensaba con creces esas molestias pasajeras. Un fuego al que no le faltaba combustible, cuya gasolina era tan pura que lo mantendría así tanto tiempo como hiciera falta. Encendido y alimentado sin cesar.

Lo que motivaba a Derek Cox más allá de toda medida no era la humillación que había sufrido, sino algo aún más peligroso. El miedo.

Aquella mala pécora de Olivia Spencer-No-sé-cuántos le había hecho pasar un miedo como pocas veces había tenido en su vida. Y eso que Derek consideraba que para ser un hombre de menos de veinte años había soportado lo suyo. Había vivido momentos de terror, y no una vez. Para imaginar lo que un chico como él había tenido que padecer había que conocer a su familia. En otros tiempos, solo con oír el paso irregular de su padre en la escalera, la forma en que su peso hacía crujir los peldaños debido a su rodilla mala, hacía temblar al pequeño Derek. Y si una vez en el rellano esas pisadas, en lugar de apagarse progresivamente en la alfombra del pasillo ante la habitación de sus padres, se dirigían hacia él, aquel simple sonido podía hacer que se orinara encima, porque sabía lo que iba a pasar a continuación. Derek se había enfrentado a esos miedos. Había crecido con ellos, hasta dominarlos, y luego se había rebelado para transformarlos en odio y, por fin, en violencia.

En el equipo de fútbol del instituto tampoco había sitio para los miedos cuando los mastodontes de la línea defensiva se lanzaban a por ti a todo trapo con el único objetivo de pasarte por encima y dejarte hecho papilla con sus más de cien kilos de peso.

Y provocar a un desconocido en la calle y amenazarlo con la mirada,

arriesgándose a una pelea, también requería sangre fría para superar las primeras dudas y controlar los nervios.

No, al miedo estaba acostumbrado.

Pero el que había sentido aquella tarde a la salida del trabajo era distinto. Era visceral.

Aquella zorra lo había sorprendido, lo había descolocado, antes de aplastarle las pelotas con la pistola de clavos neumática.

¡KLANK!

Y por un instante había creído que se había quedado sin polla y sin huevos. Se había visto convertido en eunuco. Un hombre sin un par, sin una buena tranca con la que impresionar a las chicas, sin motivación para levantarse por las mañanas, sin futuro. Porque, mientras ella le aplastaba las partes, Derek se lo había preguntado, por brevemente que fuera: ¿de qué sirve un tío sin su chisme? Toda la vida de un hombre giraba en torno a eso, ¿no? Vivir para imaginarse con una tía. Vivir para ligar. Vivir para olfatear coños. Vivir para follar. Si ya no tenía eso, ¿qué le quedaba? ¿A qué autoridad podía aspirar un hombre que ya no tenía nada entre las piernas? A ninguna. Sin cojones, no había objetivos, ni coraje, ni respeto, ni un lugar en la sociedad. Derek era un macho alfa, lo sabía, y un macho alfa sin pito ya no servía más que para que la manada lo humillara y lo rechazara.

Derek no lo habría soportado.

Aquella mala puta habría podido amenazarlo con reventarle un ojo o arrancarle un dedo, y ya lo habría impresionado bastante. Pero no: la había tomado con lo mejor que tenía...

¡KLANK!

Cada detonación de la clavadora lo había aterrorizado un poco más. Los segundos se le habían hecho eternos mientras se palpaba mentalmente para asegurarse de que todo seguía allí, intacto.

¡KLANK!

El mismo sudor frío. El pánico a perderlo todo. Pero no, había apuntado justo al lado, al menos esta vez...

¿Y todo por qué? ¿Porque le había metido mano a Gemma Duff? ¿Aquella estrecha que se había quedado más tiesa que un palo mientras se lo hacía con los dedos? ¡Había sido como intentar excitar al Señor Frío!

Tomarla con él por eso... No se lo podía creer. Si a Gemma no le apetecía, que lo hubiera dicho... Pero podía estar tranquila, no volvería a verlo. En

cuanto a Olivia Spencer, era imposible perdonarle lo que le había hecho, pero es que además se lo había hecho delante de Gemma. Por suerte, parecía que aquella idiota no se lo había contado a nadie, y por eso aún no le había dado una buena lección. Mientras mantuviera la boca cerrada, tendría una oportunidad; y mientras él no le mandase su mensaje a Olivia Spencer. Era la primera que debía recibir su castigo.

Derek no pensaba dejarlo correr. Los primeros días había dudado. Esta vez no se trataba de putear a una mema del instituto, sino a una adulta, con toda su familia detrás. Aunque, pensándolo bien, le importaba un carajo. Y sus grandes aires tampoco lo impresionaban. Sabía que solo necesitaba elegir bien el momento, caerle encima cuando menos se lo esperara, para sorprenderla a su vez. Y entonces obtendría su venganza.

Había estado dándole vueltas a lo que podía hacerle, y tenía que reconocer que seguía sin saberlo. Para empezar, un poco de presión, hasta que le entrara el pánico y se echara a llorar. Pero ¿querría ir más lejos? ¿Qué significaba «ir más lejos»?

Tirársela. ¡Eso era lo que significaba, joder! ¡Meterle en el culo lo que había amenazado con perforarle, para que comprendiera que había sido la cagada de su vida!

Derek no sabía si hacerlo. Por una parte, aquel pedazo de rubia le ponía un montón, y montárselo con una madurita sería un punto... Por otra, sabía que era llevar las cosas muy lejos.

Después de todo, sería una violación.

Pasados los ocasionales ataques de rabia, tenía que admitir que era un poco excesivo. No solo no estaba seguro de poder hacerlo; además, sabía que le traería un montón de problemas. Tendría que zurrarle para que se callara. Y Derek no las tenía todas consigo. No era como las chicas con las que solía tratar, impresionables y manipulables. Podía darle mucha guerra. Era capaz de denunciarlo, y tratándose de algo así, quizá ni siquiera el padre de Jamie pudiera hacer nada para que el jefe Warden enterrara el asunto. O puede que el marido interviniera. Eso era lo que menos le preocupaba. Había visto a aquel capullo, nada cachas; dudaba de que levantara la vista si lo miraba amenazándolo con partirle los dientes.

En cuanto a ponerse un pasamontañas para que no lo reconocieran, no le convencía en absoluto. Era todo lo contrario de lo que lo motivaba: quería que supiera que se trataba de él, que la había cagado metiéndose con él. Quería

que cada vez que se cruzaran por la calle, y en Mahingan Falls eso sucedería muchas veces, bajara la mirada y tuviera miedo. Era el precio a pagar por haberlo amenazado de aquel modo, a él y a sus pelotas.

De momento, la casa estaba bastante llena, aunque ya era de noche. Desde el lindero del jardín, y a pesar de la lluvia, podía verlos en la cocina, hablando. Y desde luego no parecía una conversación divertida...

Derek ya había estado allí varias veces para «orientarse». Aguardaba el momento adecuado, su oportunidad... Pero aún no se había presentado.

Dudó. ¿Merecía la pena quedarse, calado hasta los huesos como estaba, esperar a que los invitados se largaran y se apagaran las luces, y confiar en que ella saliera? ¿A aquellas horas y con la que estaba cayendo? Era poco probable. Introducirse en la casa por una ventana que se hubieran dejado abierta era una opción, pero Derek no lo veía claro. No con el marido cerca. Si una noche comprobaba que Olivia Spencer estaba sola, entonces sí, probaría suerte, pero no con todo el mundo allí, era demasiado arriesgado.

Derek salió de su escondite, pero se detuvo casi de inmediato.

Al otro lado del jardín, a través de la lluvia y la oscuridad, creyó ver una silueta. ¿Quién estaría lo bastante chiflado para quedarse fuera con semejante tiempo, aparte de él?

Un sabor a hierro le inundó la boca, y se dio cuenta de que tenía sangre en el labio superior. Le sangraba la nariz.

¡Mierda! Era lo que le faltaba...

Volvió a echar una ojeada al otro lado del césped, pero la silueta había desaparecido.

¡Había visto a alguien! No había sido una alucinación, estaba seguro, incluso con todas aquellas sombras en movimiento de los árboles: había visto a alguien al otro lado, frente a la casa de los Spencer.

Derek se restregó la cara con el brazo para limpiarse la sangre, que le manchó la camisa mojada.

Había llegado el momento de irse.

Pero volvería. No se rendiría. Obtendría su venganza.

Y solo de pensar en la mirada de angustia que le lanzaría Olivia Spencer cuando comprendiera quién era y por qué estaba allí, Derek recuperó la sonrisa.

57.

Sentado al tibio sol de mediodía, Ethan Cobb contemplaba el océano desde la pasarela elevada de Atlantic Drive, arrullado por el rumor del oleaje. En los alrededores, unos cuantos chavales aprovechaban el domingo para juntarse en la pista de monopatines, mientras un puñado de ociosos paseaban tranquilamente. Aquí, dos personas mayores, indiferentes la una con la otra en apariencia, pero seguramente incapaces de sobrevivir si uno de los dos faltase. Un poco más allá, con los ojos iluminados por la magia y el orgullo de la paternidad, un hombre le mostraba la playa al bebé que llevaba en brazos, embargado por la dicha de compartir, enseñar y sentirse útil para una criatura tan frágil. Más lejos, una pareja de apenas treinta años conversaba con expresión seria, apoyada en la barandilla. Ella se secó una lágrima, y un instante después, cuando él hizo lo mismo, le acarició la espalda con la mano para consolarlo. Ese mero gesto decía mucho de su relación: ella encajaba la separación mejor que él.

Ethan veía todo aquello y muchas cosas más, pero no estaba allí. Una parte de él seguía bajo tierra, en el túnel, con aquellos seres que murmuraban en la oscuridad.

Él tampoco conseguía encajar lo ocurrido, olvidarlo, pasar el duelo.

Centrarse en los adolescentes le había ayudado a seguir adelante. Para empezar, había escuchado el relato, largo y salpicado de silencios y sollozos ahogados, que le habían hecho en su piso. Después de lo que acababan de vivir, no podía dejar que todo el pueblo los viera juntos en una cafetería. Mientras hablaban, les había curado las heridas, ninguna profunda afortunadamente. Al final, la más grave era la suya, que le había obligado a ponerse vendas y puntos de sutura adhesivos para detener la sangre sin necesidad de ir a que lo cosieran.

Ethan les había hecho repetir varios pasajes que le costaba creer, en especial el del espantapájaros, pero también lo relativo a la fuerza benéfica que supuestamente los protegía en el barranco. No obstante, tras lo mucho que habían afrontado, consideró preferible no poner en duda sus palabras.

Un asesino de niños se había reencarnado en un espantapájaros y una horda de indios furiosos intentaba devorar a todo aquel que penetrara en su antro subterráneo.

El balance de la jornada era como para tirarse por la ventana.

Ethan se lo había pensado bien antes de hacer un pacto con los chicos. Él los cubriría y nadie le contaría nada a ningún otro adulto hasta que hubiera aclarado el asunto. Sabía que nadie los creería, a menos que bajara a las cloacas, de las que probablemente no regresaría. Pero, ante todo, necesitaba encontrarle un sentido a aquellos horrores.

Cosa que, de momento, no conseguía.

La tarde anterior, después de acompañar a sus casas a los chavales y hablar con sus padres para que los reconfortaran, con la excusa del ataque del jabalí, un poco traída por los pelos (pero que había funcionado), Ethan había vuelto a la suya con la intención de coger su arma y dirigirse a los campos de maíz para buscar el cuerpo de Dwayne Taylor. Los detalles que le habían dado los chicos le bastaban para orientarse, y esperaba poder hallar el cadáver en unas horas. Pero se estaba haciendo de noche y sus jóvenes compañeros habían insistido en la peligrosidad de los espantapájaros. Estaban convencidos de que los otros podían despertar, como el que habían quemado ellos, y Ethan, muy a su pesar, decidió que era mejor no arriesgarse. Después de lo que acababa de experimentar, no se veía vagando en plena noche entre los altos tallos del maíz, en busca de un cadáver, con la amenaza de unos espantapájaros provistos de garras planeando sobre su cabeza. Lo sentía por él, pero Dwayne Taylor tendría que esperar un poco más. En su fuero interno sabía que la incertidumbre ofrecía un mínimo de esperanza a la familia, y que en cuanto descubrieran sus restos la insoportable realidad de su muerte los devastaría. El policía se tranquilizaba pensando que les daba un respiro de unas horas antes del caos. Tenían derecho a saber, pero siempre sería demasiado pronto.

Al despertarse, Ethan había postergado el momento un poco más. Estaba molido y atontado por el alcohol que había bebido para conseguir dormirse, y no se sentía demasiado sólido mentalmente para enfrentarse a la muerte solo.

—Tienes una pinta horrible... —dijo Ashley Foster a su lado.

Ethan alzó la cabeza. Un top que le moldeaba los pechos, vaqueros ajustados... No se andaba con chiquitas. Con el pelo recogido en la nuca, estaba preciosa.

—Gracias por venir.

—Para una vez que eres tú quien pide socorro... —respondió la chica sentándose junto a él en el banco, frente al mar—. ¿De capa caída?

—No es un asunto personal.

—Pero por teléfono has dicho...

—No quiero pasar por los canales oficiales. Me han dado un soplo... anónimo.

Ashley frunció el ceño.

—Necesito ayuda para verificarlo —le explicó Ethan, y señaló las botas que asomaban bajo los vaqueros de la chica—. Has hecho bien, tendremos que andar. Vamos —dijo levantándose.

—¿Adónde?

—A buscar el cadáver de Dwayne Taylor.

El viento agitaba las hojas resquebrajadas de las plantas de maíz y producía un sonsonete continuo y crepitante que ponía nervioso a Ethan. Llevaban más de una hora peinando el campo entre la salida del barranco y el estanque de los Taylor, más al sur. Los adolescentes habían sido categóricos: el ataque se había producido en el primer tercio del maizal. Pero eso, en aquella maraña vegetal, seguía siendo un espacio inmenso, y más teniendo en cuenta que el maíz que invadía gran parte de los surcos apenas les permitía ver, y que la tierra, abundantemente regada por la lluvia nocturna, se les pegaba a las suelas y frenaba su avance. Los Taylor seguían sin decidirse a recolectar. Ethan suponía que aún no estaban listos para pasar con la enorme cosechadora por el lugar donde quizá reposaba el cadáver de Dwayne. Un padre no puede resignarse a destrozar el cuerpo de su hijo por muy muerto que esté, ni siquiera accidentalmente. Pero las mazorcas empezaban a secarse.

Ashley caminaba por el surco de al lado. Se había llevado una sorpresa cuando, al bajar del todoterreno, Ethan le había tendido una Glock con su funda de cuero.

—Cógela, nunca se sabe —le había dicho con un tono que no admitía

réplica.

—¿Por qué no me lo cuentas todo?

—Porque pensarías que me he vuelto loco.

Él también iba armado. De vez en cuando acariciaba la empuñadura para tranquilizarse. «Si el fuego es capaz de repeler a esas cosas en los túneles, seguro que las balas también.»

¿Cómo reaccionaría si de pronto aparecía un espantapájaros delante de él? Más valía que no se pusiera a disparar a lo loco, tenía a Ashley al lado.

Se sentía un poco culpable por hacer que lo acompañara y poner su vida en peligro. Pero no había podido evitar llamarla. Necesitaba hablar con ella, sentirla cerca. No habría sido capaz de llegar al final de ese día solo. No podía contarle nada, y ese silencio abría una brecha entre ellos, pero, por ahora, su presencia le bastaba.

—¿Ashley?

—Sigo aquí.

—No bajas la guardia, ¿de acuerdo?

—¿Me vas a decir lo que pasa de una vez?

—No quiero mentirte, así que no hagas preguntas.

La chica asomó medio cuerpo entre una hilera de plantas.

—Bueno, pero ¿por qué estás aquí?

Ethan se detuvo y aprovechó para quitarse el mazacote de barro que llevaba pegado a la suela con la ayuda de un tallo roto.

—Tengo mis razones —dijo al fin—. Creo que los restos de Dwayne Taylor están en esta zona.

—Una llamada anónima, ¿eh? ¿Me tomas por tonta?

Ashley se acercó a él. A Ethan le encantaba la vivacidad de sus ojos, le atraía la suave calidez de sus labios. Tenía unas ganas locas de besarla, de sentir su cuerpo pegado al suyo, de notar su respiración en el cuello y oír los latidos de su corazón... Dio un paso atrás.

No podía hacerlo. Estaba en plena descompresión, en una especie de shock postraumático tras la explosión de todas sus certezas racionales, y no debía aprovecharse de ella ni arrastrarla en su caída.

—Te pido que confíes en mí —respondió.

Ashley lo observaba. Sus grandes ojos color avellana descendieron hasta los labios de Ethan, que se estaba preguntando si no desearía lo mismo que él, cuando un cuervo graznó en el cielo y le recordó por qué estaban allí.

—Sigamos —dijo, y reanudó la marcha.

Después de otra hora recorriendo los surcos del maizal, cuando Ethan empezaba a desanimarse, descubrieron al fin a Dwayne Taylor, o lo que quedaba de él. Lo que los atrajo no fue el olor, sino la presencia de una gran cantidad de plantas partidas, prueba de un enfrentamiento feroz.

Yacía en una postura grotesca, con las piernas dobladas bajo las nalgas y un brazo retorcido detrás del torso. Sus intestinos, desenrollados por completo, habían sido parcialmente devorados por la fauna local, lo mismo que algunos de sus órganos. Las moscas también habían hecho su trabajo. Era difícil diferenciar entre los daños causados por el ataque y los debidos a la acción posterior de la naturaleza. No obstante, los dientes superiores destellaban al sol del mediodía sobre un siniestro hueco: la mandíbula inferior había desaparecido.

Y las órbitas vacías dirigían hacia ellos sus cavidades, rebosantes de larvas de gusanos.

La muerte había sido violenta, lo que confirmaba el testimonio de los adolescentes.

«Asesinado por un espantapájaros...»

Ethan estuvo a punto de desvanecerse, no por el estado del cadáver sino por lo que implicaba. Aquello no era una pesadilla. El día anterior no había sufrido una alucinación. Aquellos seres inhumanos y sedientos de sangre existían realmente.

Dwayne Taylor era la prueba. Un ser humano asesinado por aquellos monstruos.

Era demencial.

El vívido y angustioso recuerdo de sus impredecibles apariciones a lo largo del río subterráneo le aceleró el corazón.

Los chicos se habían enfrentado a un espantapájaros allí mismo.

Y todas aquellas extrañas muertes en Mahingan Falls desde hacía dos meses... «Todo está relacionado.»

No estaba perdiendo la chaveta. No, el pueblo entero se había vuelto loco. No había otra explicación posible.

El viento sopló y las plantas oscilaron.

La imponente masa del monte Wendy los vigilaba en la distancia. Su reluciente mástil de acero tocaba el cielo.

—A Warden no le va a hacer ninguna gracia, pero esta vez habrá que avisar

al fiscal Chesterton —dijo Ashley, agachada cerca del cuerpo.

Pero Ethan no la escuchaba.

Miraba la montaña.

Sus labios se movían cada vez más deprisa.

Murmuraba algo.

Su instinto de policía juntaba las piezas del puzle.

De repente, lo supo.

Aquellas muertes no eran casuales. Y la aparición de las criaturas, tampoco.

58.

Dos grandes ojeras delataban el estado de agotamiento en que se encontraba Gemma. Era domingo por la tarde, debería de haber estado en plena forma, descansada después del fin de semana, y en cambio se sentía más tensa que nunca.

Pero no quería que se le notara. La noche anterior, cuando Corey se fue a la cama llorando, Gemma había comprendido cuál era su papel. Su hermano había tenido una pesadilla, pero en cuanto empezó a consolarlo le abrió su corazón y le confió sus miedos. Cada sombra le hacía temblar; cada chirrido lo sobresaltaba. Su madre estaba ausente y, como hermana mayor, le correspondía a ella reconfortar a su angustiado hermano, encontrar las palabras adecuadas y dar una apariencia de seguridad. Lo que sentía ella en esos momentos no importaba.

Y tampoco podía mostrarse preocupada delante de Zoey. La niña no debía sufrir sus cambios de humor, sus contradicciones, su...

«¡Estoy a punto de estallar, sí!»

Los monstruos existían.

Todo se resumía en esa breve frase, que le ponía la carne de gallina cada vez que le venía la cabeza.

Zoey le tendió una figurita de los Osos Berenstain.

—¡Guega, Ema! ¡Guega con mí!

Seguramente los niños eran la solución a todo, se dijo procurando olvidarse de sus zozobras y concentrándose en el juego que le proponía Zoey. Por muchos obstáculos que la vida pusiera en tu camino, los niños siempre acababan exigiendo tu atención para que jugaras con ellos, los alimentaras y les evitaras algún que otro problema. «No pienses más, céntrate en lo que tienes que hacer ahora, y punto.»

Tom y Olivia no estaban. Habían desaparecido en cuanto ella había llegado, y Gemma sospechaba que les pasaba algo. Parecían una pareja sólida, quizá la más sólida entre los adultos con los que trataba, pero Gemma sabía que no había que ser ingenuo: a veces las apariencias engañaban, pese a todo lo que Olivia hubiera podido confiarle. No sería la primera mujer que descubría que su marido, tan atento y fuera de sospecha, la engañaba con la vecina...

«Menuda ocurrencia... Como si en los Tres Callejones hubiera muchos vecinos...»

En todo caso, aquellos dos andaban por ahí, discutiendo, haciendo las paces o tramando algo.

En ese momento, Owen, Chad y Corey irrumpieron en el salón. Venían de la calle, alborotados como unos adolescentes normales que no hubieran vivido ninguna experiencia traumática. Pero Gemma recordaba el estado en que se encontraban al salir del túnel, y antes de eso había visto a Owen en poder de aquellos seres de sombra y había leído el terror puro en su rostro. Ciertamente tenía unas ojeras tan marcadas como las suyas, pero no había perdido su picardía habitual. Gemma imaginaba que hablaría bastante con Chad, sobre todo por las noches. Cuando la familia se hubiera acostado, los dos muchachos debían de juntarse, desahogarse el uno con el otro, consolarse y animarse mutuamente. La resistencia, la capacidad de adaptación y la apertura de mente de los chavales la llenaban de envidia.

—¿Dónde estabais? —les preguntó.

—En el barranco, a salvo en nuestro refugio —respondió Corey.

—¿Y qué hacíais allí?

—Decidir cómo vamos a actuar.

—Muy fácil: de ninguna manera. El teniente Cobb dijo que él se encargaba y que, mientras tanto, no nos moviéramos.

—Ya, el teniente... —rezongó Chad—. Porque si ese dice algo, tú obedeces sin rechistar, ¿no?

Los chicos no le guardaban rencor por su traición, al menos no tanto como había esperado. En su momento, la habrían arrojado al río de pura rabia, pero la noche de ese mismo sábado reconocieron que sin el poli probablemente no habrían vuelto al completo de su aventura subterránea. Ella los había vendido, pero eso les había salvado la vida.

Chad y Connor eran quizá los únicos que aún estaban un poco enfadados con Gemma, pero Corey y Owen no le mostraban el menor resentimiento.

—Vamos a volver a la biblioteca —explicó Owen—. Para hacer una lista de los crímenes más sangrientos de la historia de Mahingan Falls.

—¿Por qué? Es siniestro...

—Eddy Hardy en la granja de los Taylor, los indios asesinados de las cloacas... No pueden ser casualidades. Los fantasmas de los individuos más peligrosos, o de los que más sufrieron, están volviendo a la vida para apoderarse del pueblo. Hay que tenerlos apuntados para saber a quién nos enfrentamos y por dónde se moverán.

—El espantapájaros no dudó en bajar hasta aquí... —objetó Corey.

—¡Precisamente por eso! —replicó Chad—. Si vuelven a las andadas, quiero saber a quién me enfrento.

—Es una buena idea —reconoció Gemma—. Si queréis, puedo acompañaros mañana después de clase.

—No, nada de trai... —empezó a decir Chad.

—Será un placer —lo interrumpió Owen.

—Pero ¡acordamos con Connor que seríamos nosotros solos!

—Ahora Gemma es de la pandilla.

Corey dio su aprobación con un movimiento de cabeza, y Chad se golpeó las piernas con las manos con una mezcla de rabia y resignación.

Gemma le tendió una de las figuritas a Zoey, que, muy seria, las hacía entrar en una casita de plástico y volver a salir.

—Chicos, ¿no creéis que deberíamos contárselo todo a vuestros padres? —preguntó de pronto.

—¿Qué? —exclamó Chad, casi atragantándose—. Sí, ¿y qué más? ¿Quieres que mi madre nos encierre en nuestros cuartos el resto de nuestra vida? ¡Les dará un ataque al corazón!

Owen parecía indeciso.

—No nos creerían —opinó Corey.

—Lo sé —admitió Gemma en voz baja.

No podía evitar decirse que estaba traicionando a Olivia. No solo sentía la necesidad de ponerlo todo en manos de los adultos para librarse en parte del problema; también tenía la sensación de que estaba faltando a sus deberes. Los Spencer le habían confiado el cuidado de sus hijos, y ella les ocultaba el peligro que planeaba sobre lo que más querían en el mundo.

Frente a ella, Zoey jugaba, despreocupada y frágil. Gemma se acordó de pronto de los miedos de la niña y tuvo una idea.

—Chicos, ¿creéis que alguno de esos fantasmas podría estar en vuestra casa?

—¿Por qué dices eso? —preguntó Owen.

Gemma miró a Zoey y titubeó.

—Por nada..., solo es una intuición.

—¿Has visto alguno?

Gemma se encogió de hombros, indecisa.

—En realidad no... Pero Zoey le tiene pánico a su habitación y a... ¿Habéis visto ratas en las vuestras?

Chad asintió.

—Papá y mamá hablaron del tema. Por eso Zoey duerme en el cuartito que hay junto a su habitación.

—Pero ¿tú has visto alguna rata?

—No...

—Vale, venid conmigo.

Gemma cogió en brazos a Zoey, subió con ellos al piso de arriba y los llevó a la antigua habitación de la niña. Tras dejarla a sus pies, se agachó para mirar debajo de la cama, de donde sacó una manta que extendió ante ella.

Los pedazos que faltaban parecían grandes mordiscos.

—¿Habíais visto alguna rata tan grande?

Chad sacudió la cabeza.

—Ni en Nueva York tienen ese tamaño.

Zoey, asustada en su propia habitación, se agarraba a la pierna de Gemma.

—¡Brillan! —exclamó señalando la manta—. ¡Brillan!

Gemma le deslizó la mano por el pelo.

—Creo que quiere decir «chillan».

Los tres chicos pusieron cara de susto.

—En esta habitación hay algo que no es normal —concluyó Gemma.

Chad y Owen intercambiaron una mirada.

—En esta casa pasan cosas raras, eso seguro —dijo el más alto de los dos—. A mí un día me mordieron mientras jugaba en la habitación de enfrente.

Corey miraba la manta desgarrada con fascinada repulsión.

—¿Queréis decir que lo que pasa en el pueblo también se está manifestando en vuestra casa?

Owen asintió lentamente.

Gemma no se sentía muy bien. Tenía náuseas, le daban ganas de llorar, el

cuarto giraba a su alrededor...

«¡No te derrumbes ahora! ¡Tienes que dar ejemplo! ¡Necesitan una adulta fuerte que los tranquilice!»

Pero cada vez le costaba más interpretar ese papel. El traje le venía grande.

Fuera, una nube tapó el sol, y la penumbra de la habitación se intensificó. De pronto las muñecas y los peluches alineados contra la pared parecían un tribunal reunido para juzgar a aquellos cinco fisgones.

—Vámonos de aquí —dijo Gemma volviendo a coger en brazos a Zoey—. No me gusta este sitio.

Como en respuesta a sus palabras, el techo de vigas crujió.

Olivia llegó a casa a última hora de la tarde, extenuada. Habían estado entrevistando a los diferentes trabajadores que habían reformado integralmente la Granja por encargo de Bill Tanningham. Les había costado localizarlos, dado que era domingo, y al final no habían sacado nada en limpio: en su día no había aparecido ninguna habitación secreta ni ningún pentáculo amenazador pintado en una pared, y tampoco les habían contado ninguna anécdota «un poco rara», como las había llamado Tom. Todos habían tomado a aquella pareja preocupada por unos «ruidos en las paredes» —y al mismo tiempo muy interesada por la historia de la Granja— por unos lunáticos.

Los chicos estaban en el jardín con Milo, y Gemma y Zoey, en la cocina, moldeaban una mano de plastilina. Olivia charló con la chica de cosas intrascendentes durante unos instantes, hasta que su detector de problemas empezó a pitar. Notaba nerviosa a Gemma, que rehuía su mirada y mostraba una actitud demasiado positiva para ser sincera. No estaba bien e intentaba disimularlo.

—¿Noticias de Derek Cox? —le preguntó Olivia.

Gemma alzó los ojos de inmediato.

—¿Lo ha visto?

—No, por eso te lo pregunto. ¿Te ha molestado?

—Pues... no. Lo vi en el instituto, pero se mantiene alejado de mí. Pero... Chad lo vio ahí delante el otro día.

—¿Delante de nuestra casa?

—Quería contárselo, pero no sabía cómo hacerlo sin alarmarla.

—¿Dijo o hizo...?

—No, no, al parecer solo estaba ahí, mirando.

Olivia asintió, pensativa.

—Lo siento mucho —dijo Gemma—. Espero no traerle disgustos con él.

Olivia le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Asumo totalmente la lección que le di. Lo último que quiero es que te sientas culpable. Si la policía hubiera hecho su trabajo, nosotras no habríamos tenido que intervenir, ¿de acuerdo?

—Sí. Espero que Derek no la tome con su coche o algo así...

—Que lo intente y verá: ¡los próximos clavos serán para adornar toda la carrocería de su precioso Toyota!

Olivia consiguió arrancar una tímida sonrisa a la adolescente. Pero intuía que había alguna otra cosa, más profunda. Una preocupación más seria, demasiado agobiante para una chica de apenas diecisiete años.

—¿Tienes un noviete? —aprovechó para preguntarle.

—¿Se ha enterado?

—La señora Feldman me ha dicho que el otro día te vio en el Paseo con un chico. Bastante mono, al parecer.

Gemma se puso roja.

—Se llama Adam Lear.

—Conque sí... Me preguntaba cuándo ibas a hablarme de él. ¡Llevo una semana mordiéndome las uñas! Me parece estupendo. ¿Va al instituto?

—Sí, acaba este año, como yo.

—¿Estás enamorada?

Gemma se encogió de hombros, un poco tímida.

—Aún es pronto...

Olivia agitó el índice en su dirección.

—Pero te gusta, se te nota. Me alegro.

—Ya se verá...

Olivia sacó dos vasos de un armario, los dejó en la mesa y fue a buscar una botella de coca cola al frigorífico.

—¡Esto hay que celebrarlo! Pero tendrá que ser con refresco: una cosa es llevarte a castrar a un gilipollas y otra corromperte con alcohol.

Entrechocaron los vasos.

Gemma la observaba con un extraño brillo en los ojos, que reflejaban admiración, además de complicidad. Pero Olivia también creyó ver en ellos una gran tristeza.

—Vamos a ver, cariño, ¿qué ocurre?

Gemma eludió la pregunta con una mueca a la que le faltaba sinceridad para resultar creíble. Olivia posó una mano en la suya.

—Es ese asunto de Derek, ¿verdad?

—¡No, no! Todo va bien —mintió Gemma.

Olivia la examinaba, y cuanto más lo hacía más profundo era el desasosiego que percibía en ella.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad? No te juzgaré. No soy tu madre, soy tu amiga —su mano apretó la de Gemma, que bajó el mentón —. Vamos...

Gemma lloraba. Intentó evitar el contacto visual, pero acabó por sacudir la cabeza.

—Olivia... —dijo al fin, y se inclinó hacia ella—. Tiene que hablar con el teniente Cobb. Es importante.

59.

En la pantalla del móvil volvió a aparecer el nombre de Gemma Duff. Era al menos la tercera vez que lo llamaba desde la noche anterior. Ethan imaginaba que quería pedirle noticias. También ella debía de estar hundida, después del episodio del túnel, pero ahora no podía atenderla. Tenía cosas más urgentes que hacer.

Aparcó casi al final de la carretera, apenas un camino pavimentado en algunos tramos, dada su estrechez en las curvas más sinuosas. La peligrosa vía serpenteaba a lo largo de la ladera occidental del monte Wendy, casi hasta la cima. La ayuda de Ashley Foster había sido crucial para localizarla, puesto que no aparecía en ningún mapa del GPS y había que dar un largo rodeo desde los campos de los Taylor para llegar allí. Una simple pista asfaltada, una senda de mantenimiento sin señalización. Era lunes por la mañana, un día tranquilo, pero no habían visto un alma en todo el trayecto. Nadie se aventuraba por allí.

Sin embargo, la vista de Mahingan Falls desde aquella altura merecía la pena. El cinturón de montañas boscosas que, como una enorme herradura, rodeaba el pueblo hasta la orilla del océano era más visible que desde ningún otro lugar. Mahingan Head y su faro remataban aquella lengua de tierra con su abrupto espolón.

—¿Qué buscamos esta vez? —preguntó Ashley poniéndose las gafas de sol.

Ethan alzó la cabeza hacia la gruesa antena de acero erizada de parabólicas.

—Para ser sincero, no lo sé con exactitud. Cualquier cosa que nos parezca fuera de lugar.

Ashley lo detuvo agarrándolo de la mano.

—No insisto porque tenías razón en lo de Dwayne Taylor, pero tarde o temprano necesitaré respuestas.

Ethan asintió. Ashley le mostraba una fidelidad a toda prueba y una confianza no menos estimable; lo seguía ciegamente, pero si no le enseñaba las cartas no podría pedirle que siguiera haciéndolo. Se lo contaría todo ese mismo día. Le daba igual que lo tomara por un loco.

Subieron los últimos cincuenta metros que los separaban de la base de la antena.

Ethan echó un vistazo al oeste y al sur y vio los extensos maizales, y más allá, la diminuta casa de los Taylor. Imaginó su dolor, ahora que lo sabían. El jefe Warden en persona se había hecho cargo de la investigación. Esta vez haría intervenir a la oficina del fiscal del distrito: ya no podía evitarlo. Las cosas iban a cambiar. Más medios. Y también más presión. El rastreo de la zona donde se había hallado el cadáver de Dwayne se había prolongado hasta el anochecer, y a Ethan le había aliviado saber, al volver a casa, que no se había encontrado el menor indicio del espantapájaros. Había estado a punto de ir a quemar el resto de los que Angus Taylor había admitido haber hecho, pero le había dado miedo provocar una reacción en cadena que no pudiera controlar, y se había abstenido.

En la verja que encuadraba el pie de la antena, unos letreros con la leyenda PROHIBIDO ENTRAR y la imagen de un hombre electrocutado advertían del peligro.

—¿Seguro que es una buena idea? —le preguntó Ashley.

Ethan se había esperado encontrar un lugar más accesible, sin especial protección, pero reparó en que el ancho mástil metálico también tenía una puerta provista de cerradura. La antena, de unos tres metros de diámetro al nivel del suelo, se hacía más fina gradualmente a lo largo de sus más de treinta metros de altura.

Masculló un juramento y volvió al coche a por una palanca que, una vez de vuelta junto a la valla, arrojó al otro lado.

—No parece electrificada —dijo Ashley.

—¡Eso espero! —respondió Ethan agarrándose a la verja con las dos manos.

Un poco de esfuerzo para trepar, unos cuantos equilibrios en lo alto, y saltó con agilidad al otro lado, donde recogió la palanca.

—¡Hasta ahora, todo bien! —dijo sin volverse.

Mientras Ethan luchaba con la puerta para forzarla, Ashley escaló la verja a

su vez y llegó junto a él en el momento en que la cerradura saltaba. La sargento desenvainó la linterna que llevaba en el cinturón e iluminó el interior de la antena. Una sala de máquinas con las paredes de acero atestadas de paneles de fusibles, cables y tomas de todo tipo. Nada más, aparte de un ligero zumbido eléctrico.

—No tengo ni idea de electricidad —confesó Ashley.

—Yo tampoco, pero buscamos un aparato que parezca fuera de lugar, o trazas de que alguien ha manipulado recientemente todo este... tinglado.

Entraron y examinaron cada conducción eléctrica y cada arqueta, estudiando las conexiones y dando golpecitos en los cajetines de las tomas, hasta que Ethan se detuvo ante un gran armario metálico señalado con un triángulo amarillo recorrido por un rayo.

—Muy mala idea —le advirtió su compañera.

—No he venido aquí para nada.

Ethan manipuló la cerradura con precaución y abrió la puerta. El zumbido se intensificó. Vieron lo que parecía un gran transformador con dos asas y tres botones. Tras un rápido vistazo, Ethan concluyó que nadie había tocado aquello en mucho tiempo.

Volvieron a salir haciendo muecas ante la cegadora luz del sol.

—¿Una explicación? —se atrevió a preguntar Ashley, pese a la cara de decepción de su compañero.

—Pensé que podían haber pirateado la antena...

—¿Quién?

—Quizá los falsos agentes de la CFC. No se me ocurre nadie más.

—¿Con qué fin? ¿Realizar escuchas ilegales?

Ethan se encogió de hombros.

—Está claro que me he equivocado. ¿No has sabido nada de esos fulanos?

—Nada, imposible dar con ellos. De todas formas, si vuelven por aquí, con todas las campanillas que he puesto, puedes estar seguro de que me enteraré antes de que lleguen al centro del pueblo.

En la jerga policial, «poner campanillas» significaba alertar a los soplones y a todas las personas posibles para que informaran cuando apareciera un individuo al que se buscaba o se produjera determinado hecho.

En ese momento Ethan levantó la cabeza y se dio cuenta de que a lo largo de la antena ascendía una escalerilla que llevaba a las plataformas de las parabólicas más grandes, junto a las hileras de tubos que servían de

repetidores para las señales telefónicas. Le tendió la palanca a Ashley y, sin decir palabra, inició la subida.

—Te estás arriesgando mucho, Ethan...

Pero ya no la escuchaba. Subió tramo a tramo, inspeccionando atentamente cada rellano, hasta convertirse en una pequeña silueta al viento en las alturas.

Ashley agitó un brazo en su dirección. Ethan, ensimismado con el paisaje, no la vio.

Se sentía frustrado. Sin embargo, estaba convencido de que su teoría era acertada.

Volvió a bajar lentamente. Cuando llegó junto a la joven estaba empapado en sudor.

—No lo entiendo —masculló.

—Una pista falsa. Suele pasar. Volvamos, te invito a un café helado, tienes pinta de necesitarlo.

Emprendieron el camino de regreso circulando a poca velocidad: la pendiente era pronunciada y las curvas, cerradas. En la radio, Bruce Springsteen cantaba a los obreros de América, mientras Ethan se reponía de la escalada.

Ashley se había quedado pensativa. No obstante, fue ella la que ordenó parar el vehículo señalando el tramo de calzada que tenían justo delante.

—Huellas de frenada —dijo, y se bajó.

En efecto, dos marcas oscuras trazaban una trayectoria que se desviaba de la ruta. Aunque parecían tatuadas en el asfalto, habían empezado a difuminarse y no tardarían en borrarse del todo, lo que explicaba que no las hubieran visto al subir. Ashley las siguió hasta el arcén y se metió en la cuneta, entre tierra y matojos, para asomarse al borde del recodo que formaba la carretera en ese punto. Un precipicio cubierto de arbustos y brezos descendía hasta el bosque.

—¡Buena vista! —la felicitó Ethan—. El vehículo cayó justo por aquí.

—¿Estás seguro? Yo no veo nada...

—Troncos partidos aquí y allá y vegetación arrancada... Hay que bajar.

La pared no era vertical. La abundancia de rocas y oquedades permitía aventurarse a bajar sin equipo especial, a condición de estar atento. Ethan tomó la delantera.

Tardaron diez minutos en alcanzar el fondo y el lindero del bosque, y apenas treinta segundos en localizar el vehículo accidentado, pese a los helechos que habían amontonado encima para ocultarlo.

Era una furgoneta. Había ardiendo por completo. La pintura se había derretido y había dejado al descubierto una estructura cenicienta salpicada de residuos negros.

Ethan la rodeó deslizándose entre zarzas, montículos arcillosos y troncos, mientras Ashley hacía otro tanto en sentido inverso. Se juntaron ante la abertura correspondiente al copiloto, cuya puerta había desaparecido, probablemente arrancada durante la caída.

—No encontraremos nada. Han hecho limpieza.

—Ya lo he visto. Las matrículas han desaparecido.

Ethan entró en la cabina y olfateó el aire.

—Huele a amoníaco. Son profesionales. No querían correr riesgos: lo que el fuego respetó, lo destruyó el detergente.

—¿Los tipos que se hacen pasar por agentes de la CFC?

—Casi seguro. Esto es lo que buscaban. Fíjate, ahí había un cuerpo —dijo Ethan señalando lo que quedaba del asiento del conductor.

No estaba tan dañado como lo demás. Una masa de cierto tamaño había protegido el cuero parcialmente.

—¿Se lo llevaron?

—Supongo. Como todo lo que pudiera haber en la parte de atrás. Está vacía.

Ethan volvió a salir limpiándose la nariz.

—Esos malnacidos no dejaron nada al azar.

—Esto empieza a no gustarme, Ethan. Ahora quiero saber. ¿Quiénes son esos tipos a los que buscamos? ¿Espías del Gobierno o qué?

—Francamente, no lo sé.

—Desde ayer tengo la sensación de que estás ausente, de que te preocupa algo. ¿No crees que ha llegado el momento de que me cuentes más cosas?

—¿Crees en los fantasmas?

—¡Hablo en serio, quiero saber en qué mierda nos hemos metido!

Ethan escupió al suelo. Tenía un regusto a hollín en la boca.

—Para ser honesto contigo, ni yo mismo estoy seguro de saberlo, aunque empiezo a tener una hipótesis.

Su móvil empezó a vibrar.

Otra vez Gemma Duff.

Volvió a guardárselo en el bolsillo. No era el momento. También él estaba perdido y asustado por lo que habían visto, pero, sintiéndolo mucho, Gemma

tendría que esperar.

Se volvió hacia Ashley. Un surtido de pájaros trinaba a su alrededor, y el tibio sol de septiembre bañaba la vegetación, todavía exuberante. Todo era calma y serenidad.

Menos la furgoneta carbonizada.

Los dos policías se miraban.

—¿Hasta qué punto confías en mí? —preguntó Ethan.

60.

Ya no hacían el amor.

Se habían dejado llevar por la rutina y el cansancio del ajetreo diario, y luego Tom había entrado en un período de «concentración» durante el cual en realidad se había sumergido en la historia de su casa, supuestamente embrujada, hasta el incidente de Smaug, que los había conmocionado inmolándose en la hoguera. Por supuesto, la presencia de la pequeña Zoey en el cuarto de al lado no ayudaba. Ahora ambos vagaban por una zona de profunda incertidumbre respecto a sus convicciones, sus puntos de referencia y todo lo que hasta entonces habían creído saber, y entre tantas convulsiones interiores no quedaba mucho espacio para el deseo.

Y eso apenaba a Olivia. Por confusa que estuviera, echaba de menos el cuerpo de su marido. Y también su ternura. Más allá de la sensación de complicidad intelectual que por fin tenían, necesitaba un entendimiento más carnal, que los habría acercado todavía más. Pero Tom se había quedado dormido a su lado, en la cama. Ella no estaba preocupada, no temía que Tom hubiera dejado de desearla —un miedo compartido por todas las mujeres que atravesaban la cuarentena—, pero sabía que en esos momentos su mente y su cuerpo estaban lejos. Aun así, lo añoraba. Evadirse en las caricias, fundirse con él en un orgasmo, abrazarlo entre las sábanas húmedas, impregnadas del olor de sus cuerpos...

Toda la familia dormida y ella pensando en echar un polvo... La idea le hizo sonreír en la oscuridad.

Esos días le resultaba muy difícil conciliar el sueño. «Estos días y siempre», se corrigió mentalmente. Cada noche temía el momento de la verdad, cuando era imposible huir, mentirse, cuando la cabeza descansaba en la almohada y no se oía más ruido que los lacerantes latidos del propio

corazón, mientras las ideas se atropellaban en la mente, sin la menor intención de parar... Por lo general, su cerebro bien organizado repasaba la lista de cosas que había olvidado hacer durante el día y tendría que añadir a las del día siguiente; luego solía acordarse de lo que había hecho mal, de lo que le habría gustado cambiar de sus actos, en resumen, detalles que no ayudaban en absoluto a caer en los brazos de Morfeo. En los días malos, las dudas y los miedos emergían a la superficie aprovechando que bajaba la guardia para coger el sueño, y Olivia sabía que no pegaría ojo hasta una hora avanzada. Las noches buenas, en cambio, esas ideas la dejaban tranquila y, arrullada por el recuerdo de todas las cosas agradables que le habían pasado, se dormía sin dificultad, imaginándose las del día siguiente. Pero eso no era lo normal. Con el paso de los años, Olivia había reunido todo un botiquín de somníferos más o menos potentes, ansiolíticos y productos homeopáticos para usar en función de la gravedad del problema.

Y en ese instante su estado de consciencia estaba casi al límite. Necesitaría algo fuerte, o no funcionaría. Solo que no quería atontarse con medicamentos, habida cuenta de la amenaza que planeaba sobre su familia. Si uno de sus hijos empezaba a gritar en mitad de la noche, quería estar en condiciones de reaccionar a la primera y no tener que arrancarse de la neblina química, con mayor o menor dificultad dependiendo de la hora. Eso quedaba descartado.

Así que esperaba en la cama, viendo pasar los minutos y después las horas con una lentitud exasperante, cercana al estancamiento temporal, aunque no sabía si semejante expresión tenía mucho sentido.

En la mesilla de noche, el reloj digital desprendía un halo que, ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, bastaba para que distinguiera las sombras del techo, la alfombra, la silla junto a la ventana, el armario cerrado... La colcha, doblada a sus pies, se arrastraba por el suelo. Se incorporó para tirar de ella y volvió a tumbarse a la espera del sueño. Se oían unos golpecitos intermitentes que cada vez la irritaban más: la punta de una rama del roble del jardín, que chocaba con la contraventana cuando el viento la empujaba hacia la fachada.

Tac.

Tac.

Silencio. A veces largo, casi aburrido, hasta que el árbol volvía a reclamar su atención... Tac. De vez en cuando los contaba, como quien cuenta ovejas para dormirse, y luego, cuando sus preocupaciones la absorbían, se olvidaba

de ellos.

Esa noche no podía soportarlos.

Tac.

La tenían tomada con ella, como un ataque personal destinado a impedirle dormir. Cada vez que estaba a punto de adormecerse, de puro cansancio, cada vez que su conciencia se apartaba para dejarla entrar en el mundo de los sueños, el ruido regresaba... ¡Tac!

Tac.

Tac.

Tozudo, solapado.

Olivia estaba harta de dar vueltas en la cama. ¿Qué hora podía ser?

Un leve movimiento de la nuca le permitió comprobarlo: las dos y diecisiete. «Mañana estaré agotada...» Miró hacia el cajón de la mesilla en el que guardaba todas sus pociones mágicas, pero dudó.

«No.»

Tenía que mantenerse alerta, qué se le iba a hacer.

«¿Alerta? Los chicos se levantan dentro de cinco horas para ir al cole, Zoey reclamará toda mi atención y yo no podré con mi alma... ¡Como para estar alerta!»

Pero se negaba a bajar la guardia. Demasiadas dudas, preguntas, temores...

Tac.

«¡Oh, Dios mío! ¡A ti te hago talar antes del invierno!»

Se dio la vuelta para acercarse al borde de la cama. A menudo le gustaba dormirse con una mano metida entre el somier y el colchón, una manía.

Sus párpados se entreabrieron apenas, sin motivo, por puro instinto.

Estaba al fondo de la habitación, en la esquina de su lado. Pequeño, encogido.

Un niño.

¿Desnudo? ¿Qué le pasaba en las extremidades?

Olivia abrió completamente los ojos para asegurarse de que las sombras no le estaban jugando una mala pasada.

Sí, había un niño, de apenas cinco o seis años, tan delgado que las costillas se le marcaban bajo la fina piel, muy pálida. Sus grandes ojos negros estaban clavados en ella. Dos pupilas enormes, tanto que casi daban miedo.

Olivia abrió la boca para respirar. Se ahogaba.

El niño se desplegó como una gran araña blanca.

Sus brazos estaban al revés, iban hacia atrás, con las articulaciones del codo también invertidas, y sus dedos se agitaban frenéticamente. Sus piernas hacían lo mismo; la cintura estaba como partida, los muslos se estiraban hacia arriba por detrás de las pequeñas y delgadas nalgas y los pies tocaban la parte posterior de la desgredada cabeza.

Un terror glacial dejó petrificada a Olivia, incapaz de moverse o pedir ayuda.

El niño rodó sobre sí mismo para salir del rincón y, una vez boca arriba, usó sus extremidades invertidas para moverse. Saltaba, con la cabeza del revés, sin apartar de ella sus insondables ojos.

Se desplazaba rápida y silenciosamente. Corrió hacia ella, y sus labios se estiraron más allá de lo posible. Cualquier comisura normal se habría desgarrado hasta las orejas, pero las suyas se expandieron para dejar al descubierto unas encías finas en una boca muy abierta, demasiado grande para ser humana. Sus innumerables y puntiagudos dienteillos entrechocaban en el aire.

¡Clac!

Olivia jadeaba.

La araña humana llegó al pie de la cama y, al pasar junto a ella, hizo caer la colcha. Tomándola por una amenaza, el niño la mordió con rabia y siguió avanzando hacia Olivia, con los rasgos falsamente infantiles desfigurados por la furia.

Se detuvo justo ante ella, al borde de la cama, con su odioso rostro a unos centímetros del de Olivia, que temblaba. ¡Clac! ¡Clac!

Sus articulaciones crujieron de un modo horrible mientras retrocedía para tomar impulso. Iba a saltar sobre ella.

El terror dio paso al instinto de supervivencia, y Olivia lanzó un grito que ascendía desde las profundidades de su ser.

La enorme boca se cerró justo delante de ella. ¡Clac!

La tocaban, la sacudían, le hablaban...

—¡Cariño! ¡Cariño! ¡Olivia!

Sus ojos parpadeaban a toda velocidad.

La habitación. Un hombre.

Tom.

Se arrojó en sus brazos.

—Has tenido una pesadilla, cariño, pero ya está... Ya se acabó...

Olivia temblaba.

¿De verdad lo había soñado? Pero...

Poco a poco se calmó. Vio que eran las tres de la madrugada.

Le daba miedo mirar hacia el rincón de la habitación. Si veía con el rabllo del ojo aquella horrible figura descoyuntada, se volvería loca. De todos modos lo hizo, para asegurarse de que no estaban en peligro, antes de dejarse caer en la almohada, más confiada.

La visión le había parecido tan real...

Aún podía oír el sonido de sus mandíbulas, que se cerraban de golpe para morderla, para desgarrarle la carne...

Tac.

La rama del roble golpeaba la contraventana.

«Una pesadilla...» Su marido tenía razón. Todo estaba en su cabeza.

Tom encendió la luz de la mesilla y se levantó para ir al cuarto de baño. El simple hecho de verlo alejarse le provocó un ataque de angustia: la araña humana con cuerpo de niño y pupilas negras en vez de ojos surgiría a su espalda, le arrancaría los tendones de los tobillos para hacerla caer, devorarle la cara y...

Tom le tendió un vaso de agua, que se bebió de un trago.

—Necesito dormir —murmuró Olivia—. Estoy delirando.

—Con todo lo que nos ocurre, no es de extrañar. Tranquila, solo estaba en tu mente.

—¿Y si fuera ella?

—No, cariño...

—Pero ¿y si fueran Jenifael Achak y sus hijas, que se meten en mi cabeza para empujarme a la locura?

Tom abrió las manos, repentinamente faltó de argumentos.

—Recuerda lo que nos explicó Martha —dijo al fin—: cuando una de esas Eco consigue atravesar el espejo de dos caras, consume gran parte de sus fuerzas y no puede actuar a su antojo, y menos aún antes de haberse recuperado.

Aquello tenía sentido y produjo el efecto deseado sobre la angustia de Olivia, que aceptó la explicación a regañadientes.

Pero no habían pasado ni diez segundos cuando dijo:

—Nos doy hasta la semana que viene para encontrar una solución. Si después todo sigue igual, cojo a los niños y me vuelvo a Nueva York.

Tom no respondió. Se volvió y se inclinó hacia la lámpara.
Pero justo antes de que se apagara la luz, Olivia vio la colcha en el suelo.
Le faltaba un trozo.
Un semicírculo del tamaño de la boca de un niño.
Una gran boca.

61.

El Donnie's Beef Burgers era un sitio muy aparente.

Ofrecía una comida exquisita y un ambiente único, además de un servicio atípico, y todo a un precio sin igual. Al menos era lo que decían los anuncios, en especial el del escaparate de la entrada, en letras brillantes justo debajo de rótulo DONNIE'S BB, rodeado por una enorme y parpadeante hamburguesa. Eso bastaba para que la cocina funcionara a pleno rendimiento cada mediodía desde finales de junio hasta finales de agosto.

El resto del año, los habituales sabían que no todas las camareras en patines eran simpáticas, que la decoración necesitaba una puesta al día y que lo que llegaba en el plato no era original, aunque sí bueno y bastante barato, siempre que te olvidaras de las bebidas alcohólicas.

Lo que atraía a los habitantes de Mahingan Falls era, ante todo, el wifi gratuito y la zona de juegos para los niños, que el propio Donnie había construido con sus hijos a un lado del restaurante. A falta de vistas, puesto que estaba encajonado entre dos edificios bajos de Oldchester, allí podías olvidarte un poco de los niños mientras tomabas un bocado.

Eso era exactamente lo que pensaba hacer Steeve Ho cuando entró con Lennox, su hijo de cuatro años, y el Mac bajo el brazo. Steeve tenía montones de e-mails que contestar y bastantes ganas de reintegrarse a la vida de las redes sociales para saber de sus amigos. Hacía dos semanas que se había mudado a Mahingan Falls, a raíz de su separación, y se sentía un poco desbordado. Montar los muebles, comprar cacharros, rellenar impresos, conseguir un préstamo para el nuevo coche... Había empleado en ello casi todo su tiempo después del trabajo y se le había olvidado poner internet en el piso. Su futura ex acababa de dejarle a Lennox para que pasara con él toda la semana, y como no se había acordado de llenar el frigorífico, iban de

restaurante en restaurante desde el sábado. Aunque quería a su hijo más que a nada en el mundo, empezaba a comprender que la conversación de un niño de cuatro años era demasiado limitada, sobre todo después de seis comidas a solas con él.

El pequeño divisó el parque infantil y se entusiasmó.

—¡Anda, ve! —lo animó su padre—. Cuando traigan la comida, te llamo.

Lennox se acercó al balancín en forma de caballito tímidamente, un poco en guardia porque el gran muelle cromado de la base no le inspiraba confianza. En cambio, el castillo de colores que había detrás parecía estar esperándolo. En particular el tubo azul que descendía, un tobogán cerrado que formaba una pequeña espiral y desembocaba en una piscina llena de pelotas de brillantes colores: verdes, púrpura, marrones, amarillas y blancas. La diversión estaba garantizada.

Lennox echó un vistazo para comprobar si había otros niños con los que jugar. Pero el restaurante aún estaba casi vacío; era temprano, y no había llegado ninguna familia. Daba igual, exploraría el castillo solo, y el tobogán sería para él y solo para él.

La entrada asustaba un poco, porque tenía un dragón verde pintado en la fachada y había que meterse en su boca para acceder al interior, lo que no acababa de convencer a Lennox, que dudó.

Pero la llamada del juego era demasiado fuerte; el pequeño se agachó y, cuidándose mucho de tocarla, cruzó la puerta. Dentro, descubrió varios niveles que había que superar, ya fuera aupándose, subiendo un peldaño o trepando por una pequeña rampa. Todas las aristas estaban cubiertas de protecciones acolchadas color naranja y rojo, al igual que el suelo, y Lennox se sintió tranquilo. No quería hacerse daño. A veces, distraído con sus cosas, se daba algún golpe, y no le gustaba ni pizca. Allí no había peligro, así que se lanzó a la conquista de los peldaños. Cuando llegó al segundo, sacó la cabecita por una ventana minúscula —de hecho, las orejas se le doblaron un poco— para ver si entretanto había llegado alguien, pero seguía sin haber más niños. Buscó a su padre con la mirada y lo descubrió al otro lado del cristal, sentado a una mesa, delante del ordenador. Lennox quiso saludarlo, pero no podía sacar la mano, a menos que metiera la cabeza, y de todas formas conocía a su padre: cuando estaba ante la pantalla, no veía nada más.

Lennox trepó al último nivel, el que tenía premio: el tobogán.

Le costó un poco conseguirlo debido a la altura del escalón, algo excesiva

para él, pero estaba demasiado motivado para abandonar en el último momento. Lo esperaba la boca del tobogán, tan redonda y azul. Era un tubo perfecto, como un túnel suspendido en el aire, y trazaba dos curvas antes de lanzar a sus pasajeros a la piscina multicolor. A Lennox le encantaba incluso antes de bajar por él. Se sentó en lo alto y, haciendo resbalar el trasero, se colocó justo en el borde de la pendiente.

El interior estaba un poco oscuro, y abajo lo estaría aún más, se dijo Lennox. Daba igual, tendría la sensación de la caída, de la velocidad, sería divertido.

Unos cuantos centímetros más y estaría deslizándose...

Los otros niños que tanto había esperado empezaron a reír al final del túnel de plástico, y Lennox enderezó el cuerpo sujetándose como pudo para no escurrirse por el tobogán.

¿Dónde estaban? No los había visto entrar...

Volvieron a reír, y a Lennox no le gustó.

La risa no era del todo amistosa. Al revés, en su tono había algo... malo.

—Lennox... —susurró uno de los niños desde abajo—. Venga, Lennox, salta...

El pequeño sacudió la cabeza con energía. Los niños que lo esperaban no eran buenos, ahora estaba seguro. Al contrario: se burlaban. Tenían malas intenciones.

—¡Ven, Lennox! ¡Ven a deslizarte por nuestra lengua!

Ahora el niño estaba muerto de miedo. Intuía que quienes lo acechaban tenían una naturaleza monstruosa, y supo que las voces no llegaban del otro extremo del tobogán sino de dentro.

—¡Salta y te arrancaremos los brazos!

Las risas se volvieron estridentes, subieron de volumen y luego se distorsionaron, como el sonido de un vinilo ralentizado a propósito. Eran risas groseras, crueles.

—Vaaaaaaamos..., veeeeeeeen... —dijeron todas las voces en un tono espeluznante. Voraz.

Lennox notó que un hilillo de orina caliente le corría por el muslo, pero no hizo caso. Quería abandonar ese castillo cuanto antes, dar media vuelta y salir huyendo, aunque esta vez se golpeará contra todo. No le importaba, con tal de escapar de aquel sitio y volver junto a su padre antes de que aquellos niños, o lo que fueran (porque a esas alturas Lennox había comprendido que no eran lo

que parecían), lo atraparan.

Se volvió, pero las palmas de sus manos resbalaron.

El peso de su cuerpo lo arrastró hacia atrás, hacia el túnel azul.

Cuando se dio cuenta de que estaba a punto de rodar hacia los niños monstruosos y oyó sus gritos histéricos, agitó sus pequeñas manos como un gatito intentando agarrarse a cualquier cosa antes de caer al vacío. La expresión de terror de su rostro superaba lo que cualquier adulto habría podido soportar.

No muy lejos, Steeve había dado un *like* a un comentario en su página de Facebook y se disponía a abrir su correo cuando oyó los gritos.

Al principio pensó en un animal, un cerdo o tal vez un perro atropellado por un coche que agonizaba en el suelo, cerca del restaurante, con las tripas al aire. Luego identificó la procedencia del sonido, pero no vio a su hijo. El corazón empezó a latirle con fuerza. En ese momento, entre aquellos alaridos insoportables, reconoció la voz de Lennox, o al menos una voz de un timbre parecido al suyo. Pero el sufrimiento la deformaba tanto que no podía estar seguro.

El tubo del tobogán se agitaba, presa de violentas sacudidas. Unas sombras luchaban en su interior.

De pronto, las paredes del túnel se cubrieron de salpicaduras.

Cuando Steeve se precipitó a la zona de juegos, la sangre de su hijo manaba de la boca del tobogán y teñía las pelotas de plástico de un mismo color.

Un bonito rojo carmín.

62.

El despacho de Martha Callisper, por lo general lleno de objetos extraños, ahora estaba abarrotado; prácticamente no quedaba un espacio libre.

Además de la médium, sentada en su butaca de cuero, acogía a Tom y a Olivia Spencer, al viejo Roy McDermott, siempre curioso y siempre al pie del cañón, y a Gemma Duff, de quien había partido la iniciativa de aquel encuentro nocturno. Habían tomado asiento en sillones dispuestos en semicírculo. Solo faltaban los adolescentes (a excepción de Connor), que estaban en el diáfano salón al final del pasillo, reunidos para una velada de pizzas y series, y Zoey, que dormía en una punta del sofá.

Ethan Cobb seguía en el umbral.

Cuando al fin había contestado al móvil, Gemma le había dicho que los Spencer querían hablar con él urgentemente. De un asunto importante.

Ethan los observaba uno a uno con recelo.

—Siéntese —le pidió Martha echándose hacia atrás la espesa cabellera plateada—. Queda justo un sillón.

—Estoy bien así.

Todas las miradas convergieron en él.

Gemma se armó de valor.

—Les he contado todo —le dijo al fin—. Las voces en el túnel, los gritos, los ataques de las sombras, todo.

Ethan asintió resignadamente.

—Ya. Imagino que estarán furiosos...

—¿Desde cuándo lo sabía? —le preguntó Olivia.

—¿El qué? ¿Que debajo del pueblo hay fantasmas? Lo descubrí con sus hijos, el sábado.

Olivia y Tom intercambiaron una mirada y se dieron la mano. Las últimas

horas habían sido duras. La colcha mordida los había conmocionado particularmente y había acabado de convencer a Olivia de que había llegado el momento de unir a toda la familia en la verdad, tanto más cuanto que Gemma insistía en que hablaran unos con otros. La larga conversación con los niños los dejó anonadados. Se sentaron frente a frente en el salón y Olivia lo contó todo. Lo que había descubierto Tom, la historia de Jenifael Achak y su propia pesadilla, que había acabado resultando tan real... Chad y Owen respondieron de un tirón, interrumpiéndose mutuamente para no omitir nada de lo que habían vivido ellos, y todos terminaron llorando unos en brazos de otros. El matrimonio, que los imaginaba disfrutando del verano en Mahingan Falls, comprendió que los chicos afrontaban los mismos miedos que ellos. Los dos adultos tenían que asimilar una revelación que trastocaba su visión del mundo, pero Chad y Owen experimentaban la misma amenaza, a su manera, sin que ellos se hubieran dado cuenta. Olivia se había quedado aterrada. Las disculpas se habían multiplicado, seguidas de largas demostraciones de afecto.

Ethan suspiró.

—Lo sé, oyéndome hablar de fantasmas con toda normalidad, pensarán ustedes que me he vuelto loco... —dijo con una sonrisa amarga.

—Esta tarde hemos tenido una charla un tanto peculiar con nuestros hijos —le explicó Tom—. Nos lo hemos dicho todo. Nuestra familia... Teníamos secretos los unos con los otros. Gemma nos lo ha hecho comprender y...

Olivia lo interrumpió para dirigirse al teniente de policía.

—¿Usted se cree esa historia del espantapájaros?

—Después de lo que vi bajo tierra, francamente, me cuesta dudar de los chicos. Señor y señora Spencer, imagino sin dificultad su estupor. Deben de pensar que soy un loco que ha arrastrado a sus hijos a...

—Creemos lo que nos han contado los niños —lo atajó Olivia—. Todo. Hasta lo más inverosímil.

Ethan estaba desconcertado. Había dado por supuesto que tendría que justificarse, poner sobre la mesa su dimisión, suplicar un poco de clemencia y, ante todo, de tiempo.

—Mi mujer y yo —añadió Tom— tenemos buenas razones para sospechar de la presencia en nuestra casa de uno de esos... fantasmas, o como quiera que haya que llamarlos. Hemos investigado al respecto, y todo nos lleva a pensar que el espíritu de una mujer, torturada y quemada por brujería junto con sus

hijas a finales del siglo XVII, podría vivir en nuestra casa —abrió las manos e hizo una mueca, como si a él mismo le costara dar crédito a lo que salía de su boca—. Así que tendemos a creer a nuestros hijos —repitió—. Y no queremos que haya más secretos entre nosotros, por muy delirantes que sean las cosas que tengamos que contarnos.

Martha Callisper carraspeó para pedir la palabra. Detrás de ella, en la ventana, el neón verde destacaba en la oscuridad y la rodeaba de un extraño halo, casi fantasmagórico.

—Nos parece urgente presentar un frente unido, decírnoslo todo —declaró posando en Ethan sus brillantes ojos azules—. Algo está despertando en Mahingan Falls. Una fuerza inquietante, peligrosa, sobre la que no sabemos nada o casi nada.

El teniente tragó saliva con dificultad.

—Creo que conozco el motivo —dijo al fin, poniendo en tensión a la pequeña asamblea. Se sentía incómodo abordando un asunto tan poco habitual ante personas a las que apenas conocía, como si temiera que fueran a internarlo por lo que pensaba. Pero al mismo tiempo deseaba desprenderse de la soledad que le oprimía el pecho. Ya no tendría que afrontar solo sus demenciales preocupaciones, podría compartirlas con otros, adultos, personas aparentemente sensatas.

—No puedo demostrarlo —advirtió—, pero creo que he descubierto cómo empezó todo.

—¿Este verano? —preguntó Martha.

—En efecto. Unos tipos vinieron a Mahingan Falls haciéndose pasar por agentes de la Comisión Federal de Comunicaciones, pero no eran quienes pretendían ser. Eso me puso en guardia.

—Yo hablé con uno de ellos, ¿recuerdas, cariño? —le dijo Olivia a su marido—. No me dio buena espina. ¿Quiénes eran en realidad?

—Lo ignoro. De hecho, ni siquiera sé si son el origen de nuestros problemas o si tratan de investigar al respecto. Pero es evidente que están informados. Hicieron preguntas en la emisora y limpiaron... Digamos que se aseguraron de que no quedara rastro de su paso. Y no son aficionados.

—¿Peligrosos? —quiso saber Tom.

—Todo indica que no dudaron en hacer desaparecer un cuerpo. De modo que sí, eso me temo.

—¿Agentes federales miembros de una agencia secreta? —preguntó Roy—. Sé que en cuanto pones en entredicho la historia oficial mucha gente te toma por un lunático obsesionado con la teoría de la conspiración, pero hagan caso de un veterano con experiencia como yo: ¡nuestro gobierno nos miente sobre muchos temas!

—No quiero volverme paranoico —repuso Ethan—, así que prefiero no sacar conclusiones precipitadas en cuanto a su identidad.

Martha se inclinó hacia delante sobre su escritorio.

—¿Qué ha descubierto?

Tras observarlos de nuevo uno a uno, Ethan llegó a la conclusión de que podía confiar en ellos.

—Tardé tiempo en entenderlo, pero luego todas las piezas del puzle encajaron solas —dijo al fin—, debido a lo que nos ocurrió en el túnel el pasado sábado. Esas... esas criaturas —se atrevió a decir en voz alta— nos atacaban en momentos determinados. Me di cuenta de que solo lo hacían junto a las salidas, donde había algún paso hacia el exterior. Fue así desde su primera manifestación, en la cámara donde confluyen los dos ríos, puesto que estábamos cerca de una rejilla de ventilación que comunicaba con la superficie. Sobre la marcha pensé que querían cortarnos el paso, obligarnos a volver a la boca por la que habíamos entrado, pero allí no nos esperaba ninguna trampa, así que no se trataba de eso.

Al recordarlo, Gemma apretó los brazos del sillón hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Olivia se levantó y abrazó a Ethan, que se quedó pasmado. —Gracias por todo lo que hizo. No cabe duda de que les salvó la vida a nuestros hijos —le dijo, y regresó a su sitio.

—Más tarde —continuó Ethan una vez repuesto de la sorpresa—, cuando los chicos me hablaron de una fuerza superior que los protegía en el barranco, empecé a vacilar. Hasta que vi el Cordón en lo alto del monte Wendy.

—¿La antena? —exclamó Tom—. ¿Qué relación...?

—Las ondas de telefonía. Las criaturas únicamente aparecen cuando las ondas son lo bastante potentes. Por eso se arrojaban sobre nosotros desde los pozos de las alcantarillas, porque eran los únicos puntos en los que había señal. Recuerdo que miré el móvil mientras explorábamos el túnel: cuando nos internamos en él, perdí la cobertura. No podían perseguirnos a su antojo porque se desplazan por medio de las ondas, que solo llegan al subterráneo

puntualmente.

—El barranco atraviesa un montaña que lo oculta del Cordón —comprendió Roy—. Allí los móviles no tienen cobertura.

—Por eso sus hijos se sienten seguros en ese lugar —confirmó Ethan—. Las criaturas no pueden entrar en el barranco, por la sencilla razón de que allí no llega ninguna señal.

—Lo que dio vida al espantapájaros ¿también fue la red telefónica? —preguntó Olivia, escéptica.

—En realidad no se trata solo de los teléfonos. He llamado a su colega de la radio, Pat Demmel, para hacerle una consulta. Quería ver cómo encajaban en mi hipótesis las voces que interfirieron sus emisiones y sonaron en la radio del barco de Cooper Valdez mientras investigábamos a bordo. Demmel me ha explicado que en el fondo es casi lo mismo, se trata de ondas en todos los casos. Más o menos potentes, en frecuencias distintas, pero, en definitiva, ondas. Y me acordé de un extraño incidente al que asistí frente a Saint-Finbar este verano: una colonia de murciélagos se suicidó literalmente delante de mí. Fue como si de pronto hubieran perdido la orientación. Se estrellaron contra el suelo delante de la iglesia.

—Los murciélagos se guían y se comunican mediante ondas —murmuró Roy.

—Exacto. De naturaleza distinta a las ondas de las redes telefónicas y la radio, pero ondas al fin y al cabo. El principio es el mismo. Por otra parte, el doctor Layman mencionó que últimamente había mucha gente que sangraba por la nariz. Y creo que también está relacionado. Estamos expuestos a picos de ondas por la presencia de esas cosas, aunque ignoro exactamente cómo, pero deben de tener algún efecto sobre nuestra fisiología, al menos en personas especialmente sensibles.

Tom se volvió hacia Martha Callisper.

—¿Las Eco podrían utilizar las ondas para comunicarse con nosotros?

—Está claro que lo hacen: emplean las ondas para atravesar el espejo de dos caras que separa nuestros dos planos. Pero no tenía noticia de algo así. Es una primicia.

Ethan asintió.

—Esas cosas viajan a través de las ondas y se sirven de ellas para hacerse corpóreas entre nosotros —siguió diciendo—. Tengo la impresión de que pueden interactuar en mayor o menor medida dependiendo de las ondas de que

disponen, y probablemente de la potencia de la señal, materializándose tal cual o, en todo caso, adoptando una forma que les convenga. O incluso tomando posesión de objetos concretos para animarlos, como ocurrió con el espantapájaros al que tuvieron que enfrentarse los chicos.

—¡Pero ondas hay por todas partes! —exclamó Tom, alarmado—. Los móviles, la radio, el wifi, cualquier mando a distancia... ¡Estamos rodeados de ellas!

—Los sonidos son ondas —les recordó Roy—. Y lo que vemos también: los colores son longitudes de onda especiales.

Ethan agitó un dedo en el aire para subrayar lo que quería decir.

—Creo que esas criaturas solo utilizan ondas «artificiales», las que generamos con nuestra tecnología. Deben de necesitar una amplitud o una potencia mínimas, porque hasta ahora no han usado ni el sonido ni los colores para viajar. De lo contrario, habrían podido alcanzarnos en el túnel en cualquier momento.

—Puede que, en su empeño por igualarse a Dios, el ser humano haya acabado abriendo las puertas del infierno... —murmuró Roy.

—En cualquier caso, es una brecha única en la historia, hasta donde yo sé —dijo Martha—. Tiene que haber un motivo. Todo esto ¿se debería al Cordón?

—Fui a echar un vistazo allá arriba y no vi nada de particular. Pero no soy ingeniero.

—Hay que hablar con esos tipos de la CFC, sean quienes sean —concluyó Olivia.

—Se han volatilizado.

Gemma, intranquila, los miraba con la boca abierta, como si fueran extraterrestres.

Todos reflexionaron en silencio unos instantes, abrumados por lo que oían, y a la vez presas de una curiosa excitación. Ya no estaban solos ni en la más absoluta ignorancia, y al menos allí, entre ellos, aceptar la realidad de aquellos fenómenos sobrenaturales ya no era un tabú ni la prueba de que habían perdido el juicio.

—¿Qué podemos hacer para invertir el proceso? —preguntó al fin Olivia.

Al ver que nadie sabía qué responder, sacó su teléfono, marcó un número y activó el altavoz.

—Pat, siento molestarte a estas horas de la noche, pero necesito hacerte

algunas preguntas.

Pat Demmel se aclaró la voz como si acabara de despertar.

—Ningún problema, Olivia. ¿Qué ocurre?

—¿Se pueden invertir las ondas?

—¿Perdona? No te entiendo... —confesó el director de la emisora.

—Unas ondas que atravesaran mi casa, por ejemplo. ¿Podría bloquearlas?

—Pues... depende del tipo de onda, del grosor y los materiales de las paredes, de la topografía del lugar...

—Las ondas que ahora llegan a las habitaciones de mis hijos..., ¿cómo podría eliminarlas?

—Hay inhibidores. Los puedes comprar por internet, pero eso no funciona con todas las ondas. Lo mejor es que te pasees con el móvil y una radio portátil por la habitación y te fijes en si las dos cosas captan las señales. Si quieres que los niños estén lo menos expuestos posible, debes poner la cama donde más débil sea la recepción de ambos. ¡Buena suerte!

—¿No se pueden inhibir del todo?

—Hoy en día, en un mundo enteramente interconectado, me parece difícil, la verdad. Tendrías que irte a vivir a lo más profundo del bosque en Montana o algo así, y tampoco: he leído que en unos años esperan que la cobertura llegue al cien por cien del país. Si quieres vivir sin contaminación tecnológica, reza para que haya más erupciones solares, como ocurre en este momento.

Olivia se inclinó hacia el móvil.

—¿Qué es eso?

—Lo que nos fastidia las redes telefónicas. Estamos en un período álgido. Desde junio hasta ahora, ha habido unas cuantas bastante impresionantes.

Ethan frunció el ceño e indicó por señas que no entendía la relación.

—Yo no he tenido problemas con mi móvil... —tradujo Olivia.

—Pues qué suerte. Las erupciones solares son grandes explosiones en la superficie del sol que arrojan chorros de plasma en fusión. Se las conoce como eyecciones de masa coronal, y provocan tales alteraciones del viento solar que...

—Perdona, Pat, pero no tengo ni idea de temas espaciales, me he perdido...

—Bueno, para simplificar, digamos que se trata de fenómenos relacionados con el sol. Como sabes, se produce un gran número de llamaradas constantemente. Bien, pues digamos que algunas son más potentes que otras y que esas eyecciones especialmente fuertes causan perturbaciones magnéticas

más o menos intensas en la tierra... Si no les prestas atención, son invisibles, pero en realidad pueden afectarnos de diferente manera según el grado de actividad de la explosión. Por ejemplo, cuando tu móvil empieza a perder la señal, o cuando el GPS no localiza bien..., puede ser a consecuencia de esas erupciones solares. Y lo mismo cuando la radio se pone a chisporrotear, o tantas otras cosas molestas que ocurren con la tecnología... La mayoría de las veces pasan desapercibidas, pero en ocasiones las tormentas solares son tremendas y provocan daños considerables, como en 1859, durante el evento Carrington: todo el país sufrió un enorme choque magnético, con electrocuciones, cortes en las líneas del telégrafo, incendios y cosas por el estilo. O lo que pasó en Quebec en 1989: una supertormenta solar provocó un apagón de más de nueve horas. Por suerte, sustos como esos son poco frecuentes.

Olivia hizo un gesto con la mano como para desechar el tema, que en realidad no tenía nada que ver con lo que les interesaba. Pero Tom tomó la palabra.

—Buenas noches, Pat, soy Tom. Dime una cosa, esos fenómenos ¿hasta dónde pueden llegar? ¿Hay consecuencias, digamos..., inesperadas?

—Buenas noches, Tom. La astronomía me interesa mucho, pero tampoco soy un experto, solo formo parte del club de Mahingan Falls. Si te apetece, acompáñame una noche en una de nuestras salidas. Hay muy poca contaminación lumínica, así que es posible hacer observaciones divertidas y fotos increíbles. Si buscas algo concreto, puedo preguntarles a los demás. Y también suelo estar en contacto con un amigo que trabaja en el centro de predicción del clima espacial, el SWPC, en Colorado. Es una eminencia en su especialidad y estará encantado de ayudarte, si es para tu próxima obra.

—Gracias, Pat, es pura curiosidad. Entonces, esas erupciones solares ¿no tienen impacto en la gente, por ejemplo?

—No creo. Como mucho, podrían provocar dolores de cabeza. Son sobre todo los aparatos electrónicos los que sufren daños. A veces los transformadores eléctricos pueden saturarse o incendiarse, pero es raro. Para eso hace falta una erupción colosal.

—Entonces, ¿nada relacionado con la salud o..., cómo lo diría..., con alucinaciones, por ejemplo?

—No, no, nada de eso. Por lo menos, que yo sepa.

Tom volvió a hundirse en el sillón, pero Ethan, llevado por su instinto, tomó

el relevo y se acercó al teléfono.

—Soy el teniente Cobb. Oiga, Pat, ha dicho que desde junio había un pico de erupciones, ¿verdad?

—¡Vaya, veo que celebran ustedes una reunión de grandes mentes! ¡La próxima vez, invítenme! En respuesta a su pregunta, teniente, le diré que lo normal es que haya entre una por semana y dos o tres al día, depende de los períodos, pero las que nos afectan son las más virulentas de entre aquellas que vienen en dirección a la tierra, claro; y sí, desde hace casi tres meses atravesamos un período muy agitado a ese respecto.

—Y tienen relación con las ondas de nuestros teléfonos...

—Una erupción solar puede dañar o inutilizar temporalmente los satélites, sobrecargar las redes eléctricas hasta el punto de achicharrarlas, perturbar o alterar las ondas de radio y todo un espectro electromagnético, lo que efectivamente incluye, entre otras cosas, los móviles.

—¿Existen listas detalladas de esas erupciones?

—Supongo que puede encontrarlas en internet. En todo caso, mi amigo del SWPC debe de tenerlas. Si quiere, puedo preguntárselo.

—Eso nos ayudaría, gracias.

—Lo que le expliqué ayer sobre las ondas ¿le ha sido tan útil como esperaba?

—Eso creo, sí.

—Me alegro mucho. ¿Algún avance en lo que concierne a la pobre Anita Rosenberg?

—Estamos en ello.

El silencio que siguió fue suficiente para que Pat Demmel comprendiera que ya había cumplido su papel y era el momento de desaparecer. Se despidieron y Olivia colgó, aunque se quedó con el móvil en la mano, sopesándolo con desconfianza.

—Las ondas —dijo con un hilo de voz.

—Ya sabemos cómo las Eco consiguen moverse entre nosotros —resumió Tom—. Es un avance importante.

—En cambio, no veo ninguna conexión entre las ondas y esas erupciones solares.

—Puede que no la haya.

—Eso tampoco explica por qué aquí y ahora —les recordó Martha desde la penumbra verdosa del fondo del despacho—. Todas esas ondas existen desde

hace décadas, y nunca he oído hablar de fenómenos semejantes en ninguna parte.

—¿Las tormentas solares de las que habla Demmel? —sugirió Ethan.

—En ese caso, ¿por qué no hay un exceso de actividad de las Eco siempre que se produce una erupción, como ahora? ¿Y por qué solo aquí, en Mahingan Falls? ¿Por qué no en todo el mundo? No; si fuera así lo sabríamos.

—Ha habido algún tipo de intervención humana —les recordó Olivia.

—¿Un experimento del Gobierno quizá? —insistió Roy—. Puede parecerles fantástico, pero cuando yo era joven la CIA no dudaba en manipular a sus conciudadanos. ¡Echen un vistazo a los proyectos MK-Ultra, por ejemplo! Verán que no les importó drogar a un montón de inocentes y hurgar en su cabeza para sus ensayos.

Tom se volvió hacia Martha.

—¿Podría tratarse de una secta o un grupúsculo de fanáticos esotéricos? ¿Tiene noticia de que exista ese tipo de hermandad secreta?

—No, son mitos. A no ser que una organización poderosa y realmente esotérica haya conseguido disimular su existencia, sus investigaciones y sus descubrimientos durante años, pero eso raya en el delirio novelesco.

Todos se miraban, faltos de ideas, cansados y un poco inquietos.

Las lámparas del despacho parpadearon, y los cinco adultos presentes se tensaron en sus asientos. Cuando la luz se estabilizó, Olivia liberó lentamente el aire acumulado en sus pulmones y, a continuación, alzó el móvil ante los demás.

—Ahora tengo la desagradable sensación de que están a nuestro alrededor y nos escuchan —dijo.

Sus ojos se deslizaron hacia el espejo picado que les devolvía sus imágenes. Le bastaba con dar rienda suelta a su imaginación para verlos lívidos y rodeados de sombras con formas y contornos inquietantes.

63.

Pat Demmel no se había hecho de rogar.

A primera hora de la mañana había llamado a Ethan Cobb para pedirle una dirección de e-mail a la que enviarle los datos sobre las erupciones solares registradas ese año. Su amigo del SWPC le había proporcionado la lista nada más pedírsela.

Pero Ethan aún no había podido echarle un vistazo. Tenía cosas más urgentes y dramáticas que atender.

El día anterior, el pequeño Lennox Ho, de cuatro años, había aparecido hecho pedazos en el tobogán del restaurante Donnie's BB. Lee J. Warden se había hecho cargo del asunto de inmediato en su calidad de jefe de la policía. Todos los agentes que habían acudido al lugar habían vomitado la comida en el aparcamiento del local tras ver la escena del crimen. Ashley había llamado a Ethan para desaconsejarle que fuera. Warden tenía los nervios de punta. El hallazgo del cuerpo de Dwayne Taylor ya no le dejaba alternativa, la situación se le escapaba, maldecía a todo el mundo y había ordenado expresamente que no se informara del crimen al teniente Cobb, con el argumento de que no necesitaba a ningún quejica estorbándole. Ethan estaba en la lista negra, y en ese momento se alegró. Más tiempo para investigar por su cuenta los fenómenos paranormales que sacudían al pueblo. No obstante, le había pedido a Ashley que siguiera el asunto de cerca y le informara detalladamente esa misma noche, cosa que no había podido hacer porque Ethan estaba en casa de Martha Callisper.

A la mañana siguiente, Ashley y él se pusieron al día en la barra del Topper's, en el puerto marítimo, mientras el teniente devoraba unos huevos revueltos con bacon.

Ashley buscaba las palabras adecuadas mientras veía comer a su

compañero, que parecía no haber probado bocado en dos días (lo cual no andaba muy lejos de la verdad). Quería describir de forma concisa lo que había visto y no podría olvidar jamás. Unos restos que ya no parecían humanos, esparcidos en una piscina de bolas de plástico, al pie del tobogán. Costaba creer que se tratara de un niño. Casi no había piel, solo carne y relucientes fragmentos del esqueleto. Un mechón de pelo, apenas visible bajo las bolas verdes, azules y color sangre.

Ethan acabó dejando el tenedor y apartando el plato medio lleno.

Al saber que el jefe Warden atribuía la muerte del niño al ataque de un animal, se puso hecho una furia.

Ashley tuvo que calmarlo para que no llamara la atención de todo el bar.

—Warden dice que ningún ser humano podría hacer semejantes destrozos dentro del tubo de un tobogán, y menos aún en tan poco tiempo —le explicó en voz baja.

Ethan sacudió la cabeza. Estaba harto de Warden. Afortunadamente, la presión del fiscal del distrito Chesterton haría que todo cambiara. Solo era cuestión de días. Ya no se trataba de un pequeño asunto local, las fuerzas del Estado entrarían en acción, obligarían a Warden a obtener resultados, atraerían a la prensa...

—¿Y tú? —le preguntó a Ashley, más calmado—. ¿Qué opinas tú?

Ashley lo miró atentamente. Ethan había intentado contárselo todo dos días antes, mientras bajaban del monte Wendy, pero al ir a abordar la parte más increíble de su relato había sentido que la perdía y lo había desechado todo con una gran sonrisa, como si hubiera sido una broma. Ashley, que no era idiota, había advertido su cambio de actitud y había insistido en saber si se encontraba bien, si necesitaba descansar; después se habían despedido con evidente incomodidad. Desde entonces, su relación, esencialmente telefónica, reflejaba la falta de entendimiento.

—Si te soy sincera —dijo—, no sé qué pensar. Ni de ese pobre niño ni de ti.

Ethan le dio un sorbo al café para quitarse el sabor del bacon, que le repugnaba tras haber oído aquellos horrores.

—En Mahingan Falls pasan cosas anormales —dijo con tono confidencial.

—Eso, el único que no lo reconoce es Warden —Ashley se inclinó sobre la barra hasta que su cara estuvo a unos centímetros de la de Ethan—. ¿Por qué tengo la impresión de que se me escapa lo esencial? ¿Qué es lo que sabes y no

me quieres contar? Esa historia de los túneles, debajo del centro escolar, no era una broma, ¿verdad? ¿En serio lo crees?

Ethan tragó saliva ruidosamente y se enfrentó a su penetrante mirada, consciente de que, según lo que respondiera, perdería o reforzaría sus lazos con su mejor aliada.

—Sí —confesó—. Llámame chiflado si quieres, pero es verdad. Yo lo viví. Los cinco chavales que me acompañaban son testigos. Sus padres también. Por todo el pueblo, criaturas antiguas se despiertan y golpean con mayor o menor fuerza. Algunas se conforman con hacer caer cosas o asustar a los animales. Las más violentas atacan para matar.

—¿Lennox Ho?

—No tengo ninguna prueba, pero sé que quien le hizo eso no fue un animal salvaje. Fue uno de esos fantasmas.

Ashley cogió la taza de Ethan, le dio un sorbo y volvió a enderezarse en el taburete. Fuera, en la plaza que daba a los muelles, frente al puñado de embarcaciones de recreo, un camión de la basura cargaba ruidosamente los desperdicios amontonados alrededor de unos grandes contenedores de acero.

—¿Me pides que acepte tu palabra?, ¿respecto a una historia de fantasmas? —exclamó Ashley.

Ethan asintió.

—La situación está degenerando cada vez más deprisa —dijo—. Si no actuamos enseguida, puede írsenos de las manos —Ashley lo miraba con los ojos desorbitados—. ¿Crees que me he vuelto loco?

La joven, demasiado desconcertada, no respondió.

—Si es así, no te voy a culpar —dijo Ethan inclinándose a su vez hacia ella—. Pero ten cuidado.

—¿Qué esperas exactamente de mí?

—Que vigiles a Warden y lo que hace. Y ahora que sabes la verdad, observa a tu alrededor y busca, tarde o temprano verás cosas que confirmarán lo que te he contado.

Ethan se deslizó del taburete para levantarse.

—¿Adónde vas? —le preguntó Ashley.

—Cooper Valdez era radioaficionado. Creo que dio con una frecuencia parasitada por esos fantasmas y comprendió que utilizaban las ondas para hacernos daño. Por eso destruyó su material e intentó huir por mar, para alejarse todo lo posible de la costa y de cualquier clase de onda artificial.

Pero olvidó las de su radio. Voy a volver a pasarme por su casa para ver si encuentro algo de interés.

Cuando dejó a Ashley, Ethan comprendió por su expresión que no sabía con qué carta quedarse. En su interior se libraba una batalla que iba a hacer estragos. Ya fuera en sus certezas de adulta o en la amistad que los unía. Ahora le tocaba decidir a ella, aunque, cuando apenas había recorrido unos metros, Ethan tuvo que confesarse que lo suyo no era una simple amistad.

Cooper Valdez era el único de la lista de muertos y desaparecidos del verano para el que Ethan había hallado una explicación. A fuerza de pasar horas delante de la radio, había descubierto la existencia de las Eco, y una de ellas había acabado con él. Los demás, Lise Roberts, Rick Murphy, Dwayne Taylor, Kate McCarthy, Anita Rosenberg, Lennox Ho y seguramente otros cuya existencia ignoraba, habían sido víctimas de ataques aleatorios. Estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado, es decir, se encontraban junto a un potente haz de ondas en el instante en que las Eco lo transitaban. No había otro motivo. No más que para las víctimas de un asesino en serie que atacaba aprovechando la oportunidad.

La visita a la casa de Cooper Valdez lo mantuvo ocupado hasta la hora de comer, pero no le sirvió de nada. Ethan volvió a su piso un poco decepcionado, para descubrir que, aparte de unas cuantas cervezas, tenía el frigorífico vacío. Mientras se bebía una para engañar el hambre, se acordó de la llamada de Pat Demmel, esa mañana. Su correo electrónico le había llegado casi a continuación, y Ethan lo abrió e imprimió el documento adjunto, porque odiaba leer en la pantalla del ordenador.

Cinco páginas de explosiones solares ordenadas cronológicamente en varias columnas. A cada una de ellas la acompañaban una serie de magnitudes. Ethan no entendía la mayoría, pero se fijó en algunas cifras impresionantes, como la temperatura estimada de las erupciones, que ascendía a millones de grados Celsius. A continuación figuraban las energías en megaelectronvoltios y gigaelectronvoltios, así como las velocidades, que Ethan no sabía a qué correspondían. También se precisaba el intervalo entre la erupción y el impacto en la tierra, que oscilaba entre veintisiete y sesenta horas. Sin llegar a asimilarlo todo, Ethan consiguió clasificar las explosiones en función de su intensidad y comprobó que, como había dicho Demmel, desde finales de junio

habían sido más frecuentes y a menudo más potentes. Las notas a pie de página afirmaban que no era un hecho alarmante, sino un simple período de actividad intensa al que con toda probabilidad seguiría una tregua. No obstante, la última advertía de que existía un doce por ciento de probabilidades de que en la década en curso se produjera una tormenta de tipo «Carrington» o superior. Ethan se acordó de las explicaciones de Pat Demmel y del evento con ese nombre, en el transcurso del cual el país había sufrido alteraciones eléctricas y magnéticas de una amplitud sin precedentes. ¿Acaso la aceleración estival de grandes erupciones anunciaba la gran tormenta solar que estaba por venir? Los científicos no parecían preocupados, pero ¿no era ese su papel, analizar fríamente?

Ethan se levantó para buscar entre sus notas y en particular en la pared, donde había clavado con chinchetas las fotos de las víctimas, hasta que localizó las fechas de cada desaparición o muerte. Marcó con un círculo algunas líneas de la lista. Si bien las fechas de las erupciones no coincidían con las de los ataques, estos se habían producido, en todos los casos, cuando las erupciones más intensas habían alcanzado la tierra, es decir, de uno a tres días después del estallido.

—Dios mío... —murmuró.

Así pues, había una correlación. Bastaba con tener en cuenta el tiempo que tardaba la onda en viajar a través del espacio para que todo encajara.

—Esos malditos fantasmas son más poderosos cuando el campo magnético del planeta está afectado. Espoleado por su descubrimiento, Ethan intentó comprobar si era posible realizar otros cotejos, y se lanzó a una serie de comparaciones y aproximaciones que no lo llevaron a ninguna parte.

A media tarde sonó el teléfono. Era Ashley.

—Me alegra que hayas llamado —le dijo Ethan—. Después de esta mañana, tenía miedo de que...

La chica lo interrumpió, excitada.

—¿Recuerdas que me pediste que diera con los tipos de la CFC? No lo conseguí, pero puse un montón de campanillas por toda la región, por si acaso.

—Dime lo que quiero oír. ¡Dime que por fin nos sonrío la suerte!

—Acaban de llamarme de uno de los moteles en que estuve, en Salem. Un individuo con una furgoneta negra que se corresponde con la descripción que les di ha reservado dos habitaciones. El sujeto en cuestión llevaba una tarjeta de la CFC en la cartera.

—¿Están allí ahora?

—No, según mi contacto acaban de salir en la furgoneta en dirección a Mahingan Falls.

Ethan ya estaba al otro lado de la puerta, con las llaves del coche en la mano.

64.

Owen y Chad lo llevaban mejor que los adultos. Les había tocado enfrentarse a lo peor, pero sus cerebros de niño, más inclinados en principio a aceptar como probable la existencia de «monstruos», tuvieron que recorrer menos trecho para pasar del pragmatismo realista a la admisión de una evidencia sobrenatural. Y la entrada en escena de Gemma, Roy, Martha, Ethan, Tom y Olivia los había tranquilizado plenamente. Ya no se trataba solo de un problema de adolescentes.

De modo que se sentían liberados. Los adultos tomarían las riendas.

Las medidas adoptadas por Olivia dos días antes, como por ejemplo cortar el wifi de la casa, no conectar el teléfono salvo en caso necesario (lo que también valía para los móviles de los adultos) y dormir todos juntos en la misma habitación, tampoco les molestaban. Había una especie de estimulación mutua, tanto más emocionante cuanto que debía mantenerse en secreto. Olivia y Tom habían sido tajantes: nadie debía saberlo. Los Spencer eran muy conscientes de que si empezaban a gritar a los cuatro vientos que los fantasmas utilizaban las ondas para atravesar la membrana que separaba su éter del nuestro los tomarían por una familia de desequilibrados.

Corey se mostraba más taciturno. Seguía teniendo pesadillas y prácticamente no se separaba de su hermana o sus amigos. Era el más afectado de los cuatro, porque Connor se comportaba como si todo aquello fuera normal, por no decir esperable. Poseía una extraordinaria capacidad de asimilación y adaptación. A decir verdad, Owen había advertido que, para empezar, Connor no se hacía preguntas, encajaba las cosas tal como venían y reaccionaba sobre la marcha, sin romperse la cabeza. Owen no sabía si admirarlo o pensar que era un zoquete, como había dicho Gemma alguna vez.

Volvieron de la biblioteca poco antes de las siete e invadieron la Granja

con un entusiasmo casi inapropiado. Tom, que había preferido alejarse de la casa con Zoey para tomar el aire y el sol a la orilla del mar, también acababa de llegar.

—¿Por qué estáis tan contentos? —les preguntó sorprendido.

Chad le enseñó una carpeta atestada de papeles.

—¡Hemos conseguido un montón de información en la biblio, papá!

—¿Sobre qué?

—Estamos haciendo la lista de todos los crímenes y tragedias ocurridos en Mahingan Falls ¡desde hace más de trescientos años! —se apresuró a responder Connor.

—Así sabremos quiénes son los fantasmas a los que nos enfrentamos —explicó Chad—. Y quizá sus puntos débiles...

—Ya no se llaman fantasmas, sino Ecos —lo corrigió Owen, recordando la conferencia que les había dado el propio Tom el día anterior.

Gemma, que supervisaba a la pandilla, también asintió.

—Y hay una cantidad increíble de casos —dijo con un tono más serio—. Varias muertes siniestras en los últimos sesenta años, ajustes de cuentas entre contrabandistas de alcohol durante la prohibición, un siglo XIX relativamente tranquilo pero marcado por algunas tragedias, accidentes en el aserradero, una explosión en la fábrica de fertilizantes, a la salida del pueblo... Y hacia 1700 hubo bastante violencia, con la llegada de los inmigrantes, las luchas entre terratenientes, contra los indios, y así sucesivamente...

—La historia de América —resumió Tom.

—Pero ¿es que en Europa no hay fantasmas? —preguntó Corey.

Tom esbozó una mueca de regocijo.

—Tantos como aquí o más, pero han aparecido a lo largo de varios milenios, no en cuatro siglos.

—Ahora sabremos a quién debemos temer —dijo Chad dándole unas palmaditas a la carpeta—. ¡Y también haremos un mapa para cada uno, sector por sector!

Connor alzó en el aire un plano doblado del pueblo.

—Hemos pensado en todo.

Los cuatro chicos rebosaban energía. La única que parecía preocupada era Gemma, que se mantenía un poco apartada.

Tom meneó la cabeza.

—Esto no es un juego —les advirtió poniéndose serio—. ¿Tengo que

recordaros el miedo que pasasteis en el túnel el sábado? ¡Un chico ha muerto delante de vuestros ojos!

Las sonrisas se borraron y los muchachos bajaron la cabeza.

—Debéis ser prudentes —insistió Tom—. No estamos seguros en ningún sitio, ¿entendido? Tampoco quiero que os volváis paranoicos..., yo mismo tengo que luchar con Olivia para no dejarlo todo y abandonar el pueblo mañana mismo, pero no subestiméis el peligro. Solo hay que mantenerse alerta. Ahí arriba hay una colcha mordida por no sé qué criatura..., no quiero ni imaginar lo que os pasaría a vosotros si os atacara uno de esos seres. Meteos en la cabeza que esos fan... esas Eco son peligrosas. Si no se han desintegrado en el universo es porque están furiosas, asustadas y llenas de odio, y envidian esta vida que aún es la nuestra, así que no nos desean nada bueno. Son concentrados brutos de emociones negativas, E-co: energías coercitivas. O sea: muy chungas. Nada de bromas. ¿Comprendido?

Al ver la expresión seria y herida de los adolescentes, Tom comprendió que se había excedido.

—No pretendo frenar el ímpetu con que participáis en la investigación. Al contrario, habéis hecho un buen trabajo, enhorabuena. Lo único que quiero es que no pongáis vuestras vidas en peligro, ¿de acuerdo? —asentimiento general—. Si os apetece, hay limonada fría, y en el armario tenéis galletas de chocolate —añadió empezando a alejarse.

—¿Mamá no está? —le preguntó Chad.

—Ha ido a comprar un inhibidor de frecuencias, pero parece que no son fáciles de encontrar. En Salem no había, así que, ya puesta, se ha marchado a Boston. Regresará para la cena.

—Entonces, ¿esta noche dormiremos en una casa segura? —preguntó Owen.

—Aunque bloqueemos la señal telefónica, probablemente seguirá habiendo ondas de radio. Son señales muy potentes. Pero nos protegeremos progresivamente. ¿Hoy tu madre trabaja hasta tarde, Gemma?

—Como de costumbre... —respondió Corey adelantándose a su hermana.

—Si queréis dormir aquí, sois bienvenidos. Lo mismo que tú, Connor.

—Me encantaría, pero si duermo fuera entre semana a mi madre le da algo —explicó el chico.

—De todas formas, ya sabes que tienes la puerta abierta.

Zoey llamó a su padre desde el baño, donde esperaba sentada en el orinal, y Tom acudió en su ayuda.

—¿Pillamos galletas y vamos a hacerle una visita al señor Armitage? — propuso Chad.

Orgulloso de volver a ver a aquellos jóvenes tan curiosos entre sus cuatro paredes, el excéntrico bibliotecario, Henry Carver, les había aconsejado que fueran a ver a Pierce Armitage a Beacon Hill. Armitage dirigía la Sociedad Histórica de Mahingan Falls y poseía extensos conocimientos sobre el tema, además de un archivo que atestaba su mansión gótica desde el sótano hasta el desván. Carver le había telefoneado para concertar la visita, así que el viejo estudioso estaba sobre aviso y esperaba que los chicos se presentaran ante su verja cuando les pareciera.

Owen se rascó la cabeza, lo cual solo sirvió para aumentar el caos de su pelambrera.

—Tenemos que clasificar los nombres, las fechas y los lugares que hemos apuntado en la biblio. Sería mejor hacerlo antes de seguir adelante.

—Yo necesito salir —respondió Chad—. Ya puestos, es mejor reunirlo todo.

—¡Yo voy contigo! —anunció Connor.

—Entonces no me dejáis elección —dijo Gemma—. Alguien tendrá que llevaros...

Corey dudaba.

—¿Te las apañarás para clasificarlo todo tú solo? —le preguntó a Owen.

—Papá tiene razón, no hay que fiarse —dijo Chad, recapacitando—. No me gusta dejarte solo.

—No os preocupéis, me las arreglaré. Y no me quedo solo, está Tom. Nos vemos mañana en el cole.

Chad se acercó a su primo.

—¿Seguro? —Owen asintió enérgicamente—. ¿Vas armado? —insistió Chad.

Owen le dio unas palmaditas a su riñonera, que había llenado antes de ir a la biblioteca.

—Nunca me separo de ella —aseguró con un aire de complicidad—. Un extraño presentimiento unió a los dos chicos, que estaban frente a frente—. Sé prudente tú también —dijo al fin Owen, y se dieron un abrazo.

Connor volvió a ponerse la gorra, que ese día era de los Red Sox, y quiso tranquilizarlo.

—Solo vamos a rebuscar en los archivos y a hacerle preguntas a un

historiador más viejo que la estatua de Independence Square. El único peligro es que nos durmamos.

Pero cuando vio a sus amigos salir y subir al Datsun de Gemma, Owen tuvo una desagradable certeza.

Jamás volvería a verlos. Al menos a todos.

65.

El viejo 4x4 de la policía había superado las sinuosas curvas de Western Road para salir de Mahingan Falls, y ahora avanzaba a toda velocidad por el asfalto caliente entre dos murallas de plantas de maíz, al norte y al sur, como por un surco de pegajosa hulla trazado sobre un mar esmeralda.

Ethan había dudado si apostarse cerca de las cataratas. Al fin y al cabo solo había dos accesos posibles al pueblo, y era muy poco probable que hubieran dado un largo rodeo por el norte. Pero estaba harto de esperar, y ahora que por fin tenía la posibilidad de desenmascarar a aquellos impostores no podía arriesgarse a perderlos. Habían tomado la dirección del pueblo, pero eso no significaba que fueran a entrar en él.

Solo esperaba no haberse precipitado.

Estaba dispuesto a llegar hasta la Yankee Division Highway, el límite oficial de su jurisdicción. Luego daría media vuelta y empezaría a patrullar, hasta la noche si hacía falta. Entretanto, Ashley Foster peinaba el centro del pueblo, por si acaso. Ethan había optado por la discreción, no pensaba avisar a nadie más, ni siquiera a César Cedillo: temía que el jefe Warden se enterara de que había una operación en marcha que no había autorizado, y lo último que deseaba era tener que dar explicaciones al respecto. Lo que haría con aquellos supuestos agentes de la CFC ni siquiera estaba claro en su cabeza.

La carretera permanecía desierta. A derecha e izquierda, nada más que kilómetros de altas plantas de maíz que empezaban a inclinarse, resecaadas por los últimos calores del verano.

La furgoneta apareció a ciento cincuenta metros delante de él, después de una curva cerrada. Ethan aferró el volante con las manos húmedas. ¿Y ahora? ¿Seguro que eran ellos?

Cien metros.

Ethan vio a dos hombres en la cabina. El pasajero parecía llevar corbata, probablemente traje, y el conductor, más bien un mono de trabajo, pero no estaba seguro.

«Son ellos», se dijo para acabar de convencerse.

No podía tratarse de un error.

Cincuenta metros. Iban a cruzarse de un momento a otro.

Ethan encendió el faro giratorio en el último instante y se detuvo en el centro de la carretera, en medio de una nube de polvo blanco, para cerrar el paso a la furgoneta y obligarla a frenar en seco.

Saltó fuera del vehículo con el arma en la mano. No quería correr riesgos.

—¡Policía! ¡No se muevan! —gritó—. ¡Las manos sobre el salpicadero!

Los dos hombres se miraron y se dijeron algo.

—¡LAS MANOS SOBRE EL SALPICADERO, HE DICHO! —bramó Ethan apuntando hacia el parabrisas.

La amenaza directa de la Glock acabó de persuadir a los dos hombres, que obedecieron. Ethan se acercó con cautela a la puerta del conductor. A su alrededor, el viento murmuraba suavemente entre las hojas del maizal.

—¡Abra la puerta despacio con la mano izquierda y tire las llaves al suelo! —ordenó.

El conductor hizo lo que le decía sin perder el contacto visual con él. Su sangre fría, su complexión y la seguridad de su mirada hicieron sonar la alarma en la mente del policía. «Este tipo es un profesional, mantente alejado, y si intenta algo, no dudes, él no lo hará.»

Ethan estaba a tres metros, la distancia mínima de seguridad, y suficiente para tener la certeza de dar en el blanco si debía abrir fuego.

—Fuera. Las manos en la cabeza. Ni un movimiento brusco o disparo, ¿entendido?

Una vez más, el gorila obedeció, sin abandonar su inquietante flema.

—Oficial, debe de haber un malentendido... —empezó a decir el hombre trajeado desde el interior—. Somos...

—¡Cierre el pico!

Ethan reflexionó. Lo más delicado venía ahora. Si quería esposar al conductor, tendría que enfundar el arma, o bien arreglárselas con una sola mano mientras estaba pegado a él. Si aquella mole tenía intención de defenderse, ese sería el momento que elegiría, y el del traje podría aprovechar la confusión para sacar una pipa, si la llevaba.

No inmovilizar al menos al guardaespaldas era una estupidez, pensó Ethan. «No puedo arriesgarme a dejarle libertad de movimientos...»

—¡Tú, de rodillas! Y luego te tumbas boca abajo. ¡Vamos, deprisa!

El pasajero asintió con un gesto casi imperceptible para indicar a su escolta que obedeciera, y Ethan se tensó aún más. «Están coordinados...»

Era una situación comprometida. Ethan era consciente: esos tipos no habían dudado en limpiar el vehículo carbonizado al pie del monte Wendy y hacer desaparecer el cadáver. Había pecado de orgullo yendo solo, era un terrible error.

Pero, una vez más, el guardaespaldas no rechistó y se tendió en el suelo tal como le había indicado.

—Yo no me muevo —dijo el hombre del traje desde el interior del vehículo con una expresión casi despectiva en su cara a lo John Malkovich.

Ethan apoyó la rodilla sin contemplaciones entre los omóplatos de aquel bestia, que soltó un gruñido; luego le tiró de una mano para ponerle las esposas e hizo lo propio con la otra. Al oír el clic, sintió un alivio inmenso. «Uno menos.»

Ayudó al gorila a incorporarse y le advirtió de que no se moviera, mientras vigilaba a Malkovich, que pese a tener los brazos en alto bajó de la furgoneta exhibiendo una leve sonrisa de suficiencia.

—Somos colegas, oficial. Trabajamos para...

—La FCC, ya lo sé. Hacía tiempo que los buscaba.

El hombre perdió parte de su aplomo.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

Ethan solo llevaba encima unas esposas, pero sabía que en el 4x4 había bridas de plástico. Había actuado con la precipitación de un principiante, se había tomado aquel asunto demasiado a pecho, hasta el punto de perder los reflejos más elementales del policía. No debería haber salido sin meter las esposas de plástico en la guantera. En Mahingan Falls no se utilizaban casi nunca. Ni siquiera había pensado en ellas la noche en que se había tenido que enfrentar a tres borrachos a la salida del Banshee.

Decidió mantener las distancias con Malkovich, sin perder de vista al gorila, arrodillado delante de la furgoneta.

—Muéstreme su documentación. Y sáquela de la chaqueta lentamente.

—Por supuesto. Me muero de curiosidad: ¿por qué tenía tantas ganas de vernos?

El hombre sacó una cartera negra y se la tendió a Ethan, que dio un paso adelante para cogerla y volvió a retroceder sin dejar de apuntarle con la Glock.

—Para saber quiénes son realmente. La CFC no ha enviado aquí a ningún equipo. Eso son cuentos.

La cara de Malkovich cambió. La frialdad de su expresión se acentuó y la falsa cordialidad casi dio paso al odio.

—Debe de ser un error. Claro que pertenecemos a la CFC...

—Deje de mentir. Sé que la primera vez vinieron en busca de su compañero desaparecido, el de la furgoneta que ardió. Lo encontraron y desaparecieron.

Bajo las delgadas mejillas de Malkovich, las mandíbulas se tensaron. Era evidente que lo había sacado de su zona de confort.

—Si no quiere pasar la noche en una celda, tendrá que contarme una historia más creíble.

Ante esas palabras, el hombre del traje se irguió totalmente y observó a Ethan con una mirada penetrante.

A su alrededor, las dos murallas de plantas parecían aislarlos del mundo. La carretera, desierta en todo momento, desaparecía en ambos extremos tras sendas curvas cerradas. Flotaban en un limbo puntuado por el susurro de las hojas en la brisa.

—Sé que son los responsables de lo que está pasando en el pueblo —le dijo Ethan. Y de repente su armadura profesional se resquebrajó y, dejándose llevar por la ira, gritó—: ¡La han jodido bien, con sus putos fantasmas! —los acerados ojos de Malkovich se entrecerraron—. Sí, estoy al corriente de casi todo —continuó Ethan—. Pero voy a necesitar unas cuantas respuestas para llenar las últimas lagunas.

El hombre asintió con viveza.

—Hemos venido a remediar nuestro error —dijo tendiéndole la mano—. Estoy seguro de que podremos entendernos.

—Para empezar, vuelva a levantar las manos y camine hacia mi vehículo.

—Todo esto tiene que quedar entre nosotros, oficial.

—Demasiado tarde. ¿Sabe cuántas personas han muerto por su culpa? Lennox Ho. ¿Le suena ese nombre? Tenía cuatro años. ¡Cuatro años, joder! —exclamó Ethan, furioso.

—Como le he dicho, hemos vuelto para cerrar la brecha.

Al oír esas palabras, Ethan vaciló de nuevo. No tenía ningún plan, aunque

desde luego no pensaba llevarlos al puesto de policía para hacer oficial su detención ante Warden, que no entendería nada y podría mandarlo todo al garete. Pero tampoco estaba dispuesto a interrogarlos allí para después soltarlos. Aquellos fulanos tenían que pagar. Se había precipitado y ahora le tocaba improvisar. Pero las palabras «brecha» y «cerrar» le daban que pensar.

—No nos queda mucho tiempo, oficial —insistió Malkovich, intuyendo seguramente que se había abierto una fisura—. Hay que actuar de inmediato. Le propongo que tengamos una pequeña charla los tres, enseguida.

Ethan no lo veía claro. Y menos con el gorila de por medio. Señaló el todoterreno.

—Se va a dejar esposar dócilmente, y luego moveré mi vehículo para dejar libre el paso. A continuación iremos a la parte posterior de su furgoneta y me lo contará todo. Pero se lo advierto: nada de juegos, o lo enchirono y pasa la semana a la sombra.

A modo de respuesta, el hombre esbozó una amplia sonrisa de tiburón.

La zona de carga de la furgoneta estaba provista de estanterías metálicas en las que se alineaba todo un muestrario de material informático y electrónico compuesto de osciladores, amplificadores y multitud de aparatos desconocidos para Ethan. En uno de los lados, una serie de cajones contenían cable eléctrico, tornillos, conectores y otros accesorios de pequeño tamaño. La puerta lateral permanecía abierta al cercano maizal para dejar pasar el aire y la luz. Ethan había mandado al guardaespaldas al fondo y estaba de pie frente a Malkovich, junto a la salida. Su arma descansaba en la funda, pero estaba preparado para reaccionar al menor gesto sospechoso. Sus nervios debían de ser evidentes, porque el hombre del traje le propuso que se sentaran.

—No tiene nada que temer de nosotros —aseguró—. No voy a mentirle, no necesito hacerlo, puesto que sabe lo que ocurre y no me tomará por un loco si le hablo de asuntos poco convencionales. Si queremos evitar una catástrofe, debemos formar equipo.

—¿Para quién trabaja?

—Al menos podría soltarme —gruñó el gorila haciendo muecas.

Ethan lo ignoró. Malkovich también levantó las muñecas, sujetas con bridas de plástico, y esta vez Ethan las cortó con la navaja que llevaba en el cinturón.

—Para una compañía estadounidense —respondió Malkovich.

—Quiero su nombre.

—Oficial, sería mejor para todos que nos limitáramos a lo que es útil para...

Ethan se inclinó sobre él en actitud amenazadora.

—¿Qué le hace pensar que tiene elección?

Malkovich soltó un leve resoplido y asintió.

—Muy bien. Trabajamos para OCP, OrlacherCom Provider, suministrador de tecnología para grandes grupos de telecomunicaciones, principalmente.

—¿Por eso han estado jugando con las ondas?

Malkovich hizo una mueca y volvió a asentir.

—Desgraciadamente, sí. Ocurrió por casualidad, hace más de dos años, tras cinco de pruebas. Estábamos poniendo a punto un nuevo sistema de amplificación de las ondas telefónicas. Nuestra tecnología era revolucionaria, fruto de un matrimonio feliz, literalmente. Nuestro fundador se casó con la directora de un laboratorio de investigación neurológica especializado en las ondas cerebrales. Fue ella quien tuvo la idea de hacer colaborar a nuestros departamentos de investigación y desarrollo para ver lo que cada uno podía aportar al otro. Ellos querían encontrar el modo de disminuir el impacto de las ondas telefónicas en nuestros cerebros, y nosotros..., bueno, nosotros estábamos al acecho de una oportunidad. Y no solo se presentó, sino que superó todas nuestras expectativas. Así fue como, poco a poco, nació ese nuevo sistema de amplificación. Se suponía que iba a intensificar las señales telefónicas más allá de todo lo imaginable en la actualidad, y en consecuencia a dividir por cinco y luego por diez el número de antenas repetidoras; pero, además, prácticamente no tendría efectos nocivos para la salud.

El maizal se agitó detrás de Ethan, que se volvió de inmediato para comprobar que no era más que el viento, que empezaba a arreciar. Malkovich no había aprovechado la ocasión para intentar nada.

—Al principio no nos dimos cuenta de lo que habíamos hecho —prosiguió—. Hasta que se produjeron las primeras manifestaciones.

—¿Fantasmas?

Malkovich frunció los labios y asintió.

—Efectivamente. Supongo que no hay otra forma de llamarlos.

—¿Murió alguien?

—¡No, Dios mío, por suerte no! Pero era evidente que habíamos dado con

algo único, un descubrimiento transversal inesperado y providencial.

—¿Providencial? ¿Se da cuenta de lo que está diciendo?

—Nuestra tecnología de amplificación podía abrirnos las puertas de un mercado que suponía decenas de miles de millones. De-ce-nas-de-mi-les. Que no tardarían en convertirse en miles de millones solo con lo que teníamos entre las manos, o sea, una prueba de la existencia de un más allá; mejor aún: un modo de acceder a él. Una economía única en el mundo.

—Una forma de abrir una grieta para que sean «ellos» quienes entren en el nuestro —matizó Ethan.

Malkovich obvió el comentario como si se tratara de un detalle insignificante.

—¡Imagínese las repercusiones para nuestra civilización! —exclamó con júbilo.

—Y de paso, para su empresa...

Malkovich asintió.

—Sí, claro, no voy a negárselo. Pero necesitábamos saber más, realizar pruebas, y no dejamos de hacerlas durante meses, sin conseguir estabilizar las manifestaciones. Eran escasísimas, muy breves e imposibles de reproducir a voluntad.

—Y entonces uno de sus brillantes ingenieros sin escrúpulos decidió realizar un ensayo a escala real en nuestro pueblo...

Malkovich inspiró profundamente.

—Poco más o menos, sí. Pero debe tener en cuenta que hasta ese momento ninguna de las manifestaciones había sido peligrosa. Inquietantes y amenazadoras, sí, pero, ¿acaso no es esa la naturaleza misma de los fantasmas, por definición? Nunca pensamos que fuera a ir más allá de unos cuantos sustos entre la población, y antes de que se hubiera corrido la voz habríamos desmontado el equipo y desaparecido del mapa con nuestros resultados.

Ethan no se lo podía creer. Se pasó la mano por la cara para asegurarse de que no estaba soñando, de que aquella conversación era real.

—Han llevado a cabo un experimento secreto con población civil utilizando una tecnología que no controlaban —insistió Ethan, atónito.

—Creíamos que la controlábamos. Que no había peligro. Se trataba únicamente de hacer mediciones, de verificar el impacto de nuestro sistema de amplificación y modulación de las ondas sobre la salud. Por ejemplo: ¿padecía la gente más dolores de cabeza que en otros lugares?, ¿el número de

individuos que viven en una zona tiene alguna influencia sobre el número de apariciones posibles? Cosas así. Y a continuación sondearíamos a la población para averiguar si ocurrían «cosas raras»... Yo personalmente recluté a tres equipos que debían mezclarse con sus convecinos al final del verano para recopilar esa información. Pero, ante el cariz que tomaban las cosas, lo anulamos todo.

—¿En serio?

—¿Se da cuenta de lo que estaba en juego? ¡Miles de millones de dólares! ¡Podíamos ser pioneros en un ámbito que hasta el presente se considera pura fantasía! Amazon, Google, Facebook, ¡los superaríamos en un visto y no visto! ¡Todo el mundo se pelearía por nuestras licencias!

—Ha muerto gente... —repitió Ethan, que no podía entender su cinismo.

—¿Era lo último que deseábamos! Pero ¿comprende usted lo que habría permitido hacer nuestro descubrimiento? Ofrecer a la gente la posibilidad de comunicarse con sus muertos. Consolar a familias enteras. Resolver asesinatos. Explorar la historia. La puerta a un prodigioso campo de investigación, abierta de par en par... La mayor revolución científica de la humanidad, que relegaría a la prehistoria la teoría de la relatividad...

—La teoría de la relatividad también condujo a la bomba atómica. Las consecuencias de la suya podrían ser aún peores.

—Dentro de nuestro sector, somos un grupo pequeño. Una revolución de esa magnitud podía escapársenos de las manos si la sacábamos a la luz sin dominar todos sus entresijos; nos habrían robado nuestras investigaciones. Ese test a escala real iba a permitirnos ganar meses, si no años, frente a eventuales competidores con más medios. Créame, no preveíamos lo que ocurrió después.

—Instalaron sus equipos en el Cordón, ¿no es así?

—Contratamos a un detective privado que lo hizo a principios del verano. Fue la persona a la que acabamos encontrando al pie del monte Wendy. Ignoro lo que ocurrió. O bien se salió de la carretera o...

Malkovich dejó la frase en suspenso.

—No tuvieron escrúpulos a la hora de hacer desaparecer su cuerpo...

Malkovich miró al conductor, que los observaba desde el fondo de la furgoneta, impertérrito.

—No me enorgullezco de ello. Pero habíamos llegado demasiado lejos para retroceder. Si ustedes nos hubieran descubierto, nuestro colosal proyecto se

habría ido al traste. Desgraciadamente, todas las revoluciones conllevan sacrificios.

—¿Así es como los llama? Kate McCarthy, Rick Murphy, Lennox Ho...
¿Sacrificios?

Malkovich alzó las manos ante él en un gesto que era mitad de súplica, mitad de irritación.

—¡Nosotros no queríamos que muriera nadie! ¡Ya le he dicho que no creíamos que hubiera peligro!

—Entonces ¿qué pasó?

Malkovich suspiró y miró afuera.

—A gran escala, nuestra tecnología no dio los mismos resultados que en el laboratorio. En primer lugar, aquí la señal era más potente, mucho más. Y luego..., al cabo de un mes nos dimos cuenta de que había una amplificación exponencial. En el laboratorio, las apariciones eran débiles; aquí se multiplicaron. Era como si al abrir la brecha se aglomeraran para forzar la señal y hacerla cada vez mayor, ilimitada. Hasta que perdimos el control.

—¿Ya no controlan su equipo? Fui a echar un vistazo a la antena y no vi nada. ¿Continúa allá arriba?

—No, lo retiramos todo durante nuestra visita de hace un mes.

—Entonces, ¿por qué sigue ocurriendo?

Malkovich tragó saliva. Por primera vez parecía incómodo.

—Creemos que han tomado el control de la brecha a través de las señales enviadas por la antena. Ya no necesitan nuestra amplificación artificial.

Ethan alzó los ojos al cielo, consternado.

—No puede ser... ¿Me está diciendo que su maldito experimento ha despertado a todos los fantasmas que dormían en un plano paralelo en Mahingan Falls, a todos los espectros generados durante décadas, durante siglos de historia local?

—En principio, cabe suponer que su presencia se circunscriba a Mahingan Falls. La señal original que enviamos se centraba exclusivamente en el interior del valle, y todo indica que sigue concentrada ahí.

—¿Hay alguna forma de parar todo esto?

Malkovich dudó.

—Oficial, necesito que me prometa algo. Que va a soltarnos y que no iniciará ninguna acción contra nosotros.

—¿Perdone...?

—A cambio, me comprometo a cortar la señal.

—Pero ¿qué se han creído ustedes? ¿Imagina que su empresa se irá de rositas? ¡Sus jefes tendrán que asumir responsabilidades!

Malkovich se mordisqueó los labios.

—Soy Alec Orlacher, el fundador de OCP —dijo de pronto, y le tendió la mano—. Asumo mis errores, por eso estoy aquí, sin más compañía que la de Ernie, nuestro jefe de seguridad. Somos los únicos que podemos resolver la situación.

—Dígame cómo.

—Mis conocimientos son mi salvoconducto.

—Le vendrá bien para entrar en la cárcel.

Orlacher retrocedió. Parecía disgustado.

—El tiempo corre, oficial. Lo sucedido es dramático, soy consciente de ello, pero si me impide actuar de inmediato, la tragedia puede ser mucho peor.

Ethan supo que no exageraba. Fuera, la luz disminuía gradualmente. El día tocaba a su fin, y a Orlacher parecía preocuparle.

—Explíquese.

—A veces, en el sol se producen grandes explosiones que...

—Las erupciones solares.

—¿Ha oído hablar de ellas? Muy bien. Las erupciones solares favorecen las apariciones. Cuando tienen lugar, su potencia se multiplica por diez.

—Es lo que me temía... Pero pensaba que los fantasmas utilizaban las ondas para moverse y que esas erupciones solares dañaban las ondas telefónicas... Si es así, ¿cómo pueden favorecer las apariciones?

Orlacher, que parecía impresionado por la información con que contaba el policía, asintió con la cabeza.

—Aún no sabemos por qué. Efectivamente, cuando esas tormentas alcanzan la tierra interfieren las corrientes eléctricas, los aparatos electrónicos y las ondas. Eso es un hecho. Sin embargo, durante esas radiaciones invisibles para nosotros las apariciones son más activas que nunca. Tal vez porque la tensión general disminuye y eso elimina algún obstáculo, o porque los campos magnéticos normales las perturban o las erupciones solares alteran dichos campos. Las ondas utilizadas por la telefonía pueden sufrir alteraciones, pero hay otros tipos de ondas que se mantienen relativamente estables, así que los... fantasmas, llamémoslos así, consiguen desplazarse sin problemas. Pero son más numerosos y más fuertes. En nuestros laboratorios era espectacular:

cuando una tormenta solar tocaba la tierra, las apariciones permanecían ante nosotros varios minutos, hasta casi corporeizarse. Aunque no podíamos imaginar que fueran capaces de interactuar con nuestro mundo.

—Este verano las erupciones solares han sido especialmente intensas. Cada vez que una nos alcanzaba, se producía un ataque mortal.

—Sí, creemos que han contribuido a la aparición de fantasmas en Mahingan Falls, al proporcionarles una energía impresionante. Comprenda que eso tampoco podíamos preverlo. Esos bombardeos cósmicos son más bien escasos, y más en tales proporciones. Nuestro amplificador abrió una brecha que no pudimos controlar, es cierto, pero esas gigantescas erupciones, cíclicas, por añadidura, han sido un golpe de mala suerte. Sin ellas no habría habido tantas apariciones, y desde luego no habrían sido capaces de hacer tanto daño...

—¿Por qué hay que actuar de inmediato? —preguntó Ethan, que se temía lo peor y tenía que dominarse para no pegarle un puñetazo a aquel cretino cínico e irresponsable.

Alec Orlacher intercambió una mirada llena de sobrentendidos con su secuaz.

—Estamos en contacto con el SWPC, el centro...

—Sé lo que es. ¿Por qué es tan urgente? —repitió Ethan, exasperado.

—Porque el SWPC nos ha comunicado que esta mañana se ha desencadenado una erupción impresionante. Es tan potente que sus consecuencias podrían ser desastrosas.

—¿Cómo de desastrosas?

Orlacher se mordió los labios y perforó a Ethan con la mirada.

—Catastróficas.

—¿Cuándo la tendremos sobre nosotros?

—Es tan tremenda que su velocidad supera todos los registros.

—¿Cuándo?! —gritó Ethan.

—¿Con el tiempo que hemos perdido? Ya mismo.

66.

Tom Spencer recogió los platos de Owen y Zoey mientras Milo lamía los restos de comida que habían caído al suelo, sobre todo alrededor de la niña. Esa noche, todo el mundo cenaba tarde. Chad aún no había vuelto, aunque al día siguiente tenían colegio, y Olivia, empeñada en hacer funcionar el inhibidor de frecuencias que había comprado en Boston, seguía en el salón y tampoco se había sentado a la mesa con ellos. Pero eso era lo de menos. Las circunstancias, excepcionales, primaban sobre cualquier rutina. Una hora antes, Chad había llamado con el móvil de Connor para decirles que acababan de marcharse de casa del señor Armitage, el director de la Sociedad Histórica de Mahingan Falls, donde habían recopilado muchos datos interesantes sobre los potenciales fantasmas del pueblo. Tom opinaba que eso era bueno para su hijo: hacía que se focalizara en una tarea intelectual y lo alejaba de la desidia y el miedo. Chad había pedido un permiso excepcional para ir a cenar con Gemma, Connor y Corey, y su padre se lo había dado, con la condición de que la chica lo trajera en coche cuando terminaran. Cuanto más tiempo pasaran los adolescentes lejos de la casa y sus belicosas Eco, mejor.

—Cariño, no pongas en marcha ese chisme hasta que llegue Chad, por si necesita llamarnos, ¿vale? —gritó en dirección al salón.

—Antes tendría que aclararme con las instrucciones. ¡Odio estos manuales! Hay que hacer miles de ajustes... El vendedor me ha advertido de que no había ningún modelo para el público en general, ¡y se ha quedado corto! ¡Hay que ser ingeniero solo para desembalar el aparato y enchufarle todas las púas a este puercoespín!

—¿Puercoespín? ¿De qué diablos habla?

Tom y Owen esbozaron una sonrisa cómplice.

—¿Te importaría subir con Zoey, lavarle los dientes y ponerle el pijama

mientras yo ayudo a Olivia antes de que nos destruya el salón? —le preguntó Tom al chico.

—Claro que no. ¡Vamos, ratita!

—¡Zoy no datita!

Tom acudió en auxilio de Olivia, que estudiaba el puñado de hojas y comparaba una tabla numérica con un botón escondido en la parte posterior de lo que parecía un lector de DVD provisto de doce antenas negras.

—Un puercoespín electrónico —confirmó con los brazos en jarras.

—En teoría, con esto ningún móvil captará las señales en un radio de cincuenta metros. Se acabaron el Bluetooth, el GPS, el wifi y hasta el VHS. Si consigo ponerlo en marcha, claro...

En ese momento alguien aporreó la puerta frenéticamente.

Tom pensó en Chad y corrió a abrir. No le gustaba aquella insistencia.

El teniente Cobb entró sin esperar a que lo invitaran, seguido por Ashley Foster.

—¡Tienen que abandonar la casa! —les anunció.

—¿Cómo?

—Reúnan a sus hijos y aléjense todo lo que puedan de Mahingan Falls, al menos por esta noche. La sargento Foster los escoltará hasta la salida del pueblo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Olivia con el alma en vilo.

—La situación va a empeorar esta noche.

—Martha Callisper dijo que entre una y otra manifestaciones tenía que pasar cierto tiempo, y anteayer se produjo una. Deberíamos estar a salvo durante al menos unos días, ¿no?

—Las Eco también se sirven de las alteraciones magnéticas de las tormentas solares para aparecer —explicó Ethan—. No tengo tiempo para entrar en detalles, pero puedo asegurarle que está a punto de alcanzarnos una oleada de una amplitud sin precedentes. Nada de lo que hemos vivido este verano puede compararse con lo que se nos viene encima.

—Chad no está —repuso Olivia, angustiada.

—Recójalo y váyanse cuanto antes.

—¿Y usted qué va a hacer? —le preguntó Tom—. ¿Evacuar el pueblo?

—A estas alturas, no me queda otra alternativa —Ethan se volvió hacia la puerta—. Antes quería avisarles a ustedes —dijo—. He llamado por radio a mis colegas para ponerlos en alerta. Me esperan en la jefatura. La sargento

Foster está al tanto de todo. Pueden confiar en ella. Ashley, vuelve conmigo en cuanto estén a salvo al otro lado del Cinturón. Va a ser una noche larga.

Aunque parecía perdida en medio de aquella agitación, Ashley asintió.

—No se entretengan —insistió Ethan—. Buena suerte.

En ese instante, las luces de la casa parpadearon, y todos alzaron la vista hacia la lámpara del techo de la entrada.

Ethan se sacó una brújula de un bolsillo, y vieron que la aguja que debía señalar el norte se desviaba lentamente hacia el este.

—¡Oh, no! —exclamó—. Ya ha empezado.

67.

Olivia se abalanzó sobre el teléfono móvil y llamó a Gemma, que respondió al segundo tono.

—Gemma, mete a todo el mundo en el coche y venid ahora mismo.

—De acuerdo, los chicos están terminando...

—Es urgente, Gemma. Dejad los platos como estén e id a pagar, te lo devolveré, pero no esperéis más, corred al coche, ¿entendido?

—Sí, claro... Ahora mismo vamos.

—¿Dónde estáis?

—En el restaurante mexicano, en East Spring Street.

—Muy bien, no tardaréis más de cinco minutos. Daos prisa, y dile a Connor que me llame en cuanto estéis en el coche, quiero oíros durante todo el trayecto, es... ¿Gemma? Gemma, ¿me oyes?

De pronto, un rugido irrumpió en la línea. Luego se transformó en una voz atroz, grave y amenazadora, que gritaba palabras incomprensibles, y a esta se sumó un coro de alaridos de dolor, hasta que se cortó la comunicación.

Olivia tenía el corazón en la garganta.

—¿Están bien? —preguntó Tom alarmado. Su mujer volvió a marcar, pero se había quedado sin cobertura.

—¿Tu teléfono tiene línea, Tom?

—Sí, toma.

Olivia llamó al número de Gemma, pero le respondieron unos aullidos y soltó el móvil de inmediato.

Empezó a jadear, presa del pánico.

—Chad... —balbuceó.

—Gemma sabe lo que tiene que hacer —le aseguró Tom para tranquilizarla, aunque también él estaba frenético—. Sube a buscar a Zoey y a Owen. Yo me

encargo de meter lo imprescindible en el coche. Si no están aquí en diez minutos, salgo disparado a buscarlos.

Entretanto, Ethan llamaba a Alec Orlacher. El clic de inicio de la comunicación le indicó que había descolgado, aunque no oía nada.

—Orlacher, ¿está ahí arriba? ¿Orlacher? —en el aparato resonó una respiración lenta y sibilante. Ethan frunció el ceño—. Orlacher, ¿me oye?

Algo salpicó el micrófono de Orlacher, y entonces Ethan percibió un ruido blando, e incluso creyó distinguir un gemido ahogado. De pronto se oyó un grito desgarrador, casi una súplica, y una explosión líquida saturó el altavoz del teléfono. La llamada se cortó. Ethan volvió a intentarlo, pero nadie respondía.

—Esto no me gusta —le dijo a Ashley—. Encárgate de ellos y luego corre a jefatura. Voy a avisar por radio a los equipos para que ordenen la evacuación inmediata del pueblo.

—Warden no lo autorizará sin un buen motivo.

—¿Un buen motivo? ¡Que ese idiota se asome a la ventana, no tardará en ver docenas!

—¿Adónde vas tú?

—Al monte Wendy. Todo parte de ahí. Si Orlacher ha tenido algún problema, Mahingan Falls será en un infierno. Hay que detener la señal antes de que sea demasiado tarde.

Un zumbido sordo invadió súbitamente la casa, y todas las bombillas explotaron al mismo tiempo. Esta vez, la corriente se cortó del todo. Del televisor y el equipo de música salían sendos hilillos de humo gris. Fuera, el sol, oculto ya tras las montañas del Cinturón, estaba a punto de ponerse, y la penumbra se extendió por la casa de los Spencer.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la voz asustada de Olivia desde la planta de arriba.

—Una sobrecarga —dijo Ethan.

—Se ha ido la electricidad —confirmó Tom—. ¿Estás bien, cariño?

—¡Las bombillas lo han llenado todo de cristales!

Tom dejó a los dos policías en la entrada y se lanzó escaleras arriba para auxiliar a los suyos. Ethan sacó el móvil e intentó llamar a Cedillo, pero una siniestra voz gutural le respondió al oído en un idioma desconocido, y una vez más, como salido directamente del infierno, el coro de hombres y mujeres que gritaban desesperados le obligó a colgar de inmediato. El resto de números

con los que probó suerte dieron el mismo resultado.

—Las líneas están fuera de servicio, tomadas por las Eco —dijo—. Ashley, ve a tu coche y comprueba si la radio funciona.

La chica salió a toda prisa y cerró la puerta tras de sí.

Tom volvió a bajar con Owen y Olivia, que llevaba a la pequeña Zoey en brazos.

—Los móviles han dejado de funcionar —les advirtió Ethan.

—¿Son las Eco?, ¿nos están atacando? —preguntó Tom inquieto.

—La sobrecarga debe de ser cosa de la erupción solar, que ya nos ha alcanzado: les ha abierto las compuertas a esas criaturas, y ahora mismo están en las ondas telefónicas.

—¡Oh, Dios mío, van a atacar! —gimió Olivia.

Corrió al salón en busca del enorme inhibidor que acababa de comprar, pero al ver que empezaba a echar humo, soltó una maldición.

—¡Se ha quemado!

Iluminándose con el teléfono, Tom se dirigió al cuadro eléctrico de la casa y constató que el interruptor principal estaba bajado. Lo subió y oyó varios clics.

—Ya hay luz. Solo hay que cambiar las bombillas.

—No tenemos tiempo —dijo Olivia, que estaba metiendo en una bolsa purés envasados para bebé y todo lo que le parecía de utilidad—. ¡En cuanto llegue Chad, nos largamos!

Ashley volvió a entrar en tromba.

—En el coche ya no funciona nada. Los circuitos eléctricos se han quemado. Ethan hizo una mueca.

—¿La radio tampoco?

—Tampoco.

—¡Mierda!

—¿El coche? —exclamó Olivia—. ¡Tom, échale un vistazo al nuestro!

Tom corrió hacia la puerta, y allí se topó con Roy, que dio un respingo.

—¿Están todos bien? —preguntó llevándose una mano al pecho—. Todo el barrio parece revolucionado...

—Roy, ayúdeme a recoger las cosas de Zoey —le pidió Olivia—. Nos vamos, y usted se viene con nosotros.

Ethan, mientras tanto, continuaba intentando comunicarse con Orlacher, sin éxito. Sacudió la cabeza.

Tom volvió a entrar, pálido.

—Me temo que todos los vehículos están igual...

—¿Quieres decir que Chad está atrapado en el pueblo? —preguntó Olivia, aterrorizada.

—No está solo —le recordó Tom—. Llegarán, aunque sea a pie.

Olivia negó con la cabeza.

—No, yo no dejo a mi hijo a merced de esas abominaciones.

—De acuerdo, voy a buscarlo.

Roy se volvió hacia el teniente Cobb y señaló el camino de entrada.

—Ese viejo todoterreno no puede tener muchos componentes eléctricos... Debería poder arrancarlo sin usar el estárter, ¿no?

—No sé nada de mecánica —confesó Ethan—. ¿Usted se ve capaz?

—No sé mucho más que usted, pero si levanto el capó y echo un ojo, tal vez me aclare. En esa época iban a lo sencillo.

—Tengo herramientas en el cobertizo, Roy —dijo Tom—. Sírvase usted mismo.

Todo el mundo hacía algo. Ashley acompañó al anciano para alumbrarle bajó el capó con su linterna.

El único inmóvil era Ethan. Las ideas se agolpaban en su cabeza.

Tom pasó junto a él y se sentó en los peldaños de la entrada para ponerse unas zapatillas de deporte.

—¿En qué piensa? —le preguntó al teniente mientras se anudaba los cordones.

—Las Eco necesitan electricidad para moverse libremente por las ondas emitidas por el Cordón. Hay que ir allá arriba para cortarla.

—¿No ha enviado a nadie?

—Sí, a Orlacher, pero creo que le ha ocurrido algo. Tengo que ir yo.

—Si es el punto de entrada de esas mierdas, ¿no es un poco peligroso?

—Puede que tenga algo para protegerme... Cogí unos inhibidores portátiles de la furgoneta de Orlacher.

—Si les ha pasado lo que a nuestros aparatos eléctricos, le servirán de poco.

—No, estos van con batería, deberían funcionar.

Olivia salió y dejó a Zoey a sus pies.

—Si neutraliza la señal, ¿se arreglará el problema?

—Según el hombre que ha subido, sí.

—Pero cuando la antena vuelva a funcionar, las Eco regresarán, ¿no? — preguntó Tom.

—En principio no, puesto que la tecnología que les permitió entrar en nuestro plano ya no está activa. La han retirado.

—¿«La han»? ¿Quiénes? —quiso saber Tom.

Olivia intervino antes de que el teniente pudiera responder.

—¿Lo he entendido bien, Ethan? Si sube a esa dichosa montaña, ¿nos libraré de esas criaturas, a nosotros y a todo el pueblo?

—Hay que derivarlo todo y después reiniciar el sistema, para cerrar la brecha por la que transitan entre su éter y nuestro plano. Solo puedo hacerlo desde lo alto del monte Wendy.

Olivia se retorció las manos, nerviosa e indecisa.

—Siendo así, hay que jugárselo todo a esa carta —dijo al fin—. Ve con él, Tom. Corta esa maldita señal.

—¿Y Chad?

—Iré a buscarlo yo.

—No, tú...

—¿Puede prestarme uno de esos inhibidores, Ethan?

—Claro.

—Muy bien. Me llevo a Zoey y a Owen conmigo. Tú, Tom, ayuda a Ethan. Más vale que seáis dos.

—Ashley irá con usted —decidió Ethan.

Tom sacudió la cabeza.

—Es peligroso. Quédate aquí, yo me ocupe de Chad.

—Los coches están averiados, no puedo ir a ningún sitio, hay que actuar. Ya he tomado una decisión, y estaré con la sargento Foster.

—Pero..., y dos mujeres solas..., debe ir un hombre con vosotras para prote...

—¡Para, Tom! —exclamó Olivia, enfadada y tensa.

Había que decidirse, rápido, y Olivia no estaba dispuesta a perder un segundo más. Un instante después se había calmado y el miedo había desaparecido de su voz.

—Olvida tu educación caballerosa y sexista, somos muy capaces de defendernos. Necesito saber que proteges nuestras vidas atacando la raíz del problema —le dijo a su marido. Luego le cogió las manos y, con toda la confianza que existía entre ambos tras casi quince años de matrimonio, pero

también con firmeza, añadió—: Cariño, esta casa alberga las Eco de Jenifael Achak y sus hijas, y si ahora están llenas de energía para saltarnos encima durante la noche, es cualquier cosa menos un lugar seguro. Estaré mejor fuera con nuestros hijos. ¡Yo reúno a la tribu, y mientras tanto tú te dedicas a salvar este maldito pueblo!

Owen le tiró de la manga.

—Yo le seré más útil a Tom —aseguró—. Ahora conozco el bosque como la palma de mi mano, podré guiarlos.

—No, tú vienes conmigo.

—Pero ¡puedo llevarlos al barranco, allí no llega ninguna señal! Rodearemos el Cinturón sin peligro y luego nos bastará con torcer hacia el norte en dirección al monte Wendy...

—Roy conoce el camino, él los acompañará.

—¡Está arreglando el coche! Y yo soy más ágil... Roy hará que se retrasen en el bosque y al subir la ladera. ¡Tom cuidará de mí! —Owen miró a su tía a los ojos y murmuró—: Confía en mí.

Esta vez, Olivia preguntó a su marido con la mirada, y Tom suspiró antes de asentir.

—Vale, pero harás caso de todo lo que te diga.

Ethan, que había salido a buscar un inhibidor portátil, volvió y le tendió a Olivia una especie de walkie-talkie con una gran antena negra.

—Es muy sencillo —dijo—. Para ponerlo en marcha, haga girar este mando. Está regulado para cortar todas las ondas en un radio de unos tres o cuatro metros.

—Perfecto.

—Una cosa más. Estos aparatos son potentes, así que consumen mucha energía. Orlacher me advirtió de que cuando funcionan con batería no duran más de media hora. Así que utilícelo con moderación, solo si se siente en peligro.

Ethan dio un paso atrás e invitó a Tom y a Owen a seguirlo.

Tom se acercó a su mujer.

—¿Estás segura?

—Cuida de Owen y no te arriesgues más de lo necesario. ¿Me lo prometes?

Se abrazaron y se dieron un beso cálido y breve, demasiado breve. Luego, Tom estrechó a Zoey en sus brazos, cogió una linterna y se la metió bajo el cinturón.

Ethan ya estaba fuera, dándole las últimas instrucciones a Ashley.

Tom no conseguía apartar los ojos de su mujer. La sangre le golpeaba las sienes.

Salió de la casa sin dejar de volverse.

Pero Olivia ya estaba preparándose para buscar a su hijo.

Tom atravesó el jardín, y mientras Ethan y Owen se internaban en la oscuridad del bosque entre el ulular de una lechuza encaramada en las alturas, echó un último vistazo a la Granja. Las negras ventanas le devolvieron la mirada. Negras de odio.

68.

El doctor Layman estaba viendo la televisión sin mucho interés cuando, de pronto, el aparato se apagó y todas las bombillas de su casa en Maple Street explotaron.

Carol, sentada a su lado, dejó escapar un grito.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Chris Layman cruzó el salón fijándose en donde pisaba, porque iba descalzo y había cristales por todas partes, y se puso a buscar la linterna en un cajón.

—Ve a ver si Dash sigue durmiendo, no sea que baje de la cama y se corte —le pidió a su mujer.

Acto seguido, se puso las Crocs verdes, que usaba para trabajar en el jardín y siempre dejaba delante del ventanal, y abrió la puerta del sótano. Por suerte, las pilas de la linterna aguantaban: el haz de luz dejó al descubierto la empinada escalera. El médico empezó a bajar con precaución —lo último que necesitaba era resbalar en un escalón—, pero a medio camino cayó en la cuenta de que ni siquiera había mirado por la ventana para comprobar si los vecinos también estaban a oscuras. «Puede que el problema no sea nuestro sino del suministro general...»

Daba igual, ya casi estaba. Al subir tendría que telefonar a su suegro para asegurarse de que todo estaba bien en su casa, al final de la calle. El anciano era cada vez menos autónomo.

Abajo olía a cerrado y a humedad. Curiosamente, a Chris siempre le había gustado aquel tufillo un poco agrio a hongos: le recordaba sus juegos infantiles en la inmensa bodega de la casa de sus abuelos, en Tennessee, entre los grandes barriles en los que envejecía el bourbon familiar.

El suyo no tenía nada de especial: un cúmulo de cajas pendientes de desembalar desde que se habían mudado allí, hacía cinco años. Una zona de

bricolaje bastante desordenada. Las reservas de latas de conserva.

Y el contador eléctrico.

Había saltado el interruptor. «No es de extrañar, con la que ha caído...» Sin embargo, no había oído ningún trueno, Aunque puede que estuviera medio amodorrado. Volvió a subir el botón y esperó unos instantes para comprobar que no volvía a saltar.

A su alrededor, el sótano estaba más oscuro que la boca de un lobo.

Ni un ruido.

Casi podía sentir la densidad de las tinieblas a sus espaldas, sobre sus hombros...

En la caja de fusibles se encendió un piloto verde. Al parecer, todo estaba normal.

Paseó el haz de luz por aquel desorden mientras daba media vuelta. Los objetos proyectaban sombras sobre las paredes. Semejaban siluetas.

Chris no hizo caso. Nunca le habían dado miedo esas cosas, ni siquiera de niño. La costumbre de merodear por la cueva del bourbon, seguramente...

Dejó el sótano con su soledad, subió la escalera y regresó al salón. No estaba seguro de que hubiera bombillas de repuesto, a lo mejor había que acabar la noche a la luz de las velas...

Carol aún no había bajado. Dash debía de haberse despertado y seguramente tenía un poco de miedo. Chris se puso a barrer los fragmentos de vidrio desparramados por el suelo, y entonces oyó un ruido sordo, como si algo se hubiera caído en el piso de arriba. Algo pesado.

Se acercó al pie de la escalera y llamó a su mujer en voz baja, por si su hijo seguía durmiendo. No hubo respuesta.

Chris dejó la escoba y subió a comprobar que todo iba bien.

—¿Carol?

Estaba tan oscuro como en el sótano. Volvió a encender la linterna para orientarse.

Alguien respiraba fuerte y deprisa. Chris creyó que era su hijo y empujó la puerta de su habitación, que solo estaba entornada.

En el resquicio apareció Dashiell, sentado en la cama. Sus ojos brillaban, y al principio Chris no supo si era a causa de la linterna, pero relucían como los de un perro sorprendido por los faros de un vehículo en plena noche.

—¿Dash? ¿Por qué jadeas?

La puerta hizo tope con algo y se detuvo. Un poco inquieto por su hijo,

Chris empujó más fuerte, pero el obstáculo no cedía. No obstante, consiguió pasar la cabeza y los hombros por el hueco para mirar al otro lado.

El rincón estaba envuelto en la oscuridad. Una oscuridad opaca, impenetrable.

De pronto, Chris comprendió que lo que Dash miraba con tanta fijeza era eso, ese punto detrás de la puerta.

Intentó tantear con los dedos, que encontraron una superficie gélida, inconsistente, apenas más densa que una pintura espesa. Pero cuando su mano se hundió en ella, el frío empezó a ascender por su brazo hasta hacerle temblar.

«Pero ¿qué es esto?»

Una onda recorrió aquella masa poco más que gelatinosa, y la linterna se escapó de la otra mano de Chris y cayó al pasillo. Poco a poco, la sustancia adquiría consistencia. Y entonces se movió.

Allí, en la oscuridad, había alguien. Y se desplazaba.

Chris creyó distinguir una figura alta, casi humana, que se estiraba. Ya no entendía nada. Ni lo que le decían sus sentidos ni lo que realmente veía.

Todo su ser le urgía a sacar la cabeza del resquicio de la puerta. De inmediato.

De repente una mano le sujetó el empeine, y con el rabillo del ojo vio que era Carol, tendida en el pasillo.

Había dejado tras de sí un largo rastro húmedo, como una enorme babosa.

De su boca escaparon unos gorgoteos ininteligibles.

Le habían arrancado la cara. La piel colgaba floja, como papel pintado mal encolado, dejando al descubierto la carne, los cartílagos y los tendones de la mejilla, la nariz y parte de la mandíbula.

Chris lo veía, pero su mente se negaba a entenderlo.

Tardó al menos cinco o seis segundos en aceptarlo.

El rastro sobre el parquet lo habían dejado los intestinos de su mujer.

Esta vez recuperó el contacto con la realidad, con su cuerpo, y echó todo su peso sobre la puerta para aplastar al intruso. No permitiría que aquella cosa acabara con su familia.

De pronto cayó de espaldas al interior de la habitación de Dash y aterrizó a los pies de la masa negra, que se había desplazado.

Al instante, el frío le entumeció los párpados y los labios, hasta atenzarle la garganta.

¿Qué era aquello? ¿Por qué despedía un aura tan glacial?

Chris quiso levantarse, pero una presión en la nuca le aplastó la cara contra el suelo, sin que pudiera resistirse. Fuera lo que fuese, ahora aquella sustancia había adquirido solidez y una fuerza prodigiosa. Chris no podía respirar, se ahogaba...

Su boca exhalaba vaho.

Pero lo más terrible era no comprender. ¿Qué era aquello? ¿O quién? Siguiendo con la mirada las tablas del suelo, vio a Carol, que se arrastraba lentamente hacia él. Tenía dos dedos rotos extendidos en su dirección.

Luego sintió un dolor intolerable a la altura de los riñones, seguido de un horrible crujido de huesos que se partían.

Después, nada más. Solo el espantoso sonido de su columna vertebral, que le arrancaban cuerpo, las costillas rompiéndose una a una, y al fondo de la habitación, una risa cruel. Espectral.

69.

Olivia ya no estaba segura de nada, salvo de que quería encontrar a su hijo cuanto antes.

No dejaba de preguntarse si no habría enviado a su marido a la boca del lobo, pero al mismo tiempo se sentía más tranquila sabiendo que estaba lejos de la Granja. «Si alguien puede sacarnos de esta, es Tom.» Nunca le había fallado. Nunca. Tom era uno de esos hombres que se mostraban cuando era necesario, tenía una mente analítica brillante y sabía sacar el mejor partido de cada situación. Las vidas de todos los miembros de la familia Spencer, pero también del conjunto de la población de Mahingan Falls, estaban en sus manos y en las de Ethan Cobb. Eso era preferible a que el teniente cargara solo con la responsabilidad de ese salvamento a la desesperada. Incluso Owen estaría más seguro que si se hubiera quedado allí, con ella.

Olivia se colgó la mochila portabebés de los hombros y Ashley acomodó dentro a Zoey. La niña, que en realidad ya no tenía edad para usarla, pesaba lo suyo y Olivia apretó los dientes. La caminata prometía ser dura, pero no podía llevar a la pequeña en un carrito, y menos aún hacerla andar junto a ellas. Habría sido demasiado arriesgado.

—Nos turnaremos para llevarla —se ofreció Ashley.

Olivia le tendió el inhibidor portátil.

—Llévelo usted. Si hay que correr, tendré que sujetar las correas de la mochila y no podré activarlo.

Ashley se lo fijó al cinturón, y salieron al jardín después de que Olivia encerrara a Milo en el cuarto de la lavadora.

Roy seguía atareado con el motor del todoterreno, iluminándose con una lámpara portátil colgada del borde superior del capó.

—¿Cómo va eso? —le preguntó Ashley.

—No soy mecánico y se nota. Pero creo que he comprendido lo esencial y... Haré lo que pueda.

—No debería quedarse aquí solo, Roy —dijo Olivia.

—¡Bah! Ya sé lo que hay entre esas paredes. Tendré cuidado.

—Si oye algo, sea lo que sea, huya. Aléjese de la Granja todo lo que pueda. La bruja nunca ha atacado fuera de su territorio.

—No se preocupe por mí. Encuentre a su chaval y vuelvan cuanto antes. Con un poco de suerte, ya habré puesto en marcha este maldito motor.

—Le confío a mi perro. Manténgase alerta.

A modo de despedida, Roy agitó sus dedos grasientos, y las dos mujeres se dirigieron hacia la calle. Olivia ya solo pensaba en Chad. ¿Estaría vagando por el pueblo, muerto de miedo? «No, es un luchador, estará dándoles órdenes a sus amigos o buscando un escondite, es listo.»

No quería plantearse ninguna otra posibilidad.

El sol había desaparecido totalmente, incluso al otro lado del Cinturón, y las estrellas empezaban a asomar sobre las copas de los árboles. Ashley encendió la linterna para alumbrar la calzada delante de ellas.

Ni Olivia ni ella advirtieron que, a su espalda, una silueta se deslizaba entre los arbustos.

En el cielo aparecieron unas masas verdosas de bruma fosforescente que danzaban despacio, de un modo espectacular. Parecían las huellas de unas manos gigantescas posándose sobre un cristal invisible, en la lejana atmósfera, para esfumarse a continuación al ritmo de un misterioso y fascinante oleaje estelar.

—Auroras boreales —dijo Olivia.

—Aquí nunca las ha habido.

—Deben de ser consecuencia del viento solar. Apresurémonos, me dan mala espina.

—Son preciosas, nunca las había visto...

—Si la energía de que disponen las Eco para materializarse entre nosotros está en consonancia con esas auroras, nada podrá salvarnos del desastre. ¿Sus compañeros están evacuando el pueblo en estos momentos?

—Ethan iba a dar la orden cuando la radio ha dejado de funcionar. Y dudo de que el jefe Warden haya tomado esa decisión: ignora la amenaza que pesa sobre el pueblo.

—Conozco a Warden, es un cabrón.

Ashley miró a aquella madre de familia tan pulcra y bien arreglada, con su hija a la espalda, pero dispuesta a soltar tacos en cuanto le aumentaba el estrés.

—Yo no lo habría definido mejor —dijo sonriente.

Siguieron avanzando por la carretera que cruzaba el bosque hasta la salida de los Tres Callejones y llegaron a Maple Street, en el barrio de Green Lanes.

Las hileras de chalets y casas de madera estaban extrañamente tranquilas y sumidas en la oscuridad. Hasta las farolas estaban apagadas. La sobrecarga había tenido las mismas consecuencias en todas partes, dañando casi todas las fuentes de luz. Olivia esperaba encontrar gente en las calles, o bien oír cómo las familias trataban de ponerse en contacto, e intentaban reunirse. Pero reinaba un silencio sepulcral.

—¿Ya se han despertado las Eco? —murmuró.

—¿Las qué?

—Los fantasmas.

Ashley balbuceó algo, pero no consiguió formular una frase.

—¿Aún no se ha topado con ninguno?

La joven sargento la miró desconcertada, y a Olivia se le encogió el corazón. También ella había pasado por aquella incertidumbre, entre la risa, el escepticismo, las ganas de llorar, el miedo a caer en la locura y el comienzo de un cambio radical en la propia percepción del mundo. Ante la primera prueba irrefutable, o bien se vendría abajo, o se resignaría de una vez por todas a aceptar lo irracional.

Olivia rectificó de inmediato. Pensándolo bien, no era tan sencillo. ¿Dónde se situaba ella misma? El niño metamorfoseado en araña en su habitación y la colcha mordida habían acabado de convencerla.

—No se han apoderado del pueblo, es imposible —dijo al fin—. No pueden ser tan numerosos... No, no han acabado con todo el mundo.

Un poco más adelante, en Church Street, detrás de una ventana vislumbraron los puntos luminosos de unas velas y una linterna. Y a continuación distinguieron las siluetas de una pareja alrededor de un coche.

—¡Vuelvan a casa! —les ordenó Ashley.

—¡Se ha averiado todo! —gritó el hombre, presa del pánico—. Mi coche no arranca y la línea del teléfono hace cosas raras... No funciona nada. ¡Y hemos oído gritar a los vecinos!

—¡Las calles no son seguras, enciérrense en casa!

—¿Por qué? ¿Es un atentado? —preguntó la mujer, aterrada.

—¡Hagan lo que les digo! —bramó Ashley, exasperada.

Un grito ahogado que procedía de un edificio no muy lejano los dejó a todos petrificados. La pareja corrió hacia su casa.

—Ya ha empezado —dijo Olivia.

Ashley miraba a su alrededor agitando la linterna en todas direcciones. Olivia le puso una mano en el brazo.

—Cálmese.

—Entonces, ¿todo eso que cuenta Ethan es verdad?

—¿Aún lo duda?

—No lo sé.

La sargento respiraba ruidosamente.

—Ashley... ¿Puedo llamarla por su nombre de pila? Tiene que mantener la sangre fría. No sé qué razones la llevaron a hacerse policía, pero es el momento de recordarlas y actuar con profesionalidad. Lo que podemos ver causará... una conmoción en sus creencias y en sus antiguas certezas. Pero tiene que sobreponerse. Mi pequeña y yo la necesitamos. Y mi hijo, que estará por ahí, en alguna parte, también.

Ashley asintió.

—Cuenta conmigo.

Pero no paraba de tragar saliva, y sus ojos inspeccionaban cada rincón del camino.

Olivia tiró de su brazo y reanudaron su excursión forzosa lo más rápido posible. Los tirantes del portabebés empezaban a clavársele en los hombros, pero dado el estado en que se encontraba Ashley, no podía confiarle a su hija. Por suerte, Zoey, mecida por el balanceo, se había dormido hacía rato.

La atmósfera general hacía pensar en el fin del mundo. Ya nada era normal en aquel escenario habitualmente tan lleno de vida, tan saturado de colores y luces diversas, ahora dominado por una oscuridad total, salvo por los inmensos velos verdes o azules que tornasolaban el firmamento. De pronto, de algún lugar en el centro del pueblo llegó el sonido de una explosión, y Olivia retrocedió y vio una bola de fuego que ascendía al cielo y se disolvía al cabo de un instante.

—Seguro que Chad está bien —dijo Ashley.

Olivia no podía concebir que no fuera así, pero el corazón le latía a toda velocidad.

La silueta que las seguía desde que habían salido de la Granja se deslizó entre los coches. Estaba acortando distancias poco a poco. Varios disparos resonaron en la noche. Ashley empujó a Olivia al otro lado de una valla y se ocultó con ella detrás de un árbol. Volvió a hacerse el silencio.

—La gente está descontrolada —murmuró la policía.

—Buenos reflejos...

—Ya le he dicho que podía contar conmigo.

Ashley cogió a Olivia de la mano y la condujo por el césped de jardín en jardín hasta la esquina de Fitzgerald Street. De vez en cuando, de alguna ventana abierta salían voces, y se veían algunas figuras reunidas delante de las puertas, al resplandor de las luces improvisadas que la gente había sacado de los armarios. Green Lanes no estaba en absoluto devastado, pero sí conmocionado, aterrorizado. La mayoría de los vecinos permanecían escondidos en sus casas como conejos que barruntan al zorro.

Las dos mujeres no tenían un plan concreto, aparte de llegar a Independence Square y subir East Spring Street en dirección al restaurante mexicano en el que habían cenado los adolescentes. Si ya habían salido y pensaban ir a los Tres Callejones, era muy probable que se los encontraran por el camino.

Olivia calculó que tardarían al menos quince minutos en llegar cerca de esa zona. Tenía la espalda destrozada y los hombros entumecidos, y no creía poder continuar sin hacer un alto.

—Espere, tengo que bajar a Zoey —Ashley le indicó por señas que se la pasara—. ¡No, no, estoy bien! Solo necesito aliviar la espalda un momento.

—No tenga miedo, no voy a dejarla colgada. Me estoy sobreponiendo, como ha dicho usted.

Efectivamente, había recuperado la sangre fría. Guiar a Olivia y mantenerse alerta hacía que volviera a sentirse policía. Para recobrar su eficiencia, necesitaba actuar.

En un porche al otro lado de la calle se oyó un quejido vagamente humano, una implorante petición de ayuda. Ashley dio un paso para cruzar la calzada, pero Olivia la retuvo.

—Ya sé que es su trabajo, pero si tiene que intervenir en cada manzana no llegaremos a ningún sitio. Hay gente por todas partes, Ashley. Es necesario elegir. Comprendería que me dejara aquí para socorrer a otras personas, pero en ese caso tengo que pedirle que me devuelva eso —señaló el inhibidor—. Lo siento, debo pensar en mis hijos —alegó.

Ashley miró la fachada envuelta en tinieblas, indecisa. Y al fin lanzó un suspiro.

—He jurado que cuidaría de usted —dijo—. Páseme a Zoey, no podemos quedarnos aquí.

En ese momento Olivia notó que moqueaba. Cuando quiso sacar el pañuelo, el líquido ya le resbalaba por el labio.

—¡Ashley! ¡Encienda el inhibidor! ¡Enseguida!

Era sangre.

70.

Ron Mordecai había hecho un buen trabajo. Una filigrana funeraria.

Las mejillas de la señora Costello habían recuperado el color; bajo los párpados, unas finas gasas habían sustituido los globos oculares; y en el interior de los pómulos, el algodón le había devuelto al rostro un poco de materia, contrarrestando la flacidez causada por la deshidratación y la pérdida total de tono muscular.

Al fin y al cabo, Elvira Costello llevaba cinco días muerta. ¿Qué tono muscular podía esperarse? En su cuerpo había tanta firmeza como en un cuenco de leche.

Pero a Ron Mordecai se le daban bien las mujeres. Una pizca de rímel, un toque de carmín, un poco de colorete, y ya no faltaba más que acabar de vestirla y peinarla. Su familia tendría la sensación de que estaba dormida. Ron, sin embargo, sabía que allí dentro ya no dormía nada. Ni un corazón al ralentí ni unos órganos bañados en sus fluidos habituales, tan solo un cóctel de productos químicos biocidas y fijadores destinados a conservar todo aquello, a retrasar al máximo el proceso de descomposición —los orificios taponados, la sangre aspirada por las máquinas—, para que la señora Costello pudiera decir adiós a sus allegados y recibir su último homenaje.

Ron no hacía milagros, se limitaba a demorar lo inevitable. Nadie escapa a la muerte, pero un buen tanatopráctico puede negociar con ella, aunque no sea más que el derecho a mantener las apariencias momentáneamente.

Se quitó los guantes de látex, que restallaron en el aire, y los arrojó al contenedor de residuos biológicos. Por esa tarde ya había trabajado bastante. Quería leer el periódico en la cama, nada más.

Se volvió de espaldas a la mesa de trabajo. Y en ese preciso instante todas las lámparas estallaron.

Pasada la sorpresa, empezó a buscar a tientas el mechero en el carrito con ruedas, hasta que recordó que lo había dejado en su despacho, en la planta de arriba. Qué mala pata... Daba igual que el grupo electrógeno de emergencia se pusiera en marcha; con las bombillas destrozadas no serviría de nada. Pero conocía el edificio como la palma de su mano, así que no le costaría mucho subir. Entonces le vino a la mente el bolígrafo luminoso que le había regalado su nieto Steven. Lo utilizaba para tomar notas; tenía que estar en la camilla, a los pies de la señora Costello.

Consiguió encontrarlo a tientas y, con una presión, encendió la punta, que difundió una débil claridad blanquizca.

La suficiente para distinguir el camino. Perfecto.

Por desgracia, Ron Mordecai no vio que el torso de Elvira Costello se incorporaba detrás de él. Tampoco oyó sus párpados, que, pese al punto de cola todavía húmeda que acababa de aplicarles, se abrieron y dejaron caer las gasas al suelo. Un espeso líquido amarillento asomó entre los labios de la difunta, e instantes después empezó a brotar de su boca, cada vez de forma más abundante.

Ron alzó el bolígrafo en el aire para iluminarse.

Elvira Costello se inclinó hacia delante y, con un movimiento inesperadamente rápido, saltó sobre su presa. Los hilos de sutura se rompieron y dejaron al descubierto sus grisáceos dientes.

Ron se había pasado media hora pintándole primorosamente las uñas antes de darse cuenta de que el rojo no coincidía con el del pintalabios, que hacía juego con el vestido, y como el meticuloso profesional que era, había vuelto a empezar de cero.

Esas mismas uñas le arrancaron un ojo, y acto seguido se hundieron en su boca y comenzaron a tirar del interior de la mejilla una y otra vez, en medio de un silencio escalofriante, interrumpido por los gemidos de Ron Mordecai.

Las comisuras de los labios del anciano cedieron y se rasgaron casi hasta las orejas.

El resto fue todavía peor.

71.

En el restaurante, la música mexicana creaba un alegre fondo sonoro y el olor a chile y especias acentuaba el ambiente festivo. Pero Gemma estaba muy preocupada. Conocía lo suficiente a Olivia para percibir el miedo en su tono de voz. Y el modo en que se había cortado la llamada no hacía más que confirmar la urgencia que había intentado transmitirle la madre de familia.

Los chicos no entendían por qué había que marcharse a toda prisa, así que casi tuvo que empujarlos hasta la salida. Adam, que se había unido a ellos después de llamarla para saber qué hacía, se le acercó y le dijo:

—¿Es por mí?

—No, pero deberías irte a casa. ¡Chicos, al coche, rápido!

—Pero Gemma... —protestó Chad—. ¡Con lo bien que estábamos!

—Es verdad —terció Connor—. Para una vez que podemos relajarnos... ¡Y anda que no nos hace falta!

Corey, que sabía descifrar los tonos de voz de su hermana, se lo tomó más en serio.

—¿Algún problema, Gem?

—Olivia quiere que volvamos. Pasa algo, lo presiento.

Adam le cogió por la muñeca.

—¿Te puedo ayudar?

—No. Lo siento... Te llamaré.

Tras aquellas palabras nadie volvió a rechistar, y saltaron al Datsun, que se puso en marcha a la primera. La puerta de atrás se abrió en el último momento, y Adam empujó a Connor para que le hiciera sitio.

—Voy con vosotros. ¡Si tienes problemas, no pienso dejarte sola! —dijo casi con solemnidad.

La presencia de Adam debería haberla alegrado, pero Gemma no tenía ni

hormigueos en la nuca ni mariposas en el estómago, solo la agobiante sensación de que no había tiempo que perder. Mientras maniobraba para salir de su plaza de aparcamiento, todas las luces de la calle se apagaron a la vez, los cables chisporrotearon en lo alto de los postes eléctricos, el motor se calentó y el tablero de mandos se quedó a oscuras.

—¡Guau! ¿Qué ha sido eso? —preguntó Chad alarmado en el asiento de atrás.

—Esto no me gusta nada —murmuró Corey, sentado delante, al lado de su hermana—. Vuelve a arrancar.

Gemma hizo girar la llave, pero de debajo del capó no salió ningún sonido, ni siquiera el inicio de un contacto. Volvió a intentarlo una y otra vez, hasta que Connor se inclinó sobre ella y le sujetó el brazo para que parara.

—No te molestes, tu carro la ha palmado, como lo demás. Mirad fuera: todo muerto. Es un apagón general.

—¿Qué... qué... vamos a hacer? —farfulló Corey.

—Regresar andando —respondió Chad abriendo su puerta.

—¡No, vuelve a cerrar! —le ordenó Gemma—. Lo mejor es que nos quedemos aquí. En el coche estaremos protegidos.

—¿Protegidos contra qué? —rezongó Connor—. Como sean las Eco, ¡no tendrán ningún problema en encontrarnos!

—¿Las qué? —preguntó Adam, desconcertado—. ¿De qué habláis? ¿Sabéis lo que pasa?

Aturullada por el parloteo de unos y otros, Gemma ignoró al adolescente y le replicó a Connor:

—¿Y por qué han de ser las Eco? Probablemente no sea nada, alguna avería eléctrica. Además, el coche es una jaula de Faraday, no tenemos nada que temer.

—¿Una qué?

—Repasa las lecciones de Física, Corey —lo reprendió Gemma.

—A mí la palabra «jaula» no me gusta nada —dijo Connor—. Yo voto por salir.

—¡Y yo! —se sumó Chad—. ¿Corey?

—Pues...

—¡De aquí no se mueve nadie! —ordenó Gemma.

Pero Corey empezaba a agobiarse en el habitáculo, y cedió a la presión de sus amigos.

—De acuerdo, chicos.

—¡Mayoría! —exclamó Connor, y saltó a la acera.

—¡No, esperad! —les pidió Gemma. Pero no tuvo más remedio que seguirlos—. ¡Volved al coche, por favor, es más seguro!

—¿Y cómo lo sabes? Si mi madre quería que volviéramos enseguida, eso es lo que tenemos que hacer. Si nos damos prisa, llegaremos en poco más de media hora.

—¿Y si nos cae encima una de esas Eco? —objetó Corey.

—No son ellas.

—Le daremos la bienvenida —declaró Connor con orgullo tirando del asa de su mochila, de la que no se había separado en todo el día.

Adam estaba bajando del coche. No entendía nada.

—Oye, ¿os importaría explicarme qué es lo que pasa? Si queréis, yo vivo cerca de aquí. Quizá las líneas de teléfono fijo funcionen mejor. Podréis llamar a vuestros padres.

Con un atrevimiento que ni ella misma conocía, Gemma se arrojó al cuello de Adam y lo besó con fuerza. Una pulsión animal se despertó en su interior, pero la rechazó.

—Vuelve a casa —le dijo empezando a alejarse.

Adam vio que se marchaban y se apresuró a seguirlos. Cogió a Gemma de la mano.

—Si mi padre se entera de que te he dejado sola en la calle y a oscuras, me echará la bronca por no haber hecho lo que tenía que hacer, y con razón.

—No está sola —se burló Connor.

Chad inició la marcha calle adelante. Sus ojos no tardaron en habituarse a la penumbra, y al cabo de un rato la luna creciente les bastaba para orientarse. En las casas, la gente se asomaba a los balcones, y los transeúntes se miraban sin entender lo que ocurría. Había quien se lo tomaba con filosofía o humor y quien estaba al borde de la histeria, pero lo que preocupaba a casi todo el mundo era la falta de cobertura de los móviles, hasta que los gritos saturaron las líneas y empezó a cundir el pánico. Poco a poco la calle se vació, todos se apresuraron a volver a sus casas. En algunas casas, cuyos propietarios habían tenido la previsión de hacer acopio de bombillas, reapareció la luz. Al menos volvía a haber corriente, se consoló Gemma, aunque las farolas tendrían que esperar la intervención de los servicios municipales para volver a funcionar.

Las auroras boreales, que aparecieron casi de golpe, dejaron embelesados a

los adolescentes, inmóviles en mitad de la calzada.

—¡Qué locura! —exclamó Connor quitándose la gorra para admirarlas mejor.

—Ya veis que no son las Eco, sino un fenómeno natural —dijo Gemma.

—Parecen fantasmas del espacio —comentó Chad.

—Vamos, no os quedéis en medio de la calle.

Connor se encogió de hombros.

—¡Si no hay coches! ¿Qué puede pasarnos?

En Second Street, justo a su izquierda, una ventana estalló en mil pedazos, y un hombre cayó desde un tercer piso y se estrelló contra el asfalto con un ruido seco, como un gran montón de ropa mojada.

—¡Dios! —exclamó Chad.

—¿Está muerto? —farfulló Corey.

—¿Bromeas? Se ha partido la cabeza... —dijo Connor estupefacto.

—Larguémonos —propuso Chad—. Esto tiene mala pinta.

Adam permanecía inmóvil, incapaz de apartar los ojos del macabro espectáculo. Gemma le tiró de la mano.

—¡Vamos!

Las palabras se amontonaban en la boca del chico, pero no conseguían escapar de sus labios. Tartamudeaba y se tambaleaba.

Ahora Gemma ya no estaba tan convencida. Connor tenía razón. Comprendió que había negado la evidencia por miedo. Tal como había pronosticado Martha Callisper, las Eco estaban atravesando el espejo de dos caras entre los dos planos para penetrar en el suyo.

Casi como si quisiera espabilarse a sí misma, le dio una bofetada a Adam, que, atónito, volvió a la realidad.

—¡Ahora, sígueme! —le ordenó.

Los gritos empezaron en algunas casas de Oldchester. A estos, les sucedieron otros más al norte, en Main Street, y los adolescentes, que empezaban a estar asustados de verdad, apretaron el paso. Ahora ninguno tenía ganas de reír o de extasiarse ante el espectáculo de las auroras boreales. Todos seguían viendo a aquel hombre que manoteaba en el aire mientras caía, antes de estamparse contra el suelo. El ruido del impacto aún resonaba en sus oídos.

De cada esquina surgían una o dos personas corriendo despavoridas. Algunas lloraban; otras parecían a punto de hundirse en la catatonía o la

locura. Incluso vieron a un hombre con una escopeta, esprintando en dirección a Oldchester.

—¡Escondeos, chicos! —les gritó un negro alto que salió corriendo como un loco de un edificio bajo—. ¡Esto está lleno de putos monstruos!

Un poco más adelante se abrió una puerta, y una anciana los invitó a refugiarse en su casa, pero Gemma rehusó. Lo poco que distinguió en la penumbra no la tranquilizó, y además tenían que llegar a la Granja cuanto antes. Los padres de Chad sabrían qué hacer.

Ahora se oían gritos y disparos por todas partes. Era una especie de extraño apocalipsis, sin chirridos de frenos ni sirenas, sin más luz que el diáfano resplandor de las auroras. Solo los seres humanos y sus silenciosos verdugos.

De pronto, la masa del complejo escolar se perfiló a la izquierda, al fondo del parque que lo rodeaba. Al verlo, el grupo aflojó el paso de manera instintiva. Recordaban lo que acechaba en sus profundidades, y que había intentado matarlos.

—¿Damos un rodeo? —les susurró Chad.

Connor lo detuvo y señaló con el dedo los sauces, que se balanceaban suavemente en la brisa nocturna.

Unas siluetas altas y flacas se deslizaban en fila india a unos centímetros del suelo. Eran muy parecidas a las sombras de los árboles, pero no se correspondían con nada: tenían vida propia, y avanzaban con decisión hacia la tapia de piedra que rodeaba el parque.

—¿Qué es eso? —preguntó Adam, incrédulo.

—Di... diría que nos están mirando —balbuceó Corey.

Las siluetas atravesaron la tapia como si no existiera y se definieron apenas bajo la luz de la luna: gigantescas figuras delgadas con los miembros anormalmente largos, sin piel ni cabello, como manchas de tinta en movimiento.

—¡Vienen hacia aquí! —exclamó Chad reculando.

Al menos una veintena de aquellas criaturas avanzaba en línea recta hacia ellos.

—Son demasiadas para hacerles frente —constató Connor.

Gemma los hizo retroceder a todos, y echaron a correr por donde habían venido, sin saber siquiera qué dirección tomar: solo querían irse de allí lo más lejos y lo más rápido posible. La chica echó un vistazo a su espalda y comprobó que las Eco los perseguían y estaban cada vez más cerca.

—¡Más deprisa! ¡Vamos!

En la primera esquina, estuvieron a punto de chocar con un adolescente fornido y cubierto de tatuajes, algo mayor que ella. Gemma reconoció a Tyler Buckinson, el compinche de Derek Cox, quien, tras insultarlos, reemprendió la carrera hacia el complejo escolar.

—¡No! ¡Por ahí no! —le advirtieron Connor y Chad.

Pero Tyler hizo oídos sordos y siguió corriendo en dirección a las Eco. Cuando las vio, dio un traspié, rodó por el suelo y retrocedió a cuatro patas, aterrorizado. Rápidas como flechas, dos de las sombras se separaron fuera de la fila, y cuando llegaron hasta él, empezaron a borbotear y a adquirir consistencia, como si estuvieran haciéndose reales, y lo levantaron en el aire hacia a lo que les servía de boca en el nebuloso cráneo, que parecía deformado por dos fuerzas gravitatorias opuestas, la de la tierra y la de algún otro lugar del firmamento. Tyler sufrió unos estertores insoportables, que se mezclaron con el sonido de sus huesos al partirse, y el de la sangre que empapaba el asfalto.

Pero los adolescentes no lo vieron. Habían torcido en el cruce y enfilaban Main Street a toda velocidad.

Gemma se sentía superada por el pánico, estaba perdiendo el control. No tenía ningún plan, ninguna solución para proteger a los chicos, y no estaba segura de que los nervios fueran a permitirle seguir jugando al ratón y al gato con aquellas criaturas pisándoles los talones.

El caos se había apoderado de Main Street. Hombres y mujeres salían despavoridos de las casas y corrían en todas direcciones en busca de refugio; otros intentaban en vano poner en marcha sus vehículos o se guarecían en un rincón, abatidos; algunos se peleaban entre sí, y los adolescentes vieron bates de béisbol y palos de golf, pero también armas de fuego y cuchillos.

En la penumbra era difícil apreciar claramente lo que pasaba, aunque, en algunas zonas más oscuras, Gemma distinguió movimientos súbitos y breves, brazos que surgían de la nada y se apoderaban de una anciana trastornada, o de un vigoroso treintañero que intentaba escapar de otro peligro que Gemma no podía identificar. La gente desaparecía de golpe, engullida por aquellos tentáculos casi invisibles, sin el menor ruido, salvo unos cuantos crujidos siniestros, como ahogados por una gran cantidad de líquido.

Un poco más abajo, justo delante de la juguetería, se oyó un tableteo, y un individuo trepó al capó de una camioneta y recargó una metralleta automática.

—¡Trágate esto! —gritó a pleno pulmón, vaciando otro cargador sobre el escapate, que estalló en mil pedazos.

Una especie de liana negra se enrolló alrededor de su tobillo, lo derribó violentamente y lo arrastró hacia la tienda entre los fragmentos de cristal y los juguetes que sembraban el suelo. El hombre seguía disparando pese a la sangre que le manaba de la sien, hasta que desapareció al fondo del establecimiento, donde los tiros cesaron.

Tres individuos corrían escondiéndose de coche en coche, mientras algo que parecía un mancha de aceite los perseguía deslizándose bajo los vehículos mucho más deprisa que ellos. Al darse cuenta se apresuraron a entrar en la galería comercial donde habitualmente vendían chucherías a granel, ropa de marca sin etiqueta y los bañadores más bonitos de toda la costa, y tras lanzar unos alaridos indescriptibles, callaron de golpe.

Adondequiera que mirara Gemma, la gente que huía parecía de un modo horrible, fuera a donde fuese, intentara lo que intentase.

Chad la agarró del brazo para obligarla a mirar a su espalda.

La hilera de sombras que los perseguía estaba en medio de la calle y avanzaba hacia ellos a toda velocidad, flotando sobre la calzada. Algunas adquirían consistencia y apoyaban sus largas piernas en el suelo para preparar su ataque.

Gemma respiraba con dificultad, el corazón le martilleaba los tímpanos, y ya no sabía qué hacer, aterrorizada por la idea de la muerte.

—Oye, Chad, ¿no dijo tu padre que esos fantasmas utilizan las ondas para desplazarse? —preguntó Connor.

—Sí...

Connor chasqueó los dedos.

—¡El cine! —exclamó—. ¡Tienen un inhibidor!

—¡Si no hay corriente! —replicó Corey, aterrado.

Gemma vio un atisbo de esperanza y se aferró a él.

—¡Sí, ha vuelto! —dijo acordándose del puñado de ventanas iluminadas que habían visto en Oldchester.

La marquesina blanca con letras negras del cine estaba a más de doscientos metros. No había tiempo para dudas. Gemma tomó la delantera y, agachando la cabeza por si acaso, comenzó a deslizarse por detrás de los coches aparcados en Main Street, con los chavales detrás. Hasta Adam se sumó al plan, aunque ya no estaba en condiciones de pensar.

Un traqueteo regular les hizo levantar la cabeza. Vieron una silla de ruedas descendiendo por la calle, con un hombre un poco grueso sentado en ella. Su cara ya no era más que una oquedad sanguinolenta.

—¡Espabilad! —exclamó Connor.

Habían recorrido la mitad del trayecto cuando una voz casi imperceptible los llamó desde la cristalera abierta de un restaurante.

—¡Chiss! ¡Por aquí!

El interior del establecimiento estaba demasiado oscuro para distinguir nada. Gemma, que se había detenido, dudó.

—¡No, sigue! ¡Al cine! —le susurró Connor.

—¡Venid! —repitió la voz.

Al sentir la presión de las manos de los chicos en la espalda, Gemma reanudó la marcha.

—¡No! —insistió el desconocido desde el restaurante—. ¡Conseguiréis que os maten!

Trecho a trecho, se acercaban a su objetivo y Gemma empezaba a pensar que quizá lo lograrían. Lo que hicieran después importaba poco. Cuando estuvieran a salvo, podían esperar allí tranquilamente hasta que amaneciera, o incluso hasta que la Guardia Nacional se presentara en Mahingan Falls. Era lo de menos, una vez hubieran dado esquinazo a las criaturas.

El jefe Lee J. Warden caminaba estupefacto por Main Street. Gemma iba a llamarlo para decirle que se pusiera a cubierto, pero una Eco apareció justo delante de él. La sombra nebulosa se adensó y una entidad concreta, probablemente un cuerpo, cobró forma en el interior de la nube de tinta flotante, hasta transformarse en una silueta con los brazos y las piernas extrañamente largos.

Warden no daba crédito a sus ojos. Inclino la cabeza y extendió la mano para tocar aquella presencia de casi tres metros de altura. La Eco se inclinó a su vez para olisquearle los dedos, y la mano desapareció en la sombra. De pronto, el rostro del jefe de policía se desencajó, y Warden empezó a gritar. Tiró del brazo una y otra vez, incapaz de apartarlo, hasta que las enormes garras de la Eco lo atrajeron hacia sí. Warden se debatía y buscaba el arma en su cinturón, pero aquella cosa lo retorció como un niño que dobla una ramita. Cuando cerró lo que parecía ser su boca sobre la parte superior del cráneo de Warden, se oyó un ruido horrible, semejante a la cáscara de un grueso huevo rota de un golpe de cucharilla, y el jefe de policía gritó aún más fuerte, antes

de que la Eco se lo tragara.

Gemma no esperó el final de aquella siniestra visión. Echó a correr hacia la entrada del cine.

La acera estaba cubierta de desechos. Había cristales por todas partes, pero también objetos de lo más diversos: manojos de llaves, móviles, bolsos... Sin embargo, lo que más impresionó a los adolescentes fueron las prendas de ropa apilonadas. Sobre todo cuando estaban empapadas de sangre.

Chad estuvo a punto de pisar un dedo. Un dedo humano, arrancado de cuajo. Lo apartó con la punta del pie, horrorizado.

Un movimiento a su izquierda le hizo volverse, a la defensiva. Igual que Connor, llevaba un mechero en una mano y en la otra una pequeña bomba hecha con un globo al que le habían pegado con celo un petardo que tenía la mecha cortada al ras. Las habían preparado con mucho cuidado al salir de clase, antes de ir a la biblioteca, por si las moscas.

Vio la entrada de un edificio de dos plantas cuya puerta yacía en el suelo. El portal, estrecho, con la escalera a un lado, estaba en penumbra, pero a Chad le pareció entrever a alguien escondido en el interior.

El desconocido se movió y olfateó el aire en su dirección.

—Avanza... —dijo Corey detrás de Chad.

La sombra se irguió hasta alcanzar casi los tres metros de altura y saltó fuera de su escondite para apoderarse de Chad. Corey agarró a su amigo, más por miedo que por reflejos, y los dos chicos cayeron al suelo en el instante en que los tentáculos de la sombra azotaban el vacío.

Connor encendió el mechero con el pulgar, prendió la mecha y lanzó la bomba artesanal al interior del edificio. El globo explotó y roció de gasolina a la sombra. Al estallar el petardo, la gasolina se incendió con un silbido seco, y una forma vagamente humana empezó a contorsionarse y a emitir intensos alaridos guturales.

Chad y Corey ya se habían levantado y corrían junto a sus amigos. Iban a tal velocidad que sus zapatillas apenas rozaban el suelo.

Gemma fue la primera en llegar al cine y tirar de la puerta, que no estaba cerrada con llave. Al fin les sonreía la suerte.

Chad y Corey entraron los primeros, seguidos por Adam y Connor, que cerraba la marcha con otra de sus bombas en la mano. Cuando los cuatro chicos estuvieron dentro, Gemma dio un paso para entrar a su vez, pero la puerta se cerró ante sus narices con tal violencia que la hizo tambalearse.

A través del cristal, los cuatro chicos la vieron salir disparada hacia atrás, mientras una fuerza prodigiosa la alzaba por los aires.

En su precipitación por auxiliarla, Corey y Connor chocaron el uno contra el otro.

El rostro de Gemma pasó de expresar estupor a reflejar un terror incontenible.

Una flor oscura desplegó a su alrededor sus pétalos de muerte, que volvieron a cerrarse sobre ella y ahogaron su grito para siempre. Un frío paralizante la envolvió. Luego, una presión atroz hizo estallar sus órganos, mientras sus huesos se astillaban y le desgarraban la carne. No le dio tiempo a pensar en su hermano o en su madre, ni siquiera en sí misma, porque la nada se la tragó de golpe.

Un fluido viscoso empezó a gotear sobre la calzada.

Conmocionado, Adam se desvaneció y cayó al suelo.

Corey gritaba. Quiso abrir la puerta y salir, pero Connor lo sujetó, ayudado de inmediato por Chad, y sin saber cómo, en medio de un caos de llantos y gemidos, lograron que subiera la escalera y entrara en la gran sala de cine.

Dentro reinaba una densa tiniebla.

Connor iluminó con el mechero unas cuantas butacas vacías a su alrededor.

No se oía nada, salvo sus sollozos y sus hipidos.

Ni siquiera sabían si el inhibidor del cine seguía funcionando. Y menos aún si estaban solos.

72.

—¿Pichoncito? —llamó la voz gangosa de Lena Morgan—. ¿Has sido tú quien ha hecho que se apague todo?

Lena se había puesto una mascarilla regeneradora y se había ido a la cama temprano. Ese día no se había visto buena cara. Se sentía floja y tenía las facciones más cansadas de lo habitual. En cuanto pudiera volvería a visitar a su cirujano de Boston para que le pusiera otra tanda de inyecciones de bótox. Estaba hojeando una de sus revistas de famosos favoritas en el iPad cuando todo había dejado de funcionar.

LDM estaba abajo, viendo un partido de béisbol, baloncesto o lo que fuera, a ella le daba igual, salvo cuando lo necesitaba.

—¿Pichoncito? ¡Pichoncito!

Sabía que la oía. La casa era grande, pero no tanto, y todas las puertas entre el dormitorio y el salón estaban abiertas. O había ido a ver qué pasaba o se hacía el sordo. ¡Aquella manía suya estaba empezando a hartarla! Era perfectamente capaz de oír a sus amigos cuando murmuraban cochinadas al paso de una chica guapa, pero si lo llamaba ella, según de qué humor estuviera, podía llegar a hacerle repetir su nombre diez veces. Era intolerable.

—¡LDM! —bramó, esta vez sin la menor dulzura.

Una sombra cruzó la puerta, que se abrió todavía más.

En la moqueta había algo acercándose al pie de la cama.

—¿LDM? ¿Qué tramas?

En el extremo del lecho, el edredón empezó a levantarse y Lena adivinó sus intenciones.

—¿Tenías que cargártelo todo para jugar a los apagones conmigo? Llevo una máscara de belleza, pichoncito. Y no me he puesto la crema, ya sabes, para la sequedad íntima... Cuando quieras hacerlo, tienes que avisarme...

Esas cosas se preparan, ¿lo has olvidado?

Debajo del edredón, el bulto era cada vez más grande; pero Lena siguió hablando en el mismo tono.

—Tú eres un hombre, para ti es muy fácil. Basta con que pienses en ello para que tu cuerpo responda al deseo. Pero recuerda que nosotras, las mujeres, tenemos un organismo más caprichoso. ¿Me estás escuchando, pichoncito? — Lena encogió las piernas bruscamente—. Dios mío, pero ¿de dónde vienes? ¡Estás helado! —el bulto se le acercaba despacio—. ¡Basta, LDM, he dicho que no! ¡Para empezar, date una ducha bien caliente!

La fuerza con que le sujetaron las rodillas la dejó tan estupefacta que no fue capaz de gritar.

El frío le subió por el cuerpo, y al instante el camisón se le cubrió de escarcha.

Sus muslos se separaron con tal violencia que le crujió la pelvis.

Luego, una masa aplastante se tendió sobre ella y la penetró con tal brutalidad que el dolor la electrizó hasta la base del cráneo.

Sintió que algo se derramaba dentro de ella e iba hinchándose e hinchándose... Gritó como nunca había gritado en su vida. Su interior explotó casi de inmediato. Lena se habría retorcido de dolor, pero la masa glacial que estaba tumbada encima de su cuerpo se lo impedía. Solo veía una nube de sombra, aunque sentía una presión descomunal.

Y aquello continuaba llenándola, comprimiendo lo que quedaba de sus órganos genitales y apretando su vejiga, que acabó estallando, poco antes de que el empuje le destrozara el estómago y los intestinos.

Lena había dejado de vociferar. Estaba más allá de los gritos.

Lo que salía de su boca ya no era humano.

73.

Diminutos entre los árboles centenarios, apenas tres gotas de agua en aquel océano vegetal, avanzaban en zigzag, llenos de esperanza y de miedo. Ethan no podía evitar enfocar con la linterna a todas partes al menor ruido, ni Owen ni Tom intercambiar una sonrisa de complicidad cada vez que lo hacía.

Caminaban deprisa, al principio por el sendero que desplegaba su franja de tierra desde el fondo del jardín de los Spencer. Luego, Owen lo había abandonado y los había guiado a través del bosque, donde habían tenido que aflojar el paso. Evitar los arbustos más frondosos o las rocas que apenas asomaban en el suelo mientras bajaban la cuesta requería cierta concentración, sobre todo en la oscuridad. Allí, bajo el espeso follaje, ni la luna ni las auroras boreales —que no obstante habían podido admirar unos instantes— iluminaban el accidentado y traicionero terreno.

Los enormes troncos se extendían hasta el infinito, y la noche había borrado todos los colores. Solo quedaba un bosque grisáceo en cuyo vientre se agitaba una fauna invisible que se ocultaba en las alturas, se enroscaba entre las raíces o hacía estremecer los helechos.

Dejaron atrás un macizo de zarzas, juncos, tocones y ramas de más de cinco metros de altura, vestigio de un antiguo corrimiento de tierra, enorme e inextricable sarcófago por el que hasta a la luz le costaba abrirse paso, y más adelante Owen les hizo desviarse hacia el oeste. De vez en cuando titubeaba y buscaba puntos de referencia, difíciles de encontrar en semejantes circunstancias.

—Tómate tu tiempo —le decía Tom.

Pero el tono de su voz, que pretendía ser tranquilo, evidenciaba que no lo tenían. Tom estaba muerto de preocupación. Por su mujer, por sus hijos.

El sudor les resbalaba por la frente y los riñones cuando llegaron a un lecho

rocoso por cuyo fondo se deslizaba un tímido hilillo de agua.

—Estamos a la entrada del barranco —anunció Owen—. Unos diez metros más y no tendremos nada que temer de las ondas durante un cuarto de hora.

—No veo ninguna pared —observó Tom, extrañado.

—Pues están ahí, detrás de los árboles. Con la oscuridad no las puedes distinguir.

Ethan se impacientaba.

—Vamos. La subida al monte Wendy llevará tiempo.

El teniente se reprochaba muchas cosas. La lista de todo lo que le habría gustado hacer antes de que el apagón los aislara aumentaba minuto a minuto. No había estado a la altura. No había sido lo bastante diligente y perspicaz. «Deja de autoflagelarte, no es el momento.»

Soltar a Alec Orlacher y su secuaz con la promesa de que irían directos al Cordón para reiniciar la señal había sido un error. Una tremenda ingenuidad. ¿Cómo había podido creer que el responsable de la empresa no aprovecharía la ocasión para poner tierra de por medio? «Tuve que decidir a toda prisa...»

Sin embargo, Orlacher había venido a eso... Había jugado limpio con él y había asumido su culpa. Entonces, ¿por qué no había contestado a sus llamadas? «Lo sabes perfectamente.»

Había que ponerse en lo peor.

«Pero quizá lo hayan conseguido, quizá no quede ninguna Eco en el pueblo...» Al fin y al cabo, ¿cómo iba a saberlo? Ellos ya habían recorrido buena parte del trayecto sin toparse con ninguna aparición...

—Sé quién está detrás de todo esto —murmuró, tras comprender que era el único que conocía la verdad.

Tom se detuvo.

—¿Desde cuándo?

—Me he enterado hace poco.

Tom lo animó a continuar, y Ethan le contó todo lo que sabía por boca de Alec Orlacher mientras subían la suave pendiente del barranco siguiendo a Owen, que los conducía por aquel territorio seguro.

—Prométame que no dejaré que quede impune —le rogó Tom cuando Ethan finalizó su monólogo.

—Le di mi palabra de que, si solucionaba el problema, no lo detendría. Pero lo hará Ashley. Orlacher pagará por sus actos. Él y todos sus secuaces. De repente, Owen echó a correr y Tom se asustó, hasta que lo vio ante una

choza de tablas techada con un toldo.

—Aquí es donde venimos cuando queremos estar tranquilos —dijo orgulloso.

Tom levantó el pulgar a modo de felicitación y reanudó su conversación con Ethan.

—En resumen, las Eco de Jenifael Achak y sus hijas estaban atrapadas en nuestra casa desde hacía tres siglos —dijo—, y ese canalla las ha liberado, a ellas y a todas las que se han acumulado desde la fundación de Mahingan Falls.

—Exacto. Incluso es posible que la brecha que abrió su amplificador haya atraído no solo a las Eco del pueblo, sino a las de toda la región, actuando como un imán o un catalizador. Orlacher me aseguró que su tecnología se focalizó exclusivamente en nuestro valle, pero yo no lo creo. Nada es tan limpio como a ese malnacido le gustaría creer. Con su maldito experimento les abrió una puerta hacia nosotros, y por un desafortunado cúmulo de circunstancias, las erupciones solares, al alterar el magnetismo de la tierra o influir en las corrientes eléctricas, les proporcionó una energía monstruosa para actuar.

Tom guardó silencio durante unos minutos. Encontraba aquello muy inquietante. La idea misma de que su familia hubiera podido vivir junto a los fantasmas de una mujer torturada por brujería y sus hijas, sin ni siquiera darse cuenta, era escalofriante. ¿Cuántas personas habría en el mundo conviviendo sin saberlo con espíritus incapaces de hacerse oír? En todas las ciudades y en el campo, en los cinco continentes, a lo largo de siglos e incluso milenios, se habían producido crímenes y tragedias; estas, a su vez, habrían generado innumerables Eco, errantes al otro lado de ese espejo de dos caras, desde donde asistirían impotentes al espectáculo de nuestras vidas terrenales, sintiendo crecer en ellas la frustración y el odio.

Estaban en todas partes. Sin ninguna duda.

Gary Tully había hecho todo lo posible por establecer un puente entre Jenifael Achak y él. ¿Por qué no lo había logrado nunca? ¿Y por qué en cambio el contacto con la casa parecía haber destruido a la familia de Miranda Blaine? Jenifael atacaba a las familias —como la que ella había perdido— e ignoraba lo demás. Era la única explicación.

Incluso sin la intervención de Orlacher y su empresa, tarde o temprano los Spencer habrían tenido que vérselas con la supuesta bruja.

En el mundo había lugares cargados de una ira tan intensa que bastaba para romper el espejo durante unos minutos en cada década, lo suficiente para permitir a los espectros más motivados golpear salvajemente.

Lo único que había hecho Orlacher era precipitar las cosas y amplificarlas hasta expandir el caos de una sola casa a todo un pueblo.

—Vamos a salir del barranco —les advirtió Owen.

Tom le hizo señas para que volviera junto a él.

—¿No va a encender el inhibidor, Cobb? —preguntó

—Hay que ahorrar batería hasta que sepamos lo que nos espera.

Zigzaguearon por el bosque, con la linterna de Ethan iluminándolos como un faro en la noche, mientras el viento agitaba las ramas altas. Luego llegaron al lindero, donde los oscilantes campos de maíz despleaban su rumorosa alfombra, y echaron a andar por el sendero de tierra que separaba los árboles del maizal. La masa del monte Wendy se perfiló al norte, recortada contra las auroras boreales.

Owen no paraba de mirar las plantas

—No te preocupes, no tendremos que meternos ahí —lo tranquilizó Tom.

—No sé si lo que nos espera es mejor —repuso Ethan—. Si la situación se vuelve, digamos, tensa, quédense detrás de mí.

—Era lo que pensaba hacer.

Tardaron otra fatigosa media hora en llegar a la estrecha carretera que partía del pie del monte Wendy, y apenas iniciada la ascensión ya les faltaba el aire.

La brisa nocturna los refrescó un poco, antes de que Tom se percatara del extraño silencio que los rodeaba.

—¿Se han fijado? Ya no se oye un solo ruido. Ni un insecto, ni una rapaz.

—Nos estamos acercando.

Tom tiró de Owen para que se arrimara a él.

Con los cinco sentidos alerta, vigilaban la carretera y las cunetas, sin olvidar echar un vistazo a sus espaldas de vez en cuando.

Un poco más arriba, en el primer tercio de la subida, vieron una furgoneta. Tenía las puertas abiertas de par en par y los faros y el motor apagados. Ethan reconoció el vehículo de Alec Orlacher y su jefe de seguridad.

Esta vez encendió el inhibidor, que llevaba sujeto al cinturón. Un piloto verde le indicó que funcionaba. Tenía la linterna en una mano; con la otra desenfundó la Glock. No sabía si las balas podrían con las Eco, pero el fuego

parecía repelerlas, así que no serían totalmente inútiles, y el peso del arma en la mano lo tranquilizaba.

Se acercaron con cautela, mientras Ethan apuntaba con la pistola a la zona de carga de la furgoneta.

Cuando la linterna iluminó el interior, se detuvo, sobrecogido.

—No se acerque más, Tom —advirtió con voz firme—. Y mantenga alejado a Owen.

—Ha dicho que el radio de acción del inhibidor es de tres a cuatro metros, así que no pienso despegarme de usted.

—Tápele los ojos al chico.

Era imposible saber qué pertenecía a Orlacher y qué a su guardaespaldas. Un amasijo de tejidos sanguinolentos cubría buena parte del suelo, como si alguien hubiera pasado a los dos hombres por una picadora.

La actitud de Tom cambió de inmediato.

—¡Hay que largarse ahora mismo! —exclamó.

—No, tenemos que subir, cortar la señ...

Tom apuntó con el índice a las estanterías metálicas, en las que se veían varios inhibidores portátiles, todos activados.

—¡Esos chismes no protegen de nada! ¡Hay unos cuantos, pero no han podido evitar la matanza!

Owen tiró del brazo de su tío.

—¡Se acercan!

Tom se asomó por una esquina del vehículo y comprobó que unas sombras bajaban la pendiente en su dirección a toda velocidad. De lejos se asemejaban a figuras humanas, pero flotaban en el aire sobre el asfalto, y sus extremidades, deformes y alargadas, parecían a punto de desprenderse del cuerpo. Oyó crepitar el aire, cargado de electricidad estática, y empezó a sangrar por la nariz, al igual que Owen y Ethan.

Las Eco caerían sobre ellos en menos de treinta segundos. Las había a decenas. Y eran demasiado rápidas para albergar la esperanza de poder escapar de ellas.

74.

De pie en el césped de una casa de Green Lanes, espalda contra espalda con Olivia y Zoey, Ashley acababa de poner en marcha el inhibidor y miraba a todas partes, al acecho del peligro.

—¿Las ve? —le preguntó a su compañera.

—No, pero percibo movimientos en el aire. ¿Podemos avanzar con el inhibidor encendido?

—Enseguida lo sabremos.

Olivia tiró a la vez de las dos correas del portabebés para mantenerlo recto y aliviar los hombros, y empezaron a andar sin cambiar de posición.

El ataque llegó desde el garaje abierto de una casa, cuando pasaban por enfrente. Tres afilados discos de sierra volaron silbando en su dirección, tan raudos y finos que eran casi invisibles. Pero justo en el último momento perdieron velocidad y precisión: el primero pasó muy cerca de Zoey, que seguía durmiendo, y cayó entre Olivia y Ashley; el segundo rebotó delante de ellas; y el tercero conservó la suficiente fuerza para alcanzar el blanco, pero en lugar de hundirse en el torso de la sargento penetró en su muslo hasta la mitad.

Ashley gritó e hincó una rodilla en el suelo.

La herida era profunda y la sangre resbalaba por la pierna de la agente.

En el garaje, una gran cantidad de objetos se desplomó al paso de alguien o algo. Olivia ya no sabía si ayudar primero a su compañera o concentrarse en vigilar para prevenir otros ataques.

—¡Dígame algo, Ashley! ¿Es grave?

—Más bien sí —respondió la sargento con una mueca—. Mierda... Cómo duele...

La agente herida gemía, pero la adrenalina la ayudaba a mantener la sangre

fría. Rasgó torpemente un jirón de la manga de su camisa e intentó sujetar el borde del disco, lo que le arrancó otro grito de dolor.

—Si me desmayo, coja el inhibidor, Olivia.

—¡No, no, no haga eso!

—No tengo elección.

Ashley tiró del disco de acero con todas sus fuerzas apretando los dientes para soportar el dolor. El círculo dentado cayó al suelo con un tintineo, y Ashley taponó la herida con el trozo de tela. Estaba empapada en sudor y respiraba desacompasadamente, pero no había perdido el conocimiento.

—Creía que este chisme iba a protegernos —gruñó tras comprobar que el inhibidor seguía encendido.

—Lo ha hecho. De no ser por él, los discos nos habrían cortado en rodajas

—Olivia seguía vigilando, en particular el oscuro garaje. Sentía que el peligro no había pasado—. ¿Puede caminar?

—Tendré que hacerlo. Ayúdeme a levantarme.

Olivia la sostuvo y le arrancó la otra manga del uniforme para confeccionar una venda y ceñirla alrededor del muslo. La sangre la tiñó antes de que acabara de anudarla, y Olivia comprendió que la herida era demasiado profunda para conseguir detener la hemorragia tan fácilmente. Iba a decírselo cuando vio en sus grandes ojos que la sargento lo sabía. Sabía lo que eso significaba. Sin embargo, agarró una correa del portabebés y tiró de Olivia.

—Cuanto antes nos vayamos, antes encontrará a su hijo.

La Eco del garaje se materializó junto a las bolsas de basura del camino de acceso, justo al lado de la puerta levantada, con la apariencia de una de aquellas siluetas de sombra con brazos y dedos desmesurados, alta y fluctuante, como un chorro de aceite en suspensión. En cuanto apareció, se abalanzó sobre Olivia con tal rapidez que a esta apenas le dio tiempo a pestañear.

No hubo contacto. Solo un rugido distorsionado, como si sonara bajo el agua. La sombra se había volatilizado a menos de tres metros de Olivia.

—¡El inhibidor! —comprendió Ashley—. ¡Venga! ¡Vámonos!

Sobresaltada, Zoey se despertó y rompió a llorar.

Olivia tenía el estómago en la garganta. Había estado a punto de morir y no había reaccionado, ni siquiera para proteger a su hija. Aquellas criaturas eran mucho peores de lo que había imaginado.

Mientras se alejaban, trató de calmar a Zoey acariciándole la mejilla, que

era lo único que podía hacer por el momento; pero la niña lloraba a lágrima viva, alertando de su presencia a toda la calle.

Ashley cojeaba mucho y apretaba los dientes a cada paso. No conseguirían llegar muy lejos. Tenían que buscar otra solución. Olivia examinó el entorno. Casas idénticas, y nadie a la vista. A lo lejos, las peticiones de auxilio se multiplicaban, acompañadas de alaridos, y a veces de disparos. Poco a poco, el pueblo se hundía en la locura.

Ashley tenía la pierna cubierta de sangre hasta el zapato, que dejaba una huella roja a cada paso.

La Eco volvió a cobrar forma justo delante de ellas y las atacó antes de que pudieran esquivarla.

Una vez más, al entrar en el radio de acción del inhibidor se disipó como un puñado de harina negra arrojado al aire, y de nuevo con un estertor subacuático.

El llanto de Zoey redobló.

La Eco volvió a la carga, esta vez desde un lado, y Olivia tuvo la sensación de que había conseguido penetrar en el radio, a tan solo dos metros de ellas.

—¡Cada vez se acerca más! —exclamó aterrada.

¿Cogía más impulso en su dimensión paralela, o su fuerza crecía minuto a minuto?

Al cuarto ataque se desintegró a unos centímetros de ellas, que notaron el halo glacial que la envolvía, y exhalaban una bocanada de aire helado.

—¡Ashley, nos va a alcanzar! ¿Qué hacemos?

Presas del pánico, eran incapaces de correr. Por un segundo, Olivia tuvo la tentación de arrancarle el inhibidor del cinturón a Ashley, abandonarla a su suerte y salir huyendo, pero ahuyentó esa idea. Ella no era así. Nunca lo había sido.

«Piensa en Zoey...»

Luchando consigo misma, Olivia sacudía la cabeza.

La Eco volvió a corporeizarse entre los setos recortados que separaban dos jardines.

Ashley se aferró a la mano de Olivia.

La Eco se deslizó dos metros hacia ellas, pero cuando se disponía a saltarles encima se quedó inmóvil.

También Olivia había oído el ruido que la había distraído. Mapple Street arriba, un joven observaba la escena agachado junto a un coche. Olivia pensó

en aprovechar la ocasión para huir y calculó sus posibilidades. Si la Eco se lanzaba sobre aquel desventurado, podían arriesgarse a alcanzar la siguiente calle, confiando en que no las persiguiera.

«Pero Ashley no está en condiciones de...»

La Eco vibraba. Un murmullo grave, como el que harían muchas voces cuchicheando unas con otras. ¿Dudaba?

—¡Corra hasta nosotras! —gritó Ashley—. ¡Si quiere vivir, corra!

El chico se lanzó a la carrera en el momento en que la Eco se abalanzaba sobre él y se cruzó con ella sin rozarla. Corría con tal rapidez y agilidad que parecía capaz de llegar junto a ellas. Pero la Eco volvió a erguirse a sus espaldas.

—¡Deprisa! —lo animó Ashley.

Olivia estaba muda. Lo había reconocido.

Derek Cox.

La inercia lo proyectó contra Ashley, y los dos rodaron por el suelo.

Al instante, Olivia se percató de que no solo había dejado de estar lo bastante cerca de Ashley para que el inhibidor la protegiera, sino que además el aparato se había desprendido del cinturón de la agente y estaba tirado en medio de la calle.

Se le erizó el vello de la nuca mientras un sonido de bajos profundos llenaba el aire. Zoey soltó un agudo chillido, y la sombra las rozó.

En el suelo, las piernas de Ashley Foster describieron un movimiento horrible: se doblaron en el sentido contrario a las articulaciones, hasta que los pies se juntaron con los muslos y estos se aplastaron contra el pecho de la joven, al tiempo que los brazos se partían a su espalda. Un chorro de sangre brotó de sus labios, los ojos se le salieron de las órbitas y una terrible sacudida agitó por última vez su cuerpo machacado.

Olivia temblaba. Vio que la Eco que se cernía sobre Ashley se levantaba y supo que era su turno. Pero las piernas apenas la sostenían, no tenían fuerzas para impulsarla, para permitirle intentar huir.

Con el rabillo del ojo vio que Derek Cox miraba el inhibidor, y supo que lo cogería primero y que sería inútil intentar arrebatárselo, porque era mucho más rápido y fuerte que ella. Ágil como un gato, el chico rodó sobre sí mismo por la calzada y se apoderó del aparato, en el momento en que la Eco se volvía hacia ellas.

Derek miró a Olivia.

En sus ojos había tanta humanidad como en los fantasmas que asolaban el pueblo.

En ese momento, Olivia supo que iba a morir.

—Perdóname, Zoey —dijo.

75.

La llamita del mechero temblaba y crepitaba en la oscuridad del enorme patio de butacas.

Connor estaba en el pasillo central, luchando con su mente para dejar de ver y oír a Gemma en el instante en que aquella nube de tinta se la había tragado. Él quería vivir, a toda costa. Y sabía que eso implicaba asegurarse de que allí dentro estaban a salvo. No podía ver nada más allá del puñado de butacas que tenían cerca. Corey lloraba de tal modo que parecía al borde de una parada respiratoria, y Chad lo estrechaba contra sí, pero, conmocionado por lo que acababa de presenciar, era incapaz de decir una palabra.

Así que ahora todo el peso recaía sobre sus hombros. Y él era capaz de sobrellevarlo. Estaba acostumbrado. Algún día sería su trabajo, estaba seguro. Bombero, policía o militar. Una profesión que requiriera sangre fría y espíritu de sacrificio, pero también una buena dosis de inteligencia y valor. A veces le reprochaban que fuera tan impulsivo, pero él se consideraba más bien un tipo con decisión.

Y eso era lo que hacía falta ahora. No pasarse dos horas lamentándose y titubeando, sino asegurarse cuanto antes de que estaban solos y de que el inhibidor del cine seguía funcionando.

Connor bajó unos peldaños levantando el mechero por encima de su cabeza. Podía sentir la inmensidad de la sala y la altura del techo, aunque no lo viera. ¿Cómo se las iba a arreglar para explorar cada rincón? El mechero empezaba a recalentarse en su mano.

«Seré idiota...»

Aunque no hubiera cobertura, los móviles seguían conservando sus funciones normales. Sacó el suyo y lo puso en modo linterna. Un resplandor blanco mucho más potente que el de la llama le mostró de golpe una docena de

filas. Vacías.

Se volvió hacia la izquierda...

La tapicería roja, las gradas... Allí tampoco había nadie. Descendió a media altura y continuó con su inspección, inclinándose entre las filas para comprobar que no había nada escondido o tumbado en el suelo. Estaba en el centro de un círculo de claridad rodeado de tinieblas, y comprendió que había dejado a oscuras a sus compañeros. Aún podía oírlos respirar y sollozar. En sus mentes había tal caos que ni se habían dado cuenta, o les traía sin cuidado.

Connor iluminó las siguientes butacas.

Poco a poco, recobraba la confianza. No sabía cómo se sentiría cuando saliera de aquello, pero ya tendría tiempo entonces de venirse abajo. Ahora su instinto de supervivencia había tomado las riendas, y Connor se centró en eso.

Solo faltaba inspeccionar la parte inferior de la sala.

Mientras avanzaba, echó un vistazo dentro de su mochila y contó tres bombas de gasolina. La que había lanzado al portal del edificio había surtido efecto. Puede que no consiguieran matar a aquellas hijas de puta, pero, desde luego, no les hacían ni pizca de gracia. Con aquella munición y el inhibidor, tenía la esperanza de poder aguantar hasta que llegara ayuda. Y sería el ejército, seguro. El Gobierno enviaría todas las tropas de élite, y en dos o tres días Connor saltaría a las portadas de los periódicos en compañía de los demás supervivientes. Las cadenas de televisión emitirían sus declaraciones en bucle.

«¿Y si el Gobierno no manda a nadie?»

¡Qué estupidez! ¿Cómo no iba a actuar para salvarlos? Esa era su principal obligación: proteger a los ciudadanos.

Solo que esos ciudadanos contarían los horrores que habían vivido. Revelarían al mundo entero la existencia de los monstruos y los fantasmas y provocarían el pánico en la población de todos los países, y los gobiernos perderían el control. Sería el caos...

«No, qué tontería... No será para tanto.»

Había otra hipótesis a tener en cuenta. Puede que todo aquello fuera intencionado. En ese caso, el Gobierno no solo no enviaría tropas sino que no tendría ningún interés en hacerlo, puesto que sería el responsable de aquella mierda. Después de todo, alguien tenía que haber liado aquel pitote, y visto el calibre, ¿quién podía haberlo hecho aparte del Gobierno?

«Oh, Dios mío, esto no me huele bien... Si nos quedamos aquí, estamos

jodidos.»

Había que largarse de Mahingan Falls. Antes de que los bombarderos soltaran sus cargas incendiarias sobre todo el pueblo para erradicar el problema y el Gobierno se inventara un cuento chino para enterrar la verdad bajo toneladas de embustes.

Butacas vacías, allí también.

Connor bajó los últimos escalones e iluminó las filas delanteras, a la derecha y luego a la izquierda.

Cuando acabó, dejó escapar un largo suspiro.

«Por lo menos estamos solos.»

En un exceso de aprensión, se había imaginado que encontraría un cadáver repugnante desollado vivo o con la lengua arrancada y la tráquea, el esófago, el estómago y los metros de intestino desplegados de butaca en butaca, como una madeja desenrollada. Las Eco hacían ese tipo de porquerías.

Volvió a subir para reunirse con sus amigos.

No quedaba otra opción que convencerlos de que había que largarse antes de que el ejército lo hiciera saltar todo por los aires.

«Primero tienen que calmarse...»

Dejó el móvil alumbrándolos y se arrodilló para estar a su altura.

—Lo siento mucho —dijo, y le dio un abrazo a Corey y otro a Chad.

Y esperó.

Su burbuja de luz blanca parecía un batiscafo en el fondo de un abismo insondable.

Chad rompió el silencio al cabo de unos instantes. Tenía la voz rota por el dolor.

—¿Crees que Adam se habrá salvado?

—Se lo han merendado, ¿no?

—Nada de eso, estaba con nosotros en el vestíbulo. Se ha desmayado, creo.

—¿Abajo? ¡Mierda, entonces puede que aún esté vivo! ¡Hay que ir a buscarlo!

Chad miró a Corey, que seguía temblando, hundido en la desesperación.

—No está en condiciones.

—Entonces, quédate con él. Vuelvo enseguida.

Connor dejó la mochila en el suelo delante de Chad y sacó dos globos que sujetó por los nudos con una mano; con la otra cogió el mechero.

—¿Seguro que es buena idea?

—Si fueras tú, ¿te gustaría que te abandonaran? —Chad negó enérgicamente con la cabeza—. Quédate con Corey —dijo Connor antes de empujar los batientes de la puerta.

El bar, con su máquina de palomitas y las bebidas, estaba sumido en la oscuridad, y Connor tuvo que encender el mechero para confirmar que allí tampoco había nadie. El fogonazo iluminó la gastada moqueta y las paredes tapizadas. Avanzó a tientas unos metros y volvió a encender el mechero. Nuevo fogonazo. Los carteles de los estrenos de otoño reflejaron la llama. Connor recorrió el máximo de distancia posible antes de volver a alumbrarse. Fogonazo. La escalera que llevaba al anfiteatro. Desde allí arriba tendría una buena vista del vestíbulo. Se deslizó por ella sigilosamente, con una mano en la barandilla, hasta llegar al entresuelo. Las auroras boreales derramaban sobre la calle una claridad tenue, unas veces verdosa y otras azulada, que bastaba para distinguir las formas en el vestíbulo, al pie de la escalera.

Cerca de las puertas había alguien tendido en el suelo.

No podía creérselo. Con la precipitación, se habían olvidado de Adam. Pensaban que había muerto con Gemma.

Bajó con toda la cautela del mundo y, sin quitarle ojo a las puertas de cristal, se acercó al chico, que seguía inconsciente.

Fuera, la calle había recuperado la calma.

«Porque todo el mundo está muerto.»

Debía de haber un puñado de supervivientes escondidos aquí y allá, pero ahora que las Eco no tenían todo un rebaño que exterminar, podían dedicarse a la caza. Al ritmo que iban, antes del amanecer no quedaría ni un alma en Mahingan Falls.

Y por primera vez, Connor pensó en su madre.

«Estará bien. ¿Cómo no va a estarlo? Con lo miedica que es, se habrá escondido al primer disparo. ¡En cuanto ha saltado la luz, seguro! Estará acurrucada en un rincón de su cuarto, llamándome de todo porque no cojo el maldito móvil. Sí, eso es. Y cuando vuelva me pondrá a parir, me dirá que para qué me lo compró si cuando me busca no lo cojo.»

Salvo que no iba a volver. Por lo menos de momento. Y no estaba muy convencido de sus suposiciones. Pero como le permitían mantener a raya sus emociones, se obligó a creer en ellas, al menos un poco, al menos un rato.

Le puso dos dedos en el cuello a Adam y le buscó el pulso, que encontró tras varios intentos.

«¡Has salido de esta, cabroncete!»

Había tenido más suerte que Gemma. La vida era terriblemente injusta. ¿Por qué ella, que era genial, en vez de Adam, al que apenas conocían?

«Pensar eso está feo. Debería darte vergüenza.»

Connor lo sacudió para despertarlo, pero tuvo que insistir durante un minuto largo antes de que Adam se espabilara, al principio lentamente, y acabara volviendo a la realidad, aterrorizado. Connor le tapó la boca con la mano para impedir que gritara y se volvió hacia las puertas para comprobar que no había nadie.

Adam estaba en estado de shock, y Connor temía que le diera un ataque o tuviera una reacción violenta.

—¡Eh! Concéntrate en mí —le dijo, y chasqueó los dedos delante de sus pupilas dilatadas—. ¡Aquí, aquí! Vuelve con nosotros, Adam. Soy yo, Connor. Tienes que reaccionar, colega, o no durarás mucho.

—Gemma...

Connor asintió.

—Sí. Esas cabronas la han pescado.

Al oír esas palabras, Adam vomitó un chorro de bilis sobre sí mismo y sobre la moqueta, y Connor tuvo el tiempo justo de apartarse.

—Ven conmigo, allá arriba estaremos más seguros que aquí —le dijo dándole unas palmaditas en la espalda—. Pero no podemos entretenernos. Tienes que ayudarme a convencer a los otros de que debemos irnos.

—¿Irnos adónde?

—Lejos. Antes de que el ejército lo arrase todo.

76.

La horda de rabiosas Eco se deslizaba pendiente abajo, directa hacia la furgoneta donde se encontraban Ethan, Tom y Owen. Tal como atestiguaban los inmundos restos de Alec Orlacher y su guardaespaldas, los inhibidores del interior no bastarían para detener semejante oleada.

Tom echó un vistazo al precipicio. Intentar bajar por allí implicaba una muerte segura. Correr tampoco les permitiría escapar, en vista de la rapidez con que se desplazaban las Eco.

Solo quedaba la lucha.

Desesperada.

Habían pecado de ingenuos. Creer que bastaba con subir a la cima del monte Wendy para solucionar el problema...

Un ejército de monstruos pululaba bajo el Cordón, santuario de su venida a la tierra. Allí era donde se había abierto la grieta entre los dos planos paralelos, allí era donde, aprovechando la potencia que les había proporcionado una tecnología instalada en secreto por OCP, aquel enjambre se había congregado para tomar posesión de la señal emitida desde la gigantesca antena.

De todas las señales, en realidad. Saltando de una a otra.

Sí, pensó Tom con amarga ironía, habría bastado con llegar a la cima, entrar en el Cordón y arrancarlo todo para privarlas de su energía, para darles con la puerta en las narices. Solo que no era tan fácil penetrar en el interior de una colmena.

Habían sido tan ingenuos...

Y lo iban a pagar caro.

Tom puso sus manos sobre los hombros de Owen y lo apretó contra sí para evitarle ver la muerte que se cernía sobre ellos.

—¡Hay que encender una hoguera! —exclamó el adolescente, lleno de esperanza—. ¡No les gusta el fuego, puedo que eso las aleje de momento!

—No tenemos combustible ni tampoco tiempo...

—¡A la furgoneta! —ordenó Ethan—. ¡Sube, Owen!

—Los vehículos no funcionan, Ethan.

Pero el teniente empujó bruscamente a Tom y a su sobrino hasta la parte delantera del vehículo y lanzó literalmente al chico al asiento del copiloto.

Ahora las Eco solo estaban a treinta metros.

—Ayúdeme a orientarla hacia la pendiente —le pidió Ethan.

Tom comprendió lo que pretendía hacer. Era una locura, pero no tenían otra opción, así que el padre de familia apoyó las dos manos contra el marco de la puerta y empujó con todas sus fuerzas.

Al otro lado, Ethan hizo girar el volante para volver las ruedas en la dirección adecuada y empujó a su vez.

Las Eco rugían, cada vez más cerca.

La furgoneta se movió, al principio solo unos centímetros, y luego, cuando los dos hombres hicieron el máximo esfuerzo, giró lo suficiente para empezar a rodar cuesta abajo.

Ethan y Tom saltaron al interior.

Vieron las sombras agrandarse en los retrovisores.

Aquello no iba a bastar. Aún iban muy despacio.

—¿El motor no debería arrancar yendo cuesta abajo? —preguntó Tom angustiado.

Ethan hizo girar la llave varias veces y golpeó el salpicadero. Pero nada funcionaba.

—¡Demasiada electrónica! ¡Está muerto!

Las ruedas se adherían al asfalto y la gravedad succionaba el peso con creciente avidez.

Una Eco tomó la delantera y se abalanzó al interior de la furgoneta con tal ímpetu que los restos de las dos víctimas salpicaron las paredes.

Tom le arrancó el inhibidor del cinturón a Ethan y, en un acto desesperado, se lo arrojó al monstruo, que explotó en un sinfín de partículas oscuras.

La inclinación seguía haciéndoles acelerar.

Una segunda Eco consiguió imitar a su compañera, pero corrió la misma suerte, esta vez al chocar contra los inhibidores de la estantería. Si las criaturas no atacaban todas a la vez, no conseguirían atravesar la barrera.

Por fin, la jauría perdió terreno. Ahora la furgoneta corría a una velocidad poco prudente, llevada por su propia inercia. Ethan conocía la carretera, la había recorrido no hacía mucho, pero no recordaba las curvas con exactitud y la primera lo cogió desprevenido. Levantaron una nube de polvo y pasaron rozando el precipicio antes de volver a la calzada.

Tom no le pidió que frenara —la ausencia de motor no les dejaba elección—, pero apretó a Owen contra sí.

Aún podía distinguir el séquito de sombras que seguía su estela.

La pendiente hacía subir la aguja de la velocidad. Peligrosamente.

Otro viraje estuvo a punto de lanzarlos al vacío, y esta vez Ethan no tuvo más remedio que hacer chirriar los frenos para salvar sus vidas.

Y el tobogán mortal se prolongaba.

Sus perseguidoras habían desaparecido.

—Ya no las veo —anunció Tom.

—Eso no significa que no sigan ahí. Si nos detenemos, podemos darnos por muertos.

—Ethan, mi mujer y mis hijos están en el pueblo, a merced de esas cosas. Tengo que cortar la señal.

El policía apretaba los dientes.

—¿Cree que no lo sé? ¿Cuánta gente morirá si no lo conseguimos? Pero ¿qué podemos hacer? ¿Cómo piensa llegar al Cordón? Esta es la única ladera accesible, y están por todas partes. ¡Con inhibidores o sin ellos, no tenemos ninguna posibilidad!

Tom asintió, pero era incapaz de resignarse.

Tenía los ojos empañados.

—Déjeme en el arcén. Tengo que intentarlo. No puedo abandonarlos.

—Usted sabe que es un suicidio. Es imposible.

Tom apretó el puño sobre el salpicadero y se limpió la sangre del labio. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Owen le enjugó una con el dorso de la mano.

—Entonces, pasemos al plan B —dijo.

—No hay plan B —replicó Ethan secamente.

—Yo tengo uno. ¡Por eso quería venir! Descienda hasta el maizal, lo más cerca posible del centro del campo. Desde allí solo tendremos que andar quinientos o seiscientos metros para llegar al transformador.

—¿De qué hablas? —le preguntó Tom.

—Un día, en el barranco, vi unas torres eléctricas oxidadas. Corey me explicó que hace tiempo soterraron las líneas eléctricas del pueblo. Y que todas parten de ahí, no muy lejos de la casa de los Taylor.

—¡Tiene razón! —exclamó Ethan—. ¡Dios mío! ¡Si interrumpimos el suministro eléctrico, lo paramos todo! ¡Incluido el Cerdón!

Tom no se lo podía creer.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

Owen tragó saliva con dificultad y apuntó con el dedo hacia la oscuridad del llano.

—Porque hay que atravesar el maizal, y sé lo que anda merodeando por allí.

77.

Milo ladraba, encerrado en el cuarto de la lavadora. Eran ladridos secos, nerviosos.

Roy se secó el sudor de la frente.

—Estoy demasiado ocupado para vigilarte, amiguito, así que tendrás que esperar.

Había encontrado una lámpara led y la había enganchado al capó para ver mejor. Sobre su cabeza, las auroras boreales ofrecían un espectáculo fascinante, pero el anciano tenía otros intereses mucho más urgentes.

El todoterreno, de los años setenta, no estaba plagado de circuitos electrónicos como los vehículos modernos, pero Roy sospechaba que el alternador se había fundido, junto con el resto de los componentes eléctricos, incluida la batería, que de hecho estaba parcialmente derretida.

Una primera ojeada al motor le había hecho sentirse pesimista: no lograría arrancarlo. Pero no quería desmoralizar a los demás, así que había prometido hacer lo imposible. Y en esas estaba.

Primero había limpiado las bujías. Una a una. Ignoraba si había que cambiarlas, pero a falta de repuestos no podía hacer otra cosa. Luego encontró el compartimento de los fusibles y comprobó que habían saltado todos. Sin desanimarse, volvió a entrar en casa de los Spencer y registró la cocina en busca de papel de aluminio. Había sido ferretero muchos años y conocía algunos trucos. El aluminio, conductor eléctrico y flexible, y por tanto maleable, era cualquier cosa menos una buena idea, porque no hacía más que aumentar el peligro de cortocircuito o incendio, pero, una vez más, no tenía elección. Durante largos minutos, Roy plegó trozos de papel de aluminio para improvisar tantos fusibles como hicieran falta. ¿Bastaría con eso? Lo dudaba. Después, armado con un martillo y un destornillador, se dedicó a la batería,

que intentó extraer del soporte al que la había pegado el plástico fundido. Se empleó a fondo, doblado en dos para llegar a la parte más baja, y a fuerza de insistir consiguió sacarla y la dejó en el césped.

Volvió a secarse el sudor. Le dolían las articulaciones. Era un padecimiento constante, agotador, que llevaba grabado en la carne, pero al que no se acostumbraría jamás.

—¡Cállate, Milo!

Aquel chucho lo estaba poniendo de los nervios.

Su alto esqueleto crujió por todas partes cuando, con la lámpara sujeta al peto vaquero, echó a andar calle abajo en dirección a su casa. Podía oír los disparos, incluso alguno de los gritos que llegaban del pueblo, pero procuró no hacer caso. Podía imaginar lo que estaba pasando. De tanto enredar con la ciencia, habían acabado abriendo las puertas del infierno. Él tenía una misión, y hasta que no la cumpliera prefería no pensar en lo que vendría después.

«Porque tienes miedo...»

¿Y? ¿No estaba en su derecho? ¿Quién no lo tendría en un mundo así? Miedo a morir.

No. En el fondo, Roy ya no tenía ese miedo. No estaba precisamente en la flor de la vida, y aunque no tenía ninguna prisa por marcharse al otro barrio, hacía años que el asunto rondaba su almohada cada noche, antes de dormir, o al menos lo intentaba. Su conclusión era clara: familiarizarse con la idea de la propia muerte no podía consolar a nadie, pero la omnipresencia del tema iba haciendo un trabajo de zapa, y la evidencia del irremediable final acababa aceptándose con resignación. Roy había tenido una buena vida. Y solo un pesar: haberla recorrido solo, haber carecido del valor suficiente para seguir sus inclinaciones. Lo que vivió en los años sesenta y aún se arriesgó a seguir haciendo en la década siguiente, había acabado por convertirse en algo reprobable. Si no oficialmente —y de milagro—, al menos sí para la moral de los estadounidenses: eso no se hacía. Sobre todo en un pueblo como Mahingan Falls. Por otra parte, era la única cosa que parecía mejorar con el paso del tiempo. La apertura de mente. El derecho a la diferencia. Incluida la amorosa.

Si debía morir esa noche, lo único que esperaba era que se ocuparan de Margerie. Los Spencer lo harían. Amaban a los animales, y ella no estaría a disgusto en esa familia. Solo tendría que aprender a convivir con un perro.

Así que concluyó que estaba preparado. Lo que no quería era sufrir. De eso sí tenía miedo. Del dolor.

«He acabado mi viaje. No ha estado nada mal. He tenido lo que quería, mi tienda, mi casa... —no, no podía quejarse, no le había faltado nada, salvo quizá el coraje de reafirmarse—. Y eso te ha impedido encontrar el amor...»

En resumen, lo había tenido todo menos lo esencial.

—¡Calla, viejo cascarrabias, o todavía acabarás llorando! —se regañó en voz alta.

Reconoció los sauces y sus extravagantes cabelleras. Ya había llegado.

Su Chevrolet estaba aparcado delante de la casa. Cogió las llaves y levantó el capó para examinar la batería. No era el mismo modelo, por supuesto.

Roy soltó una retahíla de juramentos.

Al menos aquella no se había fundido. Ahora bien, ¿funcionaría?

—Bueno, habrá que verlo.

La desmontó y, resoplando y con la espalda dolorida, cargó con ella hasta el todoterreno del teniente Cobb, un buen trecho para un hombre de su edad. Sudaba a mares, inspiraba y expiraba demasiado deprisa y el corazón le golpeaba el pecho, protestando tan fuerte como podía.

Una vocecilla malévola y persistente le susurraba que lo que estaba haciendo no servía para nada. Si creía que aún era útil, estaba equivocado.

—¡Lo hago porque cuentan conmigo! —respondió de viva voz para ahuyentarla—. Cuando todos vuelvan, necesitarán largarse de aquí, y si el coche no arranca será culpa mía.

Roy McDermott no tenía intención de decepcionarlos. Además, estaban los niños. Demasiadas ilusiones, demasiadas vidas para permitirse fallar.

«¡Vaya, por fin se ha dormido el dichoso chucho! ¡Ya era hora!»

La batería no encajaba en el hueco del todoterreno.

Roy se recostó en el guardabarros del vehículo. Tanto esfuerzo para nada. ¿Arrancaría si lo empujaba? Lo dudaba, pero no veía otra solución. Lo malo era que tendría que moverlo él solo. Y hasta la pendiente de los Tres Callejones había al menos doscientos metros...

La puerta de la Granja estaba abierta de par en par, advirtió. Al volver con el papel de aluminio, se le había olvidado cerrarla. Oyó un chirrido en el interior. Una corriente de aire, supuso.

«O ella...»

Llevaba cuarenta años oyendo su nombre. Jenifael Achak había provocado muchas tragedias, directa o indirectamente, no lo sabía, pero había algo de lo que sí estaba seguro: seguía entre aquellas paredes después de muerta.

Levantó la lámpara por encima de su cabeza para ampliar su alcance.

Cuando distinguió la figura humana, apenas una sombra en la entrada, no se sorprendió. Parecía estar desnuda. Dio un paso hacia delante, y Roy creyó ver que tenía los brazos torcidos, del revés, y el cuerpo quemado, cubierto de ampollas.

Respiró hondo.

¿Le daría tiempo a correr hasta su casa y encerrarse en el viejo pozo del carbón, al fondo del sótano? Allí no llegaban las ondas telefónicas ni demás porquerías electromagnéticas. O eso creía.

Sus dedos encontraron el martillo, que había dejado sobre el motor. Pensaba vender cara su piel.

Unos pasitos inesperados atrajeron su atención hacia el camino de acceso, a su derecha. De detrás de un arbusto acababa de surgir una forma extraña. Una gran araña humana lo observaba con sus enormes ojos de ébano. Era una niña de apenas diez años, con el torso muy delgado. Sus extremidades, dobladas en el sentido opuesto a las articulaciones, le servían de patas, sobre las que se desplazaba apuntando al cielo con el ombligo.

Sus labios se estiraron tanto que parecieron a punto de desgarrarse, pero, lejos de hacerlo, dejaron al descubierto una hilera de dientes puntiagudos.

Jenifael Achak y sus hijas, muertas a golpes.

Roy no vacilaría. Si era necesario, destrozaría aquel frágil cráneo con el martillo. Tenía a sus dos atacantes bien a la vista y estaba listo para defenderse si se acercaban.

«“Sus” hijas. ¡Dios mío, tenía dos!»

El ataque llegó de debajo del todoterreno. La segunda niña araña le clavó los colmillos en el tendón de Aquiles, arrancó toda la carne que pudo y derribó al anciano, que dio con sus doloridos huesos en el suelo y soltó el martillo.

La otra araña humana se acercó dando saltitos, se abalanzó sobre su viejo y flácido estómago, hundió las mandíbulas en la blanda carne y tiró con todas sus fuerzas, hasta desgarrarla y desparramar sus intestinos por el camino de entrada.

Roy se defendía como podía, es decir, bastante mal, mientras las fauces de aquellas criaturas chascaban y arrancaban todo cuanto quedaba a su alcance.

A pesar de la sangre que empezaba a resbalarle por la cara, Roy McDermott vio a la bruja, de pie en la puerta. Contemplaba a sus famélicas hijas.

Y el anciano creyó verla sonreír.

78.

La voz de Chad resonó en la gran sala vacía

—Pero ¡aquí estamos seguros!

—Seguros en apariencia —replicó Connor—. Si nos quedamos en el cine, puede que escapemos a esas cosas, al menos temporalmente, pero ¿de qué nos servirá si acabamos carbonizados por las bombas del ejército?

—Pero ¿de qué hablas? El ejército no va a matar a sus propios compatriotas, ¿o es que te has vuelto loco? ¡Somos estadounidenses!

—Cuando vean esta mierda, ¿crees que se arriesgarán a que se entere todo el país? ¡Ni en broma! ¡Y si en realidad los culpables son ellos, menos! De todas formas, cuando aparezcan ya habrá muerto casi todo el mundo, así que por qué preocuparse... ¿Crees que nuestro presidente se va a andar con sutilezas?

Aquel argumento, más que cualquier otro, pareció hacer mella en Chad, y le suscitó dudas. Connor le dio un codazo a Adam, que, presa de sus miedos interiores, apenas era capaz de seguir la discusión.

—Díselo tú —le insistió—. Dile que estás de acuerdo conmigo.

Adam asintió, casi ausente.

Chad posó la mano en el hombro de Corey.

—¿Tú qué piensas?

Corey ya no lloraba, no le quedaban fuerzas, pero tenía las mejillas húmedas, hundidas y rojas.

—Me importa un pito —dijo entre dientes.

Connor, que había dejado el móvil en el suelo para que los iluminara, lo cogió y miró la pantalla.

—Me queda menos del quince por ciento de batería. Dentro de nada estaremos totalmente a oscuras. ¿Queréis quedaros aquí, sin ver nada, con

todos esos ruidos raros que se oyen fuera?

—Ha sido idea tuya —replicó Chad, pero con menos convicción.

—Pues me he equivocado.

—No sé si soy capaz de volver a salir y echar a correr —confesó Adam en voz baja.

—La calle está tranquila. Ya se han ido.

Chad gruñó.

—Sabes perfectamente que solo están escondidas, al acecho.

—Por eso mismo saldremos discretamente para subir por Main Street.

—¿Y después?

—Vosotros salís pitando hacia tu casa. Si tus viejos siguen ahí, me esperáis y nos largamos con ellos. Si no, podemos ir a la cabaña del barranco. Allí no hay nada que temer.

—¿Por qué?, ¿adónde piensas ir tú?

—A buscar a mi madre.

Adam asintió.

—Yo también quiero ir a mi casa.

—Entonces, salgamos de una vez y ya nos organizaremos fuera para ver adónde va cada uno.

A la cruda luz del teléfono móvil, Chad parecía diez años mayor. Asintió lentamente.

—Vale.

—Yo iré delante, con una bomba de gasolina en la mano —decidió Connor—. ¿A ti te queda alguna?

—Las dos mías.

—Perfecto. Entonces, tú cierras la marcha. Corey y Adam, entre nosotros. Chicos, puede que haya que correr, ¿conformes?

Adam asintió, pero Corey solo se levantó y extendió la mano.

—Yo quiero una. Dadme una de esas bombas.

—Solo tengo un mechero.

—Si no me la das, no voy.

—Corey, no puedo...

—¡Dásela!

Connor soltó un suspiro, le plantó el mechero en la mano y le entregó una de las bombas incendiarias caseras. Luego se puso en camino hacia la salida, seguido por los demás.

Chad se acercó a Corey.

—Sé lo que quieres hacer.

—Entonces ayúdame.

—Si morimos nosotros también, ¿crees que habrá servido de algo?

—Esa cosa ha matado a mi hermana. Quiero cargármela.

—Y yo, pero no a costa de la vida de todos. Gemma no habría querido eso.

—¡No me digas lo que habría querido Gemma! ¡Habría querido vivir!

—¡Eh! ¡Callaos! —les ordenó Connor—. ¡Nos van a oír!

Se detuvieron en el entresuelo y observaron el silencioso vestíbulo. Connor comprobaba cada ángulo muerto antes de seguir avanzando, con el sigilo de un comando en plena operación. Una vez abajo, se acercaron a las puertas de cristal e inspeccionaron Main Street. La calle estaba vacía y tranquila, lo que quizá era aún más inquietante. El peligro podía ocultarse en cualquier sitio.

—Me da mala espina —murmuró Adam.

—Es demasiado tarde —contestó Connor—. A no ser que quieras quedarte solo aquí dentro.

El líder se quitó la gorra para estrechar la tira ajustable y volvió a ponérsela. Ahora le apretaba un poco, pero si tenían que correr no saldría volando. Empujó una de las puertas y se detuvo bajo la marquesina. Los demás lo imitaron e inclinaron el cuerpo hacia delante. Chad vio el charco viscoso no muy lejos, entre dos coches. Era todo lo que quedaba de Gemma. Reprimió los espasmos de su estómago para no vomitar y procuró interponerse entre Corey y la terrible imagen.

El silencio que reinaba no era natural. Ni un chisporroteo eléctrico, ni un alma, ni el rumor lejano de un asomo de actividad. Era aún más impresionante que la ropa esparcida por el suelo, incluso cuando no ocultaba completamente los brazos o las piernas que había debajo.

Connor señaló con el dedo hacia el oeste, en dirección a Independence Square, y luego se lo llevó a los labios. Todos asintieron con la cabeza. Caminaron junto a una serie de coches, varios de los cuales tenían las puertas abiertas, de las que a veces sobresalía un cadáver o lo que quedaba de él, casi siempre el tronco o la parte inferior del cuerpo, como si las Eco se hubieran comido lo que les parecía más jugoso.

En algún lugar de la calle, más adelante, un cubo de basura, o un objeto metálico hueco de gran tamaño, cayó al suelo, y los chicos se tensaron, aterrados.

No veían nada. Ninguna figura amenazadora.

Los arabescos de colores seguían bailando bajo las estrellas, entrelazando sus vapores, y Chad, que les veía cierto parecido con las representaciones de cromosomas que había estudiado en los libros de ciencias, se preguntó si las auroras boreales no serían en realidad las cadenas de ADN del cosmos.

Sus tres amigos se habían adelantado mientras él fantaseaba. Apretó el paso vigilando las zonas oscuras de la acera, las fachadas irregulares y el otro lado de la calle. Había tantas sombras que era imposible sentirse seguro. Si alguna Eco se había agazapado en un entrante, no la vería. Bastaría con que pasara por delante de ella para que, a la velocidad a la que saltaría, lo atrapara antes de que comprendiera de dónde había salido. Y sabía lo que sucedería a continuación.

Gemma ni siquiera había gritado. Al menos, no recordaba haberla oído.

Pero cuánto terror había en sus ojos, Dios santo... Un miedo como Chad no había visto jamás. La carne se le volvió a poner de gallina y se le hizo un nudo en la garganta.

Delante de él, los otros tres chicos se habían detenido. El corazón le dio un vuelco. ¿Qué habían descubierto? No quería volver a ver una de aquellas sombras. Nunca más. No era lo bastante fuerte para soportarlo.

—¡Chad! ¡Enfrente! —le advirtió Connor.

Chadwick aspiró una gran bocanada de aire para armarse de valor y se subió a la jardinera tras la que se habían agrupado.

No vio a nadie. Ningún movimiento, ni siquiera entre las numerosas manchas negras de los edificios del otro lado.

—¡La tienda! —concretó Connor.

En ese momento, Chad reconoció la fachada de la tienda de deportes.

Unas bicicletas presidían el escaparate, cuya luna yacía hecha añicos en la acera.

—Genial —murmuró—. Pero hay que cruzar...

Adam dijo «no» con la cabeza, pero Connor lo agarró del hombro y, arrastrándolo tras él, se deslizó entre los parachoques. Un poco más atrás, Corey y Chad lo imitaron. Se coordinaron mediante gestos para atravesar la calzada a la vez.

Pasos rápidos, silenciosos. Los cinco sentidos alerta.

Estaban justo en medio de Main Street cuando una Eco salió de su escondrijo cincuenta metros más abajo, seguida de inmediato por otras cuatro

inmensas sombras, que volaban frenéticamente justo encima de la calzada.

—¡Enemigo a la vista! —gritó Connor, comprendiendo que había pasado el momento de la prudencia.

Los chicos tomaron impulso y salieron disparados hacia la tienda. Todos menos Corey, que se detuvo frente a los monstruos.

Chad saltó sobre el capó de un coche, aterrizó al otro lado y corrió sobre las esquirlas de cristal hasta una bicicleta que parecía de su talla, una *mountain bike* roja y amarilla. La sacó a la acera y se montó. Era un poco grande para él, pero al ver que las Eco habían acortado distancias, se olvidó del asunto y empezó a pedalear tan deprisa como pudo.

Connor, que sujetaba dos bicis, las llevó a pulso hasta Corey y arrojó una a sus pies.

—¡Monta! —le gritó casi al oído.

Corey tenía los ojos cada vez más abiertos, y de pronto, el miedo pudo más que el odio o el coraje infantil que lo animaba. Soltó el globo de gasolina y el mechero, agarró el manillar y pedaleó a su vez.

Los cuatro chicos intentaban ganar velocidad cuando Chad vio materializarse otra Eco, esta vez delante de ellos. La criatura no esperó: se lanzó a su encuentro.

En un acto irreflexivo, Chad soltó el manillar y se apoderó de una bomba de gasolina y del Zippo.

Sabía que solo tendría una oportunidad.

79.

Derek Cox miraba a Olivia.

Tenía el inhibidor en la mano. La Eco que acababa de convertir a Ashley en un origami humano vibraba entre decenas de murmullos internos, que Olivia relacionó con los preparativos que hacen los gatos antes de saltar sobre su presa, ajustando su equilibrio, afirmándose en el suelo y calculando la distancia hasta el blanco. Sentía que ya solo era cuestión de segundos. No conseguiría ser lo bastante rápida para esquivarla. Y menos aún para huir.

Cogió la manita de Zoey a su espalda y rezó para que al menos su hija no sufriera.

El ataque final fue inmediato e imparable.

La Eco se abalanzó sobre ellas.

Y Derek Cox también.

El inhibidor que tenía en la mano provocó un estallido, y a Olivia apenas le dio tiempo de ver la alta y monstruosa silueta arrojándose sobre ella y deshaciéndose en un polvo negro a unos centímetros de su rostro, antes de que Derek Cox chocara con ella y la lanzara al suelo.

Atlético y acostumbrado a encajar golpes, como buen jugador de fútbol americano, el chico ya estaba de pie, escrutando en todas direcciones y tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse. Pero Olivia estaba demasiado ocupada comprobando que Zoey no se había hecho daño. Por suerte, a ella le había dado tiempo a girarse para caer de lado y no aplastarla. Tenía el costado magullado, y la pequeña lloraba. La estrechó contra sí y la besó, contenta de poder sentirla.

—¡Eso no se lo esperaba! ¡La he dejado KO! —exclamó Derek con tono triunfal.

—Va a volver, hay que irse —le advirtió Olivia levantándose y echando a

andar.

Caminaba todo lo rápido que podía, sin dejar de acariciar a Zoey. Ahora, además de asustada, estaba desconcertada. Derek acababa de salvarle la vida, pese a lo que ella le había hecho. Sin embargo, hacía unos instantes, había visto su mirada, su indiferencia.

«Su frialdad...»

Zoey empezaba a tranquilizarse.

—Derek... Gracias.

El chico, concentrado en escudriñar cada nido de oscuridad, se encogió de hombros.

—Era esto lo que quería —dijo mostrándole el inhibidor—. Las he seguido desde su casa y me he dado cuenta de que este chisme era importante. Y cuando ese demonio las ha atacado, he comprendido que se trataba de una especie de escudo. Lo necesito. Para que no me devoren.

—¿Estabas en mi casa? ¿Por qué?

Derek le dirigió otra de sus frías miradas.

—¿Por Gemma? —insistió Olivia, que quería entenderlo.

Al menos necesitaba encontrarle un sentido a los actos, que eran una prolongación del pensamiento. En medio de aquella vorágine inadmisibles y desquiciante, comprender al otro era conservar algo de la propia humanidad.

—¿Esa me importa una mierda! A quien le tenía ganas era a usted.

Olivia se estremeció. Todo el abanico de posibilidades más o menos espantosas que implicaban esas palabras se desplegó en su mente. ¿Hasta dónde llegaba su odio?

—Sin embargo, acabas de salvarme la vida...

Derek no respondió. Ni él mismo parecía entender por qué lo había hecho.

—Mi abuela tenía razón —dijo cuando se acercaban al cruce de dos calles—. Los muertos se han despertado. Dios está colérico. Ha llegado la hora de entregarle el alma.

A Olivia le costaba seguirlo, pero no quería separarse ni un paso de él. Tenía el inhibidor, y nunca se lo devolvería.

—Deberías apagarlo, la batería no dura mucho —le advirtió.

—¿Para que me salten encima esos demonios? No, gracias.

En perfecta forma física, Derek imponía un ritmo difícil de seguir. Saltaba a una tapia para ver más lejos, desaparecía detrás de un árbol al menor ruido sospechoso, y poco a poco iba dejando atrás a Olivia, que tuvo que apretar el

paso para alcanzarlo, aunque Zoey pesaba una tonelada y le resbalaba entre los brazos.

Dejaron atrás la intersección, y Derek volvió a acelerar, hasta que Olivia ya no pudo más.

—Ne... necesito parar... Para ponerme a mi hija a la espalda.

Sabía que Derek no tendría piedad, y que alcanzarlo más tarde sería casi imposible, pero era incapaz de continuar así.

Contra todo pronóstico, Derek montó guardia mientras ella metía a Zoey en el portabebés.

—Menos mal que ha dejado de berrear... —gruñó.

—Se ha asustado. Ahora se dormirá.

—Lo sé. Mi hermana se quedaba frita en cuanto me la cargaba a la espalda.

—¿Tienes una hermana?

—Murió.

—Lo siento.

—Su hija me la recuerda. ¿Cómo se llama?

—Zoey.

Olivia volvió a echarse el portabebés a la espalda. Las correas se le clavaron en los hombros, ya despellejados.

—Mi hermana se llamaba Trish.

—¿Patricia?

—Sí, pero todos la llamábamos Trish.

—¿Cómo murió?

—Una enfermedad. Nació y murió con ella —dijo Derek sin emoción, y reanudó la marcha.

Olivia estaba perpleja. Con aquel Derek Cox, sus criterios de valoración no funcionaban. Tosco, egocéntrico, brutal, sin modales ni educación. Y un violador. Pero en esa imagen había fisuras. No solo había arriesgado su vida para salvarla; ahora le enseñaba otra cara, casi humana. Muy alejada de lo que sabía de él y contradictoria con su mirada.

No todo en él era deleznable. ¿Tenía arreglo? Tal vez. Olivia quería creer que sí. Era un chico maltratado que no había aprendido lo esencial, un animal enjaulado en su rabia, seguramente como reacción a su infancia. En otro lugar y en otras circunstancias, Derek Cox habría sido un joven de lo más agradable. El yerno ideal.

Pero Olivia también entreveía todo lo que los oponía. Su violencia apenas

contenida. Lo que le había hecho a Gemma. Y el odio que le había inspirado tras haberlo amenazado con la pistola de clavos neumática.

Ese Derek Cox era un cerdo.

Independence Square apareció ante ellos, y Derek se arrodilló detrás de la columna que adornaba la esquina del parque municipal.

—Estoy buscando a mi hijo —le dijo Olivia—. Estaba cenando en East Spring Street cuando ha ocurrido todo y...

—Yo lo único que quiero es llegar al puerto deportivo y coger un barco.

—No arrancará. Todos los circuitos eléctricos se han fundido.

Derek la miró como si fuera tonta.

—Hay barcos de vela. El único problema es salir del puerto. Sin motor, va a ser complicado.

La inmensa plaza permanecía desierta, al menos en apariencia. Olivia se negaba a atajar por el parque, que estaría mucho más oscuro. La idea no le convencía.

—¿Nos puedes acompañar a Zoey y a mí, al menos hasta cruzar la plaza?

Derek pensaba.

—¿Su hijo estaba con los idiotas de sus colegas?

—Sí...

—Vale. Voy a ayudarla a encontrarlos. Luego vendrán conmigo. Si somos varios, podemos remar mar adentro, donde el viento nos alejará.

Olivia iba a explicarle que su marido estaba en la otra punta del pueblo, que no tenía intención de huir por mar, pero se lo pensó mejor. Cuando Tom y Owen cortaran la señal del Cordon, ya no correrían ningún peligro; podría reunirse con ellos más tarde. Después de todo, la huida en velero no era una mala idea.

—De acuerdo.

—Pásame a la niña.

—No, estoy bien.

—Vamos a tener que correr como locos a través de la plaza, y usted se queja a cada paso, así que démela.

—Yo no me separo de mi hija.

—Pues lo siento por ella, porque yo no voy a detenerme —le advirtió Derek, y asomó la cabeza fuera de la columna—. Se cree una buena madre porque no la suelta, pero la va a condenar —añadió vigilando la plaza.

Olivia se pasó la mano por la cara. Derek tenía razón.

Con un nudo en la garganta, sacó los brazos de los tirantes y le tendió el portabebés. Separarse físicamente de Zoey en un ambiente tan hostil la ponía enferma, pero pensaba pegarse a Derek como una lapa.

El chico le guiñó el ojo a la pequeña.

—¿Te gusta cuando esto se balancea? —le preguntó.

Zoey, agotada, no respondió. Derek apretó los tirantes todo lo que pudo.

—El plan es muy sencillo: correr como gamos hasta el ayuntamiento.

—¿No deberíamos rodear la plaza pegados a las casas?

—Lo más rápido es todo recto.

Olivia tenía miedo. El plan no le convencía, pero decidió confiar en Derek.

—De acuerdo —dijo—. Y luego vamos a East Spring...

—No, subiremos a la azotea del ayuntamiento. Conozco un acceso por detrás.

—De ninguna manera, Chadwick está en East...

—Ya me he enterado de dónde está, pero con toda esta mierda seguro que se ha escondido en algún sitio. Así que vamos a subir a un lugar alto y a otear cada rincón para que no pase de largo por delante de nuestras narices.

Muy seguro de sí, Derek se puso al descubierto antes de que Olivia pudiera replicar, y echó a correr por el centro de la plaza circular bajo los halos que iluminaban el cielo. Con Zoey a la espalda.

Para Olivia, ver alejarse a su hija de aquel modo fue como recibir una descarga eléctrica, que la impulsó a lanzarse tras ellos con renovadas fuerzas. Pese a su carga, Derek corría a demasiada velocidad, y aunque siempre se había cuidado y estaba bastante orgullosa de su cuerpo, la cuarentona lo veía empequeñecer poco a poco. Le daban ganas de gritar para ordenarle que la esperara, pero tuvo el sentido común de aguantárselas. Veía la carita intrigada de la pequeña, agarrada a los hombros de su portador, y su corazón de madre se partía con cada metro que aumentaba la distancia entre la niña y ella.

Mientras intentaba controlar la respiración para resistir hasta el final, pensó en lo inquietante que resultaba la plaza vacía. Era una auténtica ratonera. Si aparecía una sola Eco, podía darse por muerta. Pasó junto a la estatua de bronce, cuyo pedestal de granito señalaba el centro de la plaza. Solo le quedaba la otra mitad.

Derek ya había recorrido dos tercios.

Casi estaba. Y Zoey también. Al otro lado. A salvo.

Olivia sintió una punzada en el costado que la hizo doblarse en dos, y se

arrepintió de no correr más a menudo. No podía desfallecer tan cerca de la meta...

Pero ¿por qué estaba tan calmado el centro del pueblo? Las Eco no podían haber aniquilado a toda la población en tan poco tiempo...

«Les basta con chasquear los dedos para segar una vida, ¿o es qué no lo sabes? Todo el mundo está muerto o refugiado en casa, temblando.»

El apocalipsis no había durado ni una hora.

Olivia estaba llegando a la mitad del segundo tramo. Vio a Derek bordeando la fachada del ayuntamiento y desapareciendo en la esquina sin siquiera mirarla.

«¡Espérame, desgraciado! ¡Tienes a mi hija!»

Perder de vista a la niña la volvió a loca, y pese al flato, la rabia la ayudó a enderezar el cuerpo y a continuar la marcha.

Contaba los pasos que faltaban para alcanzarlos.

«¡Quince metros!»

Aquel silencio la ponía histérica. Ya no lo soportaba. La amenaza omnipresente la crispaba. Necesitaba gritar: para resistir el final de la carrera, para desahogar su frustración y su miedo, para hacer frente al silencio de los muertos, pero consiguió dominarse.

Se apoyó en la fachada para no derrumbarse. Los pulmones le ardían. La vista se le nublaba. Doblar la esquina, enseguida. Reunirse con su hija. Estrecharla en sus brazos.

Más que correr, Olivia fue dando trompicones hasta el final de la alta pared. Se asomó y...

Nadie.

El corazón no podía latirle más deprisa, pero se le encogió aún más. Se ahogaba.

«¡Zoey! ¡Mi niña!»

Palpaba el aire delante de ella buscándola, como si creyera que se había vuelto invisible.

Luego, al ver el zapatito caído en la acera, el terror la paralizó.

Era de Zoey.

No. No podía ser. Así no. Tan de repente no. Sin ella no.

Olivia quiso gritar antes de que todo su ser se desgarrara, y con él su alma, sus recuerdos, sus amores, pero se hundió en el vacío. En la incredulidad.

Zoey no podía estar muerta. No lo aceptaba.

¿Y dónde estaba la Eco que les había atacado? No había nada ni nadie en decenas de metros a la redonda.

Sobre su cabeza sonó un silbido ahogado.

Derek estaba en el primer rellano de una escalera de incendios que recorría la fachada lateral del ayuntamiento. Con Zoey en el portabebés.

Una ola de felicidad inundó a Olivia, que sonrió y lloró al mismo tiempo. Su corazón dio un vuelco, y una alegría violenta y dolorosa lo traspasó, pero Olivia se dejó embargar por aquella sensación hasta el éxtasis.

Derek hizo bajar lenta y silenciosamente la escalerilla que le había permitido izarse hasta allí, y Olivia, sin aliento, la subió a toda velocidad, cogió a Zoey y la estrechó entre sus brazos con todas sus fuerzas.

—¿Qué se creía? Puede que no sea su amigo, pero no soy ningún cabrón — le espetó Derek, y emprendió el ascenso hacia al siguiente rellano.

Olivia besó a su hija una y otra vez, hasta que la pequeña la rechazó.

—No miedo, mamá. Zoy también te quiere.

—No volveré a dejarte jamás.

En cuanto recobró el aliento y se calmó un poco, Olivia reanudó la subida para reunirse con Derek en el tejado.

Desde allí no solo dominaban Independence Square y podían vigilar la entrada del parque; dependiendo del emplazamiento que eligieran, también divisaban Main Street, East Spring Street y la fachada norte del complejo escolar.

Derek se había sentado delante del pretil, del que solo sobresalía su cabeza, y recorría el pueblo con la mirada.

—Has tenido una buena idea, Derek. Gracias.

—Les doy una hora. Si de aquí a entonces no han aparecido, yo me piro, con remeros o sin ellos.

Olivia no supo qué responder. Si Derek las dejaba solas, ella bajaría igualmente para recorrer las calles. No podía abandonar a los chicos a su suerte en un mundo lleno de monstruos.

Se pusieron a esperar, en silencio, hasta que Olivia reparó en que el piloto del inhibidor había pasado del verde al amarillo.

—Te he dicho que mientras no hubiera peligro lo tuvieras apagado. ¡Se va a quedar sin batería!

—¿Cómo sabe que esos demonios no están cerca, esperando a que lo apaguemos?

—Cuando más lo necesitemos, no servirá.

Derek refunfuñó por lo bajo, solo por guardar las apariencias, y luego desactivó el aparato y redobló la vigilancia.

Pero no se veía un alma, ni tampoco ninguna Eco desplazándose. Solo una escena congelada en el tiempo.

Las auroras boreales daban al paisaje una dimensión fantasmagórica que fascinaba a Zoey, y Olivia pensó, con una profunda sensación de injusticia, que aún había muchas maravillas que quería descubrir con sus hijos y su marido, que las cosas no podían acabar así. Derek se levantó de un salto.

—¡Hay movimiento! ¡Allí, cerca del delicatesen!

Una figura, seguida de cerca por otra, salió de la tienda mirando ansiosamente a todos lados y empezó a deslizarse lentamente pegada a la pared.

—No es Chad —dijo Olivia con tristeza.

Los dos supervivientes desaparecieron en una callejuela, sin el menor ruido.

Derek consultaba su reloj regularmente.

—¿Tus padres están en el pueblo?

—Por lo menos estaban.

—Seguro que se habrán puesto a salvo.

—Espero que no.

Por un instante, un destello de fragilidad iluminó la fría y dura mirada del chico, antes de que su instinto lo ahuyentara.

Olivia no sabía por qué la había ayudado, si porque temía el juicio final y quería salvar su alma, porque Zoey le había recordado a su hermana pequeña muerta o porque la humanidad que había en él había prevalecido ante la amenaza de la nada que representaban las Eco. Pero estaba claro que Derek Cox era un personaje mucho más complejo de lo que parecía.

Olivia vigilaba las calles y las ventanas, intentando acallar al mismo tiempo los mensajes de dolor que le transmitía su cuerpo.

Derek hacía otro tanto, sin olvidarse de consultar la hora cada diez minutos. Vieron el paso de otros fugitivos, pero en cada ocasión la esperanza se esfumaba casi enseguida al comprobar que ninguno de ellos era Chad.

—Veinte minutos y me largo.

Zoey se había dormido, acurrucada en los brazos de su madre.

De pronto, Main Street se llenó de agitación.

Gritos. Un disparo o un petardo.

Luego surgieron tres figuras en bicicleta, lanzadas a toda velocidad hacia Independence Square.

Solo tres.

Pero Olivia las reconoció de inmediato.

¿Por qué solo tres? ¿Dónde estaban los demás?

Detrás de ellos, vio la horda de las Eco, que arramblaba con todo para atraparlos.

80.

El impulso llevó a la furgoneta hasta el pie del monte Wendy y le permitió recorrer algunas curvas más, pero la dejó al borde del bosque, bastante lejos aún de las tierras de los Taylor.

Ethan se apeó, les dijo a Tom y a Owen que esperaran, entró en la zona de carga cubierta de restos humanos, y regresó cargado de inhibidores. El piloto rojo indicaba que la batería estaba consumiendo la reserva. Les colocó dos en la cintura a cada uno, pero cambió el suyo, el único que seguía en amarillo, porque lo había apagado de vez en cuando, por uno de los de Owen.

—¿Por qué hace eso? —le preguntó el chico.

—Si nos pasa algo, tendrás una posibilidad de salvarte.

—No, soy un niño, yo solo no conseguiré cortar la electricidad, que es lo importante. Tiene que llevarlo usted.

Ethan detuvo su mano y miró a su tío para saber qué opinaba.

—Cójalo —dijo Tom tras intercambiar una mirada con el chico—. No te separes de mí, Owen.

Estaban a menos de dos kilómetros de los maizales y el transformador. Ethan encendió la linterna y echaron a andar por el borde de la carretera.

—Estamos en deuda con usted —dijo Tom—. Ha sido una idea brillante.

—Brillante no, simplemente práctica. La furgoneta estaba ahí, casi en la dirección adecuada.

—De todos modos, a mí no se me hubiera ocurrido —Tom posó la mano en el hombro de Owen—. De ser por mí, nos habríamos quedado allí.

—Aún es muy pronto para cantar victoria —respondió Ethan con un tono un poco duro, y Tom se calló.

Estaban rodeados de robustas coníferas que parecían colosos ataviados con vestidos de volantes, y durante unos minutos Tom se olvidó de la angustia que

lo atenazaba. Respiraba bien y contemplaba el paisaje, que no era en absoluto desagradable, si se descartaba la posibilidad de que ocultara alguna presencia maligna, de modo que en otras circunstancias aquello habría podido ser un grato paseo nocturno con su hijo adoptivo.

De vez en cuando, Owen se volvía y escudriñaba la oscuridad, apenas atenuada por las aureolas de luz verde y azul sobre la Vía Láctea. El monte Wendy y, en mayor medida, el Cordón que coronaba su cima, suscitaban una terrible duda. Los tres pensaban en ello, aunque ninguno lo dijera. Era muy posible que las Eco les estuvieran pisando los talones.

Habían apagado todos los inhibidores para ahorrar la poca batería que les quedaba.

El roce de las ramas sobre sus cabezas atrajo la atención de Tom. El viento soplaba desde la pequeña pero peligrosa montaña. Las copas de las altas coníferas se agitaban, y Tom aflojó el paso.

Frunció el ceño, intentando comprender lo que su inconsciente ya había detectado.

—¡Los árboles se mueven en contra del viento! —exclamó asustado, procurando no alzar la voz.

—Es imposible, son demasiado grandes para... —empezó a decir Ethan.

Pero, tras echar un vistazo, llegó a la misma conclusión. En ese momento oyeron los crujidos. Gruesas ramas arrancadas, troncos que se doblaban y partían, tocones aplastados. Luego, un paso lento. Pesado. Implacable. Inverosímil.

A lo lejos, la naturaleza entera se agitaba al paso de una fuerza prodigiosa. Inmensa.

Bajaba del monte Wendy y se dirigía hacia ellos a través del bosque.

Tom no acababa de entenderlo, aunque en su interior sabía qué ocurría. ¿Tenía razón Martha Callisper al asegurar que cualquier ente podía cobrar vida por la simple fuerza de nuestras creencias? Muchos pueblos nativos compartían esa fe, y nadie sabía durante cuántos siglos, si no milenios, habían creído en ello.

Roy habría podido decírselo, si hubiera estado allí.

«Todo el mundo lo ha olvidado, pero Wendy es una abreviatura de wendigo. El monstruo de los indios. El espíritu del mal. El espíritu del canibalismo.» Eso es lo que habría dicho el anciano, con toda seguridad.

—Sé lo que es —dijo Tom.

—¡Me trae sin cuidado, siempre que no nos atrape!

Ethan estaba a punto de echar a correr, pero Tom se lo impidió.

—¡Apague la linterna y escondámonos! ¡Es imposible huir de él! ¡Tenemos que evitarlo!

Empujó al teniente y a Owen entre los matorrales y se ocultaron bajo una maraña de raíces al pie de un fornido abeto.

La tierra temblaba a cada paso del coloso que caminaba hacia ellos. Los troncos se partían o se torcían entre chasquidos. Owen se acomodó entre Ethan y Tom, que tiró de unos helechos cercanos para que los ocultaran un poco más.

¿Qué habían desatado aquellos experimentos descontrolados? ¿Qué demencial bestiario, alimentado por las creencias ancestrales más aberrantes, habían invocado?

Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo allí.

Un silencio insólito envolvió a los tres humanos. Hasta la naturaleza parecía aterrorizada.

No podían verlo ni oírlo, pero lo presentían. El wendigo estaba a su lado, en alguna parte encima de ellos, muy cerca, esperando.

Al acecho, como un cazador.

Justo delante de Tom, el musgo se cubrió de una fina capa de escarcha, y un frío polar los envolvió.

Luego llegó el olor. Un tufo a carne podrida. Y Tom no tuvo ninguna duda sobre la naturaleza de esa carne. Las leyendas sobre el wendigo eran unánimes al respecto. Carne humana.

Pasó un minuto, en forma de confusa pesadilla.

De no ser por las señales olfativas y sensoriales de su presencia, los tres humanos habrían podido creer que se había ido y abandonar su escondite. Pero estaba agazapado detrás de ellos, al acecho del menor error.

La espera se hacía insoportable. ¿Estaba jugando con ellos? ¿Sabía dónde se ocultaban y, con sus largas garras desplegadas sobre sus cabezas, se limitaba a esperar el menor temblor de cualquiera de ellos para ensartarlos como si fueran vulgares cerdos en un espetón?

Tom estuvo tentado de levantarse y echar a correr como nunca había corrido, gritando, al borde de la locura, con tal de no seguir esperando en medio de aquella gélida pestilencia, que no era sino la horrible manifestación de una entidad maléfica.

Sacudió la cabeza. ¿Qué le pasaba? La auténtica locura habría sido

escucharse a sí mismo. Su única posibilidad era permanecer inmóviles. Confundirse con el entorno hasta que aquella cosa se olvidara de ellos, hacerse invisibles...

Un paso de titán los sacudió, seguido de otro, y de repente toda claridad — la de las auroras boreales y la de las estrellas— se apagó, y un manto de absoluta negrura cubrió a los tres humanos.

Entonces el gigante desapareció tan súbitamente como había aparecido, y no se volvió a oír un solo ruido.

Ethan inspiró a pleno pulmón, como si hubiera estado conteniendo la respiración hasta ese momento, y lentamente, muertos de miedo, salieron de su escondite. Tom le preguntó a Owen si estaba bien, y el chico no supo qué responder.

La escarcha se había evaporado, y tampoco en la carretera encontraron huella alguna del paso de la bestia, ni siquiera un rastro de astillas o agujas sacudidas por su formidable ímpetu.

Salían de lo desconocido. ¿Realmente había habido allí una presencia hacía apenas unos instantes?

Se miraron asombrados, con ojos vidriosos.

—Sigamos —dijo Ethan tras aquella extraña espera.

No les costó mucho avivar el paso. Necesitaban poner tierra de por medio entre ellos y aquel lúgubre bosque, y lo hicieron en la penumbra, guiados por el débil resplandor del cielo, ya que Ethan no volvió a encender la linterna.

Cuando divisaron los maizales sintieron un gran alivio, a excepción de Owen, que aflojó el paso.

—Todo irá bien —le dijo Tom—. Juntos lo conseguiremos. Dame la mano.

Para el chico, internarse en el campo de maíz, entre los tallos, fue un acto heroico.

Con la brisa, las hojas secas emitirían un ruido de sonajas, y todos se detuvieron unos instantes para asegurarse de que no era la señal del regreso del wendigo.

Pero Tom presentía que no volverían a verlo. La criatura recorrería las montañas y los bosques, encadenada a las leyendas que le habían dado vida, sin conseguir bajar al pueblo o alejarse de su hábitat. Era una deducción gratuita, sin más base que lo que había sacado en limpio de sus lecturas y de lo que le había oído decir a la médium, pero eso le bastaba.

Ethan no tardó en recuperar el ritmo. Nunca habían estado tan cerca de

lograrlo. Tom no sabía cómo cortarían la alimentación eléctrica de Mahingan Falls y del Cordón, pero, una vez llegaran, seguro que se les ocurría algún modo. Destruir siempre era más fácil que construir, como le había enseñado su experiencia de autor.

Las hileras de plantas tenían un poder hipnótico.

Y también inquietante.

De día, Owen había pasado un miedo espantoso. De noche, estaba al borde del desmayo. Tom se dio cuenta, y le cogió la mano y se la apretó.

No veían más allá de su nariz, así que Ethan decidió encender la linterna. Tom prefirió mantener la suya en el cinturón. Desde arriba debían de parecer una estrella buscando su órbita en medio del vacío sideral.

Las hojas disminuían progresivamente, y a cada zancada tenían que apartar con la mano la mayoría de los tallos, que les impedían ver.

Apareció de pronto, justo delante de Ethan.

Una camisa de cuadros y un peto de pana lleno de agujeros cubrían su descoyuntado cuerpo. La calabaza que le servía de cabeza sonreía horriblemente, y unos rollizos gusanos resbalaban de sus labios, como baba de la boca de un cadáver.

Aquel no tenía rastrillos a modo de manos, sino una gran cizalla a un lado y la tapa de un cubo de basura en el otro. El improvisado escudo se abatió sobre Ethan, pero el policía consiguió desviarlo con la linterna, que salió despedida.

Y entonces la cizalla se alzó en el aire para abrirlo en canal.

Ethan tuvo suficientes reflejos para esquivarla, pero no fue lo bastante rápido para evitar que la hoja le abriera un largo tajo en el costado, debajo del brazo.

Tom había soltado a Owen. Ciego de rabia, empuñó su propia linterna para usarla a modo de porra. Todo el miedo que había percibido en su hijo adoptivo, todo el trauma sufrido, toda la cólera que le había transmitido Owen tras enfrentarse al espantapájaros acudieron a su mente, y Tom trazó una curva perfecta con la linterna. El mango golpeó la calabaza y le reventó todo el lateral. Volvió a coger impulso y, como movido por un resorte, golpeó en la otra dirección y mandó la parte superior de la calabaza al maizal.

Ethan, ya repuesto, apuntó con la Glock al torso del espantapájaros.

Ocho disparos resonaron en la oscuridad.

Tom empezó a pisotear a la criatura con furia, hasta que no quedó suficiente sustancia en ella para que pudiera reanimarse.

Estaba sin aliento, pero consiguió hacerle un gesto a Owen.

—De este... ya no tienes que preocuparte...

Ethan lo ayudó a levantarse, y los empujó para que siguieran andando.

—¿Puede continuar? —le preguntó Tom señalando el feo corte que le recorría el costado de la axila a la cadera.

—Apenas me duele —mintió Ethan sin dejar de andar.

Ya no estaban muy lejos. Lo más difícil iba a ser localizar el transformador en aquel laberinto. Todos los surcos parecían iguales y no había ningún montículo al que encaramarse.

La idea fue de Owen.

—¡Ayúdame a subirme en tus hombros! —le dijo a su tío.

Tom hizo lo que le decía.

—¿Ves algo?

—Allí está la granja de los Taylor, y el silo... Espera. ¡Sí! ¡Creo que es por allí! ¡Todo recto! ¡A menos de quinientos metros!

Tom lo cogió de la cintura para bajarlo, pero los dedos de Owen se agarraron a su pelo.

—¡Encended los inhibidores! —les suplicó, aterrorizado—. ¡Encendedlos ya!

Ethan y Tom pulsaron el botón en el instante en que las plantas se doblaban frente a ellos.

Algo salió despedido hacia atrás antes de que pudieran distinguirlo.

Owen bajó al suelo.

—¡Era el otro espantapájaros! —exclamó—. ¡Deprisa, casi estamos!

Llevado por el entusiasmo, Owen desapareció entre las plantas antes de que los dos hombres pudieran seguirlo, y cuando lo hicieron se había alejado tanto que no dieron con su rastro.

—¿Owen? ¡Owen! ¡Espéranos!

—¡Por aquí! —sonó la voz del chico no muy lejos.

—De acuerdo, pero no te muevas de donde estás hasta que llegue.

—¡Venid! ¡Ya casi estamos!

—¡Owen!

Tom apartaba los tallos frenéticamente. Allí no debían separarse. Percibía el entusiasmo casi eufórico de Owen ante la idea de destruir a aquellas abominaciones. Estaba justo delante.

—¡No te muevas de ahí, Owen!

—Pero si no me muevo... —dijo una voz detrás de él.

«Mierda.»

Ethan estaba en el surco de su derecha.

«¿Quién hay ahí delante?»

Algo los estaba rodeando.

Pero los inhibidores...

Los pilotos se habían apagado.

—¡Me he quedado sin batería! —exclamó.

Una mano surgió de entre las plantas y lo agarró. Ethan.

—Nos queda uno —dijo señalando el suyo, cuyo piloto parpadeaba en rojo—. Pero durará poco.

—Owen, acércate a nosotros.

Tom encendió la linterna y la agitó sobre las hojas.

El chico apareció.

Y al mismo tiempo que él, a su espalda, el segundo espantapájaros.

Una guadaña se alzó en el aire para decapitar al muchacho.

Un movimiento amplio.

Lo suficiente para que Ethan vaciara el cargador en la cara de la criatura y la hiciera tambalearse.

Tom agarró a Owen, lo empujó hacia delante y echó a correr por el surco detrás de él. Ya no había tiempo para la prudencia. Trotaban entre las plantas, azotados por las cortantes hojas, que les herían las mejillas y los brazos. De pronto, un ruido sordo les hizo aflojar la marcha.

Un runrún monótono y regular, casi mecánico. Tom no oía el zumbido de ningún motor, solo aquel traqueteo rítmico e imperturbable, aproximándose.

Reconoció los chasquidos de los tallos cortados.

«¿Cómo es posible? ¡Todas las máquinas están inutilizadas!»

Las mazorcas volaban lateralmente a varios metros de altura.

Una segadora-trilladora apareció ante ellos con todas las luces apagadas. El motor tampoco funcionaba, pero una fuerza invisible hacía girar el enorme molinete de más de seis metros de ancho y empujaba la gran máquina, que iba directa hacia ellos, cortándolo todo a su paso.

Tom tiró de Owen, y se lanzaron al galope.

A un tiro de piedra largo, vieron la torre desde la que los cables eléctricos descendían al transformador.

El estrépito de la cosechadora se acercaba.

81.

Mientras un ejército de mortíferas sombras se arrastraba por Main Street en persecución de Corey, Connor, Adam y Chad, que huían en bicicleta, otra Eco no menos veloz surgió delante de ellos para cerrarles el paso e intentar llevarse por delante a todos los que pudiera.

Chad había soltado el manillar y sostenía una bomba de gasolina y el Zippo. Solo disponía de un intento para evitar que lo atraparan, a él o a alguno de sus amigos, y levantó la tapa del mechero con un golpe del pulgar.

La velocidad impedía que la mecha prendiera.

La Eco saltó al techo de un coche y preparó su ataque vibrando y encogiéndose ligeramente, para concentrar todas sus fuerzas y salir disparada como el proyectil de una ballesta.

Para Chad, lo que siguió ocurrió casi a cámara lenta.

Instintivamente, colocó el mechero detrás del globo para protegerlo del viento. Esta vez la llama brotó y encendió la corta mecha del petardo adherido a la bomba con celo.

Chad soltó el Zippo y alzó la cabeza.

La sombra se desplegó y echó a volar directa hacia ellos, como un ave rapaz.

La bomba incendiaria salió disparada de la mano de Chad en dirección a su blanco. No había apuntado a la criatura, sino al lugar al que calculaba que le daría tiempo a llegar.

Todo ocurrió muy deprisa. Apenas había vuelto a sujetar el manillar para evitar un obstáculo —de reojo, le pareció que era un cadáver— cuando vio que la bomba pasaba de largo junto a la Eco y caía al asfalto, del que brotaba una columna de fuego.

Connor, que pedaleaba de pie en la bicicleta, fue arrollado por aquella

llamarada inauditamente feroz.

Su gorra salió volando por los aires.

Su bicicleta se estrelló contra un camión aparcado en la acera y Connor estalló en cientos de pedazos contenidos únicamente por la red de piel de su cuerpo.

Su mirada atónita se cruzó con la de Chad.

No le había dado tiempo a defenderse, ni siquiera a intentarlo.

La Eco se lanzó sobre él una y otra vez, haciendo trizas el envoltorio de carne y huesos del adolescente, hundiéndolo cada vez más en la cabina del camión.

La sangre brotó de su boca aplastada, y todo rastro de vida desapareció para siempre de su cuerpo.

Chad gritaba de furia y desesperación.

Y esa rabia le hizo pedalear aún más deprisa.

Alcanzó a Adam y a Corey, ajenos a lo que acababa de ocurrirle a Connor, y los dejó atrás, pese a que los dos se empleaban a fondo.

Desembocaron en Independence Square, con la rugiente jauría de las Eco pisándoles los talones.

Chad ya no tenía ningún objetivo, no iba a ninguna parte, pero corría tanto como era humanamente posible. El agotamiento sería su destino. Y después la muerte, seguramente. Daba lo mismo que fuera en Green Lanes o en los Tres Callejones. De todas formas, las máquinas de destrucción que los perseguían los habrían atrapado mucho antes.

Chad oía gritos lejanos, y esa lejanía fue lo primero que lo sacó de su estupor: no podían ser sus dos amigos, la voz venía de mucho más lejos. Entonces la reconoció.

«¡Mamá!»

Esa sola idea hizo revivir su espíritu de lucha.

La vio a su izquierda, en la azotea del ayuntamiento, haciendo aspavientos y vociferando su nombre.

Chad se apresuró a torcer, describió un gran cuarto de círculo y volvió a pedalear. Se dio cuenta de que estaba llorando. Las lágrimas lo cegaban, pero no podía secárselas. Calculó la distancia en el último momento y vio la escalera de incendios instalada en la fachada este del edificio a través de la niebla húmeda que le enturbiaba la vista.

Las Eco estaban demasiado cerca para detenerse y trepar, así que no frenó.

Esperó hasta que fue casi demasiado tarde: cuando vio que tenía la pared a menos de un metro, apretó las manetas de los frenos con todas sus fuerzas y derrapó tan violentamente que rodó por el suelo, mientras la *mountain bike* se estrellaba contra el muro de ladrillo.

Le dolía todo, las sienas le latían y el costado derecho le hacía daño al respirar, pero se apresuró a levantarse y vio a Derek Cox saltando los peldaños más que bajándolos y haciendo descender al suelo el último tramo de escalera.

—¡Espabila o date por muerto! —rugió tendiéndole la mano.

Chad la agarró y empezó a subir hacia el tejado a toda velocidad.

Abajo, Derek tiraba de Corey. Pero cuando trataba de asir la mano de Adam, las dos primeras Eco se materializaron e intentaron sujetar al adolescente por los tobillos. El magma de tinta que les daba una forma vagamente humana crecía, y una sustancia más sólida se abría paso hacia nuestra dimensión en el interior de aquellos torbellinos de sombras. Un instante después estaban allí, reales. Dos seres con garras que arañaban el suelo, con rostro viscoso como el petróleo y cráneo alargado. Parecían tan inmateriales como sombras chinescas, pero sus afiladas garras hacían rechinar los peldaños de metal.

Derek tensó su potente musculatura, alzó en vilo a Adam y lo dejó en el rellano, a su lado.

—¡Sube! —le ordenó recogiendo el último tramo.

Dio la espalda a los monstruos, que estaban a punto de saltar, pero cuando se disponía a lanzarse escaleras arriba a su vez, sintió unas mandíbulas heladas cerrándose sobre su pie.

En ese momento comprendió que, con la precipitación, se había dejado el inhibidor en el tejado.

—No —murmuró—. ¡No!

Tiró con todas sus fuerzas para intentar liberarse, pero la Eco le retorció el pie, y el tobillo se partió con un crujido siniestro. Derek aulló.

Se aferró a las barandillas, decidido a no soltarse. No pensaba dejar que lo devoraran. Eso nunca.

A pesar del dolor, se impulsó con el otro pie y tiró con los brazos.

Otra boca glacial hizo presa en la rodilla de la pierna que tenía libre.

—¡No! ¡No!

Para Derek, la derrota no era una opción: jamás la aceptaría. Tensó los

músculos al límite, hasta el borde de la rotura, y consiguió subir otro peldaño.

Algo estaba royéndolo.

Bajó la cabeza y vio dos siluetas negras que le devoraban los pies y las pantorrillas, y se dio cuenta de que aquella especie de boca se lo había tragado hasta las rodillas.

Y seguían succionándolo.

Derek notó que la sangre escapaba de sus miembros, la carne de sus piernas se deslizaba hacia las tenebrosas gargantas, e instantes después sintió un dolor intolerable cuando los órganos de su pecho empezaron a descender, absorbidos a su vez.

Pero no se soltó.

Las Eco lo sorbían con una sed insaciable. Derek jamás habría podido imaginar que soportaría un calvario como aquel.

Cuando sus mejillas se hundieron y sus globos oculares desaparecieron en su cráneo, los dedos del muchacho seguían aferrados a las barandillas.

A al fin, todo su cuerpo se desinfló como un globo de piel tatuada y pelo sobre un armazón de huesos.

Al llegar al tejado, Chad se abalanzó sobre su madre.

Olivia, que tenía a Zoey entre los brazos, lo estrechó contra su pecho y le cubrió de besos el cabello, la frente, la nariz, las mejillas, embargada por una sensación de plenitud que rara vez había experimentado.

—¡Mamá!

Chad no encontraba las palabras, no sabía por dónde empezar ni cómo expresarlo.

—¿Y los demás? —le preguntó Olivia.

—Han muerto...

—¿Gemma?

Chad negó con la cabeza y estalló en sollozos. Su madre le cogió la cabeza y la apretó contra su pecho.

Corey llegó junto a ellos, seguido por Adam, que señaló la escalera.

—¡Se acercan! ¡Están por todas partes!

Olivia corrió a recoger el inhibidor que Derek había abandonado en el suelo y ordenó a los chicos que la siguieran al centro de la azotea; una vez allí, todos se agacharon. Derek no había subido. ¿Qué hacía? ¿Los había dejado

solos para irse al puerto deportivo?

Volvía a reinar el silencio, aquel odioso silencio.

Durante el minuto siguiente, Olivia se preguntó si las Eco habrían renunciado a sus presas y habrían seguido su camino.

Las sombras asomaron lentamente por detrás del parapeto que enmarcaba la enorme azotea. Trepaban por las fachadas, surgían por el norte y el oeste, luego por el este y el sur, sin hacer ruido. Dondequiera que Olivia posaba la mirada, las veía saltar el pretil y formar un negro y vibrante círculo, que empezó a cerrarse.

Encendió el inhibidor.

El led rojo parpadeaba.

Las Eco se detuvieron, agitadas por una palpitación común, como una onda en la superficie de una charca de lodo.

Se comunicaban. Aunaban fuerzas.

El inhibidor no era lo bastante potente para rechazar a tantas.

Olivia apretó a Zoey contra su pecho, agarró a Chad con la otra mano para arrimarlo a ella y rodeó con el brazo a Corey y a Adam, que estaban temblando.

El piloto del inhibidor se apagó con un sucinto ¡ploc!

Todo había acabado.

El mortífero telón que los rodeaba volvió a avanzar hacia ellos, y conforme se acercaba, las Eco aumentaban en altura y espesor. Sus delgados brazos y sus uñas, más largas que los dedos, se estiraron y en lo que les servía de cabeza adquirieron forma unas fauces, abiertas como ante un festín.

Olivia podía percibir el rumor de cientos de voces ahogadas en sus infernales entrañas vibrando con un apetito abismal.

La mujer los envolvió a todos en un gran abrazo.

—No pasa nada, niños. Cerrad los ojos.

82.

La cosechadora engullía mazorcas estrepitosamente, arrojando restos vegetales en todas direcciones y devorando hasta la última hoja con un hambre bestial, animada únicamente por la potencia de las Eco.

Aquella mole corría directa hacia Tom, Owen y Ethan. La desenfrenada huida ya les había cubierto de cortes la cara y las manos. Ahora las plantas, torcidas y entrecruzadas después de haberse secado al final del verano, les impedían avanzar, obligándolos a apartar las más gruesas y a recibir sus impactos en el torso cuando no conseguían esquivarlas.

El que más difícil lo tenía era Owen. Al ser el menos fuerte, debía evitar los tallos que se cruzaban en su camino y protegerse de las hojas reseca que le arañaban el contorno de los ojos; además, se tropezaba constantemente con los terrones, invisibles en la oscuridad.

El ruido del molinete a su espalda era lo que más lo asustaba.

Su incansable traqueteo, acompañado del siseo de las afiladas cuchillas. Cada vez más cerca.

Tom lo agarraba del brazo y compensaba cada uno de sus traspiés, arrastrándolo casi para mantener la velocidad, sin más motivación que la proximidad de la torre eléctrica, que sin embargo parecía mantenerse siempre a la misma distancia, al alcance de la mano y al mismo tiempo tan lejana.

—¡Un esfuerzo más! —exclamó para animar a Owen, al que veía desfallecer.

La cosechadora acortaba distancias.

Ethan, que había tomado la delantera, lo atropellaba todo a su paso. Corría para salvar su pellejo y el de todos los habitantes de Mahingan Falls que hubieran sobrevivido milagrosamente a la primera oleada de ataques. Era lo único que tenía en la cabeza: llegar al transformador a toda costa e

inutilizarlo, arrojándose dentro si hacía falta. Se había olvidado de los dos compañeros que lo seguían.

Los fragmentos de paja y maíz empezaban a llover sobre Owen y Tom.

De un rápido vistazo, Tom constató que ahora el molinete estaba a menos de diez metros, con su horrible torbellino de cuchillas dentadas más amenazador que nunca.

Preso del pánico, Owen tropezaba con cada obstáculo y resollaba ruidosamente.

En ese momento, Tom tomó una decisión.

Sin dudar. Si hubiera podido pensarlo con calma, probablemente habría actuado de otro modo, pero tuvo que reaccionar basándose en su instinto, en sus convicciones, en los valores que lo definían y, sobre todo, en lo urgente de la situación.

Obligó a Owen a cambiar ligeramente la trayectoria de la huida, lo suficiente para pasar de largo junto al transformador en lugar de ir directamente hacia él, y le sujetó el brazo aún más fuerte para no perderlo.

Su plan solo funcionaría si la cosechadora decidía seguir a las presas más cercanas en vez de dirigirse hacia su punto de destino, que debía de ignorar, puesto que de lo contrario todo el ejército de las Eco habría acudido ya al maizal para proteger la fuente de electricidad que alimentaba la brecha por la que habían entrado en el mundo de los vivos.

La máquina fantasma giró tras ellos. No iba a abandonar un festín tan fácil.

Los restos de plantas golpeaban los hombros de los fugitivos. Las cuchillas silbaban en sus oídos, ahora a menos de cinco metros.

Las hileras de maíz desaparecieron de golpe ante una extensión de tierra batida, en cuyo centro se alzaba una construcción de hormigón de planta rectangular carente de vanos y cubierta por entero de carteles en los que se leía: PELIGRO. Detrás, una alta alambrada impedía el acceso a los cuadros de regulación de la tensión hasta los que descendían los cables de la torre eléctrica.

Ethan casi había llegado a la puerta de acero del búnker.

Tom calculó sus movimientos en un segundo. Si se equivocaba, Owen y él acabarían arrollados y hechos papilla.

Arrastró a Owen dos metros hacia un lado, para alejarse del centro del molinete de la cosechadora.

Si se arrojaban al suelo cada uno por un lado con la suficiente rapidez, las cuchillas no los rozarían y la cosechadora, llevada por la inercia, tendría que girar noventa grados para volver a la carga, y así les daría tiempo de alcanzar el edificio, o al menos eso esperaba.

Las ávidas fauces solo estaban a tres metros de ellos.

Llegaron al que Tom consideró el ángulo perfecto entre la máquina y el transformador, y ya iba a empujar a Owen cuando el chico resbaló y estuvo a punto de escapársele.

Tom aflojó la marcha para levantarlo.

Vio el enorme molinete abalanzándose sobre ellos.

No dudó un segundo. Alzó a Owen del suelo y lo empujó lejos del alcance del monstruo.

Pero, tras hacerlo, no le dio tiempo a saltar.

Los colmillos lo desgarraron desde el cuello hasta el bajo vientre, y casi al mismo tiempo el molinete lo golpeó, le partió la pelvis y se lo tragó doblado por la mitad. La sangre y los huesos salieron disparados por los aires.

Owen notó que el borde de la barra de corte lo rozaba, se levantó aterrorizado y echó a correr hacia el búnker, donde Ethan embestía la pesada puerta con el hombro inútilmente, a pesar de que la sangre le salpicaba el costado izquierdo del uniforme. Con el campo de visión reducido por el miedo, Owen no había visto morir a Tom. Corría sin volverse, convencido de que lo seguía de cerca.

Ethan desenfundó la Glock y apuntó a la cerradura. Clic.

El cargador estaba vacío. Lo cambió a toda prisa, mientras la cosechadora completaba su giro y aceleraba de nuevo directa hacia ellos.

Cuatro detonaciones obligaron a Owen a taparse los oídos, y Ethan echó abajo la puerta de una rabiosa patada.

—Pero... ¿dónde está Tom? —dijo Owen.

La cosechadora rugía, cada vez más cerca.

Ethan lo agarró del brazo para arrastrarlo al interior.

—¡No! —gritó Owen debatiéndose—. ¡Tom! ¡Tom! —el chico se aferró al marco de la puerta, asustado al no ver a su tío. Su padre adoptivo—. ¡Tooooooooooom! —llamó a voz en cuello.

La cosechadora estaba llegando.

Ethan tiró de él, y ambos rodaron adentro por el suelo de hormigón en el instante en que la máquina se estrellaba contra el muro, en medio de un

estruendoso caos de metal.

En el interior reinaba la oscuridad. Unos cuantos pilotos parpadeaban aquí y allá, pero no bastaban para orientarse.

—No podemos dejar a Tom ahí fue...

—Owen, escúchame —Ethan lo cogió de los hombros. El chico notaba el calor de su aliento en la oscuridad—. ¿Tienes móvil? He perdido el mío en el maizal...

—No...

Aunque no podía verlo, Owen percibió su decepción.

—No importa. Ahora lo esencial es cortar la alimentación, así que ayúdame a encontrar un interruptor o una linterna, cualquier cosa que nos permita ver. Pero quédate cerca de la puerta, no entres muy adentro. Por esos aparatos pasa tanta corriente que si pones una mano en el sitio equivocado te achicharrarás.

Estaban empezando a buscar a tientas por las paredes de hormigón y entre las hileras de cajetines metálicos cuando la puerta de acero, abierta de par en par, soltó un estridente chirrido.

La cosechadora retrocedía.

Y entonces, desafiando todas las leyes de la física, se lanzó hacia el búnker con un ímpetu prodigioso.

Un ente colosal e invisible debía de haberse apoderado de la máquina para utilizarla a modo de ariete. A Owen no se le ocurría otra explicación.

La fachada tembló, y del techo llovió polvo.

—¡Deprisa! —gritó Ethan, sin dejar de palparlo todo frenéticamente.

Owen buscaba por todas partes. Por un instante, creyó haber dado con la solución al distinguir una caja fijada a la pared, el tipo de armario que suele contener una linterna, pero al tocarlo comprobó que se trataba de un extintor.

La cosechadora volvió a embestir, las paredes temblaron, y Owen las oyó crujir: se estaban abriendo grietas.

Las Eco no tardarían mucho en lanzar un ataque en masa. Si habían adivinado la intención de aquellos dos humanos, una avalancha de sombras furiosas podía caerles encima en cualquier momento.

¿Y dónde estaba Tom? ¿Se habría ocultado en el maizal tras darse cuenta de que no podía reunirse con ellos?

Nuevo choque brutal, pero esta vez el impacto proyectó al interior varias piezas del molinete, que rebotaron en el suelo, rozaron a Owen y arrancaron una queja a Ethan.

—¿Teniente? ¿Está bien?

Cobb no respondió de inmediato, y cuando lo hizo, su voz apenas pudo disimular el dolor.

—Sí, no te preocupes, sigue buscando...

La máquina agrícola golpeó su refugio con tal violencia que varias lámparas se soltaron del techo y se estrellaron contra el suelo, cerca de Owen.

—¡Van... van a entrar!

Ethan iba de aquí para allá derribando placas metálicas, golpeando contadores al azar...

Owen no podía apartar los ojos de la puerta, temiendo descubrir en ella la presencia de los monstruos.

Se llevó la mano a la riñonera. No dejaría que...

De pronto, empezó a dar saltos.

—¡Teniente! ¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! —exclamó excitado; abrió el cierre de la riñonera y sacó una de las pequeñas bombas de gasolina que había fabricado con sus amigos al salir de clase, la tarde del miércoles. Desde entonces parecía haber pasado una eternidad—. ¡Apártese! —dijo encendiendo el mechero, del que se había olvidado por completo.

La mecha del petardo crepitó, y Owen lanzó la bomba delante de él con todas sus fuerzas. El globo explotó contra una columna de hormigón y, al inflamarse, la gasolina iluminó un espacio mucho mayor de lo que imaginaba.

A la luz de las llamas, vio un bulto extraño en el estómago del teniente Cobb. Una gran mancha oscura le teñía el uniforme.

—¡Dios mío, está herido!

Esta vez, la embestida de la cosechadora, o de lo que quedaba de ella, hundió la pared alrededor de la puerta y arrojó una lluvia de fragmentos de hormigón y polvo sobre los dos ocupantes, que se protegieron con los brazos.

Bastarían uno o dos ataques más para echar abajo la fachada del transformador.

Ethan le cogió el mechero de la mano.

—¿Cuántas de esas te quedan?

—Dos —respondió Owen, y se las dio.

Pese a la herida, el policía corrió al centro de la sala. No sabía qué hacer ni qué era vital para ellos en aquella instalación, con tantos módulos, armarios metálicos y extraños tubos, altos como dos hombres, de los que salía un zumbido.

Lanzó una bomba contra uno de los cilindros. Con la última, dudó. Ahora veían lo suficiente para buscar mejor.

—¿Qué hago? —preguntó Owen con voz temblorosa.

—Pensaba que habría un interruptor principal o algo por el estilo... Busca por todas partes. Cualquier cosa que pueda parecerse a eso.

El ariete golpeó de nuevo, las grietas se ensancharon y unas piezas de acero asomaron entre el hormigón. Pero la cosechadora estaba hecha pedazos, y ninguno de ellos era lo bastante grande para poder seguir arremetiendo. El olor a combustible invadió las fosas nasales de Owen.

—Teniente, creo que el depósito de la cosechadora ha reventado... ¡Está entrando gasolina!

Un líquido se escurría por la puerta y se extendía por el suelo, acercándose poco a poco a la columna en llamas. Si prendía, les cerraría la única salida posible.

Huir ahora era meterse en la boca del lobo, pero también renunciar a su última esperanza.

Iban a arder vivos.

Ethan se detuvo delante de un tablero provisto de botones, una manivela y una serie de mandos que no conseguía descifrar, pese a alumbrarse con el mechero.

En el exterior, algo se abrió paso por entre los restos de la máquina, y un frío intenso invadió el recinto.

Owen dio un paso atrás.

Al instante, el olor a carne podrida le revolvió el estómago.

—Oh, no... —murmuró.

Ethan se apartó del tablero de mandos y sacudió la cabeza.

—Ya no tenemos elección.

Lanzó la última bomba de gasolina contra el tablero, y el fuego prendió rápidamente. Luego, la Glock escupió sus balas en el panel.

Todas las que quedaban en el cargador.

La escarcha se extendía por el interior de la sala.

Una sombra de una negrura absoluta tapó la abertura.

—Es... está entrando... —balbuceó Owen.

Se oyeron una serie de chasquidos encadenados, y uno a uno, los escasos pilotos se apagaron.

El zumbido de los tubos cesó.

Luego, el aire de la sala onduló como si fuera agua, una ola se propagó desde el corazón del transformador, Owen y Ethan salieron despedidos y cayeron al suelo, donde quedaron tendidos, sin respiración. Ninguno de los dos supo si el horrible chirrido que se oyó a continuación era el de una inmensa hoja de metal que se retorció o el monstruoso lamento de una entidad gigantesca herida de muerte.

Delante del búnker, la sombra se difuminó y se alejó súbitamente.

Owen, a cuatro patas, intentaba recuperar el aliento, con la sangre, el sudor y la suciedad resbalándole por los ojos.

¿Había acabado todo? Le costaba creerlo. ¿Así? ¿Sin una explosión ni un último ataque rabioso?

A menos que fuera una trampa...

Vio que la gasolina de la cosechadora estaba llegando a la columna de fuego.

Ethan levantó al chico y lo empujó hacia la puerta.

—¡Vámonos! ¡Deprisa!

Owen iba a replicar que eso era precisamente lo que querían las criaturas que esperaban fuera, pero antes de que pudiera abrir la boca, Ethan ya lo había arrastrado al exterior.

Las auroras boreales seguían iluminando la bóveda celeste mientras avanzaban entre los restos de la máquina. En uno de ellos, Owen creyó ver sangre fresca. El corazón le dio un vuelco.

En el interior del búnker se produjo una brusca implosión, justo antes de que la gasolina lo incendiara.

En ese momento oyeron las voces.

Un coro lejano arrancado a la vida que emprendía el vuelo y se deslizaba hacia su portal. Una larga y desgarradora queja que conservaba un resto de humanidad. Por todas partes, las Eco desaparecían bruscamente, absorbidas por la insaciable sed de la nada.

Todo acabó en unos segundos.

La naturaleza se estremeció, y la demencial sacudida arrojó al suelo a Ethan y a Owen.

Luego, el silencio. Inmenso. Sin fin.

Y a continuación, tímidamente, los primeros cantos de los insectos y de la fauna nocturna, que despertaba. Que se atrevía a retomar su puesto.

Lo muertos habían regresado a sus gélidas tumbas.

83.

Una brisa yodada envolvía Mahingan Falls con sus innumerables brazos. Una suave presencia que rozaba las construcciones, alzaba tímidamente la bandera estadounidense ante el edificio del ayuntamiento y se deslizaba por su azotea, vacía salvo por unas prendas de ropa abandonadas y un inhibidor portátil descargado.

En Main Street, esa pizca de viento encontró una gorra de los Red Sox que yacía boca arriba junto al bordillo de la acera, jugó con ella unos instantes bajo los primeros rayos del amanecer y volvió a dejarla en su sitio con delicadeza.

Acariciaba las ventanas que seguían intactas, restregándose contra ellas como un gato que llama a sus dueños.

Al otro lado aparecían rostros desconcertados, asustados. Pero pocos se atrevían a asomarse fuera.

En el puerto deportivo, hacía vibrar las jarcias en los mástiles de los veleros.

En algunas calles, apartaba un poco bruscamente los montones de residuos escapados de coches con las puertas abiertas, de cobertizos y garajes o de las mismas casas, cuyos desguarnecidos vanos le franqueaban el paso al interior. La mayoría permanecían en silencio, y la brisa silbaba en sus paredes, indiferente a los restos humanos que salpicaban el suelo, las alfombras y el papel pintado.

En Salem Avenue, se distrajo zigzagueando entre los robles que jalonaban la perspectiva hasta la entrada del pueblo, y al llegar allí se entretuvo un instante enrollando una de sus trenzas alrededor de una alborotada cabellera rubia, y pegó el oído a una blusa para escuchar la desgarradora nana de un corazón. Un corazón de mujer que repetía un canto triste.

Pero vivo.

Olivia llevaba a Chad y a Corey de la mano, y a Zoey, dormida, a la espalda. Adam caminaba detrás de ellos, aturdido, conmocionado.

Regresaron a los Tres Callejones muy lentamente, sin decir palabra.

Al acercarse a la Granja, Olivia vio los pies de Roy asomando por detrás del viejo todoterreno y les dijo a los tres chicos que rodearan el vehículo. No se hacía ilusiones respecto al estado del anciano, a la vista de su tobillo despedazado.

Ethan Cobb estaba sentado en el porche trasero, recostado en la pared, con un vendaje empapado de sangre alrededor del abdomen. Estaba lívido.

Owen salió del salón, corrió hacia Olivia y se abrazó a ella con todas sus fuerzas, como si quisiera fundirse con su cuerpo.

Olivia no necesitó que le contaran nada.

Comprendió.

Cerró los ojos y lloró por dentro, sin hacer ruido.

Epílogo

El sol de junio entraba de soslayo por el ventanal del piso de Park Avenue, en Nueva York. El triple cristal eliminaba casi todo el ruido del tráfico que ascendía desde la lejana calle y creaba en el salón un ambiente tranquilo y relativamente fresco. Bajo una de las rejillas del aire acondicionado, un banderín con los colores de un colegio privado se agitaba y golpeaba la pared.

Una puerta se cerró con un golpe colérico que hizo temblar la porcelana del aparador.

Olivia Spencer apoyó la mano en la hoja.

—¿Chadwick? Me gustaría pasar, ¿puedo?

Olivia interpretó la falta de respuesta como un asentimiento y entró en la habitación de su hijo, que estaba sentado en la cama, con las rodillas dobladas contra el pecho.

—Annie solo quiere ayudarte —le dijo con voz suave instalándose junto a él.

Con los ojos llenos de lágrimas, Chad se encogió de hombros. Olivia le tendió la mano para que saliera con ella, pero el chico no se movió.

—Los días que yo vuelva tarde, estará ella —insistió Olivia—. Os ayudará con los deberes y hará la cena. Solo quiere tu bien.

—No la necesito.

Olivia asintió con la cabeza.

—Pues yo creo que sí.

—¿Gemma era mil veces mejor! —estalló Chad.

Su madre lo atrajo hacia sí para que pudiera llorar en su hombro y le pasó la mano por la espalda, mientras aspiraba su olor y sentía su peso contra ella. Chad era la vida y estaba allí, ahora, y ella tenía la suerte de poder decírselo a sí misma, de disfrutar de él, como disfrutaría en todo momento de cada una de

las personas a las que quería.

—Sé lo que sientes, hijo —le susurró—. Lo sé... Yo también la echo de menos —con un esfuerzo extraordinario, si bien cada vez menor, consiguió no explotar ella también. Quería mostrarse fuerte, tranquilizadora, protectora—. Hay que aceptarlo, Chad. No se puede volver atrás. Echo de menos a Gemma. Echo de menos a papá. Muchísimo. Pero ya no se puede hacer nada. Hay que avanzar. Lo cual no significa olvidarlos.

Chad se agarró a la blusa de su madre hasta casi desgarrarla y se quedó así un buen rato, hasta que se durmió.

Olivia le tendió la cabeza en la almohada, le dio un beso, volvió a aspirar su olor y salió sin hacer ruido.

En el pasillo la esperaba Owen.

Se miraron unos instantes. Luego Olivia le tendió los brazos y él se refugió en ellos. Pero al cabo de un momento dio un paso atrás.

—¿Vas a aceptar la oferta? —le preguntó

Olivia lo observaba. Nunca abandonaría aquella brusquedad de animalillo salvaje, ni dejaría de sorprenderla con su inteligencia.

—En cualquier caso, voy a probar. Necesito actividad, tener la mente ocupada. Creo que trabajar en la prensa escrita me sentará bien. No quiero salir en pantalla.

Owen asintió con una leve sonrisa.

—Tienes razón.

—No te preocupes, no estaré ausente a menudo.

—Me alegro de que lo hagas. Ahora te toca vivir a ti. No has dejado de ocuparte de nosotros desde...

Owen no acabó la frase. No hacía falta.

Siguieron mirándose unos instantes, sin malestar, únicamente con cariño.

—¿Puedo pedirte que esta tarde estés un poco pendiente de Chad? Tengo que salir. Annie se quedará hasta que vuelva. ¿Estaréis bien?

Owen asintió. Olivia le dio un beso en la frente y se dirigió a la puerta para recoger su bolso.

Owen la siguió con paso lento.

Cuando Olivia abrió la puerta que daba al ascensor, la despidió con la mano.

—Te quiero —dijo en un susurro.

El taxi la dejó en Greenwich Village, en la esquina de Bleeker y Barrow Street, y Olivia se detuvo ante la fachada de piedra rojiza. Empezaba a sabérsela de memoria.

Empujó la puerta, subió a la segunda planta y entró en el piso sin llamar. Era el ritual acostumbrado.

Al fondo, el salón trazaba un recodo, al final del edificio, donde un escritorio y dos sillones permanecían en una penumbra provocada en parte por los listones de las persianas, que cortaban la luz del sol en finas líneas. Otras tantas líneas del horizonte posibles, se dijo Olivia sentándose frente al escritorio con su cubierta tapizada de cuero verde.

Martha Callisper, que se había cortado su habitual melena gris, salió de la habitación contigua, se sentó frente a ella y le cogió la mano por encima del escritorio.

—Le dije que no debía volver en una temporada, Olivia...

Al instante, la cuarentona dejó de ser la madre rebosante de seguridad, rehuyó su mirada y tragó saliva.

—Solo una vez más —dijo en voz baja.

En la penumbra, Martha la observaba con una compasión sin límite en sus grandes ojos azules.

—No hemos conseguido nada en seis meses de sesiones. Creo que hay que rendirse a la evidencia, Olivia: no está atrapado entre la vida y la muerte. Tom se ha ido. Y es lo que había que desearle.

—No pasa un solo día sin que tenga la sensación de que está ahí, justo detrás de mí, reflejado en un escaparate, o sin que perciba su olor en una corriente de aire, o me despierte por la noche oyéndolo susurrarme. Necesito intentarlo una vez más, Martha. Solo una.

La médium frunció los labios y exhaló un profundo suspiro.

—Sabía que volvería.

—La puerta estaba abierta...

La anciana asintió con una sonrisa triste.

—Hay que dejarle partir. Tom no está prisionero al otro lado del espejo, su alma se ha dispersado en el universo. De lo que usted no consigue desprenderse es de su recuerdo.

Olivia cerró los párpados unos instantes. Una fina burbuja capturando los escasos rayos del sol en el borde de los ojos. ¿Cómo iba a convencer a sus

hijos cuando ella misma no era capaz de resignarse?

Una ola incontenible barrió toda su resistencia.

—Necesito oírlo, solo una vez. Decirle cuánto lo quiero. Por favor. Estoy segura de que un día me oirá.

Tras una vacilación, Martha Callisper abrió un cajón y sacó un péndulo de plata.

Olivia se irguió en el sillón.

Lo vio oscilar progresivamente, como siempre.

Pero esta vez sería diferente. Lo presentía. Y durante ese momento de incertidumbre, ya apenas sintió el doloroso peso que le aplastaba el corazón de la mañana a la noche.

El péndulo marcaba el ritmo.

Y Olivia recobraba todo lo que necesitaba.

La esperanza.

«Tom.»

La librería de Henry Street, en Brooklyn Heights, tenía una entrada bastante amplia en la que habían colocado una mesa cubierta con un tapete verde. Encima había una pila de ejemplares de un libro junto a una placa de metacrilato en la que podía leerse: «Hoy: Un año después de la tragedia de Mahingan Falls, el Gobierno les sigue mintiendo».

Sentada detrás, Martha Callisper esperaba a los eventuales curiosos, a quienes explicaría encantada la verdad en un tono cuidadosamente estudiado, lo bastante firme y pedagógico para que la tomaran en serio.

La campanilla de la puerta tintineó y entró un hombre.

Llevaba una camiseta de manga corta, vaqueros y unas gafas de sol que rara vez se quitaba, para evitar que sus interlocutores se sintieran incómodos. Desde que había presenciado las muertes, sus ojos y su mirada podían ser muy penetrantes. Habían sido muchas. Más de las que un ser humano normal puede soportar. Un bastón le ayudaba a compensar una ligera cojera.

Martha lo recibió con una amplia sonrisa.

—No esperaba verlo por Nueva York, teniente...

En presencia de la médium, Ethan se relajó y se quitó las gafas. Martha no pestañeó, pese a la intensidad de su mirada.

—Ya no estoy en la policía.

—No me sorprende. ¿Y qué hace ahora?

—Mantenerme ocupado con esto y aquello.

Ethan cogió uno de los ejemplares y lo abrió por la primera cita.

«Ahora vemos en un espejo, oscuramente; más entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como voy conocido. 1 Corintios, 13, 12.»

—¿Se ha vuelto religiosa?

Martha esbozó una sonrisa burlona.

—Creo que la unión hace la fuerza.

Ethan agitó el libro.

—¿Se vende?

—La gente sigue sin querer saber la verdad.

—Hay verdades más difíciles de creer que otras.

El rostro de la anciana se ensombreció.

—Nadie ha cuestionado la posibilidad de que todo un pueblo se vuelva loco a causa de una toxina presente en el agua potable, pese a que un número alarmante de «detalles» no encaja y la mayoría de los testigos aseguran que vieron lo mismo. Una alucinación colectiva de esa envergadura es inconcebible. Sin embargo, la opinión pública prefiere creérselo. Se culpa a unos inocentes de la muerte de cientos de hombres, mujeres y niños aduciendo..., ¿cómo lo llaman? ¡Ah, sí! ¡Una «psicosis de masas»!

Ethan dejó el libro en lo alto de la pila, asintió y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los oía.

—No estoy seguro de que explicarle al mundo entero que los muertos están justo al otro lado del espejo, esperando a que los liberen, sea más prudente. Las mayores tragedias de la historia han ocurrido cuando las masas tenían miedo, ¿no?

—Entonces, ¿prefiere usted esa infame mentira?

—Hay otras formas de actuar.

Martha le dirigió una mirada muy poco amable.

—¿Eso es lo que hace usted? ¿Husmear aquí y allá con la esperanza de descubrir una fisura? ¿Qué espera conseguir, solo frente al Gobierno, Cobb?

Ethan se encogió de hombros.

—Le dejo a usted la tarea de convencer a las masas. Yo me conformo con mantener los ojos abiertos.

—¿Qué le asusta tanto?

Ethan la miró fijamente, y esta vez Martha Callisper apenas pudo sostener su mirada.

—Que el Gobierno no extraiga una lección de los errores de otros —dijo al fin.

—No lo hará.

—Está en juego la supervivencia de la humanidad...

—La tecnología de la OCP fue destruida. Leí que un incendio asoló sus instalaciones. La compañía se fue a la bancarrota. Incluso los datos que guardaban en lugar seguro se perdieron, debido a un «desafortunado cúmulo de circunstancias», como decía el artículo. Yo también estoy atenta a lo que pasa. Siempre he sospechado que alguno de nosotros se vengó.

—Únicamente les hablé de la OCP a Olivia y a usted.

—Es justo lo que digo.

—Yo no le prendí fuego a la OCP, y, por lo que sé, Olivia intenta rehacer su vida y la de sus hijos aquí, en Nueva York.

—Entonces, ¿fue el Gobierno, según usted? —Ethan hizo un gesto para indicar que resultaba evidente—. ¿Por un problema de seguridad nacional? —insistió Martha.

Ethan miró a su espalda.

—Miles y miles y miles de millones de dólares, le habría respondido Alec Orlacher —dijo—. El Gobierno o las multinacionales, ¿qué diferencia hay, con algo así en juego?

Un soplo de aire frío pasó entre ellos, y ambos se tensaron, hasta que Ethan vio una rejilla de aire acondicionado justo encima de sus cabezas.

Martha le tendió el libro.

—Tenga, se lo regalo. Tómese el tiempo necesario para leerlo, tal vez le proporcione elementos útiles para su lucha.

—Nuestra lucha —la corrigió Ethan—. Pero dudo de que tengamos mucho tiempo.

De Los Ángeles a Miami, de Boston a París, de Londres a Pekín, pasando por El Cairo, Hong Kong e incluso Sídney, Río de Janeiro o El Cabo, siguiendo todas las diagonales posibles e imaginables, de las megalópolis a los pueblos más apartados, el mundo entero se conecta y teje una red cada vez más vasta y veloz. Ondas por todas partes. Omnipresentes.

Ávidas de progresos.

Y de pronto, todas reciben la misma señal. No es más que un ensayo. Pero esta vez, de gran envergadura.

Una simple prueba previa a la apertura de un mercado que generará tanto dinero y poder que merece la pena hacer la vista gorda sobre su procedencia.

La señal se propaga. Por todas partes. Más deprisa que las previsiones más optimistas.

Y no tarda en resquebrajar nuestra realidad. En su interior aparece una fisura hacia otro plano. Se extiende como una vibración invisible. Un rumor de voces. Por ahora, murmuran en las tinieblas.

Pero a medida que la señal se extiende por todo el globo, se funden en un solo alarido.

Y entonces, dondequiera que llegan las ondas, en cada calle, en cada casa, en cada edificio, incluso en los bosques y las granjas, las sombras despiertan.

Y otras voces, las voces de los vivos, les responden con un grito de terror.

Agradecimientos

Esta historia no tendría su forma actual sin las inestimables colaboraciones que quiero agradecer aquí. En primer lugar, la de mi mujer, Faustine, que cuando le resumí el argumento se echó a reír: «¿Te das cuentas de que esa familia es la nuestra?», me preguntó. No, yo no era consciente de esa «proyección». Probablemente eso explica su enorme implicación en esta novela. Por la noche, ella leía mi producción diaria y se metía en la piel de los personajes para ayudarme a hacerlos más creíbles. Le debes buena parte de las decisiones clave de mis protagonistas, lector. En cambio, todo lo que hacen precipitadamente para meterse en la boca del lobo fue cosa mía... Gracias a ti y a nuestros hijos por autorizarme a utilizar algunos de nuestros recuerdos y por haber llevado la carga de este libro conmigo. Nunca olvidaré cuántas veces me prohibiste hacer daño a los Spencer. Perdón, cariño, era por el bien de la historia.

Gracias al doctor Christian Lehmann por su ayuda. Doc, después de tantos años arreglando el mundo juntos alrededor de una mesa de juego, no pude resistir la tentación de hacerte subir al escenario, para lo bueno y, sobre todo, para lo malo.

Olivier Sanfilippo dio cuerpo a Mahingan Falls cuando yo solo tenía su alma. ¡Enhorabuena y gracias por tu plano, que partía casi de cero con mi esbozo!

Por último, mi editor y su equipo han vuelto a hacer un trabajo extraordinario para llevar mi obra hasta ti de esta espléndida forma. Quiero expresar mi gratitud a Richard por su amistad y su infatigable acompañamiento, y a Caroline, por este primer éxito (de una larga serie).

Querido lector: que disfrutes del libro, no te fíes de la Señal que nos rodea y hasta muy pronto, porque aún tengo unas cuantas historias que me obsesionan y quiero librarme de ellas entregándotelas a ti. Cuento contigo.

MAXIME CHATTAM

Edgecombe, agosto de 2018

Notas del traductor

[\[1\]](#) Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades.

Sobre el autor

Maxime Chattam. Seudónimo de Maxime Guy Sylvain Drouot, es uno de los maestros del *thriller* francés, cuya inagotable imaginación es siempre aclamada por la prensa. Así lo describía *Le Figaro*: «El joven bello y sonriente casado con una estrella de la televisión ha publicado nada menos que veintitrés novelas desde *L'Âme du mal* en 2002. Ha vendido siete millones de ejemplares de sus libros en Francia y ha sido traducido a veinte idiomas. *Thriller* histórico, geopolítico, *fantasy*, novela negra: ningún género se le resiste, y se divierte desestabilizando a sus lectores». Su última novela, *La señal*, ha encabezado las listas de más vendidos en Francia desde su publicación.